Arrakis: un planeta desértico donde el agua es el bien más preciado, donde llorar a los muertos es el símbolo de máxima prodigalidad. Paul Atreides: un adolescente marcado por un destino singular, dotado de extraños poderes, abocado a convertirse en dictador, mesías y mártir. Los Harkonnen: personificación de las intrigas que rodean el Imperio Galáctico, buscan obtener el control sobre Arrakis para disponer de la melange, preciosa especia y uno de los bienes más codiciados del universo. Los Fremen: seres libres que han convertido el inhóspito paraje de Dune en su hogar, y que se sienten orgullosos de su pasado y temerosos de su futuro.

Dune : una obra maestra unánimemente reconocida como la mejor saga de ciencia ficción de todos los tiempos.



Frank Herbert

Dune

Dune - 1

ePub r2.6

Perseo 11.06.2019

Título original: Dune

Frank Herbert, 1965

Traducción: Domingo Santos

Diseño de cubierta: Lightniir

Editor digital: Perseo

ePub base r2.0



A la gente cuyo trabajo va más allá del campo de las ideas y penetra en la «realidad material»: a los ecólogos de las tierras áridas, dondequiera que estén, en cualquier tiempo donde trabajen, dedico esta tentativa de extrapolación con humildad y admiración.

FRANK HERBERT, 1965

LIBRO PRIMERODUNE

1

Es en el momento de empezar cuando hay que cuidar atentamente que los equilibrios queden establecidos de la manera más exacta. Y esto lo sabe bien cada hermana Bene Gesserit. Así, para emprender este estudio acerca de la vida de Muad'Dib, primero hay que situarlo exactamente en su tiempo: nacido en el 57º año del Emperador Padishah, Shaddam IV. Y hay que situar muy especialmente a Muad'Dib en su lugar: el planeta Arrakis. Y no hay que dejarse engañar por el hecho de que nació en Caladan y vivió allí los primeros quince años de su vida. Arrakis, el planeta conocido como Dune, será siempre su lugar.

Del *Manual de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

En la semana que precedió a la partida hacia Arrakis, cuando el frenesí de los últimos preparativos había alcanzado un nivel casi insoportable, una vieja mujer acudió a visitar a la madre del muchacho, Paul.

Era una suave noche en Castel Caladan, y las antiguas piedras que habían sido el hogar de los Atreides durante veintisiete generaciones estaban impregnadas de aquel húmedo frescor que presagiaba un cambio de tiempo.

La vieja mujer fue introducida por una puerta secreta y conducida a través del abovedado pasadizo hasta la habitación de Paul, donde pudo observarlo un instante mientras yacía en su lecho.

A la débil luz de una lámpara a suspensor que flotaba cerca del suelo, Paul, medio dormido, distinguía apenas la voluminosa silueta inmóvil en el umbral, y la de su madre, un paso más atrás. La vieja mujer era como la sombra de una bruja… con sus cabellos como tela de araña enmarañados alrededor de sus oscuras facciones y sus ojos brillando como piedras preciosas.

—¿No es un poco pequeño para su edad, Jessica? —preguntó la vieja mujer. Su voz silbaba y vibraba como la de un baliset mal afinado.

La madre de Paul respondió con su suave voz de contralto:

—Es bien sabido que entre los Atreides el crecimiento es algo tardío, Vuestra Reverencia.

—Se dice, se dice —siseó la vieja mujer—. Pero ya tiene quince años.

—Sí, Vuestra Reverencia.

—Está despierto y nos está escuchando —dijo la vieja mujer—. Astuto pillo —se rio—. Pero la nobleza necesita de la astucia. Y si es realmente el Kwisatz Haderach… bien…

En las sombras de su lecho, Paul entrecerró los ojos hasta reducirlos a dos líneas. Dos óvalos brillantes como los de un pájaro, los ojos de la vieja mujer, parecieron dilatarse y llamear mientras se clavaban en los suyos.

—Duerme bien, astuto pillo —murmuró la vieja mujer—. Mañana necesitarás de todas tus facultades para afrontar mi gom jabbar.

Y desapareció, arrastrando afuera a su madre y cerrando la puerta con un ruido sordo.

Paul permaneció desvelado, preguntándose: *¿Qué será un gom jabbar?*

Entre toda la confusión de aquel período de cambio, la vieja mujer era lo más extraño que había podido ver.

Vuestra Reverencia.

Y ella se había dirigido a su madre Jessica como a una sirvienta en lugar de como lo que ella era: una Dama Gesserit, la concubina de un duque y la madre del heredero ducal.

¿Es un gom jabbar algo de Arrakis que debo conocer antes de que vayamos allí? , se preguntó.

Silabeó aquellas extrañas palabras: *Gom jabbar* … *Kwisatz Haderach* .

Eran tantas cosas que aprender. Arrakis era un lugar tan distinto a Caladan que la mente de Paul se perdía ante su solo pensamiento. *Arrakis… Dune… el Planeta del Desierto.*

Thufir Hawat, el Maestro de Asesinos de su padre, le había explicado: sus mortales enemigos, los Harkonnen, habían residido en Arrakis durante ochenta años, gobernando el planeta en un cuasi-feudo bajo un contrato con la Compañía CHOAM para la extracción de la especia geriátrica, la melange. Ahora, los Harkonnen iban a ser reemplazados por la Casa de los Atreides en pleno-feudo… una aparente victoria para el Duque Leto. Pero, había dicho Hawat, esta apariencia contenía un peligro mortal, ya que el Duque Leto era popular entre las Grandes Casas del Landsraad.

—Un hombre demasiado popular provoca los celos de los poderosos —había dicho Hawat.

Arrakis… Dune… el Planeta del Desierto.

Paul se durmió de nuevo y soñó en una caverna arrakena, con seres silenciosos irguiéndose a su alrededor a la pálida claridad de los globos. Todo era solemne, como en el interior de una catedral, y oía un débil sonido, el drip-drip-drip del agua. Aún soñando, Paul sabía sin embargo que al despertar lo recordaría todo. Siempre recordaba sus sueños premonitorios.

El sueño se desvaneció.

Paul se despertó en el tibio lecho y pensó… pensó. Aquel mundo de Castel Caladan, donde no tenía juegos ni compañeros de su edad, quizá no mereciera la menor tristeza. El doctor Yueh, su preceptor, le había dado a entender de forma ocasional que el sistema de castas de los faufreluches no era tan rígido en Arrakis. En el planeta había gente que vivía al borde del desierto sin un caid o un bashar que la gobernase: los llamados Fremen, elusivos como el viento del desierto, que ni siquiera figuraban en los censos de los Registros Imperiales.

Arrakis… Dune… el Planeta del Desierto.

Paul sintió sus propias tensiones y decidió practicar uno de los ejercicios corporales-mentales que le había enseñado su madre. Tres rápidas inspiraciones desencadenaron las respuestas: entró en estado de percepción flotante… ajustó su conciencia… dilatación aórtica… alejamiento de todo mecanismo no focalizado… concienciación deliberada… enriquecimiento de la sangre e irrigación de las regiones sobrecargadas… *nadie obtiene alimento-seguridad-libertad sólo con el instinto* … La consciencia animal no se extiende más allá de un momento dado, como tampoco admite la posibilidad de la extinción de sus víctimas… el animal destruye y no produce… los placeres animales permanecen encerrados en el nivel de las sensaciones sin alcanzar la percepción… el ser humano necesita una escala graduada a través de la cual poder ver el universo… una consciencia selectivamente focalizada, esto forma su escala… La integridad del cuerpo depende del flujo nervioso-sanguíneo, sensible a las necesidades de cada una de las células… todos los seres/células/cosas son no permanentes… todo lucha para mantener el flujo de la permanencia…

La lección pasó y pasó a través de la flotante consciencia de Paul.

Cuando el alba tocó la ventana con su luz amarillenta, Paul la sintió a través de sus cerrados párpados; los abrió, oyendo los ecos de la actividad del castillo, y los fijó en el dibujo del artesonado del techo.

La puerta del vestíbulo se abrió y apareció su madre, con sus cabellos color bronce oscuro sujetos, formando como una corona mediante una cinta negra, su rostro ovalado impasible y sus ojos verdes con una expresión solemne.

—Estás despierto —dijo—. ¿Has dormido bien?

—Sí.

La observó, estudiándola, y notó la tensión en el movimiento de sus hombros mientras escogía su ropa de las perchas en el armario. Cualquier otro no se hubiera dado cuenta de aquella tensión, pero él había sido educado a la Manera Bene Gesserit… a través de la más minuciosa observación. Su madre se volvió, presentándole una casaca de semiceremonia con el halcón rojo, emblema de los Atreides, bordado en el bolsillo.

—Apresúrate y vístete —dijo—. La Reverenda Madre está esperando.

—Una vez soñé con ella —dijo Paul—. ¿Quién es?

—Fue mi preceptora en la escuela Bene Gesserit. Hoy es la Decidora de Verdad del Emperador. Y, Paul… —vaciló—. Tienes que hablarle de tus sueños.

—Lo haré. ¿Es ella la razón de que nos hayan dado Arrakis?

—No nos han *dado* Arrakis —Jessica sacudió un par de pantalones y los colocó junto a la casaca, al lado del lecho—. No debes hacer esperar a la Reverenda Madre.

Paul se sentó y pasó los brazos alrededor de sus rodillas.

—¿Qué es un gom jabbar?

El adiestramiento que había recibido le hizo percibir de nuevo la invisible excitación de su madre, una motivación nerviosa que reconoció como miedo.

Jessica se acercó a la ventana, corrió las cortinas y durante un instante contempló, al otro lado del río, el monte Syubi.

—Pronto sabrás lo que es el gom jabbar… demasiado pronto —dijo.

Una vez más notó el miedo en su voz, y se sintió intrigado.

Jessica habló sin volverse:

—La Reverenda Madre está esperando en mis salones. Por favor, apresúrate.

La Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam estaba sentada en una silla tapizada, observando acercarse a madre e hijo. A uno y otro lado, las ventanas se abrían sobre la curva del río que corría hacia el sur y las tierras de cultivo de los Atreides, pero la Reverenda Madre ignoraba el paisaje. Aquella mañana le pesaban los años, lastrando sus hombros. Hacía responsable de ello a aquel viaje a través del espacio, asociado

con aquella abominable Cofradía Espacial y sus oscuros designios. Pero aquella era una misión que requería la atención personal de una Bene Gesserit-con-la-Mirada. Y ni siquiera la propia Decidora de Verdad del Emperador Padishah podía declinar tal responsabilidad cuando el deber la llamaba.

¡Condenada Jessica! , exclamó para sí la Reverenda Madre. *¡Si al menos nos hubiera engendrado una chica como se le había ordenado!*

Jessica se detuvo a tres pasos de la silla y esbozó una pequeña reverencia, con un ligero movimiento de su mano izquierda pellizcando apenas su falda. Paul se dobló en una breve inclinación, como le había enseñado su maestro de danza que debía hacerse… para usarlo en las ocasiones «en que no hay ninguna duda acerca del rango de la otra persona».

Los matices de la actitud de Paul no pasaron inadvertidos para la Reverenda Madre.

—Es prudente, Jessica —dijo.

La mano de Jessica apretó el hombro de Paul. Por un latido de corazón, el miedo pulsó a través de su palma. Pero recuperó rápidamente el control.

—Así ha sido educado, Vuestra Reverencia.

¿Qué es lo que teme? , se preguntó Paul.

La vieja mujer estudió a Paul, cada detalle de él, en una sola mirada: el rostro ovalado como el de Jessica, aunque más decidido… Cabellos: muy negros, como los del Duque pero con la línea de la frente del abuelo materno, aquel que no puede ser nombrado, así como su nariz, fina y desdeñosa; y los ojos verdes y penetrantes del viejo Duque, su abuelo paterno ya muerto.

Aquél sí que era un hombre que apreciaba el poder de la bravura… incluso en la muerte , pensó la Reverenda Madre.

—La educación es una cosa —dijo—, los ingredientes de base otra. Ya veremos —sus viejos ojos fulminaron a Jessica con una dura mirada—. Déjanos. Te ordeno que practiques la meditación de paz.

Jessica retiró su mano del hombro de Paul.

—Vuestra Reverencia, yo…

—Jessica, sabes que hay que hacerlo.

Paul alzó sus ojos hacia su madre, perplejo.

Jessica se envaró.

—Sí… por supuesto.

Paul volvió a mirar a la Reverenda Madre.

La cortesía, y el obvio poder de la vieja mujer sobre su madre, aconsejaban prudencia. Sin embargo, sintió crecer una rabiosa aprensión ante el miedo que irradiaba de su madre.

—Paul… —Jessica inspiró profundamente—… esta prueba a la que vas a ser sometido… es importante para mí.

—¿Prueba? —la miró.

—Recuerda que eres el hijo de un Duque —dijo Jessica. Dio media vuelta y abandonó el salón a largos pasos, con un seco roce de su vestido. La puerta se cerró sólidamente a sus espaldas.

Paul hizo frente a la vieja mujer, dominando su irritación.

—¿Desde cuándo se echa a Dama Jessica como si fuese una sirvienta?

Por un instante se dibujó una sonrisa en los ángulos de aquella vieja boca.

—Dama Jessica *fue* mi sirvienta, muchacho, durante catorce años, en la escuela —inclinó la cabeza—. Y una buena sirvienta, debo reconocerlo. ¡Y ahora, *tú* , acércate!

La orden fue como un latigazo. Paul se dio cuenta de que había obedecido incluso antes de haber pensado en ello. *Ha usado la Voz contra mí* , se dijo. Ella lo detuvo con un gesto, cerca de sus rodillas.

—¿Ves esto? —preguntó. Sacó de entre los pliegues de su ropa un cubo de metal verde que tenía alrededor de quince centímetros de lado. Lo hizo girar, y Paul vio que uno de sus lados estaba abierto… negro y extrañamente aterrador. Ninguna luz penetraba en su abierta oscuridad.

—Mete tu mano derecha en esta caja —dijo ella.

El miedo se apoderó de Paul. Retrocedió, pero la vieja mujer dijo:

—¿Es así como obedeces a tu madre?

Afrontó la mirada de sus brillantes ojos de pájaro.

Lentamente, consciente de las compulsiones que surgían de su interior y no podía rechazar, Paul metió su mano dentro de la caja. Al principio experimentó una sensación de frío a medida que la oscuridad se

acercaba en torno a su mano, después sintió el contacto del liso metal en sus dedos y un hormigueo, como si su mano se adormeciera.

Una mirada de rapaz apareció en el rostro de la vieja mujer. Apartó su mano derecha de la caja y la puso, cerrada, al lado de la nuca de Paul. Este vio un destello metálico y quiso volver la cabeza.

—¡Quieto! —dijo ella secamente.

¡Está usando de nuevo la Voz! Ella observó de nuevo fijamente su rostro.

—Tengo sujeto el gom jabbar cerca de tu cuello —dijo—. El gom jabbar, el peor enemigo. Es una aguja con una gota de veneno en la punta. ¡Quieto! No te muevas, o el veneno te morderá.

Paul intentó deglutir, pero su garganta estaba seca. No conseguía apartar su atención de aquel viejo rostro arrugado, aquellos ojos brillantes, aquellas encías pálidas, aquellos dientes de metal plateado que brillaban a cada palabra.

—El hijo de un Duque *debe* saber acerca de venenos —dijo—. Es algo de nuestro tiempo, ¿no? El Musky, para envenenar tu bebida. El Aumas, para envenenar tu comida. Los venenos rápidos, los venenos lentos y los intermedios. Este es uno nuevo para ti: el gom jabbar. Sólo mata a los animales.

El orgullo dominó el miedo de Paul.

—¿Pretendéis insinuar que el hijo de un Duque es un animal? —preguntó.

—Digamos que sugiero que puedes ser humano —dijo—. ¡No te muevas! Te lo advierto, no intentes escapar de mi lado. Soy vieja, pero mi mano puede clavar esta aguja en tu cuello antes de que consigas alejarte lo suficiente.

—¿Quién sois? —siseó Paul—. ¿Cómo habéis hecho para engañar a mi madre y conseguir que me dejara a solas con vos? ¿Habéis sido enviada por los Harkonnen?

—¿Los Harkonnen? ¡Cielos, no! Ahora, cállate —un seco dedo tocó su nuca, y tuvo que refrenar su involuntaria urgencia de escapar de allí.

—Muy bien —dijo ella—. Has pasado la primera prueba. Ahora, esto es lo que falta: si retiras tu mano de la caja, morirás. Esta es la única regla. Deja tu mano en la caja, y vivirás. Quítala, y morirás.

Paul inspiró profundamente para evitar un estremecimiento.

—Si llamo, en un momento esto estará lleno de sirvientes que caerán sobre vos, y seréis vos quien morirá.

—Los sirvientes no irán más allá de donde está tu madre, custodiando esta puerta. Puedes estar seguro. Tu madre sobrevivió a esta prueba. Ahora ha llegado tu turno. Siéntete honrado. Es raro que sometamos a los chicos a ella.

La curiosidad redujo el miedo de Paul hasta un nivel controlable. Había detectado la verdad en las palabras de la vieja mujer, no podía negarlo. Si su madre estaba allí fuera de guardia… si realmente se trataba de una prueba… Y fuera como fuese, sabía que no podía sustraerse a ella, atrapado por aquella mano cerca de su nuca: el gom jabbar. Trajo a su mente las palabras de la Letanía contra el Miedo del ritual Bene Gesserit, tal como su madre se las había enseñado:

No conoceréis al miedo. El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allá donde haya pasado el miedo ya no habrá nada. Sólo estaré yo.

Sintió que la calma volvía a él y dijo:

—Terminemos ya con esto, vieja mujer.

—¡Vieja mujer! —gritó ella—. Tienes valor, no puede negarse. Bien, vamos a ver esto, señor mío —se inclinó hacia él y su voz se convirtió en un susurro—. Vas a sentir dolor en la mano, y mi gom jabbar tocará tu cuello… y la muerte será tan rápida como el hacha del verdugo. Retira la mano y el gom jabbar te matará. ¿Has comprendido?

—¿Qué hay en la caja?

—Dolor.

El escozor se hizo más intenso en su mano. Apretó los labios. *¿Cómo es posible que esto sea una prueba?* , se preguntó. El escozor se convirtió en comezón.

—¿Has oído hablar de los animales que se devoran una pata para escapar de una trampa? —dijo la vieja mujer—. Esa es la astucia a la que recurriría un animal. Un humano permanecerá cogido en la trampa, soportará el dolor y fingirá estar muerto para coger por sorpresa al cazador y matarlo, y eliminar así un peligro para su especie.

La comezón aumentó en intensidad, hasta llegar a quemar.

—¿Por qué me hacéis esto? —preguntó.

—Para determinar si eres humano. Ahora, silencio.

Paul cerró fuertemente su mano izquierda, mientras la sensación de quemadura aumentaba en la otra mano. Crecía lentamente: calor y más calor… y más calor. Sintió que las uñas de su mano izquierda se clavaban en su palma. Intentó sostener los dedos de su mano que ardía, pero no consiguió moverlos.

—Se está quemando —siseó.

—¡Silencio!

El dolor ascendió por su brazo. El sudor perló su frente. Cada fibra de su cuerpo le gritaba que retirara su mano de aquel pozo ardiendo… pero… el gom jabbar. Sin volver la cabeza, intentó mover sus ojos para ver aquella terrible aguja envenenada acechando a su cuello. Se dio cuenta de que jadeaba e intentó dominarse sin conseguirlo.

¡Dolor!

Su mundo se vació por completo excepto su mano derecha inmersa en aquella agonía y aquel rostro surcado de arrugas que lo miraba fijamente a pocos centímetros del suyo.

Sus labios estaban tan secos que le costó separarlos.

¡Quema! ¡Quema!

Le pareció que la piel de aquella mano agonizante se arrugaba y ennegrecía, se agrietaba, caía, dejando tan sólo huesos carbonizados.

¡Y luego todo cesó!

Como un interruptor que hubiera cortado el flujo de la corriente, el dolor cesó.

Paul sintió que su brazo derecho temblaba, el sudor seguía chorreando por todo su cuerpo.

—Ya basta —murmuró la vieja mujer—. ¡Kull wahad! Ningún hijo de mujer había tenido que soportar nunca tanto. Es como si hubiera querido que fracasaras —se retiró, apartando el gom jabbar de su cuello—. Retira tu mano de la caja, joven, y míratela.

Reprimió un estremecimiento de dolor, y miró fijamente el oscuro hueco donde su mano, como movida por voluntad propia, se obstinaba en permanecer. El recuerdo del dolor le impedía el movimiento. La razón le susurraba que no iba a sacar más que un muñón renegrido de aquella caja.

—¡Retírala! —restalló ella.

Sacó la mano de la caja y la miró, atónito. Ni una señal. Ningún signo de la agonía sufrida por su carne. Alzó la mano, la giró, distendió los dedos.

—Dolor por inducción nerviosa —dijo ella—. No puedo ir por ahí mutilando potenciales seres humanos. De todos modos, habría más de uno que daría su mano por conocer el secreto de esta caja —la tomó y la sumergió entre los pliegues de su ropa.

—Pero el dolor… —dijo Paul.

—El dolor —sorbió ruidosamente—. Un humano puede dominar cualquier nervio del cuerpo.

Paul notó que su mano izquierda le dolía, la abrió, y descubrió cuatro sangrantes marcas allí donde las uñas se habían clavado en su palma. Dejó caer la mano a lo largo de su costado y miró a la vieja mujer.

—¿Hicisteis esto mismo a mi madre?

—¿Has tamizado alguna vez arena? —respondió ella.

La tangencial agresividad de su pregunta desencadenó en su mente un nivel más alto de consciencia. *Tamizar la arena.* Asintió.

—Nosotras, las Bene Gesserit, tamizamos a la gente para descubrir a los humanos.

Él levantó la mano derecha, intentando hallar el recuerdo de su dolor.

—¿Y eso es todo… el dolor?

—Te he observado en tu dolor, muchacho. El dolor es tan sólo el eje de la prueba. Tu madre te ha enseñado la forma en que observamos. He visto en ti los signos de esta enseñanza. Nuestra prueba consiste en provocar una crisis y observar.

El tono de su voz confirmaba sus palabras. Paul dijo:

—Es cierto.

Ella lo miró. *¡Percibe la verdad! ¿Quizá sea el que estamos buscando? ¿Quizá sea realmente el que estamos buscando?* Refrenó su excitación, recordándose a sí misma: *La esperanza ofusca la observación.*

—Sabes cuando la gente cree en lo que dice —indicó.

—Lo sé.

Los armónicos de su voz confirmaban su capacidad experimentada. Ella lo percibió y dijo:

—Quizá tú seas el Kwisatz Haderach. Siéntate, hermanito, aquí a mis pies.

—Prefiero estar de pie.

—Tu madre se sentó a mis pies, una vez.

—Yo no soy mi madre.

—Me detestas un poco ¿eh? —Miró hacia la puerta y llamó—: ¡Jessica!

La puerta se abrió y Jessica apareció en el umbral, mirando la estancia con ojos duros. Se suavizaron al ver a Paul. Consiguió sonreír débilmente.

—Jessica, ¿has dejado alguna vez de odiarme? —preguntó la vieja mujer.

—Os quiero y os odio a la vez —dijo Jessica—. El odio… es a causa del dolor que nunca podré olvidar. El amor… es…

—Sólo los hechos básicos —dijo la vieja mujer, pero su voz era suave—. Puedes entrar ahora, pero guarda silencio. Cierra esa puerta y asegúrate de que nadie nos interrumpa.

Jessica entró en la estancia, cerró la puerta y se inmovilizó, apoyada en ella. *Mi hijo vive* , pensó. *Mi hijo vive y es… humano. Yo lo sabía… pero… vive. Ahora yo también puedo seguir viviendo.* El contacto de la puerta era duro y real contra su espalda. Todo en la estancia era inmediato y ejercía presión contra sus sentidos.

Mi hijo vive.

Paul miraba a su madre. *Ha dicho la verdad.* Hubiera querido irse y estar solo y pensar en aquella experiencia, pero sabía que no podría hacerlo antes de recibir el permiso. La vieja mujer había adquirido una especie de poder sobre él. *Han dicho la verdad.* Su madre había pasado aquella misma prueba. La finalidad de todo aquello debía ser terrible… el dolor y el miedo habían sido terribles. Y conocía la naturaleza de todo aquello, las finalidades que se persiguen a toda costa, aquellas que traen consigo la propia urgencia de ser llevadas a cabo. Paul sentía que aquella finalidad le había sido inoculada. Pero no sabía aún cuál era exactamente.

—Algún día, muchacho —dijo la vieja mujer—, tú también deberás esperar fuera de una puerta como ella. Se necesita mucha voluntad para hacerlo.

Paul miró su mano a través de la cual había pasado el dolor, luego miró a la Reverenda Madre. El sonido de su voz contenía una diferenciación que la distinguía de todas las otras voces que había oído su experiencia. Las palabras habían sido definidas, brillantes. Sintió que cualquier pregunta que hubiera hecho habría recibido una respuesta que lo hubiera elevado fuera de su mundo carnal hacia algo más grande.

—¿Por qué buscáis a los humanos? —preguntó.

—Para hacerlos libres.

—¿Libres?

—Hubo un tiempo en que los hombres dedicaban su pensamiento a las máquinas, con la esperanza de que ellas los harían libres. Pero esto sólo permitió que otros hombres con máquinas los esclavizaran.

—«No construirás una máquina a semejanza de la mente del hombre» —citó Paul.

—Esto es lo que dicen la Jihad Butleriana y la Biblia Católica Naranja —dijo—. Pero en realidad la Biblia C. N. tendría que haber dicho: «No construirás una máquina que imite la *mente humana* ». ¿Has estudiado al Mentat a tu servicio?

—He estudiado *con* Thufir Hawat.

—La Gran Revolución nos ha librado de nuestras muletas —dijo la vieja mujer—. Ha forzado a las mentes *humanas* a desarrollarse. Fueron fundadas escuelas para adiestrar los talentos *humanos* .

—¿Las escuelas Bene Gesserit?

Ella asintió.

—Han sobrevivido dos de esas antiguas escuelas: la Bene Gesserit y la Cofradía Espacial. La Cofradía, eso es al menos lo que pensamos, concentra todos sus esfuerzos en las matemáticas puras. La Bene Gesserit desarrolla otra función.

—Política —dijo Paul.

—*¡Kull wahad!* —dijo la vieja mujer. Dirigió a Jessica una dura mirada.

—No le he dicho nada, Vuestra Reverencia —dijo Jessica.

La Reverenda Madre volvió su atención hacia Paul.

—Has necesitado pocos indicios para deducir esto —dijo—. Se trata de Política. La escuela Bene Gesserit original estaba dirigida por aquellos que intuyeron que se necesitaba una continuidad en las relaciones humanas. Vieron que esta continuidad no podía existir sin separar el linaje humano del linaje animal… por razones de selección.

Las palabras de la vieja mujer perdieron bruscamente aquella especial claridad para Paul. Percibía una ofensa hacia aquello que su madre llamaba *instinto para la sinceridad* . No era que la Reverenda Madre le mintiera. Obviamente, ella creía en lo que le estaba diciendo. Era algo más profundo, algo ligado a aquella terrible finalidad.

—Pero mi madre me ha dicho que muchas Bene Gesserit de las escuelas ignoran su genealogía —dijo.

—Las ascendencias genéticas están todas en nuestros archivos —dijo ella—. Tu madre sabe que es de ascendencia Bene Gesserit, o que fue aceptada como tal.

—Entonces, ¿por qué nunca ha sabido quiénes fueron sus padres?

—Algunas lo saben… otras no. Puede ocurrir, por ejemplo, que deseemos que procree con un consanguíneo a fin de convertir en dominante alguna característica genética. Tenemos multitud de razones.

Paul percibió la ofensa hacia su instinto para la sinceridad. Dijo:

—Decidís muchas cosas por vos misma.

La Reverenda Madre lo miró en silencio, pensando: *¿Hay una crítica en su voz?*

—Nuestra carga es pesada —dijo.

Paul se dio cuenta de que se estaba recuperando cada vez más del shock de la prueba. La miró tranquilamente y dijo:

—Decís que tal vez yo sea el… Kwisatz Haderach. ¿Qué es esto, un gom jabbar humano?

—¡Paul! —dijo Jessica—. No debes emplear ese tono con…

—No te metas en esto, Jessica —dijo la vieja mujer—. Muchacho, ¿conoces la droga de la Decidora de Verdad?

—La tomáis para incrementar vuestra habilidad de detectar falsedades —dijo él—. Mi madre me lo explicó.

—¿Has asistido alguna vez a un trance de verdad?

Agitó la cabeza.

—No.

—La droga es peligrosa —dijo ella—, pero te confiere la intuición. Cuando una Decidora de Verdad tiene el don de la droga, puede mirar en muchos lugares de su memoria… de la memoria de su cuerpo. Podemos mirar hacia muchas avenidas del pasado… pero únicamente hacia las avenidas femeninas. —Su voz tuvo un asomo de tristeza—. Sin embargo, hay un lugar donde ninguna Decidora de Verdad puede mirar. Nos vemos repelidas por él, aterrorizadas. Pero está dicho que un día vendrá un hombre que, con el don de la droga, podrá ver con su ojo interior. Podrá ver donde ninguna de nosotras podemos… en los dos pasados, masculino y femenino.

—¿Vuestro Kwisatz Haderach?

—Sí, aquel que puede estar en muchos lugares a la vez: el Kwisatz Haderach. Muchos hombres han probado la droga… muchos de ellos, y ninguno ha tenido éxito.

—¿Todos ellos lo han intentado y han fallado?

—Oh, no —ella agitó la cabeza—. Lo han intentado y han muerto.

2

Intentar comprender a Muad'Dib sin comprender a sus mortales enemigos, los Harkonnen, es intentar ver la Verdad sin conocer la Mentira. Es intentar ver la Luz sin conocer las Tinieblas. Es imposible.

Del *Manual de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Era la esfera de un mundo, parcialmente en las sombras, girando bajo el impulso de una gruesa mano llena de brillantes anillos. La esfera estaba sujeta a un soporte articulado fijo a una pared de una estancia sin ventanas, cuyas otras paredes presentaban un mosaico multicolor de pergaminos, librofilms, cintas y bobinas. La luz, procedente de globos dorados suspendidos en sus campos móviles, iluminaba vagamente la estancia.

Un escritorio elipsoide revestido de madera de elacca petrificada de color rosa jade se hallaba en el centro de la estancia. Algunas sillas a suspensor, monoformes, se hallaban a su alrededor. Dos estaban ocupadas. En una de ellas se sentaba un joven de cabello negro, de unos dieciséis años, de cara redonda y ojos tristes. El otro era un hombre pequeño y delgado de rostro afeminado.

Ambos, el joven y el hombre, contemplaban la esfera que giraba, y al hombre que la hacía girar desde la penumbra.

Una risa ahogada surgió junto a la esfera.

Dejó paso a una voz baja y retumbante:

—Aquí está, Piter. La mayor trampa para hombres de toda la historia. Y el Duque se apresura a colocarse de buen grado entre sus fauces. ¿No es un magnífico plan preparado por mí, el Barón Vladimir Harkonnen?

—Por supuesto, Barón —dijo el hombre. Su voz era de tenor, con una cualidad suave y musical.

La gruesa mano hizo descender la esfera y detuvo su rotación. Ahora, todos los ojos en la estancia podían contemplar la superficie inmóvil y ver que se trataba de una esfera hecha para los más ricos coleccionistas o los gobernadores planetarios del Imperio. Todo en él sugería el sello característico de los artesanos Imperiales. Las líneas de longitud y latitud estaban marcadas con el más fino hilo de platino. Los casquetes polares eran maravillosos diamantes incrustados.

La gruesa mano se movió, recorriendo los detalles de la superficie.

—Os invito a observar —retumbó la voz de bajo—. Observa bien, Piter, y tú también, Feyd-Rautha, querido: desde los sesenta grados norte hasta los sesenta grados sur, esos exquisitos repliegues. Esos colores: ¿no os recuerdan un dulce caramelo? Y en ningún lugar veréis el azul de lagos o ríos o mares. Y esos encantadores casquetes polares… tan pequeños. ¿Puede alguien equivocarse al identificarlo? ¡Arrakis! Realmente único. Un soberbio escenario para una victoria única.

Una sonrisa distendió los labios de Piter.

—Y pensar, Barón, que el Emperador Padishah cree haber ofrecido al Duque vuestro planeta de especia. Qué divertido.

—Esta es una observación absurda —gruñó el Barón—. Lo dices para confundir al joven Feyd-Rautha, pero no es necesario confundir a mi sobrino.

El joven de la mirada triste se agitó en su silla, alisándose una arruga de sus medias negras. Después se enderezó, al oir una discreta llamada en la puerta, a sus espaldas.

Piter se arrancó de su silla, se dirigió a la puerta, y la abrió tan sólo lo suficiente como para tomar el cilindro de mensajes que le tendían. Volvió a cerrarla, desenrolló el cilindro y lo leyó. Rio en voz baja para sí mismo. Volvió a reír.

—¿Y bien? —preguntó el Barón.

—¡El idiota nos responde, Barón!

—¿Desde cuándo un Atreides rechaza la oportunidad de demostrar un gesto? —preguntó el Barón—. Bien, ¿qué es lo que dice?

—Se muestra más bien grosero, Barón. Se dirige a vos como «Harkonnen»… sin el «Sire et cher Cousin», sin ningún título, sin nada.

—Es un buen nombre —gruñó el Barón, y su voz traicionaba su impaciencia—. ¿Y qué es lo que dice mi querido Leto?

—Dice: «Tu oferta de una reunión es rehusada. He tenido que enfrentarme muchas veces con tus traiciones, todo el mundo lo sabe».

—¿Y? —preguntó el Barón.

—Dice: «El arte del kanly tiene aún sus admiradores en el seno del Imperio». Y firma: «Duque Leto de Arrakis» —Piter se echó a reír—. ¡De Arrakis! ¡Oh, eso sí que es bueno!

—Cállate, Piter —dijo el Barón, y la risa del otro se cortó como si alguien hubiera accionado un conmutador—. ¿Kanly, dice? —preguntó

—. Vendetta, ¿eh? Y ha empleado ese antiguo término tan rico en tradiciones para que yo entendiera bien lo que quería decir.

—Habéis hecho el gesto de paz —dijo Piter—. Las formas han sido observadas.

—Para ser un Mentat, Piter, hablas demasiado —dijo el Barón. Y pensó: *Voy a tener que desembarazarme de él tan pronto como pueda. Casi ha sobrevivido a su utilidad.* Miró a su Mentat asesino, al otro lado de la habitación, observando el detalle que la gente notaba en primer lugar: los ojos, dos hendiduras azules con un azul más intenso en su interior, unos ojos sin el menor blanco.

Una breve sonrisa cruzó el rostro de Piter. Era como la mueca de una máscara bajo aquellos ojos parecidos a dos profundos pozos.

—¡Pero, Barón! Nunca una venganza ha sido más hermosa. El plan constituye la traición más exquisita: *hacer* que Leto cambie Caladan por Dune… sin la menor alternativa, puesto que se trata de una orden del Emperador. ¡Vaya broma por vuestra parte!

—Hablas demasiado, Piter —dijo el Barón con voz fría.

—Pero es que soy feliz, mi Barón. Mientras que vos… vos habéis sido tocado por la envidia.

—¡Piter!

—¡Ajá, Barón! ¿No es lamentable que vos hayáis sido incapaz de imaginar por vos mismo ese delicado plan?

—Algún día haré que te estrangulen, Piter.

—Por supuesto, Barón. ¡En fin! Pero una buena acción nunca se pierde, ¿eh?

—¿Has masticado verite o semuta, Piter?

—La verdad sin miedo sorprende al Barón —dijo Piter. Su rostro se convirtió en la caricatura de una hilarante máscara—. ¡Ja, ja! Pero ved, Barón, puesto que soy un Mentat, sé el momento en que me mandaréis ejecutar. Evitad hacerlo mientras aún pueda seros útil. Ordenarlo prematuramente sería un despilfarro, puesto que yo aún os soy muy aprovechable. Sé algo que os ha enseñado ese adorable planeta, Dune: no despilfarrar nunca. ¿Es cierto, Barón?

El Barón continuó mirando a Piter.

Feyd-Rautha se estremeció en su silla. *¡Esos locos pendencieros!* , pensó. *Mi tío no puede hablarle a su Mentat sin discutir. ¿Creen que los demás no tenemos otra cosa que hacer que escuchar sus disputas?*

—Feyd —dijo el Barón—. Cuando te invité aquí te dije que escucharas y aprendieras. ¿Estás aprendiendo?

—Sí, tío —la voz era prudente y respetuosa.

—A veces me pregunto acerca de Piter —dijo el Barón—. Yo causo dolor a los demás por necesidad, pero él… Juraría que disfruta positivamente con ello. Por mi parte, siento piedad hacia el pobre Duque Leto. El doctor Yueh actuará contra él muy pronto, y este será el fin de todos los Atreides. Pero seguramente Leto sabrá cuál es la mano que guía a aquel maleable doctor… y saberlo será para él una cosa terrible.

—Entonces, ¿por qué no habéis ordenado al doctor que le clavara un kindjal entre las costillas, serena y eficientemente? —preguntó Piter—. Habláis de piedad, pero…

—El Duque *debe* saber que soy yo quien lo ha condenado —dijo el Barón —. Y las demás Grandes Casas deben saberlo también. Esto las frenará un poco. Así tendré algo más de campo para maniobrar. Es obviamente necesario, pero eso no quiere decir que me guste.

—¡Campo para maniobrar! —se mofó Piter—. Los ojos del Emperador se han posado ya en vos, Barón. Os movéis demasiado audazmente. Un día el Emperador enviará una o dos legiones de sus Sardaukar a desembarcar aquí, en Giedi Prime, y este será el fin del Barón Vladimir Harkonnen.

—Te gustaría verlo, ¿verdad, Piter? —preguntó el Barón—. Cuánto disfrutarías viendo las formaciones Sardaukar arrasando mis ciudades y saqueando este castillo. Estoy seguro de que gozarías enormemente.

—¿Tenéis necesidad de preguntarlo, Barón? —susurró Piter.

—Tendrías
que haber sido Bashar de uno de sus Cuerpos —dijo el Barón—. Estás tan interesado en la sangre y el dolor. Quizá me he precipitado demasiado con mi promesa del botín de Arrakis.

Piter se movió a través de la estancia con pasos curiosamente cortos, deteniéndose directamente detrás de Feyd-Rautha. La atmósfera de la habitación era tensa, y el joven alzó los ojos hacia Piter con un fruncimiento de cejas.

—No juguéis con Piter, Barón —dijo Piter—. Me prometisteis a Dama Jessica. Me lo prometisteis.

—¿Para qué, Piter? —preguntó el Barón—. ¿Para el dolor?

Piter lo miró, hundiéndose en el silencio.

Feyd-Rautha movió su silla a suspensor hacia un lado.

—Tío, ¿tengo que quedarme? Dijiste que…

—Mi querido Feyd-Rautha se impacienta —dijo el Barón. Se movió entre las sombras tras la esfera—. Paciencia, Feyd —y volvió su atención hacia el Mentat—. ¿Y el Duquecito, querido Piter, el chico Paul?

—La trampa lo traerá directamente a nuestras manos, Barón —murmuró Piter.

—Esta no es mi pregunta —dijo el Barón—. Te recuerdo que predijiste que aquella bruja Bene Gesserit le daría una hija al Duque. Te equivocaste, ¿eh, Mentat?

—No suelo equivocarme a menudo, Barón —dijo Piter, y por primera vez hubo miedo en su voz—. Aceptadme esto: no me equivoco a menudo. Y vos sabéis bien que esas Bene Gesserit engendran generalmente hijas. Incluso la consorte del Emperador únicamente ha producido hembras.

—Tío —dijo Feyd-Rautha—, dijiste que aquí habría algo importante para mí y…

—Oíd a mi sobrino —dijo el Barón—. Aspira a controlar mi baronía y ni siquiera sabe controlarse a sí mismo —se movió tras la esfera, una sombra entre las sombras—. Bien, Feyd-Rautha Harkonnen, te he hecho venir aquí con la esperanza de poder enseñarte un poco de sabiduría. ¿Has observado a nuestro buen Mentat? Tendrías que haber extraído algo de nuestra conversación.

—Pero, tío…

—Un Mentat muy eficiente, ese Piter, ¿no crees, Feyd?

—Sí, pero…

—¡Ah! ¡Ahí está: *pero* …! Consume demasiada especia, la come como si fueran bombones. ¡Mira sus ojos! Se diría que acaba de llegar directamente de una excavación arrakena. Eficiente, ese Piter, *pero* también emotivo e inclinado a crisis apasionadas. Eficiente, ese Piter, *pero* también capaz de equivocarse.

—¿Me habéis llamado aquí para deteriorar mi eficiencia con vuestras críticas, Barón? —dijo Piter, con voz baja y grave.

—¿Deteriorar tu eficiencia? Me conoces bien, Piter. Sólo quería que mi sobrino se diera cuenta de las limitaciones de un Mentat.

—¿Acaso estáis adiestrando ya a mi sustituto? —inquirió Piter.

—¿Reemplazarte a *ti* ? Vamos, Piter, ¿dónde encontraría yo a otro Mentat con tu astucia y tu veneno?

—En el mismo lugar donde me encontrasteis a mí, Barón.

—Quizá tenga que hacerlo —meditó el Barón—. Me has parecido un poco inestable últimamente. ¡Y la especia que comes!

—¿Quizá mis placeres son demasiado caros, Barón? ¿Ponéis objeción a ello?

—Mi querido Piter, tus placeres son lo que te unen a mí. ¿Cómo podría objetar a ello? Sólo deseo que mi sobrino observe algunas de tus características.

—¿Así que estoy en exhibición? —dijo Piter—. ¿Tengo que bailar? ¿Debo mostrarme en mis variadas funciones para el eminente Feyd-Rau…?

—Exactamente —dijo el Barón—. Estás en exhibición. Ahora cállate. —Se volvió hacia Feyd-Rautha, notando los labios del joven, gruesos y sensuales, la marca genética de los Harkonnen, curvados en una sutil mueca divertida—. Eso es un Mentat, Feyd. Ha sido adiestrado y acondicionado para realizar algunas tareas. El hecho de que esté encajado en un cuerpo humano, sin embargo, no puede ser olvidado. Es un serio inconveniente. A veces pienso que los antiguos, con sus máquinas pensantes, habían acertado.

—Eran juguetes comparadas conmigo —gruñó Piter—. Incluso vos, Barón, podríais superar a esas *máquinas* .

—Quizá
—dijo el Barón—. Ah, bueno… —inspiró profundamente y eructó—. Ahora, Piter, describe para mi sobrino las líneas generales de nuestra campaña contra la Casa de los Atreides. Trabaja como un Mentat para nosotros, por favor.

—Barón, ya os advertí que no había que confiar a un hombre tan joven esa información. Mis observaciones acerca de…

—Yo soy el único juez en esto —dijo el Barón—. Te he dado una orden, Mentat. Cumple una de tus varias funciones.

—De acuerdo —dijo Piter. Se envaró, asumiendo una extraña actitud de dignidad… y fue de nuevo como otra máscara, aunque esta vez recubriéndole todo el cuerpo—. Dentro de pocos días estándar, toda la

familia del Duque Leto embarcará en una nave de la Cofradía Espacial, rumbo a Arrakis. La Cofradía los depositará en la ciudad de Arrakeen, y no en nuestra ciudad de Carthag. El Mentat del Duque, Thufir Hawat, llegará a la acertada conclusión de que Arrakeen es más fácil de defender.

—Escucha atentamente, Feyd —dijo el Barón—. Observa los planes en los planes de los planes.

Feyd-Rautha asintió, pensando: *Esto ya me gusta más. El viejo monstruo ha decidido finalmente introducirme en sus secretos. Eso quiere decir que piensa hacerme su heredero.*

—Hay varias posibilidades tangenciales —dijo Piter—. He señalado que la Casa de los Atreides irá a Arrakis. Pero no debemos ignorar, de todos modos, la posibilidad de que el Duque haya establecido un contrato con la Cofradía para que ésta lo conduzca a algún lugar seguro fuera del Sistema. Otros en parecidas circunstancias han renegado de sus propias Casas, han tomado las atómicas y escudos familiares y han huido lejos del Imperio.

—El Duque es demasiado orgulloso para hacer eso —dijo el Barón.

—Es una posibilidad —dijo Piter—. De todos modos, para nosotros, el efecto final sería el mismo.

—¡No, no sería el mismo! —gruñó el Barón—. Quiero verlo muerto y su línea extinguida.

—Esta es la mayor probabilidad —dijo Piter—. Hay algunos preparativos que indican que una Casa se dispone a renegar. No parece que el Duque se prepare para ello.

—Entonces sigue, Piter —suspiró el Barón.

—En Arrakeen —dijo Piter—, el Duque y su familia ocuparán la Residencia, que antes fue la casa del Conde y su Dama Fenring.

—El Embajador cerca de los Contrabandistas —rio el Barón.

—¿Embajador cerca de quién? —preguntó Feyd-Rautha.

—Tu tío ha hecho un chiste —dijo Piter—. Llama al Conde Fenring Embajador cerca de los Contrabandistas indicando el interés que tiene el Emperador hacia las operaciones de contrabando en Arrakis.

Feyd-Rautha dirigió a su tío una perpleja mirada.

—¿Por qué?

—No seas estúpido, Feyd —restalló el Barón—. Mientras la Cofradía siga de hecho fuera del control Imperial, ¿cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo se moverían los espías y asesinos?

La boca de Feyd-Rautha pronunció un inarticulado «Oh-h-hh».

—Hemos dispuesto algunas diversiones en la Residencia —dijo Piter—. Habrá un atentado contra la vida del heredero de los Atreides… un atentado que quizá tenga éxito.

—¡Piter! —rugió el Barón—. Te indiqué…

—He dicho que pueden producirse accidentes —dijo Piter—. Y esta tentativa de asesinato debe parecer auténtica.

—Bien, pero el chico tiene un cuerpo tan joven y tierno —dijo el Barón —. Por supuesto, potencialmente es más peligroso que su padre… con esa bruja de su madre para adiestrarlo. ¡Condenada mujer! Bueno, continúa, Piter, por favor.

—Hawat adivinará que tenemos un agente infiltrado entre ellos —dijo Piter—. El sospechoso más obvio es el doctor Yueh, que es realmente nuestro agente. Pero Hawat le ha investigado y ha sabido que nuestro doctor se ha graduado en la Escuela Suk con Condicionamiento Imperial… lo cual le hace supuestamente seguro como para curar incluso al propio Emperador. Se tiene mucha confianza en el Condicionamiento Imperial. Se asume que este condicionamiento es definitivo y no puede ser retirado sin matar al sujeto. Sin embargo, como alguien observó ya en su tiempo, con una palanca adecuada puede moverse incluso un planeta. Nosotros encontramos la palanca que podía mover al doctor.

—¿Cómo? —preguntó Feyd-Rautha. Se sentía fascinado por el tema—. ¡*Todos* sabían que era imposible trastornar el Condicionamiento Imperial!

—En otra ocasión —dijo el Barón—. Continúa, Piter.

—En lugar de Yueh —dijo Piter—, vamos a colocar a otro sospechoso más interesante en el camino de Hawat. La propia audacia de la sospecha será lo que llame más la atención de Hawat sobre ella.

—¿Ella? —preguntó Feyd-Rautha.

—La propia Dama Jessica —dijo el Barón.

—¿No es sublime? —preguntó Piter—. La mente de Hawat estará tan alterada con esta posibilidad que sus funciones de Mentat se verán disminuidas. Incluso podría intentar matarla. —Piter frunció el ceño—. Pero no creo que lo lleve a cabo.

—Y tú no deseas que lo haga, ¿eh? —preguntó el Barón.

—No me distraigáis —dijo Piter—. Mientras Hawat estará ocupado con Dama Jessica, distraeremos su atención con rebeliones en algunas ciudades de guarnición y cosas así. Todo ello será sofocado. El Duque creerá que domina la situación. Después, cuando el momento sea propicio, le haremos un signo a Yueh y avanzaremos con el grueso de nuestras fuerzas…

—Adelante, díselo todo —dijo el Barón.

—Los atacaremos apoyados por dos legiones de Sardaukar disfrazados con ropas Harkonnen.

—¡Sardaukar! —exclamó Feyd-Rautha en voz muy baja. Su mente evocó las terribles tropas Imperiales, los despiadados asesinos, los soldados fanáticos del Emperador Padishah.

—Observa hasta qué punto tengo confianza en ti, Feyd —dijo el Barón—. Nada de todo esto debe trascender a ninguna otra Gran Casa, ya que de otro modo el Landsraad podría unirse contra la Casa Imperial, y sería el caos.

—El punto más importante —dijo Piter— es éste: desde el momento en que la Casa de los Harkonnen va a ser usada para realizar el trabajo sucio del Emperador, se beneficiará de una cierta ventaja. Una ventaja peligrosa, seguro, pero que si es usada con prudencia puede convertir a la Casa de los Harkonnen en inmensamente más rica que cualquier otra Casa del Imperio.

—No puedes tener idea de la cantidad de riquezas que se hallan aquí empeñadas, Feyd —dijo el Barón—. Ni siquiera en tus más locos sueños. En primer lugar, nos aseguraremos de forma irrevocable un directorio de la Compañía CHOAM.

Feyd-Rautha asintió. La riqueza era lo único importante. La CHOAM era la llave de la riqueza, cada Casa noble hundía sus manos en los cofres de la compañía siempre que podía y bajo control del directorio. Ese directorio de la CHOAM era la evidencia real del poder político en el Imperio, cambiando de acuerdo con los votos de las inestables fuerzas del Landsraad, que servían de equilibrio frente al Emperador y *sus* sostenedores.

—El Duque Leto —dijo Piter— puede buscar refugio entre los pocos Fremen que viven al filo del desierto. O quizá prefiera mandar a su familia a esa imaginaria seguridad. Pero este camino está bloqueado por uno de los agentes de Su Majestad… el ecólogo planetario. Seguramente lo recordarás… Kynes.

—Feyd lo recuerda —dijo el Barón—. Continúa.

—No os gustan mucho los detalles, Barón —dijo Piter.

—¡Continúa, te lo ordeno! —rugió el Barón.

Piter se alzó de hombros.

—Si todo marcha como está planeado —dijo—, la Casa de los Harkonnen tendrá un subfeudo en Arrakis dentro de un año estándar. Tu tío obtendrá la administración de ese feudo. Su agente personal dominará en Arrakis.

—Más beneficios —dijo Feyd-Rautha.

—Exacto —dijo el Barón. Y pensó: *Es lo justo. Nosotros fuimos quienes colonizamos Arrakis… excepto esos pocos mestizos Fremen que se esconden al borde del desierto… y unos pocos e inofensivos contrabandistas ligados más estrechamente al planeta que los propios trabajadores indígenas.*

—Y las Grandes Casas sabrán entonces que el Barón ha destruido a los Atreides —dijo Piter—. Todas lo sabrán.

—Y lo más encantador de todo —dijo Piter— es que el Duque también lo sabrá. Ya lo sabe ahora. Ya presiente la trampa.

—Es cierto que el Duque lo sabe —dijo el Barón, y su voz tuvo una nota de tristeza—. Y no puede hacer nada… y esto es lo más triste.

El Barón se alejó de la esfera de Arrakis. Y, al emerger de las sombras, su silueta adquirió otra dimensión… grande e inmensamente gruesa. Y los sutiles movimientos de sus protuberancias bajo los pliegues de su oscura ropa revelaban que sus grasas estaban sostenidas parcialmente por suspensores portátiles anclados a sus carnes. Su peso debía ser realmente de unos doscientos kilos estándar, pero sus pies no sostenían más de cincuenta de ellos.

—Tengo hambre —gruñó el Barón, y se frotó con su mano cubierta de anillos los gruesos labios, mirando a Feyd-Rautha con unos ojos enterrados en grasa—. Pide que nos traigan comida, querido. Tomaremos algo antes de retirarnos.

3

Así habló Santa Alia del Cuchillo: «La Reverenda Madre debe combinar las artes de seducción de una cortesana con la intocable majestad de una diosa virgen, manteniendo estos atributos en tensión tanto tiempo como subsistan los poderes de su juventud. Pues una vez se hayan ido belleza y juventud, descubrirá que el lugar intermedio ocupado antes por la tensión se ha convertido en una fuente de astucia y de recursos infinitos».

De *Muad'Dib, Comentarios Familiares* , por la PRINCESA IRULAN

—Bien, Jessica, ¿qué tienes que decirme por ti misma? —preguntó la Reverenda Madre.

Había llegado, en Castel Caladan, el crepúsculo del día en que había sufrido su prueba. Las dos mujeres estaban solas en las habitaciones de Jessica mientras Paul esperaba en la Sala de Meditación, situada al lado.

Jessica estaba de pie ante las ventanas que se abrían al sur. Miraba sin ver las coloreadas nubes vespertinas, más allá del prado y del río. Oía sin escuchar la pregunta de la Reverenda Madre.

Ella también había sufrido la prueba… hacía tantos años de ello. Una jovencita delgada, de cabellos color bronce, con el cuerpo torturado por los vientos de la pubertad, había entrado en el estudio de la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam, Censor Superior de la escuela Bene Gesserit en Wallach IX. Jessica contempló su mano derecha, flexionó los dedos, recordando el dolor, el terror, la rabia.

—Pobre Paul —susurró.

—¡Te he hecho una pregunta, Jessica! —la voz de la vieja mujer era brusca, imperativa.

—¿Qué? Oh… —Jessica extrajo su atención del pasado e hizo frente a la Reverenda Madre, que estaba sentada con la espalda apoyada en la pared de piedra, entre las dos ventanas que miraban al este—. ¿Qué debo deciros?

—¿Qué debes decirme? ¿Qué debes decirme? —la vieja voz tenía un tono de burla cruel.

—¡Sí, he tenido un hijo! —estalló Jessica. Y sabía que la vieja la había llevado deliberadamente hasta la irritación.

—Se te había ordenado que engendrases solamente hijas a los Atreides.

—Significaba tanto para él —se justificó Jessica.

—¡Y, en tu orgullo, pensaste que podías engendrar al Kwisatz Haderach!

Jessica irguió la cabeza.

—Tuve en cuenta la posibilidad.

—Pensaste tan sólo en el deseo de tu Duque de tener un varón —restalló la vieja mujer—. Y sus deseos no tienen nada que ver con esto. Una hija Atreides hubiera podido casarse con un heredero Harkonnen, y la brecha hubiera quedado cerrada. Complicaste las cosas de forma impredecible. Ahora corremos el riesgo de perder ambas líneas genéticas.

—No sois infalible —dijo Jessica. Sostuvo la mirada de aquellos fríos ojos.

—Lo que está hecho, está hecho —dijo finalmente la vieja mujer.

—He formulado votos de que nunca lamentaré mi decisión —dijo Jessica.

—Muy notable por tu parte —se mofó la Reverenda Madre—. Ningún lamento. Ya lo veremos, cuando huyas con tu cabeza puesta a precio y con todas las manos alzadas contra tu vida y la de tu hijo.

Jessica palideció.

—¿No hay otra alternativa?

—¿Alternativa? ¿Cómo puede preguntar esto una Bene Gesserit?

—Sólo quiero saber lo que habéis podido ver en el futuro con vuestros poderes superiores.

—Veo en el futuro lo mismo que he visto en el pasado. Conoces bien nuestros asuntos, Jessica. La raza sabe que es mortal, y teme el estancamiento de su herencia. Es el flujo de la sangre… la urgencia de mezclar las características genéticas sin una planificación. El Imperio, la Compañía CHOAM, todas las Grandes Casas, tan sólo son los restos de naufragios arrastrados por este flujo.

—La CHOAM —murmuró Jessica—. Supongo que ya ha decidido cómo repartirá los despojos de Arrakis.

—¿Qué es la CHOAM sino una veleta moviéndose al soplo de nuestro tiempo? —dijo la vieja mujer—. El Emperador y sus amigos controlan actualmente un cincuenta y nueve coma sesenta y cinco por ciento de

los votos del directorio de la CHOAM. Seguramente han visto lo provechoso que es esto, y como otros también verán lo mismo, la potencia de sus votos se verá incrementada. Así se hace la historia, muchacha.

—Eso es exactamente lo que me hace falta ahora —dijo Jessica—. Un repaso de historia.

—¡No seas sarcástica, muchacha! Sabes tan bien como yo cuáles son las fuerzas que nos rodean. Nuestra civilización reposa sobre tres puntos: la Casa Imperial, en equilibrio entre las Grandes Casas Federadas del Landsraad y, entre ellas, la Cofradía y su maldito monopolio de los transportes interestelares. En política, el trípode es la más inestable de todas las estructuras. Y ya sería malo sin las complicaciones de una cultura comercial feudal que da la espalda a cualquier ciencia.

—Restos arrastrados por el flujo… —repitió Jessica amargamente—. Y los restos, aquí, son el Duque Leto, y son también su hijo, y son también…

—Oh, cállate, muchacha. Cuando entraste en este juego sabías muy bien cuál era el avispero que ibas a encontrar en él.

—Soy una Bene Gesserit —citó Jessica—. Existo tan sólo para servir.

—Exacto —dijo la vieja mujer—. Y todo lo que podemos esperar es impedir que todo esto provoque una conflagración general, a fin de preservar todo lo que podamos de las líneas genéticas más importantes.

Jessica cerró los ojos, sintiendo el escozor de sus lágrimas a punto de brotar. Combatió el temblor interno que la sacudía, el temblor externo, la respiración jadeante, el batir desordenado del pulso, el sudor de sus palmas. Entonces dijo:

—Pagaré por mis errores.

—Y tu hijo pagará contigo.

—Lo protegeré tanto como pueda.

—¡Protegerlo! —chasqueó la vieja mujer—. ¡Sabes bien lo débil que es! Si lo proteges demasiado, Jessica, nunca será lo suficientemente fuerte como para alcanzar un destino, *cualquier* destino.

Jessica se volvió y miró al otro lado de la ventana las sombras cada vez más densas.

—¿Es realmente tan terrible ese planeta, Arrakis?

—Bastante malo, pero no totalmente malo. La Missionaria Protectiva pasó por allí y lo mejoró un poco. —La Reverenda Madre se alzó,

alisando un pliegue de su vestido—. Dile al muchacho que venga. Debo irme pronto.

—¿Debéis?

La voz de la vieja mujer se suavizó:

—Jessica, muchacha, me gustaría estar en tu lugar y asumir tus sufrimientos. Pero cada una de nosotras debe seguir su propio camino.

—Lo sé.

—Eres para mí tan querida como cualquiera de mis otras hijas, pero no debo dejar que esto interfiera con el deber.

—Comprendo… la necesidad.

—Todo lo que has hecho, Jessica, y el por qué lo has hecho… ambas lo comprendemos. Pero la sinceridad me obliga a decirte que hay pocas esperanzas de que tu hijo sea totalmente Bene Gesserit. No esperes demasiado.

Jessica se sacudió las lágrimas que se habían formado en el ángulo de sus ojos. Era un gesto de rabia. Dijo:

—Me hacéis sentir de nuevo como una chiquilla recitando mi primera lección. —Obligó a las palabras a que surgieran—: «Los humanos no deben someterse nunca a los animales». —Un brusco sollozo la sacudió. Dijo, en un murmullo—: He estado tan sola.

—Esto forma parte de la prueba —dijo la vieja mujer—. Los humanos están casi siempre solos. Ahora, llama al chico. Ha sido para él un día largo y terrible. Pero ha tenido suficiente tiempo para reflexionar y recordar, y debo hacerle algunas otras preguntas acerca de sus sueños.

Jessica asintió, se dirigió hacia la Sala de Meditación y abrió la puerta.

—Paul, entra, por favor.

Paul obedeció con reluctante lentitud. Miró a su madre como si fuera una extraña. Sus ojos se posaron circunspectos en la Reverenda Madre, pero esta vez sólo inclinó ligeramente la cabeza, como si se dirigiera a un igual. Oyó a su madre cerrar la puerta detrás de él.

—Joven —dijo la vieja mujer—, volvamos al asunto de tus sueños.

—¿Qué queréis saber? —preguntó él.

—¿Sueñas cada noche?

—No sueños que merezcan la pena de ser recordados. Puedo recordar todos los sueños, pero algunos merecen la pena de ser recordados, y otros no.

—¿Cómo sabes la diferencia?

—Simplemente la sé.

La vieja mujer echó una ojeada a Jessica y luego volvió a Paul.

—¿Qué soñaste esta última noche? ¿Valía la pena que lo recordaras?

—Sí. —Paul cerró sus ojos—. Soñé una caverna… y agua… y había una chica… muy delgada, con grandes ojos. Sus ojos eran totalmente azules, sin blanco. Yo le hablaba de vos, le decía que había visto a la Reverenda Madre en Caladan. —Paul abrió sus ojos.

—¿Y lo que le contabas a esa extraña chica era lo que ha ocurrido hoy?

Paul reflexionó un instante, y luego dijo:

—Sí. Le dije a la chica que vos habíais venido y que me habíais marcado con un sello que me hacía extraño.

—Un sello que te hacía extraño —murmuró la vieja mujer, y lanzó otra ojeada a Jessica antes de volver de nuevo su atención a Paul—. Ahora, dime la verdad, Paul: ¿tienes a menudo esos sueños en los que ocurren cosas que luego se repiten en la realidad exactamente a como las has soñado?

—Sí. Y ya había soñado con esa chica antes.

—¿Oh? ¿La conoces?

—La conoceré.

—Háblame de ella.

Paul cerró de nuevo sus ojos.

—Estamos en un pequeño lugar entre rocas, a cubierto. Es casi de noche, pero hace calor y puedo ver manchas de arena fuera, a través de las rocas. Estamos… esperando algo… debo encontrarme con alguien. Y ella está aterrada pero intenta ocultarlo, y yo estoy excitado. Y ella me dice: «Háblame de las aguas de tu mundo natal, Usul». —Paul abrió sus ojos—. ¿No es extraño? Mi mundo natal es Caladan. Nunca he oído hablar de un planeta llamado Usul.

—¿Hay algo más en este sueño? —interrumpió Jessica.

—Sí. Pero pienso que tal vez ella me llamara Usul *a mí* —dijo Paul—. Acaba de ocurrírseme ahora. —Cerró de nuevo sus ojos—. Me pide que le hable acerca de las aguas. Y yo tomo su mano. Y le digo que voy a recitarle un poema. Y le recito el poema, pero tengo que explicarle algunas de las palabras, como playa y resaca y algas y gaviotas.

—¿Cuál poema? —preguntó la Reverenda Madre.

Paul abrió los ojos.

—Uno de los poemas cantados de Gurney Halleck para tiempos tristes.

Detrás de Paul, Jessica empezó a recitar:

Recuerdo el humo salado de un fuego en la playa

Y las sombras bajo los pinos…

Sólidas, definidas… concretas…

Las gaviotas encaramadas en el promontorio,

Blanco sobre verde…

Y el viento corriendo entre los pinos

Haciendo ondear las sombras;

Las gaviotas distendiendo las alas,

Volando

Y llenando el cielo con sus gritos.

Y oigo el viento

Soplando a lo largo de la playa,

Y la resaca,

Y veo cómo nuestra hoguera

Ha abrasado las algas.

—Este es —dijo Paul.

La vieja mujer miró a Paul y dijo:

—Joven, como Censor de la Bene Gesserit, busco el Kwisatz Haderach, el macho que pueda convertirse realmente en una de nosotras. Tu

madre ve en ti esta posibilidad, pero la ve con los ojos de una madre. Yo también veo esta posibilidad, pero nada más.

Guardó silencio, y Paul comprendió que estaba deseando que él hablara. Esperó.

—Bien, sea como tú quieras —dijo ella al cabo de un momento—. Hay profundos abismos en ti; esto lo admito.

—¿Puedo irme ahora? —preguntó él.

—¿No deseas oír lo que puede decirte la Reverenda Madre acerca del Kwisatz Haderach? —preguntó Jessica.

—Ha dicho que todos los que lo habían intentado habían muerto.

—Pero puedo darte algunos indicios acerca de sus fracasos —dijo la Reverenda Madre.

Habla de indicios , pensó Paul. *Pero en realidad no sabe nada.* Y dijo:

—Dádmelos.

—¿E iros al diablo? —Esbozó una sonrisa, y las arrugas se entrecruzaron en su rostro—. Muy bien: «Quien se somete, domina».

Se sintió atónito; ¿le estaba hablando de algo tan elemental como la tensión dentro de la intencionalidad? ¿Creía que su madre no le había enseñado nada?

—¿Esto es un indicio? —preguntó.

—No estamos aquí para jugar con las palabras o discutir sobre su significado —dijo la vieja mujer—. El sauce se somete al viento y prospera hasta el día en que habrá a su alrededor tantos sauces que formarán una barrera contra el viento. Esta es la finalidad del sauce.

Paul la miró. Ella había dicho *finalidad* , y sintió como la palabra lo golpeaba, infectándolo de nuevo con aquella terrible finalidad. Experimentó una súbita rabia contra ella: fatua vieja bruja con su boca llena de tópicos.

—Creéis que puedo ser ese Kwisatz Haderach —dijo—. Habéis hablado de mí, pero no habéis dicho absolutamente nada acerca de lo que podemos hacer para ayudar a mi padre. Os he oído hablar a mi madre. Habláis como si mi padre estuviera ya muerto. ¡Bien, pues no es así!

—Si fuera posible hacer algo por él, ya lo habríamos hecho —gruñó la vieja mujer—. Quizá consigamos salvarte a ti. Es dudoso, pero posible.

En cuanto a tu padre, no. Cuando hayas conseguido aceptar este hecho, habrás aprendido una *verdadera* lección Bene Gesserit.

Paul se dio cuenta de cómo las palabras habían herido a su madre. Miró irritado a la vieja mujer. ¿Cómo podía decir aquello de su padre? ¿Cómo podía estar tan segura? Su mente ardía con el resentimiento.

La Reverenda Madre miró a Jessica.

—Lo has entrenado bien a la Manera… he observado los signos. Yo hubiera hecho lo mismo en tu lugar, y al diablo las Reglas.

Jessica asintió.

—Ahora quiero advertirte —dijo la vieja mujer—. No olvides el orden regular de su adiestramiento. Su propia seguridad requiere la Voz. Ya tiene alguna idea de ello, pero ambas sabemos que necesita mucho más… y desesperadamente. —Se acercó a Paul, mirándole con fijeza—. Adiós, joven humano. Espero que tengas éxito. Pero, ocurra lo que ocurra… bien, nosotras llegaremos igualmente.

Miró de nuevo a Jessica. Un imperceptible signo de comprensión pasó entre las dos. Entonces la vieja mujer salió de la estancia con suave roce de sus ropas, sin mirar hacia atrás. La estancia y sus ocupantes habían quedado excluidos de sus pensamientos.

Pero Jessica había podido sorprender por un instante el rostro de la Reverenda Madre en el momento en que se volvía. Había lágrimas en aquellas arrugadas mejillas. Lágrimas más intranquilizadoras que cualquier otra palabra o signo que se hubiera intercambiado entre ellos aquel día.

4

Habéis leído que Muad’Dib no tenía compañeros de juego de su misma edad en Caladan. Los peligros eran demasiado grandes. Pero Muad’Dib tuvo maravillosos compañeros-preceptores. Estaba Gurney Halleck, el trovador-guerrero. Podréis cantar algunas de las canciones de Gurney a medida que vayáis leyendo este libro. Estaba Thufir Hawat, el viejo Mentat Maestro de Asesinos, al que temía el propio Emperador Padishah. Estaba Duncan Idaho, El Maestro de Armas de los Ginaz; el doctor Wellington Yueh, un nombre negro en traición pero brillante en conocimiento; Dama Jessica, que guio a su hijo en la Manera Bene Gesserit, y —por supuesto— el Duque Leto, cuyas cualidades como padre fueron durante mucho tiempo pasadas por alto.

De *Historia de Muad’Dib para niños* por la PRINCESA IRULAN

Thufir Hawat se deslizó dentro de la sala de ejercicios de Castel Caladan y cerró suavemente la puerta. Permaneció inmóvil por un momento, sintiéndose viejo y cansado y zarandeado por la tormenta. La pierna izquierda, herida hacía tiempo al servicio del Viejo Duque, le dolía.

Tres generaciones de ellos ya , pensó.

Se detuvo en la gran sala iluminada por la intensa luz del mediodía que penetraba a raudales a través de las cristaleras del techo, y vio al muchacho sentado con la espalda vuelta hacia la puerta, concentrado sobre papeles y mapas esparcidos sobre una mesa en forma de L.

¿Cuántas veces tendré que decirle que nunca debe dar la espalda a una puerta?

Hawat carraspeó.

Paul permaneció sumergido en sus estudios.

La sombra de una nube pasó por delante de las cristaleras. Hawat carraspeó de nuevo.

Paul se enderezó y dijo, sin volverse:

—Ya sé. Estoy sentado dando la espalda a la puerta.

Reprimiendo una sonrisa, Hawat avanzó a través de la estancia. Paul alzó los ojos hacia aquel hombre canoso que se había detenido en el

ángulo de la mesa. Los ojos de Hawat eran dos polos de atracción en un rostro oscuro y arrugado.

—Te he oído atravesar el vestíbulo —dijo Paul—. Y también te he oído abrir la puerta.

—Los sonidos que produzco pueden ser imitados.

—Notaría la diferencia.

Es capaz de ello , pensó Hawat. *Esa bruja de su madre lo ha adiestrado ciertamente bien. Me pregunto qué debe pensar de eso su preciosa escuela. Quizá ha sido por eso por lo que me han enviado a la vieja Censor aquí… para volver al buen camino a nuestra querida Dama Jessica.*

Hawat tomó una silla al otro lado de Paul, y se sentó frente a la puerta. Lo hizo intencionadamente, echándose hacia atrás y estudiando la estancia. Y repentinamente aquel lugar familiar le pareció extraño, un lugar distinto, con la mayor parte de los objetos pesados enviados ya hacia Arrakis. Quedaba tan sólo una mesa de ejercicios, así como un espejo de esgrima, con sus cristales prismáticos inertes, cuyo muñeco de ejercicios tenía el aspecto de un viejo soldado de infantería lacerado y consumido por las guerras.

Exactamente como yo , pensó Hawat.

—¿En qué estás pensando, Thufir? —preguntó Paul.

Hawat miró al muchacho.

—Estaba pensando en que muy pronto estaremos todos muy lejos de aquí, y que probablemente no volveremos nunca más.

—¿Y esto te pone triste?

—¿Triste? ¡Tonterías! Dejar a los amigos resulta triste. Pero un lugar es sólo un lugar —contempló los mapas sobre la mesa—. Y Arrakis es simplemente otro lugar.

—¿Te ha enviado mi padre para sondearme?

Hawat frunció el ceño: el muchacho sabía observarlo con tanta perspicacia. Asintió.

—Estás pensando en que hubiera sido mejor que viniera él mismo, pero ya sabes lo ocupado que está. Vendrá más tarde.

—Estaba estudiando las tormentas en Arrakis.

—Las tormentas. Ya veo.

—Parecen más bien malas.

—Es una palabra muy cauta: *malas* . Esas tormentas se desencadenan a lo largo de seis o siete mil kilómetros de terreno llano, y se alimentan de todo lo que pueda proporcionarles un mayor empuje: la fuerza de coriolis, otras tormentas, cualquier cosa que tenga en ella un gramo de energía. Soplan a setecientos kilómetros por hora, arrastrando consigo cualquier cosa móvil que encuentren en su camino: arena, polvo, cualquier cosa. Arrancan la carne de tus huesos y reducen éstos a astillas.

—¿No hay allí control climático?

—Arrakis plantea problemas especiales, los costes son muy altos, la manutención enorme y todo lo demás. La Cofradía exige un precio prohibitivo por un satélite de control, y la Casa de tu padre no está entre las más ricas, muchacho. Tú lo sabes bien.

—¿Has visto a los Fremen?

Hoy su mente se fija en todo , pensó Hawat.

—No puede decirse que los haya visto, pero los he visto —dijo—. No hay mucho que los distinga de la gente de los graben y sink. Todos llevan ropas flotantes. Y apestan como demonios en cualquier lugar cerrado. Esto es debido a las ropas que llevan (las llaman «destiltrajes»)… cuya misión es recuperar el agua de sus cuerpos.

Paul deglutió, consciente de pronto de la humedad en su boca, recordando un sueño en el que había estado sediento. El hecho de que aquel pueblo necesitase el agua hasta tal punto que tuviera que reciclar la humedad de su propio cuerpo lo llenó de un sentimiento de desolación.

—El agua es preciosa allí —dijo.

Hawat asintió, pensando: *Quizá haya conseguido hacerle comprender cuán hostil es aquel planeta, y lo importante que es para nosotros considerarlo como un enemigo. Sería enloquecedor ir hasta allí sin tener esta idea bien inculcada en nuestras mentes.*

Paul miró a las cristaleras del techo, consciente de que había comenzado a llover. Vio las gotas estrellarse contra la gris superficie de metaglass.

—Agua —dijo.

—Aprenderás a conocer su importancia —dijo Hawat—. Como hijo del Duque nunca te faltará, pero podrás ver la obsesión de la sed a tu alrededor.

Paul humedeció sus labios con la lengua, pensando en aquel día de la semana pasada y la prueba con la Reverenda Madre. Ella también le había dicho algo acerca de la privación del agua.

—Aprenderás a conocer las llanuras funerales —había dicho—, los desiertos absolutamente vacíos, las vastas extensiones donde no vive nada excepto la especia y los gusanos de arena. Ensuciarás de negro tus párpados para atenuar el brillo del sol. Cualquier agujero al abrigo del viento y de la vista será un refugio para ti. Cabalgarás únicamente sobre tus pies, sin tóptero ni vehículo ni montura.

Y Paul se había sentido más impresionado por su tono —ondulante y con una melodía a modo de cantinela— que por sus palabras.

—Cuando vivas en Arrakis —le había dicho ella—, khala, la tierra, estará vacía. Las lunas serán tus amigas, el sol tu enemigo.

Paul había oído a su madre acercarse a él desde la puerta donde estaba de guardia. Había mirado a la Reverenda Madre y preguntado:

—¿No veis ninguna esperanza, Vuestra Reverencia?

—No para el padre —y la vieja mujer había hecho callar a Jessica, mientras miraba a Paul—. Graba esto en tu memoria: un mundo se sostiene por cuatro cosas… —alzó cuatro nudosos dedos—… la erudición de los sabios, la justicia del grande, las plegarias de los justos y el coraje del valeroso. Pero todo esto no es nada… —cerró sus dedos en un puño—… sin un gobernante que conozca el arte de gobernar. ¡Haz de *esto* tu ciencia!

Había pasado una semana desde aquel día con la Reverenda Madre. Sólo ahora sus palabras adquirían pleno significado. Ahora, sentado en la sala de ejercicios con Thufir Hawat, Paul experimentó la profunda mordedura del miedo. Miró hacia el Mentat, que tenía el ceño fruncido.

—¿En qué estabas pensando en este momento? —preguntó Hawat.

—¿Tú también viste a la Reverenda Madre?

—¿Esa bruja Decidora de Verdad del Imperio? —Hawat parpadeó varias veces con interés—. Sí, la encontré.

—Ella… —Paul vaciló, descubriendo que no podía describir a Hawat la prueba. Las inhibiciones eran demasiado profundas.

—¿Sí? ¿Qué hizo?

Paul aspiró profundamente por dos veces.

—Dijo una cosa. —Cerró sus ojos, llamando a las palabras, y cuando habló su voz adquirió inconscientemente algo del tono de la vieja mujer —: «Tú, Paul Atreides, descendiente de reyes, hijo de un duque, debes aprender a gobernar. Esto es algo que no hizo ninguno de tus antecesores». —Paul abrió sus ojos y dijo—: Esto me irritó y dije que mi padre gobierna un planeta entero. Y ella dijo: «Lo está perdiendo». Y yo dije: «Padre va a recibir un planeta muy rico». Y ella dijo: «También va a perderlo». Y yo quería correr a advertir a mi padre, pero ella me dijo que ya estaba advertido… por ti, por mi madre, por mucha gente.

—Completamente cierto —murmuró Hawat.

—Entonces, ¿por qué vamos allí? —preguntó Paul.

—Porque lo ha ordenado el Emperador. Y porque, pese a lo que dice aquella bruja espía, aún hay esperanzas. ¿Qué otra cosa esputó aquella antigua fuente de sabiduría?

Paul miró hacia su mano derecha, con el puño apretado bajo la mesa. Lentamente, ordenó a sus músculos que se relajaran. *Puso alguna clase de poder en mí* , pensó. *¿Cuál?*

—Me pidió que le dijera qué significaba gobernar —siguió Paul—. Y yo dije que el mando de uno solo. Y ella dijo que debía dejar de aprender algunas cosas.

Aqui hizo blanco , pensó Hawat. Asintió para invitar a Paul a continuar.

—Dijo que un gobernante debe aprender a persuadir y no a obligar. Dijo que debe ofrecer el hogar más confortable y el mejor café del mundo para atraer a los mejores hombres.

—¿Cómo imagina que tu padre ha atraído a hombres como Duncan y Gurney? —preguntó Hawat.

Paul se alzó de hombros.

—Después dijo que un buen gobernante debe aprender la lengua de su mundo, que es distinta para cada mundo. Y yo creí que con esto quería decirme que en Arrakis no hablan galach, pero me dijo que no era eso en absoluto. Hablaba del lenguaje de las rocas y de las cosas que crecen, el lenguaje que uno no puede oír sólo con los oídos. Y yo le dije que eso era lo que el doctor Yueh llama el Misterio de la Vida.

Hawat sonrió.

—¿Y cómo se lo tomó ella?

—Creo que se puso furiosa. Dijo que el Misterio de la Vida no es un problema que hay que resolver, sino una realidad que hay que experimentar. Entonces le cité la Primera Ley del Mentat: «Un proceso no puede ser comprendido más que interrumpiéndolo. La comprensión debe fluir al mismo tiempo que el proceso, debe unirse a él y caminar con él». Esto pareció dejarla satisfecha.

Parece que se haya recobrado , pensó Hawat, *pero aquella vieja bruja lo asustó. ¿Por qué lo hizo?*

—Thufir —dijo Paul—, ¿es Arrakis tan malo como dicen?

—Nada podría ser tan malo —dijo Hawat forzando una sonrisa—. Tomemos los Fremen, por ejemplo, el pueblo renegado del desierto. Tras un primer análisis aproximativo, puedo decirte que son numerosos, mucho más numerosos de lo que cree el Imperio. Hay mucha gente viviendo allí, muchacho, mucha gente, y… —Hawat acercó un nudoso dedo a su ojo—… detestan a los Harkonnen con una pasión sangrienta. Pero no debes decir ni una palabra de esto, muchacho. Es el confidente de tu padre quien te habla.

—Mi padre me ha hablado de Salusa Secundus —dijo Paul—. ¿No crees, Thufir, que es muy parecido a Arrakis… quizá no tan malo, pero muy parecido?

—Actualmente no sabemos mucho de Salusa Secundus —dijo Hawat—. Sólo cómo era hace mucho tiempo… y nada más. Pero en líneas generales tienes razón.

—¿Nos van a ayudar los Fremen?

—Es una posibilidad. —Hawat se levantó—. Hoy salgo para Arrakis. Mientras tanto, cuidate, aunque sólo sea porque te lo pide un viejo que te quiere bien, ¿eh? Date la vuelta y no te sientes ofreciendo la espalda a la puerta. No es que crea que haya ningún peligro en el castillo, es sólo un hábito que me gustaría que adquirieses.

Paul se levantó y dio la vuelta a la mesa.

—¿Así que te vas hoy?

—Sí, hoy. Y tú me seguirás mañana. La próxima vez que nos veamos será en tu nuevo mundo. —Sujetó a Paul por su brazo derecho, a la altura del bíceps—. Mantén libre tu brazo del cuchillo, ¿eh? Y tu escudo siempre a plena carga. —Soltó el brazo, palmeó el hombro de Paul, se volvió y avanzó hacia la puerta.

—¡Thufir! —llamó Paul.

Hawat se volvió ante la puerta abierta.

—No des nunca la espalda a una puerta —dijo Paul.

Una amplia sonrisa afloró al viejo rostro.

—No lo haré, muchacho, puedes estar seguro —y se fue, cerrando suavemente la puerta detrás de él.

Paul se sentó donde antes había estado Hawat, ordenando los papeles. *Un día más aquí* , pensó. Miró la estancia a su alrededor. *Estamos a punto de irnos.* Repentinamente, la idea de la partida se hizo más real de lo que había sido nunca. Recordó otra vez lo que le había dicho la vieja mujer acerca de que un mundo es la suma de muchas cosas: la gente, la tierra, las cosas que crecen, las lunas, las mareas, los soles… aquella suma desconocida llamada *naturaleza* , un término vago desprovisto *ahora* de significado. Y se preguntó: *¿Qué es el ahora?*

La puerta frente a Paul se abrió bruscamente, y un hombre feo y macizo penetró en la estancia, precedido por un brazado de armas.

—Bien, Gurney Halleck —dijo Paul—, ¿eres tú el nuevo maestro de armas?

Halleck cerró la puerta de un taconazo.

—Ya sé que preferirías que viniera para jugar contigo —dijo. Echó una ojeada a la estancia, observando que los hombres de Hawat ya la habían repasado a fondo, dejándola segura para el heredero del Duque. Sus sutiles señales en código estaban por todas partes.

Paul observó cómo el hombre se ponía en movimiento hacia la mesa de adiestramiento con su carga de armas, y vio el baliset de nueve cuerdas que Gurney llevaba al hombro y el multipic colocado entre las cuerdas, junto a los trastes.

Halleck dejó caer las armas sobre la mesa de ejercicios, las alineó: las espadas, los puñales, los kindjals, los aturdidores de carga lenta, los cinturones-escudo. Se volvió, sonriendo, y la cicatriz de estigma que seguía la línea de su mandíbula se estremeció.

—Así que ni siquiera me das los buenos días, malvado diablillo —dijo Halleck—. ¿Qué clase de dardo has clavado en el corazón del viejo Hawat? Se ha cruzado conmigo en el vestíbulo como si corriera a los funerales de su peor enemigo.

Paul sonrió. Entre todos los hombres de su padre, Gurney era el que más le gustaba: conocía sus cambios de humor, sus debilidades, su carácter. Era para él un amigo más que una espada mercenaria.

Halleck deslizó el baliset de su hombro y empezó a afinarlo.

—Si tú no quieres hablar, yo tampoco —dijo.

Paul se levantó y avanzó a través de la estancia.

—Bien, Gurney —dijo—, ¿vienes a prepararte para la música cuando es tiempo de combatir?

—Así que hoy toca faltar al respeto a tus mayores, ¿eh? —dijo Halleck. Pulsó una cuerda del instrumento, y asintió.

—¿Dónde está Duncan Idaho? —preguntó Paul—. Se supone que es él quien debe enseñarme el uso de las armas.

—Duncan se ha ido en cabeza de la segunda oleada hacia Arrakis —dijo Halleck—. Aquí no queda más que este pobre Gurney, que apenas acaba de terminar un combate y a lo único que aspira es a un poco de música. —Pulsó otra cuerda, escuchó y sonrió—. Y en el último consejo ha sido decidido que, puesto que has resultado un combatiente tan poco capacitado, es mejor enseñarte un poco de música a fin de que no malgastes completamente tu vida.

—En este caso cántame una canción —dijo Paul—. Así sabré al menos como *no* se debe cantar.

—¡Jaaa, ja! —rio Gurney, y entonó «Las chicas galacianas», mientras su multipic parecía volar entre las cuerdas:

Oh, oh, las chicas galacianas,

Lo harán por las perlas,

¡Y las de Arrakis por el agua!

Pero si buscas damas

Que se consuman como llamas,

¡Prueba una hija de Caladan!

—No está mal para alguien que no se aclara con los acordes —dijo Paul —. Pero si mi madre te oyera cantar una canción como esta en el castillo, te cortaría las orejas para adornar con ellas las almenas.

Gurney se tiró de la oreja izquierda.

—Una bien pobre decoración, teniendo en cuenta lo que han sufrido escuchando por el ojo de la cerradura a cierto jovencito que intentaba extraer algunas extrañas notas de su baliset.

—Así que ya has olvidado lo que significa encontrarse la cama llena de arena fina —dijo Paul. Tomó de la mesa un cinturón escudo y se lo colocó rápidamente a la cintura—. Entonces, vamos a luchar.

Los ojos de Halleck se abrieron en fingida sorpresa.

—¡Hey! ¡Así que fue tu sacrílega mano la que cumplió tan execrable acción! En guardia pues, joven maestro, en guardia —tomó una espada, azotando el aire—. ¡Soy un demonio infernal en busca de la venganza!

Paul empuñó otra espada, cimbreó la hoja con sus manos, y se colocó en posición de *aguile* , con un pie delante. Su gesto se hizo solemne, en una cómica imitación del doctor Yueh.

—Vaya idiota me manda mi padre para enseñarme el manejo de las armas —entonó—. Ese pobre Gurney Halleck ha olvidado incluso la primera lección con armas y escudo. —Paul activó el cinturón y sintió la comezón en su frente y espalda y el prurito causado por la acción del campo de fuerza defensivo; los sonidos exteriores menguaron ostensiblemente con el característico efecto de filtro del escudo—. En el combate con escudo, la defensa es rápida y el ataque lento —dijo Paul—. El ataque no tiene más finalidad que obligar al adversario a dar un paso en falso, para poder atacarle por la izquierda. El escudo detiene los golpes rápidos, ¡pero se deja traspasar por el lento kindjal! —Paul alzó la espada, fintó rápidamente y atacó con una lentitud calculada para atravesar las defensas automáticas del escudo.

Halleck siguió su acción, se volvió en el último segundo y dejó que la hoja rozara su pecho.

—Excelente la velocidad —dijo—. Pero te has abierto completamente para ser ensartado con un golpe a fondo.

Paul retrocedió, irritado.

—Debería azotarte el trasero por tu imprudencia —dijo Halleck. Tomó un kindjal desenvainado de encima de la mesa y lo blandió—. ¡Esto, en manos de un enemigo, hubiera podido hacer verter toda tu sangre! Eres un alumno bien dotado, pero nada más, y siempre te he avisado de que ni siquiera jugando dejes que un hombre penetre en tu guardia con la muerte en la mano.

—Creo que hoy no estoy de humor para esto —dijo Paul.

—¿Humor? —la voz de Halleck sonó ultrajada incluso a través del filtro del escudo—. ¿Qué tiene que ver tu *humor* con esto? Uno combate cuando es necesario… ¡no cuando está de humor! El humor es algo para el ganado, o para hacer el amor, o para tocar el baliset. No para combatir.

—Lo siento, Gurney.

—¡No lo sientes lo suficiente!

Halleck activó su propio escudo, se puso en guardia, con el kindjal bien apretado en su mano izquierda, blandiendo la espada en la derecha.

—Ahora, en guardia, ¡y en serio! —Hizo una finta hacia un lado, luego otra hacia delante, y se lanzó a un furioso ataque. Sintió el crepitar de los campos de fuerza mientras los escudos se tocaban y se repelían, y la comezón eléctrica recorrió de nuevo su piel. *¿Qué es lo que le ocurre a Gurney?* , se preguntó. *¡No está fingiendo!* Paul movió su mano izquierda, haciendo que el puñal sujeto a su muñeca se deslizara hasta su palma.

—Necesitas otra hoja extra, ¿eh? —gruñó Halleck.

¿Es una traición? , se preguntó Paul. *¡No, Gurney no!*

Siguieron combatiendo alrededor de toda la estancia, golpeando y parando, fintando y contrafintando. El aire en el interior de los escudos empezó a hacerse pesado, debido al excesivo consumo y a la lenta renovación a través del campo. A cada nuevo contacto de los escudos, el olor a ozono se hacía más intenso.

Paul continuó retrocediendo, pero ahora dirigiendo su retirada hacia la mesa de ejercicios. *Si consigo llevarle hasta allí, le mostraré uno de mis trucos* , pensó Paul. *Otro paso, Gurney.*

Halleck dio el paso.

Paul paró otro golpe bajo, se ladeó, y vio la espada de Halleck estrellarse contra la esquina de la mesa. Fintó hacia un lado, lanzó a su vez un ataque con la espada y al mismo instante avanzó el puñal a la altura del cuello de Halleck. Detuvo la hoja a dos centímetros de la yugular.

—¿Era eso lo que querías? —susurró Paul.

—Mira hacia abajo, muchacho —jadeó Gurney.

Paul obedeció, y vio el kindjal de Halleck bajo el borde de la mesa, apuntando directamente a su vientre.

—Nos reuniríamos ambos en la muerte —dijo Halleck—. Pero debo admitir que combates un poco mejor cuando estás bajo presión. Ahora estás realmente de *humor* —y sonrió lobunamente, haciendo que la cicatriz de estigma de su mentón se crispara.

—El modo como me has atacado —dijo Paul—. ¿Hubieras derramado realmente mi sangre?

Halleck apartó el kindjal y se irguió.

—Si te hubieras batido un ápice por debajo de tus capacidades, muchacho, te hubiera hecho una buena señal, y siempre te hubieras acordado de esta cicatriz. No quiero que mi alumno favorito sucumba ante el primer vagabundo Harkonnen que acuda a su encuentro.

Paul desactivó su escudo y se apoyó en la mesa para recuperar el aliento.

—Me merecía esto, Gurney. Pero mi padre se hubiera puesto furioso si me hubieses herido. No quiero que seas castigado por mis errores.

—En este caso —dijo Halleck— el error hubiera sido también mío. Y no tienes que preocuparte por una o dos cicatrices de entrenamiento. Eres afortunado por tener tan pocas. En cuanto a tu padre… el Duque me castigaría tan sólo si fallara en hacerte un combatiente de primera clase. Y hubiera fallado si no te hubiera explicado el error que cometías hablando de humor en algo tan serio como esto.

Paul se irguió y devolvió el puñal a su funda de muñeca.

—Esto no es exactamente un juego —dijo Halleck.

Paul asintió. Se maravilló ante la insólita seriedad de la actitud de Halleck, su firme resolución. Miró la violácea cicatriz de estigma que adornaba la mandíbula del hombre, y recordó la historia que le habían contado acerca de que había sido la Bestia Rabban quien se la había causado, en un pozo de esclavos de los Harkonnen en Giede Prime. Y Paul sintió una repentina vergüenza por haber dudado de Halleck aunque fuera por un solo instante. Comprendió entonces que aquella cicatriz significaba a menudo mucho dolor para Halleck… un dolor tan intenso, quizá, como aquel que le había infligido a él la Reverenda Madre. Pero se apresuró a rechazar aquella idea: helaba todo su mundo.

—Creo que hoy tenía ganas de jugar un poco —dijo Paul—. Las cosas se han vuelto tan serias últimamente a mi alrededor…

Halleck volvió el rostro para ocultar su emoción. Algo ardía en sus ojos. Sintió dolor… como una herida interna, la herida de un ayer olvidado que el Tiempo había cicatrizado aunque no completamente.

Cuán pronto ha asumido este muchacho su condición de hombre , pensó Halleck. *Cuán pronto ha debido aprender esta brutal necesidad de la prudencia, este hecho que se graba en tu mente y te advierte: «Desconfía incluso de tus allegados».*

Sin girarse, dijo:

—He notado este deseo de jugar en ti, muchacho, y no hubiera querido nada mejor que complacerte. Pero ya no podemos jugar. Mañana partiremos hacia Arrakis. Arrakis es real. Los Harkonnen son reales.

Paul tocó su frente con la hoja vertical de su espada.

Halleck se giró, vio el saludo y respondió con una inclinación de cabeza. Señaló el muñeco de ejercicios.

—Ahora trabajaremos tu rapidez. Muéstrame cómo lo alcanzas con la izquierda. Te controlaré desde aquí, donde puedo seguir mejor la acción. Y te advierto que hoy probaremos de nuevo contraataques. Esta es una advertencia que no te hará ninguno de tus enemigos reales.

Paul se alzó sobre la punta de los pies para distender sus músculos. Adoptó una actitud solemne, con la repentina comprensión de que su vida se deslizaba hacia rápidos cambios. Avanzó hacia el muñeco y apretó con la punta de la espada el interruptor del centro de su pecho; inmediatamente sintió en la hoja la repulsión del recién activado escudo.

—¡En guardia! —gritó Halleck, y el muñeco se lanzó al ataque.

Paul activó su escudo, paró y contraatacó.

Halleck le vigilaba mientras manipulaba los controles. Su mente pareció dividirse en dos: una alerta al desarrollo del entrenamiento, y la otra derivando entre nubes.

Soy un frutal bien cuidado , pensó. *Lleno de buenos sentimientos y de habilidades y de todas esas hermosas cosas que crecen en mi… para que algún otro pueda recolectarlas.*

Por alguna razón, recordó a su hermana menor, con su rostro de elfo muy definido en su mente. Pero había muerto… en una casa de placer para las tropas Harkonnen. Le gustaban los pensamientos… ¿o quizá las margaritas? No conseguía recordarlo. Y esta incapacidad de recordar le turbaba.

Paul esquivó un golpe lento del muñeco y lanzó un entretisser con la izquierda.

¡Este pequeño astuto demonio! , pensó Halleck, concentrándose en los complejos movimientos de Paul. *Ha practicado y estudiado por su cuenta. Este no es el estilo de Duncan, él nunca ha podido enseñarle nada semejante.*

Este pensamiento sólo consiguió aumentar la tristeza de Halleck. *Me ha contagiado su humor* , dijo para sí mismo. Y comenzó a pensar en Paul,

y se preguntó si el muchacho, algunas noches, no habría escuchado con terror los ruidos de su propia almohada.

—Si los deseos fueran peces —murmuró— todos arrojaríamos nuestras redes.

Era una frase de su madre que se repetía a si mismo siempre que sentía las tinieblas del mañana cernirse sobre él. Después reflexionó en lo extraño que sería usar esta expresión en un planeta que nunca había conocido ni los mares ni los peces.

5

YUEH (yue), Wallington (uel ling tun), Stdrd 10082-10191; doctor en medicina de la Escuela Suk (grdStdrd 10112);md; Wanna Marcus, B. G. (Stdrd10092-10186?); conocido principalmente por haber traicionado al duque Leto Atreides. (Cf.: Bibliografía, Apéndice VII (Condicionamiento Imperial) y Traición, La).

Del *Diccionario de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Aunque oyó al doctor Yueh entrar en la sala con paso deliberadamente sonoro, Paul permaneció boca arriba en la mesa de ejercicios donde lo había dejado la masajista. Se sentía deliciosamente relajado después del ejercicio con Gurney Halleck.

—Parecéis en buena forma —dijo Yueh, con su voz tranquila y aguda.

Paul levantó la cabeza y vio la envarada figura del hombre, de pie a algunos pasos de él, y de una sola ojeada observó sus arrugadas ropas negras, el bloque cuadrado de su cabeza de labios empurpurados y bigote caído, el tatuaje diamantino del Condicionamiento Imperial en la frente, el largo cabello negro cayendo sobre su hombro izquierdo, sujeto por el anillo de plata de la Escuela Suk.

—Estaréis contento de saber que hoy no tenemos tiempo para nuestra lección —dijo Yueh—. Vuestro padre estará aquí dentro de un momento.

Paul se sentó.

—De todos modos, he preparado un visor de librofilms y algunas lecciones grabadas para que podáis estudiarlas durante el viaje hacia Arrakis.

—Oh.

Paul comenzó a vestirse. Se sentía excitado por la idea de que su padre iba a venir. Habían pasado muy poco tiempo juntos desde que el Emperador le había ordenado aceptar el feudo de Arrakis.

Yueh se acercó a la mesa en forma de L, pensando: *Cómo ha madurado en estos últimos meses. ¡Qué inutilidad! ¡Oh, qué triste inutilidad!* Y se recordó a sí mismo: *No debo fallar. Lo que hago lo hago con la seguridad de que mi Wanna no sufrirá más a causa de esas bestias Harkonnen.*

Paul se le unió al lado de la mesa, abotonándose la chaqueta.

—¿Qué deberé estudiar durante el viaje?

—Ah… las formas de vida terrestres de Arrakis. Parece que algunas se han adaptado estupendamente al planeta. No está claro cómo ha sido. Tendré que consultar al ecólogo planetario cuando lleguemos… al doctor Kynes… y ofrecerle mi ayuda en sus investigaciones.

Y Yueh pensó: *¿Qué es lo que estoy diciendo? Soy hipócrita conmigo mismo.*

—¿Habrá algo sobre los Fremen? —preguntó Paul.

—¿Los Fremen? —Yueh tamborileó con los dedos sobre la mesa, después se dio cuenta de que Paul observaba aquel nervioso gesto y retiró la mano.

—Podríais decirme algo acerca de toda la población de Arrakis —dijo Paul.

—Oh, por supuesto —dijo Yueh—. Hay dos grupos principales de gente: los Fremen forman uno de ellos, y el otro está compuesto por los pueblos de los graben, los sink y los pan. Según tengo entendido, algunas veces se casan entre ellos. Las mujeres de los poblados pan y sink prefieren los maridos Fremen; sus hombres prefieren esposas Fremen. Tienen un dicho: «La educación viene de la ciudad, la sabiduría del desierto».

—¿Tenéis fotos de ellos?

—Buscaré alguna para vos. La característica más importante, desde luego, son sus ojos: totalmente azules, sin el menor blanco en ellos.

—¿Una mutación?

—No, es debido a la saturación de melange en su sangre.

—Los Fremen tienen que ser muy valientes para vivir al borde de ese desierto.

—Todo el mundo lo dice —dijo Yueh—. Componen poemas a sus cuchillos. Sus mujeres son tan salvajes como sus hombres. Incluso los chicos Fremen son violentos y peligrosos. No creo que se te permita mezclarte con ellos.

Paul miró a Yueh; su atención había sido atraída por aquellas breves palabras acerca de los Fremen. *¡Qué pueblo para tenerlo como aliado!*

—¿Y los gusanos? —preguntó Paul.

—¿Qué?

—Quisiera estudiar algo acerca de los gusanos de arena.

—Oh… por supuesto. Tengo un librofilm acerca de un espécimen pequeño, de tan sólo ciento diez metros de largo por veintidós de diámetro. Fue registrado en el extremo norte del planeta. Testigos dignos de fe han hablado de gusanos de más de cuatrocientos metros de longitud, y esto hace pensar en que es posible que existan incluso otros mayores.

La mirada de Paul se dirigió hacia un mapa de proyección cónica de las regiones septentrionales de Arrakis que estaba sobre la mesa.

—El cinturón desértico y la región polar sur están calificadas como inhabitables. ¿Es a causa de los gusanos?

—Y las tormentas.

—Pero cualquier lugar puede ser convertido en habitable.

—Si es económicamente realizable —dijo Yueh—. Arrakis posee muchos y costosos peligros. —Se atusó el caído bigote—. Vuestro padre llegará en seguida. Antes de irme, tengo un regalo para vos, una cosa que he encontrado al hacer mis maletas. —Puso un objeto sobre la mesa, entre ellos dos: negro, oblongo, no más largo que la última falange del pulgar de Paul.

Paul lo observó. Yueh notó que el muchacho no hacía el menor gesto para tocarlo y pensó: *Es cauteloso.*

—Es una viejísima Biblia Católica Naranja hecha para viajeros espaciales. No es un librofilm, sino que está impresa en papel finísimo. Posee su dispositivo de aumento y un sistema de carga electrostática. —Lo tomó para mostrárselo—. La carga la mantiene cerrada, atrayendo entre sí las tapas. Pulsando con el dedo en el lomo… así, las páginas seleccionadas por uno se repelen y el libro se abre.

—Es muy pequeña.

—Pero tiene mil ochocientas páginas. Pulsad con el dedo… así, eso es… y la carga hace girar las páginas a medida que vais leyendo. No toquéis nunca las páginas con los dedos. La trama del papel es muy delicada. —Cerró el libro y se lo tendió a Paul—. Tomad.

Yueh observó a Paul mientras éste ensayaba el accionamiento, y pensó: *De este modo salvo mi conciencia. Le ofrezco la ayuda de la religión antes de traicionarle. Así podré decirme que ha ido donde yo no puedo ir.*

—Debe haber sido hecha antes de los librofilms —dijo Paul.

—Es muy antigua, sí. Será nuestro secreto, ¿eh? Vuestros padres podrían pensar que es demasiado valiosa para un joven como vos.

Y Yueh pensó: *Seguramente su madre se preguntaría por mis motivos.*

—Bien… —Paul cerró el libro y lo sostuvo en su mano—. Si es tan valiosa…

—Sed indulgente con el capricho de un viejo —dijo Yueh—. Me la ofrecieron cuando yo era muy joven. —Y pensó: *Debo conquistar su mente al mismo tiempo que su codicia* —. Abridla por el Kalima cuatrocientos sesenta y siete… donde dice: «El agua es el inicio de toda vida». Hay una pequeña marca en la tapa que señala el lugar.

Paul recorrió la tapa, encontró dos marcas, una menos profunda que la otra. Oprimió la menos profunda y el libro se abrió en su palma, con el dispositivo de aumento deslizándose hacia su lugar.

—Leed en voz alta —dijo Yueh.

Paul se humedeció los labios y leyó:

—«Pensad en el hecho de que el sordo no pueda oír. ¿Acaso hay alguien que pueda decir que él no está sordo? ¿Acaso no nos falta un sentido para ver y oír el otro mundo que está a nuestro alrededor? Porque hay cosas a nuestro alrededor que no podemos…».

—¡Basta! —gritó Yueh.

Paul se interrumpió, mirándole.

Yueh cerró los ojos, luchando por recuperar su aplomo. *¿Qué perversidad ha hecho que el libro se abra sobre el pasaje favorito de Wanna?* Abrió los ojos, y vio a Paul contemplándolo desconcertado.

—Lo siento —dijo Yueh—. Era el pasaje favorito de mi… difunta esposa. No era el que quería haceros leer. Despierta en mí recuerdos… dolorosos.

—Hay dos marcas —dijo Paul.

Por supuesto , se dijo Yueh. *Wanna señaló este pasaje. Sus dedos son más sensitivos que los míos y han encontrado la marca. Es tan sólo un accidente, nada más.*

—Quizá encontréis interesante este libro —dijo Yueh—. Hay mucha verdad histórica, y también mucha filosofía ética.

Paul miró el pequeño libro en su palma… una cosa tan pequeña. Sin embargo, contenía un misterio… algo había ocurrido mientras lo leía.

Algo que había despertado en su mente aquella idea de una terrible finalidad.

—Vuestro padre llegará en seguida —dijo Yueh—. Guardad el libro; ya lo leeréis cuando sintáis deseos de ello.

Paul tocó la tapa como Yueh se lo había enseñado. El libro se cerró por sí mismo. Lo deslizó en su túnica. Por un momento, cuando Yueh había gritado, Paul había temido que le pidiera que se lo devolviese.

—Os doy las gracias por el presente, doctor Yueh —dijo Paul, hablando formalmente—. Será nuestro secreto. Si hay un regalo o un favor que deseéis de mí, no dudéis en pedírmelo.

—Yo… no deseo nada —dijo Yueh.

Y pensó: *¿Por qué estoy torturándome? Y torturando a ese pobre chico… aunque él todavía no lo sepa. ¡Oh, malditas sean esas bestias Harkonnen! ¿Por qué me habrán escogido a mí para su abominación?*

6

¿Cómo afrontar el estudio del padre de Muad'Dib? El Duque Leto Atreides fue un hombre de un corazón a la vez cálido y frío. Algunos hechos de ese hombre, sin embargo, nos ayudarán a abrir el camino: su absoluto amor por su Dama Bene Gesserit; sus sueños por su hijo; la devoción de quienes le servían. Observadlo: un hombre marcado por el Destino, una figura solitaria cuya luz fue oscurecida por la gloria de su hijo. Pero uno puede preguntarse: ¿qué es el hijo, sino la extensión del padre?

De *Muad'Dib, Comentarios Familiares* , por la PRINCESA IRULAN

Paul observó a su padre entrar en la sala de ejercicios, y vio a los guardias saludar fuera. Uno de ellos cerró la puerta. Como siempre, Paul experimentó una sensación de *presencia* de su padre, una presencia *total* .

El Duque era alto, de piel olivácea. Su rostro largo y delgado estaba tallado en ángulos duros, suavizados tan sólo por los profundos ojos grises. Llevaba un negro uniforme de trabajo, con el halcón heráldico rojo bordado en el pecho. Un cinturón escudo de plata, patinada por el uso, ceñía su delgada cintura.

—¿Ha sido duro el trabajo, hijo? —preguntó el Duque.

Se acercó a la mesa en L, echó una ojeada a los papeles que había en ella, la amplió luego a toda la habitación, y terminó fijándola en Paul. Se sentía cansado, haciendo un duro esfuerzo por no mostrar su fatiga. *Tendré que aprovechar todas las oportunidades para descansar durante el viaje hasta Arrakis* , pensó. *En Arrakis no voy a tener tiempo de hacerlo.*

—No muy duro —dijo Paul—. Todo es tan… —se alzó de hombros.

—Sí. Bien, mañana nos vamos. Será bueno instalarnos en nuestro nuevo hogar y dejar todo este trastorno detrás.

Paul asintió, recordando de pronto las palabras de la Reverenda Madre: *«… en cuanto a tu padre, no».*

—Padre —dijo Paul—, ¿crees que Arrakis será tan peligrosa como dicen todos?

El Duque se forzó a hacer un gesto casual, se sentó en el borde de la mesa y sonrió. Toda una serie de frases hechas se dibujaron en su mente… el tipo de frases usadas para calmar los temores de sus

hombres antes de una batalla. Pero no dejó que ninguna se formara en su boca, enfrentado a un único pensamiento:

Es mi hijo.

—Será peligroso —admitió.

—Hawat me ha dicho que tenemos un plan para los Fremen —dijo Paul. Y pensó: *¿Por qué no le cuento lo que me dijo la vieja mujer? ¿Cómo ha conseguido ella sellar mi lengua?*

El Duque observó la desazón de su hijo.

—Como siempre —dijo—, Hawat sabe cuál es nuestra mejor oportunidad. Pero hay mucho más. La Combine Honnete Ober Advancer Mercantiles… la Compañía CHOAM. Dándome Arrakis, Su Majestad se ha visto obligado a concederme uno de los directorios de la CHOAM… una sutil ventaja.

—La CHOAM controla la especia —dijo Paul.

—Y Arrakis con su especia nos abrirá las puertas de la CHOAM —dijo el Duque—. Hay mucho más en la CHOAM que la melange.

—¿Te ha advertido la Reverenda Madre? —preguntó Paul. Cerró los puños, y sintió sus palmas húmedas de transpiración. El esfuerzo necesario para formular aquella pregunta había sido terrible.

—Hawat me ha dicho que ella te había asustado con sus advertencias acerca de Arrakis —dijo el Duque—. No dejes que los temores de una mujer ofusquen tu mente. Ninguna mujer quiere que sus seres queridos se vean expuestos al peligro. Tras esas advertencias había la mano de tu madre. Tómalo como un signo de su amor por ti.

—¿Sabe ella algo acerca de los Fremen?

—Sí, y muchas cosas más.

—¿Cuáles?

Y el Duque pensó: *La verdad podría ser peor que todo lo que haya imaginado, pero cada peligro es valioso si uno está preparado para afrontarlo. Y si hay algo de lo que mi hijo nunca se ha mantenido alejado es de la necesidad de enfrentarse al peligro. Pero pese a todo hay que esperar aún; es muy joven.*

—Pocos son los productos que escapan al control de la CHOAM —dijo el Duque—. Troncos, mulas, caballos, vacas, maderas, estiércol, escualos, pieles de ballena… lo más prosaico y lo más exótico… incluso nuestro pobre arroz pundi de Caladan. Cualquier cosa que la Cofradía pueda transportar, las obras de arte de Ecaz, las máquinas de Richesse y de Ix.

Pero todo esto no es nada al lado de la melange. Un puñado de especia basta para comprar una casa en Tulipe. No puede ser manufacturada, tiene que ser extraída de Arrakis. Es única, y sus propiedades geriátricas son indiscutibles.

—¿Y nosotros la controlaremos ahora?

—Hasta cierto punto. Pero lo importante es considerar que todas las Casas dependen de los beneficios de la CHOAM. Y piensa en que una enorme proporción de estos beneficios dependen de un solo producto: la especia. Imagina lo que ocurriría si algo redujera la producción de especia.

—Aquel que hubiera almacenado melange podría dominar el mercado —dijo Paul—. Y los demás no podrían hacer nada.

El Duque se permitió un momento de amarga satisfacción, mirando a su hijo y pensando cuán penetrante, cuán *entrenada* había sido aquella observación. Asintió.

—Los Harkonnen han estado almacenándola durante más de veinte años.

—¿Quieren que la producción de especia decrezca y que la culpa recaiga en ti?

—Desean que el nombre de los Atreides se haga impopular —dijo el Duque—. Piensa en las Casas del Landsraad, que en cierto sentido me consideran como su caudillo… su portavoz oficioso. Piensa en cómo reaccionarían si yo fuera responsable de una seria reducción en sus beneficios. A fin de cuentas, los beneficios son lo único que cuenta. ¡Al diablo la Gran Convención! ¡No vas a dejar que nadie te reduzca a la miseria! —Una dura sonrisa apareció en la boca del Duque—. Todos se inclinarán hacia la otra parte, sin apoyar nada de lo que yo haga.

—¿Incluso si nos atacaran con atómicas?

—Nada tan flagrante. No se desafiará tan *abiertamente* la Convención. Pero aparte de esto casi todo estará permitido… quizá incluso el polvo radiactivo o la contaminación del suelo.

—Entonces, ¿por qué precipitarnos a esto?

—¡Paul! —el Duque frunció el ceño—. Sabemos dónde está la trampa… y cuál es el primer paso para evadirla. Esto es como un combate singular, hijo, sólo que a gran escala… fintas en las fintas de las fintas… en un combate sin fin. Nuestra tarea es burlar la intriga. Sabemos que los Harkonnen han almacenado melange, de modo que hagámonos otra pregunta: ¿Quién más ha estado almacenándola? Esta será la lista de nuestros enemigos.

—¿Quiénes?

—Algunas Casas que sabemos que son enemigas, y algunas otras que creíamos amigas. Pero no es necesario tener en cuenta esto por el momento, ya que también hay alguien mucho más importante que todos ellos: nuestro bienamado Emperador Padishah.

Paul notó repentinamente que su boca estaba seca.

—Podrías convocar al Landsraad y exponerle…

—¿Para informar a nuestros enemigos que sabemos de quién es la mano que empuña el cuchillo? Ah, Paul, ahora… ahora *vemos* el cuchillo. ¿Quién puede saber quién lo empuñará mañana? Si mostramos todo esto al Landsraad, lo único que conseguiremos será crear una enorme confusión. El Emperador lo negará todo. ¿Cómo podremos refutarlo? Quizá ganemos algo de tiempo, pero arriesgando el caos. ¿Y de dónde vendrá entonces el próximo ataque?

—Todas las Casas podrán ponerse a almacenar especia.

—Nuestros enemigos llevan ventaja… demasiada para poder alcanzarles.

—El Emperador —dijo Paul—. Esto significa los Sardaukar.

—Disfrazados con uniformes Harkonnen, sin duda —dijo el Duque—. Pero los mismos soldados fanáticos pese a todo.

—¿Cómo pueden ayudarnos los Fremen contra los Sardaukar?

—¿Te ha hablado Hawat de Salusa Secundus?

—¿El planeta prisión del Emperador? No.

—¿Y si fuera algo más que un planeta prisión, Paul? Hay una pregunta que nunca te has hecho con respecto al Cuerpo Imperial de los Sardaukar: ¿de dónde vienen?

—¿Del planeta prisión?

—Vienen de alguna parte.

—Pero las reclutas que efectúa el Emperador…

—Esto es lo que quieren hacer creer: que los Sardaukar son tan sólo gentes reclutadas por el Emperador y magníficamente entrenadas desde muy jóvenes. Ocasionalmente se oyen murmuraciones acerca de los cuadros de entrenamiento del Emperador, pero el equilibrio de nuestra civilización ha permanecido siempre igual: las fuerzas militares de las

Grandes Casas del Landsraad por un lado, los Sardaukar y las fuerzas de recluta por el otro. Y las fuerzas de recluta, Paul. Los Sardaukar siguen siendo siempre los Sardaukar.

—¡Pero todos los informes acerca de Salusa Secundus dicen que S. S. es un mundo infernal!

—Indudablemente. Pero, si tú tuvieras que crear una raza de hombres fuertes, duros y feroces, ¿qué condiciones ambientales les impondrías?

—¿Cómo es posible asegurar la lealtad de unos hombres como esos?

—Existen medios infalibles: jugar con la convicción de su propia superioridad, la mística de la secta secreta, el espíritu de las penalidades sufridas en común. Puede hacerse. Ha funcionado en muchos mundos y en muchas épocas.

Paul asintió, sin dejar de observar el rostro de su padre. Intuía que iba a seguir alguna revelación.

—Considera Arrakis —dijo el Duque—. A excepción de las ciudades y los poblados de guarnición, es un mundo tan terrible como Salusa Secundus.

Los ojos de Paul se desorbitaron.

—¿Los Fremen?

—Disponemos allí de una fuerza potencial tan importante y mortífera como los Sardaukar. Se necesitará mucha paciencia para adiestrarla en secreto y mucho dinero para equiparla eficazmente. Pero los Fremen están ahí... y también la especia, con toda la riqueza que supone. ¿Comprendes ahora por qué vamos a Arrakis, aún sabiendo la trampa que representa?

—¿Acaso los Harkonnen no saben nada acerca de los Fremen?

—Los Harkonnen desprecian a los Fremen, los cazan por deporte, nunca se han preocupado de censarlos. Conocemos bien la política de los Harkonnen con respecto a las poblaciones planetarias: mantenerlas con el mínimo costo posible. —La trama metálica que formaba el símbolo del halcón en su pecho destelló cuando el Duque cambió de posición—. ¿Comprendes?

—Vamos a negociar con los Fremen —dijo Paul.

—He enviado una misión mandada por Duncan Idaho —dijo el Duque—. Duncan es un hombre orgulloso y despiadado, pero respeta la verdad. Los Fremen lo admirarán. Si tenemos suerte, nos juzgarán tomándole como modelo: Duncan el honesto.

—Duncan el honesto —dijo Paul—, y Gurney el valeroso.

—Exactamente —dijo el Duque.

Y Paul pensó: *Gurney era una de las cosas en que pensaba la Reverenda Madre cuando habló de los puntales de los mundos… el coraje de los valerosos.*

—Gurney me ha dicho que hoy te has desenvuelto muy bien con las armas —dijo el Duque.

—Eso no es lo que me ha dicho a mí.

El Duque se echó a reír.

—Imagino que Gurney es más bien parco en sus cumplidos. De todos modos, y son sus propias palabras, me ha asegurado que distingues perfectamente la diferencia entre la punta y el filo de la hoja de una espada.

—Gurney dice que no es artístico matar con la punta; hay que hacerlo con el filo.

—Gurney es un romántico —gruñó el Duque. Las palabras de su hijo sobre el mejor modo de matar le turbaban—. Preferiría que nunca te vieras obligado a matar… pero si te ves enfrentado a ello, mata como puedas… con el filo o con la punta. —Miró a las vidrieras del techo, sobre las que tamborileaba la lluvia.

Siguiendo la dirección de la mirada de su padre, Paul pensó en la humedad del cielo, allí fuera… un espectáculo que nunca iba a poder ver en Arrakis… y en el espacio que separaba ambos mundos.

—¿Las naves de la Cofradía son realmente tan grandes? —preguntó.

El Duque le miró.

—Este *será* tu primer viaje fuera del planeta —dijo—. Sí, son grandes. Y nosotros viajaremos en uno de los cruceros mayores porque es un largo viaje. Los grandes cruceros son realmente enormes. Todas nuestras fragatas y transportes ocuparían apenas una de sus esquinas… un espacio minúsculo en su lista de embarque.

—¿Y no podríamos usar una de nuestras fragatas?

—Este es parte del precio que pagamos por la Seguridad de la Cofradía. Podrá haber naves Harkonnen a nuestro flanco, y no tendremos nada que temer. Los Harkonnen no se atreverán a comprometer sus privilegios de transporte.

—Vigilaré nuestras pantallas e intentaré ver a uno de los hombres de la Cofradía.

—No lo hagas. Ni siquiera sus agentes ven nunca a un hombre de la Cofradía. La Cofradía es tan celosa de su anonimato como de su monopolio. Nunca hagas nada que pueda comprometer nuestros privilegios, Paul.

—¿Crees que tal vez se ocultan porque han sufrido mutaciones y ya no tienen… aspecto *humano* ?

—¿Quién sabe? —el Duque se alzó de hombros—. Es un misterio que probablemente ninguno de nosotros va a resolver. Tenemos otros problemas más inmediatos… uno de ellos tú.

—¿Yo?

—Tu madre quiere que sea yo quien te lo diga, hijo. Ya sabes que es posible que poseas capacidades de Mentat.

Paul miró a su padre, incapaz por un momento de hablar; luego:

—¿Un Mentat? —dijo—. ¿Yo? Pero…

—Hawat también está de acuerdo, hijo. Es cierto.

—Pero yo creía que el adiestramiento de un Mentat debía iniciarse en la infancia, sin que el sujeto lo supiera, porque esto podría inhibir las primeras… —se interrumpió; todos los últimos acontecimientos se unieron en una única ecuación—. Comprendo —dijo.

—Llega un día —dijo el Duque— en que el potencial Mentat debe ser informado de su condición. Ya no es posible seguir adiestrándolo. Es el propio Mentat quien debe elegir entre continuar o abandonar el adiestramiento. Algunos pueden continuar; algunos otros son incapaces de hacerlo. Sólo el potencial Mentat puede decidir por sí mismo lo que quiere hacer.

Paul se frotó la mandíbula. Todo el adiestramiento especial que le habían dado Hawat y su madre —la mnemotecnia, la focalización de la consciencia, el control muscular y la agudización de las sensibilidades, el estudio de las lenguas y las entonaciones de las palabras— todo adquiría para él, ahora, un nuevo significado.

—Algún día serás un Duque, hijo —dijo su padre—. Un Duque Mentat sería algo formidable. ¿Puedes decidir ahora… o necesitas algo de tiempo?

No hubo vacilación en su respuesta:

—Continuaré con el adiestramiento.

—Formidable, de veras —murmuró el Duque, y Paul vio insinuarse en su rostro una sonrisa de orgullo. Aquella sonrisa impresionó a Paul: por un instante creyó ver, en el rostro del Duque, los rasgos de una calavera. Paul cerró los ojos, sintiendo de nuevo la impresión de aquella terrible finalidad. *Quizá ser un Mentat sea un terrible destino* , pensó.

Pero, al mismo tiempo que formulaba este pensamiento, su nueva consciencia lo rechazó.

7

Con Dama Jessica y Arrakis, el sistema Bene Gesserit de implantación de leyendas a través de la Missionaria Protectiva dio sus frutos. Ya se había podido apreciar la sabiduría que había impulsado a diseminar por todo el universo conocido la doctrina de un tema profético destinado a proteger el personal Bene Gesserit, pero nunca se había sabido de una combinación tan perfecta entre personas y preparativos. Las leyendas proféticas se habían desarrollado en Arrakis hasta la adopción de etiquetas (incluyendo la Reverenda Madre, canto y respondu, y la mayor parte de la panoplia propheticus Shari'ah). Y hoy es admitido generalmente que las latentes habilidades de Dama Jessica fueron burdamente subestimadas.

De *Análisis de la Crisis Arrakena* , por la PRINCESA IRULAN, (Difusión privada: B. G. clasif. AR-81088587)

Alrededor de Dama Jessica, apilada en los rincones del gran salón de Arrakeen, amontonada en los espacios abiertos, se encontraba toda su vida, encerrada en cajas, baúles, paquetes, valijas… en su mayor parte aún por abrir. Oyó a los descargadores de la Cofradía que acarreaban otro cargamento desde la nave hasta la entrada.

Jessica estaba de pie en el centro del salón. Se volvió lentamente, recorriendo con su mirada los bajorrelieves que asomaban entre las sombras, las ventanas profundamente entalladas en las gruesas paredes. El gigantesco anacronismo de aquella estancia le recordaba el Salón de las Hermanas en su escuela Bene Gesserit. Pero en la escuela el efecto era cálido y acogedor. Aquí, todo era dura piedra.

Algún arquitecto había tenido que bucear profundamente en la historia para recrear aquellas bóvedas y aquellas oscuras tapicerías, pensó. El arco del techo culminaba dos pisos por encima de ella, con enormes vigas transversales que, estaba segura, habían sido transportadas hasta Arrakis a un coste fabuloso. No existía ningún planeta en el sistema que poseyera árboles capaces de proporcionar tales vigas… a menos que las vigas fueran de imitación de madera.

No lo creía.

Aquella había sido la residencia del gobierno, en los días del Viejo Imperio. Los costes no habían tenido una gran importancia entonces, mucho antes de los Harkonnen y su nueva megalópolis de Carthag… un lugar de mal gusto y miserable a unos doscientos kilómetros al nordeste, más allá de la Tierra Accidentada. Leto había demostrado su buen juicio eligiendo aquel lugar para sede del gobierno. Ya su nombre,

Arrakeen, sonaba bien, lleno de tradición. Y era una ciudad pequeña, más fácil de higienizar y defender.

Oyó nuevamente el ruido de las cajas que eran descargadas a la entrada, y suspiró.

Contra una caja de cartón, a su izquierda, se hallaba apoyado el retrato del padre del Duque. El cordón que había sujetado el embalaje colgaba a uno de sus lados como una deshilachada decoración. Jessica sostenía aún uno de sus extremos con la mano izquierda. Al lado de la pintura se hallaba la cabeza de un toro negro, montada sobre una placa de madera pulida. La cabeza era una isla negra en un mar de papeles arrugados. La placa estaba apoyada en el suelo, y el reluciente hocico del toro apuntaba hacia el techo como si el animal se preparara a mugir su desafío a la estancia llena de ecos.

Jessica se preguntaba qué compulsión la había empujado a desembalar aquellos dos objetos en primer lugar… la cabeza y la pintura. Sabía que había algo simbólico en aquella acción. Nunca, desde el día en que los enviados del Duque la habían comprado en la escuela, se había sentido tan asustada e insegura.

La cabeza y el cuadro.

Acentuaban su confusión. Se estremeció, lanzando una mirada a las estrechas ventanas sobre su cabeza. Era primera hora de la tarde, pero en aquella latitud el cielo se veía negro y frío… mucho más oscuro que el cálido azul de Caladan. Sintió una punzada de nostalgia por su mundo perdido.

Está tan lejos Caladan.

—¡Aquí estamos!

Era la voz del Duque Leto.

Se volvió, viéndolo avanzar a largos pasos bajo la inmensa bóveda de la entrada. Su uniforme negro de trabajo con el rojo halcón heráldico en el pecho se veía sucio y arrugado.

—Temía que te hubieses perdido en este horrible lugar —dijo.

—Es una casa fría —dijo ella. Miró su elevada estatura, su piel oscura que le recordaba el verde de los olivos bajo un sol dorado reflejado en un agua azul. Había como humo de leña en el gris de sus ojos, pero su rostro era el de un predador: afilado, todo ángulos y facetas.

Un repentino miedo aferró su pecho. Se había vuelto tan salvaje, tan autoritario desde que había decidido obedecer la orden del Emperador.

—Toda la ciudad parece fría —dijo ella.

—Es
una pequeña, sucia y polvorienta ciudad de guarnición —admitió él—. Pero cambiaremos eso. —Miró a su alrededor—. Esta es una sala reservada para actos públicos y ceremonias de estado. Acabo de echar una ojeada a algunos de los apartamentos familiares del ala sur. Son mucho más acogedores. —Se acercó a ella y tocó su brazo, admirando su dignidad.

Y entonces se preguntó una vez más quiénes habrían sido sus desconocidos progenitores… ¿una Casa renegada, quizá? ¿Miembros de la realeza caídos en desgracia? Su majestad sugería sangre Imperial.

Bajo la presión de su mirada, ella se volvió ligeramente, revelando su perfil. Y él observó que no había ningún detalle sobresaliente que se impusiera al conjunto de su belleza. Su rostro era ovalado bajo la cascada de sus cabellos color bronce. Sus ojos, algo distantes, eran verdes y claros como el cielo de Caladan por la mañana. Su nariz era pequeña, su boca grande y generosa. Su figura era agraciada pero discreta: alta, delgada y de pocas pero bien formadas curvas.

Recordó que las hermanas de la escuela la llamaban flaca, así al menos se lo habían comunicado sus emisarios. Pero era una descripción demasiado simplificada. Jessica había aportado a la línea de los Atreides un rasgo de regia belleza. Se sentía feliz de que Paul se hubiera visto favorecido por ello.

—¿Dónde está Paul? —preguntó.

—En algún lugar de la casa, tomando sus lecciones con Yueh. Probablemente en el ala sur —dijo él—. Creo haber oído incluso la voz de Yueh, pero no he tenido tiempo de mirar. —Observó a Jessica, dudando—. He venido aquí tan sólo para colgar la llave de Castel Caladan en este salón.

Ella retuvo el aliento… era un acto definitivo de renuncia. Pero no era ni el momento ni el lugar de buscar consuelo.

—He visto nuestro estandarte sobre la casa, cuando hemos llegado —dijo ella.

Él miró hacia el retrato de su padre.

—¿Dónde tienes intención de colocarlo?

—En alguna de estas paredes.

—No. —La palabra era clara y definitiva, cortando cualquier intento de persuasión. Pero de todos modos debía intentarlo, aunque sólo sirviera

para confirmar que no siempre podría convencerlo con astucias femeninas.

—Mi señor —dijo—, si tan sólo…

—Mi respuesta sigue siendo no. Me confieso culpable de una indulgencia hacia ti por gran cantidad de cosas, pero no por esta. Acabo de pasar precisamente por el comedor y he observado que hay…

—¡Mi señor! Os lo ruego.

—La elección es entre tu digestión y mi ancestral dignidad, querida —dijo—. Lo colgaremos en el comedor.

Suspiró.

—Sí, mi señor.

—Tan pronto como sea posible podrás volver a comer como de costumbre en tus habitaciones. Exigiré que ocupes tu puesto únicamente en las ocasiones oficiales.

—Gracias, mi señor.

—¡Y no seas tan fría y formal conmigo! Dame las gracias por no haberme casado nunca contigo, querida. De otro modo, tu deber hubiera sido estar a mi lado en la mesa a cada comida.

Ella asintió, impasible.

—Hawat ha instalado ya tu detector de venenos en la mesa —dijo—. Pero tienes otro portátil en tu habitación.

—Habéis previsto incluso esta… discrepancia —dijo ella.

—Querida, pero pienso también en tu comodidad. He contratado criadas. Son locales, pero Hawat las ha seleccionado… todas ellas son Fremen. Servirán hasta que nuestra propia gente haya terminado las tareas que tienen ahora.

—¿Hay alguien en este lugar que sea realmente de fiar?

—Todos aquellos que odian a los Harkonnen. Quizá incluso quieras quedarte con el ama de llaves: la Shadout Mapes.

—¿Shadout? —dijo Jessica—. ¿Un título Fremen?

—Me han dicho que significa «excavapozos», una palabra llena de importantes implicaciones aquí. Puede que no corresponda a tu idea de la sirvienta ideal, pero Hawat habla muy bien de ella, basándose en un

informe de Duncan. Ambos están convencidos de que desea servir… y especialmente servirte a ti.

—¿A mí?

—Los Fremen han sabido que eres Bene Gesserit. Y corren leyendas acerca de las Bene Gesserit.

La Missionaria Protectiva , pensó Jessica. *No hay ningún lugar que se les escape.*

—¿Esto significa que Duncan ha tenido éxito? —preguntó—. ¿Serán los Fremen nuestros aliados?

—No hay todavía nada concreto —dijo el Duque—. Duncan cree que antes desean observarnos un poco. De todos modos, han prometido no saquear los pueblos limítrofes durante la tregua. Es un logro más importante de lo que puede parecer. Hawat me ha dicho que los Fremen eran una profunda espina en el costado de los Harkonnen, que mantenían en secreto el alcance de sus incursiones. No querían pedirle ayuda al Emperador para que no supiera la ineficacia de las fuerzas militares de los Harkonnen.

—Un ama de llaves Fremen —murmuró Jessica, volviendo al tema de la Shadout Mapes—. Así que tendrá los ojos totalmente azules.

—No te dejes engañar por la apariencia de esa gente —dijo el Duque—. Son muy fuertes y de una profunda vitalidad. Creo que son precisamente lo que necesitamos.

—Es un juego peligroso —dijo Jessica.

—No empecemos de nuevo con esto —dijo él.

Ella forzó una sonrisa.

—*Estamos* en esto, no hay ninguna duda acerca de ello. —Se concentró en un rápido ejercicio de retorno a la calma: dos inspiraciones, el pensamiento ritual, y luego—: Cuando asigne las habitaciones, ¿hay alguna en especial que deseéis que os reserve para vos?

—Algún día tienes que enseñarme cómo consigues esto —dijo el Duque —, el modo de borrar todas las preocupaciones de tu mente y volver a las cosas prácticas. Debe ser algún truco Bene Gesserit.

—Es un truco femenino —dijo ella.

Él sonrió.

—Bien, volvamos a la asignación de habitaciones: búscame una estancia amplia cerca de mi dormitorio. Aquí va a haber mucho más papeleo que

en Caladan. Una habitación para la guardia, por supuesto. Esto será suficiente. No te preocupes por la seguridad de la casa. Los hombres de Hawat la han rastreado a fondo.

—Estoy segura de que lo han hecho.

El Duque miró su reloj.

—Y comprueba que todos nuestros relojes queden puestos a la hora local de Arrakeen. He asignado a un técnico para que se ocupe de ello. Estará aquí dentro de poco. —Le apartó un mechón de cabellos que le había caído sobre la frente—. Ahora debo volver al área de desembarco. El segundo cargamento llegará de un momento a otro.

—¿No podría ocuparse de ello Hawat, mi señor? Parecéis tan cansado…

—El buen Thufir está aún más ocupado que yo. Sabes que este planeta está infestado de las intrigas de los Harkonnen. Además, debo convencer a los mejores cazadores de especia para que se queden. Con el cambio de feudo, ya sabes, quedan libres de elegir… y el planetólogo que el Emperador y el Landsraad han designado como Árbitro del Cambio no puede ser comprado. Les ha dado la opción de elegir libremente. Casi ochocientos hombres expertos esperan para irse en el transbordador de la especia, y un cargo de la Cofradía los está aguardando.

—Mi señor… —Jessica se interrumpió, vacilante.

—¿Sí?

Nadie podrá impedirle que haga lo imposible para convertir este mundo en habitable para nosotros , pensó. *Y no puedo usar mis trucos en ello.*

—¿A qué hora os espero para la cena? —preguntó.

No es esto lo que ibas a decir , pensó él. *Ah, mi Jessica, cómo querrías que estuviéramos lejos de aquí, no importa en qué sitio, pero lejos de este terrible lugar… solos nosotros dos, sin ninguna preocupación.*

—Comeré en el campo, en la mesa de oficiales —dijo—. No me esperes hasta muy tarde. Y… ah, enviaré un coche con escolta para Paul. Quiero que asista a nuestra conferencia estratégica.

Se aclaró la garganta como si fuera a decir algo más, y luego, en silencio, dio media vuelta y sonrió, mientras Jessica oía el ruido de otra carga que era depositada en el suelo. Su voz sonó aún otra vez, imperativa y desdeñosa, en el tono con el que hablaba a los sirvientes cuando tenía prisa:

—Dama Jessica está en el vestíbulo. Reúnete con ella inmediatamente.

La puerta exterior se cerró con un chasquido.

Jessica se volvió, haciendo frente al retrato del padre de Leto. Había sido realizado por un afamado artista, Albe, cuando el Viejo Duque era de mediana edad. Había sido pintado vestido de matador, con una capa magenta colgando del brazo izquierdo. El rostro se veía joven, casi tanto como el de Leto en la actualidad, y con la misma expresión de halcón, la misma mirada gris. Apretó sus puños contra los costados, mirando el retrato con odio.

—¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! —susurró.

—¿Cuáles son vuestras órdenes, Noble Nacida?

Era una voz de mujer, musical como una cuerda tensada.

Jessica se volvió y se encontró frente a una mujer nudosa, de cabellos grises, vestida con las informes ropas de tela de saco de los siervos. La mujer tenía el mismo aspecto rugoso y reseco que todos los demás que la habían recibido aquella mañana, a lo largo del camino desde el campo de aterrizaje. Todos los nativos de aquel planeta, pensó Jessica, tenían aquel mismo aspecto consumido y famélico. Sin embargo, Leto había dicho que eran fuertes y sanos. Y ademas, por supuesto, estaban los ojos… aquellos lagos de un azul profundo sin el menor blanco, secretos, misteriosos. Jessica se esforzó por no afrontar su mirada.

La mujer inclinó brevemente la cabeza y dijo:

—Me llaman la Shadout Mapes, Noble Nacida. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

—Puedes llamarme «mi Dama» —dijo Jessica—. No nací noble. Soy la concubina titular del Duque Leto.

De nuevo aquella extraña inclinación de cabeza, y la mujer alzó los ojos hacia Jessica con una insidiosa pregunta:

—¿Hay entonces una mujer?

—No la hay, ni la ha habido nunca. Soy la única… compañera del Duque, la madre de su heredero designado.

Mientras hablaba, Jessica se reía para sí misma del orgullo que transpiraban sus palabras. *¿Qué es lo que dijo San Agustín?* , se preguntó a sí misma. *La mente gobierna al cuerpo, y éste obedece. La mente se ordena a sí misma, y encuentra resistencia. Sí… últimamente encuentra una mayor resistencia. Debería retirarme calmadamente en mí misma.*

Un grito extraño sonó fuera de la casa, allí en el camino. Un grito repetido:

—¡Suu-suu-suuk! ¡Suu-suu-suuk! —y luego—: ¡Ikhut-eigh! —y luego, de nuevo—: ¡Suu-suu-suuk!

—¿Qué es esto? —preguntó Jessica—. He oído varias veces este grito por las calles, esta mañana.

—Es sólo un vendedor de agua, mi Dama. Pero no tiene interés para vos. Las cisternas de esta morada contienen cincuenta mil litros, y están siempre llenas. —Inclinó la cabeza y miró sus ropas—. Vedlo, mi Dama, ¡no necesito llevar mi destiltraje aquí! —se rio—. ¡Y no he muerto!

Jessica vaciló, queriendo hacerle algunas preguntas a aquella mujer Fremen, sintiendo la necesidad de que la orientara. Pero la más urgente era poner un poco de orden en la confusión del castillo. De todos modos, la idea de que en aquel lugar el agua fuera un signo de riqueza la desconcertaba.

—Mi esposo me ha dicho tu título, Shadout —dijo Jessica—. Conozco esta palabra. Es una palabra muy antigua.

—¿Así que conocéis las antiguas lenguas? —preguntó Mapes, y la miró con una extraña intensidad.

—Las lenguas son la primera enseñanza Bene Gesserit —dijo Jessica—. Conozco el bhotani-jib y el chakobsa, todas las lenguas de los cazadores.

Mapes asintió.

—Tal como dice la leyenda.

Y Jessica se preguntó: *¿Por qué estoy representando esta comedia?* Pero los caminos Bene Gesserit siempre eran sinuosos y compulsivos.

—Conozco las Cosas Oscuras y los caminos de la Gran Madre —dijo Jessica. Leyó, en el aspecto de Mapes, en cada uno de sus gestos, los más obvios signos reveladores—. *Miseces prejia* —dijo, en lengua chakobsa—. *¡Andal t're pera! Trada cik buscakri miseces perakri…*

Mapes dio un paso atrás, dispuesta a huir.

—Sé muchas cosas —dijo Jessica—. Sé que has engendrado hijos, que has perdido a seres queridos, que te has ocultado por miedo y que has cometido violencia y que volverás a cometer más violencia. Sé muchas cosas.

—No quería ofenderos, mi Dama —dijo Mapes en voz muy baja.

—Hablas de la leyenda y buscas respuestas —dijo Jessica—. Guárdate de las respuestas que puedas encontrar. Sé que has venido aquí preparada para la violencia, con un arma en tu corpiño.

—Mi Dama, yo…

—Existe una remota posibilidad de que consigas derramar la sangre de mi vida —dijo Jessica—, pero si lo hicieras causarías más daño del que te puedas imaginar en tus más locos terrores. Hay cosas peores que la muerte, tú lo sabes… incluso para todo un pueblo.

—¡Mi Dama! —imploró Mapes. Parecía a punto de caer de rodillas—. Esta arma es un regalo para *vos* si podéis probar que sois Ella.

—Y el instrumento de mi muerte si no puedo probarlo —dijo Jessica. Esperó, en la aparente calma que hacía a las Bene Gesserit tan terribles en el combate.

Ahora veremos hacia dónde se inclina la decisión , pensó.

Lentamente, Mapes metió la mano por el cuello de su vestido y sacó una oscura funda. Una negra empuñadura, profundamente grabada para hacer segura la sujeción, emergía de ella. Tomó la funda con una mano y la empuñadura con la otra, y con un rápido movimiento extrajo una hoja de un color blanco lechoso. La blandió por encima de su cabeza y la hoja pareció brillar con luz propia. Era de doble filo, como un kindjal, y la hoja tendría unos veinte centímetros de largo.

—¿Conocéis esto, mi Dama? —preguntó Mapes.

No podía ser otra cosa, se dijo Jessica, que el fabuloso cuchillo crys de Arrakis, la hoja que nunca había salido de aquel planeta y que en otras partes sólo era un rumor y un misterio.

—Es un crys —dijo.

—No lo pronunciéis con ligereza —dijo Mapes—. ¿Sabéis el significado de este nombre?

Y Jessica pensó: *Esta es una pregunta de doble filo. Aquí está la razón por la cual esta Fremen ha querido servir conmigo, tenía que hacerme esta pregunta. Mi respuesta puede precipitar la violencia o… ¿qué? Exige una respuesta de mi parte: el significado de este cuchillo. La llaman la Shadout en lengua chakobsa, el cuchillo es el «hacedor de muerte». Se está impacientando. Tengo que responder ya. Retardar la respuesta es tan peligroso como una respuesta falsa.*

—Es un hacedor… —dijo.

—¡Aiiiieeeeeee! —gritó Mapes. Era un sonido de dolor y de alivio. Temblaba tan violentamente que la hoja del cuchillo creaba reflejos por toda la estancia.

Jessica esperaba, inmóvil. Iba a decir que el cuchillo era un *hacedor de muerte* y a añadir la antigua palabra, pero ahora todos los sentidos la advertían, con la intensidad de su adiestramiento capaz de revelar el significado del menor estremecimiento muscular.

La palabra clave era… *hacedor* .

¿Hacedor? Hacedor.

Sin embargo, Mapes empuñaba el cuchillo como si estuviera dispuesta a usarlo.

—¿Cómo has podido pensar —dijo Jessica— que yo, conociendo los misterios de la Gran Madre, no iba a conocer el Hacedor?

Mapes bajó el cuchillo.

—Mi Dama, cuando uno ha vivido tanto tiempo con la profecía, el momento de la revelación es un shock.

Jessica pensó en la profecía… el Shari'ah y toda la panoplia propheticus; una Bene Gesserit de la Missionaria Protectiva había sido enviada allí muchos siglos antes; había muerto hacía ya mucho, no cabía ninguna duda de ello, pero había cumplido sus propósitos: las leyendas protectoras sólidamente implantadas en aquel pueblo para el día en que una Bene Gesserit tuviera necesidad de ellas.

Bien, el día había llegado.

Mapes volvió el cuchillo a su funda y dijo:

—Esta es una hoja inestable, mi Dama. Llevadla siempre con vos. Si permanece más de una semana lejos de la carne, empezará a desintegrarse. Es un diente de Shai-Hulud, permanecerá con vos durante todo el tiempo que dure vuestra vida.

Jessica tendió su mano derecha y se arriesgó a decir:

—Mapes, has devuelto la hoja a su funda sin que estuviera marcada por la sangre.

Con una ahogada exclamación, Mapes puso el enfundado cuchillo en la mano de Jessica y desgarró su corpiño, diciendo:

—¡Tomad el agua de mi vida!

Jessica extrajo la hoja de su funda. ¡Cómo relucía! La apuntó directamente hacia Mapes, y vio en sus ojos un pánico más grande que la muerte.

¿Un veneno en la punta? , se preguntó Jessica. Alzó la hoja, trazando un delicado arañazo en el seno izquierdo de Mapes con el lado de la hoja. Surgieron unas pocas gotas de sangre que se detuvieron casi inmediatamente. *Coagulación ultrarrápida* , pensó Jessica. *¿Una mutación para conservar la humedad del cuerpo?*

Metió de nuevo la hoja en su funda y dijo:

—Abotona tu vestido, Mapes.

Mapes obedeció, temblando. Sus ojos sin blanco miraban fijamente a Jessica.

—Vos sois de los nuestros —murmuró—. Vos sois Ella.

En la entrada se oyó de nuevo el ruido de descargar bultos. Mapes tomó el cuchillo envainado y lo deslizó en el corpiño de Jessica.

—¡Cualquiera que vea esa hoja debe ser purificado o muerto! —gruñó—. ¡Vos lo sabéis, mi Dama!

Acabo de saberlo ahora , pensó Jessica.

Los descargadores, allí afuera, se marcharon sin pasar por la Gran Sala.

Mapes recuperó su compostura y dijo:

—Aquel que es impuro y ha visto un crys no puede abandonar vivo Arrakis. No olvidéis esto, mi Dama. Os ha sido confiado un crys —hizo una profunda inspiración—. Ahora las cosas deben seguir su curso. No se puede apresurar nada. —Paseó su mirada por las cajas y paquetes apilados a su alrededor—. Y aquí hay mucho trabajo para dejar pasar el tiempo.

Jessica vaciló. *«Las cosas deben seguir su curso».* Una frase típica que provenía directamente de las reservas de conjuros de la Missionaria Protectiva… *La venida de la Reverenda Madre que os liberará.*

Pero yo no soy una Reverenda Madre , pensó Jessica. Y luego: *¡Gran Madre! ¡Este mundo debe ser horrible para que hayamos tenido que implantar esto!*

—¿Qué es lo primero que deseáis que haga, mi Dama? —dijo Mapes con voz tranquila.

El instinto empujó a Jessica a responder, con el mismo tono casual.

—La pintura del Viejo Duque, ésta, debe ser colocada en una de las paredes del comedor. La cabeza del toro en la pared opuesta.

Mapes se acercó a la cabeza del toro.

—Debía ser un animal enorme para tener una cabeza tan grande —dijo. Se inclinó sobre ella—. ¿Debo limpiarla primero, mi Dama?

—No.

—Pero la suciedad se ha incrustado en los cuernos.

—No es suciedad, Mapes. Es la sangre del padre de nuestro Duque. Esos cuernos fueron tratados con un fijador transparente pocas horas después de que este animal matara al Viejo Duque.

Mapes se irguió.

—¿Eh? —dijo.

—Es tan sólo sangre —dijo Jessica—. Sangre muy antigua. Busca a alguien que te ayude a colgar esto. Esas malditas cosas son pesadas.

—¿Creéis que un poco de sangre me impresiona? —preguntó Mapes—. Vengo del desierto, y he visto sangre en abundancia.

—Sí… estoy convencida de ello —dijo Jessica.

—Y, a veces, esa sangre era la mía —dijo Mapes—. Mucha más sangre de la que me ha producido vuestra rozadura.

—¿Hubieras preferido que cortara más profundamente?

—¡Oh, no! El agua del cuerpo es ya escasa, y no hay necesidad de malgastarla esparciéndola por el aire. Habéis actuado correctamente.

Y Jessica, a través de las palabras y el modo de decirlas, captó las profundas implicaciones de aquella frase, «el agua del cuerpo». Sintió de nuevo la sensación opresiva de la importancia del agua en Arrakis.

—¿En qué lado del comedor debo colgar estas hermosas cosas, mi Dama? —preguntó Mapes.

Siempre práctica, esta Mapes , pensó Jessica. Dijo:

—Usa tu buen juicio, Mapes. Realmente, no tiene importancia.

—Como deseéis, mi Dama. —Mapes se inclinó y comenzó a liberar la cabeza de los restos del embalaje—. ¿Así que mató a un viejo duque, decís? —murmuró suavemente.

—¿Llamo a alguien para ayudarte? —preguntó Jessica.

—Me las arreglaré yo sola, mi Dama.

Sí, se las arreglará , pensó Jessica. *Eso es algo que realmente posee esa Fremen: la voluntad de acabar lo que emprende.*

Jessica sintió el frío contacto del crys en su corpiño, y pensó en la larga cadena de intrigas Bene Gesserit, y en el nuevo eslabón que acababa de forjarse allí. Gracias a aquella cadena, había conseguido sobrevivir a una crisis mortal. «No se puede apresurar nada», había dicho Mapes. Y sin embargo, la prisa dominaba aquel lugar, llenando a Jessica de aprensión. Y ni siquiera todos los preparativos de la Missionaria Protectiva, ni siquiera las minuciosas inspecciones hechas por Hawat en aquel enorme cúmulo de piedras que era el castillo, habían conseguido disipar sus oscuros presagios.

—Cuando hayas terminado con esto, empieza a desempaquetar los bultos —dijo Jessica—. Uno de los descargadores está en la entrada principal con todas las llaves, y te dirá dónde hay que meter cada cosa. Haz que te dé las llaves y la lista. Si tienes que hacerme alguna consulta, estaré en el ala sur.

—Como vos deseéis, mi Dama.

Jessica se alejó, pensando: *Hawat habrá juzgado esta residencia como segura, pero hay algo amenazador en este lugar. Lo presiento.*

Una urgente necesidad de ver a su hijo invadió a Jessica. Se dirigió hacia la gran entrada abovedada que se abría al pasillo que conducía al comedor y a las habitaciones familiares. Andaba más y más aprisa, hasta que finalmente casi corría.

Detrás de ella, Mapes hizo una breve pausa en su tarea de terminar de desembalar la cabeza del toro, y miró la silueta que se alejaba.

—Es Ella, no hay duda —murmuró—. Pobrecilla.

8

«¡Yueh! ¡Yueh! ¡Yueh!», dice el refrán. «¡Un millón de muertes no serían bastantes para Yueh!».

De *Historia de Muad'Dib para niños* , por la PRINCESA IRULAN

La puerta estaba entrecerrada, y Jessica la abrió, penetrando en una estancia de paredes amarillas. A su izquierda había un diván bajo de piel negra y dos librerías vacías; una calabaza para agua pendía, vacía y con sus abombados lados llenos de polvo. A su derecha, flanqueando otra puerta, otras dos librerías vacías, un escritorio traído de Caladan y tres sillas. Junto a la ventana, directamente frente a ella, el doctor Yueh, dándole la espalda, parecía concentrar su atención en el mundo exterior.

Jessica dio otro silencioso paso dentro de la habitación.

Observó que la chaqueta del doctor estaba arrugada, y que tenía marcas blancas a la altura de su codo izquierdo, como si se hubiera apoyado contra tiza. Visto así, de espaldas, parecía un esqueleto desprovisto de carne, envuelto en ropas negras demasiado amplias, una marioneta esperando moverse bajo las órdenes de un invisible marionetista. Sólo la cabeza parecía viva, con los largos cabellos color ébano, sujetos por el anillo de plata de la Escuela Suk, cayéndole sobre los hombros y agitándose ligeramente cuando se inclinaba para seguir mejor algún movimiento del exterior.

Jessica miró nuevamente la estancia sin ver ninguna señal de su hijo, pero sabía que la puerta cerrada de la derecha conducía a otra estancia más pequeña por la cual Paul había mostrado su preferencia.

—Buenas tardes, doctor Yueh —dijo—. ¿Dónde está Paul?

El hombre inclinó la cabeza como respondiendo a alguien allí afuera, y contestó con voz ausente, sin volverse:

—Vuestro hijo estaba cansado, Jessica. Le he enviado a la otra estancia, a descansar.

Se irguió bruscamente y se volvió, con el bigote cayendo sobre sus empurpurados labios.

—¡Perdonadme, mi Dama! Mis pensamientos estaban lejos de aquí… yo… no pretendía hablaros de modo tan familiar.

Ella sonrió, levantando su mano derecha. Por un instante temió que el hombre se arrodillase.

—Wellington, por favor.

—Usar vuestro nombre así… yo…

—Hace seis años que nos conocemos —dijo Jessica—. Tendríamos que haber roto las formalidades hace ya mucho… al menos en privado.

Yueh aventuró una débil sonrisa, pensando: *Creo que ha resultado. Ahora pensará que lo poco usual de mi modo de comportarme es debido al azaramiento. No buscará razones más profundas, puesto que ya tiene la respuesta.*

—Temo que me hayáis encontrado con la cabeza entre las nubes —dijo —. Cuando… cuando me siento inquieto por vos, temo que pienso en vos como… bien, como en Jessica.

—¿Inquieto por mí? ¿Por qué?

Yueh se alzó de hombros. Desde hacía tiempo se había dado cuenta de que Jessica no tenía el don completo de Decidora de Verdad como había tenido su Wanna. Sin embargo, le decía a Jessica la verdad cada vez que le era posible. Era más seguro.

—Habéis visto este lugar, mi… Jessica —vaciló en el nombre, y siguió rápidamente—: Es todo tan desnudo, después de Caladan. ¡Y la gente! Todas aquellas mujeres, a lo largo de vuestro camino, gimiendo tras sus velos… ¡Y el modo como os miraban!

Jessica apretó el brazo contra su pecho, sintiendo el contacto del crys, de la hoja obtenida del diente de un gusano de arena, si lo que se decía era cierto.

—También nosotros les parecemos extraños a ellos… gente distinta con distintas costumbres. Hasta ahora sólo habían conocido a los Harkonnen —miró a su vez a través de la ventana—. ¿Qué era lo que mirabais fuera?

El hombre miró también por la ventana.

—La gente.

Jessica avanzó hasta situarse a su lado, y siguió la dirección de su mirada, frente a la casa, hacia la izquierda, allí donde estaba centrada la atención de Yueh. Había una hilera de veinte palmeras, y la tierra debajo de ellas estaba limpia y cuidada. Una barrera-pantalla las separaba de la gente que pasaba, envuelta en sus ropas, por la calle. Jessica notó el ligero temblor del aire entre ella y la gente —el escudo

que rodeaba la casa—, y estudió a la gente que pasaba, preguntándose qué era lo que absorbía tanto a Yueh.

La comprensión emergió bruscamente, y se llevó una mano al rostro. ¡La gente que pasaba contemplaba las palmeras! Y en sus rostros se leía la envidia, en algunos el odio… y también algo de esperanza. Cada persona que pasaba miraba los árboles con hipnótica fijeza en su expresión.

—¿Sabéis lo que están pensando? —preguntó Yueh.

—¿Pretendéis poder leer los pensamientos? —se sorprendió ella.

—Sus pensamientos —dijo él—. Miran esos árboles y piensan: «Aquí hay un centenar de nosotros». Eso es lo que piensan.

Ella le miró, perpleja y cejijunta.

—¿Por qué?

—Son palmeras datileras —dijo el hombre—. Cada palmera datilera absorbe cuarenta litros de agua al día. Un hombre necesita solamente ocho litros. Una palmera, pues, equivale a cinco hombres. Aquí hay veinte palmeras… o sea cien hombres.

—Pero algunos entre esa gente miran a los árboles con esperanza.

—Esperan que caiga algún dátil, pero no es la estación.

—Miramos este lugar con ojos demasiado críticos —dijo ella—. Hay aquí tanta esperanza como peligro. La especia puede hacernos ricos. Con un tesoro tan grande, podríamos transformar completamente este mundo.

Y se rio silenciosamente para sí misma: *¿A quién intento convencer?* Su risa resonó entre todas sus compulsiones, emergiendo secamente, sin alegría.

—Pero uno no puede comprar la seguridad —dijo.

Yueh giró su rostro para ocultarlo de ella. ¡Si al menos fuera posible odiar a esa gente en vez de amarla! En sus ademanes, en muchos de sus detalles, Jessica se parecía a su Wanna. Pero aquellos pensamientos afirmaron aún más su decisión. La crueldad de los Harkonnen era tortuosa. Quizá Wanna estuviera aún viva. Tenía que estar seguro de ello.

—No os preocupéis por nosotros, Wellington —dijo Jessica—. El problema es nuestro, no vuestro.

¡Cree que me preocupo por ella! Parpadeó para ocultar sus lágrimas. Y es cierto, por supuesto. Pero debo afrontar a ese negro Barón una vez

cumplida su voluntad, y aprovechar entonces el momento oportuno para golpearlo cuando esté más débil… ¡en el momento de su triunfo!

Suspiró.

—¿Molestaré a Paul si voy a echarle una ojeada? —preguntó Jessica.

—En absoluto. Le he dado un sedante.

—¿Soporta bien el cambio?

—Tan sólo está un poco más cansado que de costumbre. Está excitado, pero ¿qué muchacho de quince años no lo estaría en tales circunstancias? —Se dirigió hacia la puerta y la abrió—. Aquí está.

Jessica lo siguió, aguzando la mirada en la penumbra.

Paul dormía en una estrecha cama, con un brazo metido bajo un ligero cubrecama y el otro sobre su cabeza. La claridad que atravesaba las persianas ponía una trama de luz y sombras en el rostro y el cubrecama.

Jessica miró a su hijo, observando aquel rostro ovalado tan parecido al suyo. Pero los cabellos eran los del Duque… negros como el carbón y enmarañados. Las largas pestañas ocultaban unos ojos verdes. Jessica sonrió, sintiendo que sus temores se desvanecían. De pronto se dio cuenta de cómo iban apareciendo las ascendencias genéticas en los rasgos de su hijo: los ojos eran los suyos, y también las líneas faciales, pero los aguzados rasgos del padre iban mostrándose cada vez más acusados, como la madurez emergiendo de la adolescencia.

Concibió los rasgos del muchacho como la refinada destilación de un proceso casual, una interminable hilera de coincidencias que convergían en un nexo. Sintió deseos de arrodillarse junto a la cama y apretarlo entre sus brazos, pero la presencia de Yueh se lo impidió. Retrocedió, y cerró suavemente la puerta.

Yueh había vuelto a la ventana, incapaz de permanecer junto a Jessica contemplando a su hijo. *¿Por qué Wanna no me dio hijos?,* se dijo a sí mismo. *Soy doctor, sé que no había ningún impedimento físico. ¿Acaso existe alguna explicación Bene Gesserit? ¿Es posible que estuviera destinada a algún otro fin? ¿Pero cuál? Ella me amaba, estoy seguro.*

Por primera vez se sintió presa del pensamiento de que tal vez él formaba parte de un plan mucho más vasto y complejo de lo que su mente fuera nunca capaz de concebir.

Jessica se detuvo a su lado, y dijo:

—Qué delicioso abandono hay en el sueño de un niño.

—Si los adultos pudieran relajarse también así… —dijo el hombre maquinalmente.

—Sí.

—¿Dónde perdimos eso? —murmuró él.

Ella lo miró, captando algo extraño en su tono, pero su mente estaba dirigida a Paul, pensando en los nuevos rigores de su adiestramiento, pensando en lo distinta que sería su vida ahora… tan distinta a la vida que habían planeado para él.

—Sí, perdemos algo —dijo.

Miró afuera, hacia la derecha, viendo el agitarse gris verdoso de los arbustos bajo el soplo del viento… hojas polvorientas y ramas sarmentosas. El oscuro cielo colgaba sobre el declive como una mancha, y la lechosa luz del sol arrakeno inundaba la escena de reflejos plateados, como los del crys que guardaba en su seno.

—El cielo es tan oscuro —murmuró.

—Es debido en parte a la falta de humedad —dijo el hombre.

—¡Agua! —exclamó ella—. ¡Hacia cualquier parte que se gire una, siempre se ve envuelta por esta falta de agua!

—Este es el precioso misterio de Arrakis —dijo él.

—¿Pero por qué hay tan poca? Las rocas aquí son volcánicas. Y podría citar otra docena de fuentes posibles. Hay el hielo de los polos. Dicen que es imposible horadar en el desierto, que las tormentas y las mareas de arena destruyen los equipos antes de que terminen de instalarse, si no son devorados antes por los gusanos. De todos modos, nunca han encontrado agua allí. Pero el misterio, Wellington, el auténtico misterio, son esos pozos excavados aquí en los sink y en las depresiones. ¿Habéis oído hablar de ellos?

—Primero un hilillo de agua, y luego nada —dijo el hombre.

—Pero, Wellington, ese es el misterio. El agua está ahí. Primero surge, luego se para, y ya no hay agua nunca más. Pero otra excavación en sus proximidades produce el mismo resultado: un hilillo de agua, y luego nada. ¿Nadie se ha sentido alguna vez intrigado por eso?

—Sí, es curioso —dijo Yueh—. ¿Sospecháis la presencia de algo vivo? ¿No creéis que los análisis del terreno lo hubieran revelado?

—¿Qué hubieran revelado? ¿Una planta extraña… o un animal? ¿Cómo identificarlo? —miró de nuevo hacia afuera—. El agua se detiene. Algo la absorbe e impide que fluya. Estoy segura de ello.

—Quizá se conozca ya la razón —dijo el hombre—. Los Harkonnen censuraron muchas fuentes de información sobre Arrakis. Quizá tenían razón para suprimir ésta.

—¿Qué razón? —preguntó ella—. Por otro lado, hay la humedad atmosférica. No mucha, es cierto, pero existe. Es la mayor fuente de agua aquí, gracias a las trampas de viento y a los precipitadores. ¿De dónde proviene?

—¿De los casquetes polares?

—El aire frío arrastra muy poca humedad, Wellington. Hay cosas, tras el velo de los Harkonnen, que merecen investigarse a fondo, y no todas están relacionadas directamente con la especia.

—Ciertamente, estamos envueltos en el velo de los Harkonnen —dijo él —. Quizá… —Se interrumpió, notando la repentina intensidad de la mirada de Jessica—. ¿Ocurre algo?

—El modo en que habéis dicho «Harkonnen» —dijo ella—. Ni siquiera la voz de mi Duque está tan cargada de veneno cuando pronuncia este odiado nombre. No sabía que tuvierais alguna razón personal para odiarlos, Wellington.

¡Gran Madre! , pensó Yueh. *¡He despertado sus sospechas! Ahora debo emplear todos los trucos que me enseñó mi Wanna. Es la única solución: decirle la verdad tanto como pueda.*

—¿Ignoráis que mi esposa, mi Wanna…? —dijo. Se interrumpió, sintiendo que las palabras se ahogaban en su garganta. Luego—: Ella… —las palabras se negaron a salir. Se sintió ganado por el pánico, cerró fuertemente los ojos, notando la agonía en su pecho hasta que una mano tocó suavemente su brazo.

—Perdonad —dijo Jessica—. No quería abrir una vieja herida. —Y pensó: *¡Esas bestias! Su esposa era una Bene Gesserit… los signos están por todo él. Y es obvio que los Harkonnen la mataron. No es más que otra víctima, ligada a los Atreides por un odio común.*

—Lo siento —dijo Yueh—. Soy incapaz de hablar de ello. —Abrió los ojos, abandonándose a las garras del sufrimiento interno. Este, al menos, era verdadero.

Jessica lo estudió, sus pómulos acusados, los reflejos dorados en sus almendrados ojos, su amarillenta piel y el chocante bigote que caía formando una curva a ambos lados de sus empurpurados labios y el

aguzado mentón. Las arrugas en sus mejillas y su frente eran debidas tanto al dolor como a la edad. Sintió un profundo afecto hacia él.

—Wellington, siento que os hayamos traído hasta un lugar tan peligroso —dijo.

—He venido por mi propia voluntad —dijo él. Y esto también era verdad.

—Pero este planeta no es más que una inmensa trampa Harkonnen. Y vos sabéis esto.

—Hace falta mucho más que una trampa para atrapar al Duque Leto —dijo el hombre. Y esto también era verdad.

—Tal vez yo debiera tener más confianza en él —dijo Jessica—. Es un brillante estratega.

—Hemos sido desarraigados —dijo Yueh—. Es por eso por lo que nos sentimos tan incómodos.

—Y es tan fácil matar una planta desarraigada —dijo ella—. Especialmente cuando es plantada en un suelo hostil.

—¿Estamos seguros de que el suelo es hostil?

—Ha habido luchas por el agua cuando se ha sabido la cantidad de gente que añadiría a la población la llegada del Duque —dijo Jessica—. Y sólo han cesado cuando la gente ha visto que instalábamos nuevos condensadores y trampas de viento a fin de absorber esta sobrecarga.

—Hay una cantidad limitada de agua para sustentar la vida humana aquí —dijo él—. La gente sabe muy bien que si vienen otros a beber, el precio del agua subirá y los más pobres morirán. Pero el Duque ha resuelto este problema. Las luchas no significan una permanente hostilidad hacia él.

—Y los guardias —dijo ella—. Guardias por todas partes. Y escudos. Se puede ver el temblor del aire por cualquier lado que uno mire. No vivíamos así en Caladan.

—Dadle a este planeta una oportunidad —dijo él.

Pero Jessica siguió mirando con ojos duros a través de la ventana.

—Siento la muerte en este lugar —dijo—. Hawat ha enviado aquí un batallón de sus agentes como vanguardia. Esos guardias de ahí afuera son sus hombres. Los descargadores son sus hombres. Ha habido importantes e inexplicados desembolsos de dinero del tesoro últimamente. Esas sumas sólo significan una cosa: corrupción en las

altas esferas. —Agitó su cabeza—. Allá donde va Thufir Hawat, lo acompañan la muerte y la traición.

—Lo estáis insultando.

—¿Insultando? Lo alabo. Muerte y traición son nuestra única esperanza ahora. Sólo que no me dejo engañar por los métodos de Thufir.

—Deberíais… encontrar alguna ocupación —dijo el hombre—. No pasar todo el tiempo con esos mórbidos…

—¡Alguna ocupación! ¿Qué es lo que ocupa la mayor parte de mi tiempo, Wellington? Soy la secretaria del Duque… tengo tanto trabajo que cada día aprendo nuevas cosas que temer… cosas que él ni siquiera sospecha que yo sepa. —Apretó los labios, hablando muy bajo—: A veces me pregunto cómo influyó mi adiestramiento Bene Gesserit en su elección de mí.

—¿Qué queréis decir? —se sentía impresionado por su tono cínico, por aquella amargura que nunca antes había descubierto en ella.

—¿No habéis pensado alguna vez, Wellington —dijo Jessica—, que una secretaria atada por el amor es mucho más segura?

—Este es un pensamiento injusto, Jessica.

El reproche había surgido espontáneamente de sus labios. No existía la menor duda acerca de los sentimientos del Duque hacia su concubina. Bastaba observarlo cuando la seguía con los ojos.

Ella suspiró.

Y apretó de nuevo los brazos contra su pecho, notando el contacto del crys y su funda contra su carne y pensando en la obra aún no terminada que representaba.

—Muy pronto se derramará sangre —dijo—. Los Harkonnen no se detendrán hasta que sean exterminados o mi Duque destruido. El Barón no puede olvidar que Leto es sobrino de la sangre real (no importa en qué grado) mientras que los títulos de los Harkonnen no provienen más que de sus intereses en la CHOAM. Pero el auténtico veneno, instalado en lo más profundo de sus mentes, es el conocimiento de que fue un Atreides quien desterró a un Harkonnen por cobardía después de la Batalla de Corrin.

—Las viejas rencillas —murmuró Yueh. Y por un instante gustó el ácido sabor del odio. Las viejas rencillas lo habían envuelto también a él en su trama, habían matado a su Wanna o, peor aún, la habían entregado a los Harkonnen para que la torturaran hasta que su esposo hubiera cumplido su tarea. Las antiguas rencillas lo habían atrapado a él, y toda aquella gente que lo rodeaba formaba también parte de aquella

venenosa trampa. La ironía era que todo aquel odio mortal fuera a florecer allí, en Arrakis, única fuente en todo el universo de la melange, la prolongadora de vida, la droga de salud.

—¿En qué estáis pensando? —preguntó Jessica.

—Pienso que la especia vale actualmente seiscientos veinte mil solaris el decagramo, en el mercado libre. Es una riqueza que puede comprar tantas cosas.

—¿Os ha tocado la codicia, Wellington?

—La codicia, no.

—¿Qué, entonces?

Se alzó de hombros.

—La futilidad. —La miró—. ¿Recordáis vuestra primera toma de especia?

—Tenía sabor a canela.

—No tiene dos veces el mismo sabor —dijo el hombre—. Es como la vida… cada vez sabe a algo distinto. Algunos piensan que la especia produce una reacción de sabor agradable. El cuerpo, identificando que una cosa es buena para él, interpreta el sabor como agradable… ligeramente eufórico. Y, como la vida, no puede ser sintetizada.

—Creo que hubiera sido más juicioso para nosotros convertirnos en renegados, huir lo más lejos posible del Imperio —dijo ella.

Él comprendió que Jessica no lo había escuchado, y reflexionó sobre lo que acababa de decir, pensando: *Sí… ¿por qué no lo ha empujado a hacer esto? Virtualmente, ella puede empujarlo a hacer cualquier cosa.*

Habló rápidamente, porque aquello era verdad y cambiaba el tema:

—¿Me juzgaríais atrevido… Jessica, si os hiciera una pregunta personal?

Ella se apoyó en el alféizar de la ventana, presa de una inexplicable inquietud.

—Por supuesto que no. Vos sois… mi amigo.

—¿Por qué no habéis hecho que el Duque se casara con vos?

Se volvió bruscamente, la cabeza alta, la mirada llameante.

—¿Hacer que se casara conmigo? Pero…

—No debía haber hecho esta pregunta —dijo él.

—No. —Ella se alzó de hombros—. Hay una buena razón política… Mientras mi Duque permanezca soltero, algunas de las Grandes Casas pueden esperar una alianza. Y… —suspiró—… motivando a la gente, forzando a alguien a hacer algo, una se crea una actitud cínica hacia la humanidad. Degrada cualquier cosa que toques. Si yo le hubiera empujado a ello… en realidad no hubiera sido él quien lo hubiera hecho.

—Eso es algo que mi Wanna hubiera podido decir —murmuró Yueh. Y esto también era verdad. Llevó una mano a su boca y tragó convulsivamente. Nunca había estado tan cerca de hablar, de confesar su secreto papel.

Jessica habló, rompiendo aquel instante.

—Además, Wellington, el Duque es realmente dos hombres. A uno lo amo muchísimo. Es encantador, ingenioso, considerado… tierno… todas las cosas que una mujer puede desear. Pero el otro hombre es… frío, insensible, exigente, egoísta… tan duro y cruel como el viento del invierno. Ese es el hombre que fue formado por su padre —su rostro se contrajo—. ¡Si al menos ese viejo hubiera muerto cuando nació mi Duque!

En el silencio que se hizo entre ellos se oyó el cliqueteo de la persiana bajo la acción de la brisa de un ventilador.

Tras un instante, Jessica inspiró profundamente y dijo:

—Leto tiene razón… esas habitaciones son más acogedoras que las de las otras secciones de la casa. —Se volvió, recorriendo la estancia con la mirada—. Si queréis excusarme, Wellington, me gustaría echar otra ojeada a toda esta ala antes de asignar los apartamentos.

—Por supuesto —asintió Yueh. Y pensó: *Si al menos existiera un medio de no tener que cumplir mi tarea.*

Jessica dejó caer los brazos, se dirigió hacia la puerta que conducía al vestíbulo y se detuvo un momento, vacilante, en el umbral. *Durante todo el tiempo que hemos estado hablando ha estado ocultándome algo* , pensó. *Sin duda para no herir mis sentimientos. Es un buen hombre.* Vaciló de nuevo, dudando si girarse para confrontar a Yueh e intentar extraerle su secreto. *Pero esto podría avergonzarlo, le asustaría saber lo fácil que es leer en él. Debo confiar un poco más en mis amigos.*

9

Muchos han hecho notar la rapidez con que Muad'Dib aprendió las necesidades de Arrakis. Las Bene Gesserit, por supuesto, conocen los fundamentos de esta rapidez. Para los demás, diremos que Muad'Dib aprendió rápidamente porque la primera enseñanza que recibió fue la certeza básica de que podía aprender. Es horrible pensar cómo tanta gente cree que no puede aprender, y cómo más gente aún cree que el aprender es difícil. Muad'Dib sabía que cada experiencia lleva en sí misma su lección.

De *La humanidad de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Paul, en su cama, fingía dormir. Le había sido fácil ocultar el somnífero del doctor Yueh, haciendo como que se lo tragaba. Paul contuvo una risita. Incluso su madre había creído que dormía. Había sentido deseos de levantarse y pedirle permiso para explorar la casa, pero sabía que no se lo habría concedido. Las cosas estaban aún demasiado inseguras. No. Había otro sistema mejor.

Si salgo de aquí sin haber pedido permiso, no habré desobedecido ninguna orden. Y permaneceré dentro de la casa, donde estoy seguro.

Oyó a su madre y a Yueh hablando en la otra habitación. Sus palabras eran indistintas… algo acerca de la especia… los Harkonnen. La conversación crecía y disminuía en intensidad.

La atención de Paul se dirigió a la tallada cabecera de la cama: una cabecera falsa fijada a la pared y que ocultaba los controles de la estancia. Era un pez volador tallado en madera, con oscuras olas bajo él. Paul sabía que, apretando el único ojo visible del pez, accionaba las lámparas a suspensor de la habitación. Una de las olas, al ser girada, controlaba la ventilación. Otra regulaba la temperatura.

Suavemente, Paul se sentó en la cama. Una alta librería ocupaba la pared de su izquierda. Haciéndola girar sobre uno de sus lados, revelaba un pequeño cuarto trastero con cajones en uno de sus lados. La manija de la puerta que se abría al exterior tenía la forma de la palanca de mandos de un ornitóptero.

La habitación parecía haber sido concebida para seducirlo.

La habitación y aquel planeta.

Pensó en el librofilm que le había mostrado Yueh… «Arrakis: la Estación Botánica Experimental del Desierto de Su Majestad Imperial». Era un viejo librofilm, anterior al descubrimiento de la especia. Un enjambre de

nombres revoloteó por la mente de Paul, cada uno de ellos con su fotografía gracias a los impulsos mnemotécnicos del libro: *saguaro, arbusto burro, palmera datilera, verbena de arena, prímula del atardecer, cactus barril, arbusto de incienso, árbol de humo, arbusto creosota… zorro mimético, halcón del desierto, ratón canguro…*

Nombres e imágenes, nombres e imágenes surgidos del pasado terrestre del hombre… y muchos de los cuales no podían encontrarse en ningún lugar del universo excepto en Arrakis.

Y tantas cosas nuevas que aprender acerca de… la especia.

Y los gusanos de arena.

Una puerta se cerró en la otra habitación. Paul oyó los pasos de su madre alejándose hacia el vestíbulo. Sabía que el doctor Yueh habría encontrado algo para leer y permanecía en la estancia.

Ahora era el momento de explorar.

Paul se deslizó fuera de la cama, dirigiéndose hacia la librería que se abría al cuarto trastero. Se detuvo y se volvió al oír un ruido detrás de él. La tallada cabecera de la cama se inclinó hacia adelante. Paul permaneció inmóvil, y esta inmovilidad le salvó la vida.

Del interior del cabezal se deslizó un pequeño cazador-buscador de no más de cinco centímetros de largo. Paul lo reconoció inmediatamente… era un arma asesina que todo niño de sangre real aprendía a conocer desde su más tierna edad. Era una peligrosa y fina aguja de metal, dirigida por un ojo y una mano que se hallaban en las inmediaciones. Se clavaba en la carne viva y luego se abría camino a lo largo del sistema nervioso hasta el órgano vital más próximo.

El buscador se alzó, giró atravesando la estancia, y regresó a su punto de origen.

Por la mente de Paul pasaron en un relámpago sus conocimientos acerca de las limitaciones del cazador-buscador: el débil campo de suspensión distorsionaba la visión del ojo transmisor. Sin otra fuente luminosa que la luz ambiente, el operador debía confiar en el movimiento y atacar a todo lo que se moviese. El escudo estaba en la cama. Una pistola láser podría abatirlo, pero eran armas caras y delicadas que necesitaban un mantenimiento constante, y si tropezaban con un escudo activado existía el peligro de una explosión pirotécnica. Los Atreides confiaban en sus escudos corporales y en su habilidad.

Ahora Paul se había sumido en una inmovilidad catatónica, sabiendo que disponía tan sólo de su habilidad para afrontar el peligro.

El cazador-buscador se elevó otro medio metro. Continuaba oscilando en la trama de sombras y claridad de la ventana, sondeando la estancia.

Debo apoderarme de él , pensó Paul. *Pero el campo suspensor lo hará resbaladizo. Debo sujetarlo muy fuerte.*

El objeto volvió a descender medio metro, giró a su izquierda y dio la vuelta a la cama. Producía un débil zumbido.

¿Quién lo está operando? , se dijo Paul. *Es alguien que está cerca de aquí. Podría llamar a Yueh, pero sería atacado apenas abriera la puerta.*

La puerta exterior, a espaldas de Paul, resonó. Se oyó una ligera llamada. La puerta se abrió.

El cazador-buscador pasó rozando casi su cabeza y avanzó hacia el movimiento.

La mano derecha de Paul saltó instantáneamente, aferrando el mortal objeto. Este zumbó y se retorció en su mano, pero sus músculos estaban contraídos desesperadamente. Con un violento giro, golpeó la punta del objeto contra el metal de la puerta. Notó cómo el ojo se rompía entre sus dedos, y el buscador murió en su mano.

Pero siguió sujetándolo fuertemente.

Paul levantó los ojos y se encontró con la mirada impávida y totalmente azul de la Shadout Mapes.

—Vuestro padre me ha enviado a buscaros —dijo ella—. Hay un grupo de hombres esperando en el vestíbulo para escoltaros.

Paul asintió, con sus ojos y toda su atención centrada en aquella extraña mujer vestida con las informes ropas de los siervos. Estaba mirando el objeto que él apretaba en su mano.

—He oído hablar de ello —dijo—. Me hubiera matado, ¿no es así?

Paul tragó saliva antes de poder hablar.

—Yo… yo era el blanco.

—Pero venía hacia mí.

—Porque te movías —y se preguntó: *¿Quién es esa criatura?*

—Entonces, habéis salvado mi vida —dijo ella.

—He salvado nuestras dos vidas.

—Hubierais podido dejar que me atacase y huir —dijo ella.

—¿Quién eres? —preguntó él.

—La Shadout Mapes, el ama de llaves.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Me lo dijo vuestra madre. La encontré en las escaleras que conducen a la cámara extraña, abajo en el vestíbulo —señaló hacia su derecha—. Los hombres de vuestro padre están esperando.

Deben ser hombres de Hawat , pensó. *Tenemos que descubrir al operador de este objeto.*

—Ve a reunirte con ellos —dijo—. Infórmales de que he cogido un cazador-buscador en la casa y que deben encontrar al operador. Que registren inmediatamente toda la casa y los terrenos adyacentes. Ellos saben cómo hacerlo. El operador tiene que ser seguramente un extraño entre nosotros.

Y se preguntó: *¿No podría ser esa criatura?* Pero sabía que no era posible. El cazador-buscador estaba aún bajo control cuando ella entró.

—Antes de que siga vuestras órdenes, joven señor —dijo Mapes— debo limpiar el camino entre nosotros. Habéis puesto una pesada carga de agua sobre mí, y no estoy segura de que pueda soportarla. Pero nosotros los Fremen pagamos nuestras deudas… sean blancas o negras. Y sabemos que hay un traidor entre los vuestros. No podemos decir quién es, pero estamos seguros de que existe. Quizá haya sido su mano la que ha guiado este cortador de carne.

Paul asimiló aquello en silencio: *un traidor.* Antes de que pudiera hablar, la extraña mujer había dado media vuelta y se había dirigido de nuevo hacia la entrada.

Fue a llamarla, pero había algo en su actitud que le hizo pensar que no le gustaría. Le había dicho lo que sabía y, ahora, cumplía sus *órdenes* . La casa sería invadida por los hombres de Hawat en un minuto.

Su mente recordó algunos fragmentos de la conversación: *la cámara extraña.* Miró hacia su izquierda, en la dirección señalada por ella. *Nosotros los Fremen.* Así que era Fremen. Hizo una pausa para que su visión mnemotécnica registrara el patrón de su aspecto en su memoria: rostro de tonalidad oscura, arrugado, ojos totalmente azules, sin blanco. Le aplicó la etiqueta: *La Shadout Mapes.*

Sin soltar el buscador destruido, Paul dio media vuelta y volvió al lado de la cama, tomó con la mano izquierda su cinturón escudo, se lo ciñó y lo activó, mientras corría ya bajando hacia el vestíbulo.

La mujer había dicho que su madre estaba en algún lugar abajo en el vestíbulo… unas escaleras… una *cámara extraña* …

10

¿Qué tenía Dama Jessica para sostenerla durante el tiempo de su proceso? Pensad en este proverbio Bene Gesserit y quizá lo comprendáis: «Cualquier camino, si se sigue hasta el fin, no conduce exactamente a ningún lugar. Escalad tan sólo un poco la montaña para comprobar si es una montaña. Desde la cima de la montaña, no podréis ver la montaña».

De *Muad'Dib, Comentarios Familiares* , por la PRINCESA IRULAN

Al extremo del ala sur, Jessica descubrió una escalera metálica en espiral que terminaba en una puerta oval. Miró hacia el vestíbulo, y después de nuevo hacia la puerta.

¿Oval? , se preguntó. *Qué extraña forma para una puerta en una casa.*

Bajo la escalera en espiral se veían ventanas y, tras ellas, el atardecer. Largas sombras se extendían hacia el vestíbulo. Volvió su atención a la escalera. La fuerte luz que iluminaba los peldaños de metal revelaba fragmentos de tierra seca.

Jessica puso una mano en el pasamanos y empezó a subir. El pasamanos estaba frío bajo su húmeda palma. Se detuvo ante la puerta, observando que no había manija, sino tan sólo una leve depresión en la puerta allí donde tendría que haber estado la manija.

No creo que sea una cerradura a palma , se dijo. *Una cerradura a palma debe ajustarse a la forma de una mano determinada y a las líneas de su palma.* Sin embargo, parecía una cerradura a palma. Y conocía varios medios de abrir una cerradura a palma… los había aprendido en la escuela.

Jessica miró a sus espaldas para estar segura de que no era observada, apoyó la palma en la depresión de la puerta, volvió la cabeza y vio a Mapes avanzando hacia ella al pie de la escalera.

—Hay unos hombres en el gran salón: dicen que han sido enviados por el Duque para escoltar al joven amo Paul —dijo Mapes—. Llevan el sello ducal y la guardia los ha identificado. —Miró a la puerta, luego a Jessica.

Es prudente, esa Mapes , pensó Jessica. *Es buena señal.*

—Está en la quinta estancia de este lado del vestíbulo, un dormitorio pequeño —dijo Jessica—. Si tienes problemas para despertarlo, llama al

doctor Yueh que está en la estancia contigua. Tal vez Paul necesite una inyección tónica.

Mapes dirigió otra penetrante mirada a la puerta oval, y Jessica detectó odio en su expresión. Antes de que Jessica pudiera preguntarle acerca de la puerta y lo que ocultaba, Mapes dio media vuelta y se apresuró a través del vestíbulo.

Hawat ha inspeccionado todo este lugar , pensó Jessica. *No puede haber nada terrible ahí dentro.*

Empujó la puerta. Se abrió hacia dentro, revelando una pequeña habitación con otra puerta oval en el otro lado. La otra puerta tenía un volante como manija.

¡Una compuerta estanca! , pensó Jessica. Bajó la vista y vio una calza caída en el suelo de la pequeña habitación. Llevaba la marca personal de Hawat. *Debía mantener la puerta abierta, pensó. Alguien le dio probablemente un golpe y la hizo caer accidentalmente, y la puerta exterior se cerró con la cerradura a palma.*

Franqueó el umbral y entró en la pequeña habitación.

¿Por qué una compuerta estanca en la casa? , se preguntó. Y súbitamente pensó en exóticas criaturas aisladas allí en climas especiales.

¡Climas especiales!

Parecía lógico en Arrakis, donde incluso las plantas más secas de otros lugares debían ser regadas.

La puerta a sus espaldas empezó a cerrarse. La detuvo y la bloqueó con la calza dejada por Hawat. Después se volvió hacia la puerta interior con el volante, y entonces vio una minúscula inscripción grabada en el metal sobre la manija. Reconoció las palabras en galach y leyó:

«¡Oh, hombre! He aquí una adorable porción de Creación de Dios; mira, y aprende a amar la perfección de Tu Supremo Amigo».

Jessica empujó el volante con todo su peso. Se ladeó hacia la izquierda y la puerta se abrió. Una ligera brisa rozó su mejilla, acariciando sus cabellos. Notó un cambio en el aire, un olor más intenso. Abrió totalmente la puerta, descubriendo una masa de vegetación iluminada por una luz dorada.

¿Un sol amarillo? , se preguntó. Y luego: *¡Cristal filtrante!*

Avanzó, y la puerta se cerró a sus espaldas.

—Un invernadero —susurró.

Estaba rodeada de plantas y arbustos en macetas. Reconoció una mimosa, un membrillo en flor, un sondagi, una pleniscenta de flores aún en capullo, un akarso estriado de verde y blanco… rosas…

¡Incluso rosas!

Se inclinó para respirar la fragancia de un grupo de flores rosadas, después se incorporó y miró a su alrededor.

Un sonido rítmico invadió sus sentidos.

Apartó una muralla de hojas y miró al centro de la habitación. Descubrió allí una fuente baja, con el pilón acanalado. El ruido rítmico era ocasionado por un hililllo de agua que se elevaba formando un arco y luego caía tamborileando sobre el fondo metálico de un pilón.

Jessica se situó en estado de percepción acrecentada, e inició una inspección metódica del perímetro de la habitación. Parecía tener unos diez metros de lado. Por su situación en el extremo del vestíbulo y algunas sutiles diferencias en su construcción, dedujo que había sido añadida a aquella ala del edificio mucho tiempo después de la construcción original.

Se detuvo en el lado sur de la habitación, ante la gran superficie de cristal filtrante, mirando a su alrededor. Cada espacio útil en la habitación estaba ocupado por plantas exóticas típicas de climas húmedos. Algo se movió en el verdor. Se tensó, luego se relajó al ver el sencillo servok automático con una manguera y un brazo de riego. En el brazo de riego llevaba un nebulizador, que proyectó una fina película de agua cerca de su mejilla. El brazo se retiró, y Jessica pudo ver la planta regada: un helecho arborescente.

Había agua por toda la habitación… en un planeta donde el agua era el más precioso jugo de la vida. Tanta agua malgastada hizo que se inmovilizara, aturdida.

Miró hacia afuera, al sol amarillo por el filtro. Colgaba suspendido del cielo, sobre un dentado horizonte de rocas en pico que formaban parte de la inmensa cadena de rocosas montañas conocidas como la Muralla Escudo.

Cristal filtrante , pensó. *Transforma un sol blanco en algo más suave y más familiar. ¿Quién ha podido concebir un lugar así? ¿Leto? Sería digno de él el sorprenderme con un regalo así, pero no ha tenido tiempo. Y tiene problemas mucho más importantes en qué pensar.*

Recordó el informe acerca de que muchas casas de Arrakeen tenían selladas puertas y ventanas con compuertas estancas a fin de conservar

y condensar la humedad interna. Leto había dicho que, como deliberada declaración de poder y riqueza, aquella casa ignoraba tales precauciones. Puertas y ventanas estaban selladas únicamente contra el omnipresente polvo.

Pero aquella habitación implicaba un estatus mucho más significativo que la ausencia de sellos de agua en las puertas exteriores. Calculó que aquella agradable habitación usaba tanta agua como la necesaria para sustentar a mil personas en Arrakis… posiblemente más.

Jessica se desplazó a lo largo de la pared de cristal, continuando su exploración de la estancia. Se desplazó hasta una superficie metálica que observó cerca de la fuente, una mesa sobre la cual había un bloc de notas y un estilete, parcialmente ocultos por una amplia hoja que colgaba sobre ellos. Se acercó a la mesa, vio los controles dejados por Hawat, y estudió el mensaje escrito en el bloc:

A DAMA JESSICA:

Que este lugar os dé tanto placer como me ha dado a mí. Permitid que esta habitación os recuerde una lección que hemos aprendido de los mismos maestros: la proximidad de una cosa deseable hace tender a la indulgencia. Ahí acecha el peligro.

Con mis mejores deseos,

MARGOT DAMA FENRING

Jessica asintió, recordando que Leto se había referido al anterior enviado del Emperador en Arrakis como el Conde Fenring. Pero el mensaje contenido en aquella nota exigía toda su atención, ya que las palabras habían sido elegidas de tal modo que informaran que la autora era otra Bene Gesserit. Un amargo pensamiento tocó por un instante a Jessica: *El Conde se casó con su Dama.*

Y simultáneamente, mientras pensaba en ello, empezó a buscar el mensaje oculto. Tenía que estar allí. La nota visible contenía una frase clave que cada Bene Gesserit, a menos que estuviera inhibida por un Interdicto de la Escuela, debía transmitir a otra Bene Gesserit cuando las condiciones lo exigieran: «Ahí acecha el peligro».

Jessica pasó las yemas de sus dedos por encima del bloc, buscando perforaciones en clave. Nada. Inspeccionó el borde con los dedos. Nada. Volvió a dejarlo donde lo había hallado, sintiendo una sensación de urgencia.

¿Algo en la posición del bloc? , se preguntó.

Pero Hawat había inspeccionado la habitación, y sin duda había movido el bloc. Miró la gran hoja encima del bloc. ¡La hoja! Pasó los dedos por la parte inferior de su superficie, siguiendo el borde, a lo largo del

peciolo. ¡Ahí estaba! Sus dedos detectaron los sutiles puntos en clave, leyendo el mensaje a medida que los recorría:

«Vuestro hijo y el Duque corren un peligro inmediato. Un dormitorio ha sido diseñado de modo que atraiga a vuestro hijo. Los H lo han llenado de trampas mortales, de modo que todas sean descubiertas excepto una, que escapará a todas las detecciones». Jessica luchó contra el impulso de correr hacia Paul: debía leer el mensaje hasta el final. Sus dedos recorrieron rápidamente los puntos: «No conozco la naturaleza exacta de la amenaza, pero tiene algo que ver con un lecho. La amenaza para vuestro Duque es la traición de un compañero fiel o de un lugarteniente. El plan de los H prevé ofreceros el regalo de uno de sus favoritos. Por lo que puedo saber, este jardín botánico es seguro. Perdonad que no pueda deciros más. Mis fuentes son pocas, ya que mi Conde no está a sueldo de los H. Apresuradamente, MF».

Jessica soltó la hoja y se volvió para correr hacia Paul. En aquel momento, la compuerta se abrió. Paul entró de un salto, llevando algo en su mano derecha, y cerró la puerta tras él de un golpe seco. Vio a su madre, y se abrió camino hacia ella a través de las plantas, echó una mirada a la fuente, alargó la mano y colocó bajo el chorro el objeto que aferraba.

—¡Paul! —Jessica lo cogió por los hombros, mirando su mano—. ¿Qué es esto?

Paul habló casualmente, pero había un asomo de tensión en su tono.

—Un cazador-buscador. Lo cogí en mi dormitorio y le he roto la punta, pero quiero estar bien seguro. El agua tendría que cortocircuitarlo.

—¡Sumérgelo! —ordenó ella.

Obedeció.

—Ahora suéltalo —dijo ella luego—. Déjalo en el agua y retira la mano.

Paul sacó su mano, se sacudió el agua de ella y miró el inerte metal en la fuente. Jessica cortó una hoja y con el tallo movió la aguja asesina.

Estaba muerta.

Dejó caer la hoja en el agua y miró a Paul. Sus ojos estaban examinando la estancia con una penetración que ella conocía bien… la Manera Bene Gesserit.

—Este lugar podría esconder cualquier cosa —dijo él.

—Tengo razones para creer que es seguro —dijo ella.

—Mi habitación fue supuestamente considerada segura, también. Hawat dijo…

—Era un cazador-buscador —le recordó ella—. Había alguien dentro de la casa operándolo. La onda de control del buscador tiene un radio de acción limitado. Es posible que fuera ocultado en el dormitorio después de la investigación de Hawat.

Pero, al mismo tiempo, pensaba también en el mensaje de la hoja: *«… la traición de un compañero fiel o de un lugarteniente». No Hawat, seguramente. Oh, seguramente no Hawat.*

—Los hombres de Hawat están registrando toda la casa, ahora —dijo Paul—. Ese buscador estuvo a punto de matar a la vieja mujer que acudió a despertarme.

—La Shadout Mapes —dijo Jessica, recordando su encuentro al pie de la escalera—. Tu padre te llamaba para…

—Eso puede esperar —dijo Paul—. ¿Por qué estás convencida de que este lugar es seguro?

Jessica señaló la nota y le explicó su significado.

Paul se relajó ligeramente.

Pero Jessica siguió tensa, pensando: *¡Un cazador-buscador! ¡Madre Misericordiosa!* Tuvo que acudir a todo su adiestramiento para reprimir un temblor histérico.

—Son los Harkonnen, por supuesto —dijo Paul tranquilamente—. Hemos de destruirlos.

Alguien llamó a la puerta… usando el código de los hombres de Hawat.

—Adelante —dijo Paul.

La puerta se abrió, y un hombre alto vistiendo el uniforme de los Atreides con la insignia de Hawat en la gorra entró en la estancia.

—Estáis aquí, señor —dijo—. El ama de llaves nos ha dicho que os encontraríamos aquí —su mirada recorrió la estancia—. Hemos encontrado un túmulo en el sótano y a un hombre escondido en él. Tenía consigo el dispositivo de control del buscador.

—Quiero asistir a su interrogatorio —dijo Jessica.

—Lo siento, mi Dama. Hemos tenido que luchar para capturarlo. Ha muerto.

—¿No hay nada que pueda identificarlo? —preguntó.

—Todavía no hemos hallado nada, mi Dama.

—¿Era un nativo de Arrakis? —preguntó Paul.

Jessica inclinó aprobadoramente la cabeza ante lo hábil de la pregunta.

—Tiene el aspecto de un nativo —dijo el hombre—. Lo habían metido en el túmulo hace más de un mes, según parece, para esperar nuestra llegada. Las piedras y el mortero estaban intactos ayer, cuando inspeccionamos el lugar. Pongo mi reputación en ello.

—Nadie pone en duda vuestra meticulosidad —dijo Jessica.

—Nadie, salvo yo mismo, mi Dama. Deberíamos haber usado sondas sónicas.

—Presumo que esto es lo que estáis haciendo ahora —dijo Paul.

—Por supuesto, señor.

—Hacedle saber a mi padre que llegaré con retraso.

—Inmediatamente, señor. —Miró a Jessica—. Las órdenes de Hawat son de que bajo tales circunstancias el joven amo sea mantenido en lugar seguro. —Sus ojos escrutaron de nuevo la estancia—. ¿Lo es este lugar?

—Tengo razones para creer que es seguro —dijo ella—. Tanto Hawat como yo lo inspeccionamos a fondo.

—Entonces montaré guardia en el exterior, mi Dama, hasta que hayamos inspeccionado toda la casa una vez más. —Se inclinó, tocó su gorra en un saludo a Paul, dio media vuelta y cerró la puerta tras él.

Paul rompió el repentino silencio.

—¿No sería mejor inspeccionar más tarde nosotros mismos la casa? Tus ojos podrían captar cosas que los demás hayan ignorado.

—Esta ala era el único lugar que yo no había examinado aún —dijo ella —. La había dejado para el final porque…

—Porque Hawat se había ocupado personalmente de ella —dijo Paul.

Ella le dirigió una rápida e interrogativa mirada.

—¿Acaso desconfías de Hawat? —preguntó.

—No, pero se está haciendo viejo… y está agobiado de trabajo. Deberíamos descargarlo de algunas de sus obligaciones.

—Esto lo avergonzaría y reduciría su eficacia —dijo ella—. Después de lo ocurrido, ni siquiera un insecto podrá insinuarse en esta ala sin que él lo sepa inmediatamente. Sentirá vergüenza de…

—Tenemos que tomar nuestras propias medidas —dijo Paul.

—Hawat ha servido a tres generaciones de Atreides con honor —dijo ella—. Merece todo el respeto y la confianza de nuestra parte… mucho respeto y mucha confianza, y por mucho tiempo.

—Cuando mi padre se enfada contigo por algo —dijo Paul—, exclama: *«¡Bene Gesserit!»* como si fuera una blasfemia.

—¿Y cuándo se enfada tu padre conmigo?

—Cuando discutes con él.

—Tú no eres tu padre, Paul.

Y Paul pensó: *Esto va a lastimarla, pero debo explicarle lo que me dijo la mujer Mapes acerca de un traidor entre nosotros.*

—¿Qué es lo que me estás ocultando? —preguntó Jessica—. Esto no es propio de ti, Paul.

Él se alzó de hombros, explicándole su conversación con Mapes.

Y Jessica pensó en el mensaje de la hoja. Tomó una repentina decisión, mostró la hoja a Paul, y le tradujo el mensaje.

—Mi padre debe conocer esto inmediatamente —dijo el muchacho—. Voy a radiografiarlo en clave y llevárselo.

—No —dijo ella—. Espera hasta que podamos estar a solas con él. Esto es algo que debe saber el menor número de personas posible.

—¿Quieres decir que no debemos confiar en nadie?

—Hay otra posibilidad —dijo ella—. El mensaje podría haber sido dejado para que lo descubriéramos. La gente que lo ha enviado puede estar convencida de que es cierto, pero es posible que su única finalidad sea la de impresionarnos.

La expresión de Paul se hizo terca y sombría.

—Para hacer que desconfiáramos y sospecháramos de nuestras propias filas, y así debilitarnos —dijo.

—Debes hablar privadamente de ello a tu padre, y ponerle en guardia sobre este aspecto de la cuestión —dijo Jessica.

—Comprendo.

Ella se volvió hacia la gran superficie de cristal filtrante, mirando hacia el sol de Arrakis que se ponía por el sudoeste… una esfera dorada hundiéndose entre las montañas.

Paul se volvió también hacia él, diciendo:

—De todos modos, no creo que sea Hawat. ¿Tal vez Yueh?

—No es ni un lugarteniente ni un compañero —dijo ella—. Y puedo asegurarte que odia a los Harkonnen tan profundamente como nosotros.

Paul dirigió su atención hacia las montañas, pensando: *Y no puede ser Gurney… o Duncan. ¿Quizá uno de los subtenientes? Imposible. Todos pertenecen a familias que nos son leales desde hace generaciones… por excelentes motivos.*

Jessica se pasó una mano por la frente, sintiendo su propia fatiga. *¡Hay tantos peligros aquí!* Miró hacia afuera, hacia el paisaje amarillo a través de los filtros, estudiándolo. Más allá de los terrenos ducales había una llanura que albergaba un depósito de mercancías, rodeado por una alta barrera: hileras de silos de especia protegidos por numerosas torretas de vigilancia erguidas sobre largos sustentadores que les daban el aspecto de enormes arañas al acecho. Podía ver al menos veinte recintos semejantes, repletos de silos, extendiéndose hasta casi los límites de la Muralla Escudo… silos tras silos, multiplicándose a todo lo ancho de la explanada.

Lentamente, el filtrado sol se hundió tras el horizonte. Las estrellas empezaron a brillar. Una de ellas, muy baja sobre el horizonte, destacada de las demás, parpadeaba con un claro, preciso ritmo: blink-blink-blink-blink-blink-blink…

Paul se movió a su lado, entre las sombras de la estancia.

Pero Jessica se concentró en aquella singular estrella luminosa, observando que estaba *demasiado* baja, que debía brillar en el mismo borde de la Muralla Escudo.

¡Alguien estaba haciendo señales!

Intentó descifrar el mensaje, pero era emitido en un código que desconocía.

Otras luces se encendieron en la llanura bajo las montañas: pequeñas luces amarillas esparcidas en la azul oscuridad. Y otra luz a su izquierda creció en intensidad y empezó a brillar, encendiéndose y apagándose rápidamente en dirección a las montañas… muy rápidamente: ¡destello largo, parpadeo, destello!

Y se extinguió.

La falsa estrella desapareció también inmediatamente.

Señales… Jessica se sintió invadida por una premonición.

¿Por qué están utilizando luces para hacer señales a lo largo de la llanura? , se preguntó. *¿Por qué no usan la red normal de comunicaciones?*

La respuesta era obvia: cualquier comunicación podía ser interceptada por los agentes del Duque Leto. Las señales luminosas significaban que aquellos mensajes habían sido intercambiados entre sus enemigos… entre agentes Harkonnen.

Llamaron a la puerta detrás de ellos, y oyeron la voz del hombre de Hawat.

—Todo está a punto, señor… mi Dama. Es tiempo de conducir al joven amo hasta su padre.

11

Se dice que el Duque Leto cerró los ojos ante los peligros de Arrakis, dejándose precipitar descuidadamente hacia el abismo. ¿Pero no sería más justo afirmar que había vivido tanto tiempo en estrecho contacto con los más graves peligros hasta el punto de no poder evaluar un cambio en su intensidad? ¿O no sería posible que se hubiera sacrificado deliberadamente a fin de asegurar a su hijo una vida mejor? Todas las evidencias señalan que el Duque no era hombre que se dejara engañar fácilmente.

De *Muad'Dib, Comentarios Familiares* , por la PRINCESA IRULAN

El Duque Leto Atreides estaba apoyado en un parapeto de la torre de control, al borde del campo de aterrizaje, en las afueras de Arrakeen. La primera luna nocturna, una brillante moneda plateada, colgaba alta sobre el horizonte sur. Bajo ella, los dentados bordes de la Muralla Escudo destellaban como hielo seco entre una bruma de polvo. A su izquierda, las luces de Arrakeen resplandecían a través de esta misma bruma: amarillas… blancas… azules.

Pensó en todos los avisos con su firma colocados en todos los lugares populosos del planeta: «Nuestro Sublime Emperador Padishah me ha encargado que tome posesión de este planeta y ponga fin a toda disputa».

El ritual formulismo del aviso le infundió una sensación de soledad. «¿Quién se dejará engañar por este pomposo legalismo? No los Fremen, ciertamente. Ni las Casas Menores que controlan el comercio de Arrakis… y que pertenecen todas ellas a los Harkonnen, hasta el último hombre».

¡Ellos han intentado arrebatar la vida de mi hijo!

Le era difícil dominar su rabia.

Distinguió las luces de un vehículo que venía de Arrakeen atravesando el campo. Esperó que fueran Paul y su escolta. El retraso comenzaba a inquietarlo, aunque sabía que era producido por las precauciones tomadas por el lugarteniente de Hawat.

¡Ellos han intentado arrebatar la vida de mi hijo!

Agitó su cabeza para rechazar su rabia, y miró nuevamente al campo, en cuyo borde cinco de sus fragatas se erguían como monolíticos centinelas.

Es mejor un prudente retraso que…

El lugarteniente era un buen elemento, se dijo a sí mismo. Un hombre digno de ser ascendido, completamente leal.

«Nuestro Sublime Emperador Padishah…».

Si la gente de aquella decadente ciudad de guarnición hubiera podido conocer la nota privada enviada por el Emperador a su «Noble Duque», y las despectivas alusiones a los velados hombres y mujeres: «… ¿pero qué otra cosa se puede esperar de unos bárbaros cuyo más anhelado deseo es vivir fuera de la ordenada seguridad de las faufreluches?».

El Duque sintió en aquel momento que su más anhelado deseo hubiera sido terminar de una vez por todas con las distinciones de clase y acabar con aquel mortal orden de cosas. Levantó los ojos del polvo y miró a las inmutables estrellas, pensando: *Alrededor de una de esas pequeñas lucecitas gira Caladan… pero ya nunca más volveré a ver mi hogar*. La nostalgia por Caladan despertó un repentino dolor en su pecho. Sintió que no nacía de él, sino que fluía del propio Caladan. No conseguía hacerse a la idea de que aquel polvoriento desierto de Arrakis era ahora su hogar, y dudaba que lo consiguiera alguna vez.

Debo ocultar mis sentimientos , pensó. *Por el bien del muchacho. Si alguna vez posee un hogar, será éste. Yo puedo pensar en Arrakis como en un infierno al cual he sido precipitado antes de morir, pero él debe inspirarse en este mundo. Debe encontrar algo en él.*

Una oleada de piedad hacia sí mismo, inmediatamente despreciada y rechazada, acudió a él, y por alguna razón acudieron a su memoria dos versos de un poema de Gurney Halleck que se complacía en repetir a menudo:

Mis pulmones respiran el aire del Tiempo

Que sopla entre las flotantes arenas…

Bien, Gurney encontraría enormes cantidades de arena flotando en aquel mundo, pensó el Duque. Las inmensas tierras centrales, más allá de aquellas montañas heladas como la luna, eran tierras desiertas… rocas desnudas, dunas y torbellinos de polvo, un territorio seco, salvaje e inexplorado, con núcleos de Fremen esparcidos por aquí y por allá, en sus bordes y quizá incluso en su interior. Si había alguien que podía garantizar un futuro a la estirpe de los Atreides, este alguien sólo podían ser los Fremen.

A condición de que los Harkonnen no hubieran conseguido contagiar incluso a los Fremen con sus venenosos planes.

¡Ellos han intentado arrebatar la vida de mi hijo!

Un ruido de metal resonó a todo lo largo de la torre, haciendo que el parapeto vibrara bajo sus brazos. Las pantallas de protección descendieron ante él, bloqueando su visión.

Está llegando una nave , pensó. *Es tiempo de descender y trabajar.* Se volvió hacia la escalera y bajó hasta la gran sala de reuniones, intentando recuperar su calma mientras descendía y componer su expresión para el inminente encuentro.

¡Ellos han intentado arrebatar la vida de mi hijo!

Los hombres venían excitadísimos, procedentes del campo, cuando él entraba en el gran domo amarillo que formaba la habitación. Llevaban sus sacos espaciales sobre sus hombros, cuchicheando y gritando como estudiantes al regreso de sus vacaciones.

—¡Hey! ¿Notas eso bajo tus botas? ¡Chico, es *gravedad* !

—¿Cuántas G hay aquí? Uno se nota pesado.

—Nueve décimas de una G, según el libro.

El entrecruzarse de las palabras formaba como una trama por toda la gran sala.

—¿Has echado una ojeada a este agujero mientras llegábamos? ¿Dónde están todas las chucherías que se suponía había por aquí?

—¡Los Harkonnen se las deben haber llevado todas!

—¡Para mí una buena ducha caliente y una cama blanda!

—¿Has oído al estúpido? Aquí no hay duchas. ¡Aquí uno se lava el culo con arena!

—¡Hey! ¡Callaos! ¡El Duque!

El Duque bajó el último peldaño y avanzó por la sala repentinamente silenciosa.

Gurney Halleck acudió a su encuentro a grandes pasos, a la cabeza del grupo, con el saco en un hombro, empuñando el baliset de nueve cuerdas con la otra mano. Tenía unas manos con dedos largos y pulgares gruesos, que sabían arrancar delicadas melodías del baliset.

El Duque observó a Halleck, admirando a aquel hombre tosco cuyos ojos brillaban como cristales con una salvaje decisión. Era un hombre que vivía fuera de las faufreluches, sin obedecer al menor de sus preceptos. ¿Cómo lo había llamado Paul? *Gurney, el valeroso* .

Los rubios cabellos de Halleck cubrían su cráneo a mechones. Su ancha boca tenía un constante rictus de satisfacción, y la cicatriz de estigma en su mandíbula se agitaba como animada por una vida propia. Su aire era casual, pero en él se adivinaba al hombre íntegro y capaz. Se acercó al Duque y se inclinó.

—Gurney —dijo Leto.

—Mi Señor —señaló con el baliset a los hombres que llenaban la sala—, estos son los últimos. Yo personalmente hubiera preferido llegar con las primeras olas, pero…

—Quedan todavía algunos Harkonnen para ti —dijo el Duque—. Ven conmigo, Gurney, tengo algo que decirte.

—Vos me mandáis, mi Señor.

Se retiraron a un rincón, no lejos de un distribuidor de agua a monedas, mientras los hombres iban de un lado a otro de la gran sala en todas direcciones. Halleck dejó caer su saco a un lado, pero no soltó el baliset.

—¿Cuántos hombres puedes proporcionarle a Hawat? —preguntó el Duque.

—¿Se encuentra Thufir con problemas, Señor?

—Sólo ha perdido dos agentes, pero los hombres que ha enviado como avanzadilla nos han proporcionado informes muy precisos acerca de los dispositivos Harkonnen en este planeta. Si nos movemos rápidamente conseguiremos una mayor seguridad, el respiro que necesitamos. Hawat necesita de cuantos hombres puedas proporcionarle… hombres que no duden en manejar el cuchillo si es necesario.

—Puedo proporcionarle trescientos de los mejores —dijo Halleck—. ¿Dónde debo enviárselos?

—A la puerta principal. Hawat tiene allí un agente esperándolos.

—¿Debo ocuparme de ello inmediatamente, Señor?

—Dentro de un momento. Tenemos otro problema. El comandante del campo bloqueará la partida del transbordador hasta el alba con algún pretexto. El gran crucero de la Cofradía que nos trajo hasta aquí se ha ido ya, y este transbordador tiene que entrar en contacto con un transporte que espera una carga de especia.

—¿Nuestra especia, mi Señor?

—Nuestra especia. Pero la nave llevará también a algunos de los cazadores de especia del antiguo régimen. Han optado por irse tras el

cambio de feudo, y el Árbitro del Cambio lo ha permitido. Son trabajadores valiosos, Gurney, cerca de ochocientos de ellos. Antes de que el transbordador parta, tenemos que persuadir a algunos para que se enrolen con nosotros.

—¿Hasta qué punto debemos presionar la persuasión, Señor?

—Quiero que cooperen voluntariamente, Gurney. Esos hombres tienen la experiencia y la habilidad que necesitamos. El hecho de que quieran irse sugiere que no forman parte de las maquinaciones de los Harkonnen. Hawat piensa que puede haber alguno de ellos infiltrado en el grupo, pero Hawat ve asesinos en cada sombra.

—En su tiempo, Thufir descubrió algunas sombras particularmente pobladas, mi Señor.

—Y hay algunas otras que no ha visto. Pero creo que implantar agentes invisibles en esa multitud que se marcha hubiera sido una prueba insólita de imaginación por parte de los Harkonnen.

—Es posible, Señor. ¿Dónde están esos hombres?

—Abajo, en el nivel inferior, en la sala de espera. Sugiero que desciendas y cantes primero una o dos canciones para ablandar sus mentes, y luego ejerzas un poco de presión. Puedes ofrecer puestos de mando a los más cualificados. Ofrece un veinte por ciento más de lo que recibían de los Harkonnen.

—¿Tan sólo eso, Señor? Conozco lo que pagaban los Harkonnen. Y con hombres que tienen la liquidación de sus pagas en el bolsillo y desean irse a otros horizontes… bien, Señor, un veinte por ciento no me parece un atractivo suficiente para inducirles a quedarse aquí.

—Entonces utiliza tu propia discreción en cada caso particular —dijo Leto impacientemente—. Pero recuerda que el tesoro no es un pozo sin fondo. Mantente dentro del veinte por ciento en la medida de lo posible. Necesitamos especialmente conductores de especia, meteorólogos, hombres de las dunas… cualquiera que tenga una probada experiencia con la arena.

—Comprendo, Señor. «Acudirán a la llamada de la violencia: sus rostros se ofrecerán al viento del este, y recogerán la cautividad de la arena».

—Una notable observación —dijo el Duque—. Confía el mando de tu grupo a un lugarteniente. Cuida de que todos reciban una lección acerca de la disciplina del agua, y haz que los hombres pasen esta noche en los barracones adjuntos al campo. El personal del campo les guiará. Y no olvides los hombres para Hawat.

—Trescientos de los mejores, Señor. —Tomó de nuevo su saco espacial —. ¿Dónde debo reportarme a vos, una vez cumplido mi trabajo?

—He hecho preparar una sala del consejo arriba. Tendremos una reunión allí. Quiero poner a punto un nuevo orden de dispersión planetaria, con las escuadras blindadas en primer término.

Halleck se detuvo bruscamente y se volvió, observando la mirada de Leto.

—¿Habéis anticipado *ese* tipo de dificultades, Señor? Creía que se había designado un Árbitro del Cambio.

—Un combate abierto y clandestino —dijo el Duque—. Se verterá mucha sangre aquí antes de que hayamos terminado.

—«Y el agua que bebáis del río se convertirá en sangre sobre la tierra seca» —recitó Halleck.

—Apresúrate, Gurney —suspiró el Duque.

—De
acuerdo, mi Señor —la violácea cicatriz se contrajo bajo su sonrisa—. «He aquí al asno salvaje del desierto precipitándose hacia su trabajo». —Se volvió, alcanzó a largos pasos el centro de la sala, hizo una pausa para transmitir sus órdenes, y se alejó luego apresuradamente entre los hombres.

Leto inclinó la cabeza mientras le contemplaba alejarse. Halleck era una sorpresa continua: una cabeza repleta de canciones, citas y frases floridas… y el corazón de un asesino cuando se trataba de algo referente a los Harkonnen.

Se dirigió sin apresurarse hacia el ascensor, atravesando la sala en diagonal, respondiendo a los saludos con un gesto casual de la mano. Reconoció a uno de los hombres del grupo de propaganda, y se detuvo para comunicarle un mensaje que sabía iba a ser difundido por varios canales: aquellos que habían traído a sus mujeres estarían ansiosos por saber que éstas estaban a seguro y dónde podrían hallarlas. Para los demás sería interesante saber que la población local contaba al parecer con más mujeres que hombres.

El Duque palmeó al hombre de propaganda en el brazo, una señal que indicaba que el mensaje tenía absoluta prioridad y que debía ser puesto inmediatamente en circulación, y continuó su camino a través de la sala. Respondió a los saludos de los hombres, intercambió una frase divertida con un subalterno.

El que manda debe parecer siempre confiado , pensó. *Esta confianza es un peso sobre mis espaldas, pero debo enfrentarme al peligro sin exteriorizarlo.*

Suspiró aliviado cuando se metió en el ascensor y se sintió rodeado por las superficies gélidas e impersonales de la cabina y la puerta.

¡Ellos han intentado arrebatar la vida de mi hijo!

12

A la entrada del campo de aterrizaje de Arrakeen, groseramente grabada, como si hubiera sido hecha con un instrumento rudimentario, se hallaba una inscripción que Muad'Dib se repetiría muy a menudo. La descubrió aquella noche en Arrakis, mientras se dirigía al puesto de mando ducal para asistir a la primera reunión del estado mayor. Las palabras de la inscripción eran una súplica a aquellos que abandonaban Arrakis, pero a los ojos de un muchacho que acababa de escapar a la muerte adquirían un significado mucho más tenebroso. Decía: «Oh tú que sabes lo que sufrimos aquí, no nos olvides en tus plegarias».

Del *Manual de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

—Toda la teoría del arte de la guerra reposa en el riesgo calculado —dijo el Duque—, pero cuando se llega a arriesgar a la propia familia, el elemento de *cálculo* se ve sumergido en… otra cosa.

Se daba cuenta de que no conseguía retener su furor tan completamente como hubiera deseado y, volviéndose, empezó a caminar a largas zancadas de un lado a otro.

El Duque y Paul estaban solos en la sala de conferencias del campo de aterrizaje. Era una sala llena de ecos, decorada únicamente con una larga mesa y varias sillas de tres patas de estilo antiguo, un mapa cartográfico y un proyector en un ángulo. Paul se había sentado a un lado de la mesa. Le había contado a su padre la experiencia con el cazador-buscador, y le había informado de la presencia de un traidor entre ellos.

El Duque se detuvo frente a Paul, golpeando la mesa con el puño.

—*¡Hawat me dijo que la casa era segura!*

—Yo también me puse furioso… al principio —dijo Paul, vacilante—. Y maldije a Hawat. Pero la amenaza venía del exterior de la casa. Era simple, hábil y directa. Y hubiera tenido éxito de no mediar el entrenamiento que me diste tú y tantos otros… incluyendo a Hawat.

—¿Le defiendes? —preguntó el Duque.

—Sí.

—Se está haciendo viejo. Sí, eso es. Debería…

—Es sabio y tiene mucha experiencia —dijo Paul—. ¿Cuántos errores de Hawat puedes recordar?

—Soy yo quien debería defenderlo, no tú —dijo el Duque.

Paul sonrió.

Leto se sentó a la cabecera de la mesa y puso su mano sobre el hombro de su hijo.

—Has… madurado últimamente, hijo. —Alzó su mano—. Esto me alegra. —Respondió a la sonrisa de su hijo—. Hawat se castigará a sí mismo. Se enfurecerá consigo mismo mucho más de lo que nosotros dos juntos podríamos enfurecernos contra él.

Paul alzó los ojos hacia las oscuras ventanas, más allá del mapa cartográfico, mirando a la noche. Fuera, las luces de la estancia se reflejaban en la balaustrada. Percibió un movimiento, reconoció la silueta de un guardia con el uniforme de los Atreides. Paul bajó los ojos hacia la pared blanca detrás de su padre, hacia la superficie brillante de la mesa, mirando sus manos cruzadas con los puños apretados.

La puerta opuesta al duque se abrió violentamente. Thufir Hawat apareció en el umbral, con un aspecto mucho más viejo y consumido que nunca. Recorrió la mesa a todo lo largo y se detuvo envaradamente frente a Leto.

—Mi Señor —dijo, mirando a un punto por encima de la cabeza de Leto —, acabo de enterarme de cómo os he fallado. Creo necesario presentaros mi re…

—Oh, siéntate y no hagas el idiota —dijo el Duque. Tendió la mano hacia una silla, al otro lado de Paul—. Si has cometido un error, ha sido *sobrestimando* a los Harkonnen. Sus mentes simples han concebido una trampa simple. Nosotros no habíamos previsto trampas simples. Y mi hijo ha tenido que hacerme ver que si ha salido de ella sano y salvo ha sido en gran parte gracias a tus lecciones. ¡Así que en eso no has fallado! —Tamborileó sobre la silla—. ¡Siéntate, te he dicho!

Hawat se hundió en la silla.

—Pero…

—No quiero oír hablar más de ello —dijo el Duque—. El incidente ya ha pasado. Tenemos cosas más importantes de que ocuparnos. ¿Dónde están los demás?

—Les he dicho que esperaran fuera mientras yo…

—Llámalos.

Hawat miró a Leto directamente a los ojos.

—Señor, yo…

—Conozco quienes son mis verdaderos amigos, Thufir —dijo el Duque—. Llama a esos hombres.

Hawat deglutió.

—Inmediatamente, mi Señor. —Se volvió en la silla y llamó hacia la puerta abierta—: Gurney, hazlos entrar.

Halleck entró en la estancia, precediendo a los demás: los oficiales de estado mayor, de aspecto tenso, seguidos por sus ayudantes más jóvenes y por los especialistas, con aire impaciente y decidido. El ruido del correr de las sillas llenó la sala por un instante, mientras los hombres ocupaban sus lugares. Un sutil y penetrante aroma de rachag se difundió a lo largo de la mesa.

—Hay café para quienes lo deseen —dijo el Duque.

Paseó la mirada por sus hombres, pensando: *Forman un buen equipo. Un hombre suele disponer de mucho peores elementos para este tipo de guerra.* Esperó, mientras el café era llevado de la habitación contigua y servido, notando el cansancio en algunos de los rostros.

Entonces se colocó su máscara de tranquila eficacia, se levantó, y llamó la atención con un golpe sobre la mesa.

—Bien, señores —dijo—, nuestra civilización parece tan profundamente acostumbrada a las invasiones que no podemos obedecer una simple orden del Imperio sin que surjan de nuevo las antiguas costumbres.

Risas discretas resonaron en torno a la mesa, y Paul se dio cuenta de que su padre había dicho la cosa correcta en el tono correcto para romper el hielo que flotaba en el ambiente. El mismo cansancio que se percibía en su voz tenía la precisa intensidad.

—Pienso que para empezar debemos escuchar a Thufir, que nos dirá si tiene algo que añadir a su informe sobre los Fremen —dijo el Duque—. ¿Thufir?

Hawat alzó los ojos.

—Hay algunas cuestiones económicas que habría que examinar como una continuación a mi informe general, Señor, pero puedo decir ya que los Fremen aparecen cada vez más como los aliados que necesitamos. Siguen aguardando aún para ver si pueden confiar en nosotros, pero parecen actuar abiertamente. Nos han enviado un regalo: destiltrajes que han confeccionado por sí mismos… mapas de algunas áreas del

desierto que circundan las fortalezas abandonadas por los Harkonnen… —bajó los ojos hacia la mesa—. Sus informaciones se han revelado exactas, y nos han ayudado considerablemente con nuestro Árbitro del Cambio. También nos han enviado otros regalos accidentales: joyas para Dama Jessica, licor de especia, dulces, medicinas. Mis hombres están procesándolo todo, pero no parece que haya ninguna trampa.

—¿Te gusta esa gente, Thufir? —preguntó un hombre en el extremo de la mesa.

Hawat se volvió hacia el que lo había interrogado.

—Duncan Idaho dice que merecen admiración.

Paul miró a su padre, luego a Hawat, antes de aventurar una pregunta:

—¿Existe alguna nueva información acerca del número de Fremen que hay en el planeta?

Hawat miró a Paul.

—De acuerdo con los alimentos producidos y otras evidencias, Idaho estima que el complejo subterráneo que visitó albergaba como mínimo a diez mil personas. Su jefe le dijo que mandaba un sietch de dos mil hogares. Tenemos razones para creer que las comunidades sietch son muy numerosas. Todas parecen obedecer a alguien llamado Liet.

—Esto es nuevo —dijo Leto.

—Podría ser un error por mi parte, Señor. Hay algunos indicios que hacen suponer que ese Liet sea una divinidad local.

Otro hombre, al extremo de la mesa, carraspeó y preguntó:

—¿Es cierto que tienen tratos con los contrabandistas?

—Una caravana de contrabandistas abandonó el sietch donde se hallaba Idaho con un pesado cargamento de especia. Usaban bestias de carga y parece que iban a emprender un viaje de dieciocho días.

—Parece —dijo el Duque— que los contrabandistas han redoblado sus operaciones durante este período de desórdenes. Y esto lleva a una reflexión. No conviene ocuparse mucho de las fragatas sin licencia que operan a lo largo del planeta… siempre lo han hecho. Pero hay algunas que escapan por completo a nuestra observación… y esto no es bueno.

—¿Tenéis un plan, Señor? —preguntó Hawat.

El Duque miró a Halleck.

—Gurney, deseo que tomes el mando de una delegación, una embajada si prefieres llamarla así, para contactar a esos románticos hombres de negocios. Diles que ignoraré sus operaciones durante tanto tiempo como me entreguen el diezmo ducal. Hawat ha calculado que los mercenarios que han debido contratar para poder seguir sus operaciones les cuestan cuatro veces esa suma.

—¿Y si el Emperador llega a saber esto? —preguntó Halleck—. Es muy celoso de sus beneficios de la CHOAM, mi Señor.

Leto sonrió.

—Oficialmente pondremos íntegramente este diezmo a nombre de Shaddam IV, y lo deduciremos legalmente de la suma que nos cuestan nuestras fuerzas de apoyo. ¡Dejemos que los Harkonnen respondan a esto! Así conseguiremos arruinar a algunos de los que se han enriquecido con el sistema Harkonnen de tributos. ¡No más ilegalidad!

Una retorcida sonrisa asomó al rostro de Halleck.

—Ah, mi Señor, un hermoso golpe bajo. Me gustaría ver la cara del Barón cuando lo sepa.

El Duque se volvió hacia Hawat.

—Thufir, ¿tienes esos libros de cuentas que me dijiste podías comprar?

—Sí, mi Señor. Los estamos examinando detalladamente. Pero ya les he dado una ojeada, y puedo daros una primera aproximación.

—Adelante pues.

—Los Harkonnen realizan un beneficio de diez mil millones de solaris cada trescientos treinta días estándar.

Se alzaron sofocadas exclamaciones alrededor de toda la mesa. Incluso los ayudantes más jóvenes, que hasta aquel momento se habían mostrado vagamente aburridos, se irguieron intercambiando estupefactas miradas.

—«Puesto que chuparán la abundancia de los mares y los tesoros escondidos en la arena» —murmuró Halleck.

—Así pues, señores —dijo Leto—, ¿hay alguno entre ustedes que sea tan ingenuo como para creer que los Harkonnen han hecho su equipaje y se han ido simplemente porque el Emperador se lo ha ordenado?

Todas las cabezas se inclinaron en un murmullo general de asentimiento.

—Tendremos que ganar este planeta con la punta de la espada —dijo Leto. Se volvió hacia Hawat—. Este es el momento preciso para hablar del equipamiento. ¿Cuántos tractores de arena, recolectores, factorías de especia y material de equipo nos han dejado?

—La totalidad, como está registrado en el inventario Imperial presentado al Árbitro del Cambio, mi Señor —dijo Hawat. Hizo un gesto, y uno de sus ayudantes más jóvenes le pasó un dossier que abrió sobre la mesa, ante él—. Se han olvidado de precisar que menos de la mitad de los tractores de arena están en condiciones de funcionar, y que tan sólo un tercio disponen de alas de acarreo para ser llevados hasta las arenas de especia… todo lo que nos han dejado los Harkonnen está a punto de desmoronarse y deshacerse en piezas. Podremos llamarnos afortunados si conseguimos que la mitad del equipo funcione, y muy afortunados si una cuarta parte de esta mitad sigue funcionando aún dentro de seis meses.

—Exactamente lo que esperábamos —dijo Leto—. ¿Cuál es la estimación definitiva acerca del equipamiento de base?

Hawat consultó su dossier.

—Alrededor de novecientas factorías recolectoras podrán ser enviadas dentro de pocos días. Alrededor de seis mil doscientos cincuenta ornitópteros para vigilar, explorar y observar… alas de acarreo, un poco menos de mil.

—¿No sería más económico volver a abrir las negociaciones con la Cofradía y obtener el permiso para instalar una fragata en órbita que hiciera las veces de satélite meteorológico? —dijo Halleck.

El Duque miró a Hawat.

—¿Nada nuevo por este lado, Thufir?

—Por ahora debemos buscar otras soluciones —dijo Hawat—. El agente de la Cofradía no tenía intención de negociar con nosotros. Simplemente puso en claro, de Mentat a Mentat, que el precio estaría siempre por encima de nuestras posibilidades fuera cual fuese la cifra que estuviéramos dispuestos a desembolsar. Nuestra tarea ahora es descubrir el porqué antes de intentar un nuevo acercamiento.

Uno de los ayudantes de Halleck, al extremo de la mesa, se removió en su silla y exclamó bruscamente:

—¡Esto es injusto!

—¿Injusto? —el Duque miró al hombre—. ¿Quién habla de justicia? Estamos aquí para hacer nuestra propia justicia. Y lo conseguiremos en

Arrakis… vivos o muertos. ¿Lamentáis haberos ligado a nuestra suerte, señor?

El hombre miró a la vez al Duque y dijo:

—No, Señor —respondió—. Vos no podéis dar la espalda a la mayor fuente de riqueza planetaria de todo nuestro universo… y yo no puedo hacer más que seguiros. Perdonad mi intervención, pero… —se alzó de hombros—… a veces todos nos sentimos un poco amargados.

—Comprendo esta amargura —dijo el Duque—. Pero no nos lamentemos por la falta de justicia mientras tengamos brazos y seamos libres para usarlos. ¿Hay alguien más entre ustedes que se sienta amargado? Si es así, que lo diga. Este es un consejo de amigos, donde cada cual puede expresar lo que piensa.

Halleck se agitó.

—Creo que lo más irritante, Señor, es la falta de voluntarios de las demás Grandes Casas. Se dirigen a vos como «Leto el Justo» y os prometen amistad eterna… porque no cuesta nada a nadie.

—Ignoran todavía quién saldrá vencedor de este cambio —dijo el Duque —. La mayor parte de las Casas se han enriquecido asumiendo un mínimo de riesgos. Uno no puede realmente culparlas por ello; tan sólo puede despreciarlas. —Miró a Hawat—. Estábamos discutiendo el equipamiento. ¿Podrás proyectar algunos ejemplos para familiarizar a los hombres con esta maquinaria?

Hawat asintió, haciendo un gesto a un ayudante que estaba al lado del proyector.

Una imagen sólida en tres dimensiones apareció sobre la superficie de la mesa, aproximadamente a un tercio de distancia del Duque. Algunos de los hombres sentados al otro extremo de la mesa se levantaron para ver mejor.

Paul se inclinó hacia adelante, observando atentamente la máquina.

Según la escala con respecto a las figuras humanas proyectadas junto a ella, tendría unos ciento veinte metros de largo por cuarenta de ancho. Básicamente era un largo cuerpo central en forma de insecto, que se movía por medio de varias secciones independientes de orugas.

—Es una factoría recolectora —dijo Hawat—. Hemos elegido una bien reparada para esta proyección. Es un tipo de máquina que llegó aquí con el primer equipo de ecólogos Imperiales, y que aún sigue en funcionamiento… aunque no comprendo cómo… ni por qué.

—Se trata de la que llaman «Vieja María», y es buena para un museo — dijo uno de los ayudantes—. Creo que los Harkonnen la utilizaban como

castigo, una amenaza que mantenían sobre la cabeza de sus trabajadores. Portaos bien, o seréis asignados a la Vieja María.

Sonaron risas alrededor de la mesa.

Paul se mantuvo apartado de aquella muestra de humor, con su atención centrada en la proyección y las preguntas que desfilaban por su mente. Señaló la imagen sobre la mesa y dijo:

—Thufir, ¿hay gusanos de arena bastante grandes como para tragarse todo esto?

Un repentino silencio cayó sobre la mesa. El Duque maldijo por lo bajo, y después pensó: *No… tienen que afrontar la realidad.*

—Hay en el desierto profundo gusanos que podrían tragarse de un solo bocado toda esta factoría —dijo Hawat—. Incluso aquí, en las inmediaciones de la Muralla Escudo, donde se extrae la mayor parte de la especia, existen gusanos que podrían triturar esta factoría y devorarla en sus ratos libres.

—¿Por qué no las rodeamos con escudos? —preguntó Paul.

—Según el informe de Idaho —dijo Hawat—, los escudos son peligrosos en el desierto. Incluso un simple escudo corporal bastaría para atraer a todos los gusanos existentes en centenares de metros a la redonda. Parece ser que los escudos crean en ellos una especie de furia homicida. No tenemos al respecto ninguna razón para dudar de la palabra de los Fremen. Idaho no ha visto ninguna evidencia de equipamiento de escudos en el sietch.

—¿Realmente ninguna? —preguntó Paul.

—Sería más bien difícil esconder ese tipo de material entre un millar de personas —dijo Hawat—. Idaho tenía libre acceso a cualquier parte del sietch. No vio ningún escudo ni la menor señal de su uso.

—Esto es un rompecabezas —dijo el Duque.

—Los Harkonnen, en cambio, utilizaron ciertamente una gran cantidad de escudos aquí —dijo Hawat—. Hay depósitos de reparaciones en todos los poblados de guarnición, y su contabilidad señala fuertes partidas de gasto destinadas a piezas de repuesto para los escudos.

—¿Es posible que los Fremen posean un medio de neutralizar los escudos? —preguntó Paul.

—Parece improbable —dijo Hawat—. Teóricamente es posible, desde luego… una contracarga estática podría supuestamente cortocircuitar

un escudo, pero nadie ha sido nunca capaz de hacer realidad tal dispositivo.

—Hubiéramos oído hablar de él —dijo Halleck—. Los contrabandistas han estado siempre en contacto con los Fremen, y hubieran comprado una panacea así si estuviera disponible. Y no hubieran vacilado en traficar con ella fuera del planeta.

—No me gusta que cuestiones de esta importancia queden sin respuesta —dijo Leto—. Thufir, quiero que dediques prioridad absoluta a la resolución de este problema.

—Estamos trabajando ya en él, mi Señor. —Hawat carraspeó—. Ah, Idaho dijo algo interesante: dijo que uno no podía engañarse sobre la actitud de los Fremen con respecto a los escudos. Dijo que parecían más bien divertidos con ellos.

El Duque frunció las cejas.

—El objeto de esta discusión es el equipamiento para la especia —dijo.

Hawat le hizo un gesto al hombre del proyector.

La imagen sólida de la factoría recolectora fue reemplazada por la proyección de un aparato alado que convertía en minúsculas las imágenes de figuras humanas a su alrededor.

—Esto es un ala de acarreo —dijo Hawat—. Es esencialmente un gran tóptero, cuya única función es transportar una factoría a las arenas ricas en especia, y rescatarla cuando aparece un gusano de arena. Siempre aparece alguno. La recolección de la especia es un proceso de salir corriendo, recolectar corriendo, y regresar corriendo lo antes posible.

—Admirablemente adecuado a la moral de los Harkonnen —dijo el Duque.

Las risas estallaron bruscamente y demasiado fuertes.

Un ornitóptero sustituyó al ala de acarreo en el foco de proyección.

—Esos tópteros son bastante convencionales —dijo Hawat—. Sus mayores modificaciones estriban en un radio de acción muy ampliado. Blindajes especiales permiten sellar herméticamente las partes esenciales contra la arena y el polvo. Tan sólo uno de cada treinta está protegido por un escudo… probablemente el peso del generador del escudo ha sido eliminado para ampliar el radio de acción.

—No me gusta esto de quitarle importancia a los escudos —murmuró el Duque. Y pensó: *¿Es este el secreto de los Harkonnen? ¿Significa quizá que ni siquiera podremos huir en nuestras fragatas equipadas con*

escudos si todo se vuelve contra nosotros? Agitó violentamente su cabeza para alejar aquellos pensamientos y añadió—: Pasemos a la estimación del rendimiento. ¿Cuál debería ser nuestro beneficio?

Hawat volvió dos páginas en su bloc de notas.

—Después de haber evaluado el estado del equipo y el coste de las reparaciones para hacerlo operable, hemos obtenido una primera estimación sobre los costes de explotación. Naturalmente hemos hecho un cálculo por encima de las posibilidades reales a fin de dejar un margen de seguridad. —Cerró los ojos en un semitrance Mentat—. Bajo los Harkonnen, el mantenimiento y los salarios ascendían a un catorce por ciento. Podremos considerarnos afortunados si conseguimos limitarlos, en los primeros tiempos, a un treinta por ciento. Con las reinversiones y los factores de desarrollo, incluyendo el porcentaje de la CHOAM y los costes militares, nuestro margen de beneficio se reducirá a un exiguo seis o siete por ciento, hasta que hayamos reemplazado todo el equipo fuera de uso. Entonces deberemos estar en situación de elevarlo hasta un doce o un quince por ciento, que es lo normal. —Abrió los ojos—. A menos que mi Señor quiera adoptar los métodos de los Harkonnen.

—Estamos trabajando para establecer una base planetaria sólida y permanente —dijo el Duque—. Debemos hacer que una gran parte de la población sea feliz… especialmente los Fremen.

—Muy especialmente los Fremen —asintió Hawat.

—Nuestra supremacía en Caladan —dijo el Duque— dependía de nuestro poder en el mar y en el aire. Aquí, debemos desarrollar algo que yo llamo el poder del *desierto* . Esto puede incluir el poder en el aire, aunque es probable que no sea así. Quiero llamar su atención sobre la falta de escudos en los tópteros —agitó la cabeza—. Los Harkonnen contaban con una permanente rotación del personal proveniente de otros planetas para algunos de sus puestos clave. Nosotros no podemos permitírnoslo. Cada nuevo grupo de recién llegados tendrá su cuota de provocadores.

—Entonces deberemos contentarnos con menores beneficios y recolecciones más reducidas —dijo Hawat—. Nuestra producción durante las primeras dos estaciones deberá ser inferior en un tercio con respecto a la de los Harkonnen.

—Exactamente como habíamos previsto —dijo el Duque—. Debemos apresurarnos con los Fremen. Querría disponer de cinco batallones de tropas Fremen antes de nuestra primera revisión de cuentas de la CHOAM.

—No es mucho tiempo, Señor —dijo Hawat.

—No tenemos mucho tiempo, como bien sabes. A la primera ocasión estarán aquí con los Sardaukar disfrazados de Harkonnen. ¿Cuántos crees que desembarcarán, Thufir?

—Cuatro o cinco batallones en total, Señor. No más, el transporte de tropas de la Cofradía cuesta caro.

—Entonces, cinco batallones de Fremen más nuestras propias fuerzas serán suficientes. Esperen tan sólo a que llevemos algunos prisioneros Sardaukar ante el Consejo del Landsraad y veremos si no cambian las cosas… con o sin beneficios.

—Haremos lo mejor que podamos, Señor.

Paul miró a su padre, luego a Hawat, consciente repentinamente de la avanzada edad del Mentat y del hecho de que el anciano había servido a tres generaciones de Atreides. *Viejo.* Podía leerse esto en el apagado brillo de sus ojos castaños, en sus mejillas llenas de surcos y quemadas por exóticos climas, en la redonda curva de los ojos, en la fina línea de los resecos labios coloreados por el agrio jugo de safo.

Demasiadas cosas dependen de un solo hombre viejo , pensó Paul.

—Estamos sumergidos en una guerra de asesinos —dijo el Duque—, pero aún no ha alcanzado toda su amplitud. Thufir, ¿en qué condiciones estamos ahora frente al mecanismo Harkonnen?

—Hemos eliminado doscientos cincuenta y nueve de sus hombres clave, mi Señor. No quedan más de tres células Harkonnen… quizá un centenar de personas en total.

—Esas criaturas Harkonnen que has eliminado —dijo el Duque—, ¿pertenecían a la clase de los muy ricos?

—La mayor parte estaban bien situados, mi Señor… en la clase de los capitalistas.

—Quiero que falsifiques certificados de lealtad con la firma de cada uno de ellos —dijo el Duque—. Envía copias al Árbitro del Cambio. Sostendremos legalmente la posición de que estos hombres permanecían aquí bajo falsa lealtad. Confiscaremos sus propiedades, se lo quitaremos todo, echaremos a sus familias, los desposeeremos absolutamente. Y asegúrate de que la Corona recibe su diez por ciento. Todo debe ser completamente legal.

Thufir sonrió, revelando manchas rojizas bajo los labios color carmín.

—Una maniobra digna de un gran señor, mi Duque. Me avergüenzo de no haberla pensado antes.

Halleck frunció el ceño al otro lado de la mesa, sorprendiendo otra expresión igualmente ceñuda en el rostro de Paul. Los demás sonreían y asentían.

Es un error , pensó Paul. *Lo único que conseguirá será hacer combatir a los demás con mayor dureza. Verán que no van a ganar nada rindiéndose.*

Conocía la actual convención del kanly de no conocer ninguna regla, pero aquel era el tipo de actuación que podía destruirlos al mismo tiempo que les concedía la victoria.

—«Yo era un extranjero en tierra extraña» —recitó Halleck.

Paul lo miró, reconociendo la cita de la Biblia Católica Naranja y preguntándose: *¿Acaso también Gurney desea poner fin a esas retorcidas intrigas?*

El Duque miró hacia la oscuridad al otro lado de las ventanas, y luego bajó los ojos hasta Halleck.

—Gurney, ¿cuántos de esos trabajadores de la arena has conseguido persuadir para que se queden con nosotros?

—Doscientos ochenta y seis en total, Señor. Creo que debemos aceptarlos y considerarnos dichosos por ello. Pertenecen a las categorías más útiles.

—¿Tan pocos? —el Duque se mordió los labios—. Bien, haz decir a todos…

Un ruido al otro lado de la puerta lo interrumpió. Duncan Idaho entró abriéndose camino entre los guardias, se precipitó a lo largo de la mesa y dijo algo al oído del Duque.

Leto le interrumpió con un gesto.

—Habla en voz alta, Duncan. Puedes ver que es una reunión estratégica del estado mayor.

Paul estudió a Idaho, notando sus movimientos felinos, aquella rapidez de reflejos que hacían de él un maestro de armas difícil de emular. El bronceado rostro de Idaho se volvió en aquel momento hacia Paul, con sus ojos habituados a la oscuridad de las profundidades de las cavernas sin dar muestras de haberle visto, pero Paul reconoció aquella máscara de serenidad por encima de la excitación.

Idaho recorrió con la mirada todo lo largo de la mesa y dijo:

—Hemos sorprendido una fuerza de mercenarios Harkonnen disfrazados como Fremen. Han sido los propios Fremen quienes nos han enviado un correo para advertirnos de este engaño. En el ataque, sin embargo, hemos descubierto que los Harkonnen le habían tendido una trampa al correo Fremen, hiriéndolo gravemente. Lo transportamos hacia aquí para que fuera curado por nuestros médicos, pero ha muerto por el camino. Cuando me he dado cuenta de lo mal que estaba me he detenido para intentar salvarlo. Lo he sorprendido mientras intentaba desembarazarse de algo. —Idaho miró fijamente a Leto—. Un cuchillo, mi Señor, un cuchillo como nunca habéis visto otro.

—¿Un crys? —preguntó alguien.

—Sin la menor duda —dijo Idaho—. De color blanco lechoso y con un brillo propio. —Hundió la mano en su túnica y extrajo una funda de la cual surgía una empuñadura estriada en negro.

—¡Guarda esa hoja en su funda!

La voz procedía de la abierta puerta al fondo de la estancia, una voz vibrante y penetrante que le hizo volverse con un sobresalto.

Una alta y embozada figura estaba de pie en el umbral, tras las cruzadas espadas de los guardias. Sus ligeras ropas eran de color de bronce, y envolvían completamente al hombre excepto una abertura en la capucha, velada de negro, que descubría dos ojos completamente azules… sin el menor blanco en ellos.

—Dejadle entrar —murmuró Idaho.

Los guardias vacilaron, luego bajaron sus espadas.

El hombre avanzó a través de la estancia y se detuvo frente al Duque.

—Stilgar, jefe del sietch que he visitado, líder de los que nos han advertido del engaño —dijo Idaho.

—Bienvenido, señor —dijo Leto—. ¿Por qué no debemos sacar este cuchillo de su funda?

La mirada de Stilgar estaba fija en Idaho.

—Tú has observado, entre nosotros, las costumbres de la honestidad y la pureza —dijo—. Te permitiré ver la hoja del hombre al cual has mostrado tu amistad —sus azules ojos recorrieron a todos los demás reunidos en la habitación—. Pero no conozco a estos otros. ¿Les permitirás mancillar un arma honorable?

—Soy el Duque Leto —dijo el Duque—. ¿Me permitirás ver el arma?

—Os autorizo a ganar el derecho a extraerla de su funda —dijo Stilgar y, al elevarse un murmullo de protestas alrededor de la mesa, levantó una delgada mano cruzada por venas oscuras—. Os recuerdo que esta hoja pertenecía a alguien que os había brindado su amistad.

En el silencio que siguió, Paul estudió al hombre, sintiendo el aura de poder que irradiaba de él. Era un líder… un líder *Fremen* .

El hombre que estaba cerca del centro de la mesa, al otro lado frente a Paul, murmuró:

—¿Quién es él para decirnos cuáles son los derechos que tenemos sobre Arrakis?

—Se dice que el Duque Leto gobierna con el consenso de sus gobernados —dijo el Fremen—. Así que debo explicaros cual es para nosotros la situación: una cierta responsabilidad recae sobre aquellos que han visto un crys. —Miró sombríamente a Idaho—. Son nuestros. No pueden abandonar Arrakis sin nuestro consentimiento.

Halleck y algunos otros hicieron gesto de alzarse, con expresiones airadas en sus rostros. Halleck dijo:

—Es el Duque Leto quien determina…

—Un momento, por favor —dijo Leto, y la suavidad de su voz lo retuvo. *La situación no debe escapárseme de la mano* , pensó. Se volvió hacia el Fremen—. Señor, hago honor y respeto la dignidad personal de cualquier hombre que respete mi dignidad. Tengo una deuda con vos. Y yo pago *siempre* mis deudas. Si es vuestra costumbre que este cuchillo permanezca enfundado aquí, entonces soy yo quien ordena que así sea. Y si hay otro medio de honrar al hombre que ha muerto a nuestro servicio, no tenéis más que nombrarlo.

El Fremen miró al duque y después, lentamente, apartó su velo, revelando una delgada nariz, una boca de gruesos labios y una barba de un negro brillante. Deliberadamente se inclinó sobre la pulida superficie de la mesa y escupió en ella.

—¡Quietos! —gritó Idaho, en el mismo momento en que todos se levantaban de un salto; y, en el tenso silencio que siguió, dijo—: Te agradecemos, Stilgar, el presente que nos haces de la humedad de tu cuerpo. Y lo aceptamos con el mismo espíritu con que ha sido ofrecido —e Idaho escupió en la mesa, ante el Duque. Mirando a este, añadió—: Recordad hasta qué punto es preciosa aquí el agua, Señor. Esta es una prueba de respeto.

Leto se relajó en su silla y sorprendió la mirada de Paul, la amarga sonrisa en el rostro de su hijo, sintiendo cómo se relajaba la tensión alrededor de la mesa a medida que sus hombres iban comprendiendo.

El Fremen miró a Idaho y dijo:

—Te has conducido muy bien en mi sietch, Duncan Idaho. ¿Hay acaso un lazo de lealtad entre ti y el Duque?

—Me pide que me ponga a su servicio, Señor —dijo Idaho.

—¿Aceptaría él una doble lealtad? —preguntó Leto.

—¿Deseáis que vaya con él, Señor?

—Deseo que seas tú quien tomes tu decisión al respecto —dijo Leto. Y no consiguió disimular la tensión en su voz.

Idaho estudió al Fremen.

—¿Me aceptarías en estas condiciones, Stilgar? Habrá ocasiones en que tendré que regresar para servir al Duque.

—Has combatido bien, y has hecho todo lo que has podido por nuestro amigo —dijo Stilgar. Miró a Leto—. Que sea así: el hombre Idaho conservará el crys como signo de su lealtad hacia nosotros. Deberá ser purificado, por supuesto, y los ritos tendrán que ser observados, pero esto puede ser hecho. Será al mismo tiempo Fremen y soldado de los Atreides. Hay un precedente para esto: Liet sirve a dos amos.

—¿Duncan? —preguntó Leto.

—Comprendo, señor —dijo Idaho.

—Así pues, estamos de acuerdo —dijo Leto.

—Tu agua es nuestra, Duncan Idaho —dijo Stilgar—. El cuerpo de nuestro amigo sigue con el Duque. Que su agua sea el agua de los Atreides. Este es un lazo entre nosotros.

Leto suspiró; miró a Hawat, escrutando los ojos del viejo Mentat. Hawat asintió con expresión satisfecha.

—Esperaré abajo —dijo Stilgar— mientras Idaho dice adiós a sus amigos. Turok era el nombre de nuestro amigo muerto. Recordadlo cuando llegue el momento de liberar su espíritu. Sois amigos de Turok —se volvió para marcharse.

—¿No queréis quedaros un poco? —preguntó Leto.

El Fremen lo miró, colocó su velo en su lugar con un gesto casual, y ajustó algo bajo él. Paul entrevió como un delgado tubo antes de que el velo ocupara su lugar.

—¿Hay alguna razón para que me quede? —preguntó el Fremen.

—Nos sentiríamos honrados —dijo el duque.

—El honor exige que yo esté en otro lugar dentro de poco —dijo el Fremen. Miró de nuevo a Idaho, se volvió y salió a grandes pasos, franqueando la guardia de la puerta.

—Si los otros Fremen son como él, haremos grandes cosas juntos —dijo el Duque.

—Es una simple muestra, Señor —dijo Idaho con voz seca.

—¿Has comprendido lo que debes hacer, Duncan?

—Seré vuestro embajador cerca de los Fremen, Señor.

—Dependerá mucho de ti, Duncan. Vamos a necesitar no menos de cinco batallones de esa gente antes de la llegada de los Sardaukar.

—Esto requerirá un cierto trabajo, Señor. Los Fremen son más bien independientes. —Idaho vaciló antes de proseguir—: Y, Señor, hay otra cosa. Uno de los mercenarios que hemos abatido intentaba arrebatarle esta hoja a nuestro amigo Fremen muerto. El mercenario dijo que los Harkonnen ofrecen un millón de solaris al primer hombre que les entregue aunque sea un solo crys.

Leto se irguió, en un movimiento de obvia sorpresa.

—¿Por qué desearán hasta tal punto una de estas hojas?

—El cuchillo es un diente de gusano de arena. Es el emblema de los Fremen, Señor. Con él, un hombre de ojos azules podría penetrar en cualquier sietch. Yo sería detenido y duramente interrogado si no fuera conocido. Yo no parezco Fremen. Pero…

—Piter de Vries —dijo el Duque.

—Un hombre de diabólica astucia, mi Señor —dijo Hawat.

Idaho deslizó el arma dentro de su funda bajo su túnica.

—Guarda este cuchillo —dijo el Duque.

—Comprendo, mi Señor. —Palmeó el transmisor incrustado en su cinturón—. Informaré tan pronto como sea posible. Thufir posee mi código de llamada. Usad el lenguaje de batalla. —Saludó, giró en redondo y se apresuró tras el Fremen.

Sus pasos resonaron a lo largo del corredor.

Una mirada de entendimiento se cruzó entre Leto y Hawat. Sonrieron.

—Tenemos mucho que hacer, Señor —dijo Halleck.

—Y yo os distraigo de vuestras tareas —dijo Leto.

—Tengo los informes de las bases de avanzada —dijo Hawat—. ¿Deseáis escucharlos en otra ocasión, Señor?

—¿Son largos?

—No, si os hago un resumen. Entre los Fremen se dice que hay más de doscientas de esas bases de avanzada, construidas en Arrakis durante el período en que el planeta era una Estación Experimental de Botánica del Desierto. Parece que todas están desiertas, pero hay informes de que fueron selladas antes de ser abandonadas.

—¿Hay equipo en ellas? —preguntó el Duque.

—Sí, según los informes que poseo de Duncan.

—¿Dónde están situadas? —preguntó Halleck.

—La respuesta a esta pregunta —dijo Hawat— es invariable: Liet lo sabe.

—Dios lo sabe —murmuró Leto.

—Quizá no, Señor —dijo Hawat—. Habéis oído a Stilgar usar el nombre. ¿No podría tratarse de una persona real?

—Servir a dos amos —dijo Halleck—. Esto suena como una cita religiosa.

—Y tú deberías conocerla —dijo el Duque.

Halleck sonrió.

—Ese Árbitro del Cambio —dijo Leto—, el ecólogo Imperial, Kynes… ¿no tendría que saber dónde se encuentran esas bases?

—Señor —le puso en guardia Hawat—, ese Kynes está al servicio del Emperador.

—Y hay un largo camino hasta el Emperador —dijo Leto—. Quiero esas bases. Deben estar llenas de materiales que podemos recuperar y utilizar para reparar nuestro equipo de trabajo.

—¡Señor! —dijo Hawat—. ¡Esas bases son legalmente un feudo de Su Majestad!

—El clima es aquí lo bastante duro como para destruir cualquier cosa —dijo el Duque—. Podemos echarle la culpa al clima. Buscad a ese Kynes e intentad al menos saber si esas bases existen realmente.

—Podría ser peligroso preguntar eso —dijo Hawat—. Duncan ha sido explícito en una cosa: esas bases, o la idea que representan, tienen un profundo significado para los Fremen. Podríamos ofender a los Fremen si nos apoderamos de ellas.

Paul observó los rostros de los hombres alrededor de la mesa, notando la intensidad con que escuchaban las palabras que se pronunciaban. Parecían profundamente turbados por la actitud de su padre.

—Escúchale, padre —dijo Paul en voz muy baja—. Dice la verdad.

—Señor —dijo Hawat—, esas bases pueden proporcionarnos el material necesario para reparar el equipo que nos ha sido dejado, pero tal vez estén fuera de nuestro alcance por razones estratégicas. Sería arriesgado movernos sin tener mayor información. Ese Kynes arbitra la autoridad del Imperio. No debemos olvidarlo. Y los Fremen le obedecen.

—Usad entonces la prudencia —dijo el Duque—. Sólo quiero saber si esas bases existen.

—Como deseéis, Señor —Hawat volvió a sentarse e inclinó la mirada.

—Muy bien, entonces —dijo el Duque—. Todos sabemos lo que nos espera: trabajo. Estamos preparados para él. Tenemos una cierta experiencia al respecto. Sabemos cuáles son las recompensas, y las alternativas están suficientemente clarificadas. Cada cual tiene asignadas sus misiones —miró a Halleck—. Gurney, ocúpate ante todo de la cuestión de los contrabandistas.

—«Marcharé con los rebeldes que ocupan las tierras áridas» —entonó Halleck.

—Algún día sorprenderé a este hombre sin la menor cita, y será como si estuviera totalmente desnudo —dijo el Duque.

Sonaron risas alrededor de la mesa, pero Paul las notó forzadas.

Su padre se volvió hacia Hawat.

—Establece otro puesto de mando para las comunicaciones y las informaciones en esta misma planta, Thufir. Cuando todo esté preparado, quiero verte.

Hawat se alzó, mirando a su alrededor por toda la estancia como si buscara un apoyo. Después se volvió y se dirigió hacia la salida. Los otros se alzaron apresuradamente, con gran ruido de correr de sillas, y le siguieron con cierta confusión.

Todo termina en la confusión , pensó Paul, mirando a los últimos hombres que salían. Antes, las reuniones terminaban siempre en una atmósfera de decisión. Aquella reunión parecía haberse derrumbado, gastada por sus propias insuficiencias y por falta de un acuerdo.

Por primera vez, Paul se permitió pensar en la posibilidad de un fracaso… no porque tuviera miedo a causa de las advertencias de la Reverenda Madre, sino porque había evaluado personalmente la situación.

Mi padre está desesperado , se dijo. *Las cosas no marchan demasiado bien para nosotros.*

Y Hawat. Recordó la actitud del viejo Mentat durante la conferencia: sutiles excitaciones, signos de inquietud. Hawat estaba profundamente preocupado por algo.

—Será mejor que te quedes aquí por esta noche, hijo —dijo el Duque—. De todos modos, falta poco para que amanezca. Avisaré a tu madre. —Se puso lentamente en pie, rígido—. ¿Por qué no juntas algunas de esas sillas y te echas para descansar un poco?

—No estoy muy cansado, señor.

—Como quieras.

El Duque cruzó las manos a su espalda y comenzó a pasear arriba y abajo a lo largo de la mesa.

Como un animal enjaulado , pensó Paul.

—¿Discutirás con Hawat la posibilidad de la existencia de un traidor? —preguntó Paul.

El Duque se detuvo ante su hijo y habló con el rostro vuelto hacia las oscuras ventanas.

—Hemos discutido esta posibilidad muchas veces.

—La vieja mujer parecía muy segura de sí —dijo Paul—. Y el mensaje que madre…

—Se han tomado precauciones —dijo el Duque. Miró a su alrededor, y Paul vio en sus ojos la salvaje luz del animal acosado—. Quédate aquí. Hay algunas cuestiones acerca de los puestos de mando que discutir con

Thufir —se volvió y salió de la estancia, respondiendo con una rápida inclinación de cabeza al saludo de los guardias de la puerta.

Paul miró al lugar donde había permanecido de pie su padre. El espacio le daba la impresión de haber estado vacío desde mucho antes de que el Duque abandonara la estancia. Y recordó la advertencia de la vieja mujer:

«… en cuanto a tu padre, no».

13

En aquel primer día en que Muad'Dib recorrió las calles de Arrakeen con su familia, alguna gente a lo largo del camino recordó las leyendas y las profecías y se aventuró a gritar: «¡Mahdi!». Pero su grito era más una pregunta que una afirmación, ya que sólo podían esperar que fuera aquél que les había sido anunciado como el Lisan-al-Gaib, la Voz del Otro Mundo. Y su atención era atraída también por la madre, porque habían oído decir que era una Bene Gesserit, y era evidente a sus ojos que era como el otro Lisan-al-Gaib.

Del *Manual de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

El Duque encontró a Thufir solo en la estancia de la esquina que le había señalado un guardia. Se oía el ruido de los hombres que estaban instalando el equipo de comunicaciones en la estancia vecina, pero aquel lugar era bastante tranquilo. El Duque miró a su alrededor mientras Hawat se levantaba de detrás de una mesa repleta de papeles. Era una estancia de paredes verdes, y además de la mesa el único mobiliario eran tres sillas a suspensor con la «H» de los Harkonnen disimulada apresuradamente con un toque de pintura.

—Son sillas completamente seguras —dijo Hawat—. ¿Dónde está Paul, Señor?

—Lo he dejado en la sala de conferencias. Quiero que descanse un poco sin que nadie lo moleste.

Hawat asintió, avanzó hacia la puerta de la otra habitación y la cerró, ahogando así el ruido de la estática y los zumbidos electrónicos.

—Thufir —dijo Leto—, los almacenes de especia Imperiales y de los Harkonnen atraen mi atención.

—¿Mi Señor?

El Duque frunció los labios.

—Los almacenes son susceptibles de destrucción. —Alzó una mano para impedir a Hawat que hablara—. No, ignora las reservas del Emperador. Incluso él se alegraría secretamente si los Harkonnen se vieran en problemas. Y, ¿cómo podría protestar el Barón si resulta destruido algo que oficialmente no puede admitir que posee?

Hawat agitó la cabeza.

—Tenemos pocos hombres, Señor.

—Usa algunos de los hombres de Idaho. Y quizá algunos de los Fremen verían con agrado un viaje fuera de este planeta. Una incursión sobre Giedi Prime… una diversión de este tipo comportaría seguras ventajas tácticas, Thufir.

—Como deseéis, mi Señor. —Hawat se volvió, y el Duque notó el nerviosismo del anciano y pensó: *Quizá sospecha que no tengo confianza en él. Debe saber que he recibido informes privados acerca de la presencia de traidores. Bien, será mejor calmar sus inquietudes inmediatamente.*

—Thufir —dijo—, puesto que tú eres uno de los pocos hombres en quien puedo confiar plenamente, hay otro asunto que debemos discutir. Ambos sabemos hasta qué punto debemos vigilar constantemente para impedir que los traidores se infiltren entre nuestras fuerzas… pero he recibido nuevos informes.

Hawat se volvió y lo miró.

Y Leto le repitió lo que le había contado Paul.

Pero en lugar de producir en él una intensa concentración Mentat, los informes sólo hicieron aumentar la agitación de Hawat.

Leto estudió al anciano y, finalmente, dijo:

—Viejo amigo, tú me has estado ocultando algo. Debí sospecharlo cuando te vi tan nervioso en la reunión. ¿Qué cosa es tan grave que no te has atrevido a mencionarla delante de todos en la conferencia?

Los manchados labios de Hawat se cerraron en una larga y delgada línea de donde irradiaban múltiples arrugas. Mantuvieron su rigidez mientras decía:

—Mi Señor, os juro que no sé cómo referíroslo.

—Hemos compartido un buen número de cicatrices, Thufir —dijo el Duque—. Sabes que puedes plantear *cualquier* tema conmigo.

Hawat siguió mirándole en silencio, pensando: *Es así como lo prefiero. Este es el hombre de honor que invita a servirlo con la mayor lealtad. ¿Por qué debo herirlo?*

—¿Y bien? —inquirió Leto.

Hawat se alzó de hombros.

—Se trata del fragmento de una nota. Lo hemos interceptado a un correo de los Harkonnen. La nota estaba dirigida a un agente llamado Pardee. Tenemos buenas razones para pensar que Pardee era el hombre más importante de la organización clandestina Harkonnen aquí. La nota… es algo que podría tener graves consecuencias… o ninguna. Es susceptible de varias interpretaciones.

—¿Qué hay de tan delicado en el contenido de esa nota?

—Fragmento de una nota, mi Señor. Incompleta. Era un film minimic con la habitual cápsula de destrucción unida a él. Conseguimos detener la acción del ácido justo pocos momentos antes de que acabase de corroerlo, salvando tan sólo un fragmento. El fragmento, de todos modos, es altamente sugestivo.

—¿Sí?

Hawat se humedeció los labios.

—Dice: «…eto nunca lo sospechará, y cuando reciba el golpe de una mano tan querida, su propio origen bastará para destruirlo». La nota llevaba el sello personal del Barón, y yo mismo he autenticado el sello.

—Tu sospecha es obvia —dijo el Duque, y su voz se hizo bruscamente fría.

—Hubiera preferido cortarme un brazo antes que heriros —dijo Hawat —. Mi Señor, pero si…

—Dama Jessica —dijo Leto, y sintió como el furor le consumía por dentro—. ¿No has podido arrancarle la verdad a ese Pardee?

—Desafortunadamente, Pardee ya no estaba entre los vivos cuando logramos interceptar el correo. Y el correo, estoy seguro de ello, no sabía lo que llevaba.

—Comprendo.

Leto agitó la cabeza, pensando: *Qué rastrera maniobra. No puede haber nada de verdad en ella. Conozco a mi mujer.*

—Mi Señor, si…

—¡No! —gritó el Duque—. Hay un error en todo esto…

—No podemos ignorarlo, mi Señor.

—¡Está conmigo desde hace dieciséis años! Ha tenido innumerables oportunidades para… ¡Tú mismo investigaste la escuela y a ella!

—Hay cosas que pueden escapárseme —dijo Hawat amargamente.

—¡Es imposible, te digo! Los Harkonnen quieren destruir *toda* la estirpe de los Atreides… incluido Paul. Ya lo han intentado una vez. ¿Puede una mujer conspirar contra su propio hijo?

—Quizá no conspire contra su hijo. Y el atentado de ayer podría haber sido un sutil acto diversivo.

—No era ningún acto diversivo.

—Señor, se supone que ella no conoce nada de su ascendencia, pero ¿y si alguna vez lo supiera? ¿Y si ella fuera huérfana, digamos, por causa de los Atreides?

—Hubiera actuado hace ya mucho tiempo. Veneno en mi bebida… un puñal en la noche. ¿Quién hubiera tenido mejores oportunidades?

—Los Harkonnen quieren destruiros *a vos* , mi Señor. Sus intenciones no son solamente matar. Existe toda una gama de sutiles distinciones en el kanly. Esta podría ser una obra de arte entre todas las venganzas.

Los hombros del Duque se curvaron. Cerró los ojos, y se le vio viejo y cansado. *No puede ser* , pensó. Esa mujer me ha abierto su corazón.

—¿Hay otro modo mejor de destruir que sembrar las sospechas hacia la mujer que uno ama? —preguntó.

—Una interpretación que también he considerado —dijo Hawat—. Sin embargo…

El Duque abrió los ojos, miró a Hawat y pensó: *Déjale que sospeche. La sospecha es su trabajo, no el mío. Quizá, si doy la impresión de creer en todo esto, alguien cometa una imprudencia.*

—¿Qué es lo que sugieres? —susurró el Duque.

—Por el momento, una vigilancia constante, mi Señor. No hay que perderla de vista ni un solo momento. Me ocuparé personalmente de que se haga con discreción. Idaho sería la persona ideal para este trabajo: quizá en una o dos semanas pueda llamarlo para que vuelva. Hay un joven entre los hombres de Idaho que hemos adiestrado y que podría ser su sustituto ideal entre los Fremen. Está muy dotado para la diplomacia.

—No podemos correr el riesgo de poner en peligro nuestra amistad con los Fremen.

—Por supuesto que no, Señor.

—¿Y acerca de Paul?

—Quizá pudiéramos alertar al doctor Yueh.

El Duque se volvió, dándole la espalda a Hawat.

—Lo dejo en tus manos.

—Usaré la discreción, mi Señor.

Al menos puedo contar con eso , pensó Leto. Y dijo:

—Voy a dar una vuelta. Si me necesitas, estaré en el interior del recinto. La guardia puede…

—Mi Señor, antes de que os marchéis quisiera que leyerais un filmclip que tengo aquí. Es un primer análisis aproximativo de la religión de los Fremen. Recordad que me pedisteis que preparara un informe sobre el tema.

—¿Eso no puede esperar? —dijo el Duque sin volverse.

—Por supuesto, mi Señor. Pero vos me preguntasteis qué era lo que estaban gritando. Era «¡Mahdi!», y esta palabra iba dirigida al joven amo. Cuando ellos…

—¿A Paul?

—Sí, mi Señor. Hay una leyenda aquí, una profecía, acerca de la llegada de un líder, hijo de una Bene Gesserit, que les guiará hacia la verdadera libertad. Se trata del habitual tema del mesías.

—¿Creen que Paul es este… este…?

—Tan sólo lo esperan, mi Señor —Hawat le tendió la cápsula del filmclip.

El Duque la tomó, deslizándola en su bolsillo.

—Lo veré más tarde.

—Ciertamente, mi Señor.

—Por el momento, necesitaré tiempo para… pensar.

—Sí, mi Señor.

El Duque hizo una profunda inspiración, y salió de la estancia a grandes pasos. Giró a la derecha hacia el vestíbulo, con las manos cruzadas en la espalda, sin prestar mucha atención a los lugares por donde iba.

Había corredores y escaleras y terrazas y salas… gente que lo saludaba y se echaba a un lado para dejarlo pasar.

Algún tiempo después regresó a la sala de conferencias; las luces estaban apagadas y Paul dormía sobre la mesa, con el capote de un guardia cubriéndolo y un saco de equipaje sirviéndole de almohada. El Duque avanzó sin hacer ruido hacia el fondo de la sala y salió a la terraza que dominaba el campo de aterrizaje. Un guardia, en la esquina de la terraza, reconoció al Duque bajo el débil reflejo de las luces del campo y se cuadró.

—Descanso —murmuró el Duque. Se apoyó en el frío metal de la balaustrada.

El silencio que precedía al alba reinaba sobre la desértica depresión. Alzó la mirada: las estrellas eran como un manto de brillantes lentejuelas sobre el azulado negro del cielo. Baja sobre el horizonte, la segunda luna nocturna brillaba en un halo de polvo… una luna malévola, de siniestra luminosidad espectral.

Mientras el Duque la miraba, la luna penetró en el borde dentado de la Muralla Escudo, cubriéndolo de helada escarcha, y en la oscuridad repentinamente más densa sintió un escalofrío. Se estremeció.

La ira lo dominó.

Los Harkonnen me han entorpecido, acosado, perseguido, por última vez , pensó. *¡Son un montón de estiércol con cerebros de dictador! ¡Pero ahora yo estoy aquí!* Y pensó, con un toque de amargura: *Debo gobernar con el ojo tanto como con las garras… al igual que el halcón sobre los pájaros más débiles.* Inconscientemente, su mano acarició el emblema del halcón en su túnica.

Hacia el este, la noche se vio empujada por un halo de gris luminosidad, luego una opalescencia anacarada ofuscó las estrellas. Finalmente, todo el horizonte se vio invadido por la resplandeciente luz del alba.

Era una escena cuya belleza cautivó toda su atención.

Algunas cosas mendigan nuestro amor , pensó.

Jamás hubiera imaginado que pudiera existir algo tan hermoso como aquel horizonte rojo, atormentado por el reflejo ocre y púrpura de las dentadas rocas. Más allá del campo de aterrizaje, allí donde el rocío nocturno había tocado la vida de las presurosas simientes de Arrakis, vio florecer enormes manchas rojas sobre las cuales avanzaba una trama violeta… como pasos de un invisible gigante.

—Es un maravilloso amanecer, Señor —dijo el guardia.

—Sí, lo es.

El Duque inclinó la cabeza, pensando: *Quizá este planeta pueda crecer y desarrollarse. Tal vez pueda convertirse en un buen hogar para mi hijo.*

Después vio las figuras humanas moviéndose entre los campos de flores, barriéndolos con sus extraños utensilios parecidos a hoces… los recolectores de rocío. El agua era tan preciosa allí que incluso el rocío debía ser recolectado.

Pero puede ser también un mundo odioso , pensó el Duque.

14

Probablemente no haya en nuestra vida un instante más terrible que aquel en que uno descubre que su padre es un hombre… hecho de carne humana.

De *Frases escogidas de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

—Paul —dijo el Duque—, estoy haciendo una cosa odiosa, pero debo hacerla.

Estaba de pie junto al detector de venenos portátil que había sido traído a la sala de conferencias para su desayuno. Los brazos sensores del aparato pendían inertes sobre la mesa, recordando a Paul un extraño insecto muerto recientemente.

La intención del Duque estaba dirigida fuera de las ventanas, al campo de aterrizaje y a los vértices de polvo girando en el cielo matutino.

Paul estaba ante él, observando por el visor un corto filmclip sobre las prácticas religiosas de los Fremen. El clip había sido compilado por uno de los expertos de Hawat, y Paul se sintió turbado por las referencias a sí mismo que contenían.

«¡Mahdi!».

«¡Lisan al-Gaib!».

Cerró los ojos y oyó de nuevo los gritos de la multitud. *Así que es eso lo que esperan* , pensó. Y recordó lo que había dicho la Reverenda Madre: Kwisatz Haderach. Los recuerdos despertaron de nuevo en él la sensación de una terrible finalidad, poblando aquel extraño mundo de impresiones que aún no conseguía comprender.

—Algo odioso —dijo el Duque.

—¿Qué quieres decir, señor?

Leto se volvió y miró a su hijo.

—Los Harkonnen piensan engañarme destruyendo mi confianza en tu madre. Ignoran que sería más fácil hacerme perder la confianza en mí mismo.

—No comprendo, señor.

Leto se volvió de nuevo hacia las ventanas. El blanco sol estaba ya alto en el cuadrante matutino. La lechosa claridad hacía resaltar un hervor de nubes polvorientas que amarilleaban sobre los cañones profundamente cortados de la Muralla Escudo.

Lentamente, hablando en voz muy baja para contener su ira, el Duque explicó a Paul todo lo referente a la misteriosa nota.

—También, por la misma razón, podríamos dudar de mí —dijo Paul.

—Deben creer que han tenido éxito —dijo el Duque—. Es preciso que me crean tan loco como para pensar que es posible. Ha de parecer auténtico. Ni siquiera tu madre debe saber nada acerca de todo esto.

—Pero, señor, ¿por qué?

—La respuesta de tu madre no debe ser una acción. Oh, ella es capaz de una acción suprema… pero hay demasiadas cosas en juego aquí. Debo desenmascarar al traidor. Es necesario que le convenza de que he caído completamente en el engaño. Es mejor herirla así que hacerla sufrir luego cien veces más.

—¿Por qué me dices esto, padre? Puedo repetírselo a ella.

—Tú estás fuera de todo esto —dijo el Duque—. Y guardarás el secreto. Es necesario. —Se acercó a la ventana, hablando sin volverse—. De este modo, si me ocurriera algo, tú podrías decirle la verdad… que nunca he dudado de ella, ni siquiera por un instante. Quiero que lo sepa.

Paul captó pensamientos de muerte tras las palabras de su padre, y dijo rápidamente:

—No te ocurrirá nada, señor. Yo…

—Silencio, hijo.

Paul contempló la espalda de su padre, notando la fatiga en la curva de su cuello y hombros y en la lentitud de sus movimientos.

—Tan sólo estás algo cansado, padre.

—Estoy cansado —admitió el Duque—. Estoy moralmente cansado. La melancólica degeneración de las Grandes Casas ha terminado quizá por alcanzarme. Y éramos tan fuertes antes.

—¡Nuestra Casa no ha degenerado! —dijo Paul con rabia.

—¿De veras?

El Duque se volvió haciendo frente a su hijo, revelando círculos negros alrededor de sus duros ojos y una cínica mueca en su boca.

—Hubiera debido casarme con tu madre, hacerla mi Duquesa. Sin embargo… mi condición de soltero hace que algunas Casas esperen aún poder aliarse conmigo casándome con alguna de sus hijas. —Se alzó de hombros—. Así que yo…

—Madre me ha explicado esto.

—No hay nada que consiga tanta lealtad hacia un líder como su aire de bravura —dijo el Duque—. Yo siempre he cultivado en mí un aire de bravura.

—Tú mandas bien —protestó Paul—. Gobiernas bien. Los hombres te siguen por su propia voluntad y te quieren.

—Mis servicios de propaganda están entre los mejores —dijo el Duque. Se volvió de nuevo para estudiar el paisaje, allí fuera—. Hay grandes posibilidades para nosotros, aquí en Arrakis, muchas más de las que nunca haya sospechado el Imperio. Y pese a todo hay veces en que pienso que hubiéramos hecho mejor huyendo, convirtiéndonos en renegados. A veces desearía que fuera posible hundirnos en el anonimato entre la gente, estar menos expuestos a…

—¡Padre!

—Sí, *estoy* cansado —dijo el Duque—. ¿Sabes que estamos usando ya los residuos de la especia como materia prima para fabricar película virgen?

—¿Señor?

—No podemos hacer menos que esto —dijo el Duque—. De otro modo, ¿cómo podríamos inundar los pueblos y las ciudades con nuestras informaciones? La gente debe saber lo bien que la gobierno. ¿Y cómo puede saberlo si nosotros no se lo decimos?

—Deberías descansar un poco —dijo Paul.

El Duque miró de nuevo a su hijo.

—Había olvidado mencionarte otra gran ventaja de Arrakis. La especia está aquí por todos lados. Uno la come y la bebe en cualquier cosa. Y he descubierto que esto confiere cierta inmunidad natural contra algunos de los venenos más comunes del Manual de Asesinos. Y la necesidad de controlar la menor gota de agua hace que toda la producción alimenticia, grasas, hidropónicas, alimentos químicos, todo, sea estrechamente controlado. Nosotros no podemos eliminar una parte de

la población valiéndonos del veneno, pero es igualmente imposible atacarnos del mismo modo. Arrakis nos obliga a ser morales y éticos.

Paul iba a hablar, pero el Duque lo interrumpió:

—Tengo que decirle todo esto a alguien, hijo. —Suspiró, mirando de nuevo el árido paisaje, donde incluso las flores habían desaparecido, pisoteadas por los recolectores de rocío y quemadas por el sol—. En Caladan, teníamos con nosotros el poder del mar y del cielo —dijo—. Aquí, debemos obtener el poder del desierto. Esta es tu herencia, Paul. ¿Qué será de ti si a mí me ocurre algo? No tendrás una Casa renegada, sino una Casa de guerrilleros… perseguida, cazada.

Paul buscó palabras para responder, pero no encontró ninguna. Jamás había visto a su padre tan abatido.

—Para conservar Arrakis —dijo el Duque—, uno ha de enfrentarse con decisiones que pueden costar el respeto hacia uno mismo. —Señaló fuera de la ventana, hacia el estandarte verde y negro de los Atreides que colgaba fláccidamente de un mástil, al borde del campo de aterrizaje—. Esta honorable bandera puede que algún día simbolice muchas cosas malditas.

Paul tenía la garganta seca. Las palabras de su padre le parecían fútiles, llenas de un fatalismo que causaba en el muchacho una sensación de vacío en el pecho.

El Duque tomó una tableta antifatiga de un bolsillo y la tragó sin ayuda de ningún líquido.

—Poder y miedo —dijo—. Los instrumentos de gobierno. Daré órdenes de que se intensifique tu entrenamiento para la guerrilla. Ese filmclip… te llaman «Mahdi»… «Lisan al-Gaib»… como último recurso, podrías utilizar incluso esto.

Paul miró fijamente a su padre, observando que sus hombros se erguían a medida que la tableta iba haciendo efecto, pero recordando las palabras de duda y temor que acababa de oír.

—¿Qué es lo que retiene al ecólogo? —murmuró el Duque—. Le he dicho a Thufir que quería verlo lo más pronto posible.

15

Mi padre, el Emperador Padishah, me tomó un día por la mano y sentí, gracias a las enseñanzas de mi madre, que estaba turbado. Me condujo a la Sala de Retratos, hasta el egosímil del Duque Leto Atreides. Observé el enorme parecido entre ellos —entre mi padre y aquel hombre del retrato—, ambos con idéntico rostro delgado y elegante, dominado por los mismos gélidos ojos. «Hija-princesa —dijo mi padre—, me hubiera gustado que hubieses tenido más edad cuando llegó para este hombre el momento de elegir una mujer». Mi padre tenía 71 años en aquel tiempo, y no se veía más viejo que el hombre del retrato. Yo tenía tan sólo 14 años, y aún recuerdo haber deducido en aquel instante que mi padre había deseado en secreto que el Duque fuera su hijo, y que odiaba las necesidades políticas que les convertían en enemigos.

En la casa de mi padre , por la PRINCESA IRULAN

El primer encuentro con la gente a la que se le había ordenado traicionar alteró al doctor Kynes. Se vanagloriaba de ser un científico, para el cual las leyendas eran tan sólo otros tantos interesantes indicios que revelaban las raíces de una cultura. Y sin embargo, aquel muchacho personificaba la antigua profecía con gran precisión. Tenía «los ojos inquisitivos» y el aire de «reservado candor».

De acuerdo, la profecía no precisaba si la Diosa Madre llegaría con el Mesías o le introduciría en escena cuando llegara el momento. Pero resultaba extraña aquella correspondencia entre las personas y la profecía.

El encuentro tuvo lugar a media mañana, fuera del edificio administrativo del campo de aterrizaje de Arrakeen. Un ornitóptero sin distintivo estaba posado en tierra, cerca de allí, y zumbaba débilmente, listo para iniciar su vuelo como un pájaro soñoliento. Un guardia Atreides estaba a su lado, con la espada desenvainada, circundado por la ligera distorsión del aire producida por su escudo.

Kynes sonrió furtivamente y pensó: *¡Ahí les reserva Arrakis una enorme sorpresa!*

El planetólogo levantó una mano, indicando a sus guardias Fremen que se mantuvieran alejados. Siguió avanzando a largos pasos en dirección a la entrada del edificio, un agujero negro en la roca revestida de plástico. Era tan vulnerable aquel edificio monolítico, pensó. Mucho más indefenso que una caverna.

Un movimiento en la entrada atrajo su atención. Se detuvo, aprovechando la ocasión para ajustar su ropa y la fijación en su hombro izquierdo de su destiltraje.

Las puertas de entrada se abrieron de par en par. Unos guardias Atreides surgieron rápidamente, todos ellos bien armados: aturdidores de descarga lenta, espadas y escudos. Tras ellos apareció un hombre alto, similar a un halcón, de piel y cabellos oscuros. Llevaba una capa jubba con el emblema de los Atreides bordado en el pecho, y se le notaba incómodo bajo aquella poco familiar indumentaria. La capa se pegaba a las perneras de su destiltraje por uno de los lados. Se le veía rígido, carente de agilidad y ritmo.

Al lado del hombre caminaba un joven con los mismos cabellos negros pero con el rostro más redondeado. Parecía un poco pequeño para los quince años que Kynes sabía que tenía. Pero el joven cuerpo emanaba un sentido de mando, una seguridad en el porte, como si tuviera el poder de distinguir y reconocer a su alrededor muchas cosas que eran invisibles para los demás. Llevaba el mismo tipo de capa que su padre, aunque con una casual naturalidad que hacía pensar que la había llevado durante mucho tiempo.

«El Mahdi conocerá cosas que los demás no sabrán ver» , rezaba la profecía.

Kynes agitó la cabeza, diciéndose a sí mismo: *Tan sólo son hombres* .

Junto a ellos dos, vestido también para el desierto, había alguien más a quien Kynes reconoció: Gurney Halleck. Kynes respiró profundamente para calmar su resentimiento hacia Halleck, que le había instruido acerca de cómo debía comportarse con el Duque y el heredero ducal.

«Deberéis llamar al Duque, “Señor” o “mi Señor”. “Noble Nacido” también es correcto, pero usualmente está reservado a ocasiones más formales. El hijo debe ser llamado “joven amo” o “mi Señor”. El duque es un hombre muy indulgente pero no tolera la menor familiaridad».

Y Kynes pensó, mientras observaba cómo el grupo se acercaba: *Pronto aprenderán quién es el verdadero dueño en Arrakis. ¿Han ordenado a aquel Mentat que me interrogue durante más de la mitad de la noche? ¿Esperan de mí que les guíe a inspeccionar una explotación de especia? ¿Realmente?*

La importancia de las preguntas de Hawat no se le había escapado a Kynes. Querían las bases Imperiales. Era obvio que habían sido informados por Idaho acerca de las mismas.

Ordenaré a Stilgar que envíe la cabeza de Idaho a su Duque , se dijo a sí mismo Kynes.

El grupo ducal estaba ya a pocos pasos de él, con sus botas haciendo crujir la arena bajo sus pasos.

Kynes se inclinó.

—Mi Señor, Duque.

Mientras se acercaban a la solitaria figura de pie junto al ornitóptero, Leto no había dejado de estudiarla: alta, delgada, revestida con las amplias ropas del desierto, destiltraje y botas bajas. El hombre había echado hacia atrás la capucha, y su velo colgaba a un lado, revelando unos largos cabellos color arena y una corta barba. Sus ojos eran inescrutables bajo sus espesas cejas, azul sobre azul. Rastros de manchas negras marcaban aún sus párpados.

—Sois el ecólogo —dijo el Duque.

—Aquí preferimos el antiguo título, mi Señor —dijo Kynes—. Planetólogo.

—Como prefiráis —dijo el Duque. Miró hacia Paul—. Hijo, este es el Árbitro del Cambio, el juez de las disputas, el hombre que tiene la misión de procurar que sean cumplidas todas las formalidades en nuestra toma de posesión sobre este feudo. —Miró de nuevo a Kynes—. Este es mi hijo.

—Mi Señor —dijo Kynes.

—¿Sois un Fremen? —preguntó Paul.

Kynes sonrió.

—Soy aceptado tanto en el sietch como en el poblado, joven amo. Pero estoy al servicio de Su Majestad: soy el Planetólogo Imperial.

Paul asintió, impresionado por la apariencia de fuerza que emanaba de aquel hombre. Halleck le había señalado a Kynes desde una de las ventanas superiores del edificio administrativo:

—Ese hombre que está parado allí, con la escolta Fremen… el que ahora se dirige hacia el ornitóptero.

Paul había examinado brevemente a Kynes con los binoculares, observando la boca delgada y recta, la frente alta. Halleck le había susurrado al oído:

—Un tipo extraño. Habla de un modo preciso: claramente, sin ambigüedades, como cortando las palabras con una navaja.

Y el Duque, tras ellos, había añadido:

—Un tipo científico.

Ahora, a pocos pasos del hombre, Paul sentía la fuerza que emanaba de Kynes, el impacto de su personalidad, como si fuera un hombre de sangre real, nacido para mandar.

—Creo que debemos daros las gracias por los destiltrajes y las capas jubba —dijo el Duque.

—Espero que os vayan bien, mi Señor —dijo Kynes—. Son obra de los Fremen, y han intentado respetar tanto como han podido las dimensiones facilitadas por vuestro hombre Halleck aquí presente.

—Según tengo entendido, habéis dicho que no podríais llevarnos hasta el desierto si no usábamos esta vestimenta —dijo el Duque—. Nosotros podemos llevar gran cantidad de agua. No tenemos intención de permanecer fuera mucho tiempo, y además tendremos una cobertura aérea… la escolta que estáis viendo en estos momentos encima de nosotros. Es poco probable que nos veamos obligados a aterrizar.

Kynes lo miró fijamente, estudiando la carne rica en agua de aquel hombre. Habló fríamente.

—Nunca habléis de probabilidades en Arrakis. Hablad tan sólo de posibilidades.

Halleck se tensó.

—¡Dirigios al Duque como mi Señor!

Leto le hizo su gesto personal indicándole que se callara, y dijo:

—Somos nuevos aquí, Gurney. Debemos hacer concesiones.

—Como deseéis, Señor.

—Os quedamos muy reconocidos, doctor Kynes —dijo Leto—. Esos trajes y vuestra consideración acerca de nuestra seguridad no serán olvidados.

Impulsivamente, Paul citó un párrafo de la Biblia Católica Naranja:

—«El regalo es la bendición de quien lo hace» —dijo.

Las palabras resonaron fuertemente en el quieto aire. Los Fremen que Kynes había dejado a la sombra del edificio administrativo se pusieron de pie y murmuraron excitados. Uno de ellos dijo en voz alta:

—¡Lisan al-Gaib!

Kynes se volvió bruscamente e hizo un gesto imperativo con la mano. Dos guardias retrocedieron, murmurando entre sí, y se cobijaron de nuevo en la sombra del edificio.

—Muy interesante —dijo Leto.

Kynes dejó resbalar su dura mirada del Duque a Paul, y dijo:

—Muchos de los nativos del desierto son supersticiosos. No les prestéis atención. No os quieren ningún mal —pero pensó en las palabras de la leyenda: *«Te darán la bienvenida con las Palabras Sagradas y tus regalos serán una bendición».*

El juicio de Leto sobre Kynes, basado en parte en el breve informe verbal de Hawat (precavido y muy suspicaz), cristalizó súbitamente: el hombre *era* Fremen. Kynes había venido a ellos con una escolta Fremen, lo cual podía significar simplemente que los Fremen estaban sometiendo a prueba su nueva libertad de entrar en las áreas urbanas… aunque la escolta parecía más bien una guardia de honor. Y por sus maneras, Kynes parecía un hombre orgulloso, habituado a la libertad, con su lenguaje y sus modales sujetos tan sólo por su propia suspicacia. La observación de Paul había sido directa y pertinente.

Kynes se había convertido en un nativo.

—¿No deberíamos partir, Señor? —preguntó Halleck.

El Duque asintió.

—Yo pilotaré mi propio tóptero. Kynes puede sentarse delante, junto a mí, para guiarme. Tú y Paul os colocaréis en los asientos de atrás.

—Un momento, por favor —dijo Kynes—. Con vuestro permiso, Señor, debo controlar la seguridad de vuestros trajes.

El Duque fue a decir algo, pero Kynes insistió:

—Me preocupo por mi piel tanto como por la vuestra… mi Señor. Sé perfectamente qué garganta sería cercenada si os ocurriera algo mientras estáis a mi cuidado.

El Duque frunció el ceño, pensando: *¡Vaya momento delicado! Si rehúso, puedo ofenderlo. Y es un hombre que puede representar un inestimable valor para mí. Y sin embargo… dejarle penetrar así mi escudo, tocar mi persona, cuando sé aún tan poco sobre él…*

Los pensamientos corrían por su mente, empujados por una decisión que debía ser tomada inmediatamente.

—Estamos en vuestras manos —dijo el Duque. Dio un paso adelante y abrió su ropa, viendo a Halleck alzándose sobre la punta de sus pies, inmóvil y atento, aunque aparentemente tranquilo—. Y, si sois tan amable —prosiguió el Duque—, os agradeceré una explicación acerca de esa ropa de alguien que vive tan íntimamente con ella.

—Ciertamente —dijo Kynes. Metió la mano bajo la ropa para comprobar las fijaciones de los hombros, hablando mientras examinaba el conjunto —. Básicamente es un tejido de varias microcapas… un filtro de alta eficacia y un sistema de intercambio de calor. —Ajustó las fijaciones de los hombros—. La capa en contacto con la piel es porosa. La transpiración pasa a través, refrescando el cuerpo… un proceso normal de evaporación. Las otras dos capas… —Kynes apretó el pectoral—… contienen filamentos de intercambio de calor y precipitaciones de sal. La sal es así recuperada.

Invitó al Duque a alzar los brazos con un gesto, y éste dijo:

—Muy interesante.

—Respirad profundamente —dijo Kynes.

El Duque obedeció.

Kynes estudió las fijaciones de las axilas, ajustando una.

—Los movimientos del cuerpo, especialmente la respiración —dijo— y alguna acción osmótica, proveen al cuerpo de la energía suficiente para el bombeo. —Alargó ligeramente el pectoral—. El agua recuperada circula y termina yendo a parar a los bolsillos de recuperación, de donde uno puede aspirarla a través de este tubo fijado al lado de vuestro cuello.

El Duque ladeó la cabeza para ver la extremidad del tubo.

—Simple y eficiente —dijo—. Buena construcción.

Kynes se arrodilló para examinar las fijaciones de la piernas.

—La orina y las heces son procesadas en el revestimiento de los muslos —dijo, alzándose, tendiendo una mano hacia la fijación del cuello y levantando una sección cuadrada—. En pleno desierto, deberéis llevar este filtro sobre el rostro y estos tampones fijados a estos tubos en la nariz. Se inspira a través del filtro, con la boca, y se expira a través de la nariz. Con un traje Fremen en buenas condiciones, no perderéis más de un dedal de humedad al día… aunque os perdierais en el Gran Erg.

—Un dedal por día —dijo el Duque.

Kynes apretó un dedo contra la parte de la ropa que cubría la frente y dijo:

—Aquí es probable que el roce produzca irritación. En este caso, decídmelo y apretaré un poco más.

—Gracias —dijo el Duque. Movió los hombros, mientras Kynes retrocedía, y se sintió mucho más cómodo, notando que el traje estaba mejor ajustado y le irritaba menos.

Kynes se volvió hacia Paul.

—Ahora vamos a por vos, joven.

Un hombre valiente , pensó el Duque. *Pero deberá aprender a darnos nuestros títulos.*

Paul permaneció impasible mientras Kynes inspeccionaba sus ropas. Colocarse aquel traje de brillante y crujiente superficie le había causado una extraña sensación. En su consciencia sabía absolutamente que nunca antes de ahora se había enfundado un destiltraje. Y sin embargo, cada movimiento mientras se lo ajustaba bajo la torpe dirección de Gurney le había parecido natural e instintivo. Cuando había apretado el pectoral para obtener la máxima acción de bombeo del movimiento respiratorio, había sabido exactamente lo que estaba haciendo y para qué. Cuando había sujetado las correas del cuello y la frente, apretándolas al máximo, había sabido que esto era indispensable para evitar los roces.

Kynes se alzó y retrocedió con una expresión desconcertada.

—¿Habéis llevado ya un destiltraje antes de ahora? —preguntó.

—Esta es la primera vez.

—Entonces, ¿alguien os lo ha ajustado?

—No.

—Vuestras botas de desierto están puestas de modo que dejan libre juego a los tobillos. ¿Quién os lo ha enseñado?

—Esto… me ha parecido que era el modo correcto de ponérmelas.

—Realmente lo es.

Y Kynes se frotó la barbilla, pensando en la leyenda: *Conocerá vuestras costumbres como si hubiera nacido entre vosotros.*

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo el Duque. Hizo un gesto en dirección al tóptero que esperaba y avanzó hacia él, aceptando el saludo del guardia con una inclinación. Subió a bordo, se aplicó el cinturón de seguridad, revisó los controles e instrumentos. El aparato chirrió cuando los otros subieron a bordo.

Kynes ajustó su cinturón, observando el lujoso confort de la cabina: blando tapizado gris verdoso, asientos mullidos, brillantes instrumentos, la sensación de frescor del aire filtrado en el momento en que se cerraban las compuertas y los ventiladores se ponían en marcha.

¡Tanta comodidad! , pensó.

—Todo a punto, Señor —dijo Halleck.

Leto dio paso al flujo de energía, las alas se alzaron y bajaron una, dos veces… A los diez metros de carrera remontaron el vuelo, con las alas estremeciéndose ligeramente y los chorros posteriores elevándolos por el aire con un suave silbido.

—Al sudeste, por encima de la Muralla Escudo —dijo Kynes—. Allí es donde he dicho a vuestro maestro de arena que concentrara su equipo.

—De acuerdo.

El Duque hizo elevarse el aparato hasta que se vio rodeado por todos lados por la cobertura aérea de los otros tópteros, que se colocaron inmediatamente en formación.

—El diseño y manufactura de estos destiltrajes revela un alto grado de sofisticación —dijo el Duque.

—Algún día os haré visitar una factoría sietch —dijo Kynes.

—Me interesará mucho —dijo el Duque—. He observado que estos trajes son confeccionados también en algunas de las ciudades de guarnición.

—Son malas copias —dijo Kynes—. Cualquier hombre de Dune que tenga aprecio por su piel utiliza trajes Fremen.

—¿Y mantiene su pérdida de agua en el límite de un dedal por día?

—Propiamente vestido, con la visera frontal bien apretada, todas las fijaciones en orden, la mayor pérdida de agua se produce a través de las palmas de las manos —dijo Kynes—. Uno puede llevar también guantes cuando no hay que realizar trabajos delicados, pero en el desierto la mayor parte de los Fremen prefieren frotarse las manos con el jugo de las hojas del arbusto creosota. Esto inhibe la transpiración.

El Duque miró hacia abajo, a la izquierda, hacia el quebrado paisaje de la Muralla Escudo: vorágines de rocas torturadas, manchas amarillas y pardas marcadas por negras grietas. Era como si alguien hubiera lanzado desde el espacio aquel inmenso macizo, para dejarlo hundido allí para la eternidad.

Cruzaron una depresión poco profunda, donde se deslizaban largos tentáculos de arena gris proveniente de un cañón abierto al sur. Los dedos de arena parecían correr hacia la depresión… como un delta seco que se destacaba sobre el oscuro fondo de la roca.

Kynes, sentado inmóvil, pensaba en toda aquella carne repleta de agua que había sentido bajo los destiltrajes. Llevaban cinturones escudo bajo sus ropas, aturdidores de descarga lenta a la cintura, y colgando del cuello transmisores miniatura de emergencia. Tanto el Duque como su hijo llevaban puñales de muñeca metidos en sus fundas, y las fundas parecían ser de buena calidad. Aquella gente sorprendía a Kynes con su mezcla de delicadeza y de fuerza. Poseían una cualidad elusiva que los hacía completamente distintos de los Harkonnen.

—Cuando presentéis vuestro informe sobre el cambio de gobierno al Emperador, ¿pensáis decirle que hemos observado las reglas? —preguntó Leto. Lanzó una ojeada a Kynes, y después se concentró de nuevo en su rumbo.

—Los Harkonnen se han ido, vos habéis venido —dijo Kynes.

—¿Y todo ha sido hecho como debía haber sido hecho? —preguntó Leto.

Una momentánea tensión se dibujó en un músculo a lo largo de la mandíbula de Kynes.

—Como planetólogo y Árbitro del Cambio dependo directamente del Imperio… mi Señor.

El Duque sonrió sin alegría.

—Pero ambos sabemos la realidad.

—Debo recordaros que Su Majestad financia mi trabajo.

—¿De veras? ¿Y cuál es vuestro trabajo?

En el breve silencio que siguió, Paul pensó: *Está empujando a ese Kynes demasiado aprisa.* Paul miró a Halleck, pero el juglar guerrero estaba contemplando el desolado paisaje.

—Por supuesto —dijo Kynes en voz muy baja—, os estáis refiriendo a mis trabajos de planetólogo.

—Por supuesto.

—Consisten principalmente en la biología y la botánica de las tierras áridas… un poco de geología, perforaciones de la corteza y algunos experimentos. Uno nunca puede agotar las posibilidades de todo un planeta.

—¿Realizáis también investigaciones acerca de la especia?

Kynes se volvió, y Paul notó la dura línea del perfil del hombre.

—Esta es una curiosa pregunta, mi Señor.

—No olvidéis, Kynes, que este es ahora mi feudo. Mis métodos difieren de aquellos de los Harkonnen. No me importa que estudiéis la especia, siempre que compartáis conmigo los resultados. —Observó fijamente al planetólogo—. Los Harkonnen no estimulaban las investigaciones acerca de la especia, ¿no es cierto?

Kynes lo miró a su vez, sin responder.

—Podéis hablar abiertamente —dijo el Duque—, sin ningún temor por vuestra vida.

—La Corte Imperial está ciertamente muy lejos —murmuro Kynes. Y pensó: *¿Qué está esperando este invasor repleto de agua? ¿Me cree tan estúpido como para ponerme a su servicio?*

El Duque emitió una risita, dirigiendo toda su atención al rumbo.

—Detecto una nota de amargura en vuestra voz, señor. Nos hemos precipitado sobre este mundo con nuestra pandilla de asesinos domesticados, ¿no es cierto? Y esperamos haceros admitir inmediatamente que somos distintos de los Harkonnen.

—He leído la propaganda con que habéis inundado sietch y poblados —dijo Kynes—. ¡Amad al buen Duque! Vuestros cuerpos de…

—¡Tened cuidado! —aulló Halleck. Había desviado su atención de la ventana, inclinándose hacia adelante.

Paul puso su mano sobre el brazo de Halleck.

—¡Gurney! —dijo el Duque. Se volvió a mirarle—. Este hombre ha servido largo tiempo a los Harkonnen.

Halleck se sentó de nuevo.

—Ya.

—Vuestro hombre Hawat es muy sutil —dijo Kynes—, pero sus intenciones son demasiado evidentes.

—¿Nos abriréis las bases, entonces? —preguntó el Duque.

—Son propiedades de Su Majestad —dijo Kynes secamente.

—Nadie las usa.

—Podrían ser usadas.

—¿Su Majestad es de esa opinión?

Kynes miró duramente al Duque.

—¡Arrakis podría ser un Edén si sus gobernantes se preocuparan de otras cosas además de la especia!

No ha respondido a mi pregunta , se dijo a sí mismo el Duque. Y preguntó:

—¿Cómo es posible que un planeta pueda convertirse en un Edén sin dinero?

—¿De qué os sirve el dinero —preguntó a su vez Kynes— si no os procura los servicios de quienes necesitáis?

¡Oh, ya basta! , pensó el Duque. Y dijo:

—Discutiremos esto en otra ocasión. Si no me equivoco, nos estamos acercando al borde de la Muralla Escudo. ¿Mantengo el mismo rumbo?

—El mismo rumbo —murmuró Kynes.

Paul miró a través de su ventanilla. Debajo de ellos, la accidentada pared se precipitaba formando terrazas hasta una llanura de roca desnuda rematada por una acerada cornisa. Más allá del borde, las dunas en forma de media luna, parecidas a uñas, se alineaban hasta el horizonte, con manchas oscuras, aquí y allá, en la lejanía, señalando algo que no era arena. Floraciones rocosas tal vez. En aquel aire sofocante, Paul no se hubiera atrevido a asegurarlo.

—¿Hay plantas ahí abajo? —preguntó.

—Algunas —dijo Kynes—. En esta latitud, la vida está representada principalmente por lo que nosotros llamamos pequeños ladrones de agua… plantas que se depredan mutuamente la humedad, absorbiendo incluso el más pequeño rastro de rocío. Algunas zonas del desierto hierven de vida. Pero todas estas criaturas han aprendido a sobrevivir a

los rigores del desierto. Si vos os vierais abandonado allí abajo, tendríais que imitar estas formas de vida o morir.

—¿Queréis decir robar el agua de los demás? —preguntó Paul. La idea le parecía ultrajante, y el temblor de su voz traicionó su emoción.

—Así es —dijo Kynes—, pero no era ese precisamente el significado de mis palabras. Ved, mi clima exige una actitud especial hacia el agua. Siempre se piensa en el agua, en cualquier momento. Nadie malgasta nada que contenga un poco de humedad.

Y el Duque pensó: *«¡… mi clima!».*

—Girad dos grados hacia el sur, mi Señor —dijo Kynes—. Hay una borrasca avanzando por el Oeste.

El Duque asintió. Había visto a lo lejos el torbellino de anaranjada arena. Hizo dar un giro al tóptero, y observó el reflejo naranja del polvo sobre las alas de los aparatos de escolta que imitaban su maniobra.

—Esto debería permitirnos evitar la tormenta —dijo Kynes.

—Volar en medio de esta arena debe ser peligroso —dijo Paul—. ¿Puede atacar realmente los más duros metales?

—A esta altura no es arena, sino tan sólo polvo —dijo Kynes—. Los principales peligros son la falta de visibilidad, la turbulencia y las válvulas de aspiración, que se ven cegadas.

—¿Asistimos a la extracción de la especia hoy? —preguntó Paul.

—Muy probablemente —dijo Kynes.

Paul se echó hacia atrás en su asiento. Se había servido de las preguntas y de su hiperpercepción para realizar lo que su madre llamaba el «registro» de una persona. Ahora tenía a Kynes… el tono de su voz, cada uno de los más pequeños detalles de su rostro y su modo de moverse. Una arruga no natural en la manga izquierda de su vestido revelaba la presencia de un cuchillo en una funda en su brazo. Su talle estaba curiosamente hinchado. Se decía que los hombres del desierto llevaban un saco de cintura donde guardaban pequeños objetos. Quizá la hinchazón era debida a un cinturón escudo. Una aguja de cobre grabada con la imagen de una liebre cerraba el vestido de Kynes a la altura del cuello. Otra aguja más pequeña pero llevando el mismo dibujo era visible en el borde de la capucha echada sobre sus hombros.

Halleck se volvió en su asiento junto a Paul, alcanzó el compartimento de atrás y extrajo su baliset. Kynes le miró un instante mientras afinaba el instrumento, después volvió su atención al rumbo.

—¿Qué os gustaría oír, joven amo? —preguntó Halleck.

—Elige tú, Gurney —dijo Paul.

Halleck acercó su oído a la caja armónica, pulsó una cuerda y cantó suavemente:

Nuestros padres comen maná en el desierto,

En los lugares ardientes donde aúllan los vientos.

¡Señor, sálvanos de esta horrible tierra!

Sálvanos… ah-h-h-h, sálvanos

De esta seca y sedienta tierra.

Kynes lanzó una mirada al Duque.

—Viajáis con una escolta de guardias muy reducida, mi Señor. ¿Están todos ellos dotados de tal número de talentos?

—¿Gurney? —el Duque ahogó una risita—. Gurney es un caso especial. Me gusta tenerle junto a mí por sus ojos. Pocas cosas escapan a sus ojos.

El planetólogo frunció el ceño.

Sin perder el ritmo de su tonada, Halleck intercaló:

¡Porque soy como un búho del desierto, oh-o!

¡Aiyah!, ¡soy como un búho del desier… to!

El Duque se inclinó bruscamente hacia adelante, tomó un micrófono del panel de instrumentos, lo conectó con un golpe del pulgar y dijo:

—Jefe a Escolta Gamma. Objeto volador a las nueve en punto, sector B. ¿Puedes identificarlo?

—Es tan sólo un pájaro —dijo Kynes, y añadió—: Tenéis una aguda mirada.

El altoparlante chasqueó y dijo:

—Escolta Gamma. Objeto examinado al máximo aumento. Se trata de un pájaro de gran tamaño.

Paul miró en la dirección indicada, distinguiendo una mancha distante: un punto que se movía intermitentemente. Captó la tensión bajo la que estaba su padre, con todos sus sentidos alertados al máximo.

—Ignoraba que existieran pájaros tan grandes tan adentro en el desierto —dijo el Duque.

—Probablemente se trata de un águila —dijo Kynes—. Buen número de criaturas se han adaptado a este lugar.

El ornitóptero sobrevolaba una llanura rocosa completamente desnuda. Paul miró hacia abajo a través de dos mil metros de altitud, viendo deslizarse allí abajo las quebradas sombras de su aparato y los de la escolta. Debajo de ellos, el suelo parecía llano, pero la irregularidad de las sombras revelaba lo contrario.

—¿Hay alguien que haya conseguido salir alguna vez por sus propios medios del desierto? —preguntó el Duque.

Halleck interrumpió la música. Se inclinó hacia adelante para oír la respuesta.

—Nunca del desierto profundo —dijo Kynes—. Ha habido hombres que han logrado salir de la zona secundaria algunas veces. Han sobrevivido atravesando las áreas rocosas, donde los gusanos no suelen acudir.

El timbre de la voz de Kynes atrajo la atención de Paul. Notó que sus sentidos se alertaban de acuerdo con el adiestramiento que había recibido.

—Ah… los gusanos —dijo el Duque—. Quiero ver uno alguna vez.

—Quizá podáis verlo hoy mismo —dijo Kynes—. Donde hay especia, hay gusanos.

—¿Siempre? —preguntó Halleck.

—Siempre.

—¿Acaso existe una relación entre los gusanos y la especia? —preguntó el Duque.

Kynes se volvió, y Paul observó que fruncía los labios al responder.

—Defienden la *arena* de la especia. Cada gusano tiene un… territorio. En cuanto a la especia… ¿quién sabe? Los especímenes de gusanos que hemos examinado nos hacen sospechar que existen complicadas reacciones químicas dentro de ellos. Hemos encontrado rastros de ácido clorhídrico en sus conductos, e incluso formas más complicadas de

ácidos en otros lugares. Os proporcionaré una monografía mía al respecto.

—¿Y los escudos no constituyen una defensa? —preguntó el Duque.

—¡Los escudos! —se rio Kynes—. Activad un escudo en una zona donde haya gusanos, y vuestro destino estará echado. Los gusanos ignorarán la delimitación de sus territorios, y se precipitarán desde todas partes para atacar al escudo. Ningún hombre provisto de un escudo ha sobrevivido nunca a tal ataque.

—Entonces, ¿cómo se capturan los gusanos?

—La única forma conocida de matar y conservar un gusano completo consiste en aplicar shocks eléctricos de alto voltaje a cada segmento separadamente —dijo Kynes—. Es posible aturdirlos y despedazarlos mediante explosivos, pero cada segmento conserva vida propia. Exceptuando las atómicas, no conozco ningún explosivo lo suficientemente potente como para destruir por completo un gusano. Su resistencia es increíble.

—¿Por qué no se ha hecho ningún esfuerzo por exterminarlos? —preguntó Paul.

—Sería demasiado caro —dijo Kynes—. Hay mucha área que cubrir.

Paul se echó hacia atrás en su rincón. Su sentido de la verdad, la percepción de la más pequeña variación de tonalidad, le decía que Kynes estaba mintiendo, o al menos decía tan sólo media verdad. Y pensó: *Si hay una relación entre la especia y los gusanos, matar los gusanos podría significar destruir la especia.*

—Muy pronto, nadie estará expuesto a tener que salvarse por sí mismo en el desierto —dijo el Duque—. Bastará accionar este pequeño transmisor colgado del cuello, y los socorros se precipitarán en su ayuda. En pocos días todos nuestros trabajadores lo llevarán. Organizaremos un servicio especial de salvamento.

—Muy loable —dijo Kynes.

—Vuestro tono indica que no estáis de acuerdo —dijo el Duque.

—¿De acuerdo? Por supuesto que estoy de acuerdo, pero no será de mucha ayuda. La electricidad estática de las tormentas de arena enmascara la mayor parte de las señales. Las transmisiones quedan fuera de uso. Ya ha sido experimentado, ¿sabéis? Arrakis consume mucho equipo. Y si un gusano le está atacando a uno, no dispone de mucho tiempo. Frecuentemente, no más de quince o veinte minutos.

—¿Qué aconsejaríais vos? —preguntó el Duque.

—¿Pedís mi consejo?

—Como planetólogo, sí.

—¿Y estaríais dispuesto a seguirlo?

—Si lo considero sensato.

—Muy bien, mi Señor. No viajéis jamás solo.

El Duque distrajo su atención de los mandos.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. No viajéis jamás solo.

—¿Y qué ocurre si uno se ve separado de los demás por una tormenta y obligado a posarse? —preguntó Halleck—. ¿No hay nada que hacer?

—*Nada* es un término que cubre mucho territorio.

—¿Pero qué haríais *vos* ? —preguntó Paul.

Kynes se volvió hacia el muchacho, mirándolo fríamente, y luego volvió de nuevo su atención al Duque.

—Ante todo, intentaría proteger la integridad de mi destiltraje. Si me encontrase entre las rocas, en una zona no batida por los gusanos, permanecería junto al vehículo. Pero si me encontrara en la arena, en una zona abierta, me alejaría de la nave lo más rápidamente posible. Unos mil metros sería suficiente. Después me escondería bajo mi ropa. El gusano tendría mi aparato, pero no me tendría a mí.

—¿Y después? —preguntó Halleck.

Kynes se alzó de hombros.

—Esperaría a que el gusano se marchara.

—¿Eso es todo? —preguntó Paul.

—Cuando el gusano se ha alejado, uno puede intentar salvarse caminando —dijo Kynes—. Hay que caminar pausadamente, evitando los tambores de arena, las depresiones de marea, y dirigirse directamente hacia la zona rocosa más cercana. Hay muchas de estas zonas. Es posible conseguirlo.

—¿Los tambores de arena? —preguntó Halleck.

—Es un efecto de la compresión de la arena —dijo Kynes—. Incluso los pasos más ligeros la hacen retumbar. Y los gusanos acuden de todas partes.

—¿Y las depresiones de marea? —preguntó el Duque.

—Algunas depresiones del desierto se han ido llenando a través de los siglos hasta quedar completamente repletas de arena. Algunas son tan amplias que en su interior se producen corrientes y mareas. Se tragan a todo aquel que se adentra en ellas.

Halleck se echó hacia atrás, tomó su baliset y lo pulsó. Cantó:

Bestias salvajes del desierto cazan aquí,

Acechando al inocente a su paso.

Oh-h-h, no tentéis a los dioses del desierto.

No queráis dejar vuestro solitario epitafio.

Los peligros del…

Se interrumpió y se inclinó hacia adelante:

—Una nube de polvo ante nosotros, Señor.

—La he visto, Gurney.

—Es lo que estamos buscando —dijo Kynes.

Paul se alzó en su asiento, aguzando los ojos, y vio una nube amarillenta que giraba sobre la superficie del desierto, a unos treinta kilómetros delante de ellos.

—Es uno de vuestros tractores factoría —dijo Kynes—. Está en el suelo, lo cual quiere decir que trabaja en la especia. La nube es arena que es expulsada después de ser centrifugada para extraer la especia. No hay ninguna otra nube que se asemeje a ésta.

—Hay algo volando encima de ella —dijo el Duque.

—Veo dos… tres… cuatro rastreadores —dijo Kynes—. Vigilan por si hay señales de gusanos.

—¿Señales de gusanos? —preguntó el Duque.

—Al avanzar hacia el tractor, el gusano crea una ondulación en la arena. Pero en ocasiones se desplaza a bastante profundidad, de modo que la ondulación es invisible, y por eso los rastreadores van provistos

también de sondas sísmicas. —Kynes escrutó el cielo—. Tendría que haber un ala de acarreo por ahí cerca, pero no la veo.

—El gusano siempre termina llegando, ¿no? —preguntó Halleck.

—Siempre.

Paul se inclinó, tocando el hombro de Kynes.

—¿Cuánto territorio suele cubrir cada gusano?

Kynes frunció las cejas. El muchacho no dejaba de hacer preguntas de adulto.

—Depende del tamaño del gusano.

—¿En qué proporción? —preguntó el Duque.

—Los más grandes pueden controlar hasta trescientos, cuatrocientos kilómetros cuadrados. Los más pequeños… —se interrumpió, mientras el Duque conectaba bruscamente los chorros de freno. El aparato cabrioleó, los chorros de cola se apagaron, las alas se distendieron al máximo y comenzaron a batir el aire. El aparato se convirtió en un auténtico tóptero mientras el Duque lo inmovilizaba en el aire, manteniendo al mínimo el batir de las alas y señalando un punto con su mano izquierda, más allá del tractor, en dirección este.

—¿Es la señal de un gusano?

Kynes se inclinó delante del Duque para escrutar a lo lejos. Paul y Halleck se juntaron más, mirando en la misma dirección, y Paul notó que su escolta, cogida por sorpresa por la repentina maniobra, había seguido adelante y ahora daba un amplio giro para volver a su lado. El tractor factoría estaba delante de ellos, distante aún unos tres kilómetros.

Allí donde había señalado el Duque, entre las medias lunas de las dunas que se perdían en el horizonte, se movía una especie de montículo que formaba una línea recta que se perdía en lontananza. A Paul le recordó la estela que deja un enorme pez al nadar rozando la superficie del agua.

—Un gusano —dijo Kynes—. Uno de los grandes. —Se volvió, tomó el micrófono del cuadro de mandos, conectó una nueva frecuencia, consultó el mapa deslizable sujeto entre dos rollos sobre sus cabezas, y habló ante el micrófono—: Llamando al tractor en Delta Ajax nueve. Señales de gusano. Tractor en Delta Ajax nueve. Señales de gusano. Respondan, por favor. —Aguardó.

El altoparlante emitió un chasquido, y luego una voz dijo:

—¿Quién llama a Delta Ajax nueve? Cambio.

—Parece que se lo toman con calma —dijo Halleck.

—Vuelo no registrado, al nordeste de ustedes y a una distancia de tres kilómetros —dijo Kynes ante el micrófono—. Señales de gusano en ruta de intersección, contacto estimado en unos veinticinco minutos.

Otra vez resonó en el altoparlante:

—Aquí Control de Rastreo. Observación confirmada. Permanezcan en línea para confirmar el contacto. —Una pausa, y luego—: Contacto en veintiséis minutos. —El cálculo había sido correcto—. ¿Quién se halla a bordo del vuelo no registrado? Cambio.

Halleck se había soltado el cinturón de seguridad y se inclinó hacia adelante, entre el Duque y Kynes.

—¿Esta es la frecuencia regular de trabajo, Kynes?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Quién está a la escucha?

—Tan sólo el equipo que trabaja en esta área. Esto limita las interferencias.

El altoparlante chasqueó de nuevo y la voz dijo:

—Aquí Delta Ajax nueve. ¿Quién tiene derecho a la prima por el avistamiento? Cambio.

Halleck miró al Duque.

—Quien da primero la alarma tiene derecho a una prima proporcional a la recolección de especia —dijo Kynes—. Desean saber…

—Decidle quién ha visto primero el gusano —dijo Halleck.

El Duque asintió.

Kynes vaciló, luego tomó el micrófono:

—Prima de avistamiento al Duque Leto Atreides. Duque Leto Atreides. Cambio.

La voz del altoparlante resonó sin entonación y distorsionada en parte por una serie de descargas de estática:

—Recibido y gracias.

—Ahora, decidles que se repartan el premio —ordenó Halleck—. Decidles que este es el deseo del Duque.

Kynes inspiró profundamente.

—El deseo del Duque es que el premio sea repartido entre todo el equipo. ¿Comprendido? Cambio.

—Comprendido y gracias —dijo el altoparlante.

—He olvidado mencionaros —dijo el Duque— que Gurney tiene también un gran talento para las relaciones públicas.

Kynes dirigió a Halleck una perpleja mirada.

—Esto servirá para que los hombres sepan que su Duque se preocupa por su seguridad —dijo Halleck—. Correrá la voz. Era una frecuencia usada tan sólo en la zona de trabajo… no es probable que los agentes Harkonnen hayan podido oírnos. —Alzó los ojos hacia su cobertura aérea—. Y formamos una fuerza considerable. Valía la pena arriesgarse.

El Duque inclinó el aparato hacia la nube de arena escupida por el tractor factoría.

—¿Qué es lo que ocurre ahora?

—Hay un ala de acarreo por algún lugar cerca de aquí —dijo Kynes—. Acudirá y se llevará el tractor.

—¿Y si el ala se averiase? —preguntó Halleck.

—Algún equipo se pierde —dijo Kynes—. Acercaos un poco por encima del tractor, mi Señor; encontraréis el espectáculo interesante.

El Duque frunció el ceño, dominando fuertemente los controles mientras entraban en la zona de turbulencia sobre el tractor.

Paul miró hacia abajo, viendo la arena que seguía siendo expulsada por aquel monstruo de metal y plástico a sus pies. Tenía la apariencia de un enorme coleóptero azul y marrón cuyas múltiples patas se agitaban mecánicamente a su alrededor. Vio una gigantesca trompa en la parte anterior, hundiéndose en la oscura arena.

—Un terreno rico en especia, a juzgar por el color —dijo Kynes—. Van a seguir trabajando hasta el último minuto.

El Duque aumentó el movimiento de las alas, tensándolas para hacer dar un giro al aparato y estabilizarlo a baja altura en círculos

concéntricos alrededor del tractor. Observó a derecha e izquierda, viendo que la escolta giraba sobre ellos, manteniendo sus posiciones.

Paul estudió la amarillenta nube que era eructada por los orificios del tractor, y miró hacia el desierto, donde se aproximaban las señales del gusano.

—¿No deberíamos oírles llamar al ala? —preguntó Halleck.

—Normalmente, el ala está en otra frecuencia distinta —dijo Kynes.

—¿No debería haber dos alas a disposición de cada tractor? —preguntó el Duque—. Hay veintiséis hombres en esa máquina, sin contar el coste del equipo.

—Vos no tenéis aún suficiente expe… —dijo Kynes. Se interrumpió al oír una voz enfurecida estallando en el altoparlante:

—¿Ninguno de vosotros ve el ala? No responde.

Hubo un torrente de chasquidos y de descargas, y luego resonó una señal de emergencia, un instante de silencio, y luego la misma voz de antes:

—¡Informen por orden de número! Cambio.

—Aquí Control de Rastreo. La última vez que vi el ala estaba muy alta y volaba hacia el noroeste. Ya no la veo. Cambio.

—Rastreador uno: negativo. Cambio.

—Rastreador dos: negativo. Cambio.

—Rastreador tres: negativo. Cambio.

Silencio.

El Duque miró hacia abajo. La sombra de su aparato pasaba en aquel momento justo por encima del tractor.

—Sólo hay cuatro rastreadores, ¿es correcto?

—Correcto —dijo Kynes.

—Nosotros disponemos en total de cinco aparatos —dijo el Duque—. Son grandes. Podemos cargar tres personas más en cada uno de ellos. Sus rastreadores deberían poder cargar un par más cada uno.

Paul hizo un cálculo mental.

—Quedan todavía tres —dijo.

—¿Por qué no hay dos alas de acarreo por cada tractor? —gruñó el Duque.

—Sabéis que no disponemos de equipo extra —dijo Kynes.

—¡Razón de más para proteger el que tenemos!

—¿Dónde puede haber ido a parar esa ala? —preguntó Halleck.

—Quizá se ha visto obligada a aterrizar en algún lado fuera de nuestro campo de visión —dijo Kynes.

El Duque tomó el micrófono y vaciló, con el pulgar apoyado en el interruptor.

—¿Cómo es posible que los rastreadores hayan podido perder de vista un ala de acarreo?

—Concentran toda su atención en el terreno, buscando señales de gusano —dijo Kynes.

El Duque pulsó el contacto y habló a través del micrófono.

—Aquí vuestro Duque. Estamos descendiendo para tomar con nosotros el grupo de extracción Delta Ajax nueve. Todos los rastreadores tienen orden de hacer otro tanto. Los rastreadores descenderán en el lado este. Nosotros lo haremos en el oeste. Cambio. —Cambió el micrófono a su frecuencia personal, y repitió la orden para su escolta aérea; luego pasó el micrófono a Kynes.

Kynes volvió a la frecuencia del equipo de trabajo, y una voz atronó en el altoparlante:

—¡… una carga casi completa de especia! ¡Tenemos una carga casi completa! ¡No podemos abandonarla por un maldito gusano! Cambio.

—¡Al diablo la especia! —gruñó el Duque. Tomó nuevamente el micrófono—: Siempre podremos encontrar más especia. Nuestros aparatos pueden llevarlos a todos ustedes menos tres. Háganlo a suertes o decidan cómo crean mejor quiénes de ustedes van a venir. Pero deben ser evacuados, ¡es una orden! —Tiró violentamente el micrófono a las manos de Kynes y murmuró—: Lo siento —mientras Kynes se llevaba a la boca un dedo contuso.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Paul.

—Nueve minutos —dijo Kynes.

—Este aparato es más potente que los otros —dijo el Duque—. Si despegamos con los chorros y las alas a tres cuartos, podríamos meter a otro hombre más.

—La arena es blanda —dijo Kynes.

—Con una sobrecarga de cuatro hombres, corremos el riesgo de romper las alas despegando con los chorros, Señor —dijo Halleck.

—No con este aparato —dijo el Duque. Accionó de nuevo los mandos, mientras la máquina planeaba por encima del tractor. Las alas se alzaron, frenando al aparato que, tras un último planeo, fue a posarse a una veintena de metros del tractor.

Este permanecía silencioso ahora, y la arena no surgía a chorros por sus orificios. Tan sólo se oía un leve zumbido mecánico, que se hizo más intenso cuando el Duque abrió la portezuela.

Inmediatamente, sus olfatos fueron asaltados por el olor a canela, denso y penetrante.

Con un sonoro batir de alas, los rastreadores planearon sobre la arena, al otro lado del tractor. La escolta del Duque descendió a su vez en picado, junto a ellos.

Paul miró a la enorme mole del tractor, junto a la cual los tópteros parecían minúsculos mosquitos al lado de un monstruoso escarabajo.

—Gurney, tú y Paul echad fuera los asientos posteriores —dijo el Duque. Plegó manualmente las alas a tres cuartos, les dio el ángulo preciso, y revisó los controles de los chorros—. ¿Por qué diablos no salen aún de esa máquina?

—Aún esperan que llegue el ala de acarreo —dijo Kynes—. Todavía les quedan unos cuantos minutos. —Miró al desierto, hacia el este.

Todos volvieron la vista en la misma dirección, sin ver ninguna señal del gusano, pero el aire estaba cargado de ansiedad.

El Duque tomó el micrófono y pasó a su frecuencia de órdenes.

—Dos de ustedes despréndanse de sus generadores del escudo. Por orden de número. Así podrán cargar a otro hombre. No vamos a dejar ningún hombre a ese monstruo. —Volvió a la frecuencia de trabajo y gritó—: ¡Bien, ustedes, los de Delta Ajax nueve! ¡Afuera! ¡Rápido! ¡Es una orden de su Duque! ¡Muévanse o cortaré ese tractor con un láser!

Una compuerta se abrió de golpe junto a la nariz del tractor, otra en el extremo posterior, y una tercera en la parte alta. Empezaron a salir hombres, tropezando y resbalando con la arena. Un hombre alto

envuelto en unas ropas remendadas fue el último en salir. Saltó primero a una de las orugas, y luego a la arena.

El Duque colocó el micrófono en el panel y salió al exterior. De pie sobre uno de los peldaños del ala, gritó:

—¡Dos hombres en cada uno de los rastreadores!

El hombre de la ropa remendada dividió al personal en grupos de a dos y los envió a los aparatos que esperaban al otro lado.

—¡Cuatro aquí! —gritó el Duque—. ¡Cuatro en aquella máquina! —apuntó un dedo hacia uno de los tópteros de escolta directamente detrás de él. Los guardias acababan en aquel momento de echar fuera el generador del escudo—. ¡Cuatro en aquel otro aparato! —apuntó a otro que ya había descargado su generador—. ¡Y tres en los demás! ¡Corred, especie de perros de arena!

El hombre alto terminó de distribuir a los hombres y se acercó arrastrando los pies por la arena, seguido por tres de sus compañeros.

—Oigo el gusano, pero no puedo verlo —dijo Kynes.

Entonces lo oyeron todos. Era como un frotar rasposo, un crepitar distante que crecía en intensidad.

—Maldita manera de trabajar —gruñó el Duque.

Los aparatos comenzaron a batir las alas sobre la arena a su alrededor. El Duque pensó en las junglas de su planeta natal, el alzar el vuelo de los grandes pájaros carroñeros, sorprendidos en un claro sobre el costillaje desnudo de su presa por un toro salvaje.

Los trabajadores de la especia se apresuraron trabajosamente a lo largo del flanco del tóptero, y comenzaron a subir y a instalarse detrás del Duque. Halleck les ayudó, tirando de ellos y empujándoles hacia el fondo del vehículo.

—¡Arriba, chicos! —exclamó—. ¡Aprisa!

Paul, apretado contra un rincón entre aquellos hombres jadeantes, percibió el olor del miedo, y vio que dos de ellos llevaban el destiltraje parcialmente abierto en el cuello. Tomó mentalmente nota de ello para el futuro. Su padre tendría que imponer una disciplina más rigurosa respecto a los destiltrajes. Los hombres tienden a relajarse si uno descuida ciertas cosas.

El último hombre subió a bordo y jadeó:

—¡El gusano! ¡Está casi sobre nosotros! ¡Despeguemos!

El Duque se deslizó a su asiento, frunciendo el ceño.

—Tenemos aún tres minutos, según el cálculo del primer contacto. ¿No es así, Kynes? —Cerró la portezuela y la comprobó.

—Exactamente, mi Señor —dijo Kynes, y pensó: *Ese Duque no pierde nunca los nervios.*

—Todo a punto, Señor —dijo Halleck.

El Duque asintió, comprobó que el último de los aparatos de escolta había despegado. Reguló la ascensión, dio una última ojeada a las alas y a los instrumentos, y pulsó el mando de los chorros.

La presión del despegue hundió al Duque y a Kynes contra sus asientos, empujando enérgicamente a la gente de atrás. Kynes observó el modo como el Duque manejaba los controles… delicadamente y con seguridad. El tóptero estaba ya en el aire, y el Duque estudiaba sus instrumentos, sin perder de vista las alas, a la derecha y a la izquierda.

—Vamos muy cargados, Señor —dijo Halleck.

—Dentro de los límites de la tolerancia de este aparato —dijo el Duque —. ¿Crees que me atrevería a arriesgar la vida de mis pasajeros, Gurney?

Halleck sonrió.

—Ni por un instante, Señor —dijo.

El Duque maniobró el aparato a lo largo de una amplia curva ascendente, hasta la vertical del tractor.

Paul, aplastado contra un rincón al lado de la ventanilla, miró hacia abajo, hacia la silenciosa máquina sobre la arena. La señal del gusano se había interrumpido a unos cuatrocientos metros del tractor. Y ahora estaba empezando a aparecer una cierta turbulencia en la arena alrededor de la máquina.

—El gusano está ahora bajo el tractor —dijo Kynes—. Vais a asistir a un espectáculo que pocos hombres han visto.

Manchas de polvo sombrearon ahora la arena alrededor del tractor. La enorme máquina comenzó a hundirse, inclinándose hacia la derecha. Un gigantesco vórtice de arena comenzó a formarse en este lado del tractor. Giró más y más rápidamente. La arena y el polvo se elevaron por el aire a centenares de metros a todo su alrededor.

¡Entonces lo vieron!

Un enorme agujero se formó en la arena. La luz del sol brilló en las paredes blancas y lisas. El orificio, estimó Paul, tenía al menos el doble de diámetro que la longitud del tractor. Miró fascinado la máquina girando en aquella abertura, en el corazón de una auténtica tormenta de polvo y arena. El agujero volvió a cerrarse.

—¡Dios, vaya monstruo! —murmuró un hombre al lado de Paul.

—¡Toda nuestra especia! —gruñó otro.

—Alguien pagará por esto —dijo el Duque—. Os lo prometo.

En la voz desprovista de expresión de su padre, Paul percibió una profunda ira. Tuvo consciencia de compartirla. ¡Era un despilfarro criminal!

En el silencio que siguió oyeron la voz de Kynes.

—Bienaventurado el Hacedor y Su agua —murmuraba Kynes—. Bienaventurada Su llegada y Su partida. Pueda Su paso purificar el mundo. Pueda Él conservar el mundo para Su pueblo.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó el Duque.

Pero Kynes permaneció en silencio.

Paul observó a los hombres apretados a su alrededor. Miraban aterrados la nuca de Kynes. Uno de ellos susurró:

—Liet.

Kynes se volvió, ceñudo. El hombre intentó esconderse, confuso.

Otro de los rescatados empezó a toser… una tos seca y áspera. Luego gruñó:

—¡Maldito sea ese agujero infernal!

—Cállate, Coss —dijo el hombre alto, el último en salir del tractor—. No haces más que empeorar tu tos. —Se abrió paso en el grupo hasta que estuvo cerca del Duque y pudo mirarle directamente a su nuca—. Vos sois el Duque Leto, supongo —dijo—. Es a vos a quien debemos dar las gracias por salvar nuestras vidas. Antes de vuestra llegada estábamos perdidos.

—Silencio, hombre, y deja al Duque pilotar su máquina —murmuró Halleck.

Paul observó a Halleck. También él había visto los músculos contraídos en el rostro de su padre. Uno debía actuar con cautela cuando el Duque estaba furioso.

Leto hizo salir al tóptero de su trayectoria circular, deteniéndola sobre la vertical para examinar mejor algo que se movía en la arena. El gusano se había retirado a las profundidades y ahora, cerca del lugar donde hasta hacía unos instantes se había hallado el tractor, podían verse dos figuras moviéndose hacia el norte, alejándose de la depresión arenosa. Parecían deslizarse por la superficie, levantando apenas algunos granos de arena.

—¿Quiénes son esos dos de ahí abajo? —barbotó el Duque.

—Dos tipos que se unieron a nosotros para ver, Señor —dijo el alto hombre de las dunas.

—¿Por qué nadie me dijo nada acerca de ellos?

—Fueron ellos quienes quisieron correr ese riesgo, Señor —dijo el hombre de las dunas.

—Mi Señor —dijo Kynes—, esos hombres saben que puede hacerse bien poco por los hombres atrapados por el desierto en el territorio de un gusano.

—¡Enviaremos un aparato de la base a buscarlos! —cortó el Duque.

—Como queráis, mi Señor —dijo Kynes—. Pero, cuando llegue, probablemente ya no haya nada que salvar.

—Lo enviaremos de todos modos —dijo el Duque.

—Estaban en el mismo lugar donde ha surgido el gusano —dijo Paul—. ¿Cómo han conseguido escapar?

—Las paredes del orificio son curvadas, y eso hace que las distancias sean engañosas —dijo Kynes.

—Estamos malgastando carburante, Señor —aventuró Halleck.

—Me he dado cuenta, Gurney.

El Duque hizo girar el aparato en redondo hacia la Muralla Escudo. La escolta descendió de sus posiciones de observación y formó a sus flancos.

Paul reflexionó acerca de lo que habían dicho el hombre de las dunas y Kynes. Había percibido las verdades a medias, las mentiras completas. Los hombres en la arena, allí abajo, habían huido con una seguridad tal,

moviéndose de un modo tan obviamente calculado, que era evidente que conocían el modo de no atraer de nuevo al gusano fuera de sus profundidades.

¡Fremen! , pensó Paul. *¿Quién más podía moverse por la arena con tanta seguridad? ¿Quién más no se hubiera sentido presa de nuestro mismo terror…* sabiendo *que ellos no estaban en peligro?* ¡Ellos *saben cómo vivir aquí!* ¡ Ellos *saben cómo escapar al gusano!*

—¿Qué hacían esos Fremen en el tractor? —preguntó Paul.

Kynes se volvió bruscamente.

El alto hombre de las dunas dirigió la mirada de sus grandes ojos hacia Paul… azul sobre azul.

—¿Quién es ese muchacho? —preguntó.

Halleck se interpuso entre el hombre y Paul.

—Es Paul Atreides, el heredero ducal —dijo.

—¿Por qué dice que había Fremen en nuestra máquina? —preguntó el hombre.

—Corresponden a la descripción —dijo Paul.

Kynes se relajó.

—¡No se puede identificar a un Fremen con una sola ojeada! —dijo. Miró al hombre de las dunas—. Tú, ¿quiénes eran esos hombres?

—Amigos de uno de los otros —dijo el hombre de las dunas—. Amigos de un poblado que querían ver las arenas de la especia.

Kynes se volvió.

—¡Fremen!

Pero recordó las palabras de la leyenda: *«El Lisan al-Gaib sabrá ver a través de cualquier subterfugio».*

—Seguramente ya habrán muerto ahora, joven Señor —dijo el hombre de las dunas—. No tendríamos que hablar mal de ellos.

Pero Paul seguía percibiendo la mentira en sus voces, y la amenaza que había hecho que Halleck se situara a su lado para protegerle.

—Es un lugar terrible para morir —dijo Paul secamente.

—Cuando Dios ordena a una criatura que muera en un lugar determinado —dijo Kynes sin volverse—, hace de modo que Su voluntad conduzca a la criatura hasta ese lugar.

Leto se volvió y dirigió una dura mirada a Kynes.

Y Kynes, devolviéndole la mirada, se sintió de pronto profundamente turbado por algo que no había previsto: *Este Duque se sentía mucho más preocupado por los hombres que por la especia. Ha arriesgado su propia vida y la de su hijo para salvarlos. Ha comentado la pérdida del tractor y toda la especia con un simple gesto. Pero la amenaza que pesaba sobre la vida de esos hombres lo ha encolerizado. Un líder como él podría asegurarse una fanática lealtad. Sería difícil de abatir.*

Contra su voluntad y contra sus anteriores juicios, Kynes tuvo que admitir para sí mismo: *Me gusta este Duque.*

16

La grandeza es una experiencia transitoria. Nunca es consistente. Dependen en parte de la imaginación humana creadora de mitos. La persona que experimenta la grandeza debe percibir el mito que la circunda. Debe reflexionar qué es proyectado sobre él. Y debe mostrarse fuertemente inclinado a la ironía. Esto le impedirá creer en su propia pretensión. La ironía le permitirá actuar independientemente de ella misma. Sin esta cualidad, incluso una grandeza ocasional puede destruir a un hombre.

De *Frases escogidas de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

En el comedor de la gran casa de Arrakeen, las lámparas a suspensor estaban encendidas para combatir la creciente oscuridad. Su amarillenta claridad iluminaba la negra cabeza de toro de ensangrentados cuernos, y se reflejaba en el oscuro retrato al óleo del Viejo Duque.

Bajo los talismanes parecía brillar con los reflejos de la platería de los Atreides, dispuesta en perfecto orden a lo largo de la enorme mesa… pequeños archipiélagos de vajilla junto a las copas de cristal, ante las sillas de madera tallada. El clásico candelabro central estaba apagado, y su cadena se perdía en las sombras del techo, donde estaba disimulado el mecanismo del detector de venenos.

Haciendo una pausa en el umbral para inspeccionar la disposición de la mesa, el Duque pensó en el detector de venenos y lo que significaba en su sociedad.

Todo según la norma , pensó. *Se nos puede definir por nuestro lenguaje… por las precisas y delicadas definiciones que empleamos para los distintos medios de suministrar una traidora muerte. ¿Quizá alguien va a emplear el chaumurky esta noche… el veneno de la bebida? ¿O tal vez el chaumas… el veneno de la comida?*

Agitó la cabeza.

Frente a cada silla, a todo lo largo de la mesa, había una jarra llena de agua. Había bastante agua en aquella mesa, estimó el Duque, como para permitir a una familia pobre de Arrakeen vivir más de un año.

Flanqueando la puerta había dos grandes cuencos de esmalte verde. Cada cuenco tenía al lado un perchero con toallas. La costumbre, le había explicado el ama de llaves, quería que cada invitado, al entrar, sumergiera ceremoniosamente sus manos en uno de los cuencos, derramando parte del agua por el suelo, se las secara luego en una de

las toallas, y arrojara después ésta al cada vez mayor charco de agua del pavimento. Después de la comida, los mendigos reunidos fuera podían recoger el agua retorciendo las toallas.

Típico de un feudo Harkonnen , pensó el Duque. *Todas las degradaciones que la mente pueda concebir*. Inspiró profundamente, sintiendo que la ira retorcía su estómago.

—¡Esa costumbre termina aquí! —murmuró.

Vio a una de las sirvientas, una de las viejas y rugosas mujeres que el ama de llaves había recomendado, dirigiéndose hacia la puerta de la cocina ante él. El Duque le hizo una seña con la mano. Ella salió de las sombras y dio la vuelta a la mesa para acercarse, y pudo observar su reseco rostro parecido a cuero y los ojos azules sobre azul.

—¿Desea mi Señor? —mantenía la cabeza baja, con los ojos semicerrados.

Hizo un gesto:

—Haz desaparecer estos cuencos y estas toallas.

—Pero… Noble Nacido… —levantó la cabeza y le miró, con la boca abierta.

—¡Conozco la costumbre! —gritó—. Lleva estos cuencos a la puerta de la entrada. Mientras estemos comiendo y hasta que hayamos terminado cada mendigo que lo desee recibirá una taza llena de agua. ¿Has comprendido?

El curtido rostro reveló toda una serie de emociones: desesperación, rabia…

Con una súbita inspiración, Leto comprendió que ella había planeado vender el agua exprimiendo aquellas toallas, arrancándoles algunas monedas a aquellos miserables que se presentaran a la puerta. Quizá esta era también la costumbre.

Su rostro se ensombreció.

—Dispondré un hombre de guardia para que vigile que mis órdenes sean cumplidas al pie de la letra —gruñó.

Dio media vuelta y recorrió a largos pasos el corredor que conducía al Gran Salón. Los recuerdos se agitaban en su mente como el murmullo de viejas mujeres desdentadas. Recordaba las grandes extensiones de agua y las olas… días de hierba y no días de arena… y todos los esplendorosos veranos que habían sido barridos como hojas por una tormenta.

Todo se había ido.

Me estoy haciendo viejo , pensó. *He sentido la gélida mano de la muerte. ¿Y dónde la he sentido? En la rapacidad de una vieja.*

En el Gran Salón, Dama Jessica era el centro de un abigarrado grupo frente a la chimenea. Un gran fuego crepitaba en ella, dando una luminosidad de reflejos anaranjados a los brocados y las ricas telas y las joyas. Reconoció en el grupo a un fabricante de destiltrajes de Carthag, un importador de aparatos electrónicos, un transportista de agua cuya morada estival había sido edificada en las proximidades de la factoría de extracción polar, un representante del Banco de la Cofradía (ascético y ausente, como siempre), un comerciante de piezas de recambio para el equipo de extracción de especia, una mujer delgada y de anguloso rostro cuyo trabajo de guía y acompañante para los visitantes de otros planetas era reputado como encubrimiento a labores de contrabando, espionaje y chantajes.

La mayor parte de las demás mujeres de la sala parecían pertenecer a un tipo muy específico: decorativas, perfectas hasta el mínimo detalle, una extraña mezcla de virtud intocable y de sensualidad.

Incluso sin su posición de anfitriona, Jessica hubiera dominado al grupo, pensó. No llevaba ninguna joya, y se había vestido con colores cálidos: un largo vestido que resplandecía casi con el color del fuego, y una cinta del color de la tierra anudada alrededor de sus cabellos.

Comprendió que ella quería reprocharle así, de aquella sutil manera, la reciente frialdad de su actitud. Sabía que él la prefería vestida así… como un abanico de vivos colores.

Ligeramente aparte, con su brillante uniforme, el rostro impasible, los negros cabellos recogidos y cuidadosamente peinados, estaba Duncan Idaho. Había dejado a los Fremen por orden de Hawat: *«Bajo el pretexto de protegerla, tendrás a Dama Jessica bajo constante vigilancia».*

El Duque miró en torno suyo por la gran sala.

Paul estaba en un rincón, rodeado de un grupo de ávidos jóvenes pertenecientes a las más ricas familias de Arrakeen, y a poca distancia de él había tres oficiales de las Tropas de la Casa. El Duque dedicó una particular atención a las chicas. Un rico botín de caza para un heredero ducal. Pero Paul las trataba a todas por igual, con una noble reserva.

Llevará bien el título , pensó el Duque, y se dio cuenta con un estremecimiento de que aquel era también un pensamiento de muerte.

Paul vio a su padre en el umbral, y evitó su mirada. Miró hacia el grupo de los invitados, manos enjoyadas sosteniendo los vasos (y la discreta

inspección de los detectores de veneno disimulados en cualquier objeto). Viendo aquellas bocas incansables, Paul sintió un repentino desánimo. No eran más que máscaras baratas aplicadas sobre pensamientos infectos, voces chillonas que se alzaban para intentar dominar el profundo silencio que reinaba en sus pechos.

Estoy de mal humor , pensó Paul, y se preguntó qué hubiera dicho Gurney al respecto.

Conocía el origen de aquel malhumor. No hubiera querido participar en aquella recepción, pero su padre había sido firme: «Tienes un rango, una posición que defender. Eres bastante adulto como para hacerlo. Ya casi eres un hombre».

Paul vio a su padre avanzar, inspeccionar la sala y dirigirse al grupo que rodeaba a Dama Jessica.

Mientras Leto se acercaba al grupo de Jessica, el transportista de agua estaba diciendo:

—¿Es cierto que el Duque quiere instalar un control climático?

—Mis proyectos no llegan hasta tal punto, señor —dijo el Duque detrás del hombre.

Éste se volvió, mostrando su rostro redondo y bronceado.

—Ah, el Duque —dijo—. Habíamos observado vuestra ausencia.

Leto miró a Jessica.

—Había algo que debía ser hecho —dijo. Volvió de nuevo su atención al transportista de agua y explicó lo que había ordenado con respecto a los cuencos, añadiendo—: En lo que a mí respecta, esa vieja costumbre termina aquí.

—¿Es una orden ducal, mi Señor? —preguntó el hombre.

—Dejo esto a vuestra… conciencia —dijo el Duque. Se volvió, viendo a Kynes avanzar hacia el grupo.

—Creo que es un gesto muy generoso por vuestra parte —dijo una de las mujeres—. Ofrecer el agua a… —alguien la hizo callar.

El Duque observó a Kynes, notando que el planetólogo llevaba el uniforme marrón oscuro de antiguo estilo, con las charreteras del Servicio Imperial y una minúscula gota de oro indicando su rango en el cuello.

—¿Debo entender que las palabras del Duque implican una crítica hacia nuestras costumbres? —preguntó el transportista de agua con voz irritada.

—Esa costumbre ha sido cambiada —dijo Leto. Saludó a Kynes con una inclinación de cabeza y observó un fruncimiento de cejas por parte de Jessica. *Fruncir las cejas no es cosa de Jessica* , pensó, *pero alimentará los rumores de fricción entre nosotros.*

—Con el permiso del Duque —dijo el transportista de agua—, me gustaría profundizar algo más acerca de las costumbres.

Leto percibió la repentina untuosidad de la voz del hombre, notó el silencio del grupo, observó que todas las cabezas en la sala se volvían hacia ellos.

—¿No es casi la hora de la cena? —preguntó Jessica.

—Pero nuestro huésped ha hecho una pregunta —dijo Leto. Y miró fijamente al transportista de agua, viendo a un hombre de rostro alunado con grandes ojos y gruesos labios y recordando el informe de Hawat: *«… y ese transportista de agua es un hombre que debe ser vigilado. Recordad su nombre: Lingar Bewt. Los Harkonnen lo usaron, aunque sin llegar a controlarlo alguna vez totalmente».*

—Las costumbres relacionadas con el agua son muy interesantes —dijo Bewt, y su rostro se iluminó con una sonrisa—. Tengo curiosidad por saber qué pensáis hacer con el invernadero anexo a esta casa. ¿Continuaréis haciendo ostentación de él ante el pueblo… mi Señor?

Leto dominó su cólera mientras miraba al hombre. Los pensamientos brotaban de su mente. Estaba desafiándole en su propio castillo, especialmente ahora que la firma de Bewt estaba al pie de un contrato de lealtad. Claro que aquel hombre parecía gozar de un cierto poder personal. El agua significaba poder en aquel mundo. Por ejemplo, si todas las fuentes de agua fueran destruidas a una señal… El hombre se veía capaz de hacerlo. La destrucción del agua facilitaría la destrucción de Arrakis. Esta debía ser la amenaza que había usado Bewt con los Harkonnen.

—Mi Señor el Duque y yo tenemos otros planes para nuestro invernadero —dijo Jessica. Sonrió a Leto—. Pensamos conservarlo, es cierto, pero tan sólo en nombre del pueblo de Arrakis. Nuestro sueño es conseguir que un día el clima de Arrakis pueda ser cambiado lo suficiente como para permitir que plantas como esas crezcan por todas partes, a cielo abierto.

¡Bendita sea! , pensó Leto. *Veamos como engulle esto nuestro transportista de agua.*

—Vuestro interés por el agua y el control climático es obvio —dijo el Duque—. Os aconsejo diversificar vuestros intereses. Llegará un día en que el agua ya no será un bien tan precioso en Arrakis.

Y pensó: *Hawat debe redoblar sus esfuerzos para infiltrarse en esa organización de Bewt. Y debemos redoblar inmediatamente la vigilancia sobre las fuentes de agua. ¡Nadie puede sostener tal amenaza sobre mi cabeza!*

Bewt asintió, sin dejar de sonreír.

—Un hermoso sueño, mi Señor —y dio un paso hacia atrás.

Leto vio entonces la expresión del rostro de Kynes. El hombre estaba contemplando a Jessica. Su semblante estaba transfigurado… como un hombre enamorado… o presa de un trance religioso.

Los pensamientos de Kynes estaban ocupados totalmente en aquel momento por las palabras de la profecía: *«Y compartirán con vosotros vuestro sueño más precioso».* Habló directamente a Jessica:

—¿Pensáis tomar el camino más corto?

—¡Ah, doctor Kynes! —dijo el transportista de agua—. Habéis venido, abandonando vuestras miserables hordas Fremen. Muy gentil por vuestra parte.

Kynes posó en Bewt una mirada inescrutable.

—En el desierto —replicó— se dice que la posesión de agua en grandes cantidades lleva al hombre a fatales consecuencias.

—Hay muchos dichos extraños en el desierto —dijo Bewt, pero su voz traicionaba su turbación.

Jessica se acercó a Leto, deslizó su mano bajo el brazo del hombre, intentando calmarse por un momento. Kynes había dicho:

«… el camino más corto». En la antigua lengua, estas palabras podían ser traducidas como «Kwisatz Haderach». La extraña pregunta del planetólogo había pasado inadvertida para los demás, y ahora Kynes se inclinaba hacia una de las mujeres del grupo, prestando oídos a alguna coquetería murmurada en voz baja.

Kwisatz Haderach , pensó Jessica. ¿Acaso la Missionaria Protectiva había implantado también aquí la leyenda? Ante este pensamiento sintió avivarse las secretas esperanzas que alimentaba con respecto a Paul. *Podría ser el Kwisatz Haderach. Podría serlo.*

El representante del Banco de la Cofradía hablaba con el transportista de agua, y la voz de Bewt resonó por un instante sobre el murmullo de las conversaciones:

—Mucha gente ha intentado modificar Arrakis.

El Duque observó hasta qué punto aquellas palabras alteraron a Kynes, que se irguió y abandonó bruscamente a la dama y su frívola conversación.

En el repentino silencio, un soldado de la casa con uniforme de lacayo carraspeó y dijo, mirando a Leto:

—La cena está servida, mi Señor.

El Duque miró interrogativamente a Jessica.

—La costumbre aquí es que los anfitriones sigan a sus invitados hacia la mesa —dijo ella con una sonrisa—. ¿Cambiamos también eso, mi Señor?

—Me parece una buena costumbre —respondió él fríamente—. La dejaremos por el momento.

La ilusión de que sospecho de ella por traición debe ser mantenida , pensó. Observó como los invitados desfilaban ante él. *¿Quién entre vosotros cree en tal mentira?*

Jessica advirtió su distanciamiento y, una vez más, se preguntó la razón, como había hecho tantas veces aquella última semana. *Actúa como un hombre en lucha consigo mismo* , pensó. *¿Es acaso porque he organizado esta velada demasiado pronto? Sin embargo, sabe muy bien la importancia que tiene el que comencemos a mezclar nuestros oficiales y nuestros hombres con los notables del planeta. Somos en cierto modo el padre y la madre de todos ellos. Nada impresiona más que estas formas de reunión social.*

Leto, observando a los huéspedes que pasaban por su lado, recordó las palabras que había pronunciado Thufir Hawat cuando se enteró del asunto: *«¡Señor! ¡Lo prohíbo!».*

Una amarga sonrisa apareció en el rostro del Duque. Vaya escena había sido. Y cuando el Duque se mostró inamovible con respecto a la celebración de aquella cena, Hawat había agitado largamente la cabeza.

—Tengo un mal presentimiento al respecto, mi Señor —había dicho—. Las cosas se mueven demasiado aprisa en Arrakis. Este no es el modo de actuar de los Harkonnen. No lo es en absoluto.

Paul pasó junto a su padre, escoltando a una joven media cabeza más alta que él. Lanzó una gélida mirada a su padre, asintiendo a algo que la muchacha le había dicho.

—Su padre fabrica destiltrajes —dijo Jessica—. He oído decir que sólo un loco aceptaría aventurarse en el desierto con uno de sus trajes.

—¿Quién es el hombre de la cicatriz en el rostro que está delante de Paul? —preguntó el Duque—. No consigo identificarle.

—Un invitado de última hora —susurró ella—. Gurney arregló la invitación. Es un contrabandista.

—¿Gurney lo arregló?

—A petición mía. Ha sido garantizado por Hawat, aunque creo que Hawat no se siente muy entusiasta a su respecto. Es un contrabandista llamado Tuek, Esmar Tuek. Tiene poder en su ambiente. Todos lo conocen. Ha sido huésped en la mayor parte de casas.

—¿Por qué está aquí?

—Todos se harán la misma pregunta —dijo Jessica—. Tuek diseminará con su presencia la duda y la sospecha. Hará creer además que estás decidido a hacer respetar tus órdenes contra la corrupción… con el apoyo de los contrabandistas si es necesario. Esto último le ha gustado a Hawat.

—No estoy seguro de que a *mí* me guste. —Hizo una inclinación de cabeza a una pareja que pasaba, y observó que ya quedaban muy pocos invitados en la sala—. ¿Por qué no has invitado a algunos Fremen?

—Está Kynes —dijo ella.

—Sí, está Kynes —aceptó él—. ¿Habéis preparado alguna otra pequeña sorpresa para mí? —La condujo hacia el comedor, al final de la procesión.

—Todo lo demás es enteramente convencional —dijo ella.

Y pensó: *Querido, ¿no comprendes que estos contrabandistas disponen de naves rápidas y pueden ser sobornados? ¿Que debemos tener abierta una vía de escape, una puerta para huir de Arrakis si todo lo demás nos falla?*

Entraron en el comedor, y ella se soltó de su brazo, y Leto la ayudó a sentarse. Después se dirigió hacia su extremo de la mesa. Un lacayo estaba de pie detrás de su silla. Los demás invitados se sentaron con un ruido de roce de tejidos y rumor de seda arrugándose, pero el Duque permaneció de pie. Hizo un gesto con la mano, y los soldados de la casa

con uniforme de lacayos alrededor de la mesa dieron un paso atrás y se cuadraron.

La estancia se sumergió en un inquieto silencio.

Jessica, observando desde el otro extremo de la mesa, percibió un ligero temblor de las comisuras de la boca de Leto, y notó la ira que ensombrecía sus mejillas. *¿Qué es lo que le enfurece?* , se preguntó. *Ciertamente no el que haya invitado al contrabandista.*

—Algunos de ustedes han visto con malos ojos el hecho de que haya cambiado la costumbre de los cuencos de agua —dijo Leto—. Es mi forma de decirles que muchas cosas van a cambiar aquí.

Un silencio embarazado reinó alrededor de la mesa.

Creen que ha bebido , pensó Jessica.

Leto tomó su jarra de agua y la levantó, de modo que se reflejara a la luz de las lámparas a suspensor.

—Como Caballero del Imperio —dijo—, quiero proponer un brindis.

Los demás tomaron sus jarras, con sus ojos fijos en el Duque. En la repentina inmovilidad, una lámpara derivó levemente, empujada por una corriente de aire proveniente de las cocinas. Las sombras jugaron con los rasgos de halcón del Duque.

—¡Aquí estoy, y aquí permaneceré! —exclamó Leto.

Hubo un movimiento abortado de llevar las jarras a las bocas… que se interrumpió porque el Duque mantenía aún su brazo en alto.

—Mi brindis será una de las máximas más queridas a vuestros corazones: «¡Los negocios son los que hacen el progreso! ¡La fortuna pasa por todas partes!».

Bebió de su agua.

—¡Gurney! —llamó el Duque.

La voz de Halleck le llegó desde algún hueco a sus espaldas.

—Aquí estoy, mi Señor.

—Cántanos alguna canción, Gurney.

Un acorde en tono menor del baliset flotó surgiendo de alguna parte. A un gesto del Duque, los servidores comenzaron a depositar sobre la mesa las fuentes con la comida: liebre del desierto asada con salsa

cepeda, aplomage siriano, chukka helado, café con melange (el intenso olor a canela de la especia invadió la mesa), un auténtico pato a la marmita servido con vino espumoso de Caladan.

Sin embargo, el Duque permaneció de pie.

Mientras los invitados esperaban, con su atención dividida entre las fuentes colocadas ante ellos y el Duque de pie, Leto dijo:

—En los viejos tiempos era deber de un anfitrión distraer a los invitados según su talento. —Sus nudillos estaban blancos por la fuerza con que sostenía su jarra—. No puedo cantar, pero voy a recitaros las palabras de la canción de Gurney. Consideradlo otro brindis… un brindis para todos aquellos que han muerto para conducirnos hasta aquí.

Un movimiento de incomodidad agitó toda la mesa.

Jessica inclinó su mirada y observó a la gente sentada más cerca de ella: el transportista de agua de redonda cara, el pálido y austero representante del Banco de la Cofradía (que parecía un espantapájaros, con los ojos fijos en Leto), el curtido Tuek, con la cicatriz en su cara y sus ojos totalmente azules bajados.

—«En revista, amigos… soldados que hace tanto tiempo no habéis pasado revista» —entonó el Duque—. «Vuestro equipaje está hecho de dolor y de dólares. Sus espíritus pesan sobre vuestros collares de plata. En revista, amigos… soldados que hace tiempo no habéis pasado revista. A cada cual su tiempo, sin injustas pretensiones ni engaños. Con ellos pasa el espejismo de la fortuna. En revista, amigos… soldados que hace tiempo no habéis pasado revista. Cuando vuestro tiempo termine con su última mueca de sonrisa, dejad pasar el espejismo de la fortuna».

El Duque arrastró su voz hasta apagarla en la última estrofa, y engulló un buen sorbo de su jarra, dejándola después violentamente sobre la mesa. El agua saltó y salpicó el mantel.

Los otros bebieron en un embarazado silencio.

El Duque tomó de nuevo su jarra, y esta vez derramó la mitad de su contenido en el suelo, sabiendo que los demás tendrían que hacer lo mismo.

Jessica fue la primera en seguir su ejemplo.

Hubo un instante de inmovilidad en el tiempo, antes de que los demás comenzaran a vaciar sus jarras. Jessica vio que Paul, sentado al lado de su padre, estaba estudiando las reacciones a su alrededor. Ella misma se sintió fascinada por lo que revelaban las reacciones de los invitados… principalmente las mujeres. Aquello era agua limpia, potable, no ya una toalla empapada. La reluctancia en arrojarla se descubría en el temblor de las manos, en sus tardías reacciones, en las risitas nerviosas… y en la

violenta pero necesaria obediencia. Una mujer dejó caer su jarra al suelo, y volvió la vista hacia otro lado cuando su compañero masculino se la recogió.

Kynes, sin embargo, fue quien más atrajo su atención. El planetólogo vaciló, luego vació su jarra en un recipiente disimulado bajo su chaqueta. Sonrió a Jessica al darse cuenta de que ella le estaba mirando, y levantó la jarra vacía hacia ella, en un mudo brindis. No pareció en absoluto azorado por su acción.

La música de Halleck seguía flotando por la sala, pero ya no en clave menor, sino cadenciosa y alegre, como si Gurney intentara levantar los ánimos.

—Que empiece la comida —dijo el Duque, y se sentó.

Está furioso e indeciso , pensó Jessica. *La pérdida de aquel tractor le ha afectado más profundamente de lo que debiera. Hay algo más en aquella pérdida. Actúa como un hombre desesperado.* Tomó su tenedor, esperando ocultar con aquel gesto su repentina amargura. *¿Y por qué no? Está desesperado.*

Lentamente al principio, después con creciente animación, la cena prosiguió. El fabricante de destiltrajes cumplimentó a Jessica por la comida y el vino.

—Ambos son importados de Caladan —dijo ella.

—¡Soberbio! —dijo él, probando el chukka—. ¡Simplemente soberbio! Y ni una gota de melange en él. Uno termina aburriéndose de encontrar especia en todos lados.

El representante del Banco de la Cofradía se dirigió a Kynes.

—Según tengo entendido, doctor Kynes, se perdió otro tractor a causa de un gusano.

—Las noticias viajan aprisa —dijo el Duque.

—¿Así que es cierto? —preguntó el banquero, dirigiendo su atención a Leto.

—¡Por supuesto que es cierto! —replicó bruscamente el Duque—. La maldita ala de acarreo desapareció. ¿Cómo es posible que una cosa tan grande desaparezca sin dejar huella?

—Cuando el gusano apareció, ya no era posible salvar el tractor —dijo Kynes.

—¡Algo así *no* tendría que pasar! —repitió el Duque.

—Habitualmente, los rastreadores tienen sus ojos puestos en la arena —dijo Kynes—. Lo que les interesa principalmente son las señales del gusano. La tripulación de un ala de acarreo es normalmente de cuatro hombres, dos pilotos y dos técnicos. Si uno… o incluso dos de esos hombres estuvieran al servicio de los enemigos del Duque…

—Ha-h-h, ya veo —dijo el banquero—. Y vos, como Árbitro del Cambio, ¿qué hacéis en un caso así?

—Debo considerar mi posición muy cautelosamente —dijo Kynes—, y ciertamente no voy a discutirla en la mesa. —Y pensó: *¡Este pálido esqueleto de un hombre! Sabe perfectamente que ese es el tipo de infracción que me ha sido ordenado ignorar.*

El banquero sonrió, volviendo su atención hacia su comida. Jessica recordó una lección de los días de la escuela Bene Gesserit. El tema era espionaje y contraespionaje. Una Reverenda Madre de rostro rosado y alegre les había instruido, con una cantarina voz que contrastaba curiosamente con el tema tratado.

—Un hecho que hay que tomar en consideración en cualquier escuela de espionaje y/o contraespionaje es la similitud de las reacciones básicas en todos los graduados. Toda disciplina restringida deja su sello, su marca, en los estudiantes. Esta marca es susceptible de análisis y predicción.

»De hecho, los esquemas motivacionales tienden a hacerse idénticos en todos los agentes de espionaje. Esto quiere decir: habrá ciertos tipos de motivaciones que serán similares, incluso en individuos de escuelas distintas y con fines opuestos. Estudiaremos en primer lugar cómo separar estos elementos para su análisis: primero, por los esquemas de interrogatorio que revelan la orientación interna de los interrogadores; segundo, por el examen atento del modo como piensan y se expresan los sujetos bajo análisis. Descubriremos entonces que es muy sencillo determinar las raíces del lenguaje de nuestros sujetos, por supuesto a través de la inflexión de sus voces y su esquema de expresión.

Ahora, sentada en la mesa con su hijo y su Duque y sus invitados, escuchando al representante del Banco de la Cofradía, Jessica se estremeció ante su descubrimiento: el hombre era un agente al esquema de expresión de Giedi Prime… sutilmente disimulado, pero tan claro para su adiestrada percepción como si el hombre se hubiera presentado a sí mismo.

¿Significa esto que la propia Cofradía ha tomado posición frente a la Casa de los Atreides? , se preguntó a sí misma. La idea la trastornó, y disimuló su emoción encargando un nuevo plato, mientras dedicaba toda su atención al hombre, esperando que traicionara sus intenciones. *Va a llevar la conversación a temas aparentemente banales, pero con implicaciones amenazadoras* , se dijo. *Ese es su esquema de acción.*

El banquero tragó un bocado, lo regó con vino y sonrió a algo que había dicho la mujer de su derecha. Pareció interesarse por un momento en un hombre sentado al otro extremo de la mesa, que le estaba explicando al Duque que las plantas nativas de Arrakeen no tenían espinas.

—Me gusta estudiar el vuelo de los pájaros en Arrakis —dijo el banquero, dirigiéndose a Jessica—. Todos nuestros pájaros, por supuesto, son carroñeros, y muchos pueden vivir sin agua porque son bebedores de sangre.

La hija del fabricante de destiltrajes, sentada entre Paul y su padre al otro extremo de la mesa, hizo una mueca con su hermosa cara y frunció el ceño.

—Oh, Suu-Suu, decís las cosas más disgustantes —exclamó.

El banquero sonrió.

—Me llaman Suu-Suu porque soy el consejero de finanzas del Sindicato de Vendedores Ambulantes de Agua —y, como Jessica continuaba mirándolo en silencio, añadió—: Porque este es el grito de los vendedores de agua: «¡Suu-Suu-Suuk!» —e imitó la llamada con tanta perfección que muchos alrededor de la mesa se echaron a reír.

Jessica percibió la jactancia en su tono de voz, pero notó también que la joven había intervenido como obedeciendo a una señal, algo convenido para dar pie al banquero a decir lo que había dicho. Miró a Lingar Bewt. El magnate del agua estaba ceñudo, concentrado en su comida. Y Jessica se dio cuenta de que en realidad el banquero había dicho: «Yo también controlo la última fuente de poder en Arrakis… el agua».

Paul había notado la falsedad en la voz de su compañera de mesa, y observó que su madre seguía la conversación con una intensidad Bene Gesserit.

Impulsivamente, decidió contraatacar, acorralar al adversario. Se dirigió al banquero.

—¿Queréis decir acaso, señor, que todos esos pájaros son caníbales?

—Esa es una extraña pregunta, joven amo —dijo el banquero—. He dicho tan sólo que esos pájaros beben sangre. No es necesario que sea la sangre de los de su propia clase, ¿no es cierto?

—Mi pregunta *no* era extraña —dijo Paul, y Jessica notó la cortante agudeza de su réplica, fruto de su adiestramiento—. Casi todas las personas instruidas saben que para un organismo joven la máxima competencia procede de los seres de su propia especie —deliberadamente, clavó el tenedor en un bocado del plato de su

compañera y lo introdujo en su boca—. Comen del mismo plato. Sus necesidades son idénticas.

El banquero se envaró y miró ceñudamente al Duque.

—No cometáis el error de considerar a mi hijo como un niño —dijo el Duque. Y sonrió.

Jessica recorrió la mesa con la vista, observando que Bewt estaba algo más alegre, y que Kynes y el contrabandista, Tuek, sonreían.

—Hay una ley ecológica —dijo Kynes— que el joven amo parece haber comprendido muy bien. La lucha entre los distintos elementos de la vida y la lucha por la energía libre de un sistema. La sangre es una fuente de energía muy eficiente.

El banquero depositó su tenedor y cuando habló, lo hizo en tono irritado.

—Se dice que la escoria Fremen bebe sangre de sus muertos.

Kynes agitó la cabeza y dijo, en tono doctoral:

—No la sangre, señor. Pero toda el agua de un hombre, en último término, pertenece a su pueblo… a su tribu. Es una necesidad cuando se vive al borde de la Gran Llanura. Allí toda agua es preciosa, y el cuerpo humano está compuesto por un setenta por ciento de su peso en agua. Un hombre muerto, con toda seguridad, ya no la necesita.

El banquero posó sus manos sobre la mesa, a uno y otro lado del plato, y Jessica pensó que iba a echar la silla hacia atrás y levantarse para irse, en un gesto de rabia.

Kynes miró a Jessica.

—Perdonad, mi Dama, por hablar de un tema tan desagradable en la mesa, pero se había dicho una falsedad y era necesario aclarar las cosas.

—Habéis permanecido tanto tiempo con los Fremen que habéis perdido toda sensibilidad —graznó el banquero.

Kynes lo observó tranquilamente, estudiando su rostro pálido y tembloroso.

—¿Estáis desafiándome, señor?

El banquero se envaró. Tragó saliva, y dijo apresuradamente:

—Por supuesto que no. Jamás me permitiría insultar así a nuestros anfitriones.

Jessica captó el miedo en la voz del hombre, lo leyó en su rostro, en su respiración, en el latir de una vena en su sien. ¡El hombre se sentía aterrorizado por Kynes!

—Nuestros anfitriones son enteramente capaces de decidir por sí mismos cuándo son insultados —dijo Kynes—. Son gente valerosa que sabe cuándo hay que defender el honor. Todos somos testigos de su valentía por el solo hecho de que están aquí… ahora… en Arrakis.

Jessica vio que Leto estaba saboreando aquel instante. La mayoría de los demás, no. La gente, en torno a la mesa, parecía dispuesta a salir huyendo, con las manos ocultas bajo la mesa. Las únicas notables excepciones eran Bewt, que sonreía abiertamente ante la incómoda posición del banquero, y el contrabandista, Tuek, que parecía estudiar a Kynes en espera de su reacción. Jessica observó que Paul miraba a Kynes con clara admiración.

—¿Bien? —dijo Kynes.

—No quería ofenderos —murmuró el banquero—. Si he dado la impresión de ser ofensivo, os ruego aceptéis mis disculpas.

—Libremente dadas, libremente aceptadas —dijo Kynes. Sonrió a Jessica, y siguió como si no hubiera ocurrido nada.

Jessica observó que también el contrabandista se relajaba. Tomó buena nota de ello: aquel hombre había dado la impresión, durante toda la escena, de estar dispuesto a acudir en ayuda de Kynes si este lo hubiera necesitado. Existía un acuerdo de alguna clase entre Kynes y Tuek.

Leto jugueteaba con su tenedor, mirando especulativamente a Kynes. La actuación del planetólogo indicaba un cambio de actitud hacia la Casa de los Atreides. Kynes se había mostrado mucho más frío durante su viaje por el desierto.

Jessica pidió otra ronda de comida y bebida. Los servidores aparecieron con *langues de lapins de garenne* , vino tinto y una salsa de setas servida aparte.

Lentamente, las conversaciones de la cena se reanudaron, pero Jessica captó agitación en ellas, una cierta ansiedad, y vio que el banquero comía en un hosco silencio. *Kynes lo hubiera matado sin vacilar* , pensó. Y se dio cuenta de que había una predisposición al homicidio en el comportamiento de Kynes. Podía matar fácilmente, y adivinó que esta era una característica de los Fremen.

Jessica se volvió hacia el fabricante de destiltrajes, a su izquierda, y dijo:

—No dejo de sentirme asombrada por la importancia del agua en Arrakis.

—Es muy importante —admitió el hombre—. ¿Qué es ese plato? Es delicioso.

—Lenguas de conejo salvaje con una salsa especial —dijo ella—. Una receta muy antigua.

—Me gustaría tenerla —dijo el hombre.

Ella asintió.

—Os la haré enviar.

—Los recién llegados a Arrakis subestiman con frecuencia la importancia que tiene aquí el agua —dijo Kynes, mirando a Jessica—. Ya sabéis, debemos tener en cuenta la Ley del Mínimo.

Jessica se dio cuenta por el tono de su voz que aquellas palabras encerraban una prueba, y respondió:

—El crecimiento está limitado por la necesidad del elemento que se encuentra presente en menor cantidad. Y, naturalmente, la condición menos favorable es la que controla la tasa del crecimiento.

—Es raro encontrar a miembros de las Grandes Casas que estén al corriente de los problemas planetológicos —dijo Kynes—. En Arrakis, la condición más desfavorable para la vida es el agua. Y recordad que el propio *crecimiento* puede producir condiciones desfavorables a menos que sea conducido con extrema prudencia.

Jessica captó un mensaje oculto en las palabras de Kynes, pero no consiguió descifrarlo.

—El crecimiento —murmuró—. ¿Queréis decir que Arrakis podría tener un ciclo de agua mejor organizado que sustentara a los hombres bajo unas condiciones de vida más favorables?

—¡Imposible! —gruñó el magnate del agua.

Jessica desvió su atención hacia Bewt.

—¿Imposible?

—Imposible en Arrakis —dijo el hombre—. No escuchéis a ese soñador. Todas las pruebas de laboratorio están contra él.

Kynes miró a Bewt, y Jessica se dio cuenta de que todas las demás conversaciones alrededor de la mesa habían cesado, mientras la gente se concentraba en aquel nuevo enfrentamiento.

—Las pruebas de laboratorio tienden a olvidar un hecho muy simple —dijo Kynes—. El hecho es este: estamos enfrentándonos aquí con un problema que ha tenido su origen y existe fuera de este recinto, donde plantas y animales llevan una existencia normal.

—¡Normal! —resopló Bewt—. ¡Nada es normal en Arrakis!

—Precisamente todo lo contrario —dijo Kynes—. Podríamos desarrollar aquí algunas armonías a lo largo de líneas que fueran autosuficientes. Sólo hay que comprender cuáles son las limitaciones de este planeta y las presiones que se ejercen sobre él.

—Esto nunca se hará —dijo Bewt.

El Duque recordó súbitamente cuándo había cambiado Kynes su actitud hacia ellos: cuando Jessica había dicho que conservarían las plantas de invernadero en nombre del Pueblo de Arrakis.

—¿Cuánto costaría poner a punto un sistema autosuficiente, doctor Kynes? —preguntó Leto.

—Si conseguimos que el tres por ciento de los vegetales de Arrakis produzcan compuestos de carbono nutritivos, entonces habremos iniciado un sistema cíclico —dijo Kynes.

—¿El agua es el único problema? —preguntó el Duque. Notó la excitación de Kynes, y él mismo se sintió presa de ella.

—El del agua hace olvidar los otros problemas —dijo Kynes—. El planeta posee mucho oxígeno, pero no las demás características que usualmente lo acompañan: vida vegetal desarrollada e importantes fuentes de anhídrido carbónico provenientes de fenómenos como los volcanes. Se producen aquí inhabitualmente fenómenos químicos a lo ancho de enormes áreas.

—¿Disponéis de un proyecto piloto? —preguntó el Duque.

—Hemos consagrado mucho tiempo a poner a punto el Efecto Tansley… experimentos a pequeña escala a nivel de aficionado, pero a partir de los cuales mi ciencia podría deducir aplicaciones prácticas —dijo Kynes.

—Pero no hay bastante agua —dijo Bewt—. Todo se resume en que no hay bastante agua.

—El Maestro Bewt es un experto en agua —dijo Kynes. Sonrió, y siguió comiendo.

El Duque hizo un gesto imperativo con la mano derecha.

—¡No! —gritó—. ¡Quiero una respuesta! ¿Hay bastante agua, doctor Kynes?

Kynes no levantó los ojos de su plato.

Jessica estudió el juego de emociones en su rostro. *Sabe ocultarlas muy bien* , pensó, pero ya lo había registrado y ahora leía en él que lamentaba sus palabras.

—¿Hay bastante agua? —repitió el Duque.

—Es… posible —dijo Kynes.

¡Finge inseguridad! , pensó Jessica.

Con su agudo sentido de la verdad, Paul captó la subyacente motivación, y tuvo que usar todo su adiestramiento para ocultar su excitación. *¡Hay bastante agua! Pero Kynes no quiere que se sepa.*

—Nuestro planetólogo tiene también otros sueños muy interesantes —dijo Bewt—. Sueña con los Fremen… acerca de profecías y mesías.

Se oyeron risitas en algunos lugares de la mesa. Jessica observó a los que reían: el contrabandista, la hija del fabricante de destiltrajes, Duncan Idaho, la mujer con el misterioso servicio de escolta.

La tensión está sorprendentemente distribuida aquí esta noche , pensó. *Están ocurriendo demasiadas cosas que ignoro. Tendré que desarrollar nuevas fuentes de información.*

El Duque deslizó su mirada de Kynes a Bewt y luego a Jessica. Se sintió extrañamente aislado, como si se le hubiera escapado algo vital.

—Es posible —murmuró.

—Quizá debiéramos hablar de esto en otra ocasión, mi Señor —dijo Kynes rápidamente—. Hay tanta…

El planetólogo se interrumpió al ver a un guardia con uniforme de los Atreides aparecer precipitadamente por la puerta de servicio, pasar la guardia y acercarse corriendo al Duque. Se inclinó y susurró algo al oído de Leto.

Jessica reconoció la insignia del cuerpo de Hawat en su gorra, e intentó dominar su inquietud. Se dirigió a la compañera del fabricante de destiltrajes, una mujer pequeña de cabello oscuro, rostro de muñeca y ojos ligeramente estrábicos.

—Apenas habéis tocado vuestra comida, querida —dijo—. ¿Deseáis ordenar alguna otra cosa especial?

La mujer miró al fabricante de destiltrajes antes de responder.

—No tengo mucha hambre —dijo.

Bruscamente, el Duque se puso en pie al lado del soldado, y habló con un duro tono de mando:

—Que todo el mundo siga sentado. Ruego disculpas, pero hay algo que requiere mi atención personal. —Se apartó de la mesa—. Paul, toma mi lugar como anfitrión, por favor.

Paul se alzó, deseando preguntarle a su padre por qué razones tenía que ausentarse, pero sabiendo que tenía que actuar de acuerdo con las circunstancias. Se dirigió a la silla de su padre y ocupó su lugar.

El Duque se volvió entonces hacia el lugar donde estaba Halleck.

—Gurney, por favor, ocupa el lugar de Paul en la mesa. Debemos seguir siendo un número par. Cuando la comida haya terminado, es probable que te pida que conduzcas a Paul al puesto de mando. Permanece atento a mi llamada.

Halleck surgió de donde estaba, fuera de la vista de los demás. Iba vestido de uniforme, y destacaba de un modo incongruente con el refinamiento de las ropas de los demás invitados. Apoyó su baliset en la pared, avanzó hacia la silla que había ocupado Paul y se sentó en ella.

—No hay motivo de alarma —dijo el Duque—, pero debo rogar que nadie abandone nuestra casa hasta que mis guardias avisen que no hay peligro. La seguridad es absoluta aquí, y garantizo que este pequeño inconveniente será solucionado de inmediato.

Paul captó las palabras en código del mensaje de su padre: *guardias… peligro… seguridad… de inmediato.* El problema era seguridad, no violencia. Observó que también su madre había leído el mismo mensaje. Ambos se relajaron.

El Duque hizo una última breve inclinación de cabeza, se volvió y salió por la puerta de servicio seguido por el soldado.

—Por favor, continuemos con la comida —dijo Paul—. Creo que el doctor Kynes estaba hablando de agua.

—¿Podríamos hablar de ello en otra ocasión? —preguntó Kynes.

—Por supuesto —dijo Paul.

Y Jessica notó con orgullo la dignidad de su hijo, su madura seguridad en sí mismo.

El banquero tomó su jarra de agua e hizo un gesto hacia Bewt con ella.

—Ninguno de nosotros puede superar al Maestro Lingar Bewt en la floritura de sus frases. Uno casi podría suponer que aspira al estatus de las Grandes Casas. Vamos, Maestro Bewt, proponed un brindis.

»Quizá tengáis en reserva alguna perla de sabiduría para ese muchacho al que hay que tratar como un hombre.

Jessica apretó bajo la mesa el puño de su mano derecha. Vio a Halleck hacerle una señal con la mano a Idaho, y los soldados de la casa alineados a lo largo de las paredes adoptaron una posición de alerta máxima.

Bewt lanzó al banquero una venenosa mirada.

Paul observó a Halleck, notó las posiciones defensivas de sus guardias, luego miró al banquero hasta que el hombre bajó su jarra de agua. Entonces dijo:

—Una vez, en Caladan, vi el cuerpo de un pescador ahogado que acababan de sacar del agua. Tenía…

—¿Ahogado? —era la hija del fabricante de destiltrajes.

Paul vaciló.

—Sí —dijo—. Inmerso en el agua hasta morir. Ahogado.

—¡Qué interesante forma de morir! —murmuró la joven.

La sonrisa de Paul se endureció. Volvió su atención al banquero.

—Lo interesante acerca de ese hombre eran las heridas en sus hombros… producidas por los clavos de las botas de otro pescador. El pescador formaba parte de la tripulación de un bote (un aparato para viajar sobre el agua) que había naufragado… se había hundido en el agua. Otro pescador que había ayudado a extraer su cuerpo dijo que otras muchas veces había visto las mismas marcas. Significaban que otro pescador que se estaba ahogando había apoyado sus pies en los hombros de aquel desgraciado en un intento de alcanzar la superficie… de respirar aire.

—¿En qué es eso interesante? —preguntó el banquero.

—Porque mi padre, entonces, me hizo una observación. Dijo que es comprensible que un hombre, a punto de ahogarse, se apoye sobre

nuestros hombros en un intento de salvarse… excepto cuando uno ve que esto ocurre en un salón. —Paul vaciló lo suficiente como para que el banquero adivinara lo que seguía, y luego terminó—: Y, añadiría yo, excepto cuando uno ve que esto ocurre en la mesa de un banquete.

Un silencio absoluto invadió la estancia.

Eso ha sido temerario , pensó Jessica. *Ese banquero puede tener bastante rango como para desafiar a mi hijo.* Vio que Idaho estaba preparado para entrar en acción. Las tropas de la casa estaban alerta. Gurney Halleck tenía los ojos fijos en los hombres que tenía enfrente.

—¡Ja-ja-ja-a-a-a! —era el contrabandista, Tuek, con la cabeza echada hacia atrás, riendo salvajemente sin ninguna inhibición.

Unas sonrisas nerviosas brotaron alrededor de la mesa.

Bewt también sonrió.

El banquero había echado su silla hacia atrás y miraba colérico a Paul.

—Quien provoca a un Atreides lo hace bajo su cuenta y riesgo —dijo Kynes.

—¿Es costumbre de los Atreides insultar a sus invitados? —preguntó el banquero.

Antes de que Paul pudiera responder, Jessica se inclinó hacia adelante y dijo:

—¡Señor! —y pensó: *Tenemos que conocer el juego de esa criatura de los Harkonnen. ¿Está aquí para provocar a Paul? ¿Dispone de alguna ayuda?* —. Mi hijo ha hablado en términos generales. ¿Acaso os reconocéis en ellos? —preguntó—. ¡Una fascinante revelación! —Deslizó su mano hacia el crys que llevaba enfundado en la pantorrilla.

El banquero dirigió a Jessica una feroz mirada. Los ojos estaban centrados en Paul, que a su vez se había echado hacia atrás apartándose ligeramente de la mesa y preparándose para la acción. Su mente estaba enfocada en una palabra clave de su madre: *términos. «Preparado para violencia».*

Kynes dirigió una especulativa mirada hacia Jessica e hizo una sutil seña con la mano a Tuek.

El contrabandista saltó en pie, levantando la jarra.

—Quiero proponer un brindis —dijo—. Para el joven Paul Atreides; un muchacho aún por su aspecto, pero un hombre por sus actos.

¿Por qué se inmiscuyen? , se preguntó a sí misma Jessica.

El banquero miraba ahora a Kynes, y Jessica vio el terror volver de nuevo al rostro del agente.

Los demás invitados comenzaron a reaccionar alrededor de la mesa.

Cuando Kynes ordena, la gente obedece , pensó Jessica. *Acaba de decirnos que está del lado de Paul. ¿Cuál es el secreto de su poder? No puede ser porque sea el Árbitro del Cambio. Esto es temporal. Y ciertamente tampoco es porque esté al servicio directo del Emperador.*

Retiró su mano de la funda del crys y alzó su jarra hacia Kynes, que le devolvió el gesto.

Sólo Paul y el banquero (*¡Suu-Suu! ¡Vaya sobrenombre idiota!* , pensó Jessica) permanecían con las manos vacías. La atención del banquero estaba fija en Kynes. Paul miraba su plato.

Llevaba las cosas correctamente , pensó Paul. *¿Por qué han interferido?* Miró subrepticiamente a los invitados que estaban más cerca de él. *¿Preparado para violencia? ¿Por parte de quién? Ciertamente, no de ese banquero.*

Halleck se agitó y habló sin dirigirse a nadie en particular, mirando a un punto por encima de la cabeza de los demás.

—En nuestra sociedad, la gente no debería sentirse ofendida tan pronto. A veces es un suicidio. —Miró a la hija del fabricante de destiltrajes, sentada frente a él—. ¿No lo pensáis vos así, señorita?

—Oh, sí, sí. Por supuesto —dijo ella—. Hay demasiada violencia. Esto me pone enferma. Y muchas veces no hay la menor intención de ofender, pero la gente muere siempre. Es algo que no tiene sentido.

—Realmente, no tiene ningún sentido —afirmó Halleck.

Jessica observó la clara perfección de lo que recitaba la muchacha, y pensó: *Esa chica con la cabeza vacía no es en absoluto una chica con la cabeza vacía.* Y entonces vio la amenaza y comprendió que ni siquiera Halleck la había detectado. Probablemente su hijo había sido el primero en darse cuenta de ello… su adiestramiento le habría hecho ver inmediatamente aquella obvia trampa.

—¿No sería el momento de disculparnos de nuevo? —dijo Kynes al banquero.

—Mi Dama, temo haber subestimado vuestros vinos. Habéis servido bebidas fuertes, y no estoy acostumbrado a ellas.

Jessica percibió el veneno en sus palabras.

—Cuando unos extranjeros se encuentran —dijo con suavidad—, habría que hacer uso de una gran comprensión para entender sus diferencias de costumbres y de formación.

—Gracias, mi Dama —dijo el hombre.

La compañera de cabello oscuro del fabricante de destiltrajes se inclinó hacia Jessica y observó:

—El Duque nos ha dicho que aquí estaremos seguros. Espero que esto no signifique nuevos combates.

La han instruido para que lleve la conversación a este terreno , pensó Jessica.

—Seguramente no tendrá la menor importancia —dijo—. Pero hay muchos detalles que requieren la atención personal del Duque en estos momentos. Mientras continúe la enemistad entre los Atreides y los Harkonnen, nunca seremos demasiado prudentes. El Duque ha pronunciado el juramento kanly. Por supuesto, no va a dejar que ningún agente Harkonnen permanezca con vida aquí en Arrakis. —Observó al agente bancario de la Cofradía—. Y las Convenciones, naturalmente, le apoyan en eso. —Desvió su atención hacia Kynes—. ¿No es así, doctor Kynes?

—Así es, realmente —dijo Kynes.

El fabricante de destiltrajes tiró discretamente de su compañera hacia atrás.

—Creo que voy a comer algo más —dijo ella—. Me gustaría un poco de ese delicioso pájaro que nos han servido antes.

Jessica hizo un gesto a un sirviente y se volvió hacia el banquero.

—Y vos, señor, habláis de pájaros y de sus hábitos. Estoy enormemente interesada en todas las cosas que se refieren a Arrakis. Contadme, ¿dónde se extrae la especia? ¿Deben ir los cazadores muy adentro en el desierto?

—Oh, no, mi Señora —dijo el hombre—. Sabemos muy pocas cosas del desierto profundo. Y casi nada de las regiones meridionales.

—Hay un relato que dice que hay un gran Yacimiento Madre de especia en lo más profundo de esa región meridional —dijo Kynes—, pero sospecho que se trata tan sólo de la invención imaginativa de algún trovador en busca de letra para una canción. Algunos cazadores de especia más osados que otros penetran ocasionalmente en el cinturón

central, pero es extremadamente peligroso… la navegación es incierta y las tormentas frecuentes. Las víctimas se multiplican dramáticamente a medida que uno se aleja de la Muralla Escudo. Se ha descubierto que no es muy provechoso aventurarse demasiado al sur. Quizá si tuviéramos un satélite climatológico…

Bewt alzó los ojos y habló con la boca llena.

—Se dice que los Fremen viajan hasta allí, que van a cualquier lugar y que han descubierto calas y manantiales de sorbeo incluso en latitudes meridionales.

—¿Calas y manantiales de sorbeo? —preguntó Jessica.

—Puros rumores, mi Dama —intervino Kynes rápidamente—. Son cosas conocidas en otros planetas, no en Arrakis. Una cala es un lugar donde el agua se filtra hasta la superficie o casi, y es posible detectarla por la presencia de ciertas señales. Un manantial de sorbeo es un tipo de cala donde una persona puede sorber el agua a través de una cánula enterrada en la arena… al menos eso es lo que se dice.

Hay engaño en sus palabras , pensó Jessica.

¿Por qué miente? , se preguntó Paul.

—Es muy interesante —dijo Jessica. Y pensó: *«Eso es lo que se dice…». Qué curioso amaneramiento el que hay en su forma de expresarse. Si supieran hasta qué punto revela esto su dependencia de las supersticiones…*

—He oído en alguna parte que tenéis un dicho —observó Paul—. «La educación viene de las ciudades, la sabiduría del desierto».

—Hay muchos dichos en Arrakis —se alzó de hombros Kynes.

Antes de que Jessica pudiera formular una nueva pregunta, un sirviente se inclinó junto a ella y le entregó una nota. La abrió, reconoció la escritura del Duque y los signos codificados, la leyó.

—El Duque nos tranquiliza —dijo—. El asunto que lo ha alejado de nosotros ha sido solucionado. El ala de acarreo que había desaparecido ha sido hallada. Un agente Harkonnen infiltrado en la tripulación había conseguido eliminar a otros y pilotar la máquina hasta una base de contrabandistas, esperando venderla allí. Tanto el hombre como la máquina han sido restituidos a nuestras fuerzas —hizo una inclinación de cabeza en dirección a Tuek.

El contrabandista respondió con otra inclinación.

Jessica dobló la nota y la metió en una de sus mangas.

—Estoy contento de que esto no se haya convertido en una batalla abierta —dijo el banquero—. La gente tiene tantas esperanzas de que los Atreides traigan consigo paz y prosperidad…

—Especialmente prosperidad —dijo Bewt.

—¿Podemos tomar ya el postre? —preguntó Jessica—. He encargado a nuestro chef que prepare un dulce de Caladan: arroz pundi en salsa dolsa.

—Suena maravilloso —dijo el fabricante de destiltrajes—. ¿Sería posible obtener la receta?

—Todas las recetas que deseéis —dijo Jessica, *registrando* al hombre para mencionárselo más tarde a Hawat. El fabricante de destiltrajes era un pequeño y atemorizado arribista que podía ser comprado.

A su alrededor, las conversaciones se reanudaban:

—Un tejido realmente adorable…

—Tengo que hacerme un conjunto que le vaya a esta joya…

—Un aumento de producción en el próximo trimestre…

Jessica se enfrascó en su plato, pensando en la parte codificada del mensaje de Leto: *«Los Harkonnen han intentado introducir un cargamento de láseres. Los hemos capturado. Pero esto puede significar que otros cargamentos hayan pasado. Y hay que tener en cuenta que no les conceden mucha importancia a los escudos. Toma las precauciones apropiadas».*

Jessica pensó en los láseres. Los ardientes rayos de destructiva luz podían perforar cualquier sustancia, a menos que esta sustancia estuviera protegida por un escudo. El hecho de que la interferencia del rayo con un escudo pudiera hacer estallar el láser o el escudo no parecía preocupar a los Harkonnen. ¿Por qué? Una explosión láser-escudo tenía una peligrosa variante, ya que podía revelarse más potente que una explosión atómica o podía matar tan sólo al tirador y a su blanco.

Los factores desconocidos eran los que más la inquietaban.

—Estaba seguro de que recuperaríamos esa ala de acarreo —dijo Paul —. Cuando mi padre ataca un problema, lo resuelve. Es un hecho que los Harkonnen apenas empiezan a descubrir.

Se está vanagloriando , pensó Jessica. *No debería hacerlo. Nadie que esta noche se vea obligado a dormir en las profundidades del subsuelo como una precaución contra los láseres tiene derecho a vanagloriarse.*

17

No hay escapatoria… pagamos por la violencia de nuestros antepasados.

De *Frases escogidas de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Jessica oyó el tumulto en el gran salón, y encendió la luz de la cabecera de su cama. El reloj no estaba aún correctamente ajustado al tiempo local, y tuvo que restar veintiún minutos para determinar que eran alrededor de las dos de la madrugada.

El tumulto era fuerte y confuso.

¿Un ataque de los Harkonnen? , se preguntó.

Se deslizó fuera de la cama y comprobó los monitores para ver dónde se hallaba su familia. La pantalla reveló a Paul durmiendo en una habitación del sótano que habían habilitado apresuradamente para él. Obviamente el ruido no llegaba hasta allí. No había nadie en las habitaciones del Duque, su cama estaba intacta. ¿Se hallaba todavía en el puesto de mando?

No había ninguna pantalla conectada con la parte delantera de la casa.

Jessica se inmovilizó en medio de la estancia, escuchando.

Resonó un grito, una voz incoherente. Alguien llamó al doctor Yueh. Jessica tomó su bata, se la echó por los hombros, deslizó sus pies en las zapatillas y se colocó el crys en su pantorrilla.

De nuevo, una voz llamó al doctor Yueh.

Jessica se ató el cinturón y salió al corredor. Entonces la sacudió un pensamiento: *¿Tal vez Leto está herido?*

El corredor pareció hacerse más largo bajo sus apresurados pies. Franqueó la arcada, atravesó corriendo el comedor y recorrió el pasillo que conducía al Gran Salón, que estaba brillantemente iluminado, con todas las lámparas a suspensor encendidas al máximo.

A su derecha, cerca de la entrada frontal, vio a dos guardias de la casa sujetando a Duncan Idaho entre ellos. La cabeza del hombre basculaba hacia adelante. Un silencio, repentino, penoso, se había adueñado de la escena.

—¿Habéis visto lo que habéis hecho? —dijo acusadoramente uno de los guardias de la casa a Idaho—. Habéis despertado a Dama Jessica.

Los grandes cortinajes se agitaban tras ellos, revelando que la puerta seguía abierta. No había el menor signo del Duque ni de Yueh. Mapes se mantenía inmóvil a un lado, mirando heladamente a Idaho. Llevaba un largo vestido marrón con un dibujo serpentino en él. Sus pies estaban calzados con botas del desierto.

—Así que he despertado a Dama Jessica —murmuró Idaho. Levantó su cabeza hacia el techo y gritó—: ¡Mi espada ha bebido por primera vez la sangre de Grumman!

¡Gran Madre! ¡Está borracho! , pensó Jessica.

El rostro oscuro y redondo de Idaho estaba contorsionado por una mueca. Sus cabellos, rizados como el pelaje de un negro macho cabrío, estaban sucios de fango. Los desgarrones de su túnica mostraban la camisa que había llevado en la cena.

Jessica avanzó hacia él.

Uno de los guardias inclinó la cabeza hacia ella, sin soltar a Idaho.

—No sabemos qué hacer con él, mi Dama. Ha ocasionado un disturbio ahí fuera, negándose a entrar. Temíamos que acudieran algunos nativos y le vieran. No hubiera sido bueno para nosotros. Nos hubiera dado mala fama.

—¿Dónde ha estado? —preguntó Jessica.

—Ha escoltado a una de las jóvenes invitadas a la cena, mi Dama. Órdenes de Hawat.

—¿Qué joven invitada?

—Una de las chicas de la escolta. ¿Comprendéis, mi Dama? —miró a Mapes y bajó la voz—. Siempre se llama a Idaho para la vigilancia de esas mujeres.

Y Jessica pensó: *¡Ciertamente! Pero ¿por qué está bebido?*

Frunció el ceño y se volvió hacia Mapes.

—Mapes, tráele un estimulante. Sugiero cafeína. Quizá quede todavía un poco de café de especia.

Mapes se alzó de hombros y se dirigió hacia las cocinas. Los cordones de sus botas del desierto azotaron rítmicamente el suelo.

Idaho volvió penosamente su cabeza hacia Jessica, en un ángulo absurdo.

—He matado más de tres… trescientos hombres po… por el Duque —murmuró—. ¿Queréis sa… saber por qué est… oy aquí? No puedo vi… vivir allí ab… ajo. No puedo vi… vir abajo. ¿Qué condenado lugar es éste, uhhh?

El sonido de una puerta lateral al abrirse atrajo la atención de Jessica. Se volvió, viendo a Yueh avanzar hacia ellos, con su maletín de médico en su mano izquierda. Iba completamente vestido, y se le veía pálido y exhausto. El tatuaje diamantino destellaba en su frente.

—¡El buen doc… tor! —hipó Idaho—. ¿Cómo estáis, doc…? ¿El hombre de las gasas y de las pil… píldoras? —Se volvió trabajosamente hacia Jessica—. Me estoy portando como un id… idiota, ¿eh?

Jessica frunció el ceño y permaneció silenciosa, preguntándose: *¿Por qué tendría que emborracharse Idaho? ¿Acaso lo han drogado?*

—Demasiada cerveza de especia —dijo Idaho, intentando enderezarse.

Mapes volvió con una humeante taza en sus manos, y se detuvo indecisa detrás de Yueh. Miró a Jessica, que agitó la cabeza.

Yueh depositó su maletín en el suelo, hizo una inclinación a Jessica y dijo:

—Así que cerveza de especia, ¿eh?

—La condenad… amente mejor que he bebido nun… ca —dijo Idaho. Intentó cuadrarse—. ¡Mi espada ha be… bido por primera vez la sangre de Grum… man! He matado a un Harkon… Harkon… lo he matado por el Duque.

Yueh se volvió y miró la taza en las manos de Mapes.

—¿Qué es eso?

—Cafeína —dijo Jessica.

Yueh tomó la taza y se la tendió a Idaho.

—Bebe eso, muchacho.

—No quiero beb… er más.

—¡Bebe, te digo!

La cabeza de Idaho se bamboleó hacia Yueh, y dio un paso adelante, arrastrando a los guardias con él.

—Estoy hasta la coronilla de complacer al Universo Im… perial, doc… Por una vez haré lo… lo que yo quiero.

—Cuando hayas bebido esto —dijo Yueh—. Sólo es cafeína.

—¡… podrida como el resto en este lugar! Mal… dito sol… tan brillante. Nada tiene buen co… color. Todo está deformado y…

—Bueno, ahora es de noche —dijo Yueh. Hablaba en tono convincente—. Bébete esto como un buen chico. Te hará sentir mejor.

—¡No quiero sentirme mejor!

—No podemos pasarnos toda la noche discutiendo con él —dijo Jessica. Y pensó: *Necesita un tratamiento de shock.*

—No hay ninguna razón para que permanezcáis aquí, mi Dama —dijo Yueh—. Puedo ocuparme yo de ello.

Jessica agitó la cabeza. Dio un paso hacia adelante y abofeteó a Idaho con todas sus fuerzas.

Retrocedió, arrastrando a los guardias, y la miró ferozmente.

—Esa no es forma de comportarse en casa de tu Duque —dijo Jessica. Tomó la taza de manos de Yueh, derramando una parte de su contenido, y la tendió a Idaho—. ¡Y ahora bebe! ¡Es una orden!

Idaho se sobresaltó y se irguió, mirándola amenazadoramente. Habló con lentitud, con una pronunciación clara y precisa.

—No recibo órdenes de una maldita espía Harkonnen —dijo.

Yueh se envaró y se volvió hacia Jessica.

Ella se puso pálida, pero inclinó la cabeza. Ahora todo estaba claro para ella… las alusiones, vagas y fragmentarias, que había captado aquellos últimos días en las palabras y el comportamiento de quienes la rodeaban encajaban por fin. La invadió una cólera tan inmensa que a duras penas pudo contenerla. Tuvo que recurrir a lo más profundo de su adiestramiento Bene Gesserit para calmar su pulso y controlar su respiración. Pero aún así sintió que el fuego interior la abrasaba.

Siempre se llama a Idaho para la vigilancia de esas mujeres.

Miró a Yueh. El doctor bajó los ojos.

—¿Lo sabíais? —exigió.

—Yo… he oído rumores, mi Dama. Pero no quería añadir un nuevo peso a vuestras preocupaciones.

—¡Hawat! —gritó—. ¡Quiero que Thufir Hawat sea conducido a mi presencia inmediatamente!

—Pero, mi Dama…

Tiene que haber sido Hawat , pensó. *Una tal sospecha no puede venir de nadie más que de él, o de otro modo hubiera sido descartada.*

Idaho inclinó su cabeza.

—Tenía que haber soltado to… toda esa maldita historia —murmuró.

Jessica miró bruscamente por un instante la taza que tenía en su mano, y bruscamente arrojó su contenido al rostro de Idaho.

—Encerradlo en una de las habitaciones de huéspedes del ala este —ordenó—. Haced que *duerma* la borrachera.

Los dos guardias la miraron con aire poco alegre. Uno de ellos aventuró:

—Quizá debiéramos llevarlo a algún otro lado, mi Dama. Podríamos…

—¡Es aquí donde se supone que debe estar! —cortó Jessica—. Su trabajo está aquí —su voz rezumaba amargura—. Es muy eficiente vigilando a las mujeres.

El guardia tragó saliva.

—¿Sabe alguien dónde está el Duque? —preguntó ella.

—En el puesto de mando, mi Dama.

—¿Está Hawat con él?

—Hawat está en la ciudad, mi Dama.

—Quiero que me traigáis a Hawat inmediatamente —dijo Jessica—. Estaré en mi sala de estar cuando llegue.

—Pero, mi Dama…

—Si es necesario, llamaré al Duque —dijo ella—. Pero espero que no sea necesario. No quiero molestarle por una cosa así.

—Sí, mi Dama.

Jessica depositó la taza vacía en manos de Mapes, y su mirada tropezó con los interrogadores ojos totalmente azules.

—Puedes volver a acostarte, Mapes.

—¿Estáis segura de que no me necesitáis?

Jessica sonrió agriamente.

—Estoy segura.

—Quizá todo pudiera esperar hasta mañana —dijo Yueh—. Puedo daros un sedante y…

—Volved a vuestros aposentos y dejadme arreglar esto a mi manera —dijo
Jessica. Le palmeó el brazo para atemperar la aspereza de su orden—. Es la única manera.

Bruscamente, con la cabeza erguida, dio media vuelta y se dirigió con paso resuelto hacia sus habitaciones. Frías paredes… corredores… una puerta familiar… Abrió la puerta, entró, y la cerró violentamente a sus espaldas. Jessica permaneció inmóvil en medio de la estancia, mirando furiosamente las ventanas protegidas con escudos de su salón. *¡Hawat! ¿Acaso se halla a sueldo de los Harkonnen? Habrá que verlo.*

Jessica se dirigió hacia el antiguo y mullido sillón recubierto de piel de schlag repujada, y lo corrió para que quedara frente a la puerta. Bruscamente fue consciente de la presencia real del crys en la funda sujeta a su pantorrilla. Lo tomó con su funda y lo sujetó a su brazo, comprobando su peso. Una vez más su mirada recorrió toda la estancia, registrando en su mente la posición exacta de cada objeto para un caso de emergencia: la silla en el rincón, los sillones de recto respaldo contra la pared, las dos mesas bajas, la cítara en su pedestal, junto a la puerta del dormitorio.

Las lámparas a suspensor irradiaban una pálida claridad rosada. Disminuyó su intensidad, se sentó en el sillón, acariciando su tapizado, apreciando por primera vez su pesada riqueza.

Ahora, que venga , se dijo. *Ocurrirá lo que deba ocurrir*. Y se dispuso a esperar a la Manera Bene Gesserit, acumulando paciencia y reservando sus fuerzas.

Mucho antes de lo que esperaba sonó una llamada en la puerta, y Hawat entró a su mandato.

Lo miró sin moverse del sillón, percibiendo en sus movimientos la vibrante presencia de una energía debida a la droga, y la fatiga que se escondía tras ella. Los viejos ojos acuosos de Hawat brillaban. Su correosa piel parecía ligeramente amarilla bajo la luz de la estancia, y una amplia y húmeda mancha se destacaba en la manga del brazo donde ocultaba su cuchillo.

Captó olor a sangre.

Señaló con la mano uno de los sillones de respaldo recto y dijo:

—Traed este sillón y sentaos frente a mí.

Hawat se inclinó y obedeció. *¡Ese loco borracho de Idaho!* , pensó. Estudió el rostro de Jessica, preguntándose cómo podría salvar la situación.

—Es ya tiempo de aclarar la atmósfera entre nosotros —dijo Jessica.

—¿Qué es lo que turba a mi Dama? —Se sentó, colocando sus manos sobre las rodillas.

—¡No juguéis conmigo! —restalló ella—. Si Yueh no os ha dicho por qué os he hecho llamar, alguno de vuestros espías en mi propia casa lo habrá hecho. ¿Podemos ser honestos el uno con el otro al menos en lo que respecta a esto?

—Como deseéis, mi Dama.

—Primero, responded a una pregunta —dijo ella—. ¿Sois ahora un agente Harkonnen?

Hawat se levantó a medias de su asiento, con su rostro oscurecido por la ira.

—¿Osáis insultarme así? —preguntó.

—Sentaos —dijo ella—. Vos también me habéis insultado.

Lentamente, Hawat volvió a sentarse en el sillón.

Y Jessica, leyendo los signos en aquel rostro que tan bien conocía, sintió un profundo alivio. *No es Hawat.*

—Ahora sé que aún seguís siendo fiel a mi Duque —dijo—. Ahora estoy dispuesta a perdonaros esa afrenta.

—¿Hay algo que perdonar?

Jessica frunció las cejas, pensando: *¿Debo jugar mis cartas? ¿Debo hablarle de la hija del Duque que llevo en mi seno desde hace unas semanas? No… ni siquiera Leto lo sabe. Esto no haría más que complicarle la vida, distrayéndole en un momento en que debe concentrarse para garantizar nuestra supervivencia. Todavía queda tiempo para usar esto.*

—Una Decidora de Verdad resolvería esto —dijo—, pero no disponemos aquí de ninguna Decidora de Verdad cualificada por la Alta Junta.

—Como decís bien, no disponemos de ninguna Decidora de Verdad.

—¿Hay un traidor entre nosotros? —preguntó Jessica—. He estudiado a nuestra gente con el mayor cuidado. ¿Quién puede ser? No Gurney. Ciertamente, tampoco Duncan. *Sus* lugartenientes no están situados lo bastante estratégicamente como para tomarlos en consideración. Tampoco sois vos, Thufir. No puede ser Paul. Sé que no soy yo. ¿El doctor Yueh, entonces? ¿Tengo que llamarle y someterle a prueba?

—Sabéis que sería una acción inútil —dijo Hawat—. Está condicionado por el Alto Colegio. Estoy seguro de *esto* .

—Sin mencionar que su esposa era una Bene Gesserit asesinada por los Harkonnen —dijo Jessica.

—Así que era eso lo que le ocurrió —dijo Hawat.

—¿No habéis detectado el odio en su voz cuando pronuncia el nombre de los Harkonnen?

—Sabéis que no poseo el oído —dijo Hawat.

—¿Qué es lo que os ha hecho sospechar de mí? —preguntó ella.

Hawat se removió en su asiento.

—Mi Dama coloca a su servidor en una posición imposible. Mi lealtad va ante todo hacia el Duque.

—Estoy dispuesta a perdonar cosas a causa de esta lealtad —dijo ella.

—Pero vuelvo a preguntaros: ¿hay algo que perdonar?

—El rey está ahogado —preguntó ella—. ¿Tablas?

Hawat se alzó de hombros.

—Ahora discutamos otra cosa por un minuto —dijo Jessica—. Duncan Idaho, el admirable guerrero cuya habilidad como guardián y vigilante es tan estimada. Esta noche se ha excedido con algo llamado cerveza de

especia. Me han llegado informes de que otros de entre nuestra gente se han dejado vencer por esa misma mixtura. ¿Es eso cierto?

—Tenéis vuestros informes, mi Dama.

—Precisamente. ¿No creéis que esos excesos son un síntoma, Thufir?

—Mi Dama habla por enigmas.

—¡Usad vuestra habilidad de Mentat en ello! —cortó bruscamente Jessica—. ¿Cuál es el problema con Duncan y los otros? Puedo decíroslo en cuatro palabras: no tienen un hogar.

Hawat señaló el suelo con un dedo.

—Arrakis, este es su hogar.

—¡Arrakis es una incógnita! Caladan era su hogar, pero les hemos desarraigado de allí. No tienen hogar. Y temen que el Duque les falle.

Hawat se envaró.

—Unas palabras como esas pronunciadas por cualquiera de mis hombres sería suficiente para…

—Oh, basta con eso, Thufir. ¿Es derrotismo o traición por parte de un doctor diagnosticar correctamente una enfermedad? Mi única intención es curar esta enfermedad.

—El Duque me ha encargado a mí de estas cosas.

—Pero vos comprendéis que yo experimente cierta preocupación acerca de los progresos de esta enfermedad —dijo ella—. Y quizá me concedáis cierta habilidad en este terreno.

¿Debo administrarle un shock? , se dijo. *Necesita una sacudida, algo que consiga sacarle de la rutina.*

—Vuestras preocupaciones podrían ser interpretadas de muy diversos modos —dijo Hawat. Se alzó de hombros.

—¿Así que ya me habéis condenado?

—Por supuesto que no, mi Dama. Pero no puedo permitirme el correr *ningún* riesgo, viendo como está la situación.

—Una amenaza contra la vida de mi hijo os ha pasado inadvertida en esta misma casa —dijo ella—. ¿Quién ha corrido el riesgo?

El rostro del hombre se oscureció.

—He presentado mi dimisión al Duque.

—¿Habéis presentado también vuestra dimisión a mí… o a Paul?

Ahora el hombre estaba abiertamente furioso: su respiración agitada, las ventanas de su nariz dilatadas, su fija mirada le traicionaban. Percibió el rápido pulsar de una vena en su sien.

—Soy un hombre del Duque —dijo, mascando las palabras.

—No hay ningún traidor —dijo ella—. La traición viene de fuera. Quizá tenga alguna relación con los láseres. Quizá corran el riesgo de introducir en secreto algunos láseres con mecanismos de tiempo conectados a los escudos de la casa. Quizá…

—¿Y quién podría probar después de la explosión que no se habían usado atómicas? —preguntó él—. No, mi Dama. No se arriesgarán a hacer algo *tan* ilegal. Las radiaciones persisten. Las evidencias son difíciles de borrar. No. Ellos observarán *casi todas* las formas. Ha de haber un traidor.

—Vos sois un hombre del Duque —comentó burlonamente ella—. ¿Le destruiríais en vuestro esfuerzo por salvarle?

Hawat inspiró profundamente.

—Si sois inocente, os presentaré mis más abyectas excusas.

—Hablemos ahora de vos, Thufir —dijo Jessica—. Los seres humanos viven mejor cuando cada uno ocupa su lugar, cuando cada uno sabe cual es su posición en el esquema de las cosas. Destruid este lugar, y destruiréis a la persona. Vos y yo, Thufir, entre todos los que aman al Duque, somos quienes estamos más idealmente situados para destruir el lugar del otro. ¿Creéis que no me sería muy fácil susurrar mis sospechas al oído del Duque alguna de estas noches? ¿En qué momentos imagináis que será más susceptible a ese tipo de susurros, Thufir? ¿Debo ser más explícita?

—¿Me estáis amenazando? —gruñó él.

—En absoluto. Simplemente pongo en evidencia el hecho de que alguien nos está atacando a través de las posiciones básicas de nuestras vidas. Es astuto, diabólico. Os propongo neutralizar este ataque disponiendo de nuestras vidas de tal modo que no exista ninguna fisura por la cual podamos ser alcanzados.

—¿Me acusáis de susurrar sospechas sin fundamento?

—Sin fundamento, sí.

—¿E intentáis combatirlas con vuestros propios susurros?

—Es *vuestra* vida la que está hecha de sospechas, Thufir, no la mía.

—¿Entonces ponéis en duda mis capacidades?

Jessica suspiró.

—Thufir, quisiera que examinarais hasta qué punto vuestras propias emociones están involucradas en esto. El ser humano *natural* es un animal de lógica. Vuestra proyección de la lógica en todos los asuntos es *innatural* pero es tolerada porque es útil. Vos sois la personificación de la lógica… un Mentat. Sin embargo, las soluciones de vuestros problemas son conceptos que, en un sentido muy real, son proyectados fuera de vos mismo, y deben ser observados, estudiados, examinados desde todos los ángulos.

—¿Pretendéis enseñarme mi trabajo? —preguntó el hombre, sin intentar ocultar el desdén en su voz.

—Podéis aplicar vuestra lógica a cualquier cosa que esté fuera de vos —dijo Jessica—. Pero es una característica humana el que cuando nos enfrentamos con nuestros problemas personales, las cosas más profundamente íntimas son las que mejor resisten el examen de nuestra lógica. Tendemos a buscar las causas a nuestro alrededor, acusando a todo y a todos, salvo la cosa bien real y profundamente enraizada en nosotros que es nuestra auténtica finalidad.

—Intentáis deliberadamente hacerme dudar de mis poderes de Mentat —dijo el hombre con voz áspera—. Si descubriera a alguien entre los nuestros intentando sabotear así un arma cualquiera de nuestro arsenal, no vacilaría en absoluto en denunciarlo y destruirlo.

—Los mejores Mentat conservan un saludable respeto hacia los factores de error en sus cálculos —dijo ella.

—¡Yo nunca he dicho lo contrario!

—Entonces, estudiad esos síntomas que ambos hemos observado: la embriaguez entre nuestros hombres, las disputas… cómo intercambian vagos rumores sobre Arrakis, cómo ignoran los más simples…

—Se aburren, eso es todo —dijo él—. No intentéis distraer mi atención presentándome un simple hecho banal como algo misterioso.

Ella lo miró, pensando en los hombres del duque que, en sus barracones, rumiaban sus aflicciones hasta tal punto que la tensión llegaba hasta el castillo casi como un aislante quemado. *Se están volviendo como los hombres de las leyendas pre-Cofradía* , pensó. *Como los hombres de aquel perdido explorador estelar, Ampoliros… enfermos*

a fuerza de sujetar las armas… siempre buscando, siempre preparados y nunca dispuestos.

—¿Por qué nunca habéis querido usar mis habilidades en vuestro servicio al Duque? —preguntó—. ¿Temíais que fuera un rival que pusiera en peligro *vuestra* posición?

Hawat la miró torvamente, y sus viejos ojos llamearon.

—Conozco algo del adiestramiento que os convierte en… —se interrumpió, frunciendo el ceño.

—Continuad, decidlo —animó ella—. En *brujas* Bene Gesserit.

—Conozco algo del adiestramiento *real* que se os ha proporcionado —dijo él—. He podido ver cómo surgía en Paul. No me dejo engañar por lo que vuestras escuelas declaran en público, que existís tan sólo para servir.

El shock debe ser severo, y ya casi está preparado para recibirlo , pensó ella.

—Siempre me habéis escuchado respetuosamente en el Consejo —dijo—, pero muy raramente habéis tenido en cuenta mis opiniones. ¿Por qué?

—No tengo ninguna confianza en vuestras motivaciones Bene Gesserit —dijo Hawat—. Creéis que podéis leer en el interior de un hombre; tal vez *penséis* que podéis empujar a un hombre a hacer exactamente lo que vos…

—¡Thufir, pobre *imbécil* ! —murmuró.

Él la fulminó con la mirada, hundiéndose en su asiento.

—Sean cuales sean los rumores que os hayan llegado acerca de nuestras escuelas —dijo Jessica—, la verdad es mucho más vasta. Si yo deseara destruir al Duque… o a vos o a cualquier otra persona a mi alcance, vos no podríais detenerme.

Y pensó: *¿Por qué permito que el orgullo me haga decir tales palabras? Esta no es la manera en que fui adiestrada. No es así como puedo ocasionarle un shock.*

Hawat deslizó una mano bajo su túnica, al lugar donde ocultaba un pequeño proyector de dardos envenenados. *No lleva escudo* , pensó. *¿Acaso es una bravata? Podría matarla ahora… pero, ah… ¿Cuáles serían las consecuencias si estoy equivocado?*

Jessica vio el gesto de su mano y dijo:

—Roguemos porque la violencia nunca sea necesaria entre nosotros.

—Una loable plegaria —asintió él.

—Pero, mientras tanto, el mal se extiende entre nosotros. Os pregunto de nuevo: ¿acaso no es más razonable suponer que los Harkonnen hayan sembrado sus sospechas a fin de enfrentarnos al uno contra el otro?

—El rey vuelve a estar ahogado —dijo él.

Jessica suspiró y pensó: *está casi a punto.*

—El Duque y yo somos el padre y la madre tutelares de nuestro pueblo —dijo—. La posición…

—Aún no se ha casado con vos —dijo Hawat.

Jessica se obligó en mantenerse en calma, pensando: *esta ha sido una buena respuesta.*

—Pero no se casará con ninguna otra —dijo—. No, mientras yo viva. Y somos sus tutores, como os he dicho. Romper este orden natural, perturbarlo, desorganizarlo y confundirlo… ¿qué objetivo puede haber más atractivo para los Harkonnen?

Hawat captó hacia donde se estaba dirigiendo ella y se inclinó hacia adelante, con las cejas fruncidas.

—¿El Duque? —preguntó ella—. Un atractivo blanco, ciertamente, pero a excepción de Paul no hay nadie mejor guardado que él. ¿Yo? Seguramente lo intentan, pero saben que las Bene Gesserit constituyen un blanco difícil. Y existe otro blanco mejor, una persona en la cual sus funciones crean, necesariamente, una monstruosa ceguera. Una persona para la cual sospechar es tan natural como respirar. Que construye toda su vida en la insinuación y el misterio. —Tendió bruscamente su mano derecha hacia él—. ¡Vos!

Hawat se levantó a medias de su silla.

—¡No os he dicho que os retirarais, Thufir! —restalló ella.

El viejo Mentat casi se dejó caer hacia atrás sobre su asiento, sintiendo que de repente sus músculos lo traicionaban.

Ella sonrió sin alegría.

—Ahora conocéis algo del *verdadero* adiestramiento que se nos da —dijo.

Hawat intentó deglutir sin conseguirlo. La intimación de Jessica había sido regia, perentoria, restallando en un tono y una manera completamente irresistibles. Su cuerpo había obedecido aún antes de que pudiera pensar en ello. Nada hubiera podido impedir su reacción de respuesta, ni la lógica, ni el más apasionado furor… nada. Y todo aquello recelaba en ella un conocimiento profundo, sensible, de la persona a la que se había enfrentado, un control tan completo que jamás lo hubiera creído posible.

—Os dije antes que ambos deberíamos comprendernos —dijo ella—. En realidad quería decir que *vos* deberíais comprenderme a *mí* . Porque yo ya os comprendo. Y ahora os digo que vuestra fidelidad al Duque es la única garantía que tenéis para mí.

Él la miró, humedeciéndose los labios con la lengua.

—Si yo deseara un fantoche, el Duque se casaría inmediatamente conmigo —dijo ella—. Incluso podría hacerle pensar que lo hacía por su propia voluntad.

Hawat inclinó la cabeza, mirándola con ojos entrecerrados. Sólo el más rígido control le retenía de su deseo de llamar a la guardia. Control… y la sospecha de que aquella mujer no se lo permitiría. Se estremeció ante el recuerdo de cómo lo había dominado. ¡En aquel instante de vacilación hubiera podido extraer un arma y matarlo!

¿Es cierto entonces que cada ser humano es víctima de esta ceguera? , pensó. *¿Es posible que cada uno de nosotros pueda ser manipulado de esta forma sin poder resistirse?* Esta idea lo asombró. *¿Quién podría detener a una persona dotada de tal poder?*

—Habéis entrevisto el puño bajo el guante Bene Gesserit —dijo ella—. Muy pocos lo han entrevisto y han sobrevivido. Y lo que he hecho es algo relativamente sencillo para nosotras. No habéis visto aún todo mi arsenal. Pensad en ello.

—¿Por qué no lo usáis para destruir a los enemigos del Duque? —preguntó él.

—¿Querríais realmente que los destruyera? —respondió ella con otra pregunta—. ¿Dando así una imagen debilitada de nuestro Duque, forzándolo a depender para siempre de mí?

—Pero, con tales poderes…

—Este poder es un arma de doble filo, Thufir —dijo ella—. Vos pensáis: «Qué fácil sería para ella fabricarse un instrumento humano para hundirlo en las entrañas del enemigo». Es cierto, Thufir; incluso en vuestras propias entrañas. Sin embargo, ¿qué conseguiría con ello? Si algunas de nuestras Bene Gesserit hicieran esto, ¿no harían que todas

las Bene Gesserit fueran sospechosas? Nosotras no queremos esto, Thufir. No queremos destruirnos a nosotras mismas. —Asintió con la cabeza—. Sí, realmente, sólo existimos para servir.

—No puedo responderos —dijo él—. Vos sabéis que no puedo responderos.

—No diréis a nadie lo que ha ocurrido aquí —dijo ella—. Os conozco, Thufir.

—Mi Dama… —de nuevo el anciano intentó deglutir, pero su garganta estaba seca.

Y pensó: *Tiene grandes poderes, es cierto. ¿Pero esos poderes no la harían un instrumento aún más formidable para los Harkonnen?*

—El Duque podría ser destruido tan rápidamente por sus amigos como por sus enemigos —dijo ella—. Espero que ahora examinaréis a fondo las razones de esas sospechas y las anularéis.

—Si se revelan sin fundamento —dijo él.

—*Si* —musitó ella.

—Si —repitió él.

—*Sois* tenaz —dijo ella.

—Prudente —observó él—, y consciente de la posibilidad de error.

—Entonces os voy a hacer otra pregunta: ¿qué significa para vos el encontraros ante otro ser humano, y saberos atado y sin posibilidades de defensa, mientras el otro tiene un cuchillo apuntando a vuestra garganta… y este, en vez de mataros, os libera de vuestras ligaduras y os ofrece el cuchillo para que lo uséis contra él?

Jessica se levantó del sillón y se volvió de espaldas a él.

—Podéis iros, Thufir.

El viejo Mentat se alzó, vaciló, sus manos se movieron hacia el arma mortal escondida bajo su túnica. Recordó la arena y el padre del Duque (que había sido un hombre valeroso pese a sus otros defectos), y el día de la corrida hacía tanto tiempo: la feroz bestia negra inmóvil, con la cabeza baja, desconcertada. El viejo Duque había dado la espalda a los cuernos, con la capa llameantemente doblada en su brazo, mientras las aclamaciones resonaban en las tribunas.

Yo soy el toro y ella el matador , se dijo Hawat. Apartó su mano del arma, mirando el sudor que brillaba en su palma.

Y supo entonces que, ocurriera lo que ocurriese, nunca olvidaría aquel instante, y que la suprema admiración que experimentaba por Dama Jessica nunca disminuiría.

Silenciosamente, se volvió y salió de la estancia.

Jessica lo observó a través del reflejo de la ventana, y se volvió hacia la puerta cerrada.

—Ahora veamos cual es la acción más adecuada —susurró.

18

¿Luchar contra los sueños?

¿Batirse contra las sombras?

¿Caminar en las tinieblas de un sueño?

El tiempo ya ha pasado.

La vida os ha sido robada.

Perdida entre fruslerías,

víctima de vuestra locura.

Responso por Jamis en la Llanura Funeral, de *Canciones de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Leto, en un salón de su casa, estudiaba una nota a la luz de una única lámpara a suspensor. Faltaban aún algunas horas para el alba, y se sentía muy cansado. Un mensajero Fremen había entregado la nota a uno de los guardias del exterior poco antes de que el Duque regresara del puesto de mando.

La nota decía: «Una columna de humo por el día, un pilar de fuego por la noche».

No llevaba firma.

¿Qué es lo que quiere decir? , se preguntó.

El mensajero se había ido inmediatamente, sin esperar ninguna respuesta y antes de que pudiera ser interrogado. Había desaparecido en la noche como una sombra de humo.

Leto guardó el papel en un bolsillo de su túnica, pensando en mostrárselo más tarde a Hawat. Echó hacia atrás un mechón de cabellos de su frente, y suspiró. El efecto de las píldoras anti fatiga comenzaba a disiparse. Habían pasado dos días desde el banquete, y muchos más desde que había dormido por última vez.

Además de los problemas militares, había aquella penosa discusión con Hawat, el informe de su entrevista con Jessica.

¿Debo despertar a Jessica? , pensó. *No hay ninguna razón para jugar a los secretos con ella. ¿O sí?*

¡Ese maldito y condenado Duncan Idaho!

Agitó la cabeza. *No, Duncan no. Soy yo quien se equivocó no confiándome a Jessica desde el primer momento. Debo hacerlo ahora, antes de que surjan nuevos daños.*

Esta decisión le hizo sentirse mejor, y se apresuró desde el salón a través del Gran Vestíbulo y a lo largo de los corredores hacia el ala ocupada por su familia.

Se detuvo donde el corredor se bifurcaba hacia el área de servicio. Un extraño gemido le llegó desde algún lugar del corredor de servicio. Leto apoyó su mano izquierda en el conmutador del cinturón escudo, sujetando su kindjal en su mano derecha. El cuchillo le dio una sensación de seguridad. Aquel extraño sonido le había hecho estremecer.

Silenciosamente, el Duque avanzó hacia el corredor de servicio, maldiciendo la inadecuada iluminación. Pequeñas lámparas a suspensor habían sido espaciadas de ocho en ocho metros y su intensidad regulada al mínimo. Las oscuras paredes absorbían la luz.

En la penumbra, ante él, distinguió una forma confusa sobre el pavimento.

Leto vaciló, a punto de activar su escudo, pero se contuvo porque esto hubiera limitado sus movimientos y ahogado los sonidos… y porque la captura del cargamento de láseres le había llenado de dudas.

Silenciosamente, avanzó hacia el bulto gris, y advirtió que se trataba de una figura humana, un hombre tendido de bruces en el suelo. Leto lo giró empujándolo con el pie, con el cuchillo a punto, y se inclinó para distinguir su rostro a la escasa luz. Era el contrabandista, Tuek, con una húmeda mancha en el pecho. Sus ojos sin vida reflejaban una vacía oscuridad. Leto tocó la mancha… aún estaba caliente.

¿Cómo es posible que este hombre haya muerto aquí? , se preguntó Leto. *¿Quién le ha matado?*

El extraño gemido era más fuerte allí. Venía del corredor lateral que conducía a la habitación central donde había sido instalado el generador principal del escudo de la casa.

Con la mano en el conmutador del cinturón, el kindjal empuñado, el Duque contorneó el cuerpo, avanzó por el corredor y escrutó al otro lado de la esquina, en dirección a la habitación del generador del escudo.

Otra forma confusa yacía en el suelo unos pasos más adelante, y aquella era la fuente del sonido. La forma se arrastraba hacia él con una dolorosa lentitud, jadeando y gimiendo.

Leto reprimió un súbito terror, saltó al corredor y se inclinó junto a la reptante figura. Era Mapes, el ama de llaves Fremen, con los cabellos caídos sobre su rostro y sus ropas en desorden. Una mancha oscura y brillante goteaba de su espalda hasta su costado. Leto tocó su hombro y la mujer intentó erguirse, apoyándose en sus codos, levantando su cabeza, con sus ojos llenos de vacías sombras.

—V… vos —gimió—. Matad a… guardia… enviado… buscar… Tuek… huir… mi Dama… vos… vos… aquí… no… —se derrumbó, y su cabeza resonó contra las piedras.

Leto apoyó los dedos en sus sienes. Ningún latido. Miró la mancha: había sido apuñalada por la espalda. ¿Por quién? Su mente era un torbellino. ¿Había querido decir que alguien había matado a la guardia? Y Tuek… ¿había sido Jessica quien lo había llamado? ¿Por qué?

Fue a levantarse. Un sexto sentido le advirtió. Llevó una mano al conmutador del escudo… demasiado tarde. Un violento golpe hizo caer su brazo hacia el costado. Sintió el dolor, vio la aguja que surgía en su manga, notó la parálisis difundiéndose a lo largo de su brazo. Hizo un agonizante esfuerzo por levantar la cabeza y mirar hacia el otro extremo del corredor.

Yueh estaba de pie en el vano de la abierta puerta de la habitación del generador. Su rostro era amarillo bajo la luz de la única lámpara a suspensor que flotaba encima de la puerta. La habitación a sus espaldas estaba silenciosa… no se oía el sonido del generador.

¡Yueh! , pensó Leto. *¡Ha saboteado los generadores de la casa! ¡Estamos al descubierto!*

Yueh avanzó hacia él, guardando en su bolsillo una pistola de agujas.

Leto descubrió que aún era capaz de hablar y jadeó:

—¡Yueh! ¿Cómo es posible? —entonces la parálisis alcanzó sus piernas y se derrumbó al suelo, con la espalda apoyada contra la pared.

El rostro de Yueh estaba lleno de tristeza cuando se inclinó sobre él y tocó la frente de Leto. El Duque descubrió que aún podía sentir el contacto pero que este era remoto… apagado.

—La droga de esta aguja es selectiva —dijo Yueh—. Podéis hablar, pero os aconsejo que no lo hagáis. —Lanzó una ojeada a lo largo del corredor y luego volvió a inclinarse sobre Leto, arrancó la aguja y la

arrojó lejos. El sonido de la aguja sobre el pavimento le pareció a los oídos del Duque lejano, sofocado.

No puede ser Yueh , pensó Leto. *Está condicionado.*

—¿Cómo es posible? —susurró.

—Lo siento, mi querido Duque, pero *hay* cosas mucho más fuertes que esto —tocó el tatuaje diamantino de su frente—. Yo mismo lo encuentro muy extraño, una manifestación de mi consciencia pirética, pero quiero matar a un hombre. Sí, lo quiero realmente. Y nada podrá detenerme. —Miró al Duque—. Oh, no a vos, mi querido Duque. El barón Harkonnen. Es al Barón a quien quiero matar.

—Bar… ón Har…

—Calmaos, por favor, mi pobre Duque. No os queda mucho tiempo. Ese diente que os implanté tras vuestra caída en Narcal… debo sustituirlo. Dentro de un momento os adormeceré y os reemplazaré ese diente. —Abrió la mano, contemplando algo que tenía en ella—. Un duplicado exacto, con una exquisita imitación del nervio en el centro. Escapará a todos los detectores habituales, e incluso a un examen profundo. Pero si apretáis violentamente vuestra mandíbula, la capa externa se rompe. Entonces, si expeléis muy fuerte el aliento, difundiréis a vuestro alrededor un gas letal… absolutamente letal.

Leto miró a Yueh y captó la locura en los ojos del hombre, la transpiración goteando a lo largo de su frente hasta su mentón.

—Estáis condenado de todos modos, mi pobre Duque —dijo Yueh—. Pero, antes de morir, debéis acercaros al Barón. Él creerá que estáis embrutecido por las drogas y que es imposible cualquier ataque por vuestra parte. Y vos estaréis, efectivamente, drogado e inmovilizado. Pero un ataque puede asumir las formas más extrañas. Y vos recordaréis el diente.

El viejo doctor se inclinó más y más hacia su rostro, y su caído bigote dominó el ofuscado campo de visión de Leto.

—El diente —murmuró Yueh.

—¿Por qué? —jadeó Leto.

Yueh apoyó una rodilla en el suelo, al lado del Duque.

—He concluido un pacto de shaitán con el Barón. Y debo asegurarme de que ha cumplido su parte. Cuando lo vea, lo sabré. Cuando mire al Barón, entonces *sabré* . Pero no puedo presentarme a él sin haber pagado el precio. Vos sois el precio, mi pobre Duque. Y cuando lo vea lo sabré. Mi pobre Wanna me ha enseñado muchas cosas, y una de ellas es

la certeza de la verdad cuando la tensión es grande. No siempre puedo hacerlo, pero cuando vea al Barón… entonces *sabré* .

Leto intentó ver el diente en la palma de la mano de Yueh. Todo aquello era una pesadilla… no podía ser real.

—Yo no conseguiré acercarme al Barón, de otro modo lo hubiera hecho yo mismo. No, él permanecerá a prudente distancia. Pero vos… ¡ah, vos, mi adorada arma! Querrá veros muy de cerca… para reírse de vos, para gozar un poco con vos.

Leto estaba casi hipnotizado por un músculo en el lado izquierdo de la mandíbula de Yueh. El músculo se contraía cada vez que el hombre hablaba.

El doctor se acercó aún más.

—Y vos, mi buen Duque, mi precioso Duque, debéis recordar este diente —se lo mostró, sujetándolo entre el índice y el pulgar—. Será todo lo que quedará de vos.

La boca de Leto se movió sin que ningún sonido surgiera de ella.

—Rehúso —dijo al fin.

—¡Oh, no! No podéis rehusar. Porque, a cambio de este pequeño servicio, voy a hacer algo por vos. Voy a salvar a vuestro hijo y a vuestra mujer. Nadie más que yo puede hacerlo. Serán conducidos a un lugar donde ningún Harkonnen podrá alcanzarlos.

—¿Cómo… pueden… ser… salvados? —susurró Leto.

—Haciendo creer que han muerto, y llevándolos secretamente con gente que saca un cuchillo al solo nombre de los Harkonnen, que odian a los Harkonnen hasta el punto que quemarían las sillas donde se ha sentado un Harkonnen o esparcirían la sal por donde ha caminado un Harkonnen. —Tocó la mandíbula de Leto—. ¿Sentís algo en vuestra mandíbula?

El Duque descubrió que no podía contestar. Sintió una lejana sensación de tirón, y vio a Yueh sujetando en su mano el anillo ducal.

—Para Paul —dijo Yueh—. Ahora entraréis en la inconsciencia. Adiós, mi pobre Duque. Cuando nos encontremos la próxima vez no tendremos tiempo para charlar.

Un frío glacial remontó de la mandíbula de Leto hacia sus mejillas. Las sombras del corredor parecieron concentrarse en un punto, con los labios púrpura de Yueh destacando en su centro.

—¡Recordad el diente! —susurró Yueh—. ¡El diente!

19

Debería existir una ciencia del descontento. La gente necesita tiempos difíciles y de opresión para desarrollar sus músculos físicos.

De *Frases escogidas de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Jessica se despertó en la oscuridad, con una vaga premonición en el silencio que la rodeaba. No comprendía por qué su mente y su cuerpo estaban tan entumecidos. Su piel se estremeció ante el miedo que corría a lo largo de sus nervios. Pensó que tenía que sentarse y encender la luz, pero algo frenaba esta decisión. En su boca había un sabor… extraño.

¡Dump-dump-dump-dump!

Había un sonido apagado, procedente de algún lugar en la oscuridad.

Hubo un momento de espera que pareció eterno, con roces y movimientos.

Comenzó a percibir su cuerpo, la presión de unas ligaduras contra sus tobillos y sus muñecas, una mordaza en su boca. Estaba tendida sobre un costado, con las manos a su espalda. Probó las ligaduras, dándose cuenta de que eran fibras de krimskell, que se apretarían cada vez más a medida que intentara tirar de ellas.

Y entonces recordó.

Había habido un movimiento en la oscuridad de su dormitorio, algo húmedo y acre se había aplastado contra su rostro, oprimiéndole la boca, y había intentado apartarlo con las manos. Había jadeado, sintiendo el narcótico a la primera inspiración. Había perdido la consciencia, hundiéndose en un negro abismo de terror.

Ha ocurrido , pensó. *Cuán simple ha sido vencer a una Bene Gesserit. Ha bastado la traición. Hawat tenía razón.*

Se esforzó en no tirar de sus ligaduras.

Este no es mi dormitorio , pensó. *Me han llevado a algún otro lugar.*

Lentamente, recobró la calma.

Tomó consciencia del olor de su propio sudor, mezclado con la emanación química del miedo.

¿Dónde está Paul? , se preguntó. *Mi hijo… ¿qué le han hecho?*

Cálmate.

Se esforzó en calmarse, usando las antiguas enseñanzas.

¿Leto? ¿Dónde estás, Leto?

Observó una disminución en la oscuridad. Primero hubo sombras. Las dimensiones se separaron, aparecieron otras tantas agujas de percepción. Blanco. Una línea bajo la puerta.

Estoy en el suelo.

Gente andando. Sintió sus vibraciones en el suelo.

Jessica apartó de sí el recuerdo del terror. *Debo permanecer tranquila, alerta y preparada. Podría presentarse una única oportunidad.* Se obligó nuevamente a mantener su calma.

Los latidos de su corazón se hicieron más lentos y regulares, marcando tiempo. Contó hacia atrás. *He permanecido inconsciente cerca de una hora.* Cerró sus ojos, concentró su atención en los pasos que se acercaban.

Cuatro personas.

Analizó las diferencias de sus pasos.

Debo fingir que sigo inconsciente. Se relajó en el frío suelo, probando las reacciones de su cuerpo. Oyó abrirse una puerta. A través de sus párpados cerrados percibió un aumento en la intensidad luminosa.

Pasos acercándose: alguien inclinándose junto a ella.

—Estáis despierta —dijo una voz de bajo—. No finjáis.

Abrió los ojos.

El Barón Vladimir Harkonnen se erguía junto a ella. A su alrededor, reconoció la habitación del sótano donde había dormido Paul, vio la cama a un lado… vacía. Unos guardias penetraron con lámparas a suspensor y las distribuyeron junto a la abierta puerta. En el corredor, más allá, había una luz tan intensa que le hizo daño a los ojos.

Miró al Barón. Llevaba una capa amarilla deformada por los suspensores portátiles. Sus gruesas mejillas de querubín estaban coronadas por dos ojos negros parecidos a los de una araña.

¿Cómo es posible? , pensó. *Tendrían que conocer mi peso exacto, mi metabolismo, mi… ¡Yueh!*

—Es una lástima que debáis permanecer inmovilizada —dijo el Barón—. Hubiéramos sostenido una interesante conversación.

Yueh es el único que puede haberlo hecho , pensó. *¿Pero cómo?*

El Barón echó una ojeada a su espalda, hacia la puerta.

—Entra, Piter.

Jessica no había visto nunca al hombre que entró en aquel momento y se situó junto al Barón, pero su rostro le era conocido… y su nombre: *Piter de Vries, el Mentat-Asesino* . Lo estudió: facciones de halcón, ojos azul oscuro que sugerían que era nativo de Arrakis, pero las sutiles diferencias en sus gestos y en sus movimientos lo desmentían. Su carne estaba demasiado llena de agua. Era alto, delgado, y vagamente afeminado.

—Es un pecado que no pueda conversar con vos, mi querida Dama Jessica —dijo el Barón—. De todos modos, estamos al corriente de vuestras habilidades. —Miró al Mentat—. ¿No es así, Piter?

—Exactamente como lo decís, Barón —dijo el hombre.

Su voz era de tenor. Jessica sintió un toque de helor en su espina dorsal. Nunca antes había oído una voz tan fría. Para una Bene Gesserit aquella voz gritaba: *¡Asesino!*

—Tengo una sorpresa para Piter —dijo el Barón—. Cree que ha venido aquí a recoger su recompensa… vos, Dama Jessica. Pero quiero demostrarle una cosa: que en realidad no os desea.

—¿Estáis jugando conmigo, Barón? —preguntó Piter, y sonrió.

Viendo aquella sonrisa, Jessica se preguntó cómo el Barón no había saltado en guardia para defenderse contra Piter. Luego rectificó. El Barón no podía leer aquella sonrisa. No poseía el Adiestramiento.

—Bajo muchos aspectos, Piter es un ingenuo —dijo el Barón—. No quiere admitirse a sí mismo la mortal criatura que sois vos, Dama Jessica. Me gustaría mostrárselo, pero sería correr un riesgo estúpido. —El Barón sonrió a Piter, cuyo rostro se había convertido en una máscara de espera—. Sé lo que Piter quiere realmente. Piter quiere el poder.

—Me prometisteis que la tendría a *ella* —dijo Piter. La voz de tenor había perdido parte de su fría reserva.

Jessica captó las señales premonitorias en la voz del hombre y sintió un profundo estremecimiento. *¿Cómo ha podido el Barón convertir a un Mentat en ese animal despiadado?*

—Te ofrezco una elección, Piter —dijo el Barón.

—¿Qué elección?

El Barón chasqueó sus gruesos dedos.

—Esa mujer y el exilio fuera del Imperio, o el ducado de los Atreides en Arrakis para gobernarlo en mi nombre del modo que creas oportuno.

Jessica observó cómo los ojos de araña del Barón estudiaban a Piter.

—Aquí podrás ser Duque sin necesidad de poseer el título —dijo el Barón.

¿Entonces mi Leto está muerto? , se preguntó Jessica. En alguna parte de su mente, muy profundo, se alzó un silencioso lamento.

El Barón tenía toda su atención concentrada en el Mentat.

—Compréndete a ti mismo, Piter. La quieres porque era la mujer de un Duque, el símbolo de su poder… hermosa, útil, exquisitamente adiestrada para su papel. ¡Pero todo un ducado, Piter! Esto es mucho mejor que un símbolo; es una realidad. Con él podrás tener todas las mujeres que quieras… y más aún.

—¿No estáis jugando con Piter?

El Barón se volvió con aquella ligereza de bailarín que le daban los suspensores.

—¿Jugar? ¿Yo? Recuerda… *he* renunciado al chico. Has oído lo que ha dicho el traidor acerca de su adiestramiento. Ambos son parecidos, madre e hijo… mortalmente peligrosos. —El Barón sonrió—. Ahora debo irme. Te enviaré al guardia que he reservado para este momento. Es completamente sordo. Sus órdenes son acompañarte durante el primer tramo de tu viaje hacia el exilio. Matará a esa mujer si se da cuenta de que te está controlando. No te permitirá quitarle la mordaza hasta que estéis muy lejos de Arrakis. Si eliges no irte… entonces tiene otras órdenes.

—No os vayáis —dijo Piter—. Ya he elegido.

—¡Ajá! —cloqueó el Barón—. Una decisión tan rápida sólo puede significar una cosa.

—Tomaré el ducado —dijo Piter.

Y Jessica pensó: *¿No se da cuenta Piter de que el Barón le está mintiendo? Pero… ¿cómo puede darse cuenta? Es tan sólo un Mentat degenerado.*

El Barón fijó su mirada en Jessica.

—¿No es maravilloso que conozca tan bien a Piter? Había apostado con mi Maestro de Armas a que ésta sería la elección de Piter. ¡Ah! Bien, ahora debo irme. Esto es mucho mejor. Sí, mucho mejor. ¿Comprendéis, Dama Jessica? No os guardo ningún rencor. Es una necesidad. Es mucho mejor así. Sí. Y yo no he ordenado *realmente* que seáis destruida. Cuando alguien me pregunte qué es lo que os ha ocurrido, podré alzarme de hombros con toda sinceridad.

—¿Así que me dejáis a mí esta tarea? —preguntó Piter.

—La guardia que os enviaré cumplirá tus órdenes —dijo el Barón—. Sea lo que sea lo que decidas, la elección es tuya. —Miró a Piter—. Sí. Yo no mancharé mis manos de sangre. Será tu decisión. Sí. No quiero saber nada de ello. Esperarás a que me haya ido para hacer lo que hayas decidido. Sí. Bien… ah, sí. Sí. Bien.

Teme las preguntas de una Decidora de Verdad , pensó Jessica. *¿Quién? ¡Oh, la Reverenda Madre Gaius Helen, por supuesto! Si él sabe que deberá responder a sus preguntas, entonces incluso el Emperador está mezclado en todo esto. Oh, mi pobre Leto.*

Con una última mirada a Jessica, el Barón se volvió y salió por la puerta. Siguiendo su marcha con los ojos, ella pensó: *Es tal como me previno la Reverenda Madre… un adversario demasiado poderoso.*

Dos soldados Harkonnen entraron. Otro, cuyo rostro era una máscara de cicatrices, se inmovilizó en el umbral, empuñando una pistola láser.

El sordo , pensó Jessica, estudiando las cicatrices de aquel rostro. *El Barón sabe que contra cualquier otro hombre yo podría utilizar la Voz.*

Caracortada miró a Piter.

—Tenemos al muchacho en una litera ahí fuera. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

Piter se dirigió a Jessica:

—Había pensado ataros a mí con una amenaza sobre vuestro hijo, pero empiezo a ver que no hubiera funcionado. He consentido que las emociones ofusquen la razón. Mala política para un Mentat. —Miró primero a los dos soldados, volviéndose luego hacia el sordo para que pudiera leer en sus labios—: Llevadlos al desierto, tal como sugirió el

traidor para el muchacho. Su plan es bueno. Los gusanos destruirán toda evidencia. Sus cuerpos nunca serán hallados.

—¿No deseáis liquidarlos vos mismo? —preguntó Caracortada.

Lee los labios , se dijo Jessica.

—Sigo el ejemplo de mi Barón —dijo Piter—. Llevadlos allí donde dijo el traidor.

Jessica captó el severo control Mentat en la voz de Piter. *Él también teme a la Decidora de Verdad.*

Piter se encogió de hombros, se volvió y salió. Se detuvo en la puerta, y Jessica pensó que iba a volverse para mirarla una última vez, pero se fue sin hacerlo.

—No me gustaría hallarme cara a cara con esa Decidora de Verdad después del trabajo de esta noche —dijo Caracortada.

—No tienes ninguna posibilidad de encontrarte con esa vieja bruja —dijo uno de los otros soldados. Avanzó hacia Jessica, haciendo girar su cabeza—. No haremos nuestro trabajo quedándonos charlando aquí. Cógela por los pies y…

—¿Por qué no la matamos aquí? —preguntó Caracortada.

—Demasiado sucio —dijo el primero—. A menos que quieras estrangularla. Yo prefiero las cosas limpias. Los dejaremos en el desierto, como ha dicho el traidor, los golpearemos una o dos veces, y dejaremos la evidencia para los gusanos. Así, luego no tendremos que limpiar nada.

—Ya… sí, creo que tienes razón —dijo Caracortada.

Jessica escuchaba, observando, registrando. Pero la mordaza le impedía usar la Voz, y además había que tener en cuenta al sordo.

Caracortada enfundó su láser y la cogió por los pies. La levantaron como un saco de cereales, maniobrando a través de la puerta, y la dejaron caer en una litera a suspensor donde había otra figura atada. Al girarla para evitar que cayese, pudo ver el rostro de su compañero… ¡Paul! Estaba atado, pero no amordazado. Su rostro estaba a no más de diez centímetros del suyo, con los ojos cerrados y respirando regularmente.

¿Está drogado? , se preguntó.

Los soldados levantaron la litera, y los ojos de Paul se abrieron por una fracción de segundo… dos líneas oscuras que la miraron.

¡No debe utilizar la Voz! , rogó ella. *¡El soldado sordo!*

Los ojos de Paul se cerraron.

Había utilizado la respiración controlada para calmar su mente, sin dejar de escuchar a sus captores. El sordo constituía un problema, pero Paul contenía su desesperación. El régimen de apaciguamiento mental Bene Gesserit que su madre le había enseñado le mantenía perfectamente despierto y calmado, dispuesto para aprovechar la menor oportunidad.

Paul entreabrió de nuevo rápidamente sus párpados para inspeccionar el rostro de su madre. No parecía herida. Pero estaba amordazada.

Se preguntó quién la habría capturado. En cuanto a él, la cosa estaba perfectamente clara… se había ido a la cama después de tomar una pastilla prescrita por Yueh, para despertarse atado en aquella litera. ¿Quizá había ocurrido algo parecido con su madre? La lógica le decía que el traidor era Yueh, pero aún no podía pronunciarse definitivamente sobre aquel punto. No podía comprenderlo… un doctor Suk, un traidor.

La litera se inclinó ligeramente mientras los soldados Harkonnen maniobraban para franquear una puerta que conducía a la noche estrellada. Una boya suspensora raspó contra el quicio. Después estuvieron sobre la arena, que chirrió bajo sus pasos. El ala de un tóptero apareció ante ellos, bloqueando las estrellas. La litera fue depositada en el suelo.

Los ojos de Paul se adaptaron a la débil claridad. Reconoció al soldado como al hombre que abría la puerta del tóptero y se inclinaba hacia la débil iluminación verdosa del tablero de sus instrumentos.

—¿Es este el tóptero que se supone debemos utilizar? —preguntó, volviéndose para observar los labios de sus compañeros.

—El traidor ha dicho que era uno de los que estaban preparados para el desierto —dijo otro.

Caracortada asintió.

—Pero es uno de los utilizados para distancias cortas. No hay espacio más que para dos ahí dentro.

—Dos son suficientes —dijo el que llevaba la litera, acercándose al sordo y poniéndose frente a él para que pudiera leer sus labios—. Nosotros podemos encargarnos de ellos a partir de ahora, Kinet.

—El Barón me dijo que me asegurara de lo que les ocurría a esos dos —dijo Caracortada.

—Ella es una bruja Bene Gesserit —dijo el sordo—. Tiene poderes.

—Ahhh… —el hombre hizo una seña a su compañero, señalándose la oreja—. Una de esas, ¿eh? Ya veo lo que quieres decir.

El otro soldado, tras él, gruñó.

—Muy pronto servirá de comida a los gusanos. No creo que una bruja Bene Gesserit tenga poderes sobre uno de esos gordos gusanos, ¿eh, Czigo? —dio un codazo a su compañero.

—Ajá —dijo éste. Volvió a la litera y cogió a Jessica por los hombros—. Adelante, Kinet. Puedes venir si lo que deseas es ver cómo termina esto.

—Muy gentil por tu parte el invitarme, Czigo —dijo Caracortada.

Jessica se sintió levantar, la sombra del ala giró a un lado, dejando ver las estrellas. Fue izada a la parte trasera del tóptero, sus ligaduras de krimskell fueron examinadas, y luego fijaron su cinturón. Paul fue colocado a su lado, asegurado cuidadosamente, y entonces observó que sus ligaduras eran de cuerda normal.

Caracortada, el sordo que había sido llamado Kinet, ocupó su lugar delante. El que había conducido la litera, que había sido llamado Czigo, dio la vuelta al aparato y ocupó el otro asiento delantero.

Kinet cerró la portezuela y se inclinó sobre los controles. El tóptero levantó el vuelo con las alas replegadas, dirigiéndose al sur por encima de la Muralla Escudo. Czigo palmeó el hombro de su compañero y le dijo:

—¿Por qué no te vuelves y echas una mirada a esos dos?

—¿Sabes hacia dónde tenemos que ir? —Kinet no dejó de mirar los labios de Czigo.

—He oído decírselo al traidor, como tú.

Kinet hizo girar su asiento. Jessica vio las luces de las estrellas reflejarse en el láser que empuñaba. Sus ojos iban acostumbrándose a la pálida luminosidad del interior del ornitóptero, pero el rostro lleno de cicatrices del guardia permanecía en las sombras. Jessica comprobó el cinturón de su asiento, y descubrió que estaba flojo. Notó que estaba deshilachado a la altura de su brazo izquierdo, y se dio cuenta de que había sido casi seccionado allí, y que cedería al primer movimiento brusco.

¿Alguien ha venido antes a este tóptero y lo ha preparado para nosotros? , se preguntó. *¿Quién?* Lentamente, apartó sus atados pies de los de Paul.

—Es realmente una lástima desperdiciar a una mujer tan hermosa como ésta —dijo Caracortada—. ¿Nunca has poseído a una de la nobleza? —Se volvió a mirar al piloto.

—Las Bene Gesserit no son siempre nobles —dijo el piloto.

—Pero todas tienen ese aspecto.

Puede verme bien , pensó Jessica. Levantó las atadas piernas y las apoyó en la silla, encogiéndolas y mirando a Caracortada.

—Realmente hermosa, sí, señor —dijo Kinet. Se humedeció los labios con la lengua—. Es realmente una lástima. —Miró a Czigo.

—¿Piensas lo que yo pienso que estás pensando? —preguntó el piloto.

—¿Quién lo sabrá nunca? —preguntó el guardia—. Luego… —se alzó de hombros—. Nunca he poseído a ninguna noble. Quizá nunca más en mi vida tenga una oportunidad como ésta.

—Si te atreves a poner una mano sobre mi madre… —gruñó Paul. Miró furiosamente a Caracortada.

—¡Hey! —el piloto se echó a reír—. El cachorro ladra. Pero de todos modos no puede morder.

Y Jessica pensó: *Paul da un tono demasiado agudo a su voz. Pero de todos modos podría funcionar.*

Siguieron volando en silencio.

Esos pobres idiotas , pensó Jessica, estudiando a sus guardias y evocando las palabras del Barón. *Serán asesinados apenas terminen de informar del éxito de su misión. El Barón no quiere testigos.*

El tóptero sobrevoló las crestas de la Muralla Escudo, y Jessica distinguió debajo de ellos una extensión de arena dibujada por las sombras de la luna.

—Debemos estar ya bastante lejos —dijo el piloto—. El traidor dijo que los depositáramos en la arena en cualquier lugar cerca de la Muralla Escudo. —Inclinó el aparato en su largo descenso hacia las dunas, y después lo detuvo en su vertical.

Jessica vio que Paul iniciaba sus ejercicios respiratorios para recuperar el dominio de sí mismo. Cerró sus ojos, los volvió a abrir. Jessica lo miró, impotente para ayudarle. *Todavía no tiene el pleno dominio de la Voz* , pensó. *Si fracasa…*

El tóptero tocó la arena con una blanda vibración, y Jessica, mirando hacia el norte, hacia la Muralla Escudo, vio una sombra alada que se posaba más allá, fuera de su vista.

¡Alguien nos sigue! , pensó. *¿Quién?* Y luego: *Los que ha enviado el Barón para vigilar a estos dos. Y a su vez habrá otros para vigilar a los que vigilan.*

Czigo paró los rotores de las alas. El silencio flotó sobre ellos. Jessica volvió la cabeza. En el exterior, más allá de Caracortada, la débil luz de la luna bañaba una cresta rocosa color de hielo clavada en las arenosas dunas.

Paul carraspeó.

—¿Y ahora, Kinet? —preguntó el piloto.

—No sé, Czigo.

—¡Ahhh, mira! —dijo Czigo, volviéndose. Avanzó su mano hacia la falda de Jessica.

—Suéltale la mordaza —ordenó Paul.

Jessica sintió las palabras rodar por el aire. El tono, el excelente timbre… imperativo, cortante. Un poco menos agudo hubiera sido aún mejor, pero de todos modos había alcanzado el espectro auditivo del hombre.

Czigo dirigió su mano hacia la banda alrededor de la boca de Jessica y comenzó a soltarla.

—¡Deja esto! —ordenó Kinet.

—¡Oh, cierra el pico! —dijo Czigo—. Tiene las manos atadas.

Deshizo el nudo, y la banda cayó al suelo. Sus ojos relucían mientras examinaba a Jessica.

Kinet puso una mano en el brazo del piloto.

—Mira, Czigo, no necesitamos…

Jessica volvió la cabeza y escupió la mordaza. Habló en voz muy baja, en un tono íntimo.

—¡Caballeros! No necesitan *pelear* por mí —se movió al mismo tiempo, contoneándose sensualmente en beneficio de Kinet.

Vio que la tensión entre ambos aumentaba, y supo que en aquel instante estaban convencidos de la necesidad de pelear para obtenerla. Su desacuerdo no necesitaba otras razones. En sus mentes ya *peleaban* por obtenerla.

Levantó su cabeza a la luz de los instrumentos para estar segura de que Kinet podría leer sus labios.

—No deben estar en desacuerdo —se apartaron el uno del otro, mirándose suspicazmente—. ¿Vale la pena pelearse por una mujer?

Por el sólo hecho de hablar, de estar allí, era ya la causa viviente de su pelea.

Paul apretó los labios, obligándose a permanecer en silencio. Había utilizado su única oportunidad de servirse de la Voz. Ahora… todo dependía de su madre, cuya experiencia era mucho mayor que la suya.

—Sí —dijo Caracortada—. No hay necesidad de pelear por… —Su mano salió disparada al cuello del piloto. El golpe fue detenido por un chasquido metálico que interceptó el brazo y prosiguió su movimiento hasta golpear violentamente el pecho de Kinet.

Caracortada gruñó sofocadamente y se derrumbó contra la portezuela.

—¿Me creías tan estúpido como para no conocer este truco? —dijo Czigo. Levantó la mano, y la hoja de un puñal destelló reflejada por la luna.

—Ahora el cachorro —dijo, y se volvió hacia Paul.

—No es necesario —murmuró Jessica.

Czigo vaciló.

—¿No preferirías verme cooperar? —preguntó Jessica—. Dale una oportunidad al muchacho. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. No tendrá muchas ahí afuera, en la arena. Dale sólo esto y… —sonrió de nuevo—. Descubrirás algo que valdrá la pena.

Czigo miró a izquierda, a derecha, luego volvió su atención a Jessica.

—He oído lo que puede ocurrirle a un hombre en el desierto —dijo—. El chico tal vez prefiera el puñal.

—¿Acaso es demasiado lo que pido? —imploró Jessica.

—¿Estás intentando engañarme? —murmuró Czigo.

—No quiero ver morir a mi hijo —dijo Jessica—. ¿Es eso un engaño?

Czigo se levantó y soltó el seguro de la portezuela. Luego aferró a Paul, lo arrastró hasta su asiento, lo empujó a medias por el hueco de la portezuela y le apuntó con el cuchillo.

—¿Qué harás, cachorro, si corto tus cuerdas?

—Se alejará inmediatamente hacia aquellas rocas —dijo Jessica.

—¿Lo harás, cachorro? —preguntó Czigo.

La voz de Paul era convenientemente hosca.

—Sí.

El cuchillo descendió y cortó las ligaduras de sus piernas. Paul sintió la mano en su espalda que le empujaba afuera hacia la arena, fingió perder el equilibrio y se agarró al montante para recuperarlo, se volvió como para sostenerse, y lanzó su pie derecho bruscamente hacia adelante.

La puntera estaba apuntada con una precisión fruto de largos años de adiestramiento, como si todo aquel entrenamiento se concentrara en aquel preciso instante. Casi cada músculo de su cuerpo cooperó en emplazar el golpe en el lugar exacto. La puntera golpeó la parte blanda del abdomen de Czigo exactamente bajo el esternón, percutió con una terrible fuerza contra el hígado y a través del diafragma, y terminó en el ventrículo derecho del corazón del hombre.

Con un gemido estrangulado, el guardia fue proyectado hacia atrás contra los asientos. Paul, imposibilitado de usar sus manos, siguió su caída hacia la arena, dando una pirueta y volviendo a alzarse al mismo instante. Saltó de nuevo a la cabina, encontró el cuchillo y lo apretó entre sus dientes mientras su madre cortaba sus propias ligaduras. Después Jessica lo cogió a su vez y liberó las manos de su hijo.

—Hubiera podido arreglármelas con él —dijo—. Él mismo hubiera soltado mis ligaduras. Ha sido un riesgo estúpido.

—He visto una oportunidad y la he aprovechado —dijo él.

Ella notó el firme control de su voz y dijo:

—Hay el signo de la casa de Yueh grabado en el techo de esta cabina.

Él levantó los ojos y miró el ensortijado símbolo.

—Salgamos y examinemos este aparato —dijo Jessica—. Hay un paquete bajo la silla del piloto. Lo he notado cuando hemos entrado.

—¿Una bomba?

—Lo dudo. Hay algo extraño aquí.

Paul saltó a la arena y Jessica le siguió. Se volvió, metió la mano bajo el asiento buscando el extraño bulto. Rozó con su rostro los pies de Czigo, y notó al sacarlo que el paquete estaba húmedo. Se dio cuenta que era sangre del piloto.

Lástima de humedad , pensó, y se dijo que aquel era un pensamiento arrakeno.

Paul miraba a su alrededor, viendo la escarpada roca que despuntaba en el desierto como una playa invadida por el mar, y más adelante las empalizadas esculpidas por el viento. Se volvió, mientras su madre extraía el paquete del tóptero, y siguió su mirada a través de las dunas hacia la Muralla Escudo. Entonces vio lo que había atraído la atención de su madre: vio otro tóptero descendiendo hacia ellos, y comprendió que no tenían tiempo de sacar los dos cuerpos del aparato y huir con él.

—¡Corre, Paul! —gritó Jessica—. ¡Son Harkonnen!

20

Arrakis enseña la actitud del cuchillo… cortar lo que es incompleto y decir: «Ahora ya está completo porque acaba aquí».

De *Frases escogidas de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

El hombre con uniforme Harkonnen se detuvo al final del corredor y observó a Yueh, abarcando en una sola mirada el cuerpo de Mapes, la forma inmóvil del Duque, y a Yueh de pie a su lado. Había un aire casual de brutalidad en él, una sensación de dureza y arrogancia que hicieron estremecer a Yueh.

Sardaukar , pensó Yueh. *Un Bashar, a juzgar por su aspecto. Probablemente uno de los enviados por el Emperador para controlar como van las cosas aquí. No importa el uniforme que lleven, nada puede disimularlos.*

—Tú eres Yueh —dijo el hombre. Miró especulativamente el anillo de la Escuela Suk que recogía el cabello del doctor, echó una ojeada al tatuaje diamantino de su frente y luego clavó sus ojos en los de Yueh.

—Soy Yueh —dijo el doctor.

—Puedes relajarte, Yueh —dijo el hombre—. Apenas has anulado los escudos de la casa hemos penetrado inmediatamente. Todo está bajo control. ¿Es este el Duque?

—Es el Duque.

—¿Muerto?

—Sólo inconsciente. Aconsejo que sea atado.

—¿Qué has hecho con los otros? —miró en dirección al cuerpo de Mapes tendido en el corredor.

—Es lamentable —murmuró Yueh.

—¡Lamentable! —se burló el Sardaukar. Avanzó y bajó sus ojos hacia Leto—. Así que este es el gran Duque Rojo.

Si tuvieras dudas acerca de la identidad de este hombre esto bastaría para anularlas , pensó Yueh. *Sólo el Emperador llama a los Atreides los Duques Rojos.*

El Sardaukar se inclinó y arrancó la insignia del halcón rojo del uniforme de Leto.

—Un pequeño recuerdo —dijo—. ¿Dónde está el anillo ducal?

—No lo lleva puesto —dijo Yueh.

—¡Ya lo veo! —cortó el Sardaukar.

Yueh se envaró y deglutió. *Si me presionan, si traen una Decidora de Verdad, descubrirán lo que he hecho con el anillo, lo del tóptero que he preparado… y todo terminará.*

—A veces el Duque envía el anillo con un mensajero para probar que la orden viene directamente de él —dijo Yueh.

—Ha de ser un mensajero condenadamente fiel —gruñó el Sardaukar.

—¿No lo atáis? —aventuró Yueh.

—¿Cuánto tiempo permanecerá inconsciente?

—Aproximadamente dos horas. No he sido tan preciso en su dosificación como en las de la mujer y el chico.

El Sardaukar removió al Duque con un pie.

—No hay nada que temer de él, ni siquiera cuando se despierte. ¿Cuándo se despertarán la mujer y el chico?

—Dentro de diez minutos.

—¿Tan pronto?

—Se me dijo que el Barón llegaría inmediatamente detrás de sus hombres.

—Llegará. Espera fuera, Yueh —lo miró duramente—. ¡Ya!

Yueh miró a Leto.

—Pero, y…

—Será enviado al Barón propiamente atado, como un asado a punto de ser metido en el horno —el Sardaukar miró de nuevo el tatuaje diamantino de la frente de Yueh—. Eres conocido: estarás seguro en el recinto. Pero no tenemos tiempo para charlar. Oigo que los demás están llegando.

Traidor , pensó Yueh. Bajó los ojos y se apresuró delante del Sardaukar, sabiendo que este era tan sólo el principio y que así le conocería siempre la historia: *Yueh, el traidor.*

Cruzó por encima de varios cuerpos antes de alcanzar la entrada principal, y los examinó temiendo que alguno de ellos pudiera ser el de Paul o Jessica. Eran todos soldados de la casa o llevaban el uniforme Harkonnen.

Los guardias Harkonnen le apuntaron con sus armas cuando salió por la puerta principal a la noche iluminada por las llamas. Las palmeras a lo largo de la calle habían sido incendiadas para iluminar la casa. El negro humo de las sustancias inflamables usadas para prender los árboles reptaba entre las llamas anaranjadas.

—Es el traidor —dijo alguien.

—El Barón querrá verte muy pronto —dijo otro.

Debo alcanzar el tóptero , pensó Yueh. *Debo esconder el sello ducal en un lugar donde Paul pueda encontrarlo.* El terror contrajo sus vísceras. *Si Idaho sospecha de mí o se impacienta… si no espera y se dirige al sitio exacto que le he indicado… Jessica y Paul no escaparán de la carnicería. Le será negado a mi acto incluso el más pequeño alivio.*

Uno de los guardias Harkonnen lo sujetó del brazo y dijo:

—Espera ahí, fuera del paso.

Bruscamente, Yueh se sintió perdido en aquel lugar de destrucción, sin que nada le fuera perdonado, sin que le fuera concedida la menor piedad. *¡Idaho no puede fallar!*

Otro guardia le empujó y gritó:

—¡Tú, sal del camino!

Aunque se hayan aprovechado de mí, me desprecian , pensó Yueh. Se irguió mientras lo empujaban, recobrando algo de su dignidad.

—¡Espera a que venga el Barón! —gritó un oficial de la guardia. Yueh asintió y, con una calculada lentitud, recorrió toda la parte anterior de la casa, giró la esquina, hundiéndose en la oscuridad fuera de la luz de las palmeras ardiendo. Rápidamente, con creciente ansia, Yueh se dirigió al patio detrás del invernadero, donde esperaba el tóptero… el aparato preparado para llevar a Paul y su madre hasta el desierto.

Un guardia estaba inmóvil en la abierta puerta trasera de la casa, con su atención dirigida hacia el iluminado corredor y los hombres que iban y venían por todos lados, inspeccionando las habitaciones.

¡Qué seguros estaban de sí mismos!

Yueh se movió en las sombras, rodeó el tóptero y abrió la portezuela contraria donde estaba el guardia. Deslizó la mano bajo el asiento delantero para asegurarse de que la Fremochila que había ocultado antes estaba allí, abrió una solapa y deslizó dentro el anillo ducal. Notó el crujido del papel de especia que había allí, la nota que había escrito, y metió dentro el anillo. Retiró la mano, volvió a dejar el paquete en su sitio.

Suavemente, Yueh cerró la portezuela del tóptero y deshizo su camino hacia la esquina de la casa y hacia la luz de los árboles incendiados.

Ya está hecho , pensó.

Emergió de nuevo a la luz de las palmeras ardiendo. Se embozó en su capa y contempló las llamas. *Pronto lo sabré. Pronto veré al Barón y lo sabré. Y el Barón… encontrará un pequeño diente.*

21

Dice una leyenda que, en el instante en que el Duque Leto Atreides murió, un meteoro atravesó el cielo encima del ancestral palacio de Caladan.

PRINCESA IRULAN, *Introducción a la Historia de Muad'Dib para niños*

El Barón Vladimir Harkonnen estaba de pie junto a una de las lucernas del transporte ligero que había decidido usar como puesto de mando. Afuera podía ver la llameante noche de Arrakeen. Su atención se centró en la lejana Muralla Escudo, donde estaba operando su arma secreta.

La artillería pesada.

Los cañones arrasaban las cavernas donde los hombres del Duque habían encontrado refugio para una última y desesperada resistencia. Lentos y medidos relámpagos de luz anaranjada, lluvia de rocas y polvo entrevistos por breves instantes a la luz de las explosiones… y los hombres del Duque sitiados por siempre allí dentro, destinados a morir de hambre, cazados como animales en sus madrigueras.

El Barón oía el distante retumbar… el martilleo incesante que le llegaba en vibraciones transmitidas por el metal de la nave:

Bruuum… bruuum. Y luego: *¡BRUUUM-bruuum!*

¿Quién habría pensado en hacer revivir la artillería en estos días de escudos? , pensó con una risita mental. *Pero era predecible que los hombres del Duque se precipitarían hacia aquellas cavernas. Y el Emperador sabrá apreciar mi clarividencia que ha preservado las vidas de nuestras mutuas fuerzas.*

Ajustó uno de los pequeños suspensores que protegían su grueso cuerpo de los tirones de la gravedad. Una sonrisa curvó su boca, formando arrugas en sus gruesas mejillas.

Qué pena destruir unos soldados tan valerosos como los del Duque , pensó. Su sonrisa se hizo más amplia. *¡Qué pena tener que ser cruel!* Asintió. El fracaso era, por definición, condenable. Todo el universo estaba allí, al alcance de la mano del hombre que supiera tomar las decisiones correctas. Había que hacer correr a los conejos para que se escondieran en sus madrigueras. De otro modo, ¿cómo podrían ser dominados y criados? Imaginó a sus soldados como abejas haciendo correr a los conejos. Y pensó: *El día está repleto de un dulce zumbido cuando hay tantas abejas trabajando para ti.*

Una puerta se abrió detrás de él. El Barón estudió el reflejo en la oscura lucerna antes de volverse.

Piter de Vries avanzaba a través de la cámara, seguido por Umman Kudu, el capitán de la guardia personal del Barón. Al otro lado de la puerta se movían más hombres, su guardia, cuyos rostros adoptaban prudentemente la expresión de carneros en su presencia.

El Barón se volvió.

Piter rozó con un dedo un mechón de cabellos, en un irónico saludo.

—Buenas noticias, mi Señor. Los Sardaukar han traído hasta aquí al Duque.

—Por supuesto que lo han hecho —gruñó el Barón.

Estudió la sombría máscara de villanía en el afeminado rostro de Piter. Y sus ojos: dos hendiduras de un azul profundo.

Tendré que desembarazarme pronto de él , pensó el Barón. *Dentro de poco ya no me será útil, y se convertirá en un peligro positivo hacia mi persona. Pero antes, de todos modos, deberá hacerse odiar por el pueblo de Arrakis. Y entonces… acogerán a mi querido Feyd-Rautha como a un salvador.*

El Barón dirigió su atención hacia el capitán de su guardia: Umman Kudu, una mandíbula firme, unos músculos faciales tensos, un mentón como la puntera de una bota… un hombre en el que se podía confiar ya que sus vicios eran bien conocidos.

—Ante todo, ¿dónde está el traidor que me ha entregado al Duque? —preguntó el Barón—. Debo entregarle al traidor su recompensa.

Piter giró sobre la punta de sus pies e hizo un gesto a los guardias del exterior.

Hubo algunos oscuros movimientos, y Yueh avanzó. Sus gestos eran rígidos y tensos. El bigote casi le cubría los empurpurados labios. Sólo sus viejos ojos parecían vivos. Yueh dio tres pasos dentro de la cámara y se detuvo, obedeciendo a un gesto de Piter, y miró fijamente al Barón a través de la vacía distancia.

—Ahhh, doctor Yueh.

—Mi señor Harkonnen.

—Me habéis entregado al Duque, por lo que he oído.

—Era mi parte del trato, mi Señor.

El Barón miró a Piter.

Piter asintió.

El Barón miró de nuevo a Yueh.

—El trato al pie de la letra, ¿eh? Y yo… —escupió las palabras—: ¿Qué debía hacer a cambio?

—Lo recordáis perfectamente, mi Señor Harkonnen.

Y Yueh empezó a pensar de nuevo, escuchando el silencio pesado de los relojes de su mente. Vio la sutil traición en la actitud del Barón. Wanna estaba muerta… se hallaba más allá de su alcance. De otro modo, hubiera buscado aún mantener en su puño al débil doctor. La actitud del Barón revelaba que no había esperanza: todo había terminado.

—¿De veras? —dijo el Barón.

—Prometisteis librar a mi Wanna de su agonía.

El Barón asintió.

—Oh, sí. Ahora lo recuerdo. Eso dije. Esa fue mi promesa. Así es como conseguimos vencer el Condicionamiento Imperial. No podíais soportar ver a vuestra bruja Bene Gesserit retorcerse en los amplificadores de dolor de Piter. Bien, el Barón Vladimir Harkonnen mantiene siempre sus promesas. Os dije que la libraría de su agonía y que permitiría que os reunierais con ella. Así será. —Levantó una mano hacia Piter.

Los azules ojos de Piter destellaron con una fría mirada. Su movimiento fue fluidamente felino. El cuchillo brilló como una garra en su mano antes de hundirse en la espalda de Yueh.

El anciano se puso rígido, sin dejar de fijar su atención en el Barón.

—¡Ahora reúnete con ella! —restalló el Barón.

Yueh permaneció en pie, vacilante. Sus labios se movieron con lenta precisión, y su voz resonó con una extraña cadencia:

—Vos… creéis… que… me… habéis… destruido. Vos… creéis… que… yo… no… sabía… que… me… había… comprado… por… mi… Wanna.

Cayó. Sin doblarse ni derrumbarse. Cayó como un árbol cortado por su base.

—Reúnete con ella —repitió el Barón. Pero sus palabras parecían un débil eco.

Yueh había suscitado un presentimiento en él. Sus ojos se fijaron en Piter, que limpiaba la hoja con un trapo, y observó una profunda satisfacción en sus azules ojos.

Así es como mata con su propia mano , pensó el Barón. *Es bueno saberlo.*

—¿Nos ha entregado *realmente* al Duque? —preguntó el Barón.

—Ciertamente, mi Señor —dijo Piter.

—¡Entonces, tráelo aquí!

Piter miró al capitán de la guardia, que se volvió para obedecer.

El Barón bajó sus ojos hacia Yueh. Por la forma como había caído, uno podía sospechar que todos sus huesos eran de duro roble.

—Nunca confiaré en un traidor —dijo el Barón—. Ni siquiera si el traidor lo he creado yo.

Miró a la noche al otro lado de la lucerna. Aquel gran saco de oscuridad, allí afuera, era suyo, pensó. Ya no se oía el martillear de la artillería contra las cavernas de la Muralla Escudo; las bocas de las madrigueras habían quedado selladas. Bruscamente, el Barón no llegó a concebir nada más hermoso que aquella absoluta oscuridad de allí afuera. A menos que fuera blanco sobre negro. Blanco brillante sobre negro. Blanco porcelana.

Pero había aún aquella sensación de duda.

¿Qué había querido decir aquel imbécil de viejo doctor? Por supuesto, probablemente sospechaba ya lo que iba a ocurrirle al fin. Pero aquella frase: *«Creéis que me habéis destruido».*

¿Qué había querido decir?

El Duque Leto Atreides apareció en el umbral. Sus brazos estaban atados con cadenas, su rostro de águila manchado de polvo. Su uniforme estaba desgarrado allí donde alguien había arrancado su insignia. Otros desgarrones en su cintura indicaban los lugares donde había estado fijado al uniforme su cinturón escudo. Los ojos del Duque eran vidriosos, su mirada la de un loco.

—Y bien… —dijo el Barón. Vaciló, inspiró profundamente. Se dio cuenta de que había hablado con una voz demasiado alta. Aquel momento, tanto tiempo esperado, había perdido algo de su sabor.

¡Maldito sea ese doctor por toda la eternidad!

—Creo que nuestro buen Duque está drogado —dijo Piter—. Así es como Yueh nos lo ha enviado. —Se volvió hacia el Duque—. ¿Estáis drogado, mi querido Duque?

La voz era muy lejana. Leto podía sentir las cadenas, el dolor en los músculos, sus labios cortados, sus ardientes mejillas, el áspero sabor de la sed que resonaba como un desafío en su boca. Pero los sonidos le llegaban blandos, como a través de una espesa capa de algodón. Y sólo podía distinguir formas inciertas a través de esta capa.

—¿Y la mujer y el chico, Piter? —preguntó el Barón—. ¿Todavía no se sabe nada?

La lengua de Piter recorrió sus labios.

—¡Tú sabes algo! —restalló el Barón—. ¿Qué es?

Piter miró al capitán de la guardia, luego al Barón.

—Los hombres que fueron encargados del trabajo, mi Señor… han sido… esto… bueno… encontrados.

—Bien, ¿su informe ha sido enteramente satisfactorio?

—Han muerto, mi Señor.

—¡Por supuesto que han muerto! Lo que quiero saber es…

—Estaban muertos cuando los encontramos, mi Señor.

El rostro del Barón se puso lívido.

—¿Y la mujer y el chico?

—Ningún rastro, mi Señor; pero había un gusano. Llegó en el momento en que estábamos inspeccionando la zona. Quizá todo haya ocurrido como esperábamos… un accidente. Es posible que…

—No podemos confiar en las posibilidades, Piter. ¿Qué ha ocurrido con el tóptero desaparecido? ¿Esto no sugiere nada a mi Mentat?

—Obviamente uno de los hombres del Duque ha escapado con él, mi Señor. Ha matado a nuestro piloto y ha huido.

—¿Cuál de los hombres del Duque?

—Ha sido una muerte limpia y silenciosa, mi Señor. Hawat quizá, o ese Halleck. Posiblemente Idaho. O alguno de los primeros lugartenientes.

—Posibilidades —murmuró el Barón. Miró a la vacilante figura drogada del Duque.

—La situación está en nuestras manos, mi Señor —dijo Piter.

—¡No, no lo está! ¿Dónde se encuentra ese estúpido planetólogo? ¿Dónde está ese hombre Kynes?

—Hemos recibido información acerca de dónde encontrarlo y lo hemos enviado a buscar, mi señor.

—No me gusta la forma en que ese siervo del Emperador nos está ayudando —gruñó el Barón.

Las palabras atravesaban a duras penas la capa de algodón, pero algunas de ellas ardían en la mente de Leto. *La mujer y el chico… ningún rastro.* Paul y Jessica habían escapado. Y el destino de Hawat, Halleck e Idaho era una incógnita. Aún había esperanza.

—¿Dónde está el anillo ducal? —preguntó el Barón—. No hay nada en su dedo.

—El Sardaukar dice que no lo llevaba cuando fue capturado, mi Señor —dijo el capitán de los guardias.

—Has matado al doctor demasiado pronto —dijo el Barón—. Ha sido un error. Tenías que haberme advertido, Piter. Te has movido demasiado precipitadamente para el bien de nuestra empresa. —Frunció el ceño—. ¡Posibilidades!

El pensamiento se iba abriendo camino en la mente de Leto: *¡Paul y Jessica han escapado!* Y había también algo más en su memoria… un pacto. Casi podía recordarlo.

¡El diente!

Ahora recordó parte de él: *una cápsula de gas letal dentro de un falso diente.*

Alguien le había dicho que recordara el diente. El diente estaba en su boca. Podía sentir su forma con la lengua. Todo lo que debía hacer era morder con fuerza.

¡Todavía no!

Alguien le había dicho que esperara hasta estar cerca del Barón. ¿Quién había sido? No conseguía recordarlo.

—¿Cuánto tiempo seguirá drogado así? —preguntó el Barón.

—Quizá otra hora, mi Señor.

—Quizá —gruñó el Barón. Se volvió de nuevo hacia la noche al otro lado de la lucerna—. Tengo hambre.

Esa forma gris y confusa de allí es el Barón , pensó Leto. La forma parecía danzar arriba y abajo, siguiendo los movimientos de toda la estancia. Y la estancia se expandía y se comprimía. Primero era brillante y luego oscura. Finalmente se sumergió en las tinieblas.

El tiempo se convirtió en una sucesión de niveles para el Duque. Iba atravesándolos uno a uno. *Debo esperar.*

Había una mesa. Leto la vio muy claramente. Y un hombre gordo y adiposo al otro lado de la mesa, y los restos de un plato de comida ante él. Leto se dio cuenta de que estaba sentado frente al hombre grueso, sintió las cadenas, las ligaduras que le ataban a la silla y un hormigueo por todo su cuerpo. Tuvo consciencia de que había pasado un tiempo, pero ¿cuánto?

—Creo que vuelve en sí, Barón.

Una voz sedosa. Ese es Piter.

—Ya lo veo, Piter.

Un retumbar de bajo: el Barón.

Leto notó que las cosas se iban haciendo más definidas a su alrededor. La silla debajo de él se volvió más sólida, sus ligaduras más cortantes.

Y ahora vio claramente al Barón. Leto observó los movimientos de las manos del hombre: un toque compulsivo… el borde de un plato, el mango de una cuchara, un dedo siguiendo el pliegue de un mentón.

Leto miró el movimiento de aquella mano, fascinado por él.

—Puedes oírme, Duque Leto —dijo el Barón—. Sé que puedes oírme. Queremos saber de ti dónde están tu concubina y el muchacho que engendraste en ella.

Ningún gesto surgió de Leto, pero aquellas palabras le bañaron en calma. *Entonces es cierto: no tienen a Paul ni a Jessica.*

—No estamos jugando a ningún juego infantil —tronó el Barón—. Lo sabes muy bien. —Se inclinó hacia Leto, estudiando su rostro. Se sentía irritado al no poder tratar privadamente el asunto, sólo entre ellos dos. Que otros pudieran ver a un noble en tales condiciones… esto creaba un pésimo precedente.

Leto sentía que sus fuerzas volvían a él. Y ahora, el recuerdo de aquel falso diente resonaba en su mente como una campana en medio de una inmensa y plana llanura. La cápsula en forma de nervio en el interior de aquel diente… el gas letal… recordó quién le había implantado aquella mortal arma en su boca.

Yueh.

El recuerdo brumoso de un cuerpo inerte, arrastrado bajo sus ojos fuera de aquella misma estancia, llegó hasta la mente de Leto. Sabía que era el cuerpo de Yueh.

—¿Oyes ese ruido, Duque Leto? —preguntó el Barón.

Leto tuvo consciencia de un sonido como el reclamo nocturno de una rana, el grito ahogado de alguien en agonía.

—Hemos capturado a uno de tus hombres disfrazado de Fremen —dijo el Barón—. Nos ha sido fácil descubrirlo: los ojos, naturalmente. Insiste en decir que fue enviado entre los Fremen para espiarlos. Pero, querido primo, yo he vivido durante cierto tiempo en este planeta. Uno no espía a esa escoria del desierto. Dime, ¿acaso has comprado su ayuda? ¿Han mandado a tu mujer y a tu hijo entre ellos?

Leto sintió el miedo aferrarse a su pecho. *Si Yueh les ha enviado entre la gente del desierto… la búsqueda no cejará hasta que sean hallados.*

—Vamos, vamos —dijo el Barón—. Tenemos poco tiempo, y el dolor es rápido. Por favor, no me obligues a eso, mi querido Duque. —El Barón miró a Piter, inclinado sobre el hombro de Leto—. Piter no ha traído aquí todo su instrumental, pero estoy convencido de que puede improvisar.

—A veces es mejor improvisar, Barón.

¡Aquella sedosa, insinuante voz! Leto la oyó muy cerca de su oído.

—Tú tenías un plan de emergencia —dijo el Barón—. ¿Dónde has enviado a tu mujer y al chico? —Miró la mano de Leto—. Tu anillo no está aquí. ¿Es el chico quien lo tiene?

El Barón clavó su mirada en los ojos de Leto.

—No respondes —dijo—. ¿Vas a obligarme a hacer algo que no deseo? Piter usará métodos simples y directos. Yo también estoy de acuerdo en que a veces son los mejores, pero no está bien que *tú* te tengas que ser sometido a esas cosas.

—Sebo hirviendo en la espalda, quizá, o en los párpados —dijo Piter—. O tal vez en otras partes del cuerpo. Es especialmente efectivo cuando el

sujeto no sabe en qué punto será aplicado el sebo la próxima vez. Es un buen método, y hay una cierta belleza en el diseño de las ampollas que se forman en la piel, ¿no, Barón?

—Exquisito —dijo el Barón, y su voz resonó ácida.

¡El tacto de esos dedos! Leto no podía dejar de mirar las grasientas manos, las brillantes joyas en aquellas hinchadas manos de bebé gordo, su compulsivo movimiento.

Los gritos de agonía provenientes del otro lado de la puerta roían los nervios del Duque. *¿A quién han capturado?* , se preguntó. *¿Tal vez Idaho?*

—Créeme, querido primo —dijo el Barón—. No deseo llegar a esto.

—Pensad en los mensajes corriendo a lo largo de los nervios, a partir de la zona de contacto, en busca de una ayuda que no puede llegar —dijo Piter—. Hay algo artístico en ello.

—Eres un soberbio artista —gruñó el Barón—. Ahora, ten la decencia de permanecer en silencio.

Leto recordó de pronto una cosa que Gurney Halleck había dicho una vez, viendo un retrato del Barón: *«E, inmóvil sobre la playa, vi a una monstruosa bestia surgir del mar… y en su cabeza vi estampado el nombre de la blasfemia».*

—Estamos perdiendo tiempo, Barón —dijo Piter.

—Quizá.

El Barón inclinó la cabeza hacia él.

—Mi querido Leto, sabes que vas a terminar diciéndonos dónde se encuentran. Existe un nivel de dolor que vencerá incluso a tu voluntad.

Probablemente tiene razón , pensó Leto. *Si no fuera por el diente… y por el hecho de que en realidad no sé dónde se encuentran.*

El Barón pinchó un trozo de carne y lo llevó a su boca, masticándola lentamente, engulléndola. *Hay que probar alguna otra cosa* , pensó.

—Observa a este prisionero que niega estar en venta —dijo—. Obsérvalo bien, Piter.

Y el Barón pensó: *¡Sí! Míralo, este hombre que cree no poder ser comprado. ¡Míralo detenidamente, mientras un millón de fragmentos de sí mismo están siendo vendidos a destajo cada instante de su vida! Si lo*

cogieras en este momento y lo sacudieras, todo él sonaría a vacío. ¡Vendido! ¿Qué diferencia hay en que muera de una y otra forma?

Los sonidos de rana tras la puerta se interrumpieron bruscamente.

El Barón vio a Umman Kudu, el capitán de los guardias, aparecer en el umbral y agitar la cabeza. El prisionero no había dado la información solicitada. Otro fracaso. Era ya tiempo de dejar de contemporizar con aquel idiota estúpido del Duque, que no quería darse cuenta de lo cerca de él que estaba el infierno… sólo al espesor de un nervio de distancia.

Este pensamiento calmó al Barón, venciendo su reluctancia a someter a un noble al dolor. Se vio de pronto a sí mismo como a un cirujano preparado para practicar infinitas disecciones… arrancando las máscaras a los idiotas y exponiendo el infierno que había debajo de ellas.

¡Conejos, todos ellos conejos!

¡Y cómo huían temblando apenas veían a un carnívoro!

Leto miró fijamente a través de la mesa, preguntándose qué estaba esperando. El diente pondría fin a todo muy rápidamente. Pero… la vida había sido tan hermosa en su mayor parte. Se descubrió a sí mismo recordando un milano real antenado suspendido sobre el cielo de Caladan, y a Paul riendo de alegría al contemplarlo. Y recordó el sol del alba, aquí en Arrakis… y las estrías de color de la Muralla Escudo difuminadas por la bruma de polvo.

—Tanto peor —murmuró el Barón. Echó su silla hacia atrás, se levantó con ligereza con la ayuda de sus suspensores, y vaciló notando un súbito cambio en la expresión del Duque. Le vio inspirar profundamente, y que su mandíbula se había endurecido. Un músculo se estremeció en el momento en que el Duque cerró con fuerza su boca.

¡Cuánto miedo me tiene! , pensó el Barón.

Aterrado ante el temor de que el Barón pudiera escapársele, Leto mordió salvajemente la cápsula en el diente y la notó romperse. Abrió la boca y expelió el pungente vapor que sentía formarse sobre su lengua. El Barón pareció hacerse más pequeño, una figura vista a través de un túnel que se alejara. Leto oyó un jadeo junto a su oído… la voz sedosa: Piter.

¡También le he cogido a él!

La voz retumbó lejana.

Leto sintió sus recuerdos girar en su mente… parecidos a murmullos de viejas desdentadas. La estancia, la mesa, el Barón, el par de ojos

aterrorizados… azul sobre azul… todo se fundió a su alrededor en una simétrica destrucción.

Había un hombre con el mentón parecido a la puntera de una bota, un títere, cayendo. El títere tenía la nariz rota hacia la izquierda: un metrónomo inmovilizado para siempre al inicio de su recorrido. Leto oyó el entrechocar de vajilla… tan lejano… un rumor en sus oídos. Su mente era un pozo sin fondo, recogiéndolo todo. Todo aquello que siempre había existido: cada grito, cada susurro, cada… silencio.

Un único pensamiento quedaba en él. Leto lo percibió como algo informe, unos trazos de luz negra: *El día modela la carne y la carne modela el día.* El pensamiento lo golpeó con un sentimiento de plenitud que supo que nunca podría explicar.

Silencio.

El Barón estaba de pie, con la espalda apoyada contra su puerta privada, en el refugio de seguridad tras su mesa. La había cerrado a una habitación llena de hombres muertos. Sus sentidos le decían que sus guardias corrían por todos lados. *¿Lo he respirado?* , se preguntó. *Fuera lo que fuese ¿me ha alcanzado también a mí?*

Los sonidos volvían a él… y la razón. Oyó a alguien gritando órdenes: máscaras de gas… mantened la puerta cerrada… accionad los extractores.

Los otros han caído muy aprisa , pensó. *Yo aún sigo en pie. Todavía respiro. ¡Infiernos! ¡Ha faltado poco!*

Ahora podía analizar lo sucedido. Su escudo estaba activado como siempre, regulado al mínimo pero siempre con la potencia suficiente para retardar el intercambio molecular a través de la barrera energética. Y se estaba separando de la mesa… y el jadeo de Piter que había provocado la intervención del capitán de la guardia y su muerte.

La muerte y la advertencia que había leído en los rasgos de un hombre moribundo… esto le había salvado la vida.

El Barón no sintió ninguna gratitud hacia Piter. El idiota se había dejado matar. ¡Y aquel estúpido capitán de los guardias! ¡Había dicho que los había registrado a fondo a todos antes de llevarlos a presencia del Barón! ¿Cómo había sido posible que el Duque…? No había habido ningún aviso. Ni siquiera el detector de venenos sobre la mesa… hasta que había sido demasiado tarde. ¿Cómo era posible?

Ahora ya no tiene ninguna importancia , pensó el Barón, mientras su mente se reafirmaba. *El próximo capitán de los guardias empezará a trabajar buscando las respuestas a estas preguntas.*

Percibió un aumento de la actividad fuera, al otro lado de la puerta de aquella estancia donde reinaba la muerte. El Barón empujó la otra puerta y salió, estudiando a los lacayos a su alrededor. Todos permanecían inmóviles y silenciosos, esperando la reacción del Barón.

¿Estará el Barón furioso?

Y el Barón se dio cuenta de que habían pasado tan sólo unos segundos desde que había escapado de aquella terrible habitación.

Algunos de los guardias mantenían sus pistolas apuntadas contra la puerta. Otros dirigían su ferocidad hacia el vacío vestíbulo donde se oían ahora los ruidos procedentes de la esquina a su derecha.

Un hombre apareció por esa esquina, con la máscara antigás colgando de su cuello, sus ojos fijos en los detectores de veneno alineados en el corredor. Tenía cabellos rubios, rostro aplanado y ojos verdes. Finas arrugas partían de su boca de gruesos labios. Hacía pensar en alguna criatura acuática perdida por algún extraño motivo entre los animales terrestres.

El Barón observó al hombre que se acercaba, recordando su nombre: Nefud. Iakin Nefud. Cabo de la guardia. Nefud era adicto a la combinación de música y semuta, que actuaba en los más profundos estratos de la consciencia. Este era un precioso dato de información.

El hombre se detuvo frente al Barón y saludó.

—El corredor está limpio, mi Señor. Estaba montando guardia en el exterior y he pensado en seguida que se trataba de un gas letal. Los ventiladores de vuestra estancia aspiraban el aire de este corredor —alzó los ojos hacia el detector encima de la cabeza del Barón—. No ha escapado ni un átomo de gas. Hemos limpiado ya completamente la estancia. ¿Cuáles son vuestras órdenes?

El Barón reconoció la voz del hombre… la misma que había gritado las órdenes. *Eficiente este cabo* , pensó.

—¿Están todos muertos ahí dentro? —preguntó el Barón.

—Sí, mi Señor.

Bien, habrá que adaptarse a ello , pensó el Barón.

—En primer lugar —dijo—, déjame felicitarte, Nefud. Eres el nuevo capitán de mi guardia. Y espero que aprenderás la lección en la muerte de tu predecesor.

El Barón captó la consciencia de lo que representaba aquel ascenso para el hombre de su guardia: Nefud sabía que ya nunca más le faltaría semuta.

Nefud asintió.

—Mi Señor sabe que me consagraré enteramente a su seguridad.

—Sí. Bien, a lo que íbamos. Sospecho que el Duque llevaba algo en su boca. Descubrirás lo que era, cómo ha sido usado y quién lo puso allí. Toma todas las precauciones…

Se interrumpió, con la cadena de sus pensamientos rota por una perturbación en el corredor, detrás de él: los guardias de la puerta del ascensor que conducía a los niveles inferiores de la fragata intentaban detener a un alto coronel Bashar que acababa de emerger de la cabina.

El Barón no consiguió situar el rostro del coronel Bashar: delgado, con la boca parecida a una hendidura hecha en el cuero y unos ojos como manchas de tinta.

—¡Quitadme vuestras manos de encima, pandilla de carroñeros! —rugió el hombre, y empujó violentamente a los guardias.

Ahhh, uno de los Sardaukar , pensó el Barón.

El coronel Bashar avanzó a grandes pasos hacia el Barón, cuyos ojos se cerraron hasta convertirse en dos sutiles hendiduras de aprensión. Los oficiales Sardaukar lo llenaban de inquietud. Tenían un aspecto que les hacía parecer parientes del Duque… del difunto Duque. ¡Y sus modales hacia el Barón!

El coronel Bashar se plantó a un paso del Barón, con las manos en las caderas. Los guardias se inmovilizaron detrás de él, indecisos.

El Barón observó la ausencia de saludo, el desdén en los modales del Sardaukar, y su inquietud aumentó. Había una sola legión de Sardaukar en el planeta, diez brigadas, reforzando las legiones Harkonnen, pero el Barón no se hacia ilusiones. Aquella única legión era perfectamente capaz de revolverse contra los Harkonnen y vencerlos.

—Decid a vuestros hombres que no intenten impedirme que os vea, Barón —gruñó el Sardaukar—. En cuanto a los míos, os han traído al Duque Atreides antes de que pudiera discutir con vos su suerte. Vamos a hacerlo ahora.

No debo perder prestigio ante mis hombres , pensó el Barón.

—¿Y? —Su voz era fría y controlada, y el Barón se sintió orgulloso de ella.

—Mi Emperador me ha encargado asegurarme de que su real primo perecerá limpiamente, sin agonía —dijo el coronel Bashar.

—Estas son las órdenes Imperiales que he recibido —mintió el Barón—. ¿Creéis que iba a desobedecerlas?

—Debo informar a mi Emperador de lo que haya visto con mis propios ojos —dijo el Sardaukar.

—El Duque ya ha muerto —cortó el Barón, y levantó una mano para despedir al hombre.

El coronel Bashar permaneció inmóvil frente al Barón. Ni un parpadeo, ni el menor estremecimiento de ninguno de sus músculos indicaron que se había dado cuenta de que había sido despedido.

—¿Cómo? —gruñó.

¡Realmente, esto ya es demasiado! , se dijo el Barón.

—Por su propia mano, si es eso lo que queréis saber —dijo el Barón—. Se ha envenenado.

—Quiero ver el cadáver —dijo el coronel Bashar.

El Barón alzó los ojos al techo, fingiendo exasperación, mientras sus pensamientos galopaban. *¡Maldición! ¡Ese Sardaukar de ojos aguzados va a penetrar en la estancia antes de que podamos cambiar nada!*

—Ahora —precisó el Sardaukar—. Quiero verlo con mis propios ojos.

No había forma de impedirlo, se dio cuenta el Barón. El Sardaukar iba a verlo todo. Sabría que el Duque había matado a hombres Harkonnen… y que el Barón había escapado por escaso margen. Los restos de la comida en la mesa eran una evidencia, y el Duque muerto frente a ellos, con la destrucción a su alrededor.

Era imposible evitarlo.

—No quiero oir excusas —dijo ásperamente el coronel Bashar.

—Nadie quiere daros excusas —dijo el Barón, y miró a los ojos de obsidiana del Sardaukar—. No tengo nada que esconder al Emperador. —Inclinó la cabeza hacia Nefud—: El coronel Bashar quiere verlo todo, en seguida. Hazlo entrar por la puerta ante la que te hallas, Nefud.

—Por aquí, señor —dijo Nefud.

Lentamente, insolentemente, el Sardaukar rodeó al Barón y se abrió camino entre los guardias.

Insufrible , pensó el Barón. *Ahora el Emperador sabrá cómo le he fallado en esto. Lo considerará un signo de debilidad.*

Y experimentó la agonía de pensar que el Emperador y su Sardaukar eran idénticos en su desdén hacia cualquier signo de debilidad. El Barón se mordió el labio inferior, consolándose con la idea de que al menos el Emperador no estaba al corriente de la incursión de los Atreides sobre Giedi Prime, y de la destrucción de los almacenes de especia que los Harkonnen tenían allí.

¡Maldito sea ese pérfido Duque!

El Barón observó las dos espaldas que se alejaban… el arrogante Sardaukar y el robusto y eficiente Nefud.

Tendremos que adaptarnos , pensó el Barón. *Deberé poner otra vez a Rabban al frente de este condenado planeta. Sin restricciones. Tendré que derramar incluso mi propia sangre Harkonnen para colocar a Arrakis en condiciones de aceptar a Feyd-Rautha. ¡Maldito sea Piter! ¡No se le ha ocurrido otra cosa que hacerse matar antes de que yo hubiera terminado con él!*

El Barón suspiró.

Debo enviar inmediatamente a alguien a Tleilax para buscar un nuevo Mentat. Indudablemente ya tendrán a otro nuevo preparado para mí.

Un guardia tosió cerca de él.

El Barón se volvió hacia el hombre.

—Tengo hambre.

—Sí, mi Señor.

—Y deseo ser divertido mientras vosotros limpiáis esa estancia y estudiáis todos sus secretos para mí —retumbó el Barón.

El guardia bajó los ojos.

—¿Qué diversión prefiere mi Señor?

—Estaré en mi dormitorio —dijo el Barón—. Hazme traer aquel joven que compramos en Gamont, el que tiene esos ojos tan adorables. Que lo droguen bien. No tengo el menor deseo de luchar.

—Sí, mi señor.

El Barón se volvió y se dirigió hacia sus habitaciones, dando saltitos por efecto de los suspensores. *Sí* , pensó. *Ese con los ojos tan adorables, ese que se parece tanto al joven Paul Atreides.*

22

Oh Mares de Caladan,

Oh gente del Duque Leto…

Ciudadela de Leto abatida,

Abatida para siempre…

De *Canciones de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Paul sintió que todo su pasado, toda su vida antes de aquella noche, era como arena deslizándose por una clepsidra. Estaba sentado al lado de su madre, sujetándose las rodillas dentro de la pequeña tienda de tejido y plástico, una destiltienda, que habían encontrado, junto con las ropas Fremen que se habían puesto inmediatamente, en el paquete descubierto en el tóptero.

No había ninguna duda en la mente de Paul respecto a quién había escondido la Fremochila allí, quién había dirigido el rumbo del tóptero que transportaba a los cautivos.

Yueh.

El doctor traidor los había llevado directamente hasta las manos de Duncan Idaho.

Paul miró afuera, a través de la parte transparente de la destiltienda, observando las rocas iluminadas por la luz de la luna que rodeaban el refugio que Idaho había preparado para ellos.

Escondiéndome como un chiquillo ahora que soy el Duque , pensó Paul. Aquel pensamiento lo irritaba, pero no podía negar que esconderse era por el momento lo más seguro.

Algo había ocurrido con su percepción aquella noche; veía con absoluta claridad todas las circunstancias y los acontecimientos en torno suyo. Se sintió incapaz de asimilar el flujo de datos, pero con fría precisión, cada nuevo elemento encajaba en sus conocimientos y los cálculos parecían concentrarse en su consciencia. Tenía el poder de un Mentat, y más aún.

Paul pensó en el momento de impotente rabia cuando aquel extraño tóptero surgió de la noche planeando hacia ellos, deteniéndose como un halcón gigantesco sobre el desierto, con el viento silbando bajo sus alas. Algo había pasado entonces en la mente de Paul. El tóptero se había

deslizado sobre la arena, directo hacia las dos figuras que corrían… su madre y él. Paul recordó el olor a azufre de la abrasión de los patines del tóptero rozando sobre la arena hacia ellos.

Su madre, lo sabía, se había vuelto, con la certeza de enfrentarse a un láser en manos de un mercenario Harkonnen, reconociendo en cambio a Duncan Idaho que se inclinaba fuera de la portezuela del tóptero gritando:

—¡Aprisa! ¡Hay señales de un gusano al sur!

Pero Paul había sabido, desde el mismo momento en que se había vuelto, quién pilotaba el tóptero. Una acumulación de detalles en la forma en que volaba, el fulmíneo aterrizaje… indicaciones tan imperceptibles que ni su madre hubiera captado… pero que habían proporcionado a Paul el conocimiento *exacto* de quién estaba en los controles.

Al otro lado de la destiltienda, Jessica se movió y dijo:

—Esa puede ser la única explicación. Los Harkonnen tenían en su poder a la esposa de Yueh. ¡Él odiaba a los Harkonnen! No puedo haberme equivocado sobre esto. Has leído su nota. ¿Pero por qué nos ha salvado de la carnicería?

Hasta ahora no empieza a verlo ella, y aún con dificultades , pensó Paul. Este pensamiento fue un shock. Él había comprendido los hechos con la máxima claridad tan sólo leyendo la nota que acompañaba al anillo ducal en el paquete.

«No intentéis perdonarme», había escrito Yueh. «No quiero vuestro perdón. Mi carga es ya bastante pesada. He actuado sin maldad y sin esperanzas de ser comprendido. Ha sido mi tahaddi al-burham, mi última prueba. Os dejo el sello ducal de los Atreides como testimonio de que escribo la verdad. Cuando leáis esto, el Duque Leto habrá muerto. Pueda consolaros mi afirmación de que no morirá solo, que aquél al que odiamos todos nosotros más que a nada en el mundo morirá con él».

No estaba dirigida a nadie ni tenía firma, pero no había ninguna duda acerca de aquella caligrafía familiar… Yueh.

Recordando la misiva, Paul revivió su angustia en aquel momento… algo agudo y extraño que parecía manifestarse en el exterior de su nueva agilidad mental. Había leído que su padre había muerto, reconocido la verdad de aquellas palabras, pero todo ello no era más que otro dato a encasillar en su mente para el momento de ser usado.

Quería a mi padre , pensó Paul, y sabía que era cierto. *Tendría que llorar por él. Debería sentir algo.*

Pero no sentía nada, excepto: *Es un hecho importante.*

Al lado de otros muchos hechos.

Y su mente no dejaba de acumular durante todo el tiempo nuevas impresiones sensoriales, extrapolando y calculando.

Las palabras de Halleck volvieron a Paul: *«El humor es algo para el ganado, o para hacer el amor. Uno combate cuando es necesario, no cuando está de humor».*

Quizá sea esto , se dijo Paul. *Lloraré a mi padre luego… cuando tenga tiempo.*

Pero la fría decisión de su ser no mostró ninguna flexión. Intuyó que su nueva percepción era tan sólo un inicio, y que iría en aumento. La impresión de una terrible finalidad, que había experimentado por primera vez durante su confrontación con la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam, lo aferró de nuevo. Su mano derecha —la mano que recordaba el dolor— le escocía y pulsaba.

¿Esto es lo que significa ser el Kwisatz Haderach? , se maravilló.

—Por un tiempo he pensado que Hawat había cometido otro error —dijo Jessica—. Pienso que tal vez Yueh no fuera un doctor Suk.

—Era todo lo que pensábamos… y más —dijo Paul. Y pensó: *¿Por qué es tan lenta en ver las cosas?* Luego añadió—: Si Idaho no consigue llegar hasta Kynes, estaremos…

—No es nuestra única esperanza —dijo ella.

—No era esto lo que sugería —dijo él.

Jessica percibió una acerada dureza en su voz, un tono de mando, y lo miró en la gris oscuridad de la destiltienda. Paul era una silueta contrastada sobre la blanquecina imagen de las rocas inundadas por la luna a través de la parte transparente de la tienda.

—Otros hombres de tu padre puede que hayan conseguido escapar —dijo ella—. Debemos reagruparlos, hallar…

—Tendremos que depender de nosotros mismos —dijo él—. Nuestra primera preocupación es nuestro arsenal familiar de atómicas. Hemos de alcanzarlo antes de que los Harkonnen lo encuentren.

—Es poco probable que lo encuentren —dijo ella— allí donde lo hemos ocultado.

—No podemos correr ese riesgo.

Y ella pensó: *Utilizar las atómicas de la familia para amenazar al planeta y su especia… eso es lo que tiene en mente. Pero entonces todo lo que puede hacer es huir bajo el anonimato de un renegado.*

Las palabras de su madre habían provocado un nuevo flujo de pensamientos en la mente de Paul… como Duque, su preocupación era toda la gente que se había perdido en aquella noche. *La gente es la verdadera fuerza de una Gran Casa* , pensó Paul. Y recordó las palabras de Hawat: *«Dejar a los amigos resulta triste. Pero un lugar es sólo un lugar».*

—Están usando a los Sardaukar —dijo Jessica—. Tendremos que esperar a que los Sardaukar se hayan ido.

—Creen
habernos atrapado entre el desierto y los Sardaukar —dijo Paul—. Intentan no dejar a un solo Atreides con vida… un exterminio total. No cuentan con que escape ninguno de los nuestros.

—Pero no pueden seguir corriendo indefinidamente el riesgo de demostrar que el Emperador está metido en esto.

—¿Lo crees realmente?

—Algunos de nuestros hombres conseguirán huir.

—¿Estás segura?

Jessica se volvió, estremeciéndose ante la amargura y la dureza de la voz de su hijo, notando su precisa evaluación de las posibilidades. Sintió que la mente del muchacho había rebasado la suya, y que él ahora veía mucho más lejos que ella. Ella misma había contribuido a adiestrar aquella inteligencia, pero ahora descubrió que le inspiraba miedo. Sus pensamientos giraron, buscando desesperadamente el refugio que para ella había sido siempre el Duque, y las lágrimas inundaron sus ojos.

Tenía que ser así, Leto , pensó. *«Un tiempo para el amor y un tiempo para el dolor».* Apoyó la mano en su vientre, consciente del embrión que llevaba en él. *Tengo en mí la hija de los Atreides que me fue ordenado engendrar, pero la Reverenda Madre estaba equivocada: una hija no hubiera salvado a mi Leto. Esta hija es sólo una vida que intenta alcanzar el futuro en un presente de muerte. La he concebido por instinto y no por obediencia.*

—Prueba de nuevo el comunicador —dijo Paul.

La mente sigue trabajando hagamos lo que hagamos para detenerla , pensó Jessica.

Tomó el pequeño receptor que Idaho les había dejado y lo conectó. Una luz verde se encendió en la parte anterior del instrumento. Del aparato surgieron chasquidos metálicos. Redujo el volumen, variando la frecuencia. Una voz hablando en el lenguaje de batalla de los Atreides resonó en la tienda:

—… retroceder y reagruparse en la cresta. Fedor informa que no hay supervivientes en Carthag y que el Banco de la Cofradía ha sido saqueado.

¡Carthag! , pensó Jessica. *Era un feudo Harkonnen.*

—Son Sardaukar —dijo la voz—. Cuidado con los Sardaukar vestidos con uniformes Atreides. Son…

Algo restalló en el altoparlante, y luego silencio.

—Prueba las otras frecuencias —dijo Paul.

—¿Comprendes lo que significa esto? —preguntó Jessica.

—Lo esperaba. Quieren que la Cofradía nos considere responsables de la destrucción de su banco. Con la Cofradía contra nosotros, estamos atrapados en Arrakis. Prueba las otras frecuencias.

Ella sopesó las palabras: *«Lo esperaba».* ¿Qué le había ocurrido a su hijo? Lentamente, Jessica volvió al instrumento. Exploró las otras frecuencias, captando retazos de violencia en las pocas voces que seguían llamando en el lenguaje de batalla de los Atreides:

—… retirada…

—… reagrupamos en…

—… atrapados en una caverna en…

Y no ofrecía ninguna duda la victoriosa exaltación de los gritos de los Harkonnen que surgían de las otras frecuencias. Breves órdenes, informes de batalla. No lo suficiente para que Jessica pudiera registrar y decodificar el lenguaje, pero el tono era obvio.

Los Harkonnen habían vencido.

Paul tomó el paquete que había a su lado, notando el glogloteo de los dos litrojons llenos de agua. Inspiró profundamente y miró al exterior a través del lado transparente de la tienda, hacia las escarpaduras rocosas que se delineaban contra las estrellas. Su mano izquierda se posó en la cerradura a esfínter de entrada de la tienda.

—El alba llegará dentro de poco —dijo—. Podemos esperar durante todo el día a Idaho, pero no otra noche. En el desierto, hay que viajar de noche y descansar a la sombra durante el día.

Las antiguas tradiciones se insinuaron en la mente de Jessica: *Sin destiltraje, un hombre sentado a la sombra, en el desierto, necesita cinco litros diarios de agua para mantener el equilibrio corporal.* Percibió la superficie lisa y elástica del destiltraje sobre su piel, y pensó que sus vidas dependían por completo de aquella prenda.

—Si nos vamos de aquí, Idaho no nos encontrará nunca —dijo Paul—. Si Idaho no ha vuelto al alba, tendremos que considerar la posibilidad de que haya sido capturado. ¿Cuánto crees que puede resistir?

La pregunta no necesitaba respuesta, y Jessica guardó silencio. Paul abrió el cierre del paquete y sacó un micromanual provisto de su cuadrante luminoso y su lente. Letras verdes y anaranjadas saltaron de las páginas hacia él: «litrojon, destiltienda, cápsulas energéticas, recicladores, snork de arena, binoculares, equipo de destiltraje, pistola marcadora, mapas sink, tampones, paracompás, garfios de doma, martilleadores, Fremochila, columna de fuego…».

Tantas cosas para sobrevivir en el desierto.

Dejó el manual a un lado, en el suelo de la tienda.

—¿A dónde podemos ir? —preguntó Jessica.

—Mi padre hablaba del *poder del desierto* —dijo Paul—. Los Harkonnen no podrían dominar este planeta sin él. De hecho, nunca han podido dominarlo ni nunca podrán. Ni siquiera con diez mil legiones de Sardaukar.

—Paul, no puedes pensar que…

—Tenemos todas las puertas en nuestras manos —dijo él—. Aquí mismo, en esta tienda… la propia tienda, esta mochila y su contenido, estos destiltrajes. Sabemos que la Cofradía exige un precio prohibitivo por los satélites climáticos. Sabemos que…

—¿Qué tienen que ver los satélites climáticos con todo esto? —preguntó Jessica—. No podrían… —se interrumpió. Paul percibió las hipersensibilidades de su mente, leyendo sus reacciones, calculándolas minuciosamente.

—Ahora puedes darte cuenta de ello —dijo—. Los satélites observan constantemente el suelo. Hay cosas en el desierto profundo que no deben ser observadas.

—¿Sugieres que la Cofradía controla este planeta?

Era tan lenta.

—¡No! —dijo—. ¡Los Fremen! Pagan a la Cofradía su aislamiento, pagan con lo que el poder del desierto pone a su disposición… la especia. No es una respuesta de segunda aproximación, sino la única solución según los cálculos. Piensa en ello.

—Paul —dijo Jessica—, todavía no eres un Mentat; no puedes saber con seguridad…

—Nunca seré un Mentat —dijo él—. Soy algo distinto… un fenómeno.

—¡Paul! ¿Cómo puedes decir…?

—¡Déjame solo!

Se volvió de espaldas a ella, mirando afuera, a la noche. *¿Por qué no puedo llorar?* , se maravilló. Sintió cada fibra de su ser anhelando aquel desahogo, pero sabía que le sería negado por siempre.

Jessica nunca había notado una angustia tan profunda en la voz de su hijo. Hubiera querido poder comprenderlo, estrecharlo entre sus brazos, confortarlo, ayudarlo… pero sintió que no había nada que pudiera hacer. Tendría que resolver sus problemas por sí mismo.

El brillo del manual de la Fremochila que Paul había dejado en el suelo llamó su atención. Lo tomó y le echó una ojeada, leyendo: «Manual de “El Desierto Amigo”, el lugar lleno de vida. Este es el ayat y el burhan de la Vida. Cree, y al-Lat nunca te consumirá».

Se parece al Libro de Azhar , pensó, recordando sus estudios de los Grandes Secretos. *¿Habrá pasado algún manipulador de Religiones por Arrakis?*

Paul tomó el paracompás del paquete, volvió a dejarlo y dijo:

—Piensa en todos estos aparatos Fremen de aplicaciones bien precisas. Muestran una sofisticación incomparable. Admítelo. La cultura que ha creado estos objetos evidencia una profundidad insospechable.

Vacilando, preocupada aún por la dureza de la voz de su hijo, Jessica volvió al libro y estudió la ilustración de una constelación del cielo de Arrakis: «Muad’Dib: El Ratón», y notó que la cola apuntaba al norte.

Paul se volvió de nuevo hacia la oscuridad de la tienda y discernió débilmente los movimientos de su madre revelados por el brillo del manual. *Ahora es el momento de cumplir el deseo de mi padre* , pensó. *Debo transmitirle su mensaje mientras aún hay tiempo para el dolor. El dolor puede ser inoportuno más tarde.* Y se sintió impresionado por su propia exacta lógica.

—Madre —dijo.

—¿Sí?

Había captado el cambio en su voz, y un soplo helado se aferró a sus vísceras ante aquel sonido. Nunca antes había captado un control tan férreo.

—Mi padre ha muerto —dijo Paul.

Ella buscó en su interior para acoplar los hechos con los hechos y con los hechos —la manera Bene Gesserit de evaluar datos— y extrajo la respuesta: la sensación de una terrible pérdida. Jessica asintió, incapaz de hablar.

—Mi padre —dijo Paul— me encargó transmitirte un mensaje si le ocurría algo. Temía que pudieras pensar que no tenía confianza en ti.

Qué inútil sospecha , pensó Jessica.

—Quería que supieras que nunca dudó de ti —dijo Paul, y le explicó el engaño, añadiendo—: Quería que supieras que siempre tuviste su absoluta confianza, que siempre te amó y te adoró. Dijo que antes hubiera sospechado de sí mismo que de ti, y que sólo tenía algo de qué lamentarse: no haberte hecho su Duquesa.

Ella se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas, pensando: *¡Qué estúpido derroche de agua!* Pero sabía lo que significaba aquel pensamiento… una tentativa de anular el dolor con cólera. *Leto, mi Leto* , pensó. *¡Qué horribles cosas podemos hacer a los que amamos!* Con un gesto violento apagó el cuadrante luminoso del manual.

Sollozó.

Paul percibió el dolor de su madre y lo comparó con su propia vaciedad. *Yo no siento dolor* , pensó. *¿Por qué? ¿Por qué?* Aquella incapacidad de experimentar dolor le pareció una horrible tara.

Un tiempo para ganar y un tiempo para perder , pensó Jessica, recitándose a si misma una frase de la Biblia Católica Naranja. *Un tiempo para guardar y un tiempo para tirar; un tiempo para amar y un tiempo para odiar; un tiempo de guerra y un tiempo de paz.*

La mente de Paul siguió funcionando con gélida precisión. Descubrió nuevas avenidas abiertas para ellos en aquel planeta hostil. Sin ni siquiera la válvula de seguridad de un sueño, enfocó su presciente consciencia, viéndolas como el cálculo de sus más probables futuros, pero con algo más, una franja de misterio… como si su mente se sumergiera en algún estrato intemporal donde soplaban los vientos del futuro.

Bruscamente, como si acabara de encontrar la llave necesaria, la mente de Paul ascendió otro peldaño en su consciencia. Sintió que estaba acercándose a otro nivel, sosteniéndose en aquel precario asidero y mirando a su alrededor. Era como el centro de una esfera a partir del cual las avenidas irradiaban en todas direcciones… pero esto era tan sólo una aproximación a sus sensaciones.

Recordó haber visto, en una ocasión, un pañuelito de gasa flotando al viento, y ahora percibió así el futuro, retorciéndose como aquella ondulante y variable superficie del pañuelo.

Vio gente.

Experimentó el calor y el frío de incontables probabilidades.

Reconocía nombres y lugares, experimentaba emociones sin número, recibía datos de innumerables e inexploradas fuentes. Tenía todo el tiempo para sondear y probar y examinar, pero no tiempo para modelar.

El todo era un espectro de posibilidades desde el más remoto pasado hasta el más remoto futuro… desde lo más probable a lo más improbable. Vio su propia muerte en innumerables versiones. Vio nuevos planetas, nuevas culturas.

Gente.

Gente.

Multitudes innumerables que no podía contar, pero cuya mente podía catalogar.

Y los hombres de la Cofradía.

Pensó: *La Cofradía… este podría ser un camino para nosotros; allí mi rareza sería aceptada como algo familiar de gran valor, siempre que pudiera asegurarla suplementariamente con la ahora necesaria especia.*

Pero la idea de vivir toda su vida con la mente tanteando aquel amasijo de futuros posibles que guiaba las naves espaciales lo aterrorizó. De todos modos, *era* un camino. Y afrontando aquel *futuro posible* con los hombres de la Cofradía reconoció su propia rareza.

Tengo otra visión. Veo otro paisaje: todos los senderos abiertos.

Este pensamiento despertó su seguridad y su alarma… demasiados lugares, en aquel otro modo suyo de ver las cosas, desaparecían o giraban fuera de su vista.

Así, tan rápida como había venido, la sensación le abandonó, y comprendió que toda la experiencia había durado tan sólo el tiempo de un latido.

Pero su consciencia había sido sacudida, cegada por una terrible luz. Miró a su alrededor.

La noche envolvía aún la destiltienda rodeada por las rocas. El agudo dolor de su madre llegó de nuevo hasta él.

Y su propia ausencia de dolor… Su mente era como una cavidad profunda separada del resto, continuando implacable su tarea de recibir datos, evaluarlos, calcularlos, rítmicamente, planteándose las preguntas y planteando las respuestas del mismo modo que un Mentat.

Y supo que eran pocas las mentes que habían acumulado nunca tal abundancia de datos. Pero no por ello la profunda cavidad que era su mente resultaba más soportable. Sintió que algo tenía que romperse. Era como si el mecanismo de relojería de una bomba hubiera empezado a tictaquear dentro de él, más allá de sus propios deseos. Percibió las minúsculas variaciones en torno suyo… un ligero aumento de la humedad, una fracción de descenso de temperatura, el lento avanzar de un insecto sobre el techo de la destiltienda, la solemne progresión del alba en el ángulo de cielo constelado de estrellas visible a través de la parte transparente de la tienda.

El vacío era insoportable. El saber cómo había sido puesto en marcha el mecanismo de relojería no marcaba ninguna diferencia. Podía mirar hacia su propio pasado y ver su inicio: el adiestramiento, la afinación de sus talentos, las refinadas presiones de sofisticadas disciplinas, el descubrimiento de la Biblia Católica Naranja en un momento crítico… y, finalmente, la inclusión de la especia. Y podía mirar también hacia adelante —en las más terribles direcciones— y ver adónde conducía todo esto.

¡Soy un monstruo! , pensó. *¡Un fenómeno!*

—¡No! —dijo. Y luego—: ¡No, No! ¡NO!

Descubrió que estaba dando puñetazos contra el suelo de la tienda. (La implacable parte de él registró esto como un interesante dato emotivo y lo integró a los otros factores).

—¡Paul!

Su madre estaba a su lado, sujetando sus manos, su rostro una mancha gris escrutándole.

—Paul, ¿qué ocurre?

—¡Tú! —dijo él.

—Estoy aquí, Paul —dijo ella—. Todo está bien.

—¿Qué has hecho conmigo? —exigió.

En un destello de claridad, ella captó alguna de las raíces de la pregunta.

—Te he traído al mundo —dijo.

Sabía, por su instinto y por sus más sutiles conocimientos, que esta era la respuesta correcta para calmarlo. Él sintió las manos de su madre sujetándolo, e intentó ver los rasgos de su rostro. (Algunos rasgos genéticos en la estructura de su rostro fueron examinados bajo el nuevo ángulo de su mente en continua actividad, las informaciones añadidas a los otros datos, y al final del cálculo surgió la respuesta).

—Déjame —dijo.

Ella notó la acerada dureza de su voz y obedeció.

—¿Quieres decirme qué es lo que te ocurre, Paul?

—¿Sabías lo que hacías cuando me adiestraste? —preguntó él.

No hay ningún rastro de niño en su voz , pensó ella. Y dijo:

—Esperaba lo que esperan todos los padres: que fueras… superior, distinto.

—¿Distinto?

Ella percibió la amargura en su tono.

—Paul, yo… —dijo.

—¡Tú no buscabas un hijo! —dijo él—. ¡Tú buscabas un Kwisatz Haderach! ¡Tú buscabas un macho Bene Gesserit!

Ella retrocedió ante tanta amargura.

—Pero, Paul…

—¿Consultaste alguna vez a mi padre para esto?

Ella respondió en voz muy baja, a causa de su reciente dolor.

—Seas lo que seas, Paul, la herencia te viene compartida de tu padre y mía.

—Pero no mi adiestramiento —dijo él—. No las cosas que… han despertado… al durmiente.

—¿Durmiente?

—Está aquí. —Puso una mano en su cabeza y luego en su pecho—. En mí. Y sigue adelante y adelante y adelante y adelante y…

—¡Paul!

Sentía la histeria surgiendo en su voz.

—Escúchame —dijo él—. ¿No querías que la Reverenda Madre supiese de mis sueños? Ahora escúchame en su lugar. Acabo de tener un sueño *despierto* . ¿Sabes por qué?

—Tienes que calmarte —dijo ella—. Si hay…

—La especia —dijo él—. Está por todos lados aquí… el aire, el suelo, la comida. La especia *geriátrica* . Es como la droga de la Decidora de Verdad. ¡Es un veneno!

Ella se envaró.

La voz de Paul descendió hasta un murmullo y repitió:

—Un veneno… tan sutil, tan insidioso… tan irreversible. No mata, a menos que uno deje de tomarlo. Nunca podremos abandonar Arrakis sin llevar una parte de Arrakis con nosotros.

La terrible *presencia* de su voz no admitía ninguna réplica.

—Tú y la especia —dijo Paul—. La especia transforma a cualquiera que la tome aunque sea a pequeñas dosis, pero gracias a *ti* , yo he vivido esta transformación en plena consciencia. No puedo relegarla al inconsciente, donde su intromisión podría ser sofocada. Yo puedo *verla* .

—Paul, tú…

—¡La veo! —repitió él.

Ella percibió la locura en su voz, sin saber qué hacer.

Pero él habló de nuevo, y observó que el férreo control volvía a dominarlo:

—Estamos atrapados aquí.

Estamos atrapados aquí , convino ella.

Y aceptó la verdad de sus palabras. Ninguna presión Bene Gesserit, ninguna astucia o artificio podrían liberarlos completamente de Arrakis: la especia era adictiva. Su cuerpo lo había sabido mucho antes de que su mente lo admitiera.

Así que aquí viviremos todo el resto de nuestras vidas , pensó, *en este planeta infernal. El lugar está preparado para nosotros, si conseguimos evadirnos de los Harkonnen. Y no hay ninguna duda sobre mi destino: una yegua de cría destinada a preservar una importante línea genética para el Plan Bene Gesserit.*

—Debo hablarte de mi sueño despierto —dijo Paul. Ahora no había furia en su voz—. Para estar seguro de que aceptarás lo que diga, te diré en primer lugar que darás a luz una hija, mi hermana, aquí en Arrakis.

Jessica apoyó sus manos en el suelo de la tienda y se apretó contra la curvada pared para rechazar la oleada de temor. Sabía que su estado no era aún visible. Sólo su propio adiestramiento Bene Gesserit le había permitido leer los primeros débiles signos en su cuerpo, advertir la presencia de un embrión de apenas unas semanas.

—Sólo
para servir —susurró Jessica, ciñéndose a la divisa Bene Gesserit—. Existimos sólo para servir.

—Encontraremos un hogar entre los Fremen —dijo Paul—, donde nuestra Missionaria Protectiva nos ha preparado un refugio.

Han preparado un camino para nosotros en el desierto , se dijo Jessica. *¿Pero cómo puede saber él algo de la Missionaria Protectiva?* Cada vez le era más difícil dominar su terror ante la cosa extraña en que se estaba convirtiendo Paul.

Este estudió la confusa sombra que era ella, viendo su miedo en cada reacción, con su nueva consciencia, como si se destacara contra una deslumbrante luz. Experimentó hacia ella un inicio de compasión.

—No puedo decirte aún las cosas que ocurrirán —dijo—. No puedo decírmelo ni a mí mismo, aunque las he visto. Este *sentido* del futuro… parece como si no tuviera ningún control sobre él. Simplemente se manifiesta. El futuro inmediato, digamos un año, puedo verlo en parte… un *camino* amplio como nuestra Avenida Central en Caladan. Pero hay cosas que no puedo ver… lugares oscuros… como situados al otro lado de una colina —(y pensó de nuevo en la agitada superficie de un pañuelo)—… y hay ramificaciones.

Permaneció silencioso, como si el recuerdo de aquella *visión* lo perturbara. Ningún sueño presciente, ninguna experiencia de su vida pasada lo habían preparado para esto: todos los velos habían caído, el tiempo se le presentaba en su desnudez.

En el revivir de su experiencia reconoció su terrible finalidad: la irresistible presión de su vida dilatándose como una burbuja siempre en expansión… el tiempo retrayéndose ante aquello…

Jessica buscó el control de la luz y lo activó.

Una débil luz verdosa empujó las sombras, calmando su miedo. Observó el rostro de Paul, sus ojos… su mirada interior. Y supo dónde había visto antes una mirada parecida: las fotos en los informes de desastres… en los rostros de los niños que habían conocido el hambre o las más terribles heridas. Los ojos eran pozos sin fondo, la boca una línea dura, las mejillas profundamente hundidas.

Es la expresión de una terrible consciencia , pensó, *de alguien obligado al conocimiento de su propia mortalidad.*

No era más que un niño.

El significado oculto de las palabras de Paul empezó a definirse en su mente, barriéndolo todo. Paul había mirado hacia adelante, había visto una vía de escape para ellos.

—Hay un modo de eludir a los Harkonnen —dijo.

—¡Los Harkonnen! —se burló él—. Arroja de tu mente esas caricaturas de seres humanos. —Miraba fijamente a su madre, estudiando las arrugas de su rostro a la luz de la tienda. Las arrugas la traicionaban.

—No deberías hablar de la gente refiriéndote a seres humanos sin… —dijo.

—No estés tan segura acerca de los límites —dijo él—. Arrastramos nuestro pasado con nosotros. Y, madre, hay una cosa que no sabes y que deberías saber… *nosotros* somos Harkonnen.

La mente de Jessica hizo entonces una cosa terrible: se vació totalmente, como si quisiera arrojar de ella toda sensación. Pero la voz de Paul siguió llegándole implacablemente, arrastrándola consigo:

—La próxima vez que estés ante un espejo, estudia tu rostro… estudia ahora el mío. Mira mis manos, la forma de mis huesos. Y si nada de esto te convence, entonces cree en mi palabra. He recorrido el futuro. He visto un informe, en un lugar, tengo todos los datos. Nosotros somos Harkonnen.

—Una… rama renegada de la familia —dijo ella—. Es esto, ¿verdad? Algún primo Harkonnen que…

—Tú eres la propia hija del Barón —dijo él, viendo como llevaba sus manos contra su boca y apretaba fuertemente—. El Barón se dedicó a gozar de muchos placeres en su juventud, y se permitió incluso ser seducido. Pero fue por las necesidades genéticas de la Bene Gesserit, por una de *vosotras* .

La forma en que dijo *vosotras* fue como una bofetada. Pero la mente de ella empezó de nuevo a trabajar, y no pudo negar sus palabras. Detalles dispersos de su pasado se unían ahora formando un todo coherente. La hija que buscaba la Bene Gesserit… no era para poner fin a la vieja enemistad entre los Atreides y los Harkonnen, sino únicamente para fijar un factor genético en sus descendencias. *¿Cuál?* Buscó confusamente una respuesta.

Como si leyera en su mente, Paul dijo:

—Creyeron que sería yo. Pero no soy lo que esperaban, y he llegado antes de mi tiempo. Y *ellas* no lo saben.

Jessica apretaba las manos contra su boca.

¡Gran Madre! ¡Es el Kwisatz Haderach!

Le pareció estar desnuda ante él, porque comprendió que nada, o casi nada, quedaba oculto a sus ojos. Y *esto* , supo, era el origen de su miedo.

—Estás pensando que soy el Kwisatz Haderach —dijo él—. Aparta eso de tu mente. Soy algo inesperado.

Debo advertir a una de las escuelas , pensó ella. *El índice de apareamientos revelará lo que ha ocurrido.*

—Cuando sepan de mi existencia será demasiado tarde —dijo él.

Ella intentó desviar su atención, bajó sus manos y dijo:

—¿Encontraremos refugio entre los Fremen?

—Los Fremen tienen un dicho que atribuyen al Shai-Hulud, el Viejo Padre Eternidad, según la tradición. Dice: «Tienes que estar preparado para apreciar lo que encuentres».

Y pensó: *Sí, madre… entre los Fremen. Adquirirás ojos azules y una callosidad en tu adorable nariz, donde estará fijado el tubo de tu destiltraje… y darás a luz a mi hermana: Santa Alia del Cuchillo.*

—Si tú no eres el Kwisatz Haderach —dijo Jessica—, ¿quién…?

—No puedes comprenderlo —dijo él—. Lo creerás tan sólo cuando lo veas.

Y pensó: *Soy una semilla.*

De pronto, vio lo fértil que era el terreno en el cual había caído, y dándose cuenta de ello, la terrible finalidad volvió a él, inundándolo de aquel espacio vacío en algún lugar de su interior, sofocándolo con el dolor.

Había visto una bifurcación en el camino frente a ellos… en una se hallaba un diabólico viejo Barón, y él le decía:

—Hola, abuelo.

Detestó aquella bifurcación, sintiendo que lo invadía la náusea. La otra bifurcación estaba llena de manchas de un confuso grisor interrumpidas por cimas de violencia. Tuvo allí una visión de una religión guerrera, un fuego que se extendía por todo el universo con el estandarte verde y negro de los Atreides tremolando a la cabeza de oleadas de fanáticas legiones ebrias de licor de especia. Gurney Halleck y algunos pocos más de los hombres de su padre —muy pocos— estaban entre ellos, enarbolando el símbolo del halcón del santuario del cráneo de su padre.

—No puedo tomar este camino —murmuró—. Este es el que querrían realmente las viejas brujas de tu escuela.

—No te comprendo, Paul —dijo su madre.

Permaneció silencioso, pensando que él era tan sólo una semilla, pensando en aquella consciencia racial que al principio había experimentado bajo la forma de una terrible finalidad. Descubrió que ya no podía odiar a la Bene Gesserit, ni al Emperador, ni siquiera a los propios Harkonnen. Todos ellos estaban ligados a la ineluctable necesidad de la raza de renovar su propia herencia dispersa, cruzando y mezclando y refundiendo sus líneas en un gigantesco rebullir genético. Y la raza conocía tan sólo un camino para esto… el antiguo camino que superaba cualquier obstáculo: la Jihad.

No puedo escoger en absoluto este camino , pensó.

Pero de nuevo, en las profundidades de su mente, vio el santuario del cráneo de su padre, y la violencia con el estandarte verde y negro ondeando en su centro.

Jessica carraspeó, preocupada por su silencio.

—Entonces… ¿los Fremen nos darán refugio?

Paul alzó los ojos y, a través de la verdosa luminosidad de la tienda, fijó su mirada en los rasgos delicados, patricios, de su rostro.

—Sí —dijo—. Es uno de los caminos. —Asintió—. Sí. Me llamarán… Muad'Dib, «El que señala el camino». Sí… así me llamarán.

Y cerró los ojos, pensando: *No, padre mío, no puedo llorarte.* Y sintió las lágrimas resbalar por sus mejillas.

LIBRO SEGUNDOMUAD'DIB

23

Cuando mi padre, el Emperador Padishah, supo de la muerte del Duque Leto y de sus circunstancias, se enfureció como nunca lo habíamos visto. Culpó a mi madre y al complot que lo había obligado a poner a una Bene Gesserit en el trono. Culpó a todos los que estábamos allí en aquel momento, incluyéndome a mí, porque dijo que yo era una bruja como todas las demás. Y cuando intenté apaciguarlo, diciéndole que todo aquello había ocurrido en base a una vieja ley de autoconservación a la cual obedecían incluso los más antiguos gobernantes, me escarneció preguntándome si yo le juzgaba a él como un débil. Comprendí entonces que su cólera no había sido debida a la muerte del Duque, sino a lo que dicha muerte implicaba para toda la nobleza. Cuando pienso de nuevo en ello, creo que incluso mi padre debía de tener una cierta presciencia, porque está seguro de que su estirpe y la de Muad'Dib tenían antepasados comunes.

En la casa de mi padre , por la PRINCESA IRULAN

—Ahora, los Harkonnen van a matar a los Harkonnen —susurró Paul.

Se había despertado al caer la noche, y se había alzado en la oscuridad de la destiltienda. Al hablar, oyó el débil agitarse de su madre en el lado opuesto de la tienda, donde se había tumbado para dormir.

Paul echó una ojeada al detector de proximidad en el suelo, estudiando los diales iluminados en la oscuridad por los tubos fosforescentes.

—Pronto será totalmente de noche —dijo su madre—. ¿Por qué no levantas los enmascaradores de la tienda?

Paul se dio cuenta de que desde hacía algunos minutos la respiración de su madre había variado, mientras ella permanecía tendida en la oscuridad, guardando silencio hasta que estuvo convencida de que él también estaba despierto.

—Levantar los enmascaradores no nos ayudará —dijo él—. Ha habido una tormenta. La tienda está cubierta de arena. Tendré que quitarla.

—¿Ninguna señal de Duncan?

—No.

Paul tocó con un gesto ausente el anillo ducal en su pulgar, y se estremeció ante un súbito acceso de rabia contra la esencia misma de aquel planeta que había contribuido a matar a su padre.

—He oído llegar la tormenta —dijo Jessica.

La inútil vaciedad de aquellas palabras lo ayudaron a calmarse un poco. Su mente se concentró en la tormenta y en cómo la había visto precipitarse contra ellos a través de la parte transparente de la destiltienda: frías nubes de arena cruzando la hondonada, luego trombas y cataratas atravesando el cielo. Había mirado a un picacho rocoso, viendo cómo cambiaba de forma bajo los remolinos hasta convertirse en una simple excrecencia color naranja sucio. La arena torbellineaba en la hondonada cubriendo el cielo, que se oscureció como cubierto por una pantalla hasta que la tienda quedó totalmente sepultada.

Los tensores de la tienda habían chasqueado cuando aceptaron la presión suplementaria, y luego el silencio había invadido por completo el interior del refugio, roto solamente por el zumbido del snork de arena que bombeaba el aire hacia la superficie.

—Intenta de nuevo el receptor —dijo Jessica.

—No funciona —dijo él.

Buscó el tubo de agua de su destiltraje, fijado a su cuello, aspiró una bocanada tibia, y pensó que así iniciaba realmente su existencia arrakena… viviendo de la humedad de su cuerpo y de su propia respiración. Era un agua insípida y dulzona, pero calmó la sequedad de su garganta.

Jessica oyó a Paul beber, rozó con sus manos la elástica superficie del destiltraje adherida a su cuerpo, pero se negó a admitir su sed. Admitirla hubiera significado para ella la consciencia plena de las terribles necesidades de Arrakis, donde el más infinitesimal rastro de humedad debía ser recuperado, acumulando cada gota en los bolsillos de recuperación de la tienda, donde era un desperdicio cualquier inspiración hecha al aire libre.

Era mucho mejor intentar dormir de nuevo.

Pero aquel día, mientras dormía, había tenido un sueño cuyo solo recuerdo la hizo estremecer. En el sueño, había escrito un nombre: *Duque Leto Atreides* . La arena borraba el nombre, y ella intentaba volver a escribirlo, conservarlo, pero la primera letra estaba borrada ya cuando aún no había terminado de escribir la última.

La arena no dejaba de acumularse en ningún momento.

Su sueño se convirtió en un gemido: alto, cada vez más alto. Un gemido ridículo… parte de su mente había comprendido que el sonido era el de su voz cuando aún era niña, casi un bebé. La imagen de una mujer se iba alejando lentamente, sin que su memoria consiguiera aferrarla.

Mi desconocida madre , pensó Jessica. *La Bene Gesserit que me engendró y me entregó a las Hermanas porque estas eran las órdenes que había recibido. ¿Sintió alivio al desembarazarse así de una hija Harkonnen?*

—Hay que golpearlos a través de la especia —dijo Paul.

¿Cómo puede pensar en atacarlos en un momento como éste? , se dijo Jessica.

—Un planeta entero lleno de especia —dijo—. ¿Cómo puedes pensar en golpearlos?

Lo oyó moverse, el sonido de su equipo arrastrándose por el suelo de la tienda.

—En Caladan era el poder del mar y el poder del aire —dijo él—. Aquí es el *poder del desierto* . Los Fremen son la clave.

Su voz provenía de las inmediaciones del esfínter de la tienda. Su adiestramiento Bene Gesserit captó en su tono una vaga amargura hacia ella.

Durante toda su vida se le ha enseñado a odiar a los Harkonnen , pensó. *Ahora, descubre que es un Harkonnen… por mi causa. ¡Qué poco me conoce! Yo era la única mujer de mi Duque. Acepté su vida y sus valores a pesar de que desafiaban mis órdenes Bene Gesserit.*

El globo de la tienda se activó al contacto de la mano de Paul, llenando el pequeño espacio del refugio con su luz verdosa. Paul se acuclilló ante el esfínter, con el capuchón de su destiltraje regulado para una salida al desierto… el frontal apretado, el filtro de la boca en su lugar, los tampones ajustados en la nariz. Sólo sus oscuros ojos eran visibles: una estrecha porción de su rostro que se volvió un instante hacia su madre.

—Prepárate para salir —dijo, y su voz sonaba ahogada a través del filtro.

Jessica se colocó el filtro en la boca y ajustó la capucha, mientras observaba a su hijo abrir la entrada de la tienda.

La arena crujió cuando el esfínter se dilató, y una sofocante nube de granos cayó al interior de la tienda antes de que Paul pudiera bloquearlos con el compresor estático. Un agujero apareció en el muro de arena cuando el haz empujó los granos. Paul salió al exterior, y Jessica escuchó su lento avance hacia la superficie.

¿Qué vamos a encontrar ahí afuera? , se dijo. *Las tropas Harkonnen y los Sardaukar son peligros que podemos esperar. ¿Pero qué otros peligros puede haber que ignoremos?*

Pensó en el compresor estático y en los otros extraños instrumentos de la mochila. Cada uno de ellos fue de pronto, en su mente, un misterioso peligro.

Un soplo cálido procedente de la arena de la superficie azotó sus mejillas allí donde quedaban expuestas, más arriba del filtro.

—Pásame la mochila —era la voz de Paul, baja y prudente.

Obedeció con rapidez, sintiendo el gorgoteo del agua en los litrojons mientras arrastraba la mochila por el suelo. Levantó los ojos y vio la silueta de Paul recortada contra el fondo estrellado.

—Aquí —dijo él, y se inclinó, tirando de la mochila hacia la superficie.

Un instante después solamente había un círculo de estrellas. Eran como otras tantas aceradas puntas de armas dirigidas contra ella. Una lluvia de meteoritos atravesó aquel fragmento de cielo, como si fueran una advertencia, las marcas de las garras de un tigre, heridas luminosas de las que brotase su sangre. Se estremeció ante el pensamiento de sus cabezas puestas a precio.

—Apresúrate —dijo Paul—. Quiero recoger la tienda.

Un aguacero de arena llovió de la superficie sobre su mano izquierda. *¿Cuánta arena puede contener una mano?* , se preguntó.

—¿Necesitas que te ayude? —preguntó Paul.

—No.

Su garganta estaba seca mientras se deslizaba por el agujero, sintiendo la comprimida arena raspar contra sus manos. Paul se inclinó y tiró de su brazo. Se irguió a su lado, sobre una llanura desértica iluminada por las estrellas. Miró a su alrededor. La arena había llenado casi por completo la hondonada donde se encontraban, de la que sólo emergía una pequeña cresta rocosa. Miró más lejos, hacia la oscuridad, sondeando la noche con sus adiestrados sentidos.

Ruido de pequeños animales.

Pájaros.

Una catarata de arena desmoronándose y el sonido de unos gemidos ahogados bajo ella.

Paul deshinchó la tienda y tiró de ella, recuperándola.

La luz de las estrellas bastaba apenas para iluminar débilmente el paisaje, cargándolo de sombras amenazadoras. Miró hacia los profundos pozos de oscuridad.

La oscuridad es un recuerdo ciego , pensó. *Uno aguza los oídos en busca de hordas salvajes, de los gritos de aquellos que han cazado a nuestros antepasados en un tiempo tan lejano que sólo nuestras células más primitivas lo recuerdan. El oído ve, el olfato ve.*

Un instante después, Paul se reunió con ella.

—Duncan me dijo que, si era capturado, resistiría… tanto como pudiera —dijo—. Debemos irnos ya. —Echó la mochila a su hombro, atravesó la hondonada recubierta de arena, escaló una arista que dominaba la inmensa extensión del desierto.

Jessica lo siguió automáticamente, consciente de vivir a través de las órbitas de su hijo.

Puesto que ahora mi dolor es más pesado que las arenas de los mares , pensó. *Este mundo me ha vaciado por completo menos del más antiguo de los destinos: la vida del mañana. Ahora vivo únicamente para mi joven Duque y para la hija que llevo dentro.*

Sintió como la arena se hundía bajo sus pies, a medida que avanzaba al lado de Paul.

Su hijo miraba hacia el norte, a través de una barrera rocosa, estudiando unas distantes escarpaduras.

El perfil del farallón rocoso se parecía a una antigua nave de batalla flotando en el mar, delineada contra las estrellas. Su airosa forma parecía ser arrastrada por alguna invisible ola, con sus antenas girando en un zumbido cadencioso, sus chimeneas inclinadas hacia atrás, una torreta en forma de P, elevándose a popa.

Un relámpago naranja estalló sobre aquella silueta, y una línea de brillante púrpura fue a su encuentro, cortando la noche.

¡Otra línea púrpura!

¡Y otro relámpago naranja elevándose!

Era como una antigua batalla naval, el recuerdo de un duelo de artillería. Se inmovilizaron, fascinados por el espectáculo.

—Columnas de fuego —susurró Paul.

Un anillo de ojos rojizos se elevó por encima de las distantes rocas. Líneas púrpuras se entrecruzaron en el cielo.

—Chorros de rayos y descargas láser —dijo Jessica.

La primera luna de Arrakis, roja a través del polvo, se elevó por encima del horizonte a su izquierda, y a su luz pudieron ver el camino trazado por la tormenta… y el rastro de un movimiento sobre el desierto.

—Son los tópteros de los Harkonnen dándonos caza —dijo Paul—. El modo como están arrasando el desierto… parece como si quisieran estar seguros de destruir cualquier cosa que encuentren… como cuando uno destruye un nido de insectos.

—O un nido de Atreides —dijo Jessica.

—Tenemos que ponernos a cubierto —dijo Paul—. Avanzaremos hacia el sur, al amparo de las rocas. Si nos sorprendieran al abierto… —se volvió, ajustando la mochila a sus hombros—. Están matando cualquier cosa que se mueva.

Dio un paso a lo largo de la cresta rocosa y, en aquel instante, oyó un leve silbido y vio las negras sombras de los ornitópteros que planeaban encima de ellos.

24

Mi padre me dijo en una ocasión que el respeto por la verdad es casi el fundamento de toda moral. «Nada puede surgir de la nada», dijo. Y esto es un profundo pensamiento si uno concibe hasta qué punto puede ser inestable «la verdad».

De *Conversaciones con Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

—Siempre me he vanagloriado de ver las cosas como realmente son —dijo Thufir Hawat—. Esta es la maldición del Mentat. Uno no puede impedir analizar los datos.

El viejo y curtido rostro parecía calmado en la penumbra que precedía al alba, mientras hablaba. Sus labios manchados de safo eran una línea recta de la que irradiaban arrugas verticales.

El hombre embozado acuclillado en la arena ante él permaneció silencioso, insensible en apariencia a sus palabras.

Ambos se hallaban bajo una cornisa rocosa que dominaba un vasto sink. La luz del alba se difundía sobre las accidentadas rocas, tiñendo de rosa toda la depresión. Hacía frío bajo la cornisa, un frío seco y penetrante dejado tras de sí por la noche. Se habían levantado algunas ráfagas de viento cálido poco antes del amanecer, pero ahora volvía a hacer frío. Los pocos soldados, los últimos residuos de sus fuerzas, castañeteaban los dientes.

El hombre acuclillado ante Hawat era un Fremen que se había reunido con él, atravesando el sink, a las primeras luces del alba, deslizándose literalmente por la arena, ocultándose entre las dunas, apenas visible.

El Fremen tendió un dedo sobre la arena, entre ellos, y dibujó una figura. Parecía un cuenco, con una flecha surgiendo de él.

—Hay muchas patrullas Harkonnen —dijo. Alzó el dedo y señaló hacia lo alto, hacia las rocas de las cuales habían descendido Hawat y sus hombres.

Hawat asintió.

Muchas patrullas. Sí.

Pero no sabía aún lo que quería el Fremen, y esto lo irritaba. El adiestramiento Mentat se suponía que proporcionaba a un hombre el poder de leer las motivaciones.

Aquella noche que terminaba era la peor de toda la vida de Hawat. Se encontraba en Tsimpo, un poblado de guarnición, puesto avanzado de la antigua capital, Carthag, cuando habían llegado los primeros informes del ataque. Al principio, había pensado: *No es más que una incursión. Los Harkonnen están poniéndonos a prueba.*

Pero los informes se habían ido sucediendo, cada vez más aprisa.

Dos legiones desembarcadas en Carthag.

Cinco legiones —¡cincuenta brigadas!— atacando la base principal del Duque en Arrakeen.

Una legión en Arsunt.

Dos grupos de combate en Roca Astillada.

Después, los informes se hicieron más detallados: había Sardaukar Imperiales entre los atacantes… probablemente dos legiones. Y quedó claro que los invasores sabían con precisión los puntos que debían atacar. ¡Con precisión! Un magnífico servicio de espionaje.

La furia de Hawat creció hasta casi amenazar sus capacidades de Mentat. La magnitud del ataque había golpeado su mente con una violencia casi física.

Ahora, oculto bajo una roca en alguna parte del desierto, inclinó la cabeza y se envolvió en su destrozada túnica para aislarse de las frías sombras.

La magnitud del ataque.

Siempre había esperado que sus enemigos fletarían un transporte de la Cofradía para realizar algunas incursiones de tanteo. Era un proceso muy usual en cualquier guerra entre dos Casas.

Los transportes llegaban y partían regularmente de Arrakis para cargar la especia de la Casa de los Atreides. Hawat había tomado sus precauciones contra las incursiones sorpresa de los falsos transportes de especia. E incluso para un ataque masivo, nunca había esperado más de diez brigadas.

Pero según los últimos cálculos había más de dos mil naves sobre Arrakis… no tan sólo transportes, sino también fragatas, exploradoras, monitoras, cruceros, acorazados, transportes de tropas, cargos…

Más de cien brigadas… ¡diez legiones!

Todos los beneficios de la especia de Arrakis durante cincuenta años apenas bastarían para cubrir los gastos de tal aventura.

Apenas *bastarían* .

He subestimado lo que el Barón estaba dispuesto a gastar para atacarnos , pensó Hawat. *He fallado a mi Duque.*

Y además había la traición.

¡Viviré para verla estrangulada! , se dijo. *Tenía que haber matado a esa bruja Bene Gesserit cuando tuve la oportunidad.* No había duda en su mente acerca de dónde había partido la traición… Dama Jessica. Concordaba con todos los datos en su poder.

—Tu hombre Gurney Halleck y parte de sus fuerzas están a salvo entre nuestros amigos contrabandistas —dijo el Fremen.

—Bien.

Así Gurney podrá escapar de este planeta infernal. No habremos caído todos.

Hawat miró hacia lo que quedaba de sus hombres. Eran trescientos al empezar la noche, de entre los mejores. Ahora quedaban apenas una veintena, la mitad de ellos heridos. Algunos dormían, de pie, apoyados contra la roca o echados en la arena al resguardo de la cornisa. Su último tóptero, que habían usado como vehículo terrestre para transportar a los heridos, había dejado de funcionar poco antes del alba. Lo habían cortado a piezas con los láser, ocultando los más pequeños fragmentos, y continuado su camino hasta aquel refugio, al borde de la depresión.

Hawat tenía tan sólo una vaga idea de su posición… unos doscientos kilómetros al sudeste de Arrakeen. Los caminos más transitados entre las comunidades sietch de la Muralla Escudo pasaban por algún lado más al sur.

El Fremen frente a Hawat se echó a los hombros la capucha y el gorro de su destiltraje, revelando un cabello y una barba del color de la arena. Los cabellos, peinados hacia atrás, revelaban una frente alta y estrecha. Sus insondables ojos tenían el característico color azul debido a la especia. A un lado de la boca, su barba y su bigote estaban aplastados por la depresión del tubo que surgía de los tampones de su nariz.

El hombre se quitó los tampones y los ajustó. Se frotó una cicatriz al lado de su nariz.

—Si atraviesas el sink esta noche —dijo el Fremen— no uses los escudos. Hay una brecha en la pared… —giró sobre sus talones y señaló hacia el sur—… allí, y luego una extensión abierta de arena hasta el erg. Los escudos podrían atraer a un… —vaciló—… gusano. No suelen venir por aquí, pero un escudo los atrae siempre.

Ha dicho gusano , pensó Hawat. *Pero iba a decir alguna otra cosa. ¿Y qué es lo que espera de nosotros?*

Hawat suspiró.

Nunca se había sentido tan cansado. Experimentaba en todos sus músculos un dolor que ninguna píldora energética podría aplacar.

¡Aquellos condenados Sardaukar!

Lleno de amargura, pensó en aquellos fanáticos soldados y en la traición Imperial que representaban. Pero su evaluación Mentat de los hechos le revelaba las escasas posibilidades que tenía de probar aquella traición ante el Alto Consejo del Landsraad, por lo que nunca se haría justicia.

—¿Deseas reunirte con los contrabandistas? —preguntó el Fremen.

—¿Es posible?

—El camino es largo.

«A los Fremen no les gusta decir que no» , había dicho Idaho en una ocasión.

—Todavía no me has dicho si tu pueblo puede ayudar a mis heridos —dijo Hawat.

—Están heridos.

¡Cada vez esta maldita respuesta!

—¡Sé que están heridos! —restalló Hawat—. No es esto lo…

—Paz, amigo —amonestó el Fremen—. ¿Qué es lo que dicen tus heridos? ¿Hay alguno entre ellos que esté en condiciones de comprender la necesidad de agua de tu tribu?

—No hemos hablado de agua —dijo Hawat—. Nosotros…

—Puedo comprender tu reluctancia —dijo el Fremen—. Son tus amigos, los hombres de tu tribu. ¿Tenéis agua?

—No la suficiente.

El Fremen hizo un gesto hacia la túnica de Hawat, bajo la cual se veía su piel desnuda.

—Os han sorprendido en vuestro sietch, sin vuestras ropas. Tenéis que tomar una decisión de agua, amigo.

—¿Podemos alquilar vuestra ayuda?

El Fremen se alzó de hombros.

—No tenéis agua —sus ojos recorrieron el grupo de hombres tras Hawat—. ¿De cuántos de tus heridos podrías desprenderte?

Hawat permaneció silencioso, estudiando al hombre. Como Mentat, se daba cuenta de que aquella conversación estaba desfasada. Los sonidos de las palabras no encajaban normalmente.

—Soy Thufir Hawat —dijo—. Puedo hablar en nombre de mi Duque. Firmaré un compromiso a cambio de vuestra ayuda. No pido más que una ayuda limitada, a fin de conservar mis fuerzas para ajustar las cuentas a una traición que se cree más allá de toda venganza.

—¿Pretendes que nos unamos a ti en una vendetta?

—Yo mismo me encargaré de la vendetta. Quiero tan sólo que se me libere de la responsabilidad de mis heridos.

El Fremen frunció el ceño.

—¿Cómo puedes ser tú responsable de tus heridos? Ellos son sus propios responsables. Es el agua lo que importa, Thufir Hawat. ¿Quieres que sea yo quien decida por ti?

El hombre puso su mano en el arma oculta bajo sus ropas.

Thufir se tensó, pensando: *¿Es esta una nueva traición?*

—¿Qué es lo que temes? —preguntó el Fremen.

¡Esa gente y su desconcertante franqueza!

—Hay un precio por mi cabeza —pronunció cautelosamente Hawat.

—Ahhh… —el Fremen retiró la mano de su arma—. Nos creéis tan corruptos como los bizantinos. No nos conocéis. Los Harkonnen no tienen bastante agua para corromper al más pequeño de nuestros niños.

Pero han pagado a la Cofradía el pasaje para más de dos mil naves de combate , pensó Hawat. Y la enormidad de tal precio lo anonadó.

—Ambos combatimos a los Harkonnen —dijo Hawat—. ¿No deberíamos compartir los problemas y los medios para triunfar en la batalla?

—Los estamos compartiendo —dijo el Fremen—. Os he visto combatir contra los Harkonnen. Sois buenos. En algunos momentos hubiera apreciado la presencia de vuestros brazos a mi lado.

—Dime tan sólo en qué momento deseas que mi brazo te ayude —dijo Hawat.

—¿Quién sabe? —respondió el Fremen—. Hay fuerzas por todos lados. Pero aún no has tomado tu decisión de agua, ni la has sometido a tus heridos.

Debo ser prudente , se dijo Hawat. *Hay algo aquí que no comprendo.*

—¿Puedes explicarme tus reglas —dijo—, las reglas arrakenas?

—El modo de pensar de un extranjero —dijo el Fremen, y había desprecio en su tono. Señaló hacia el noroeste, al otro lado de la cresta rocosa—. Os hemos observado esta noche, mientras atravesabais la arena —bajó su brazo—. Has hecho marchar a tus fuerzas por el lado deslizante de las dunas. Malo. No tenéis destiltrajes, no tenéis agua. No duraréis mucho.

—No es fácil habituarse a Arrakis —dijo Hawat.

—Cierto. Pero nosotros hemos matado Harkonnen.

—¿Qué hacéis vosotros con vuestros heridos? —pregunto Hawat.

—¿Acaso un hombre no sabe cuándo vale la pena de ser salvado? —respondió el Fremen—. Tus heridos saben que no tenéis agua. —Inclinó la cabeza y lanzó una oblicua mirada a Hawat—. Está claro que este es el momento de tomar la decisión de agua. Heridos y no heridos deben pensar en el futuro de la tribu.

El futuro de la tribu , pensó Hawat. *La tribu de los Atreides. Hay un sentido en esto.* Se obligó a sí mismo a hacer la pregunta que había eludido hasta aquel momento.

—¿Sabes algo de mi Duque o de su hijo?

—¿Saber? —los ojos azules miraron insondables a Hawat.

—¡Su suerte! —restalló Hawat.

—La suerte es la misma para todos —dijo el Fremen—. Tu Duque, por lo que se dice, ha encontrado la suya. En cuanto al Lisan al-Gaib, su hijo, está en las manos de Liet. Y Liet no ha dicho nada.

Conocía la respuesta antes de haber formulado la pregunta , pensó Hawat.

Miró a sus hombres. Ahora todos estaban despiertos. Habían oído. Miraban fijamente a través de la arena, y sus pensamientos podían leerse claramente: nunca regresarían a Caladan, y Arrakis estaba ya perdido.

Hawat se volvió de nuevo hacia el Fremen.

—¿Tienes noticias de Duncan Idaho?

—Estaba en la gran casa cuando cayó el escudo —dijo el Fremen—. Esto es lo que he oído decir… nada más.

Ella fue quien desactivó el escudo y dejó entrar a los Harkonnen , pensó. *Soy yo quien esta vez daba la espalda a la puerta. ¿Cómo ha podido hacer esto, actuar contra su propio hijo? Pero… ¿quién sabe lo que piensa una bruja Bene Gesserit… si uno puede llamar a eso pensar?*

Hawat intentó tragar saliva en su reseca garganta.

—¿Cuándo sabrás algo acerca del muchacho?

—Sabemos poco de lo que ocurre en Arrakeen —dijo el Fremen. Se alzó de hombros—. ¿Quién sabe?

—¿Tienes algún medio de saberlo?

—Quizá. —El Fremen se rascó la cicatriz al lado de su nariz—. Dime, Thufir Hawat, ¿sabes algo de las armas pesadas que han usado los Harkonnen?

La artillería , pensó amargamente Hawat. *¿Quién hubiera pensado en usar la artillería en estos días de escudos?*

—Te refieres a la artillería que han usado para atrapar a nuestros hombres en las cavernas —dijo—. Tengo… un conocimiento teórico de esas armas explosivas.

—Todo hombre que se refugia en una caverna con una sola salida merece la muerte —dijo el Fremen.

—¿Por qué me has preguntado acerca de esas armas?

—Liet quiere saber.

¿Es esto entonces lo que espera de nosotros? , se preguntó Hawat.

—¿Has venido a informarte acerca de esos grandes cañones? —dijo.

—Liet quiere examinar por sí mismo una de esas armas.

—En ese caso, no tenéis más que ir y tomar una —se burló Hawat.

—Sí —dijo el Fremen—. Hemos tomado una. La hemos ocultado allí donde Stilgar pueda estudiarla para Liet y donde Liet pueda verla con sus propios ojos si lo desea. Pero dudo que quiera: el arma no es de las mejores. Es mediocre para Arrakis.

—¿Habéis… habéis tomado una? —preguntó Hawat.

—Fue un buen combate —dijo el Fremen—. Sólo perdimos dos hombres, pero derramamos el agua de más de doscientos de ellos.

Había Sardaukars en cada cañón , pensó Hawat. *¡Este loco del desierto dice tranquilamente que sólo han perdido dos hombres contra los Sardaukar!*

—No hubiéramos perdido a esos dos de no haber sido por aquellos otros que combatían con los Harkonnen —dijo el Fremen—. Algunos de ellos eran bravos guerreros.

Uno de los hombres de Hawat se acercó cojeando y se inclinó observando al Fremen.

—¿Estás hablando de los Sardaukar?

—Está hablando de los Sardaukar —dijo Hawat.

—¡Sardaukar! —dijo el Fremen, y su voz se llenó de alegría—. ¡Ahhh… eso es lo que eran! Entonces, fue una magnífica noche. Sardaukar. ¿De qué legión? ¿Lo sabes?

—Nosotros… lo ignoramos —dijo Hawat.

—Sardaukar —reflexionó el Fremen—. Pero llevaban uniformes Harkonnen. ¿No es eso extraño?

—El Emperador no quiere que se sepa que combate contra una Gran Casa —dijo Hawat.

—Pero tú sabes que son Sardaukar.

—¿Quién soy yo? —dijo amargamente Hawat.

—Tú eres Thufir Hawat —dijo el hombre flemáticamente—. Bien, de todos modos también hubiéramos terminado sabiéndolo. Hemos enviado tres prisioneros para que sean interrogados por los hombres de Liet.

El ayudante de Hawat habló lentamente, reflejando la incredulidad en cada palabra:

—¿Vosotros… habéis *capturado* a los Sardaukar?

—Sólo tres —dijo el Fremen—. Luchan bien.

Si al menos hubiésemos tenido tiempo para aliarnos con estos Fremen , pensó Hawat. Fue como un lamento en su interior. *Si al menos hubiésemos podido adiestrarlos y armarlos. ¡Gran Madre, qué fuerza hubieran sido!*

—Quizá es tu preocupación por el Lisan al-Gaib lo que te hace vacilar —dijo el Fremen—. Si es realmente el Lisan al-Gaib, nada puede tocarle. No pierdas tu tiempo por algo que aún no ha sido probado.

—Yo sirvo a… al Lisan al-Gaib —dijo Hawat—. Su seguridad es mi preocupación. Me he consagrado a mí mismo a ello.

—¿Te has consagrado a su agua?

Hawat miró a su ayudante, que seguía estudiando fijamente al Fremen, y volvió su atención a la figura acuclillada.

—A su agua, sí.

—¿Deseas volver a Arrakeen, al lugar de su agua?

—A… sí, al lugar de su agua.

—¿Por qué no has dicho al principio que era un asunto de agua? —el Fremen se levantó, ajustando firmemente sus tampones en la nariz.

Hawat hizo una seña con la cabeza hacia su ayudante para que volviera con los demás. Con un cansado encogimiento de hombros, el otro obedeció: Hawat le oyó murmurar algo para sí mismo.

—Siempre hay un camino que conduce al agua —dijo el Fremen.

Un hombre lanzó un juramento a espaldas de Hawat. Su ayudante llamó:

—¡Thufir! Arkie acaba de morir.

El Fremen se llevó el puño al oído.

—¡El vínculo del agua! ¡Es un signo! —Miró a Hawat—. Hay un lugar aquí cerca para aceptar el agua. ¿Debo llamar a mis hombres?

El ayudante regresó al lado de Hawat.

—Thufir —dijo—, un par de hombres han dejado a sus mujeres en Arrakeen. Ellos… ya podéis imaginar lo que representa en estos momentos.

El Fremen seguía apretando su puño contra su oído.

—¿Es el vínculo del agua, Thufir Hawat? —inquirió.

La mente de Hawat trabajaba furiosamente. Ahora comprendía el sentido de las palabras del Fremen, pero temía la reacción de sus extenuados hombres, bajo el saliente rocoso, cuando lo supieran.

—El vínculo del agua —dijo Hawat.

—Deja que nuestras tribus se unan —dijo el Fremen, y bajó el puño.

Como si esto fuera una señal, cuatro hombres surgieron de las rocas encima de ellos. Saltaron bajo la cornisa, envolvieron al hombre muerto en un amplio lienzo, lo levantaron y se fueron corriendo con él, a lo largo de la pared rocosa a su derecha. Sus pasos alejándose alzaron nubecillas de polvo.

Todo hubo terminado antes de que los exhaustos hombres de Hawat se dieran cuenta de lo que ocurría. El grupo con el muerto que oscilaba como un saco dentro del lienzo había desaparecido tras unas rocas.

Uno de los hombres de Hawat gritó:

—¿Dónde llevan a Arkie? Estaba…

—Se lo llevan para… enterrarlo —dijo Hawat.

—¡Los Fremen no entierran a sus muertos! —barbotó el hombre—. No intentéis engañarnos, Thufir. Sabemos lo que hacen con ellos. Arkie era uno de…

—El Paraíso está asegurado para aquellos hombres que mueren al servicio del Lisan al-Gaib —dijo el Fremen—. Si es cierto que servís al Lisan al-Gaib como habéis dicho, ¿por qué lamentaros? El recuerdo de aquél que ha muerto vivirá para siempre.

Pero los hombres de Hawat avanzaron, con coléricas miradas en sus rostros. Uno de ellos había capturado una pistola láser. La blandió.

—¡Quieto dónde estáis! —restalló Hawat. Luchó contra la dolorosa fatiga que se apoderaba de todos sus músculos—. Esa gente respeta a nuestros muertos. Sus costumbres son distintas de las nuestras, pero tienen el mismo significado.

—Van a extraerle a Arkie toda su agua —gruñó el hombre del láser.

—¿Tal vez tus hombres desean asistir a la ceremonia? —preguntó el Fremen.

No comprende el problema , pensó Hawat. La ingenuidad del Fremen era estremecedora.

—Están alterados por la muerte de un respetado camarada —dijo Hawat.

—Trataremos a vuestro camarada con el mismo respeto que si fuera uno de los nuestros —dijo el Fremen—. Este es el vínculo del agua. Conocemos los ritos. La carne de un hombre le pertenece; el agua pertenece a la tribu.

Hawat habló rápidamente, mientras el hombre de la pistola láser avanzaba otro paso:

—¿Ahora ayudaréis a nuestros heridos?

—No se discute el vínculo —dijo el Fremen—. Haremos por vosotros lo que una tribu hace por sus propios miembros. Ante todo os vestiremos y proveeremos a vuestras necesidades.

El hombre de la pistola láser vaciló.

—¿Estamos comprando vuestra ayuda con… el agua de Arkie? —dijo el ayudante de Hawat.

—No compramos nada —dijo Hawat—. Nos aliamos con esa gente.

—Son otras costumbres —dijo uno de sus hombres.

Hawat empezó a relajarse.

—¿Y nos ayudarán a llegar hasta Arrakeen?

—Mataremos a los Harkonnen —dijo el Fremen. Sonrió—. Y a los Sardaukar —dio un paso atrás, puso sus manos en copa detrás de su oído, volvió la cabeza y escuchó. Después bajó las manos y dijo—: Se acerca una máquina volante. Ocultáos bajo la roca y permaneced inmóviles.

Hawat hizo un gesto imperativo, y sus hombres obedecieron.

El Fremen sujetó a Hawat por el brazo y lo empujó con los demás.

—Combatiremos cuando llegue el tiempo de combatir —dijo. Metió su mano bajo sus ropas y extrajo una pequeña jaula, sacando una pequeña criatura de ella.

Hawat reconoció un minúsculo murciélago. El animalillo volvió la cabeza, y Hawat vio que tenía los ojos enteramente azules.

El Fremen acarició al murciélago, calmándolo, susurrándole cosas. Se inclinó hacia la cabeza del animal, dejando que una gota de saliva cayera en la boca abierta del murciélago. El murciélago desplegó sus alas, pero permaneció en la mano abierta del Fremen. El hombre tomó un pequeño tubo, lo apoyó en la cabeza del animal, y habló algo en su otro extremo; luego, elevó la mano y lanzó al aire la criatura.

El murciélago aleteó y desapareció tras las rocas.

El Fremen cerró la caja y la metió bajo sus ropas. Inclinó de nuevo la cabeza hacia atrás, escuchando.

—Están rastreando las tierras altas —dijo—. Habría que preguntarse lo que están buscando allí.

—Saben que nos hemos retirado en esa dirección —dijo Hawat.

—Uno no tiene por qué presumir que es el único objetivo de una caza —dijo el Fremen—. Mira al otro lado de la depresión. Verás algo.

Pasó un tiempo.

Algunos de los hombres de Hawat comenzaron a agitarse, murmurando.

—Permaneced silenciosos como animales asustados —susurró el Fremen.

Hawat discernió un movimiento en las rocas al otro lado… manchas confusas del mismo color que la arena.

—Mi pequeño amigo ha llevado el mensaje —dijo el Fremen—. Es un buen mensajero… tanto de día como de noche. Me dolería perderlo.

El movimiento al otro lado del sink cesó. A lo largo de los cuatro o cinco kilómetros de arena no hubo nada, excepto el calor del día cada vez más sofocante… y el estremecimiento del tórrido aire.

—Permaneced silenciosos ahora —susurró el Fremen.

Una hilera de indistintas figuras emergió de una hendidura en las rocas del lado opuesto, avanzando trabajosamente a través del sink. A Hawat le parecieron Fremen, pero andaban de una forma curiosamente torpe. Contó seis hombres moviéndose con paso incierto entre las dunas.

El batir de las alas de un ornitóptero sonó alto, a la izquierda tras el grupo de Hawat. El aparato surgió de la escarpadura encima de ellos…

un tóptero Atreides con los colores de batalla. El tóptero entró en picado en dirección a los hombres que estaban atravesando el sink.

El grupo se detuvo en lo alto de una colina, agitando los brazos. El tóptero describió un círculo por encima de ellos en una cerrada curva, posándose después bruscamente ante los Fremen, envuelto en una nube de polvo. Cinco hombres surgieron del tóptero, y Hawat vio el relucir de los escudos rechazando la arena y, en sus movimientos, la despiadada eficiencia de los Sardaukar.

—¡Aiiihh! Están usando sus estúpidos escudos —silbó el Fremen al lado de Hawat. Miró a través de la abertura hacia el sur del sink.

—Son Sardaukar —murmuró Hawat.

—Bien.

Los Sardaukar se aproximaban al pequeño grupo inmóvil de los Fremen, rodeándolos en un semicírculo. El sol destellaba en las hojas de sus armas. Los Fremen aguardaron en un grupo compacto, aparentemente indiferentes.

Bruscamente, la arena alrededor de los dos grupos vomitó Fremen. Rodearon el ornitóptero, penetraron en su interior. Donde los dos grupos se juntaron, en la cima de la duna, una espesa nube de polvo ocultó lo que estaba ocurriendo.

Poco después, la nube se desvaneció. Sólo los Fremen permanecían en pie.

—Había tan sólo tres hombres en su tóptero —dijo el Fremen detrás de Hawat—. Ha sido una suerte. Lo hemos capturado sin dañarlo.

Detrás de Hawat, uno de sus hombres jadeó:

—¡Eran Sardaukar!

—¿Has observado cómo se batían? —preguntó el Fremen.

Hawat inspiró profundamente. Sintió polvo ardiente a su alrededor, el intenso calor, la sequedad. También había sequedad en su voz cuando dijo:

—Sí, se batían bien, por supuesto.

El tóptero capturado se elevó con un gran batir de alas, giró hacia el sur, tomando altura y velocidad, y replegó sus alas.

Así que esos Fremen también saben conducir los tópteros , pensó Hawat.

En la distante duna, un Fremen agitó un cuadrado de tela verde: una… dos veces.

—¡Llegan más! —exclamó el Fremen junto a Hawat—. Estad preparados. Esperaba que podríamos irnos sin más inconvenientes.

¡Inconvenientes! , pensó Hawat.

Vio a otros dos tópteros aparecer por el oeste, a gran altura, precipitándose hacia la extensión de arena de donde había desaparecido repentinamente toda huella de los Fremen. Sólo ocho manchas azules —los cuerpos de los Sardaukar con uniformes Harkonnen— permanecían en el lugar del combate.

Otro tóptero sobrevoló la cresta por encima de Hawat, que se sobresaltó al verlo: era un gran transporte de tropas. Se desplazaba lentamente, con las alas desplegadas, revelando lo pesado de la carga que acarreaba… como un gigantesco pájaro que volviera a su nido.

En la distancia, el dedo púrpura de un láser surgió de uno de los ornitópteros en picado. Rastreó el suelo, levantando una nube de arena.

—¡Los cobardes! —gruñó el Fremen al lado de Hawat.

El transporte de tropas sobrevoló la arena junto a los cuerpos vestidos de azul. Sus alas batieron enérgicamente el aire, frenándolo con brusquedad.

La atención de Hawat fue atraída por un reflejo del sol en una superficie metálica, un tóptero picando con toda la potencia de sus motores, con las alas replegadas a sus costados, sus chorros, una dorada llama contra el gris plateado del cielo. Picó como una flecha contra el transporte de tropas, cuyo escudo estaba inactivo a causa de los láseres que operaban a su alrededor. Lo embistió de lleno.

Un llameante trueno sacudió toda la depresión. Bloques de roca cayeron de las paredes a su alrededor. Un géiser rojo anaranjado surgió hacia el cielo del lugar donde estaban aterrizando el transporte y los otros tópteros… todo desapareció en aquel horno.

Los Fremen que estaban a bordo del tóptero capturado , pensó Hawat. *Se han sacrificado deliberadamente para destruir ese transporte. ¡Gran Madre! ¿Qué son esos Fremen?*

—Un intercambio razonable —dijo el Fremen junto a Hawat—. Debía haber trescientos hombres en ese transporte. Ahora debemos ocuparnos de su agua y hacer planes para procurarnos otro aparato. —Salió del abrigo de entre las rocas.

Una lluvia de uniformes azules cayó sobre ellos desde lo alto de la cornisa, flotando con la lentitud de los suspensores graduados al mínimo. Hawat tuvo tiempo de darse cuenta de que eran Sardaukar, rostros despiadados en el frenesí de la batalla, que no llevaban escudos, y que cada uno de ellos empuñaba un cuchillo en una mano y un aturdidor en la otra.

Uno de ellos lanzó un cuchillo que se enterró en la garganta del Fremen compañero de Hawat, arrojándolo hacia atrás, el rostro distorsionado por una mueca. Hawat tuvo apenas tiempo de sacar su cuchillo antes de que el proyectil de un aturdidor lo sumergiera en las más profundas tinieblas.

25

Muad'Dib podía realmente ver el Futuro, pero hay que comprender que su poder era limitado. Pensad en la vista. Uno tiene los ojos, pero no puede ver sin luz. Si uno está en el fondo de un valle, no puede ver más allá de este valle. Igualmente, Muad'Dib no podía mirar siempre en el misterioso terreno del futuro. Nos dice que cualquier oscura decisión profética, tal vez la elección de una palabra en lugar de otra, puede cambiar totalmente el aspecto del futuro. Nos dice: «La visión del tiempo se convierte en una puerta muy estrecha». Y él siempre huía de la tentación de escoger un camino claro y seguro, advirtiendo: «Este sendero conduce inevitablemente al estancamiento».

De *El despertar de Arrakis* , por la PRINCESA IRULAN

Cuando los ornitópteros surgieron en el cielo nocturno sobre ellos, Paul aferró a Jessica por un brazo.

—¡No te muevas! —advirtió.

Cuando pudo ver claramente el aparato que iba en cabeza a la luz de la luna, la forma en que agitaba las alas para tomar tierra le reveló que temerarias manos movían los controles.

—Es Idaho —susurró.

El aparato y sus compañeros se posaron en la hondonada como una bandada de pájaros regresando al nido. Idaho saltó fuera de su tóptero y corrió hacia ellos antes incluso de que la nube de polvo se posara de nuevo. Dos figuras vestidas con ropas Fremen lo siguieron. Paul reconoció una: el alto e inconfundible Kynes.

—¡Por aquí! —dijo Kynes, desviándose hacia la izquierda.

Detrás de Kynes, otros Fremen desplegaban lonas por encima de sus ornitópteros. Los aparatos se convirtieron en una hilera de dunas.

Idaho se detuvo ante Paul y saludó:

—Mi señor, los Fremen tienen un refugio temporal cerca de donde nosotros…

—¿Qué está ocurriendo allí?

Paul señaló hacia el combate en la distante barrera rocosa… las llamaradas de los chorros, los rayos púrpura de los láser entrecruzándose en el desierto.

Una extraña sonrisa rozó la redonda y plácida faz de Idaho.

—Mi Señor… les he preparado una pequeña sor…

Un resplandor blanco, cegador, inundó el desierto, tan intenso como el sol, proyectando sus sombras sobre las rocas. En un solo movimiento, Idaho aferró el brazo de Paul con una mano y el hombro de Jessica con la otra, empujándoles hacia el fondo de la hondonada. Rodaron por la arena al tiempo que el trueno de la explosión resonaba encima de sus cabezas. La onda expansiva arrancó fragmentos de roca de la escarpadura que habían abandonado hacía un momento.

Idaho se sentó, sacudiéndose la arena de encima.

—¡No, las atómicas familiares! —dijo Jessica—. Creía…

—Dejaste un escudo allí —dijo Paul.

—Uno grande, conectado a toda su potencia —dijo Idaho—. El rayo de un láser lo ha tocado… —se alzó de hombros.

—Fusión subatómica —dijo Jessica—. Es un arma peligrosa.

—No es un arma, mi Dama, tan sólo una defensa. Esos canallas se lo pensarán dos veces, a partir de ahora, antes de usar de nuevo un láser.

Los Fremen de los ornitópteros se detuvieron a su alrededor. Uno de ellos dijo en voz baja:

—Debemos ponernos a cubierto, amigos.

Paul se levantó, mientras Idaho ayudaba a Jessica a hacer lo mismo.

—Esta explosión va a atraer considerable atención. Señor —dijo Idaho.

Señor , pensó Paul.

La palabra tenía un sonido extraño dirigida a él. Señor había sido siempre su padre.

Se sintió tocado por un breve instante por sus prescientes poderes. Y se vio presa de aquella salvaje consciencia racial que estaba conduciendo al universo humano hacia el caos. La visión lo sacudió, y dejó que Idaho lo condujera a lo largo del borde de la hondonada hacia una proyección

rocosa. Los Fremen estaban abriendo allí un camino en la arena con sus compresores estáticos.

—¿Puedo tomar vuestra mochila, Señor? —preguntó Idaho.

—No pesa, Duncan —dijo Paul.

—No lleváis escudo corporal —dijo Idaho—. ¿Queréis el mío? —echó una ojeada a la distante barrera—. No creo que sigan utilizando los láser, al menos por el momento.

—Guarda tu escudo, Duncan. Tu brazo derecho es un escudo suficiente para mí.

Jessica observó el efecto de la alabanza, cómo Idaho se acercaba más a Paul, y pensó: *Mi hijo sabe cómo tratar a los suyos.*

Los Fremen apartaron un bloque rocoso que cerraba un pasaje que se hundía hacia la base misma de la montaña. Una lona de camuflaje había sido preparada para cubrir la abertura.

—Por aquí —dijo uno de los Fremen, y los condujo por una escalera tallada en la roca hacia las tinieblas.

Tras ellos, la lona cayó sobre el claro de luna. Una débil luz verdosa apareció ante ellos, revelando los peldaños y las paredes de roca, un giro hacia la izquierda. Embozados Fremen los rodeaban por todos lados, empujándolos hacia adelante. Giraron el ángulo, enfrentándose a otro pasaje que seguía descendiendo. Finalmente desembocaron en una cámara subterránea de paredes burdamente talladas en la roca.

Kynes estaba de pie frente a ellos, con la capucha de su jubba echada sobre los hombros. El cuello de su destiltraje relucía a la verdosa luz. Sus largos cabellos y su barba estaban despeinados. Sus azules ojos, sin blanco, eran dos oscuros pozos bajo sus espesas cejas.

En el momento del encuentro, Kynes pensó: *¿Por qué estoy ayudando a esa gente? Es lo más peligroso que haya hecho nunca. Podría significar mi pérdida junto con la de ellos.*

Después miró directamente a Paul, viendo a un muchacho que acababa de asumir su pesada carga de adulto, escondiendo su dolor, olvidándolo todo excepto la posición que debería asumir en el futuro… el ducado. Y Kynes captó en aquel momento que el ducado existía aún gracias a ese muchacho, y que no era algo que pudiera tomarse a la ligera.

Jessica miró en torno por toda la cámara, registrándola con sus sentidos a la Manera Bene Gesserit… un laboratorio, un lugar civil lleno de ángulos y de aristas cortados al modo antiguo.

—Esta es una de las Estaciones Ecológicas Experimentales Imperiales que quería mi padre como bases de avanzada —dijo Paul.

¡Que quería su padre! , pensó Kynes.

Y se preguntó de nuevo: *¿Soy tan imbécil como para ayudar a esos fugitivos? ¿Por qué lo estoy haciendo? Sería tan fácil capturarlos y comprar con ellos la confianza de los Harkonnen.*

Paul imitó el ejemplo de su madre, inspeccionando la cámara con la mirada, viendo el banco de trabajo a un lado, las paredes de piedra bastamente talladas. Había instrumentos alineados en el banco… diales luminosos, separadores electrostáticos de los cuales surgían tubos de vidrio acanalado. El lugar estaba impregnado de un fuerte olor a ozono.

Algunos de los Fremen se movían en torno a un rincón disimulado de la estancia y de allí llegaban algunos sonidos… el pulsar de una máquina, chirridos de correas y de engranajes.

Paul vio al fondo de la cámara algunas jaulas con pequeños animales en su interior, apiladas contra la pared.

—Habéis identificado correctamente este lugar —dijo Kynes—. ¿Para qué lo utilizaríais, Paul Atreides?

—Para hacer este planeta habitable a los seres humanos —dijo Paul.

Quizá es por esto por lo que les ayudo , pensó Kynes.

Los sonidos de la máquina se interrumpieron bruscamente y hubo un silencio. Se oyó el chillido de un animal en las jaulas. Luego cesó de pronto, como avergonzado.

Paul volvió de nuevo su atención a las jaulas, observando que los animales eran murciélagos con las alas de color pardo. Un alimentador automático se extendía a través de la pared junto a las jaulas.

Un Fremen emergió del rincón disimulado y le habló a Kynes:

—Liet, el equipo del generador de campo no funciona. No puedo esconder nuestra presencia a los detectores de proximidad.

—¿Puedes repararlo? —preguntó Kynes.

—No inmediatamente. Las piezas de recambio… —El hombre se alzó de hombros.

—Sí —dijo Kynes—. Entonces nos las arreglaremos sin máquinas. Conecta a la superficie una bomba manual para el aire.

—En seguida —el hombre se alejó apresuradamente. Kynes se volvió hacia Paul.

—Me gusta vuestra respuesta —dijo.

Jessica notó el timbre cálido en la voz del hombre. Era una voz *noble* , acostumbrada a mandar. Y el otro hombre le había llamado Liet. Liet era su alter ego Fremen, el otro rostro del tranquilo planetólogo.

—Os estamos muy reconocidos por vuestra ayuda, doctor Kynes —dijo.

—Hummm… ya veremos —dijo Kynes. Hizo una inclinación de cabeza hacia uno de sus hombres—. Café de especia en mis habitaciones, Shamir.

—Inmediatamente, Liet —dijo el hombre.

Kynes señaló hacia una arcada abierta en la pared de la cámara.

—Por favor.

Jessica asintió dignamente antes de seguirlo. Vio a Paul hacerle una seña a Idaho, indicándole que montara guardia.

El pasadizo, de una profundidad de dos pasos, se abría a través de una pesada puerta a una pieza cuadrada iluminada por globos dorados. Jessica pasó su mano por la superficie de la puerta y descubrió con sorpresa que era de plastiacero.

Paul dio tres pasos en la estancia y dejó caer la mochila al suelo. Oyó la puerta tras él, y estudió el lugar: unos ocho metros por lado, paredes de roca natural, color ocre, una serie de archivadores metálicos a su derecha. Un escritorio bajo con superficie de vidrio de color lechoso constelado de burbujas amarillentas ocupaba el centro de la estancia. Cuatro sillas a suspensor rodeaban el escritorio.

Kynes rodeó a Paul y ofreció una silla a Jessica. Ella se sentó, observando la forma en que su hijo examinaba la estancia.

Paul permaneció de pie el tiempo de otro parpadeo. Una leve anomalía en el flujo del aire de la estancia le reveló que había una salida secreta disimulada en los archivadores metálicos.

—¿Os sentáis, Paul Atreides? —preguntó Kynes.

Cómo evita darme mi título , pensó Paul. Pero aceptó la silla, permaneciendo en silencio mientras Kynes se sentaba a su vez.

—Vos intuís que Arrakis podría ser un paraíso —dijo Kynes—. ¡Sin embargo, como podéis ver, el Imperio nos envía únicamente a sus adiestrados espadachines en busca de la especia!

Paul levantó su pulgar con el sello ducal.

—¿Veis este anillo?

—Sí.

—¿Sabéis su significado?

Jessica se volvió a mirar a su hijo.

—Vuestro padre yace muerto en las ruinas de Arrakeen —dijo Kynes—. Técnicamente, vos sois el Duque.

—Soy un soldado del Imperio —dijo Paul—, *técnicamente* un espadachín.

El rostro de Kynes se ensombreció.

—¿Incluso cuando los Sardaukar del Emperador permanecen sobre el cuerpo de vuestro padre?

—Los Sardaukar son una cosa, la fuente legal de mi autoridad, otra —dijo Paul.

—Arrakis tiene su propia manera de decidir a quién concede la autoridad —dijo Kynes.

Y Jessica, volviéndose a mirarle, pensó: *Hay acero en este hombre, pero nadie ha conseguido templarlo aún… y nosotros tenemos necesidad de acero. Paul se está librando a un juego peligroso.*

—La presencia de los Sardaukar en Arrakis —dijo Paul— indica hasta qué punto nuestro bienamado Emperador temía a mi padre. Ahora soy yo quién le dará al Emperador Padishah razones para temer el…

—Muchacho —dijo Kynes—, hay cosas que vos…

—Dirigios a mí como Señor o mi Señor —dijo Paul.

Suavemente , pensó Jessica.

Kynes miró a Paul, y Jessica notó un destello de admiración en el rostro del planetólogo, y un rastro de humor.

—Señor —dijo Kynes.

—Soy una molestia para el Emperador —dijo Paul—. Soy una molestia para todos aquellos que quieren repartirse Arrakis para expoliarlo. ¡Mientras viva, quiero continuar siendo una molestia, como un palo clavado en su garganta que termine sofocándolos y matándolos!

—Palabras —dijo Kynes. Paul lo miró.

—Tenéis una leyenda aquí acerca del Lisan al-Gaib, la Voz del Otro Mundo, el que conducirá a los Fremen al paraíso. Vuestros hombres tienen…

—¡Superstición! —dijo Kynes.

—Quizá —aceptó Paul—. O quizá no. A veces la superstición tiene extrañas raíces y extrañas ramificaciones.

—Tenéis un plan —dijo Kynes—. Esto es obvio… *Señor* .

—¿Vuestros Fremen podrían aportarme una prueba positiva de que los Sardaukar están aquí con uniformes Harkonnen?

—Muy probablemente.

—El Emperador pondrá de nuevo a un Harkonnen en el poder, aquí —dijo Paul—. Quizá incluso a la Bestia Rabban. Que lo haga. Cuando se haya involucrado hasta tal punto que no pueda escapar a su culpabilidad, veremos si el Emperador sabrá afrontar la eventualidad de un Acta de Acusación presentada ante el Landsraad. Veremos si sabrá responder cuando…

—¡Paul! —dijo Jessica.

—Admitiendo que el Alto Consejo del Landsraad acepte vuestro caso —dijo Kynes—, esto no conducirá más que a un conflicto generalizado entre el Imperio y las Grandes Casas.

—El caos —dijo Jessica.

—Pero yo someteré mi caso al Emperador —dijo Paul— y le ofreceré una alternativa al caos.

—¿Un chantaje? —dijo Jessica en tono seco.

—Uno de los instrumentos del poder, como tú misma has dicho —dijo Paul, y Jessica captó amargura en su voz—. El Emperador no tiene hijos, sólo hijas.

—¿Estás aspirando al trono? —preguntó Jessica.

—El Emperador no querrá arriesgarse a ver el Imperio derrumbarse en una guerra total —dijo Paul—. Planetas arrasados, desórdenes en todas partes… no se arriesgará a eso.

—Lo que proponéis es una elección desesperada —dijo Kynes.

—¿Qué es lo que más temen las Grandes Casas del Landsraad? —preguntó Paul—. Lo que está ocurriendo en este preciso instante en Arrakis: los Sardaukar destruyéndolas, una a una. Es por esto que hay un Landsraad. Constituye los fundamentos de la Gran Convención. Sólo unidas pueden enfrentarse a las fuerzas Imperiales.

—Pero ellas son…

—Eso temen —dijo Paul—. Arrakis podría ser un grito de unión. Cada una de ellas se sentirá identificada con mi padre… arrancado del rebaño y muerto.

Kynes se dirigió a Jessica.

—¿Un plan así podría funcionar?

—No soy un Mentat —dijo Jessica.

—Pero sois una Bene Gesserit.

Jessica le dirigió una penetrante mirada.

—Este plan —dijo— tiene puntos buenos y puntos malos… como cualquier plan en este estadio. Un plan depende tanto de su ejecución como de su concepción.

—«La ley es la última ciencia» —recitó Paul—. Esto es lo que se halla escrito sobre la puerta del Emperador. Quiero mostrarle cuál es la ley.

—No estoy seguro de poder otorgarle mi confianza a la persona que ha concebido este plan —dijo Kynes—. Arrakis tiene su propio plan, que nosotros…

—Desde el trono —dijo Paul— podría convertir Arrakis en un paraíso con un solo gesto de mi mano. Este es el precio que ofrezco por vuestro apoyo.

Kynes se envaró.

—Mi lealtad no está a la venta, *Señor* .

Paul miró fijamente al otro lado del escritorio, afrontando la fría mirada de aquellos ojos totalmente azules, estudiando el barbudo rostro, el aspecto autoritario. Una dura sonrisa rozó sus labios.

—Bien hablado —dijo—. Pido disculpas.

Kynes sostuvo la mirada de Paul.

—Ningún Harkonnen ha admitido nunca su error —dijo—. Quizá los Atreides no seáis como ellos.

—Podría ser un fallo de su educación —dijo Paul—. Vos decís que no estáis en venta, pero sigo pensando que puedo ofreceros un precio que debéis aceptar. A cambio de vuestra lealtad os ofrezco *mi* lealtad… totalmente.

Mi hijo posee la sinceridad de los Atreides , pensó Jessica. *Ese tremendo, casi ingenuo honor… la formidable fuerza que representa la verdad.*

Vio que las palabras de Paul habían impresionado a Kynes.

—Esto es absurdo —dijo Kynes—. Sois tan sólo un muchacho y…

—Soy el Duque —dijo Paul—. Soy un Atreides. Ningún Atreides ha faltado a su palabra.

Kynes tragó saliva.

—Cuando digo totalmente —dijo Paul—, quiero decir sin reservas. Daría mi vida por vos.

—¡Señor! —dijo Kynes, y la palabra surgió como si le hubiera sido arrancada, pero Jessica vio que ya no le estaba hablando a un muchacho de quince años sino a un hombre, a un superior. Esta vez Kynes había hablado con sinceridad.

En este momento daría su vida por Paul , pensó. *¿Cómo consiguen los Atreides llegar a ello tan rápidamente, tan fácilmente?*

—Sé que habláis sinceramente —dijo Kynes—. Pero los Harkonnen…

La puerta se abrió con fuerza detrás de Paul. Se volvió y descubrió una explosión de violencia: gritos, el entrechocar de acero, imágenes cerúleas de rostros contorsionados.

Con su madre a su lado, Paul saltó hacia la puerta, viendo a Idaho bloqueando el paso, sus ojos inyectados en sangre brillando a través del confuso halo del escudo, numerosas manos intentando sujetarle, destellos de acero arqueándose repelidos por el escudo. La descarga anaranjada de un aturdidor fue rechazada por el escudo. Las hojas de

Idaho penetraban en la carne a su alrededor, cortando y cercenando, chorreando sangre.

Entonces Kynes estuvo al lado de Paul, y entre ambos empujaron la puerta con todo su peso. Paul tuvo aún una última visión de Idaho de pie ante un racimo de uniformes Harkonnen… sus gestos eran aún firmes y controlados, pero su rizada cabellera negra estaba marcada por una mortal flor escarlata. Después la puerta se cerró, y Kynes la atrancó.

—Creo que mi decisión ya ha sido tomada —dijo Kynes.

—Alguien detectó vuestras máquinas antes de que dejaran de funcionar —dijo Paul. Empujó a su madre fuera de la puerta, leyendo la desesperación en sus ojos.

—Debí sospechar algo al ver que no llegaba el café —dijo Kynes.

—Existe otra salida —dijo Paul—. ¿Podemos usarla?

Kynes inspiró profundamente.

—Esta puerta debería resistir veinte minutos como mínimo, a menos que utilicen los láser —dijo.

—No van a utilizar los láser por miedo a que tengamos escudos aquí —dijo Paul.

—Eran Sardaukar con uniformes Harkonnen —susurró Jessica.

Se oían rítmicos golpes contra la puerta.

Kynes señaló los archivadores de la pared de la derecha.

—Por aquí —dijo. Se acercó al primer archivador, abrió un cajón y manipuló una palanca en su interior. Toda la batería de archivadores se abrió, mostrando la negra boca de un túnel—. Esta puerta también es de plastiacero —dijo.

—Estáis bien preparado —dijo Jessica.

—Hemos vivido ochenta años bajo los Harkonnen —dijo Kynes. Los empujó hacia las tinieblas y cerró la puerta a sus espaldas.

En la repentina oscuridad, Jessica vio una flecha luminosa en el suelo.

La voz de Kynes resonó tras ellos:

—Aquí nos separaremos. Esta puerta es mucho más resistente. Aguantará al menos una hora. Seguid las flechas del suelo. Se extinguirán a vuestro paso. Os guiarán a través del laberinto hacia otra

salida donde hay oculto un tóptero. Esta noche hay una tormenta en el desierto. Vuestra única esperanza es ir al encuentro de esta tormenta, sumergiros en ella y seguirla. Así es como procede mi pueblo para robar los tópteros. Si os mantenéis altos en la tormenta sobreviviréis.

—¿Pero y vos? —preguntó Paul.

—Intentaré escapar por otro camino. Si soy capturado… bien, sigo siendo el Planetólogo Imperial. Puedo decir que era vuestro prisionero.

Corriendo como cobardes , pensó Paul. *¿Pero cómo podré sobrevivir de otro modo para vengar a mi padre?* Se volvió hacia la puerta.

Jessica captó su movimiento.

—Duncan está muerto, Paul —dijo—. Has visto su herida. No puedes hacer nada por él.

—Algún día les haré pagar por todo esto —dijo Paul.

—No, a menos que os apresuréis —dijo Kynes.

Paul sintió la mano del planetólogo en su hombro.

—¿Cuándo volveremos a encontrarnos, Kynes? —preguntó Paul.

—Enviaré a los Fremen a buscaros. Conocen la ruta de la tormenta. Apresuraos, y que la Gran Madre os dé velocidad y suerte.

Oyeron sus pasos alejarse en las tinieblas.

Jessica tomó la mano de Paul y tiró suavemente de él.

—No debemos separarnos —dijo.

—Sí.

La siguió a través de la primera flecha, que se apagó cuando sus pies la tocaron. Otra flecha se iluminó ante ellos.

La cruzaron, se apagó a su vez, y otra se encendió más adelante.

Ahora estaban corriendo.

Planes en los planes en los planes en los planes , pensó Jessica. *¿Estamos acaso participando en los planes de algún otro?*

Las flechas los guiaron a través de vueltas y revueltas, rozando bifurcaciones apenas entrevistas en la débil luminiscencia. Su camino descendió durante un tiempo, hasta que empezó a ascender de nuevo.

Continuaron subiendo hasta que llegaron a unos peldaños, giraron una última vez y se encontraron ante una pared luminiscente con una manija negra visible en su centro.

Paul pulsó la manija.

La pared se alejó de ellos. Se encendió una luz, revelando una caverna tallada en la roca con un ornitóptero agazapado en su centro. Más allá del vehículo había una pared gris y plana, con una señal indicando una puerta.

—¿Dónde habrá ido Kynes? —preguntó Jessica.

—Ha hecho lo que haría todo buen jefe de guerrilleros —dijo Paul—. Nos ha separado en dos partes y lo ha dispuesto todo de modo que le sea imposible revelar dónde estamos si es capturado. Ya que realmente no lo sabe.

Paul la hizo entrar en la caverna, notando como sus pies levantaban una densa nube de polvo del suelo.

—Nadie ha venido aquí desde hace mucho tiempo —dijo.

—Parecía muy seguro de que los Fremen nos encontrarían —dijo Jessica.

—Confío en su seguridad.

Paul soltó su mano, cruzó hacia la portezuela izquierda del ornitóptero, la abrió, y colocó su mochila en la parte posterior.

—Este aparato lleva enmascaramiento de proximidad —dijo—. El panel de mandos controla a distancia la puerta y las luces. Ochenta años bajo los Harkonnen les han enseñado a ser previsores.

Jessica se apoyó al otro lado del aparato, recobrando su aliento.

—Los Harkonnen habrán dispuesto una fuerza de cobertura sobre esta zona —dijo—. No son estúpidos. —Consultó su sentido de orientación y señaló hacia la izquierda—. La tormenta va por allí.

Paul asintió, luchando contra una repentina repugnancia a moverse. No conocía el origen, pero aquel conocimiento no le hubiera sido de ninguna utilidad. Aquella noche, en un determinado momento, había superado un decisivo nexo hacia el más profundo desconocido. Conocía las regiones temporales que lo circundaban, pero el ahora-y-aquí seguía siendo un misterio. Era como si se hubiera visto a sí mismo, desde lejos, desaparecer a través de un valle. Entre los innumerables caminos que salían del valle, algunos tenían el poder de conducir a Paul Atreides hasta su vista, pero muchos otros, no.

—Cuanto más esperemos, mejor preparados estarán ellos —dijo Jessica.

—Entra y sujeta tu cinturón —dijo él.

Subió al ornitóptero, luchando aún con el pensamiento de que aquella era una zona *oscura* , no vista en ninguna de sus visiones prescientes. Y con un brusco sentimiento de shock comprendió que había ido confiando una vez más en sus recuerdos prescientes, y que esto lo había debilitado en aquel momento de emergencia.

«Si confías tan sólo en tu mirada, tus otros sentidos se debilitarán». Este era un axioma Bene Gesserit. Lo hizo suyo, jurándose a sí mismo no caer nunca más en aquella trampa… si lograba sobrevivir a este momento.

Se sujetó el cinturón de seguridad, revisó el de su madre e inspeccionó el vehículo. Las alas estaban completamente desplegadas, con sus delicadas nervaduras metálicas extendidas. Tocó la palanca retractora, comprobando que las alas se replegaban para el empuje inicial de los chorros, tal como se lo había enseñado Gurney Halleck. El contacto funcionaba correctamente. Los diales del panel de instrumentos se iluminaron cuando conectó los chorros. Las turbinas dejaron oír un sordo silbido.

—¿Lista? —preguntó.

—Sí.

Tocó el control de las luces.

Las tinieblas les rodearon.

Su mano era tan sólo una sombra entre los diales luminosos cuando pulsó el control de la puerta. Se oyó un estridente gruñido ante ellos. Una cascada de arena se precipitó al interior, luego hubo silencio. Una polvorienta brisa azotó a Paul en las mejillas. Cerró su portezuela, comprobando que la presión interna se restablecía.

Un amplio polígono de estrellas, matizadas por nubes de polvo, había aparecido allí donde antes estaba la puerta. Una cresta rocosa se siluetaba sobre el fondo, entre torbellinos de arena.

Paul pulsó el botón de la secuencia automática de despegue. Las alas comenzaron a batir, sacando al tóptero de su nido. La energía surgió de sus chorros, mientras las alas lo empujaban hacia arriba.

Las manos de Jessica se apresuraban sobre los dobles controles, imitando los precisos gestos de su hijo. Tenía miedo y, sin embargo, se sentía excitada. *Ahora, el adiestramiento de Paul es nuestra única esperanza* , pensó. *Su decisión y su juventud.*

Paul dio más energía a los chorros. El tóptero se inclinó hacia un lado, aplastándolos contra sus asientos, mientras una pared oscura se recortaba contra las estrellas ante ellos. Las alas se desplegaron totalmente, la potencia aumentó, otro batir, y sobrevolaron las rocas, aristas heladas bajo el resplandor de las estrellas. La polvorienta segunda luna surgió del horizonte a su derecha, definiendo el curso de la tormenta.

Las manos de Paul danzaron sobre los controles. Las alas se retractaron, convirtiéndose en los élitros de un escarabajo. La aceleración empujó nuevamente su carne, mientras el vehículo se inclinaba en otra curva.

—¡Chorros detrás de nosotros! —dijo Jessica.

—Los he visto.

Apretó a fondo la palanca de la energía.

El tóptero saltó hacia adelante como un animal asustado, alzándose hacia el sudoeste, en dirección a la tormenta y a la gran curva del desierto. No muy lejos, Paul descubrió sombras quebradas que revelaban dónde terminaba la línea de las rocas, hundiéndose bajo la arena. Más allá, la luz de la luna formaba sombras como de inmensos dedos… las dunas entrecruzándose unas con otras.

Y sobre el horizonte se elevaba la tormenta, como una inmensa muralla contra las estrellas.

Algo sacudió al tóptero.

—¡Explosiones! —jadeó Jessica—. Están usando algún tipo de armas o proyectiles.

Había una salvaje sonrisa en el rostro de Paul.

—Parece que evitan utilizar los láser —dijo.

—¡Pero no tenemos escudos!

—¿Acaso lo saben ellos?

El tóptero se vio sacudido otra vez.

Paul se volvió a mirar hacia atrás.

—Sólo uno de sus aparatos parece bastante veloz como para seguirnos.

Volvió su atención a los mandos, mientras la tormenta se elevaba ante ellos. Parecía tangiblemente sólida.

—Lanzadores de proyectiles, cohetes, todo el antiguo armamento… eso es lo que daremos a los Fremen —susurró Paul.

—La tormenta —dijo Jessica—. ¿No sería mejor dar media vuelta?

—¿Pero y el aparato que nos sigue?

—Están virando.

—¡Ahora!

Paul retractó las alas y enfiló directamente al lento y engañoso rebullir de la tormenta, sintiendo tensarse sus mejillas bajo la fuerza de la aceleración.

Le pareció que se hundían en una nube de polvo que se hacía más y más densa. El desierto y la luna desaparecieron. El aparato no fue más que un largo y horizontal zumbido de oscuridad iluminado tan sólo por la verdosa luminiscencia del panel de instrumentos.

Por la mente de Jessica pasaron en una ráfaga todas las advertencias que había oído con respecto a esas tormentas: cortaban el metal como si fuera mantequilla, corroían la carne hasta los huesos y pulverizaban luego estos mismos huesos. Densos vórtices de polvo sacudían al vehículo, haciéndolo girar mientras Paul luchaba con los mandos. Cortó la energía, y el aparato se encabritó. El metal a su alrededor gimió y tembló.

—¡Arena! —gritó Jessica.

Percibió el gesto negativo de su cabeza a la débil luz del panel.

—No hay arena a esta altura.

Pero ella sintió que se sumergían cada vez más profundamente en aquel Maëlstrom.

Paul extendió las alas al máximo, oyéndolas gemir bajo el esfuerzo. Sus ojos estaban fijos en los instrumentos, guiando por instinto, luchando por no perder altura.

El ruido empezó a disminuir.

El tóptero derivó hacia la izquierda. Paul se concentró en la esfera luminosa con la curva de altitud, batallando por enderezar el aparato y mantenerlo en su línea de vuelo.

Jessica tuvo la horrible impresión de que se habían detenido, y de que todos los movimientos provenían del exterior. Una constante oleada de polvo al otro lado de las ventanillas, un retumbante silbido, le recordaron las fuerzas desencadenadas a su alrededor.

El viento debe alcanzar los setecientos o los ochocientos kilómetros por hora , pensó. La adrenalina mordió su organismo. *No debo tener miedo* , se dijo, murmurando para sí las palabras de la letanía Bene Gesserit. *El miedo mata la mente.*

Lentamente, los largos años de adiestramiento prevalecieron.

La calma volvió a ella.

—Tenemos al tigre por la cola —susurró Paul—. No podemos descender, no podemos aterrizar… y no creo que consiguiera salir de aquí. Tendremos que cabalgar con ella hasta el final.

La calma la abandonó de nuevo. Jessica sintió el castañeteo de sus dientes y los apretó con fuerza. Luego oyó la voz de Paul, baja y controlada, recitando la letanía:

—El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allá donde haya pasado el miedo ya no habrá nada. Sólo estaré yo.

26

¿Qué es lo que desprecias? Por ello serás conocido.

Del *Manual de Muad'Dib* , por PRINCESA IRULAN

—Están muertos, Barón —dijo Jakin Nefud, el capitán de los guardias—. Tanto la mujer como el muchacho están ciertamente muertos.

El Barón Vladimir Harkonnen se levantó arropado por los suspensores de sueño de sus habitaciones privadas. A su alrededor, más allá de estas habitaciones, envolviéndolo como un huevo de múltiples cáscaras, se hallaba la fragata espacial que le había traído hasta Arrakis. Allí en sus habitaciones, el duro metal de la nave había sido disimulado con tapices, con paneles decorados y con raros objetos de arte.

—Es una certeza —dijo el capitán de los guardias—. Están muertos.

El Barón encajó su gordo cuerpo en los suspensores, centrando su atención en una estatua de ebalina, representando a un muchacho saltando, situada en una hornacina al otro lado de la estancia. El sueño se alejó de él. Ajustó los suspensores bajo los grasos pliegues de su cuello y miró más allá del único globo del dormitorio, hacia la puerta donde se hallaba el capitán Nefud, inmovilizado de pie por el pentaescudo.

—Están realmente muertos, Barón —repitió el hombre.

El Barón captó en los vacuos ojos de Nefud las huellas de la semuta. Era obvio que el hombre se hallaba sumido en la droga en el momento en que había recibido aquel informe, y había tomado el antídoto antes de precipitarse hacia allí.

—Tengo un informe completo —dijo Nefud.

Hagámosle sudar un poco , pensó el Barón. *Los instrumentos del poder deben estar siempre afilados y a punto. Poder y miedo… afilados y a punto.*

—¿Has visto sus cadáveres? —retumbó el Barón.

Nefud vaciló.

—¿Bien?

—Mi Señor… se les ha visto hundirse en una tormenta de arena… vientos por encima de los ochocientos kilómetros. Nada sobrevive a una

tormenta, mi Señor. ¡Nada! Uno de nuestros propios aparatos ha sido destruido en la persecución.

El Barón observaba fijamente a Nefud, notando el tic nervioso en los músculos de su mandíbula, el modo como se crispaba su mentón cuando intentaba deglutir.

—¿Has visto los cadáveres? —preguntó el Barón.

—Mi Señor…

—¿Con qué propósito has venido hasta aquí haciendo tintinear tu armadura? —gruñó el Barón—. ¿Para decirme que algo es cierto cuando en realidad no lo es? ¿Crees acaso que debo felicitarte por tu estupidez, ascenderte de nuevo?

El rostro de Nefud palideció.

Mira a ese gallina , pensó el Barón. *Estoy rodeado de una pandilla de inútiles. Si echara arena ante él y le dijera que es trigo, se pondría a picotearla.*

—Entonces, ¿el hombre Idaho te ha conducido hasta ellos? —preguntó el Barón.

—¡Sí, mi Señor!

Mira cómo escupe sus respuestas , pensó el Barón.

—Así que intentaban unirse a los Fremen, ¿eh? —dijo.

—Sí, mi Señor.

—¿Dice algo más este… informe?

—El Planetólogo Imperial, Kynes, está también involucrado, mi Señor. Idaho contactó a ese Kynes en misteriosas circunstancias… Me atrevería a decir que en *sospechosas* circunstancias.

—¿Y?

—Ellos… esto, volaron hacia un lugar en el desierto donde al parecer se encontraban el muchacho y su madre. En la excitación de la caza, varios de nuestros grupos han sido víctimas de una explosión láser-escudo.

—¿Cuántos hombres hemos perdido?

—Yo… esto, no conozco aún la cifra exacta, mi Señor.

Está mintiendo , pensó el Barón. *Debe ser una cifra considerablemente alta.*

—El lacayo Imperial, ese Kynes —dijo el Barón—. Jugaba un doble juego, ¿eh?

—Pongo en ello mi reputación, Señor.

¡Su reputación!

—Haz que maten a ese hombre —dijo el Barón.

—¡Mi Señor! Kynes es el Planetólogo *Imperial* , el servidor de su Maj…

—¡Entonces haz que parezca un accidente!

—Mi Señor, había un grupo de Sardaukar entre nuestras fuerzas cuando atacamos aquel nido Fremen. Son ellos quienes tienen ahora a Kynes bajo su custodia.

—Haz que te lo entreguen. Di que quiero interrogarlo.

—¿Y si se niegan?

—No lo harán si tú actúas correctamente.

Nefud tragó saliva.

—Sí, mi Señor.

—Ese hombre debe morir —retumbó el Barón—. Ha intentado ayudar a nuestros enemigos.

Nefud cambió su peso de uno a otro pie.

—¿Sí?

—Mi Señor, en realidad los Sardaukar tienen… a dos personas bajo su custodia que pueden interesarnos. Han capturado también al Maestro de Asesinos del Duque.

—¿Hawat? ¿Thufir Hawat?

—He visto al prisionero con mis propios ojos, mi Señor. Es Hawat.

—¡Nunca lo hubiera creído posible!

—Dicen que fue puesto fuera de combate con un aturdidor, mi Señor. En el desierto, donde no podía usar el escudo. Está virtualmente ileso. Si

pudiéramos poner nuestras manos sobre él, podría proporcionarnos una buena distracción.

—Estás hablando de un Mentat —gruñó el Barón—. Uno no malgasta así a un Mentat. ¿Ha hablado? ¿Qué piensa de su captura? ¿Sabe la amplitud de…? Pero, no.

—Sólo me han dicho, mi Señor, que está convencido de haber sido traicionado por Dama Jessica.

—Ahhh.

El Barón se sentó, pensativo. Luego:

—¿Estás seguro? ¿Es Dama Jessica quien atrae su furor?

—Lo ha dicho en mi presencia, mi Señor.

—Entonces, déjale creer que aún está viva.

—Pero, mi Señor…

—Calma. Quiero que Hawat sea tratado con cortesía. No hay que decirle nada sobre el difunto doctor Yueh, el verdadero traidor. Dile que el doctor Yueh encontró la muerte defendiendo a su Duque. En cierto sentido, no deja de ser verdad. Alimentaremos sus sospechas hacia Dama Jessica.

—Mi Señor, yo no…

—El mejor método de controlar y dirigir a un Mentat, Nefud, es alimentar su información. Falsas informaciones… falsos resultados.

—Sí, mi Señor, pero…

—¿Tiene hambre Hawat? ¿Tiene sed?

—¡Mi Señor, Hawat está aún en manos de los Sardaukar!

—Sí. Por supuesto, sí. Pero los Sardaukar estarán tan ansiosos como nosotros de obtener información de Hawat. He observado algo en nuestros aliados, Nefud. No son muy tortuosos… políticamente. Creo que esto es algo deliberado: el Emperador quiere que sea así. Recordarás al jefe Sardaukar mi habilidad en obtener información de los sujetos más reluctantes.

Nefud se mostró incómodo.

—Sí, mi Señor.

—Le dirás al jefe Sardaukar que deseo interrogar a Hawat y a Kynes al mismo tiempo, confrontándolos el uno con el otro. Espero que comprenda al menos esto.

—Sí, mi Señor.

—Y cuando los tengamos en nuestras manos… —el Barón inclinó la cabeza.

—Mi Señor, los Sardaukar querrán tener a uno de sus observadores con vos mientras dure… el interrogatorio.

—Estoy seguro de que podremos producir una situación de emergencia capaz de alejar a los observadores no deseados, Nefud.

—Comprendo, mi Señor. Y entonces será cuando Kynes pueda tener su accidente.

—Kynes y Hawat tendrán su accidente, Nefud. Pero sólo Kynes tendrá un auténtico accidente. Es Hawat a quien quiero. Sí. Ah, sí.

Nefud parpadeó, tragando saliva. Pareció a punto de formular una pregunta, pero permaneció silencioso.

—Proporcionaremos a Hawat comida y bebida —dijo el Barón—. Lo trataremos con gentileza, con simpatía. En su agua le administrarán un veneno residual puesto a punto por el finado Piter de Vries. Y procurarás que el antídoto esté presente regularmente en la dieta de Hawat a partir de ahora… hasta que yo diga lo contrario.

—El antídoto, sí —Nefud agitó la cabeza—. Pero…

—No seas estúpido, Nefud. El Duque estuvo a punto de matarme con la cápsula de veneno en su diente. El gas que exhaló en mi presencia me privó de mi valioso Mentat, Piter. Necesito un sustituto.

—¿Hawat?

—Hawat.

—Pero…

—Vas a decirme que Hawat es completamente leal a los Atreides. Cierto, pero los Atreides han muerto. Nosotros lo seduciremos. Lo convenceremos de que no tiene que culparse por la muerte del Duque. Que todo fue culpa de aquella bruja Bene Gesserit. Su dueño era débil, su razón se dejaba ofuscar por las emociones. Los Mentats admiran la habilidad de calcular por encima de las emociones, Nefud. Seduciremos al formidable Thufir Hawat.

—Lo seduciremos. Sí, mi Señor.

—Desgraciadamente, Hawat tenía un dueño cuyos recursos eran pobres, uno que no podía elevar al Mentat a las sublimes cotas de razonamiento que son el derecho de un Mentat. Hawat tendrá que reconocer que hay cierto elemento de verdad en esto. El Duque no podía permitirse espías más eficientes para garantizarle a su Mentat las informaciones requeridas —el Barón miró a Nefud—. No intentemos nunca engañarnos entre nosotros, Nefud. La verdad es un arma poderosa. Sabemos cómo hemos triunfado sobre los Atreides, y Hawat lo sabe también. Con nuestra riqueza.

—Con nuestra riqueza. Sí, mi Señor.

—Seduciremos a Hawat —dijo el Barón—. Le pondremos fuera del alcance de los Sardaukar. Y tendremos en reserva… la posibilidad de cortarle el antídoto del veneno residual. No hay ningún modo de extraer un veneno residual. Y, Nefud, Hawat no sospechará nunca. El antídoto no será descubierto por los detectores de venenos. Hawat podrá controlar sus alimentos como le plazca sin detectar el menor rastro de veneno.

Los ojos de Nefud se abrieron considerablemente con la comprensión.

—La ausencia de algo —dijo el Barón— puede ser tan mortal como su *presencia* . La ausencia de aire, ¿eh? La ausencia de agua. La ausencia de algo a lo que se sea adicto. —El Barón agitó su cabeza—. ¿Me comprendes, Nefud?

Nefud deglutió.

—Sí, mi Señor.

—Ahora, muévete. Encuentra al jefe Sardaukar e inicia las operaciones.

—Inmediatamente, mi Señor. —Nefud se inclinó, se volvió y salió apresuradamente.

¡Hawat a mi lado! , pensó el Barón. *Los Sardaukar me lo darán. Si sospechan algo será que quiero destruir al Mentat. ¡Y les confirmaré esta sospecha! ¡Los idiotas! Uno de los más formidables Mentat de toda la historia, un Mentat adiestrado en matar, y me lo dejarán como un juguete inútil para que lo rompa. Pero les mostraré el uso que puede hacerse de tal juguete.*

El Barón deslizó una mano hacia un tapiz al lado de su cama a suspensor y oprimió un botón llamando a su sobrino mayor, Rabban. Esperó, sonriendo.

¡Y todos los Atreides muertos!

El estúpido capitán de los guardias estaba en lo cierto, por supuesto. Sin lugar a dudas, nada sobreviviría en el camino de una tormenta de arena de Arrakis. Ni un ornitóptero… ni sus ocupantes. La mujer y el chico habían muerto. Todas las corrupciones en su justo lugar, los *increíbles* gastos para transportar aquellas aplastantes fuerzas militares hasta el planeta… todos los astutos informes confeccionados a la medida de los oídos del Emperador, todo el vasto plan cuidadosamente puesto a punto, daba por fin sus frutos.

¡Poder y miedo… miedo y poder!

El Barón veía el camino trazado ante él. Un día, un Harkonnen sería Emperador. No él, ni tampoco ninguno de sus retoños. Pero un Harkonnen. No aquel Rabban al que acababa de llamar, por supuesto, sino el hermano más pequeño de Rabban. El joven Feyd-Rautha. Había en el muchacho una cierta dureza que alegraba al Barón… una ferocidad.

Un muchacho adorable , pensó el Barón. *Uno o dos años más… digamos cuando alcance sus diecisiete años, y sabré si es realmente el instrumento que necesita la Casa de los Harkonnen para acceder al trono.*

—Mi Señor Barón.

El hombre que estaba de pie en el umbral de la puerta de entrada del dormitorio del Barón, protegida por el campo, era de baja estatura, grueso de rostro y de cuerpo, con los rasgos de la línea paterna de los Harkonnen presentes en los ojos muy juntos y los anchos hombros. Había cierta rigidez en sus gorduras, pero era obvio que dentro de muy poco tiempo tendría que llevar suspensores portátiles para acarrear todo su exceso de grasa.

Una mente musculosa y un cerebro blindado , pensó el Barón. *No es un Mentat, mi sobrino… no es un Piter de Vries, pero quizá sea más apto para las tareas inmediatas. Si le dejo plena libertad, estoy seguro de que lo barrerá todo a su paso. ¡Oh, cómo le van a odiar aquí en Arrakis!*

—Mi querido Rabban —dijo el Barón. Desactivó el escudo de la puerta, pero conservó intencionalmente su escudo corporal a plena potencia, sabiendo que el resplandor del globo situado junto a su lecho lo pondría en evidencia.

—Me has llamado —dijo Rabban. Penetró en la estancia, echando una ojeada a la turbulencia del aire del escudo corporal, buscando con la mirada una silla a suspensor sin encontrarla.

—Acércate un poco más de modo que pueda verte —dijo el Barón.

Rabban avanzó otro paso, pensando que el maldito viejo había suprimido deliberadamente todas las sillas a fin de obligar a sus visitantes a permanecer de pie.

—Los Atreides han muerto —dijo el Barón—. Hasta el último de ellos. Es por esto por lo que te he hecho venir a Arrakis. Este planeta es tuyo de nuevo.

Rabban parpadeó.

—Pero, creía que habías propuesto a Piter de Vries que…

—Piter también ha muerto.

—¿Piter?

—Piter.

El Barón reactivó el campo de la puerta, protegiéndola contra cualquier penetración de energía.

—Te has cansado finalmente de él, ¿eh? —preguntó Rabban. Su voz resonó hueca y sin vida en la estancia de nuevo aislada.

—Te diré una cosa de una vez por todas —retumbó el Barón—. Insinúas que he suprimido a Piter como uno suprime una bagatela —hizo chasquear los dedos—, así, ¿eh? No soy tan estúpido, sobrino. Y créeme que no voy a ser tan condescendiente contigo la próxima vez que sugieras con tus palabras o con tus actos que soy un estúpido.

El miedo asomó a los porcinos ojos de Rabban. Sabía, dentro de unos ciertos límites, hasta qué punto podía actuar el viejo Barón contra alguien de su familia. No hasta el punto de matarle, a menos que sacara de ello un provecho extraordinario o se tratara de una clara provocación. Pero los castigos familiares podían ser muy dolorosos.

—Perdóname, mi Señor Barón —dijo Rabban. Bajó los ojos, tanto para disimular su rabia como para mostrar su humildad.

—No intentes engañarme, Rabban —dijo el Barón.

Rabban permaneció con los ojos bajos, tragando saliva.

—Te he enseñado algo —dijo el Barón—. No suprimir nunca a un hombre sin reflexionar, como podría hacerlo un feudo a través del *proceso automático de la ley* . Hazlo siempre con un propósito mayor… *¡y conoce este propósito!*

—¡Pero tú hiciste suprimir a ese traidor, Yueh! —había rabia en las palabras de Rabban—. Vi que retiraban su cuerpo cuando llegué la pasada noche.

Rabban se interrumpió y miró a su tío, bruscamente asustado por el sonido de sus propias palabras.

Pero el Barón sonreía.

—Soy muy prudente con las armas peligrosas —dijo—. El doctor Yueh era un traidor. Me entregó al Duque —la voz del Barón se hizo más potente—. ¡*Yo* corrompí a un doctor de la Escuela Suk! ¡La Escuela *Interna* ! ¿Comprendes, muchacho? Era una clase de arma que no podía dejar suelta. No lo suprimí sin reflexionar.

—¿Sabe el Emperador que has corrompido a un doctor Suk?

Esta es una penetrante pregunta , pensó el Barón. *¿Habré juzgado a mi sobrino por debajo de sus posibilidades?*

—El Emperador aún no sabe nada —dijo el Barón—. Pero seguramente sus Sardaukar harán un informe sobre ello. Antes de que esto ocurra, de todos modos, ya habré hecho llegar a sus manos mi propio informe, a través de los canales de la Compañía CHOAM. Le explicaré que *afortunadamente* descubrí a un doctor que pretendía estar condicionado. Un falso doctor, ¿comprendes? Puesto que todos *sabemos* que no es posible violar el condicionamiento de una Escuela Suk, mi informe será aceptado.

—Ahhh, ya veo —murmuró Rabban.

Y el Barón pensó: *Espero que lo veas realmente. Espero que veas la necesidad vital de mantener esto en secreto.* De pronto, se preguntó: *¿Por qué he hecho esto? ¿Por qué me he vanagloriado con este estúpido sobrino mío… este sobrino que utilizaré y luego descartaré?* El Barón se irritó consigo mismo. Se sintió traicionado.

—Es necesario que quede en secreto —dijo Rabban—. Comprendo.

El Barón suspiró.

—Esta vez, mis instrucciones referentes a Arrakis son distintas, sobrino. Cuando gobernaste este mundo la última vez, te mantuve estrechamente controlado. Esta vez, en cambio, te haré una sola exigencia.

—¿Mi Señor?

—Beneficios.

—¿Beneficios?

—¿Tienes alguna idea, Rabban, de lo mucho que hemos gastado para desencadenar una fuerza militar como ésta contra los Atreides? ¿Has pensado alguna vez en lo que exige la Cofradía para un transporte militar como el que hemos efectuado?

—Costoso, ¿no?

—¡Costoso! —el Barón apuntó un grasoso dedo contra Rabban—. Si tú le exprimes a Arrakis hasta el último céntimo durante los próximos sesenta años, ¡apenas habremos conseguido cubrir los costes!

Rabban abrió la boca, y la cerró sin pronunciar ninguna palabra.

—Costoso —sonrió el Barón—. Ese maldito monopolio espacial de la Cofradía nos hubiera arruinado, si yo no hubiese tenido la precaución de prever este gasto hace ya mucho tiempo. Debes saber, Rabban, que *nosotros* hemos sostenido todo el coste de la operación. Incluso hemos pagado el transporte de los Sardaukar.

Y, no por primera vez, el Barón se preguntó si llegaría el día en que pudiera prescindir de la Cofradía. Eran insidiosos… extrayendo la sangre hasta que uno no podía hacer objeciones, hasta el momento en que uno se hallaba en su poder y podían obligarlo a seguir pagando y pagando y pagando.

Siempre, los costes más exorbitantes recaían en las expediciones militares. «Tarifa de riesgo», explicaban los untuosos agentes de la Cofradía. Y por cada agente que uno conseguía infiltrar en el seno del Banco de la Cofradía, ella conseguía infiltrar dos de sus propios agentes en el sistema de uno.

¡Intolerable!

—Entonces, beneficios —dijo Rabban.

El Barón bajó su brazo y apretó el puño.

—Tienes que estrujarlos.

—¿Y podré hacer lo que quiera, con tal de estrujarlos?

—Todo lo que quieras.

—Los cañones que trajiste —dijo Rabban—. ¿Podré…?

—Voy a llevármelos de aquí —dijo el Barón.

—Pero tú…

—No vas a necesitar esos juguetes. Eran una innovación muy especial, pero ahora son inútiles. Necesitamos el metal. No pueden ser usados contra un escudo, Rabban. Su principal cualidad es la sorpresa. Era previsible que los hombres del Duque se refugiarían en las cavernas de este abominable planeta. Nuestros cañones sólo han servido para emparedarlos dentro.

—Los Fremen no usan escudos.

—Podrás quedarte algunos láseres si lo deseas.

—Sí, mi Señor. Y tendré mano libre.

—Tanto tiempo como sigas estrujando.

La sonrisa de Rabban era radiante.

—Comprendo perfectamente, mi Señor.

—No comprendes nada perfectamente —gruñó el Barón—. Que esto quede bien claro. Lo que *debes* comprender es cómo ejecutar mis órdenes. ¿Se te ha ocurrido pensar, sobrino, que hay más de cinco millones de personas en este planeta?

—¿Quizá mi Señor ha olvidado que yo era aquí su regente siridar? Y, mi Señor me perdonará, pero su estimación es más bien baja. Es difícil contar una población esparcida entre tantos sink y pan. Si tienes en cuenta a los Fremen de…

—¡No vale la pena tomar en consideración a los Fremen!

—Perdona, mi Señor, pero los Sardaukar piensan otra cosa.

El Barón vaciló, mirando a su sobrino.

—¿Sabes algo?

—Mi Señor se había retirado ya cuando yo llegué, la noche pasada. Yo… esto, me tomé la libertad de contactar algunos de mis… esto, antiguos lugartenientes. Sirvieron de guías a los Sardaukar. Me informaron que una banda de Fremen tendió una emboscada a una fuerza Sardaukar en algún punto al sudeste de aquí, y la exterminó completamente.

—¿Exterminada una fuerza Sardaukar?

—Sí, mi Señor.

—¡Imposible!

Rabban se alzó de hombros.

—Fremen exterminando Sardaukar —repitió el Barón.

—No hago más qué repetir lo que me informaron —dijo Rabban—. Se dice que las fuerzas Fremen capturaron también al temible Thufir Hawat del Duque.

—Ahhh —el Barón asintió con una sonrisa.

—Creo en este informe —dijo Rabban—. No tienes ni idea del problema que son los Fremen.

—Quizá. Pero esos que vieron tus lugartenientes no eran Fremen. Eran hombres de los Atreides adiestrados por Hawat y vestidos como Fremen. Es la única explicación posible.

Rabban se alzó nuevamente de hombros.

—Bueno, los Sardaukar creen que eran Fremen. Y han desencadenado ya un pogrom para exterminarlos.

—¡Bien!

—Pero…

—Esto mantendrá a los Sardaukar ocupados. Y muy pronto tendremos a Hawat. ¡Lo sé! ¡Lo siento! ¡Ah, que hermosa jornada! ¡Los Sardaukar cazando a una pandilla de desgraciados del desierto, mientras nosotros nos apoderamos del verdadero botín!

—Mi Señor… —Rabban vaciló, ceñudo—. Siempre he tenido la impresión de que subestimábamos a los Fremen, tanto en número como en…

—¡Ignóralos, muchacho! Son escoria. Son las metrópolis, las ciudades y los poblados los que nos interesan. Hay mucha gente allí, ¿no?

—Mucha, mi Señor.

—Me preocupan, Rabban.

—¿Te preocupan?

—Oh… un noventa por ciento de ellos no me preocupa. Pero siempre hay alguien… Casas Menores y gentes así, cuya ambición podría empujarlos a algo peligroso. Si alguno de ellos abandonara Arrakis con alguna historia desagradable acerca de lo que ha ocurrido aquí, me sentiría muy disgustado. ¿Tienes idea de lo disgustado que me sentiría?

Rabban deglutió.

—Conviene que tomes inmediatamente medidas para procurarte un rehén de cada Casa Menor —dijo el Barón—. Fuera de Arrakis, todo el mundo debe creer que esto no ha sido más que una lucha de Casa contra Casa. Los Sardaukar no han tomado parte en ello, ¿comprendes? Al Duque se le ofreció la acostumbrada gracia del exilio, pero murió en un desafortunado accidente antes de que pudiera aceptar. Pero hubiera aceptado, seguro. Esta es la historia. Y cualquier rumor acerca de la presencia de los Sardaukar aquí deberá ser motivo de risas.

—Así lo quiere el Emperador —dijo Rabban.

—Así lo quiere el Emperador.

—¿Y los contrabandistas?

—Nadie cree a los contrabandistas, Rabban. Son tolerados, pero no creídos. De todos modos, puedes emplear un poco de corrupción al respecto… y algunas otras medidas que estoy seguro pensarás por ti mismo.

—Sí, mi Señor.

—Espero dos cosas de Arrakis, Rabban: beneficios, y un mando implacable. No ha de haber ninguna clemencia aquí. Piensa en esos lerdos y en lo que son… esclavos envidiosos de sus dueños, esperando la primera ocasión para rebelarse. No debes mostrar el menor vestigio de piedad ni de clemencia hacia ellos.

—¿Puede uno exterminar a todo un planeta? —preguntó Rabban.

—¿Exterminar? —El Barón volvió rápidamente la cabeza, mirando a Rabban con visible asombro—. ¿Quién ha hablado de exterminar?

—Bueno, he creído que tenías intención de traer nuevos contingentes y…

—He dicho *estrujarlos* , sobrino, no exterminarlos. No disminuyas la población, limítate tan sólo a someterla completamente. Tú has de ser el carnívoro, muchacho. —Sonrió, una expresión de bebé en su gordo rostro—. Un carnívoro no se detiene jamás. No tiene piedad. Nunca se para. La piedad es una quimera. El estómago gruñendo su hambre, la sed secando la garganta, bastan para eliminarla. Siempre has de tener hambre y sed. —El Barón acarició sus adiposidades bajo los suspensores—. Como yo.

—Ya veo, mi Señor.

Rabban lanzaba ojeadas a diestro y siniestro.

—¿Está todo claro ahora, sobrino?

—Excepto una cosa, tío: el planetólogo, Kynes.

—Ah, sí, Kynes.

—Es el hombre del Emperador, mi Señor. Puede ir y venir a su antojo. Y está muy ligado a los Fremen… se ha casado con una de ellos.

—Kynes estará muerto mañana por la noche.

—Es peligroso, tío, matar a un servidor Imperial.

—¿Cómo crees que he llegado tan lejos y tan rápidamente? —preguntó el Barón. Su voz era baja, cargada de innombrables implicaciones—. Además, no temas que Kynes pueda abandonar alguna vez Arrakis. Pareces olvidar que está intoxicado por la especia.

—¡Por supuesto!

—Los que saben lo que es esto se guardarán muy bien de poner en peligro su aprovisionamiento —dijo el Barón—. Kynes lo sabe muy bien.

—Lo había olvidado —dijo Rabban.

Se miraron mutuamente en silencio.

—Incidentalmente —dijo el Barón al cabo de un momento—, una de tus primeras tareas será procurarme un buen aprovisionamiento. Dispongo de un nada despreciable stock en mis almacenes, pero aquella suicida incursión de los hombres del Duque destruyó la mayor parte de la especia almacenada para la venta.

—Sí, mi Señor —asintió Rabban.

—Entonces —sonrió el Barón—, mañana por la mañana reunirás todo lo que quede de la organización de este lugar y les dirás: «Nuestro Sublime Emperador Padishah me ha encargado que tome posesión de este planeta y termine toda disputa».

—Comprendido, mi Señor.

—Esta vez estoy seguro de ello. Mañana discutiremos los detalles de todo. Ahora, déjame terminar de dormir.

El Barón desactivó el campo de la puerta y siguió a su sobrino con la mirada mientras salía.

Un cerebro blindado , pensó el Barón. *Una mente musculosa y un cerebro blindado. Serán una pulpa sanguinolenta cuando él haya*

terminado con ellos. Entonces, cuando envíe a Feyd-Rautha a descargar este peso de sus hombros, lo acogerán como a su salvador. Amadísimo Feyd-Rautha. Feyd-Rautha el Benigno, el compasivo que vendrá a salvarlos de la bestia. Feyd-Rautha, el hombre al que seguirán y por el que morirán si es preciso. El muchacho que, cuando llegue el momento, sabrá cómo oprimir con impunidad. Estoy seguro de que es a él a quien necesito. Aprenderá. Y tiene un cuerpo tan adorable… Realmente, es un muchacho adorable.

27

A la edad de quince años, había aprendido ya el silencio.

De *Historia de Muad'Dib para niños* , por la PRINCESA IRULAN

Mientras luchaba con los controles del tóptero, Paul se dio cuenta de que estaban escapando de las entrecruzadas fuerzas de la tormenta. Su percepción superior a la de un Mentat le permitía calcular instantáneamente sobre las bases de los indicios más pequeños: las murallas de polvo, las depresiones, las corrientes de turbulencia, un ocasional vórtice.

El interior de la cabina era una caja sacudida furiosamente bajo la verdosa claridad de los diales. Afuera, el polvo era una pantalla continua, densa, de color ocre, pero sus sentidos internos empezaron a ver a través de aquella cortina.

Debo encontrar el vórtice adecuado , pensó.

Desde hacía rato había sentido que la violencia de la tormenta disminuía, aunque siguiera sacudiéndolos ferozmente. Esperó otra turbulencia.

El torbellino apareció, agitando frenéticamente el aparato como una gigantesca ola. Paul desafió el miedo e inclinó el tóptero hacia la izquierda.

Jessica vio la maniobra en la esfera de altitud.

—¡Paul! —exclamó.

El vórtice se apoderó de ellos, girando, empujándolos. El tóptero fue como una nave en un géiser, saltando arriba y abajo… una mota alada en una inmensa nube de polvo ululante iluminada por la luz de la segunda luna.

Paul miró hacia abajo, y vio la columna ascendente de viento cálido saturado de polvo que los había engullido y después regurgitado, vio la moribunda tormenta que proseguía su curso, como un río seco en el desierto… un rastro gris bajo el reflejo lunar que se iba haciendo cada vez más pequeño mientras ellos subían hacia lo alto.

—Hemos salido —jadeó Jessica.

Paul hizo girar su aparato fuera del polvo, acelerando bruscamente mientras escrutaba el cielo nocturno.

—Los hemos burlado —dijo.

Jessica sintió los acelerados latidos de su corazón. Se obligó a calmarse, mirando la tormenta que se perdía a lo lejos. Su sentido del tiempo le decía que habían cabalgado en aquella ciega furia de fuerzas elementales durante casi cuatro horas, pero parte de su mente calculaba que había sido toda una vida. Le pareció que volvían a nacer.

Ha sido como la letanía , pensó. *La afrontamos sin ofrecer resistencia, y la tormenta ha pasado a través de nosotros, en torno a nosotros. Ha desaparecido, y nosotros hemos quedado.*

—No me gusta el ruido de nuestras alas —dijo Paul—. Deben estar dañadas.

Notó las sacudidas a través de sus manos en los controles. Habían salido de la tormenta, pero aún no habían alcanzado la meta de su visión presciente. De todos modos se habían salvado, y Paul sintió que temblaba, en el umbral de una revelación.

Se estremeció.

La sensación era hipnótica y terrible, y se preguntó el por qué de aquella temblorosa consciencia. Parte de ella, pensó, era debida a la saturación de especia de todos los alimentos de Arrakis. Pero se convenció de que otra parte era debida a la letanía, como si las palabras tuvieran casi un poder propio.

«No conoceré el miedo…».

Causa y efecto: vivía a despecho de las fuerzas malignas, y se dio cuenta de que se acercaba a una nueva percepción que no hubiera podido tener lugar sin la magia de la letanía.

Palabras de la Biblia Católica Naranja resonaron en su memoria: *«¿Acaso no nos falta un sentido para ver y oír el otro mundo que está a nuestro alrededor?».*

—Hay rocas alrededor nuestro —dijo Jessica.

Paul se concentró en los controles del tóptero, agitando su cabeza para aclararla. Miró hacia donde señalaba su madre, viendo negras rocas que emergían de la arena delante y a su derecha. Sintió el viento en sus tobillos, una ráfaga de polvo en la cabina. Había un orificio en alguna parte, quizá causado por la tormenta.

—Será mejor posarnos en la arena —dijo Jessica—. Las alas pueden romperse en un frenazo brusco.

Paul indicó con la cabeza algunas rocas ante ellos, que surgían entre las dunas a la luz de la luna.

—Tomaremos tierra allí, entre esas rocas. Comprueba tu cinturón.

Ella obedeció, pensando: *Tenemos agua y destiltrajes. Si encontramos comida, podremos sobrevivir largo tiempo en este desierto. Los Fremen viven aquí. Lo que puedan hacer ellos podemos hacerlo nosotros.*

—Corre hacia las rocas en el mismo momento en que nos detengamos —dijo Paul—. Yo llevaré la mochila.

—Correr hacia… —se calló, asintiendo—. Gusanos.

—Nuestros amigos, los gusanos —corrigió él—. Se comerán este tóptero. No quedará el menor rastro de nuestro aterrizaje.

Qué directa es su lógica , pensó ella.

Se deslizaron lentamente, cada vez más lentamente…

Tuvieron la sensación de que algo se movía a su paso… las confusas sombras de las dunas, las rocas como islas en la arena. El tóptero tocó la cima de una duna con un ruido sedoso y saltó hacia adelante, tocando otra duna.

Está utilizando la arena como freno , pensó Jessica, y se permitió admirar su competencia.

—¡Sujétate bien! —advirtió Paul.

Accionó los mandos de las alas, suavemente al principio, luego más y más fuerte. Sintió cómo bloqueaban el aire, mientras el viento aullaba entre las cubiertas y las nervaduras.

Bruscamente, con un débil chasquido, el ala derecha, debilitada por la tormenta, giró hacia lo alto y cayó hacia atrás, chocando contra el costado del tóptero. El aparato escaló una duna hasta su cima, girando a la izquierda. Cayó por la cara opuesta, picando de nariz contra la siguiente duna en una cascada de arena. Se inmovilizaron inclinados hacia el lado del ala rota, con el ala intacta apuntando hacia las estrellas.

Paul se soltó el cinturón de seguridad, pasó al lado de su madre, ascendiendo, y empujó con violencia la portezuela. La arena cayó dentro de la cabina, llenándola de un olor a yesca quemada. Tomó la mochila de la parte de atrás, controlando que su madre se hubiera

soltado el cinturón. Jessica salió, apoyándose en la estructura metálica, y Paul la siguió, arrastrando con él la mochila.

—¡Corre! —ordenó. Señaló una torre rocosa que se levantaba contra el arenoso viento en medio de una duna.

Jessica saltó del tóptero y corrió, tropezando y resbalando en la ladera de la duna. Oyó a Paul que la seguía jadeando. Alcanzaron la cresta arenosa que se curvaba en dirección a las rocas.

—Sigue la cresta —indicó Paul—. Iremos más aprisa.

Siguieron corriendo hacia las rocas. La arena parecía pegarse a sus pies y sorber hacia abajo.

Un nuevo sonido llegó entonces hasta ellos: un silbido mudo, un cuchicheo, un roce abrasivo.

—Un gusano —dijo Paul.

El sonido se hizo más intenso.

—¡Aprisa! —jadeó Paul.

El primer promontorio rocoso, como una playa surgiendo de la arena, no estaba a más de diez metros de ellos cuando oyeron a sus espaldas un horrible crujido de metal despedazado.

Paul pasó la mochila a su brazo derecho, sujetándola por las asas. Golpeó su costado mientras corría. Tomó el brazo de su madre con la otra mano. Escalaron el suelo rocoso, a lo largo de una superficie cubierta de guijarros, en un canal excavado por el viento. Su respiración se hizo seca y resollante en sus gargantas.

—No puedo correr más —jadeó Jessica.

Paul se detuvo, la empujó hacia una hendidura rocosa, se volvió y miró hacia el desierto. Una duna avanzaba paralelamente a su isla de roca… rizos de luz lunar, olas de arena, encrespaduras cuyas crestas, a la altura de los ojos de Paul, se divisaban a un kilómetro de distancia. La unión entre las sucesivas dunas formaba una curva única… un breve arco de circunferencia que intersectaba el punto donde habían abandonado el ornitóptero.

No había el menor signo del aparato.

El cúmulo en movimiento se alejó hacia el desierto, luego dio media vuelta y regresó al lugar primitivo, buscando algo.

—Es más grande que una nave de la Cofradía —murmuró Paul—. Había oído que los gusanos eran enormes en el desierto profundo, pero nunca llegué a pensar que fueran… tan grandes.

—Yo tampoco —jadeó Jessica.

La cosa se alejó nuevamente de las rocas, describiendo una gran curva hacia el horizonte. Permanecieron escuchando hasta que el rumor de su paso se confundió con el leve roce de la arena a su alrededor.

Paul inspiró profundamente, miró hacia la escarpadura iluminada por la luz lunar, y recitó del Kitab al-Ibar:

—«Viaja de noche y permanece en las sombras oscuras durante el día». —Miró a su madre—. Nos quedan aún algunas horas de noche. ¿Puedes seguir?

—Dentro de un momento.

Paul escaló la roca, ajustó la mochila a su hombro. Permaneció un momento inmóvil, con el paracompás en sus manos.

—Cuando estés lista —dijo.

Ella se acercó, caminando sobre las rocas, y sintió que las fuerzas iban volviendo.

—¿En qué dirección?

—Hacia donde conduce esta cresta —señaló.

—Hacia las profundidades del desierto —dijo ella.

—El desierto de los Fremen —susurró Paul.

E hizo una pausa, recordando la precisa imagen que se le había aparecido en una de sus visiones prescientes en Caladan. Había visto aquel desierto. Pero en su *conjunto* la visión era distinta, como una imagen óptica desaparecida de su consciencia después de haber sido absorbida por la memoria, y que ahora no encajaba perfectamente con la escena real. La visión parecía haber sido cambiada y aproximada a ellos en un ángulo distinto, mientras él permanecía inmóvil.

Idaho estaba con nosotros en la visión , recordó. *Pero ahora Idaho está muerto.*

—¿Sabes adónde tenemos que ir? —preguntó Jessica, engañándose con su vacilación.

—No —dijo él—, pero pongámonos en marcha.

Aseguró la mochila más fuertemente a sus hombros, y se encaminó con decisión a través de una hendidura excavada por la arena en la roca. La hendidura se abría sobre una meseta de roca bañada por la luna que, hacia el sur, se alzaba en una serie de terrazas.

Paul ascendió el primer escalón rocoso, seguido por Jessica. Notó como a su paso las cosas le revelaban lo que había de inmediato y particularmente… las bolsas de arena entre las rocas que frenaban su marcha, las crestas afiladas por el viento que cortaban sus manos, los obstáculos diseminados ante su camino que obligaban a una elección: ¿escalarlos o rodearlos? El terreno les imponía sus propios ritmos. Hablaban sólo cuando era necesario, y entonces sus voces eran roncas por el esfuerzo.

—Atención aquí… la arena es resbaladiza.

—Cuidado con ese saliente rocoso, no te golpees la cabeza.

—Permanece debajo de la cresta; la luna está a nuestra espalda, y cualquiera de nuestros movimientos podría ser visto.

Paul se detuvo en una oquedad de la roca, apoyando la mochila en un estrecho saliente.

Jessica descansó a su lado, agradecida por aquel momento de respiro. Oyó a Paul aspirar del tubo de su destiltraje, y ella también sorbió algo de su agua regenerada. Era insípida, y recordó las aguas de Caladan… una alta fuente cuyo chorro cerraba toda una curva del cielo, tal riqueza de agua que sólo podía ser distinguida por sus peculiaridades… sólo por su forma, por sus reflejos, por el sonido cuando uno se detenía a su lado.

Detenerse , pensó. *Detenerse… detenerse realmente.*

Esta era la verdadera felicidad, la posibilidad de detenerse, aunque sólo fuera por un instante. No había ninguna felicidad si uno no podía detenerse.

Paul avanzó por el saliente rocoso, se volvió, y empezó a escalar una superficie inclinada. Jessica lo siguió con un suspiro.

Surgieron a una amplia plataforma que costeaba, rodeándola, una pared rocosa cortada a pico. Siguieron avanzando al ritmo que les imponía aquel accidentado terreno.

Jessica percibía en la noche, bajo sus pies, bajo sus manos, las distintas dimensiones de las sustancias, hasta los más ínfimos grados de

pequeñez: rocas o guijarros o cantos agudos o arena aglomerada o incluso arena o polvo o harina de arena.

El polvo obstruía los filtros nasales y era necesario soplar para limpiarlos. La arena aglomerada y los guijarros rodaban bajo sus pies y podían provocar una caída. Los cantos agudos cortaban.

Y las omnipresentes bolsas de arena se pegaban a los pies y succionaban.

Paul se detuvo bruscamente sobre una plataforma rocosa, sujetando a su madre para que no avanzara más.

Señaló algo a su izquierda, y ella miró a lo largo de su brazo y vio que se encontraban al borde de un acantilado que dominaba una porción de desierto parecido a un mar estático unos doscientos metros más abajo. Yacía debajo de ellos, con plateadas olas inmóviles a la luz de la luna… angulosas formas que se difuminaban en curvas y que, en la distancia, se fundían en el grisor confuso y opaco de otra escarpadura.

—El desierto abierto —dijo ella.

—Necesitaremos mucho tiempo para atravesarlo —dijo Paul, y su voz sonó sofocada por el filtro que cubría su rostro.

Jessica miró a derecha e izquierda… nada más que arena.

Paul observó fijamente las dunas, siguiendo el movimiento de las sombras al ritmo del paso de la luna.

—Unos tres o cuatro kilómetros hasta el otro lado —dijo.

—Los gusanos —dijo ella.

—Seguro que habrá.

Jessica se concentró en su cansancio, en sus doloridos músculos que disminuían sus sentidos.

—¿No sería mejor que nos quedáramos aquí y comiéramos algo?

Paul se quitó la mochila, se sentó y se apoyó en ella. Jessica se apoyó en su hombro con una mano para sostenerse y se dejó caer en la roca que había a su lado. Oyó a Paul volverse y buscar algo en la mochila.

—Aquí —dijo él.

Ella sintió que sus resecas manos depositaban dos cápsulas energéticas en su palma.

Las tragó, bebiendo un sorbo de agua que aspiró del tubo de su destiltraje.

—Bebe toda tu agua —dijo Paul—. Axioma: el mejor lugar para conservar tu agua es en tu cuerpo. Mantiene tu energía. Te hace fuerte. Ten confianza en tu destiltraje.

Ella obedeció, vaciando sus bolsillos de recuperación y sintiendo que la energía volvía a su cuerpo. Saboreó aquel momento de calma y descanso, y recordó las palabras que Gurney Halleck, el trovador guerrero, había dicho en una ocasión: «Es mejor una austera comida y un poco de calma que toda una casa llena de luchas y de suspicacias».

Jessica repitió las palabras a Paul.

—Es propio de Gurney —dijo él.

Ella captó el tono de su voz, como si estuviera hablando de alguien ya muerto, y pensó: *Es probable que el pobre Gurney esté ya muerto.* Todas las fuerzas de los Atreides estaban muertas o cautivas o perdidas como ellos en aquel mundo reseco.

—Gurney tenía siempre la frase apropiada —dijo Paul—. Es como si lo oyera ahora mismo: «Y secaré los ríos, y venderé la tierra a los perversos: y transformaré el lugar, y todo lo que hay en él, en una extensión árida, y todo ello por manos extranjeras».

Jessica cerró los ojos, conmovida hasta las lágrimas por la tristeza que emanaba de la voz de su hijo.

—¿Cómo te… encuentras? —preguntó Paul poco después.

Ella comprendió que la pregunta se refería a su embarazo.

—Tu hermana no nacerá hasta dentro de varios meses. Me siento… físicamente en forma.

Y pensó: *¡De qué modo tan rígidamente formal le hablo a mi hijo!* Y, puesto que había una Manera Bene Gesserit de descubrir las motivaciones de un extraño comportamiento, buscó en su interior el origen de su frialdad: *Tengo miedo de mi hijo: tengo miedo de lo extraño que hay en él; me atemoriza lo que puede ver ante nosotros, en nuestro camino, lo que puede decirme.*

Paul bajó su capucha sobre sus ojos, escuchando los sutiles ruidos de la noche. Sus pulmones estaban llenos de su propio silencio. La nariz le picaba. Se la rascó, se quitó el filtro, y percibió el intenso olor a canela en el aire.

—Hay melange cerca de aquí —dijo.

Un viento ligero acarició sus mejillas e hizo agitarse los pliegues de su albornoz. Pero aquel viento no anunciaba ninguna tormenta; podía sentir la diferencia.

—Se acerca el alba —dijo.

Jessica asintió.

—Hay un modo de atravesar sin peligro esa arena abierta —dijo Paul—. Los Fremen lo usan.

—¿Y los gusanos?

—Si plantamos un martilleador de nuestra Fremochila en aquellas rocas de allí —dijo Paul—, tendremos ocupado a un gusano durante un tiempo.

Ella miró al desierto bajo la luz de la luna, entre ellos y la otra escarpadura.

—¿Tanto tiempo como cuatro kilómetros?

—Quizá. Y si consiguiéramos cruzar la extensión produciendo tan sólo ruidos *naturales* , el tipo de ruidos que no atraen a los gusanos…

Paul estudió el desierto abierto, buscando en su memoria presciente, encontrando las misteriosas alusiones a los martilleadores y a los garfios de doma que había leído en el manual de la Fremochila. Le parecía extraño sentir tan sólo aquel absoluto terror hacia los gusanos. Era como si, justo en el centro de su percepción, residiera la convicción de que los gusanos debían ser respetados y no temidos… sí… sí…

Agitó la cabeza.

—Tienen que ser ruidos carentes de todo ritmo —dijo Jessica.

—¿Qué? ¡Oh! Sí. Si caminamos irregularmente… la propia arena suele caer de cuando en cuando. Los gusanos no pueden investigar cada pequeño sonido que les llega. Pero debemos estar completamente descansados para esto.

Miró en dirección a la otra pared rocosa, observando el paso del tiempo a través de las sombras verticales creadas por la luz lunar.

—El alba estará aquí dentro de una hora.

—¿Dónde pasaremos el día? —preguntó Jessica. Paul giró a la izquierda y señaló.

—El acantilado se curva allí hacia el norte. Puedes ver que en aquel lugar el viento ha corroído la superficie. Encontraremos grietas.

—¿No sería mejor partir inmediatamente? —preguntó ella. Él se levantó, ayudándola a ponerse en pie.

—¿Has descansado bastante para el descenso? Quiero llegar lo más cerca posible del desierto antes de acampar.

—Bastante —asintió ella, invitándole a abrir la marcha.

Él vaciló, luego cargó la mochila, la sujetó a sus hombros y echó a andar a lo largo de la roca.

Si al menos tuviéramos suspensores , pensó Jessica. *Sería muy sencillo saltar hasta allí. Pero quizá los suspensores son otra de las cosas que no pueden ser usadas en pleno desierto. Tal vez atraigan a los gusanos igual que un escudo.*

Llegaron a una serie de terrazas que descendían, y más abajo vieron una fisura, delineada por el claro de luna, que se hundía en la pared.

Paul inició el descenso, moviéndose cautelosamente pero rápido, porque era obvio que la luz lunar no iba a durar mucho. Se sumergieron en un mundo de sombras más y más profundas. Formas rocosas apenas visibles ocultaron las estrellas a su alrededor. La hendidura se estrechó hasta tener sólo diez metros de ancho, al borde de una pendiente de arena gris que se hundía hacia abajo en las tinieblas.

—¿Podemos descender? —murmuró Jessica.

—Creo que sí.

Probó la superficie con un pie.

—Podemos deslizarnos —dijo—. Yo iré primero. Espera hasta que me oigas detenerme.

—Sé prudente —dijo ella.

Paul avanzó por la pendiente, deslizándose y resbalando hacia abajo por la blanda superficie hasta encontrar un tramo casi llano de arena endurecida. El lugar quedaba encajado entre murallas rocosas.

Entonces oyó el ruido de la arena deslizándose tras él. Se volvió, intentó mirar hacia arriba de la pendiente en la oscuridad, y fue embestido por una avalancha de arena. Luego, de nuevo el silencio.

—¿Madre? —llamó.

No obtuvo respuesta.

—¿Madre?

Dejó la mochila y trepó por la pendiente, arañando, escarbando, apartando la arena con sus manos como un animal enloquecido.

—¡Madre! —gritó—. Madre, ¿dónde estás?

Otra cascada de arena lo embistió, cubriéndolo hasta la cintura. Se extrajo violentamente.

Ha quedado atrapada por la avalancha , pensó. *Sepultada por ella. Debo calmarme y proceder con precaución. No se asfixiará inmediatamente. Entrará en suspensión bindu para reducir el consumo de oxígeno. Sabe que estoy excavando en su busca.*

A la Manera Bene Gesserit que ella le había enseñado, Paul aplacó el furioso latir de su corazón y redujo su mente a un espacio vacío donde podían aparecer de nuevo los últimos momentos del pasado reciente. Cada movimiento parcial, cada contorsión de la avalancha, surgieron de nuevo en su memoria, moviéndose con enorme lentitud, aunque el tiempo real de la evocación fue apenas de una décima de segundo.

Entonces, Paul se movió en diagonal a lo largo de la pendiente, sondeando cautelosamente hasta encontrar una de las paredes de la fisura y un saliente de ésta. Entonces empezó a excavar, moviendo lentamente la arena a fin de no provocar una nueva avalancha. Sus dedos tropezaron con un trozo de tela. Lo siguió, encontró un brazo. Suavemente, tiró de él, descubrió el rostro.

—¿Puedes oírme? —susurró.

Ninguna respuesta.

Excavó más aprisa, liberando los hombros. El cuerpo estaba fláccido bajo sus manos, pero detectó el débil latir del corazón.

Suspensión bindu , se dijo.

La liberó de arena hasta el talle, pasó los brazos bajo sus hombros y tiró de ella hacia la parte baja de la pendiente, lentamente al principio, luego más rápido, sintiendo que la arena se abría y soltaba su presa. Tiró más y más aprisa, jadeando por el esfuerzo, luchando por mantener su equilibrio. Tiró hasta encontrar bajo sus pies el suelo firme de la fisura y entonces, cargando el cuerpo sobre su hombro, echó a correr desesperadamente al tiempo que toda la ladera arenosa se precipitaba a sus espaldas retumbando entre las paredes rocosas.

Se detuvo al final de la fisura, mirando hacia la ininterrumpida extensión de dunas del desierto, unos treinta metros más abajo. Depositó suavemente el cuerpo sobre la arena, murmurando la palabra que la haría salir de la catalepsia.

Ella volvió lentamente en sí, su respiración se hizo más profunda.

—Sabía que me encontrarías —susurró. Él se volvió hacia la fisura.

—Quizá hubiera sido mejor que no te hubiera encontrado.

—¡Paul!

—He perdido la mochila —dijo él—. Está sepultada bajo cien toneladas de arena… como mínimo.

—¿Todo?

—El agua de reserva, la destiltienda… todo lo que importaba —tocó uno de sus bolsillos—. Tengo aún el paracompás —palpó la bolsa colgada a su cintura—. También el cuchillo y los binoculares. Al menos, podremos echar una buena mirada al lugar donde vamos a morir.

En aquel instante el sol apareció sobre el horizonte, en algún lugar a su izquierda, más allá de la fisura. Los colores refulgieron en la arena por encima del desierto abierto. Un coro de pájaros entonó sus cantos en los múltiples nidos entre las rocas.

Pero Jessica sólo tenía ojos para la desesperación que se reflejaba en el rostro de Paul. Había un tono despectivo en su voz cuando dijo:

—¿Esto es lo que te ha sido enseñado?

—¿Pero no comprendes? —preguntó él—. Todo lo que necesitábamos para sobrevivir en este lugar está debajo de esta arena.

—Me has encontrado a mí —dijo ella, y su voz era ahora dulce y razonable.

Paul se acuclilló, apoyándose sobre sus talones.

Tras un momento, miró hacia arriba de la fisura, estudiando la nueva pendiente que se había formado, notando la blandura de la arena.

—Si tan sólo pudiéramos inmovilizar una pequeña zona de esta pendiente y perforar un pozo en la arena, quizá pudiéramos llegar hasta la mochila. Pero necesitamos agua para esto, y no tenemos suficiente para… —se interrumpió de golpe—. Espuma —dijo.

Jessica permaneció inmóvil, temiendo interrumpir el hiperfuncionamiento de su mente.

Paul miró hacia las dunas, buscando con su olfato y también con sus ojos, encontrando la dirección y concentrando su atención en una zona de arena más oscura bajo ellos.

—Especia —dijo—. Su esencia es altamente alcalina. Y tengo aún el paracompás. Su pila de energía contiene ácido.

Jessica se apoyó contra la roca.

Paul la ignoró, saltó sobre sus pies y avanzó a través de la superficie endurecida por el viento que penetraba por el fondo de la hendidura en dirección al desierto.

Jessica observó su modo de avanzar, extraño e irregular: un paso… pausa; dos pasos… deslizamiento… pausa…

No había el menor ritmo que pudiera revelar a cualquier gusano al acecho que algo extraño al desierto se movía sobre él.

Paul alcanzó el yacimiento de especia, recogió un montón de ella y la guardó en un pliegue de su ropa, regresando hacia la fisura. Depositó la especia sobre la arena, ante Jessica, se acuclilló y comenzó a desmontar el paracompás, utilizando la punta de su cuchillo. La cara superior del paracompás se abrió. Se quitó la faja, colocó las piezas del compás en ella, sacó la pila de energía. Después sacó el dial del mecanismo, dejando un compartimiento vacío en el instrumento.

—Necesitarás agua —dijo Jessica.

Paul tomó el extremo del tubo de su cuello, aspiró una bocanada y la escupió en el compartimiento vaciado.

Si no lo consigue será agua malgastada , pensó Jessica. *Pero de todos modos no tendrá importancia.*

Con ayuda de su cuchillo, Paul abrió la pila de energía, esparciendo sus cristales en el agua. Espumearon ligeramente, y luego se aquietaron.

Los ojos de Jessica captaron un movimiento sobre ellos. Miró hacia arriba y vio una hilera de halcones perchados en lo alto de la fisura. Miraban fijamente al agua.

¡Gran Madre! , pensó. *¡Pueden sentir el agua hasta a esa distancia!*

Paul había vuelto a colocar la tapa del paracompás, quitando el botón de reglaje para dejar una pequeña salida al líquido. Aferrando con una mano el instrumento así transformado, y con la otra un puñado de

especia, Paul ascendió hasta la fisura, estudiando la pendiente. Su ropa, sin el cinturón, flotaba a su alrededor. Avanzó hundiendo sus pies en la pendiente, provocando pequeños riachuelos de arena.

En un determinado momento se detuvo, metió una pizca de especia en el paracompás y sacudió la caja del instrumento.

Una espuma verde rebulló surgiendo por el orificio del botón de reglaje. Paul la hizo caer sobre la pendiente, trazando un pequeño dique que consolidó inmediatamente, añadiéndole arena y derramando después más espuma.

Jessica avanzó desde su posición en la parte baja de la pendiente y preguntó:

—¿Puedo ayudarte?

—Ven aquí y excava —dijo él—. Faltan aún tres metros. No sé si conseguiremos llegar. —Mientras hablaba, la espuma dejó de surgir del instrumento—. Apresúrate —dijo—. No sé por cuánto tiempo aguantará la arena.

Jessica se reunió con él mientras Paul echaba una nueva cantidad de especia en el aparato, agitando el paracompás. La espuma volvió a surgir.

Mientras Paul seguía consolidando la barrera, Jessica excavó con las manos, echando la arena por la pendiente.

—¿Cuánto falta? —jadeó.

—Alrededor de tres metros —dijo él—. Y sólo puedo calcular aproximadamente la posición. Quizá tendremos que ensanchar el pozo. —Dio un paso hacia un lado, resbalando en la blanda arena—. Excava oblicuamente de través, no hacia abajo.

Jessica obedeció.

Lentamente, el pozo se hizo más profundo, alcanzando el nivel de la depresión externa sin que apareciera ningún signo de la mochila.

¿Habré equivocado mis cálculos? , se preguntó Paul. *Me he dejado llevar por el pánico y esto ha ocasionado el error. ¿Acaso esto ha disminuido mi habilidad?*

Examinó el paracompás. Quedaban sólo unos cincuenta gramos de la infusión ácida.

Jessica se irguió en el pozo, pasando por su mejilla una mano manchada de espuma. Sus ojos encontraron los de Paul.

—A la altura de tu cabeza —dijo Paul—. Lentamente ahora.

Añadió otra pizca de especia al recipiente, echando la bullente espuma alrededor de las manos de Jessica a medida que esta iba cortando una hendidura vertical a lo largo de la pared del pozo. A la segunda tentativa, sus manos tropezaron con algo duro. Lentamente, liberó un trozo de correa y una anilla de plástico.

—No lo muevas más —dijo Paul, y su voz era ahora un susurro—. No tenemos más espuma.

Jessica sujetó la correa con una mano y miró hacia arriba.

Paul tiró el paracompás vacío al fondo de la depresión.

—Dame tu otra mano —dijo—. Ahora escúchame atentamente. Voy a tirar de ti fuertemente hacia abajo, a lo largo de la pendiente. No sueltes la correa, no va a caer mucha arena de arriba. La pendiente ha quedado estabilizada. Intentaré mantener tu cabeza fuera de la arena. Cuando el pozo se haya llenado, podré sacarte junto con la mochila.

—Comprendo —dijo ella.

—¿Preparada?

—Preparada —tensó sus dedos en torno a la correa.

Con un fuerte tirón, Paul la sacó a medias del pozo, manteniendo su cabeza levantada mientras la barrera de espuma caía hacia el fondo del pozo. Cuando se estabilizó, Jessica estaba fuera hasta el busto, aunque con un brazo y un hombro metidos en la arena, pero con su barbilla protegida por un pliegue de la ropa de Paul. El hombro le dolía por la tensión.

—Sigue sujetando la correa —dijo él.

Lentamente, Paul hundió su mano en la arena junto a la de ella, encontrando la correa.

—Los dos a la vez —dijo—. Tensión constante. No debemos romperla.

Más arena se precipitó mientras tiraban de la mochila. Cuando la correa apareció, Paul se detuvo y liberó completamente a su madre de la arena. Después, juntos, terminaron de extraer la mochila de su prisión arenosa.

Unos minutos más tarde estaban ambos de pie en el suelo de la fisura, con la mochila entre ellos.

Paul miró a su madre. La espuma manchaba su rostro y su ropa. La arena se había encostrado en los lugares donde la espuma se había secado. Parecía que la hubieran tomado como blanco con pegotes de arena verde.

—Se te ve más bien sucia —dijo él.

—Tú tampoco estás muy limpio —dijo ella. Se echaron a reír, luego se calmaron.

—Todo esto no tenía que haber sucedido —dijo Paul—. No presté bastante atención.

Ella se encogió de hombros, y notó cómo la arena caía de sus ropas.

—Plantaré la tienda —dijo Paul—. Es mejor que te quites la ropa y la sacudas. —Se volvió, inclinándose sobre la mochila.

Jessica asintió con la cabeza, repentinamente demasiado cansada para hablar.

—Hay agujeros de anclaje en esta roca —dijo Paul—. Alguien ha plantado su tienda aquí antes.

¿Por qué no? , pensó ella, mientras sacudía sus ropas. Era un lugar muy adecuado: protegido por las paredes rocosas y haciendo frente a otro farallón a cuatro kilómetros de distancia… lo bastante alto sobre el desierto como para evitar los gusanos, y lo bastante cerca como para llegar rápidamente a él e iniciar la travesía.

Se volvió viendo que Paul había levantado ya la tienda, cuyas nervaduras de la cúpula se confundían con las paredes rocosas de la fisura. Paul se adelantó, portando los binoculares. Ajustó su presión interna con un gesto rápido, enfocó las lentes de aceite hacia el otro farallón, que se levantaba frente a ellos a través de la arena como una barrera dorada a la luz matutina.

Jessica observó cómo estudiaba aquel apocalíptico paisaje, explorando los cañones y ríos de arena.

—Hay cosas que crecen allí abajo —dijo.

Jessica fue a tomar los otros binoculares de la mochila junto a la tienda y se situó de pie junto a Paul.

—Allí —dijo Paul, sujetando los binoculares con una mano y señalando con la otra.

Jessica miró hacia la dirección apuntada.

—Saguaro —dijo—. Hierbas secas.

—Puede que haya alguien en las inmediaciones —dijo Paul.

—Tal vez los restos de una estación experimental botánica —observó ella.

—Estamos muy lejos hacia el sur, en pleno desierto —dijo él. Bajó los binoculares, rascándose bajo su filtro, notando sus labios secos y cortados y sintiendo en su boca el gusto del polvo y de la sed—. Parece un lugar Fremen —dijo.

—¿Estamos seguros de que los Fremen se mostrarán amistosos? —preguntó ella.

—Kynes nos prometió su ayuda.

Pero hay desesperación en la gente de este desierto , pensó ella. *Yo la he notado en mí misma hoy. Una gente desesperada podría matarnos por nuestra agua.*

Cerró los ojos y, sobre aquel vasto desierto, conjuró en su mente una escena de Caladan. Era un viaje de vacaciones en Caladan: ella y el Duque Leto, antes de que naciera Paul. Habían volado sobre las junglas del sur, sobre la tupida hierba salvaje de las sabanas y los arrozales de los deltas. Y en todo aquel verde habían visto largas hileras de hormigas: hombres transportando sus cargas mediante suspensores anclados a las pértigas colocadas sobre sus hombros. Y en el mar, los blancos pétalos de los trimaranes dhows.

Todo aquello había terminado.

Jessica abrió sus ojos al silencio del desierto, al ominoso calor diurno. Los inquietos demonios del calor hacían temblar el aire por encima de las arenas abiertas del desierto. La otra roca frente a ellos parecía envuelta en niebla.

Por un instante, una lluvia de arena formó una impalpable cortina al extremo de la fisura. La arena chirriaba por todas partes, esparcida por la brisa matutina, por los halcones que empezaron a alzar el vuelo en la cima del farallón. Cuando se hubo depositado, le pareció seguir oyendo su silbido. Era cada vez más intenso, un sonido que, una vez oído, ya no se podía olvidar.

—Un gusano —murmuró.

Apareció a su derecha, con una serena majestad que no podía ser ignorada. Un túmulo de arena en movimiento que cortaba la línea de dunas, atravesando su campo de visión. En un momento determinado, frente a ellos, el túmulo se empinó, cortando la arena como la proa de

una nave corta el agua. Luego cambió de dirección, desapareciendo a su izquierda.

El sonido disminuyó, murió.

—He visto fragatas espaciales más pequeñas —murmuró Paul.

Jessica asintió, continuando con la mirada fija en el desierto. Allí donde había pasado el gusano quedaba un rastro turbador, un surco sin fin curvándose ante ellos bajo el horizonte, como doblado entre el cielo y la arena.

—Cuando hayamos descansado —dijo Jessica— continuaremos con tus lecciones.

Paul dominó una brusca irritación.

—Madre —dijo—, ¿no crees que podríamos pasarnos sin…?

—Hoy te has dejado arrastrar por el pánico —dijo ella—. Quizá conozcas mejor que yo tu mente y tu sistema nervioso bindu, pero aún tienes mucho que aprender de la musculatura prana. A veces el cuerpo actúa por sí mismo, Paul, y puedo enseñarte algo al respecto. Debes aprender a controlar cada músculo, cada fibra de tu cuerpo. Tus manos, por ejemplo. Comenzaremos con los músculos de los dedos, los tendones de la palma y la sensibilidad de las yemas. —Se volvió—. Entremos en la tienda ahora.

Paul flexionó los dedos de su mano izquierda, mirando a su madre que se introducía a través de la válvula a esfínter, sabiendo que nada podría apartarla de su determinación… que tendría que doblegarse a ella.

Cualquier cosa que me hayan hecho, yo me he prestado siempre a ello , pensó.

¡Examinar su mano!

La miró de nuevo. Parecía tan inadecuada cuando se la comparaba con criaturas tales como aquel gusano…

28

Vinimos de Caladan… un mundo paradisíaco para nuestra forma de vida. No existía en Caladan la necesidad de construir un paraíso físico o un paraíso mental… podíamos verlos en la realidad que nos rodeaba. Y el precio que pagamos era el precio que los hombres han pagado siempre por obtener un paraíso en sus vidas: nos ablandamos, perdimos nuestro temple.

De *Conversaciones con Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

—Así que tú eres el gran Gurney Halleck —dijo el hombre.

Halleck estaba de pie en la redonda caverna despacho, con el contrabandista sentado frente a él tras un escritorio metálico. El hombre llevaba ropas Fremen, y el tono azul demasiado claro de sus ojos indicaba que, al menos en parte, su dieta era de alimentos importados. El despacho era una reproducción del centro de control de una fragata espacial: transmisores y pantallas visoras a lo largo de treinta grados de la curvada pared, controles remotos de instrumentos y armas al otro lado, e incluso el escritorio parecía una proyección de la pared… como formando parte de la misma curva.

—Soy Staban Tuek, hijo de Esmar Tuek —dijo el contrabandista.

—Entonces, es a ti a quien debo darle las gracias por la ayuda recibida —dijo Halleck.

—Ahhh, gratitud —dijo el contrabandista—. Siéntate.

Un sillón de tipo astronáutico en forma de copa emergió de la pared junto a las pantallas, y Halleck se dejó caer en él con un suspiro, consciente de su agotamiento. Podía ver su propio reflejo en la oscura superficie junto al contrabandista, y frunció el ceño al observar las señales de la fatiga en su arrugado rostro. La cicatriz de estigma a lo largo de su mandíbula se contorsionó.

Halleck apartó los ojos de su reflejo y miró a Tuek. Ahora descubrió el parecido familiar en su rostro… las gruesas cejas de su padre, el mismo perfil duro y cortante de las mejillas y nariz.

—Tus hombres me han dicho que tu padre había muerto, asesinado por los Harkonnen —dijo Halleck.

—Por los Harkonnen o por el traidor que había entre tu gente —dijo Tuek.

La cólera saltó por encima de la fatiga de Halleck. Se irguió.

—¿Puedes decirme el nombre del traidor?

—No estamos seguros.

—Thufir Hawat sospechaba de Dama Jessica.

—Ahhh, la bruja Bene Gesserit… quizá. Pero Hawat se encuentra ahora prisionero de los Harkonnen.

—Lo sé —Halleck hizo una profunda inspiración—. Me parece que se preparan otras matanzas.

—No haremos nada que llame la atención sobre nosotros —dijo Tuek.

Halleck se envaró.

—Pero…

—Tú y tus hombres sois bienvenidos a este refugio entre nosotros —dijo Tuek—. Hablas de gratitud. Muy bien; trabajad para pagar vuestra deuda. Siempre podremos encontrar un trabajo para un hombre de valor. Pero os destruiremos con nuestras propias manos si intentáis la menor acción abierta contra los Harkonnen.

—¡Pero ellos han matado a tu padre!

—Quizá. Y si es así, te daré la misma respuesta que daba mi padre a aquellos que actuaban sin pensar: «Pesada es la piedra y densa la arena; pero no son nada al lado de la furia de un idiota».

—¿Quieres decir que no vais a hacer nada al respecto, entonces? —se sorprendió Halleck.

—En ningún momento me has oído decir esto. Simplemente he dicho que quiero proteger nuestro contrato con la Cofradía. La Cofradía exige un juego circunspecto. Hay otros caminos para destruir al enemigo.

—Ahhh…

—Sí, realmente. Si tienes la idea de buscar a la bruja, hazlo. Pero debo advertirte que probablemente ya es demasiado tarde… y dudamos que sea la persona a la que estás buscando.

—Hawat se ha equivocado pocas veces.

—Pero ha caído en manos de los Harkonnen.

—¿Crees que el traidor es *él* ? —Tuek se alzó de hombros.

—Eso no tiene importancia. Creemos que la bruja está muerta. Esto al menos es lo que creen los Harkonnen.

—Parece que sabes mucho acerca de los Harkonnen.

—Suposiciones e insinuaciones… rumores y deducciones.

—Nosotros somos setenta y cuatro —dijo Halleck—. Si nos propones seriamente que nos enrolemos contigo, es que estás convencido de que nuestro Duque está muerto.

—Su cadáver ha sido visto.

—¿Y también el muchacho… el joven Amo Paul? —Halleck intentó tragar saliva, pero tenía como un nudo en su garganta.

—Según nuestros últimos informes, él y su madre se perdieron en una tormenta, en pleno desierto. Es muy probable que ninguno de los dos sean hallados nunca.

—Así que la bruja está muerta… todos muertos.

Tuek asintió.

—Y la Bestia Rabban, por lo que sé, se sentará en el poder.

—¿El Conde Rabban de Lankiveil?

—Sí.

Halleck necesitó un tiempo para conseguir dominar la oleada de ira que amenazaba sumergirlo. Cuando habló, lo hizo con voz jadeante.

—Tengo una cuenta personal que arreglar con Rabban. La vida de los míos… —se frotó la cicatriz de su mandíbula—… y también esto…

—Uno no debe arriesgarlo todo por liquidar prematuramente una cuenta —dijo Tuek. Frunció el ceño al observar el temblor de los músculos en la mejilla de Halleck, la mirada repentinamente ausente de los ojos del hombre.

—Lo sé… lo sé… —Halleck resopló profundamente.

—Tú y tus hombres podéis trabajar para mí a fin de pagaros el viaje de salida de Arrakis. Hay muchos puestos donde…

—Dejo a mis hombres que elijan por sí mismos lo que deseen. Pero con Rabban aquí… yo me quedo.

—Por tus palabras, no estoy muy seguro de que nosotros queramos que te quedes.

Halleck miró fijamente al contrabandista.

—¿Dudas de mi palabra?

—Nooo…

—Vosotros me habéis salvado de los Harkonnen. Yo he jurado fidelidad al Duque Leto por la misma razón. Me quedaré en Arrakis… con vosotros… o con los Fremen.

—Sea o no expresado, un pensamiento es siempre algo real y potente —dijo Tuek—. Quizá entre los Fremen descubrieras que la línea que separa la vida de la muerte es demasiado frágil e incierta.

Halleck cerró brevemente sus ojos, sintiendo de nuevo el cansancio.

—¿Dónde está el Señor que nos ha conducido por esta tierra de desiertos y de abismos? —murmuró.

—Actúa lentamente, y el día de tu venganza llegará —dijo Tuek—. La rapidez es el instrumento de Shaitán. Aplaca tu dolor… tenemos diversiones para esto; hay tres cosas que alegran el corazón: el agua, la hierba verde y la belleza de una mujer.

Halleck abrió los ojos.

—Preferiría la sangre de Rabban Harkonnen corriendo a mis pies. —Miró a Tuek—. ¿Crees que llegará ese día?

—No puedo ayudarte a afrontar el mañana, Gurney Halleck. Tan sólo puedo ayudarte a afrontar el hoy.

—Entonces acepto la ayuda, y me quedaré hasta el día en que tú me digas que vengue a tu padre y a todos los demás que…

—Escúchame, *guerrero* —dijo Tuek. Se inclinó hacia adelante sobre su escritorio, la cabeza hundida entre sus hombros, la mirada intensa. El rostro del contrabandista pareció súbitamente una máscara de piedra—. El agua de mi padre… la compraré de nuevo yo mismo, con mi propia hoja.

Halleck miró fijamente a Tuek. En aquel momento, el contrabandista le recordó al Duque Leto; un conductor de hombres, valeroso, seguro de su posición y de sus actos. Era como el Duque… antes de Arrakis.

—¿Aceptas mi espada a tu lado? —preguntó Halleck.

Tuek se echó hacia atrás, relajándose, estudiando silenciosamente a Halleck.

—¿Piensas en mí como en un *guerrero* ? —insistió Halleck.

—Eres el único de los lugartenientes del Duque que ha conseguido escapar —dijo Tuek—. Vuestros enemigos os aplastaban en número, y sin embargo vosotros os batisteis con ellos… los derrotasteis como nosotros hemos derrotado Arrakis.

—¿Eh?

—Nosotros vivimos aquí por tolerancia, Gurney Halleck —dijo Tuek—. Arrakis es nuestro enemigo.

—Cada enemigo a su tiempo, ¿no es así?

—Así es.

—¿Es así como actúan los Fremen?

—Quizá.

—Me has dicho que encontraría la vida con los Fremen demasiado dura. Ellos viven en el desierto, al abierto. ¿Es por eso?

—¿Quién sabe dónde viven los Fremen? Para nosotros, la Meseta Central es tierra prohibida. Pero me gustaría hablar un poco más de…

—Me han dicho que la Cofradía aventura raramente sus cargos de especia por encima del desierto —dijo Halleck—. Pero hay rumores de que pueden verse zonas verdes aquí y allá, si uno sabe cómo mirar.

—¡Rumores! —se burló Tuek—. Ahora, ¿quieres elegir entre yo y los Fremen? Nosotros tenemos medidas de seguridad, nuestros sietch están excavados en la roca, nuestras depresiones ocultas. Nuestra vida es la de hombres civilizados. Los Fremen son unas cuantas pandillas de andrajosos a las que *nosotros* utilizamos como cazadores de especia.

—Pero pueden matar Harkonnen.

—¿Y quieres saber los resultados? En este mismo momento están siendo perseguidos, cazados como animales… con láser, porque no tienen escudos. Van a ser exterminados. ¿Por qué? Porque han matado Harkonnen.

—¿Eran realmente Harkonnen los que mataron? —preguntó Halleck.

—¿Qué quieres decir?

—¿No has oído hablar de la presencia de Sardaukar con los Harkonnen?

—Más rumores.

—Pero un pogrom… no suena a Harkonnen. Un pogrom es un despilfarro.

—Yo creo lo que ven mis ojos —dijo Tuek—. Haz tu elección, guerrero. Yo o los Fremen. Yo te prometo un refugio y una oportunidad de derramar la sangre que ambos queremos. Puedes estar seguro de ello. Los Fremen sólo te ofrecerán la vida de un animal acosado.

Halleck vaciló, captando la sabiduría y la cordialidad de las palabras de Tuek, pero inquieto sin saber exactamente por qué.

—Confía en tus habilidades —dijo Tuek—. ¿Qué decisiones te han permitido sobrevivir en la batalla? Las tuyas. Decide.

—Así debe ser —dijo Halleck—. ¿El Duque y su hijo han muerto?

—Así lo creen los Harkonnen. En lo que se refiere a estas cosas, yo me inclinaría a creer lo que dicen. —Una torva sonrisa apareció en su rostro—. Pero solamente en estas cosas, por supuesto.

—Entonces, así debe ser —repitió Halleck. Tendió su mano derecha, la palma hacia arriba y el pulgar doblado sobre ella, en el gesto tradicional—. Te entrego mi espada.

—Aceptada.

—¿Quieres que persuada a mis hombres?

—¿Les dejarías elegir por ellos mismos?

—Me han seguido hasta aquí, pero la mayor parte de ellos son nativos de Caladan. Arrakis no es lo que imaginaban. Aquí lo han perdido todo excepto sus vidas. Preferiría que decidieran por ellos mismos.

—Este no es el momento de vacilar —dijo Tuek—. Te han seguido hasta aquí.

—Los necesitas, ¿no es así?

—Siempre necesitamos guerreros experimentados… y en estos tiempos más que nunca.

—Has aceptado mi espada. ¿Quieres que los persuada?

—Pienso que te seguirán, Gurney Halleck.

—Es de esperar.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿me toca a mí decidir?

—Te toca a ti.

Halleck se levantó del sillón, notando el esfuerzo que le costaba aquel simple movimiento.

—Por ahora, voy a sus alojamientos para ver si están bien instalados —dijo.

—Consulta a mi intendente —dijo Tuek—. Su nombre es Drisq. Dile que mi mayor interés es que reciban el mejor trato posible. Me reuniré contigo dentro de un rato. Antes debo controlar el envío de varios cargamentos de especia.

—La fortuna pasa por todos lados —dijo Halleck.

—Por todos lados —dijo Tuek—. Los tiempos revueltos son una rara oportunidad para nuestros negocios.

Halleck asintió, oyendo un débil susurro y un leve silbar del aire en el momento en que se abría la compuerta estanca a su lado. Se volvió, bajó la cabeza para franquear el umbral, y salió del despacho.

Se encontró en la sala de asambleas, a la que habían sido conducidos él y sus hombres por los ayudantes de Tuek. Era una cavidad larga y estrecha excavada directamente en la roca, cuyas lisas paredes evidenciaban el uso de cortadores a rayos para el trabajo. El techo era lo suficientemente alto como para mantener el soporte natural de la cúpula de roca y para permitir la circulación interior del aire. Panoplias y armeros se alineaban a lo largo de las paredes.

Halleck notó con un toque de orgullo que la mayor parte de sus hombres aún válidos permanecían en pie… para ellos no existían ni el cansancio ni el desfallecimiento. Las camillas estaban agrupadas a la izquierda, y cada herido tenía a su lado un compañero.

El adiestramiento de los Atreides: *«¡Velaremos por nuestros hombres!»* , era aún un núcleo indestructible en ellos, observó Halleck.

Uno de sus lugartenientes avanzó hacia él, con el baliset de nueve cuerdas fuera de su estuche. El hombre hizo un rápido saludo y dijo:

—Señor, los médicos dicen que no hay esperanzas para Mattai. Aquí no hay banco de órganos ni de huesos… sólo medicina de urgencia. Mattai no sobrevivirá, dicen, y quiere pediros algo.

—¿Qué es?

El lugarteniente le tendió el baliset.

—Mattai os pide una canción para endulzar su muerte, señor. Dice que vos sabéis una… la que os ha pedido tantas veces —el lugarteniente tragó saliva—. Es aquella llamada «Mi mujer», señor. Si vos…

—Ya sé —Halleck tomó el baliset, sacó el multipic y lo ajustó a su dedo. Pulsó una cuerda del instrumento, comprobando que alguien lo había afinado por él. Sintió un ardor en los ojos, pero rechazó todo pensamiento mientras avanzaba, probando unos acordes y esforzándose por sonreír de una manera casual.

Varios de sus hombres y un médico de los contrabandistas estaban inclinados sobre una camilla. Uno de los hombres empezó a cantar en voz muy baja mientras Halleck se acercaba, cogiendo inmediatamente el ritmo con la facilidad de una larga costumbre:

Mi mujer está en su ventana,

Curvas líneas tras los cuadrados cristales.

Se inclina hacia mí, me tiende los brazos

en el crepúsculo rojo y dorado.

Venid a mí…

Venid a mí, dulces brazos de mi amor.

Para mí…

Para mí, dulces brazos de mi amor.

El cantante se interrumpió, alargó un vendado brazo y cerró los ojos al hombre de la litera.

Halleck arrancó un último acorde del baliset y pensó: *Ahora somos setenta y tres.*

29

Para mucha gente es difícil comprender la vida familiar del Harén Real, pero intentaré dar una visión condensada de ella. Mi padre, creo, sólo tenía un auténtico amigo: el Conde Hasimir Fenring, el eunuco genético y uno de los más temibles guerreros del Imperio. El Conde, un hombre pequeño, feo y vivaz, trajo un día una nueva esclava-concubina a mi padre, y yo fui enviada por mi madre a espiar cómo se desarrollarían las cosas. Todas nosotras espiábamos a mi padre, a fin de protegernos. Una esclava-concubina concedida a mi padre en base a un acuerdo Bene Gesserit-Cofradía no podía engendrar, por supuesto, un Sucesor Real, pero las intrigas se sucedían constantes y opresivas en su similitud. Mi madre, mis hermanas y yo nos habíamos habituado a evitar los más sutiles instrumentos de muerte. Puede parecer algo horrible de decir, pero no estoy totalmente segura de que mi padre fuera inocente en todos aquellos atentados. Una Familia Real es distinta de las otras familias. Así pues, allí estaba aquella nueva esclava-concubina, con el cabello rubio como mi padre, esbelta y hermosa. Tenía músculos de bailarina, y obviamente su adiestramiento incluía la neuroseducción. Mi padre la contempló largamente, desnuda de pie frente a él. Finalmente dijo: «Es demasiado hermosa. La reservaremos para un regalo». Uno no puede hacerse una idea de la consternación que esta decisión creó en el Harén Real. La sutileza y el autocontrol, después de todo, ¿no eran acaso una amenaza mortal para todas nosotras?

En la casa de mi padre , por la PRINCESA IRULAN

Paul estaba de pie frente a la destiltienda, en el muriente atardecer. La hendidura en la que habían acampado estaba inmersa en las tinieblas. Miró a través de las arenas abiertas hacia el distante macizo, preguntándose si debía despertar ya a su madre que seguía durmiendo en la tienda.

Pliegue tras pliegue de dunas se extendían ante su refugio, diseñando sombras negras y densas como la noche bajo el declinante sol.

Y todo era tan llano…

Su mente buscó algo en aquel paisaje. Pero no había nada, de uno a otro horizonte, que se elevara convincentemente bajo el sobrecalentado aire… ninguna flor, ninguna planta que se agitara por la brisa… tan sólo dunas y aquel macizo lejano bajo un cielo de plata bruñida.

¿Y si aquello no es una de las estaciones experimentales abandonadas? , pensó. *¿Y si no hubiera Fremen allí, si aquellas plantas no fueran más que un accidente?*

En la tienda, Jessica se despertó, se volvió y miró a su hijo a través de la parte transparente. Paul le daba la espalda y algo, en su actitud, le recordó al Duque. En algún lugar muy profundo encontró entonces la vorágine negra de su dolor, y desvió la mirada.

Un poco después se ajustó su destiltraje, bebió un poco del agua del bolsillo de recuperación de la tienda y salió al exterior, distendiendo el sueño de sus músculos.

—Me gusta la calma de este lugar —dijo Paul sin volverse.

Cómo se adapta la mente al entorno , pensó ella. Y recordó un axioma Bene Gesserit: *«La mente va en una u otra dirección bajo el efecto de un esfuerzo… positivo o negativo, conectado o desconectado. Pensad en ello como en un espectro cuyos extremos fueran el inconsciente como negativo y el hiperconsciente como positivo. La dirección que tome la mente bajo el efecto de un esfuerzo estará fuertemente influenciada por el adiestramiento».*

—Se podría vivir bien aquí —dijo Paul.

Jessica probó a ver el desierto a través de los ojos de él, intentando captar en un conjunto todos los rigores que aquel planeta aceptaba como normales y preguntándose cuáles podían ser los futuros posibles entrevistos por Paul. *Aquí uno podría vivir solo* , pensó, *sin miedo a tener a alguien a tus espaldas, sin miedo a ser cazado.*

Pasó ante Paul, tomó sus binoculares, ajustó las lentes de aceite y estudió la escarpadura delante de ellos. Sí, saguaro en los arroyos y otras hierbas espinosas… y matojos de hierba corta de color amarillo verdoso en las zonas de sombra.

—Voy a levantar el campo —dijo Paul.

Jessica asintió, saliendo de la fisura para tener una visión panorámica del desierto y apuntando sus binoculares hacia la izquierda. Una hoya de sal de cegadora blancura se extendía por aquel lado, con los bordes manchados de ocre: una extensión blanca, en la que el blanco significaba muerte. Pero la hoya significaba otra cosa: *agua* . Hubo un tiempo en que aquel brillante blanco había estado cubierto de agua. Bajó sus binoculares, ajustó su albornoz, escuchó por un momento el sonido de los movimientos de Paul.

El sol descendió un poco más. Las sombras se alargaron sobre la hoya de sal. Líneas de fulgurantes colores se dibujaron en el horizonte. Después, los colores se fundieron en las tinieblas arenosas, y la repentina llegada de la noche hizo desaparecer el desierto.

¡Las estrellas!

Jessica alzó los ojos hacia ellas, oyendo los movimientos de Paul que se acercaba a su lado. La noche tomó posesión de todo el desierto, y las estrellas parecieron surgir de la arena. La opresión del día retrocediendo. Un breve soplo de brisa acarició su rostro.

—La primera luna se levantará muy pronto —dijo Paul—. La mochila está lista. He plantado el martilleador.

Podríamos perdernos en este lugar infernal , pensó Jessica. *Y nadie lo sabría.*

El viento nocturno levantó hilillos de arena que azotaron su rostro, llevando consigo el olor a canela: una lluvia de olores en la oscuridad.

—Huele eso —dijo Paul.

—Puedo olerlo incluso a través del filtro —dijo ella—. Riqueza. ¿Pero es suficiente para comprar agua? —Señaló al otro lado de la depresión—. No se ven luces artificiales allí.

—Los Fremen se esconderán en un sietch, tras esas rocas —dijo él.

Un disco de plata surgió del horizonte, a su derecha: la primera luna. Apareció lentamente, con el perfil de una mano distinguiéndose claramente en su superficie. Jessica observó el color blanco plateado que adoptaba la arena expuesta a la luz.

—He plantado el martilleador en la parte más profunda de la hendidura —dijo Paul—. Cuando encienda la mecha tendremos alrededor de treinta minutos.

—¿Treinta minutos?

—Antes de que empiece a atraer… a… un gusano.

—Oh. Estoy lista.

Paul se deslizó hacia un lado y ella lo oyó avanzar a lo largo de la fisura.

La noche es un túnel , pensó. *Un agujero hacia el mañana… siempre que exista un mañana para nosotros.* Agitó la cabeza. *¿Por qué estos morbosos pensamientos? ¡Estoy mejor adiestrada que eso!*

Paul regresó, tomó la mochila y abrió camino hacia la primera duna, donde se detuvo para escuchar mientras su madre lo alcanzaba. Oyó su suave avanzar y el gélido caer de los granos de arena… el código del desierto marcando la defensa de sus secretos.

—Debemos avanzar sin ningún ritmo —dijo, y reclamó a su memoria la imagen de hombres andando en la arena… a su memoria real y a su

memoria presciente—. Observa cómo lo hago —dijo—. Así caminan los Fremen por la arena.

Avanzó por el lado de la duna expuesto al viento, siguiendo su curva, arrastrando los pies.

Jessica estudió su avance durante diez pasos, y lo siguió, imitándole. Captó el sentido de todo aquello: sus sonidos debían ser iguales que los de la arena en su caída natural… como el viento. Pero los músculos protestaban ante aquel cortado e innatural movimiento: paso… deslizamiento… deslizamiento… paso… paso… pausa… deslizamiento… paso…

El tiempo se dilataba a su alrededor. La roca frente a ellos parecía no acercarse nunca: La que quedaba a sus espaldas seguía viéndose enorme.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

El rítmico pulsar surgió de las rocas, a su espalda.

—El martilleador —susurró Paul.

El batir continuó, y encontraron difícil sustraerse a su ritmo mientras avanzaban.

Bum… bum… bum… bum…

Se movían en una hondonada iluminada por la luna, perseguidos por aquel batir. Arriba y abajo, duna tras duna: paso… deslizamiento… pausa… paso… La arena aglomerada rodaba bajo sus pies: deslizamiento… pausa… pausa… paso… Y no dejaban de escuchar ni un solo instante, esperando oír en cualquier momento aquel silbido especial.

El sonido, cuando llegó, fue tan suave que el ruido de sus pasos lo cubrió. Pero creció en intensidad… más y más… desde el oeste.

Bum… bum… bum… bum… repetía el martilleador.

El silbido se aproximó, extendiéndose en la noche a sus espaldas. Giraron sus cabezas, sin dejar de andar, y vieron la ola del gusano avanzando.

—Sigue moviéndote —murmuró Paul—. No mires hacia atrás.

Un ruido terrible, furioso, estalló en las rocas que habían abandonado. Una ensordecedora avalancha de sonido.

—Sigue moviéndote —repitió Paul.

Observó que habían alcanzado el punto teórico desde el cual las dos caras, la de delante y la de atrás, parecían estar a idéntica distancia.

Y, tras ellos, sonó de nuevo el retumbar de rocas despedazadas dominando la noche.

Siguieron avanzando y avanzando… Sus músculos alcanzaron el estado de dolor mecánico que parecía prolongarse hasta el infinito, pero Paul vio que la escarpadura rocosa ante ellos parecía mucho más grande.

Jessica se movía en un vacío de concentración, consciente tan sólo de una voluntad desesperada que la empujaba a seguir caminando. Su boca era una llaga reseca, pero los ruidos a su espalda anulaban cualquier esperanza de poder detenerse, aunque sólo fuera para beber un sorbo de agua de los bolsillos de recuperación de su destiltraje.

Bum… Bum…

Un nuevo paroxismo de furor hizo erupción en la lejana escarpadura, sofocando cualquier martilleo.

¡Silencio!

—¡Aprisa! —susurró Paul.

Asintió, aún sabiendo que él no podía ver su gesto. Pero necesitaba efectuarlo para exigir aún un poco más a sus músculos que habían superado todo límite en aquel movimiento innatural…

La pared rocosa y la seguridad que representaba se erguían ante ellos recortándose contra las estrellas, y Paul vio una llana extensión de arena entre ellos y su base. Penetró en ella, tropezando a causa de la fatiga e irguiéndose en un movimiento instintivo al siguiente paso.

Un ruido resonante se elevó de la arena a todo su alrededor.

Paul dio dos vacilantes pasos.

¡Booom! ¡Booom!

—¡Un tambor de arena! —gimió Jessica.

Paul recuperó su equilibrio. Barrió la arena a su alrededor con una ojeada: la escarpadura no estaría a más de doscientos metros de ellos.

Tras ellos sonó un silbido… como el viento, como la resaca en un lugar donde no había agua.

—¡Corre! —gritó Jessica—. ¡Paul, corre!

Corrieron.

El tambor batía bajo sus pasos. Luego estuvieron fuera de él, y continuaron corriendo sobre arena más gruesa. Por un tiempo, el correr fue un alivio para sus músculos doloridos a causa de la arrítmica y poco familiar marcha. Ahora existía un movimiento al que estaban acostumbrados. Ahora había ritmo. Pero la arena y la grava dificultaban su marcha. Y el silbido del gusano acercándose era como una tempestad a sus espaldas.

Jessica cayó sobre sus rodillas. Consiguió pensar tan sólo en su fatiga y en aquel sonido y en el terror.

Paul la levantó, tirando de ella.

Corrieron juntos, mano contra mano.

Una pequeña estaca surgió de la arena ante ellos. La rebasaron, y vieron otra.

La mente de Jessica no se dio cuenta de ello hasta que la hubieron pasado.

Más adelante había otra… una estaca de roca con la superficie corroída por el viento.

Y otra.

¡Roca!

La sintieron bajo sus pies, el impacto de una superficie dura que no frenaba sus movimientos, y aquello les dio un renovado vigor.

Una profunda hendidura se abría ante ellos, proyectando su sombra vertical en el macizo rocoso. Corrieron hacia ella, sumergiéndose en la reconfortante oscuridad.

A sus espaldas, el sonido del avanzar del gusano se detuvo.

Jessica y Paul se volvieron, oteando el desierto.

Donde se iniciaban las dunas, a una cincuentena de metros de distancia, a los pies de una playa rocosa, una cúpula gris plateada se elevó en el desierto, chorreando ríos y cascadas de arena a su alrededor. Se elevó más y más arriba, hasta definirse en una enorme boca anhelante. Era un agujero redondo y negro, cuyos contornos relucían al claro de luna.

La boca se contorsionó hacia la estrecha fisura donde se habían refugiado Paul y Jessica. El olor a canela inundó su olfato. El reflejo de la luna destelló en los dientes de cristal.

La gran boca osciló, avanzando y retrocediendo.

Paul contuvo la respiración.

Jessica se acuclilló, mirando fascinada.

Necesitó toda la concentración de su adiestramiento Bene Gesserit para dominar su terror primordial, para vencer el miedo atávico que amenazaba con destruir su mente.

Paul experimentaba una especie de embriaguez. En un instante muy reciente, había franqueado alguna barrera temporal, penetrando en un territorio que le era desconocido. Sentía las tinieblas ante él, nada se revelaba a su ojo interior. Era como si sus últimos pasos lo hubieran arrastrado hacia un pozo sin fondo… o en el seno de una ola donde el futuro era algo invisible. Todo el paisaje ante él se había visto profundamente sacudido.

Lejos de aterrarlo, aquella sensación de tinieblas temporales desencadenó una hiperaceleración en sus otros sentidos. Se descubrió a sí mismo registrando los más ínfimos detalles de la cosa que, ante ellos, surgía de la arena en su busca. Su boca tendría unos ochenta metros de diámetro… los dientes cristalinos con la forma curvilínea del crys brillando a su alrededor… el rugiente aliento a canela y a sutiles aldehídos… ácidos…

El gusano oscureció la luna mientras escrutaba las rocas sobre sus cabezas. Una lluvia de guijarros y arena se abatió en la hendidura.

Paul arrastró a su madre hacia atrás dentro del refugio.

¡Canela!

El olor lo invadía todo.

¿Qué relación hay entre el gusano y la melange? , se preguntó a sí mismo. Y recordó que Liet-Kynes había hecho una velada insinuación acerca de una asociación entre el gusano y la especia.

¡Barrroooouuuum!

Fue como un violento trueno, en alguna parte a su derecha.

Y luego: *¡Barrroooouuuum!*

El gusano se aplastó contra la arena y permaneció unos instantes inmóvil, con la luz destellando en sus dientes cristalinos.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

¡Otro martilleador! , pensó Paul.

El ruido se repitió a su derecha.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo del gusano. Se alejó por entre la arena. Sólo su mitad superior surgía de ella, como la cúpula de una campana, la bóveda de un túnel trazando su camino entre las dunas.

La arena crujió. La criatura se hundió más, retrayéndose, girando. Se convirtió tan sólo en una amplia curva entre las dunas, alejándose.

Paul salió de la hendidura y contempló la ola de arena que avanzaba a través del desierto, hacia el reclamo del nuevo martilleador.

Jessica acudió a su lado, escuchando: *Bum… bum… bum… bum… bum…*

Poco después, el ruido cesó. Paul tomó el tubo de su destiltraje, aspirando una bocanada de agua reciclada. Jessica centró su atención en aquel acto, pero su mente aún inmovilizada por la fatiga y el terror estaba como vacía.

—¿Se ha ido realmente? —jadeó.

—Alguien lo ha llamado —dijo Paul—. Los Fremen.

Ella notó que sus fuerzas iban regresando.

—¡Era tan grande!

—No tan grande como el que devoró nuestro tóptero.

—¿Estás seguro de que eran los Fremen?

—Han usado un martilleador.

—¿Por qué acudirían en nuestra ayuda?

—Quizá no lo han hecho para ayudarnos. Quizá tan sólo han querido llamar al gusano.

—¿Para qué?

Había una respuesta en el umbral de su consciencia, pero rehusaba surgir. En su mente hubo la visión de algo que estaba en relación con aquellas barras telescópicas llenas de garfios que había en su mochila… los «garfios de doma».

—¿Por qué llamarían a un gusano? —insistió Jessica. Un estremecimiento de miedo rozó la mente de Paul, y se obligó a apartar los ojos de su madre y fijarlos en el farallón.

—Será mejor encontrar un paso antes del día. —Señaló con el dedo—. Aquellas estacas que hemos pasado… aquí hay más.

Ella miró, siguiendo la dirección de su mano, y vio las estacas, señales rocosas corroídas por el viento, que se destacaban a la sombra de una estrecha cornisa, curvándose después en el interior de una hendidura muy por encima de ellos.

—Han marcado un camino a lo largo del farallón —dijo Paul. Aseguró la mochila en sus hombros, cruzó hasta la cornisa e inició la ascensión.

Jessica aguardó un instante, relajándose, recuperando fuerzas; luego lo siguió.

Comenzaron a subir, siguiendo las señales indicadoras hasta que la cornisa se redujo a un estrecho borde rocoso en la embocadura de una tenebrosa grieta.

Paul inclinó la cabeza para sondear la oscuridad. Tenía consciencia de lo precario de su situación sobre el delgado borde rocoso, pero se obligó a sí mismo a ser lento y prudente. Dentro de la hendidura sólo vio tinieblas. Se extendía hacia arriba, abriéndose sobre un cielo estrellado. Tendió el oído, oyendo únicamente los sonidos esperados: el susurro de la arena cayendo, el *brrr* de un insecto, el ruido de las patas de algún animalillo corriendo. Tanteó la oscuridad de la hendidura con un pie, notando la roca bajo la delgada capa de granulada arena. Lentamente, giró el ángulo, haciendo señas a su madre de que lo siguiera. La cogió por un pliegue de su ropa, ayudándola a llegar hasta allí.

Levantaron los ojos hacia la luz de las estrellas enmarcadas por las dos paredes rocosas. Paul distinguió a su madre junto a él como una forma gris y nebulosa.

—Si al menos pudiéramos arriesgarnos a encender una luz —dijo.

Paul avanzó un paso, aseguró su peso y exploró el terreno con el otro pie, encontrando un obstáculo. Alzó el pie, descubriendo un peldaño, y lo subió. Se volvió, tomó el brazo de su madre y la ayudó a avanzar tirando de su ropa.

Otro paso.

—Creo que sube hasta arriba —susurró.

Peldaños bajos y regulares , pensó Jessica. *Sin duda tallados por el hombre.*

Siguió los imprecisos movimientos del avance de Paul, peldaño a peldaño. Las paredes rocosas se juntaron hasta casi rozarle los hombros. Los peldaños se acabaron en una estrecha garganta de unos veinte metros de ancho y fondo plano, que se abría a su vez sobre una depresión poco profunda bañada por la luz de la luna.

Paul se detuvo al borde de la depresión.

—Qué maravilloso lugar —murmuró.

Jessica, desde su posición detrás de él, sólo pudo asentir en silencio mientras miraba.

Pese a su fatiga, la irritación causada por los tubos y los tampones de la nariz y el confinamiento en el destiltraje, pese al miedo y al deseo casi doloroso de descansar, la belleza de aquella depresión cautivó sus sentidos obligándola a detenerse y admirarlo.

—Parece el país de las hadas —murmuró Paul.

Jessica asintió.

Ante ellos se extendía la vegetación del desierto: arbustos, cactus, matojos de hojas coriáceas… todo ello vibrando a la luz de la luna. Las paredes que circundaban la depresión eran oscuras a su izquierda, pero resplandecían como plata a su derecha.

—Debe ser un lugar Fremen —dijo Paul.

—Tiene que haber hombres aquí para que estas plantas sobrevivan —asintió ella. Abrió el tubo del bolsillo de recuperación de su destiltraje y sorbió. Un líquido caliente y ligeramente ácido penetró en su garganta, pero la refrescó. Colocó nuevamente el obturador del tubo, sintiendo el chirrido de los granos de arena.

Un movimiento atrajo la atención de Paul: a su derecha y al fondo de la depresión, entre los arbustos y la hierba, había una superficie arenosa, parcialmente iluminada por la luna, donde se agitaba algo con un *arriba-hop* , *salta* , *hey-hop* .

—*¡Ratones!* —exclamó Paul.

¡Hey-hop-hop! , salían y entraban en las sombras.

Algo se abatió fulmínea y silenciosamente sobre los ratones. Se oyó un leve chillido, un batir de alas, y un pájaro gris y fantasmagórico atravesó volando la depresión con una sombra pequeña y oscura entre sus garras.

Tenemos que tener en cuenta esto , pensó Jessica.

Paul seguía observando la depresión. Inhaló, sintiendo el intenso perfume de la salvia por encima de todos los demás olores de la noche. El pájaro… era un componente normal de aquel desierto. Ahora el silencio era tan profundo que casi era posible sentir el fluir de la lechosa luz de la luna sobre los saguaro centinelas y los espinosos matojos. La luz allí era una especie de silencioso murmullo, una armonía más profunda que ninguna otra en todo aquel universo.

—Será mejor que busquemos un lugar donde montar la tienda —dijo Paul—. Mañana buscaremos a los Fremen que…

—¡La mayor parte de los intrusos lamentan encontrar a los Fremen!

Era una voz de hombre, dura e imperiosa, cuyas palabras rompieron el encanto. Venía de su derecha, por encima de ellos.

—Os ruego que no corráis, intrusos —dijo la voz, cuando Paul se volvió hacia la garganta—. Si corréis no haréis más que malgastar el agua de vuestros cuerpos.

¡Esto es lo que quieren, el agua de nuestros cuerpos! , pensó Jessica. Sus músculos olvidaron toda fatiga, tensándose al máximo, sin traicionar aquel cambio en su actitud externa. Localizó el punto de donde venía la voz, pensando: *¡Tan sigilosos! No los he oído llegar.* Y se dio cuenta de que el propietario de aquella voz se había acercado produciendo tan sólo los ruidos naturales del desierto.

Otra voz llamó desde el borde de la depresión, a su izquierda:

—Apresúrate, Stil. Toma su agua y sigamos nuestro camino. Tenemos poco tiempo hasta el alba.

Paul, menos condicionado que su madre a reaccionar, lamentó haberse asustado e intentado escapar, puesto que aquel instante de pánico había ofuscado sus facultades. Se obligó a obedecer sus enseñanzas: relajarse, luego fingir que estaba relajado y tensar todos sus músculos, dispuestos a saltar como un muelle en cualquier dirección.

Sin embargo, se sentía aún al borde del miedo, y reconoció su origen. Aquel era un tiempo ciego, un futuro que no había visto… y estaban a merced de dos Fremen salvajes cuyo único interés era el agua que contenían sus dos cuerpos desprovistos de escudo.

30

Esta adaptación religiosa de los Fremen es, pues, la fuente de lo que ahora reconocemos como «Los Pilares del Universo», de los cuales los Qizara Tafwid son los representantes entre nosotros, con los signos y las pruebas y las profecías. Ellos nos aportan esta fusión mística arrakena cuya profunda belleza está tipificada por la conmovedora música compuesta sobre antiguas formas, pero marcada por este nuevo despertar. ¿Quién no ha oído, sin sentirse profundamente conmovido, el *Himno al Hombre Viejo* ?:

Mis pies han hollado un desierto

Habitado por ondeantes espejismos.

Voraz de gloria, ávido de peligro,

He recorrido los horizontes de al-Kulab,

Viendo al tiempo nivelar las montañas

En su búsqueda y en su hambre de mí.

Y he visto los gorriones acercarse rápidos,

Tan osados como un lobo al ataque.

Se han dispersado por el árbol de mi juventud.

He oído su multitud en mis ramas.

¡Y he conocido sus picos y sus garras!

De *El despertar de Arrakis* , por la PRINCESA IRULAN

El hombre se arrastró sobre la cresta de una duna. Era apenas una mota que se confundía con la arena en el resplandor del sol de mediodía. Iba vestido tan sólo con los restos de una capa jubba, su carne desnuda mordida por las ardientes ráfagas. La capucha había sido arrancada de la capa, pero el hombre se había confeccionado con un jirón de ésta un turbante. Mechones de cabellos color arena surgían por debajo de él, conjuntándose con su enredada barba y sus gruesas cejas. Bajo sus ojos totalmente azules, restos de una mancha oscura ensombrecían sus mejillas. Un aplastamiento en su bigote y su barba revelaban el lugar donde había estado un tubo de destiltraje yendo de su nariz a sus bolsillos de recuperación.

El hombre se detuvo en la cima de la duna, con los brazos extendidos hacia la otra vertiente. La sangre se había coagulado en su espalda, brazos y piernas. Costras de arena amarillo grisácea se habían formado sobre sus heridas. Lentamente, colocó sus manos debajo de él, se empujó hacia arriba, y consiguió ponerse vacilantemente en pie. Aunque extenuado, sus movimientos conservaban todavía una cierta precisión.

—Soy Liet-Kynes —dijo, hablando para sí mismo y dirigiéndose al vacío horizonte, con su voz convertida en una ronca caricatura de su antigua fuerza—, soy el Planetólogo de su Majestad Imperial —jadeó—, el ecólogo planetario de Arrakis. El servidor de este lugar.

Se tambaleó, cayó sobre el lado de la duna expuesto al viento. Sus manos excavaron débilmente la arena.

Soy el servidor de esta arena , pensó.

Se daba cuenta de que estaba en el umbral del delirio, de que tenía que hundirse en la arena, meterse en ella hasta encontrar un estrato profundo relativamente más frío y enterrar su cuerpo. Pero notó el olor dulzón, rancio, de una bolsa de preespecia en algún punto bajo la arena. Conocía el peligro que aquello representaba, lo conocía mejor que cualquier otro Fremen. Si el olor de la bolsa llegaba hasta él, esto significaba que los gases, en las profundidades de la arena, habían alcanzado una presión muy próxima a la explosión. Debía alejarse rápidamente.

Sus manos se engarfiaron en la arena, intentando arrastrarse a lo largo de la superficie de la duna.

Un pensamiento se formó en su mente… claro, preciso: *La riqueza real de un planeta está en sus paisajes, en el papel que jugamos nosotros en esta fuente primordial de civilización… la agricultura.*

Y pensó en lo extraño que resultaba que la mente, fijada largo tiempo en una única dirección, fuera incapaz de cambiar ésta. Los Harkonnen lo habían abandonado allí sin agua ni destiltraje, pensando que un gusano se encargaría de él, si no lo hacía el desierto. Habían encontrado divertido dejarlo vivo allí, para que muriera lentamente en las impersonales manos de su planeta.

Los Harkonnen siempre han encontrado difícil matar a los Fremen , pensó. *No morimos fácilmente. En este momento yo debería estar muerto… lo estaré muy pronto… pero no puedo impedir ser aún un ecólogo…*

—La más alta función de la ecología es la comprensión de las consecuencias.

La voz lo hizo estremecer, porque pertenecía a alguien que estaba muerto. Era la voz de su padre, que había sido planetólogo allí antes que él… su padre, muerto hacía mucho, en el hundimiento de la depresión de Yeso.

—Te has metido en un buen lío, hijo —dijo su padre—. Deberías haber comprendido las consecuencias de tu acción cuando ayudaste al hijo de ese Duque.

¡Estoy delirando! , pensó Kynes.

La voz parecía provenir de su derecha. Kynes volvió la cabeza, hundiendo el rostro en la arena para mirar en aquella dirección… pero no había nada excepto la ondulada extensión de las dunas que parecían bailar con el infernal calor del desierto.

—Cuanta más vida hay en un sistema, mayor es la cantidad de nichos que existen para preservar esta vida —dijo su padre. Y la voz surgía ahora de su izquierda, tras él.

¿Por qué continúa moviéndose a mi alrededor? , se preguntó Kynes. *¿No quiere que lo vea?*

—La vida aumenta la capacidad de un ambiente para sostener la vida —dijo su padre—. La vida aumenta la disponibilidad de sustancias nutritivas. Infunde más energía al sistema gracias a los enormes intercambios químicos que se producen de organismo a organismo.

¿Por qué insiste en repetir siempre el mismo argumento? , se preguntó Kynes. *Sabía todo esto antes de tener diez años.*

Los halcones del desierto, carroñeros como la mayor parte de los seres de aquel lugar, empezaron a girar por encima de él. Kynes vio una sombra rozar su mano y forzó su cabeza hacia atrás para mirar hacia arriba. Los pájaros eran manchas confusas en un cielo azul plateado, retazos fluctuantes de oscuridad.

—Somos generalistas —dijo su padre—. No es posible trazar netas separaciones entre los problemas planetarios. La planetología es una ciencia de corta-y-mide.

¿Qué está intentando decirme? , pensó Kynes. *¿Hay alguna consecuencia que no he sabido ver?*

Su mejilla se posó en la caliente arena, y en el olor de los gases de la preespecia notó mezclado el olor de roca quemada. En algún rincón de su mente controlado aún por la lógica se formó un pensamiento: *Hay pájaros carroñeros encima de mí. Quizá algunos de mis Fremen los vean y vengan a investigar.*

—Para el trabajo planetológico, el ser humano es el instrumento más importante —dijo su padre—. Hay que difundir la cultura ecológica entre la gente. Es por esta razón que he puesto a punto un nuevo método de notación ecológica.

Está repitiendo cosas que me dijo cuando yo era niño , pensó Kynes.

Empezó a sentir frío, pero aquel rincón lógico de su mente le dijo: El sol está en su cenit. *No tienes destiltraje y hace calor; el sol está evaporando toda la humedad de tu cuerpo.*

Sus dedos se engarfiaron débilmente a la arena.

¡Ni siquiera me han dejado un destiltraje!

—La presencia de humedad en el aire evita la evaporación demasiado rápida de la existente en los cuerpos vivos —dijo su padre.

¿Por qué continúa repitiendo lo obvio? , pensó Kynes.

Se esforzó en imaginar un aire saturado de humedad… hierba cubriendo las dunas… una extensión de agua al aire libre tras él, un canal lleno de agua atravesando el desierto, con árboles en sus orillas… Nunca había visto el agua al abierto bajo el cielo excepto en las ilustraciones de los libros. Agua libre, agua al cielo abierto… una irrigación de agua… se necesitaban cinco mil metros cúbicos de agua para irrigar una hectárea de terreno en la época de la germinación, recordó.

—Nuestro primer objetivo en Arrakis —dijo su padre— es crear zonas de hierba. Comenzaremos con una variedad mutante para terrenos áridos. Cuando hayamos acumulado suficiente humedad en las zonas herbosas, plantaremos árboles en los declives, luego algunas extensiones abiertas de agua… pequeñas al principio… y situadas a lo largo de las líneas de vientos dominantes con trampas de viento precipitadoras de humedad a fin de recapturar al viento lo que nos haya robado. Tendremos que crear un verdadero sirocco, un viento húmedo… pero nunca podremos pasarnos sin las trampas de viento.

Siempre la misma lección , pensó Kynes. *¿Por qué no se calla ya? ¿No ve que me estoy muriendo?*

—Realmente vas a morir —dijo su padre— si no te apartas de esa burbuja de gas que se está formando debajo de ti. Y esto lo sabes bien. Puedes oler los gases de la preespecia. Sabes que los pequeños hacedores están perdiendo un poco de su agua en la masa.

El pensamiento de aquella agua debajo de él le enloqueció. Se la imaginó… bloqueada en los estratos de roca porosa por aquellos seres coriáceos, mitad plantas, mitad animales, los pequeños hacedores… y la sutil ruptura donde se vertía un líquido claro, puro, refrescante en la…

¡Una masa de preespecia!

Inhaló, respirando aquel olor dulzón. El olor le rodeaba, cada vez más intenso.

Kynes se puso de rodillas, oyendo el graznido de un pájaro, el apresurado batir de alas.

Este es un desierto de especia , pensó. *Los Fremen no pueden estar lejos, aunque sea de día. Seguramente han visto los pájaros y vendrán a investigar*.

—Moverse a través del territorio es una necesidad para la vida animal —dijo su padre—. Incluso los pueblos nómadas sienten esta necesidad. Líneas de movimiento ajustadas a las necesidades físicas de agua, alimento, minerales. Debemos controlar estos movimientos, alinearlos de acuerdo con nuestros propósitos.

—Cállate, viejo —murmuró Kynes.

—Debemos hacer en Arrakis algo que aún no ha sido intentado en ningún planeta en su conjunto —dijo su padre—. Debemos usar al hombre como una fuerza ecológica constructiva, insertando en este mundo una vida terrestre adaptada: una planta aquí, un animal allí, un hombre en este punto… para transformar el ciclo del agua y crear un nuevo paisaje.

—¡Cállate! —graznó Kynes.

—Las líneas de movimiento son las que nos han proporcionado el primer indicio de la relación entre los gusanos y la especia —dijo su padre.

Un gusano , pensó Kynes con un esperanzado sobresalto. *Cuando la burbuja estalle, surgirá un hacedor. Pero no tengo garfios. ¿Cómo podré montar un gran hacedor sin garfios?*

La frustración minó los restos de energía que quedaban en él. El agua estaba muy cerca… sólo a unos cien metros debajo; seguramente aparecería un gusano, pero no disponía de ningún medio para atraparlo en la superficie y usarlo.

Kynes cayó de nuevo en la arena, en la depresión formada por su cuerpo. Notó el contacto ardiente de la arena contra su mejilla izquierda, pero la sensación era remota.

—El medio ambiente arrakeno se ha formado dentro del esquema evolucionista de las formas de vida locales —dijo su padre—. Es extraño que tan poca gente haya apartado sus ojos de la especia para interrogarse acerca del origen del equilibrio casi ideal nitrógeno-oxígeno-anhidrido carbónico en un mundo donde hay grandes zonas

desprovistas de vegetación. La esfera de energía del problema está aquí para ser vista y comprendida… un proceso lento, pero un proceso que existe pese a todo. ¿Se produce el fallo de un eslabón? Siempre hay algo que ocupa entonces su lugar. La ciencia está formada de muchas cosas que parecen obvias una vez han sido explicadas. Mucho antes de haberlo visto sabía que el pequeño hacedor tenía que estar ahí, enterrado en la arena.

—Por favor, deja ya esas lecciones, padre —murmuró Kynes.

Un halcón se posó en la arena, cerca de su mano abierta. Kynes lo vio replegar sus alas, doblar su cabeza para mirarlo. Encontró las fuerzas suficientes para soltar un gruñido. El pájaro retrocedió dos saltos, pero continuó mirándolo.

—Hasta ahora, los hombres y sus obras han sido un azote para los planetas —dijo su padre—. La naturaleza tiende a compensar las plagas, rechazándolas o absorbiéndolas para incorporarlas al sistema según sus propias características.

El halcón bajó la cabeza, extendió las alas y volvió a replegarlas. Transfirió su atención a su mano extendida.

Kynes descubrió que ya no tenía fuerzas para gritarle.

—El sistema histórico de mutuo pillaje y extorsión se ha detenido, aquí en Arrakis —dijo su padre—. Uno no puede continuar robando indefinidamente sin preocuparse de los que vendrán tras él. Las peculiaridades físicas de un mundo quedan inscritas en su historia económica y política. Podemos leerlas, y esto esclarece nuestros objetivos.

Nadie ha conseguido hacerte callar nunca , pensó Kynes. *Lecciones, lecciones, lecciones… siempre lecciones.*

El halcón dio un paso hacia la mano extendida de Kynes. Inclinó la cabeza primero a un lado, luego al otro, estudiando aquella carne expuesta.

—Arrakis es un planeta de un solo cultivo —dijo su padre—. Un solo cultivo. Esto mantiene a una clase dominante, que vive como siempre han vivido las clases dominantes, aplastando bajo ellas a una masa semihumana de medio esclavos que sobreviven de lo que ellas desechan. Son esas masas y esos desechos los que ocupan nuestra atención. Tienen mucho más valor del que nunca se ha sospechado.

—No te estoy escuchando, padre —murmuró Kynes—. Vete.

Y pensó: *Seguramente hay algunos de mis Fremen cerca de aquí. Es imposible que no vean esos pájaros encima de mí. Vendrán a investigar, aunque sólo sea para ver si hay humedad disponible.*

—Las masas de Arrakis sabrán que estamos trabajando para hacer que un día estas tierras rezumen agua —dijo su padre—. La mayor parte de ellas, por supuesto, adquirirán tan sólo una comprensión casi mística de nuestro proyecto. Muchos, sin pensar en la prohibitiva relación de masas en juego, pensarán que vamos a traer el agua de otro planeta rico en ella. Déjalos que crean en lo que quieran, mientras crean en nosotros.

Dentro de un minuto voy a levantarme para decirle lo que pienso de él , se dijo Kynes. *Dándome lecciones, cuando lo que debería hacer es ayudarme.*

El pájaro dio otro salto hacia la mano de Kynes. Dos halcones más se posaron sobre la arena, cerca de él.

—Religión
y ley deben ser una única cosa para las masas —dijo su padre—. Un acto de desobediencia debe constituir un pecado sancionado por castigos religiosos. Esto tendrá el doble beneficio de obtener una mayor obediencia y una mayor valentía. No debemos depender del valor individual, piénsalo bien, sino de la valentía de todo un pueblo.

¿Dónde está mi pueblo, ahora que tengo necesidad de él? , pensó Kynes. Apeló a sus últimas fuerzas, y movió su mano el espacio de la longitud de un dedo hacia el halcón más cercano. Este saltó hacia atrás, reuniéndose con sus compañeros, y los tres lo miraron, preparados para alzar el vuelo si era necesario.

—Nuestra tabla de tiempos tendrá los valores de un fenómeno natural —dijo su padre—. La vida de un planeta es como un enorme tejido de apretados hilos. Al principio surgirán mutaciones animales y vegetales determinadas por las fuerzas primordiales de la naturaleza que vamos a manipular. Pero a medida que se vayan estabilizando, todos nuestros cambios ejercerán también sus propias influencias… con las cuales deberemos contar. No olvides nunca, de todos modos, que basta con controlar tan sólo el tres por ciento de la energía existente en la superficie… sólo el tres por ciento, para transformar toda la estructura de un sistema autosuficiente.

¿Por qué no me ayudas? , se preguntó Kynes. *Siempre es lo mismo: cuando más te necesito, me fallas.* Intentó volver la cabeza para mirar en la dirección donde sonaba la voz de su padre, observar fijamente al viejo. Sus músculos se negaron a responder a su demanda.

Kynes vio que el halcón se movía. Se acercó a su mano, un paso tras otro, prudentemente, mientras sus compañeros esperaban con una fingida indiferencia. El halcón se detuvo a sólo un paso de su mano.

Una profunda claridad inundó la mente de Kynes. De pronto fue consciente de una posibilidad para Arrakis que su padre no había visto. Las implicaciones de esta posibilidad fueron como una sacudida.

—No podría haber mayor desastre para tu pueblo que el caer en manos de un Héroe —dijo su padre.

¡Está leyendo en mi mente! , pensó Kynes. *Bien… que lea.*

Los mensajes han partido ya hacia mis poblados sietch , pensó. *Nada puede detenerlos. Si el hijo del Duque está vivo, lo encontrarán y lo protegerán como he ordenado. Quizá rechacen a la mujer, su madre, pero salvarán al muchacho.*

El halcón dio otro salto hacia adelante, casi rozando su mano. Inclinó la cabeza para examinar la carne yacente. Luego, de repente, irguió de nuevo el cuello y, lanzando un único grito, salió volando, seguido inmediatamente por sus compañeros.

¡Ya están aquí! , pensó Kynes. *¡Mis Fremen me han encontrado!*

Luego oyó el bramido de la arena.

Todos los Fremen conocían aquel sonido, sabían distinguirlo inmediatamente de los sonidos de los gusanos o de cualquier otra vida del desierto. En alguna parte debajo de él, la masa de preespecia había acumulado agua y sustancias orgánicas de los pequeños hacedores, y alcanzado el estadio crítico de su incontrolado crecimiento. Una gigantesca burbuja de anhídrido carbónico se había formado en las profundidades de la arena, alzándose irresistiblemente hacia la superficie y arrastrando un vórtice de arena en su centro. Todo lo que se encontraba en la superficie sería engullido, intercambiado con las sustancias que estaban subiendo desde las profundidades.

Los halcones trazaban círculos sobre su cabeza, graznando su frustración. Sabían lo que estaba ocurriendo. Todas las criaturas del desierto lo sabían.

Y yo soy una criatura del desierto , pensó Kynes. *¿Me ves, padre? Soy una criatura del desierto.*

Sintió que la burbuja le levantaba, lo arrastraba consigo, estallaba, mientras el torbellino de arena le envolvía y lo arrastraba hacia las frías profundidades. Por un momento, la sensación de frialdad y la humedad le fueron agradables. Luego, mientras el planeta lo mataba, Kynes pensó

que su padre y todos los demás científicos estaban equivocados, y que los principios fundamentales del universo eran el accidente y el error.

Incluso los halcones sabían esto.

31

Profecía y presciencia: ¿cómo pueden ser puestas a prueba ante preguntas que no tienen respuesta? Consideremos: ¿En qué medida la «ola» (como llama Muad'Dib su visión-imagen) es auténtica profecía, y en qué medida el profeta contribuye a plasmar el futuro para que se adapte a la profecía? ¿Hay armónicos inherentes en el acto de la profecía? ¿El profeta ve realmente el futuro, o tan sólo una línea de ruptura, una falla, una hendidura que se puede romper con palabras o decisiones como un diamante rompe una gema con un golpe del instrumento?

Reflexiones personales sobre Muad'Dib , por la PRINCESA IRULAN

Toma su agua , había dicho el hombre envuelto en la noche. Y Paul rechazó su miedo y miró a su madre. Sus adiestrados ojos vieron que estaba preparada para la lucha, con los músculos tensos, esperando la señal.

—Sería una lástima que tuviéramos que destruiros con nuestras propias manos —dijo la voz encima de ellos.

Este es el que ha hablado primero , pensó Jessica. *Hay al menos dos… uno a nuestra derecha y otro a nuestra izquierda.*

—*¡Cignoro hrobosa sukares hin mange la pchagavas doi me kamavas na beslas lele pal hrobas!*

Era el hombre de su derecha llamando a alguien al otro lado de la depresión.

Las palabras eran incomprensibles para Paul, pero Jessica, gracias a su adiestramiento Bene Gesserit, reconoció la lengua. Era chakobsa, una de las antiguas lenguas de los cazadores, y el hombre estaba diciendo que quizá aquellos fueran los extranjeros que estaban buscando.

En el repentino silencio que siguió a aquella llamada, la segunda luna se alzó, un disco azul marfileño que parecía un rostro explorando las rocas, brillante y curioso.

Después sonaron ruidos furtivos entre las rocas, por encima y por todos lados… sombras moviéndose al claro de la luna. Varias figuras surgieron de la oscuridad.

¡Todo un grupo! , pensó Paul, sintiendo que se le encogía el corazón.

Un hombre alto, con un albornoz manchado, se detuvo ante Jessica. Se había quitado el velo para hablar más claramente, revelando a la pálida luz de la luna una barba muy poblada. Pero el rostro y los ojos quedaban ocultos por la capucha.

—¿Qué sois, djinns o humanos? —preguntó.

Jessica captó un tono burlón en su voz, y albergó una débil esperanza. Aquella era una voz de mando, la voz que se había dejado oír primero, interrumpiéndolos en su intrusión nocturna.

—Humanos, imagino —dijo el hombre.

Jessica percibió sin verlo el cuchillo oculto entre las ropas del hombre. Se permitió un amargo lamento por su falta de escudos.

—¿También habláis? —preguntó el hombre.

Jessica apeló a toda la arrogancia ducal que aún quedaba en su voz y en su actitud. Era urgente responder, pero aún no lo había oído lo suficiente como para tener un registro de su cultura y de sus debilidades.

—¿Quién cae sobre nosotros como un criminal en medio de la noche? —preguntó.

La cabeza envuelta en la capucha del albornoz se sobresaltó, revelando tensión, y luego se relajó lentamente. El hombre sabía controlarse.

Paul se alejó de su madre a fin de separar los blancos y disponer de un mayor espacio para actuar.

La encapuchada cabeza siguió el movimiento de Paul, revelando una parte de su rostro a la luz de la luna. Jessica vio una nariz aguileña, un ojo brillante *(y sin embargo oscuro, tan oscuro, sin el menor rastro de blanco)* , una ceja espesa y un bigote hacia arriba.

—Un hábil cachorro —dijo el hombre—. Si huís de los Harkonnen, puede que seáis bienvenidos entre nosotros. ¿Qué dices, muchacho?

Todas las posibilidades cruzaron la mente de Paul: *¿Una trampa? ¿Un hecho?* Había que decidir de inmediato.

—¿Por qué deberíais acoger a unos fugitivos? —preguntó.

—Un niño que piensa y habla como un hombre —dijo el hombre alto—. Bien, ahora, respondiendo a tu pregunta, mi joven wali, soy uno de los que no pagan el fai, el tributo de agua, a los Harkonnen. Por ello puedo dar la bienvenida a los fugitivos.

Sabe quiénes somos , pensó Paul. *Aunque intente ocultarlo, lo noto en su voz.*

—Soy Stilgar, el Fremen —dijo el hombre alto—. ¿Puede esto soltar tu lengua, muchacho?

Es la misma voz , pensó Paul. Y recordó el Consejo, con aquel hombre acudiendo a reclamar el cuerpo de un amigo matado por los Harkonnen.

—Te conozco, Stilgar —dijo Paul—. Yo estaba con mi padre en el Consejo cuando viniste a por el agua de tu amigo. Te llevaste contigo al hombre de mi padre, Duncan Idaho… un intercambio de amigos.

—E Idaho nos abandonó para regresar con su Duque —dijo Stilgar.

Jessica percibió el disgusto en su voz, y se preparó para el ataque.

—Estamos perdiendo el tiempo, Stil —gritó la voz entre las rocas, sobre ellos.

—Es el hijo del Duque —respondió Stilgar—. Es realmente el que nos ordenó Liet que buscáramos.

—Pero… un niño, Stil.

—El Duque era un hombre, y este muchacho se ha servido de un martilleador —dijo Stilgar—. Ha sido valiente atravesando así la senda del *Shai-Hulud* .

Y Jessica comprendió que el hombre la había excluido de sus pensamientos. ¿Significa aquello una sentencia?

—No tenemos tiempo para la prueba —protestó la voz encima de ellos.

—Pero podría ser el Lisan al-Gaib —dijo Stilgar.

¡Está buscando un signo! , pensó Jessica.

—Pero la mujer… —dijo la voz encima de ellos.

Jessica se preparó. Aquella voz sonaba a muerte.

—Sí, la mujer —dijo Stilgar—. Y su agua.

—Conoces la ley —dijo la voz de entre las rocas—. Quienes no pueden vivir en el desierto…

—Silencio —dijo Stilgar—. Los tiempos cambian.

—¿Liet *ordenó* esto? —preguntó la voz de entre las rocas.

—Has oído la voz del ciélago, Jamis —dijo Stilgar—. ¿Por qué insistes?

Y Jessica pensó: *¡Ciélago!* El indicio de la lengua abrió extensos caminos de comprensión: aquella era la lengua de Ilm y Fiqh, y ciélago quería decir *murciélago* , un pequeño mamífero volador. *La voz del ciélago* : habían recibido un mensaje distrans con órdenes de buscarlos a Paul y a ella.

—Sólo quería recordarte tus deberes, amigo Stilgar —dijo la voz encima de ellos.

—Mi deber es la fuerza de la tribu —dijo Stilgar—. Este es mi único deber. No necesito que nadie me lo recuerde. El muchacho-hombre me interesa. Su carne está llena. Ha vivido con mucha agua. Ha vivido lejos del padre sol. No tiene los ojos del ibad. Pero no habla ni actúa como los débiles de los pan. Menos que su padre. ¿Cómo es eso posible?

—No podemos quedarnos aquí discutiendo toda la noche —dijo la voz de entre las rocas—. Si una patrulla…

—No te lo volveré a decir más, Jamis: cállate —dijo Stilgar. El hombre encima de ellos permaneció silencioso, pero Jessica oyó sus movimientos cruzando de un salto la garganta y dirigiéndose al fondo de la depresión, a su izquierda.

—La voz de ciélago sugería que sería valioso para nosotros salvarlos a los dos —dijo Stilgar—. Puedo ver posibilidades en tu fuerza, muchacho-hombre: eres joven y puedes aprender. Pero ¿y tú, mujer? —miró a Jessica.

Ahora ya tengo registrada su voz y su esquema , pensó Jessica. *Podría controlarlo con una palabra, pero es un hombre fuerte… es mucho más precioso para nosotros así: libre, intacto. Ya veremos.*

—Soy la madre de este muchacho —dijo Jessica—. En parte, la fuerza que admiras en él es debida a mi adiestramiento.

—La fuerza de una mujer puede ser limitada —dijo Stilgar—. Así es ciertamente en una Reverenda Madre. ¿Eres tú una Reverenda Madre?

Por el momento, Jessica dejó aparte las implicaciones de la pregunta y contestó:

—No.

—¿Estás adiestrada en los caminos del desierto?

—No, pero muchos consideran valioso mi adiestramiento.

—Nosotros tenemos nuestros propios juicios de valor —dijo Stilgar.

—Cada hombre tiene derecho a sus propios juicios —dijo ella.

—Es bueno que comprendas la razón —dijo Stilgar—. No tenemos tiempo para probarte, mujer. ¿Comprendes? No queremos que tu sombra nos aflija. Tomaremos al muchacho-hombre, tu hijo, y tendrá toda mi protección, un refugio en mi tribu. Pero para ti, mujer… ¿comprendes que no hay nada personal en ello? Es la regla, el Istislah, el interés general. ¿No te es suficiente?

Paul dio un paso hacia adelante.

—¿Qué quieres decir con todo esto?

Stilgar lanzó una ojeada hacia Paul, pero sin desviar su atención de Jessica.

—A menos que hayas sido adiestrada desde pequeña a vivir aquí, podrías causar la destrucción de toda una tribu. Es la ley, no podemos aceptar a los inútiles…

El movimiento de Jessica se inició con un resbalón, un paso en falso y una caída. Algo obvio por parte de una extranjera débil y afligida, y lo obvio retarda las reacciones del oponente. Se necesita un instante para interpretar algo conocido cuando es presentado como algo desconocido. Jessica entró en acción cuando vio descender el hombro derecho del hombre mientras éste empuñaba un arma entre los pliegues de sus ropas para blandirla contra ella. Un giro, un golpe contra su brazo con el canto de su mano, un torbellino de ropas, y se encontró con la espalda apoyada contra las rocas y el hombre indefenso ante ella.

Al primer movimiento de su madre, Paul retrocedió dos pasos. Mientras ella atacaba, él se hundió en las sombras. Un hombre barbudo le cortó el camino, con un arma en una mano. Paul golpeó al hombre bajo el esternón con un golpe seco de su mano, arrebatándole el arma mientras caía.

Se mantuvo en la oscuridad, arrimándose a las rocas, guardando el arma en su cintura. La había reconocido pese a su aspecto poco familiar… un arma a proyectiles, y esto decía muchas cosas acerca de aquel lugar, era otro indicio del porqué allí no se usaban escudos.

Van a concentrarse en mi madre y ese Stilgar. Ella puede neutralizarlo. Debo encontrar una posición que me dé la oportunidad de atacarlos y darle tiempo para escapar.

Hubo en la depresión un coro múltiple de muelles saltando. Numerosos proyectiles crepitaron contra las rocas en torno suyo. Uno de ellos golpeó sus ropas. Se metió tras una protección rocosa deslizándose en

una estrecha hendidura vertical, y comenzó a escalarla, centímetro a centímetro… apoyando la espalda en un lado y apuntalando los pies en el otro, despacio, lo más silenciosamente posible.

El rugido de la voz de Stilgar trajo sus ecos hasta él:

—¡Atrás, piojos de la cabeza de un gusano! ¡Me romperá el cuello si os acercáis más!

—El muchacho ha huido, Stil —dijo otra voz fuera de la depresión—. ¿Qué vamos a…?

—Por supuesto que ha huido, sesos de arena… ¡Aughhh…! ¡Basta ya, mujer!

—Diles que dejen de perseguir a mi hijo —dijo Jessica.

—Ya han dejado de hacerlo, mujer. Ha huido como querías. ¡Grandes dioses de las profundidades! ¿Por qué no me has dicho que eras una extraña mujer y una guerrera?

—Diles a tus hombres que se retiren —dijo Jessica—. Que salgan hacia el centro de la depresión para que yo pueda verlos… y es mejor que sepas que conozco su número.

Y pensó: *Este es el momento más delicado, pero si este hombre es tan despierto como pienso, tenemos una oportunidad.*

Paul continuó subiendo, centímetro a centímetro, encontró un pequeño saliente donde descansar, y miró hacia abajo, hacia la hondonada. La voz de Stilgar llegó hasta él:

—¿Y si me niego? ¿Cómo puedes…? ¡Aughhh…! ¡Ya basta, mujer! No te haremos ningún daño. ¡Grandes dioses! Si puedes hacerle esto al más fuerte de nosotros, vales diez veces tu peso en agua.

Ahora, la prueba de la razón , pensó Jessica. Dijo:

—Estáis buscando al Lisan al-Gaib.

—Podríais ser los de la leyenda —dijo el hombre—, pero no lo creeré hasta que sea probado. Todo lo que sé es que habéis venido aquí con aquel estúpido Duque que… ¡Aaaay! ¡Mujer! ¡No me importa que me mates! ¡Era honorable y valiente, pero fue un estúpido metiéndose así en manos de los Harkonnen!

Silencio.

—No tenía elección —dijo Jessica al cabo de un momento—, pero no vamos a discutir sobre ello. Ahora dile a ese hombre de los tuyos que

está allí tras el matorral que deje de apuntar su arma contra mí, o voy a librar al universo de tu presencia antes de entendérmelas con él.

—¡Tú, el de allí! —rugió Stilgar—. ¡Haz lo que dice!

—Pero Stil…

—¡Haz lo que dice, cara de gusano, reptil, sesos de arena, excremento de lagarto! ¡Hazlo o la ayudaré a desmembrarte! ¿Acaso no ves la valía de esta mujer?

El hombre del matorral se puso en pie tras su parcial refugio y bajó su arma.

—Ha obedecido —dijo Stilgar.

—Ahora —dijo Jessica—, explícale claramente a tu gente lo que esperas de mí. No quiero que ningún joven de cascos calientes cometa una tonta locura.

—Cuando nosotros nos deslizamos en los poblados y en las ciudades, debemos ocultar nuestro origen, mezclándonos con las gentes de los pan y de los graben —dijo Stilgar—. No llevamos armas, porque el crys es sagrado. Pero tú, mujer, tú posees el extraño arte del combate. Sólo hemos oído hablar de él y muchos han dudado de que exista, pero uno no puede dudar de lo que ha visto con sus propios ojos. Has dominado a un Fremen armado. Esta es un arma que ningún registro o inspección puede descubrir.

Hubo un confuso agitarse en la depresión a medida que las palabras de Stilgar iban causando su efecto.

—¿Y si yo consintiera en enseñaros este… arte extraño?

—Tendrías mi apoyo al igual que tu hijo.

—¿Cómo podemos estar seguros de la verdad de tu promesa?

La voz de Stilgar perdió algo de su razonabilidad y rozó los umbrales de la amargura.

—Aquí, mujer, no tenemos papeles ni contratos. Nosotros no hacemos promesas al anochecer para olvidarlas con el alba. Cuando un hombre dice algo, es un contrato. Como jefe de mi pueblo, él está ligado a mi palabra. Enséñanos tu extraño arte, y tendrás refugio entre nosotros tanto tiempo como lo desees. Tu agua se mezclará con nuestra agua.

—¿Puedes hablar por todos los Fremen? —preguntó Jessica.

—Con el tiempo, es posible. Pero sólo mi hermano, Liet, habla por todos los Fremen. Aquí, sólo puedo prometerte el secreto. Mi gente no hablará

de vosotros a ningún otro sietch. Los Harkonnen han vuelto a Dune por la fuerza, y vuestro Duque está muerto. Se dice que también vosotros habéis muerto en una Madre tormenta. El cazador ya no persigue a su presa muerta.

Hay una protección en eso , pensó Jessica. *Pero esta gente tiene buenas comunicaciones, y siempre puede ser enviado un mensaje.*

—Imagino que se ha puesto precio a nuestras cabezas —dijo ella.

Stilgar permaneció silencioso, y ella casi pudo ver los pensamientos que giraban en su cabeza, sintiendo cómo los músculos tironeaban en sus manos.

—Lo repito de nuevo —dijo al cabo de un momento—: Os he dado la palabra de la tribu. Mi gente conoce ahora vuestro valor. ¿Qué podrían ofrecernos los Harkonnen? ¿Nuestra libertad? ¡Ja! No, vosotros sois el taqwa, que puede proporcionarnos más cosas que toda la especia que hay en los cofres de los Harkonnen.

—Entonces os enseñaré mi arte de combatir —dijo Jessica, y captó la inconsciente intensidad ritual de sus palabras.

—Ahora, ¿vas a soltarme?

—Así sea —dijo Jessica. Lo liberó y dio un paso hacia un lado, mostrándose a la vista de todo el grupo reunido en la depresión. *Esta es la prueba mashad* , pensó. *Pero Paul debe saber cómo son esa gente, aunque yo tenga que morir para que lo sepa.*

En el tenso silencio, Paul se inclinó hacia adelante para ver mejor a su madre. Al moverse, oyó una respiración afanosa, que se cortó bruscamente sobre él, en la vertical de la pared rocosa, y entrevió una sombra que se recortaba contra las estrellas.

—¡Tú, el de ahí arriba! —resonó la voz de Stilgar en la depresión—. Deja de dar caza al muchacho. Va a bajar ahora mismo.

—Pero Stil, no puede estar lejos de… —respondió desde las tinieblas una voz de joven o de muchacha.

—¡He dicho que lo dejes, Chani! ¡Especie de hueva de lagartija!

Hubo una imprecación susurrada sobre Paul, y luego una voz muy baja:

—¡Llamarme a *mí* hueva de lagartija! —pero la sombra desapareció.

Paul volvió su atención hacia la depresión, donde Stilgar era una sombra gris al lado de su madre.

—Venid todos —llamó Stilgar. Se volvió hacia Jessica—. Y ahora soy yo quien te pregunta a ti: ¿cómo podemos estar *nosotros* seguros de que cumplirás tu mitad en nuestro trato? Sois vosotros quienes vivís entre papeles y contratos desprovistos de valor que…

—Nosotras las Bene Gesserit no rompemos tampoco nuestras promesas —dijo Jessica.

Hubo un tenso silencio, lleno de murmullo de voces:

—¡Una bruja Bene Gesserit!

Paul empuñó el arma de la que se había apoderado y la apuntó hacia la oscura silueta de Stilgar, pero el hombre y sus compañeros permanecieron inmóviles, mirando a Jessica.

—Es la leyenda —dijo alguien.

—La Shadout Mapes informó esto de ti —dijo Stilgar—. Pero algo tan importante como lo que dices debe de ser probado. Si tú eres la Bene Gesserit de la leyenda, cuyo hijo nos llevará al paraíso… —se alzó de hombros.

Jessica suspiró, pensando: *Así pues, nuestra Missionaria Protectiva ha diseminado sus válvulas religiosas de seguridad incluso en este infierno. Bueno… nos servirán, y esta es precisamente su finalidad.*

—La vidente que os ha traído la leyenda —dijo— os la concedió bajo el vínculo del karama y del ijaz, el milagro y la inmutabilidad de la profecía… eso lo sé. ¿Queréis un signo?

Las aletas de la nariz del hombre se dilataron bajo el claro de luna.

—No hay tiempo para ritos —murmuró.

Jessica recordó un mapa que le había mostrado Kynes mientras organizaba la vía de escape de emergencia. Cuánto tiempo parecía haber pasado desde entonces. Había un lugar llamado «Sietch Tabr» en el mapa, y al lado una anotación: «Stilgar».

—Tal vez cuando lleguemos al Sietch Tabr —dijo.

La revelación lo impresionó, y Jessica pensó: *¡Si tan sólo supiera los trucos que usamos! Debía ser hábil esa Bene Gesserit de la Missionaria Protectiva. Estos Fremen están magníficamente preparados para creernos.*

Stilgar se agitó, inquieto.

—Tenemos que irnos ya.

Ella asintió, a fin de que él comprendiera que se ponían en marcha con su permiso.

El hombre miró hacia arriba en el macizo, casi directamente hacia la cornisa rocosa donde estaba agazapado Paul.

—Puedes bajar ya, muchacho. —Volvió su atención hacia Jessica, hablando con tono de disculpa—: Tu hijo ha hecho un ruido increíble escalando. Tiene mucho que aprender si no quiere ponernos a todos en peligro… pero es joven.

—No hay duda de que tenemos mucho que enseñarnos los unos a los otros —dijo Jessica—. Ahora deberías ocuparte de tu compañero. Mi ruidoso hijo lo ha desarmado un tanto brutalmente.

Stilgar se volvió bruscamente, haciendo ondear su capucha.

—¿Dónde?

—Tras esos arbustos —indicó ella.

—Id a ver —Stilgar hizo una seña a dos de sus hombres. Miró a los demás, identificándolos—. Falta Jamis. —Miró a Jessica—. También tu cachorro conoce tu extraño arte.

—Y observarás que tampoco se ha movido de donde está, pese a tus órdenes —dijo Jessica.

Los dos hombres que había enviado Stilgar regresaron llevando a un tercero que se tambaleaba y jadeaba. Stilgar le dirigió una breve mirada y luego volvió su atención a Jessica.

—El hijo sólo obedece tus órdenes, ¿eh? Bueno. Conoce la disciplina.

—Paul, puedes bajar ahora —dijo Jessica.

Paul se irguió, emergiendo al claro de luna y deslizando el arma Fremen en su cintura. Al volverse, otra figura apareció de entre las rocas y le hizo frente.

A la luz de la luna y al gris de la piedra, Paul vio una delgada figura con ropas Fremen, un rostro escondido entre las sombras que lo miraba bajo su capucha, y la boca de un arma de proyectiles apuntada hacia él asomando entre las ropas.

—Soy Chani, hija de Liet.

La voz era melodiosa, con una chispa de alegría.

—No te hubiera permitido hacer daño a mis compañeros —dijo.

Paul tragó saliva. La figura ante él se volvió al claro de luna y vio un rostro de elfo, unos ojos negros y profundos. Lo familiar de aquel rostro que había aparecido innumerables veces en sus visiones prescientes sorprendió a Paul, inmovilizándole. Recordó la rabiosa bravata con que en una ocasión había descrito aquel rostro soñado por él a la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam, añadiendo:

—La encontraré.

Y ahora estaba allí, ante él, pero este encuentro no lo había soñado.

—Has sido más ruidoso que un Shai-Hulud enfurecido —dijo ella—. Y has elegido el camino más difícil para subir. Sígueme: te mostraré el camino para bajar.

Salió de la hendidura ayudándose con manos y pies, y siguió su ondeante ropa entre el paisaje rocoso. Parecía moverse como una gacela, danzando entre las rocas. Paul sintió que la sangre afluía a su rostro y dio las gracias a la oscuridad de la noche.

¡Esa chica! Era como un toque del destino. Se sintió como cogido por una ola, en armonía con un movimiento que parecía exaltar sus pensamientos.

Poco después se encontraba entre los Fremen, al fondo de la depresión.

Jessica dirigió a Paul una pálida sonrisa, pero al hablar lo hizo a Stilgar:

—Creo que será un buen intercambio de enseñanzas. Espero que tú y tu gente no estéis irritados por nuestra violencia. Pareció… necesario. Estabais a punto de… cometer un error.

—Salvar a alguien del error es un regalo del paraíso —dijo Stilgar. Tocó sus labios con su mano izquierda, mientras tomaba el arma de la cintura de Paul con la otra mano y la arrojaba a un compañero—. Tendrás tu propia pistola maula cuando la hayas merecido, muchacho.

Paul estuvo a punto de decir algo, dudó, recordó las enseñanzas de su madre. *Los inicios son siempre momentos delicados.*

—Mi hijo tiene todas las armas que necesita —dijo Jessica. Miró a Stilgar, forzándolo a recordar cómo se había apoderado Paul del arma.

Stilgar miró al hombre desarmado por Paul, Jamis. Estaba de pie a un lado, con la cabeza baja, la respiración jadeante.

—Eres una mujer difícil —dijo. Alzó su mano izquierda hacia un compañero, haciendo chasquear los dedos—. *Kushti bakka te.*

Más chakobsa , pensó Jessica.

El hombre puso dos cuadrados de tela en la mano de Stilgar. Este los enrolló entre sus dedos y anudó el primero alrededor del cuello de Jessica, bajo la capucha, anudando el otro alrededor del cuello de Paul de la misma forma.

—Ahora lleváis el pañuelo del bakka —dijo—. Si tuviéramos que separarnos, seréis reconocidos como pertenecientes al sietch de Stilgar. Hablaremos de armas en otra ocasión.

Avanzó entre sus hombres, inspeccionándolos, y le entregó a uno de ellos la Fremochila de Paul para que se la llevara.

Bakka , pensó Jessica, reconociendo el término religioso: *Bakka… el que llora.* Captó como el simbolismo de los pañuelos les unía. *¿Pero por qué ha de unirnos el llanto?* , se preguntó.

Stilgar se acercó a la joven que había turbado a Paul y le dijo:

—Chani, toma al muchacho-hombre bajo tus alas. Vela por él.

Chani tocó el brazo de Paul.

—Vamos, muchacho-hombre.

Paul reprimió la cólera en su voz.

—Mi nombre es Paul —dijo—. Será mejor que tú…

—Nosotros te daremos un nombre, pequeño hombre —dijo Stilgar—, en el tiempo del nihma, en la prueba de aquí.

La prueba de la razón , tradujo Jessica. Y de improviso la necesidad de afirmar la superioridad de Paul barrió toda otra consideración.

—¡Mi hijo ha superado la prueba del gom jabbar! —gritó.

En el profundo silencio que siguió, supo que los había alcanzado muy en el fondo de su corazón.

—Hay muchas cosas que ignoramos los unos de los otros —dijo Stilgar —. Pero nos estamos entreteniendo demasiado. El sol del día no debe encontrarnos al abierto. —Se acercó al hombre al que Paul había golpeado y preguntó—: Jamis, ¿puedes andar?

—Me cogió por sorpresa —dijo éste con un gruñido—. Fue un accidente. Puedo andar.

—No fue un accidente —dijo Stilgar—. Te hago responsable con Chani de la seguridad del muchacho, Jamis. Esta gente está bajo mi protección.

Jessica miró al hombre, Jamis. Era la voz que había discutido con Stilgar en las rocas. Era una voz que hablaba de muerte. Y Stilgar había tenido que imponer toda su autoridad con aquel Jamis.

Stilgar pasó nuevamente revista a su grupo, señalando a dos hombres.

—Larus y Farrukh, iréis detrás y borraréis nuestras huellas. Aseguraos de que no quede ninguna. Prestad mayor atención de lo acostumbrado… llevamos con nosotros a dos personas que no han sido adiestradas. —Se volvió, alzó una mano y señaló al lado opuesto de la depresión—. En formación, con guardias a los dos flancos. Debemos llegar a la Caverna de la Cresta antes del alba.

Jessica se situó al paso con Stilgar, contando las cabezas. Eran cuarenta Fremen… con ella y Paul cuarenta y dos. Y pensó: Marchan como una compañía militar… incluso la chica, Chani.

Paul se situó detrás de Chani. La penosa impresión de haberse dejado coger por la espalda se estaba mitigando. En su mente estaba ahora el recuerdo de las palabras gritadas por su madre: «¡Mi hijo ha superado la prueba del gom jabbar!». La mano empezó a escocerle ante el recuerdo del atroz dolor.

—Fíjate por donde andas —siseó Chani—. No roces ningún arbusto o dejarás una huella de nuestro paso.

Paul tragó saliva, asintiendo.

Jessica prestaba oído al sonido de los pasos, distinguiendo los suyos y los de Paul, maravillándose de la forma como se movían los Fremen. Eran cuarenta atravesando la depresión, pero sólo se oían los sonidos naturales del lugar. Sus ropas, flotando entre las sombras, parecían fantasmales velos. Su destino era el Sietch Tabr… el sietch de Stilgar.

La palabra giró y volvió a girar en su mente: sietch. Era un término chakobsa, inmutable por largos siglos en el antiguo lenguaje de los cazadores. Sietch: un lugar de reunión en los momentos de peligro. Las profundas implicaciones de la palabra y del lenguaje comenzaban apenas a tener un significado para ella después de la tensión de su encuentro.

—Avanzamos aprisa —dijo Stilgar—. Con la ayuda de Shai-Hulud, estaremos en la Caverna de la Cresta antes del alba.

Jessica asintió, reservando sus fuerzas, consciente del tremendo cansancio que sólo conseguía superar gracias a su voluntad… y, tuvo

que admitirlo, por la especial embriaguez del momento. Su mente se concentró en el valor de aquella gente, recordando todo lo que le había sido revelado de la cultura Fremen.

Todos ellos , pensó, *una cultura entera adiestrada en un orden militar. ¡Qué inestimable potencia para un Duque en el exilio!*

32

Los Fremen eran supremos en aquella cualidad que los antiguos llamaban «spannungsbogen»… que es la demora que se impone uno mismo entre el deseo de algo y el acto de conseguirlo.

De *La sabiduría de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Al alba se acercaban a la Caverna de la Cresta, avanzando a través de la pared de la depresión por una hendidura tan estrecha que los obligaba a ir de lado. Jessica vio que Stilgar destacaba guardias a la pálida luz del alba, y los siguió por un momento con la mirada mientras iniciaban la escalada del contrafuerte.

Paul volvió la mirada hacia arriba, observando la suave luz gris azul del cielo que la montaña parecía partir en dos.

Chani tiró de sus ropas para que se apresurara.

—No te entretengas —dijo—. Es casi de día.

—¿Dónde han ido los hombres que han escalado por encima de nosotros? —murmuró Paul.

—El primer turno de guardia del día —dijo ella—. ¡Y ahora, apresúrate!

Una guardia al exterior , pensó Paul. *Inteligente. Pero hubiera sido mejor acercarnos al lugar en grupos separados. Menos riesgos de que nuestras fuerzas puedan ser aniquiladas.* Se detuvo un instante en aquel pensamiento, dándose cuenta de que era un pensamiento de guerrilla, y recordó que el temor de su padre había sido precisamente el de que los Atreides se vieran convertidos en esto, una casa de guerrilla.

—Aprisa —susurró Chani.

Paul apresuró el paso, sintiendo el roce de las ropas tras él. Pensó en aquellas palabras del sirat que había leído en la minúscula Biblia Católica Naranja de Yueh:

«El Paraíso a mi derecha, el Infierno a mi izquierda, y el Ángel de la Muerte tras de mí». Repitió varias veces la cita en su mente.

Franquearon una curva, y el pasaje se hizo más ancho. Stilgar estaba de pie a un lado, indicando una abertura baja de ángulos rectos.

—¡Aprisa! —siseó—. Seremos como conejos en una jaula si una patrulla nos sorprende aquí.

Paul se agachó y siguió a Chani dentro de la caverna, iluminada por una débil luz gris que provenía de algún punto ante ellos.

—Puedes alzarte —dijo ella.

Se irguió, estudiando el lugar: una amplia y profunda cavidad, con un techo abovedado que estaba fuera del alcance de la mano tendida hacia arriba. La gente se dispersó entre las sombras. Paul vio a su madre de pie a un lado, examinando a sus compañeros. Y observó que evitaba mezclarse con los Fremen, pese a que iban vestidos del mismo modo. Su forma de moverse seguía teniendo la misma gracia, la misma fuerza de siempre.

—Encuentra un lugar para descansar y no molestar, muchacho-hombre —dijo Chani—. Aquí hay comida —puso en su mano un par de bocados envueltos en hojas. Olían fuertemente a especia.

Stilgar apareció detrás de Jessica y dio una orden a un grupo a su izquierda.

—Sellad la puerta y ocupaos del control de la humedad. —Se volvió hacia otro Fremen—: Lemil, trae los globos. —Tomó a Jessica por el brazo—: Quiero enseñarte algo, extraña mujer. —La empujó alrededor de una prominencia rocosa hacia la fuente de luz.

Jessica se halló ante otra hendidura de la roca que se abría al exterior, muy alta en la pared cortada a pico, sobre otra depresión de diez o doce kilómetros de ancho. La depresión estaba rodeada por altos farallones. Grupos de plantas estaban diseminados por toda su superficie.

Mientras contemplaba la depresión a la grisácea luz del alba, el sol surgió por encima de la lejana escarpadura, iluminando un paisaje de rocas y arena color terracota. Y notó como el sol de Arrakis surgía tan rápidamente que parecía saltar sobre el horizonte.

Esto es debido a que nosotros querríamos retenerlo , pensó. *La noche es más segura que el día.* Se sorprendió soñando en un arco iris, en aquel lugar que nunca debía haber conocido la lluvia. *Debo suprimir esta nostalgia* , pensó. *Es una debilidad. No puedo permitirme el ser débil.*

Stilgar la aferró del brazo y señaló hacia la depresión.

—¡Allá! ¡Observa, los verdaderos drusos!

Ella miró hacia donde él señalaba, viendo algo que se movía: gente en el fondo de la depresión, huyendo de la claridad del día, buscando las sombras de las rocas al pie del otro farallón. A pesar de la distancia, sus

movimientos se divisaban claramente en el límpido aire. Sacó sus binoculares de entre sus ropas, y enfocó las lentes de aceite hacia aquellos lejanos hombres. Los pañuelos flotaban como multicolores mariposas.

—Ese es nuestro hogar —dijo Stilgar—. Estaremos allí esta noche. —Contempló la depresión, tirando de su bigote—. Mi gente ha trabajado más que de costumbre. Esto quiere decir que no habrá patrullas por los alrededores. Cuando los haya advertido se prepararán para recibirnos.

—Tu gente tiene una buena disciplina —dijo Jessica. Bajó los binoculares, viendo que Stilgar la estaba observando.

—Obedecen a las leyes de preservación de la tribu —dijo él—. Así es como elegimos a nuestros jefes. El jefe es aquel que es más fuerte, el que procura agua y seguridad —fijó su atención en el rostro de ella.

Jessica sostuvo su mirada, notando sus ojos desprovistos de blanco, los párpados manchados, la barba y el bigote llenos de polvo, el tubo fijado a su nariz y que se hundía en el destiltraje.

—¿He comprometido tu posición de jefe venciéndote, Stilgar? —preguntó ella.

—No me habías desafiado —dijo él.

—Es importante que un jefe conserve el respeto de sus hombres —dijo ella.

—No hay ninguno de esos piojosos de arena que yo no pueda revolcar por el suelo —dijo Stilgar—. Venciéndome a mí, nos has vencido a todos nosotros. Ahora todos esperan de ti… tu extraño arte… y algunos se sienten curiosos por saber si vas a desafiarme.

Ella sopesó las implicaciones.

—¿A un combate formal?

Él asintió.

—No te lo aconsejo, porque no te seguirían. Tú no eres de la arena. Lo han podido ver en nuestra marcha nocturna.

—Gente práctica —dijo ella.

—Es cierto. —Miró hacia la depresión—. Conocemos nuestras necesidades. Pero los pensamientos no son tan profundos ahora que estamos tan cerca de casa. Hemos perdido demasiado tiempo en entregar nuestra cuota de especia a los comerciantes libres para esa maldita Cofradía… cuyos rostros se vuelvan negros por siempre.

Jessica se inmovilizó en el acto de volverse hacia otro lado y miró fijamente a su rostro.

—¿La Cofradía? ¿Qué tiene que ver la Cofradía con vuestra especia?

—Es una orden de Liet —dijo Stilgar—. No sabemos la razón, pero es algo que tiene un gusto amargo para nosotros. Pagamos a la Cofradía una cantidad monstruosa en especia para que ningún satélite nos espíe desde el cielo y sepa lo que hacemos en la superficie de Arrakis.

Ella sopesó sus palabras, recordando lo que Paul había dicho para explicar el hecho de que el cielo arrakeno estuviera limpio de satélites.

—¿Y qué hacéis en la superficie de Arrakis que no pueda ser visto?

—La cambiamos… lenta pero seguramente… para adaptarla a la vida humana. Nuestra generación no lo verá, ni tampoco nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos, ni los hijos de los hijos de nuestros hijos… pero llegará el día. —Su ausente mirada vagó por la depresión—. Agua al cielo abierto, y plantas verdes, y gente caminando libremente sin destiltrajes.

Este es pues el sueño de Liet-Kynes , pensó Jessica. Y dijo:

—La corrupción es peligrosa; su precio tiende a aumentar cada vez más.

—Aumenta —dijo él—, pero la manera más lenta es la más segura.

Jessica se volvió, mirando la depresión, intentando verla tal como la veía Stilgar en su imaginación. Vio tan sólo las manchas ocre y gris de las distantes rocas, y un repentino movimiento en el cielo sobre los farallones.

—Ahhhh… —dijo Stilgar.

Al principio, Jessica pensó en un vehículo de patrulla, pero luego se dio cuenta de que se trataba de un espejismo… otro paisaje suspendido sobre el arenoso desierto, un lejano verde tremolante y, a media distancia, un enorme gusano avanzando por la superficie con algo que parecían ropas Fremen ondeando en su lomo.

El espejismo se desvaneció.

—Sería mejor cabalgar —dijo Stilgar—, pero no podemos permitir un hacedor dentro de esta depresión. Así que tendremos que caminar de nuevo esta noche.

Hacedor… este es el nombre que le dan al gusano , pensó ella.

Midió la importancia de aquella palabra, la afirmación de que no podían *permitir* un gusano en su depresión. Ahora comprendía lo que había visto en el espejismo… Fremen cabalgando a lomos de un gigantesco gusano. Necesitó todo su control para no traicionar el shock de lo que implicaba aquello.

—Debemos volver con los demás —dijo Stilgar—. De otro modo, mi gente podría sospechar que te estoy seduciendo. Algunos ya se sienten celosos porque mis manos rozaron tu belleza la pasada noche, mientras luchábamos en la Depresión de Tuono.

—¡Ya basta! —cortó Jessica.

—No quería ofenderte —dijo Stilgar, y su voz era gentil—. Entre nosotros nunca tomamos a una mujer contra su voluntad… y contigo… —se alzó de hombros—… ni siquiera esta convención cuenta.

—No olvides que yo era la dama de un duque —dijo ella, pero su voz era más tranquila.

—Como quieras —dijo él—. Ya es tiempo de sellar esta abertura para permitir una relajación de la disciplina de los destiltrajes. Mi gente necesita descansar confortablemente hoy. Sus familias no les concederán un instante de respiro mañana.

El silencio flotó entre ellos.

Jessica miró al paisaje iluminado por el sol. Había algo más en la voz de Stilgar… la inexpresada oferta de algo distinto a *protección* . ¿Quizá necesitaba una mujer? Comprendió que ella podría cumplir muy bien con aquel papel. Sería una forma de resolver cualquier conflicto sobre la jefatura de la tribu: la hembra alineada junto al macho.

¿Pero qué ocurriría entonces con Paul? ¿Cuáles eran al respecto las reglas de parentesco? ¿Y qué ocurriría con la hija aún no nacida que llevaba en su seno desde hacía unas semanas? ¿Con la hija de un Duque muerto? Hizo frente al verdadero significado de aquella nueva criatura que crecía en ella, el auténtico origen que había permitido aquella concepción. Conocía cual era… había cedido al profundo instinto de todas las criaturas enfrentadas a la muerte: alcanzar la inmortalidad a través de la progenie. El impulso de la fertilidad de las especies siempre había triunfado en ellas.

Jessica miró a Stilgar y vio que estaba estudiándola, esperando. *Una hija nacida aquí de una mujer casada con tal hombre… ¿cuál sería su destino?* , se preguntó. *¿Intentaría obstaculizar las obligaciones a las cuales está sometida una Bene Gesserit?*

Stilgar carraspeó, revelando haber intuido la mayor parte de las preguntas que se hacía ella mentalmente.

—Lo más importante en un jefe es lo que ha hecho de él un jefe: Las necesidades de su pueblo. Si me enseñas tus poderes, llegará un día en que uno de los dos tendrá que desafiar al otro. Preferiría otra alternativa.

—¿Acaso existen varias alternativas? —preguntó ella.

—La Sayyadina —dijo él—. Nuestra Reverenda Madre es vieja.

¡Su Reverenda Madre!

Antes de que pudiera replicar, él dijo:

—No me ofrezco necesariamente como compañero. No es nada personal, aunque tú eres hermosa y deseable. Pero si te convirtieras en una de mis mujeres, esto podría conducir a que algunos de mis hombres más jóvenes creyeran que me preocupo más de los placeres de la carne que de las necesidades de la tribu. Incluso ahora están mirándonos y escuchándonos.

Un hombre que medita sus decisiones y las consecuencias , pensó ella.

—Hay algunos, entre los jóvenes de mi tribu, que han alcanzado la edad de los pensamientos salvajes —dijo él—. Han de ser guiados cautelosamente durante este período. No debo darles ninguna razón válida para desafiarme. Porque entonces tendré que matar o herir a algunos de ellos. Esta no es una forma razonable de actuar para un jefe, si puede evitarla honorablemente. Un jefe, comprende, es lo que diferencia a un pueblo de una turba. Mantiene el nivel de individualidad. Demasiada poca individualidad, y el pueblo se convierte en una turba.

Sus palabras, la profundidad de su consciencia, el hecho de que hablara tanto para ella como para los que escuchaban secretamente, obligaron a Jessica a reevaluarlo.

Tiene valía , pensó. *¿Dónde habrá aprendido este equilibrio interno?*

—La ley que establece nuestro modo de elegir un jefe es una ley justa —dijo Stilgar—. Pero a veces ocurre que esta justicia no es lo que el pueblo necesita en un momento determinado. Actualmente, lo que más necesitamos es crecer y prosperar, a fin de extender nuestras fuerzas por un territorio cada vez más amplio.

¿Cuáles son sus antepasados? , se preguntó ella. *¿Cómo se obtiene tal raza?*

—Stilgar —dijo—, te he subestimado.

—Eso sospechaba —dijo él.

—Aparentemente, cada uno de nosotros ha subestimado al otro —dijo ella.

—Quisiera poner fin a todo esto —dijo Stilgar—. Quisiera ser tu amigo… y ofrecerte mi confianza. Me gustaría que naciera entre nosotros ese respeto que crece en el pecho sin exigir la mezcla de sexos.

—Comprendo —dijo ella.

—¿Tienes confianza en mí?

—Siento que eres sincero.

—Entre nosotros —dijo él—, las Sayyadina, cuando no representan la autoridad oficial, tienen derecho a un lugar de honor. Enseñan. Mantienen la potencia de Dios entre nosotros —se tocó el pecho.

Este es el momento de aclarar el misterio de su Reverenda Madre , pensó Jessica. Dijo:

—Has hablado de vuestra Reverenda Madre… y he oído alusiones a leyendas y profecías.

—Se ha dicho que una Bene Gesserit y su hijo detentan la llave de nuestro futuro —dijo él.

—¿Crees que yo sea esa Bene Gesserit?

Observó el rostro del hombre, pensando: *El brote joven muere muy fácilmente. Los inicios son siempre tiempos de gran peligro.*

—No lo sabemos —dijo él.

Ella asintió, pensando: *Es un hombre honrado. Quiere un signo de mí pero no influenciará al destino dándome él este signo.*

Jessica volvió la cabeza y miró a través de la hendidura hacia las sombras doradas, las sombras púrpuras, la vibración del polvoriento aire de la depresión. Su mente fue repentinamente invadida por una prudencia felina. Conocía el canto de la Missionaria Protectiva, sabía cómo adaptar las técnicas de la leyenda y del miedo para sus necesidades más inmediatas, pero captó que en aquel lugar se habían producido cambios… como si alguien hubiera venido entre aquellos Fremen y se hubiera servido para sus propias necesidades de la impronta dejada por la Missionaria Protectiva.

Stilgar carraspeó.

Jessica captó su impaciencia, comprendió que el día estaba avanzando y que los hombres querían sellar aquella abertura. Era el tiempo de jugar

audazmente, y fue consciente de lo que necesitaba: algún dar al-hikman, alguna escuela de traducción que le permitiera…

—Adab —susurró.

Su mente pareció replegarse de pronto sobre sí misma. Reconoció la sensación, y su pulso se aceleró. Nada en todo el adiestramiento Bene Gesserit iba acompañado de una señal como aquella. Podía ser tan sólo el adab, la memoria que se despertaba por sí misma a la llamada. Se abandonó y dejó que las palabras surgieran de su boca.

—Ibn qirtaiba —dijo—, tan lejos como el lugar donde termina el polvo —alzó un brazo, liberándolo de los pliegues de su ropa, vio a Stilgar desorbitar sus ojos, oyó el roce de muchas ropas a su espalda—, veo un… Fremen con el libro de los ejemplos —entonó—. Lo lee a al-Lat, el sol al que ha desafiado y dominado. Lo lee a los Sadus del Juicio, y esto es lo que lee:

Mis enemigos son como hojas verdes devoradas

Creciendo en el camino de la tormenta.

¿No habéis visto lo que ha hecho nuestro Señor?

Ha enviado la pestilencia sobre aquellos

Que han tramado contra nosotros.

Ahora son como pájaros dispersados por el cazador.

Sus complots son cebo envenenado

que todas las bocas rechazan.

Se sintió invadida por un temblor. Dejó caer su brazo. Detrás de ella, en las profundas sombras de la caverna, le llegó en respuesta un murmullo de muchas voces:

—Sus obras han sido destruidas.

—El fuego de Dios monta en tu corazón —dijo ella. Y pensó: *Ahora la cosa va bien encaminada.*

—El fuego de Dios nos ilumina —fue la respuesta.

Ella asintió.

—Tus enemigos caerán.

—Bi-lal kaifa —respondieron.

En el repentino silencio, Stilgar se inclinó ante ella.

—Sayyadina —dijo—. Si Shai-Hulud lo acepta, podrás dar el paso interior como Reverenda Madre.

Paso interior , pensó ella. *Una extraña manera de expresarse. Pero el resto se corresponde bastante bien con el canto.* Y sintió una cínica amargura por lo que acababa de hacer. *Nuestra Missionaria Protectiva falla raras veces. Ha preparado un lugar para nosotras en este desolado mundo. Cavado con la ayuda de la plegaria del salat. Ahora… debo llevar adelante el papel de Auliya, la Amiga de Dios… la Sayyadina de ese pueblo vagabundo tan impregnado por las profecías Bene Gesserit que incluso dan el nombre de Reverenda Madre a sus sacerdotisas.*

Paul permanecía al lado de Chani en las sombras de la caverna. Conservaba aún el sabor de la comida que ella le había dado: carne de pájaro y cereales amasados con miel de especia y envueltos en una hoja. Comiendo aquello, se había dado cuenta de que nunca antes había absorbido tal concentración de especia, y por un instante había sentido miedo. Sabía lo que aquella esencia podía hacer con él… *el cambio de la especia* que empujaría a su mente hacia una mayor consciencia presciente.

—*Bi-lal kaifa* —susurró Chani.

La miró, y vio la emoción con la cual los Fremen escuchaban las palabras de su madre. Tan sólo el hombre llamado Jamis se mantenía aparte, inmóvil, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—*Duy yakha hin mange* —susurró Chani—. *Duy punra hin mange.* Tengo dos ojos. Tengo dos pies.

Y miró a Paul con ojos de estupor.

Paul inspiró profundamente, intentando reprimir aquella tormenta que había en su interior. Las palabras de su madre habían desencadenado el efecto de la esencia de especia, y su voz había danzado en él como las sombras de una fogata. Había percibido el cinismo en ella… ¡la conocía tan bien!… pero nada podía detener aquella transformación iniciada con algunos bocados de comida.

¡La terrible finalidad!

La sentía, aquella consciencia racial a la cual no podía escapar. Aquella mente suya tan aguda, aquel flujo de informaciones, la fría precisión de su conocimiento. Se dejó deslizar hasta el suelo, apoyando su espalda en la roca, abandonándose. Su consciencia fluyó hacia aquel estrato intemporal desde el cual podía ver el tiempo, percibir y sentir abiertos ante él los vientos del futuro… los vientos del pasado: pasado, presente y futuro vistos a través de un solo ojo… todos ellos combinados en una

visión trinocular que le permitía ver el tiempo como si se hubiera convertido en espacio.

Existía el peligro, lo sentía, de ir demasiado lejos, por lo que tenía que aferrarse desesperadamente al presente, sintiendo la imprecisa distorsión de la experiencia, el fluir del momento, la continua solidificación del lo-que-es en el perpetuo-era.

Aferrándose al presente, percibió por primera vez la monumental regularidad del movimiento del tiempo, complicada por vórtices, olas, flujos y reflujos, como la resaca batiendo contra los arrecifes. Esto le proporcionó una nueva comprensión de su presciencia, y percibió la fuente del ciego fluir del tiempo, la fuente del error en él, con una inmediata sensación de miedo.

La presciencia, comprendió, era una iluminación que incorporaba los límites de lo que revelaba… una combinación de exactitud y de errores significativos. Una especie de indeterminación de Heisenberg intervenía: la propia energía de sus visiones alteraba, en el mismo instante de producirse, lo que veía.

Y lo que veía era el nexo temporal de aquella caverna, un rebullir de posibilidades concentrado allí, en el cual la acción más imperceptible —un parpadeo, una palabra irreflexiva, un grano de arena mal situado— actuaba como una gigantesca palanca, a través de todo el universo conocido. La violencia estaba presente con un número tal de variantes que el más mínimo movimiento desencadenaba inmensas alteraciones en el esquema.

Esta visión lo empujó a una absoluta inmovilidad, pero incluso esta inmovilidad era una acción que tendría sus consecuencias.

Innumerables consecuencias… líneas divergentes dimanando de aquella caverna, y a lo largo de gran parte de aquellas líneas de consecuencia pudo ver su propio cadáver, con sangre derramándose de una horrenda herida de cuchillo.

33

Mi padre, el Emperador Padishah, tenía setenta y dos años y no aparentaba más de treinta y cinco cuando decidió la muerte del Duque Leto y la restitución de Arrakis a los Harkonnen. Raramente aparecía en público con otro atuendo que un uniforme Sardaukar y un yelmo de Burseg, negro, con el león Imperial en oro en su cimera. El uniforme era un desafiante recuerdo de cuál era la fuente de su poder. Pero no siempre se mostraba tan agresivo. Cuando quería, sabía irradiar simpatía y sinceridad, pero en estos últimos tiempos, a muchos años de distancia, me pregunto a menudo si todo en él era como parecía. Pienso más bien que era un hombre que luchaba constantemente contra los barrotes de una jaula invisible. No hay que olvidar que era el Emperador, la cabeza de una dinastía cuyos orígenes se perdían en el tiempo. Pero nosotros le negamos un hijo legítimo. ¿No es este el más terrible fracaso que pueda sufrir un jefe? Mi madre obedeció a sus Hermanas Superiores allí donde desobedeció Dama Jessica. ¿Cuál de las dos fue más fuerte? La historia ya ha contestado a esta pregunta.

En la casa de mi padre , por la PRINCESA IRULAN

Jessica se despertó en la oscuridad de la caverna, sintiendo el agitarse de los Fremen a su alrededor, el acre olor de los destiltrajes. Su sentido del tiempo le informó que afuera la noche llegaría muy pronto, aislada del desierto por las placas de plástico que capturaban la humedad de sus cuerpos en sus superficies.

Se dio cuenta de que se había permitido abandonarse al sueño relajador después de la gran fatiga, y esto sugería que inconscientemente aceptaba su seguridad personal en el seno de la gente de Stilgar. Se volvió en la hamaca que había formado con sus ropas, se dejó deslizar hasta el suelo rocoso y se calzó sus botas del desierto.

Debo recordar aflojar a medias los cierres de mis botas a fin de facilitar la acción de bombeo de mi destiltraje , pensó. *Hay tantas cosas que debo recordar.*

Tenían aún en la boca el sabor de su comida de la mañana: la carne de pájaro con cereal amasado con miel de especia —todo ello enrollado en una hoja—, y se dio cuenta de que el tiempo allí estaba invertido: la noche era el día de actividad y el día el tiempo de reposo.

La noche esconde; la noche es más segura.

Soltó sus ropas de los puntos de fijación en el nicho de roca, tanteó hasta encontrar la parte alta del vestido y se lo puso.

¿Cómo enviar un mensaje a las Bene Gesserit?, se preguntó. Tenía que informar de su fuga y del refugio arrakeno que había encontrado.

Al otro lado de la caverna se encendieron algunos globos. Vio gente moviéndose, y entre ella a Paul, ya vestido, con la capucha echada hacia atrás, revelando el aquilino perfil de los Atreides.

Se había comportado de una forma un tanto extraña antes de retirarse, pensó. Ausente. Como si hubiera regresado de entre los muertos, no aún del todo consciente, con los ojos vítreos, semicerrados, vueltos hacia su interior. Esto le recordó lo que le había dicho acerca de la dieta impregnada en especia: adictiva.

¿Tendrá otros efectos colaterales? , se preguntó. *Ha dicho que existía alguna relación con sus facultades prescientes, pero ha permanecido extrañamente silencioso respecto a sus visiones.*

Stilgar surgió de las sombras a su derecha, avanzando hacia el grupo bajo los globos. Jessica observó su andar prudente, felino, el modo como sus dedos jugueteaban con su barba.

El miedo la aferró de pronto, cuando sus sentidos le revelaron las visibles tensiones en la gente que rodeaba a Paul… los reticentes movimientos, las posiciones rituales.

—¡Tienen mi protección! —tronó Stilgar.

Jessica reconoció al hombre al que se dirigía Stilgar: ¡Jamis! Vio la rabia de Jamis en la rigidez de sus hombros.

¡Jamis, el hombre al que Paul venció! , pensó.

—Conoces la regla, Stilgar —dijo Jamis.

—¿Quién la conoce mejor que yo? —respondió Stilgar, y había un tono apaciguador en su voz, el intento de calmar los ánimos.

—Elijo el combate —gruñó Jamis.

Jessica se apresuró a través de la caverna, sujetando el brazo de Stilgar.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Es la regla del amtal —dijo Stilgar—. Jamis exige la prueba de que vosotros sois los de la leyenda.

—Puede elegir un paladín —dijo Jamis—. Si su paladín vence, entonces hay verdad en ella. Pero está dicho… —miró a la gente que se apretujaba a su alrededor—… que no escogerá paladín entre los Fremen: ¡así que tiene que ser su propio compañero!

¡Quiere un combate mano a mano con Paul! , pensó Jessica.

Soltó el brazo de Stilgar, avanzando un paso.

—Yo soy el paladín de mí misma —dijo—. El sentido es lo bastante simple como para…

—¡Tú no nos dictarás nuestras reglas! —cortó Jamis—. No, sin más pruebas que las que nos has dado. Stilgar puede haberte sugerido esta mañana las palabras que había que decir para engañarnos, y lo único que has tenido que hacer es repetirlas.

Podría vencerte , pensó Jessica, *pero esto entraría en conflicto con su interpretación de la leyenda.* Y se preguntó de nuevo de qué modo había podido ser alterado el trabajo de la Missionaria Protectiva en aquel planeta.

Stilgar miró a Jessica, y habló en voz baja pero de forma que todos pudieran oírle:

—Jamis es un hombre que conserva el rencor, Sayyadina. Tu hijo lo ha vencido y…

—¡Fue un accidente! —rugió Jamis—. Había brujería en la Depresión de Tuono. ¡Y ahora voy a probarlo!

—… y yo mismo lo he vencido también —prosiguió Stilgar—. Busca en el desafío tahaddi vengarse también de mí. Hay demasiada violencia en Jamis para que alguna vez sea un buen jefe: demasiada ghafla, demasiada inestabilidad. Tiene su boca llena de reglas pero su corazón vuelto al sarfa, el alejamiento de Dios. No, nunca será un buen jefe. Hasta ahora le he perdonado estas cosas porque es un buen combatiente, pero esta rabia que le corroe lo hace peligroso para sí mismo y para su gente.

—¡Stilgaaar! —rugió Jamis.

Y Jessica comprendió lo que intentaba Stilgar, atraer hacia él el furor de Jamis, obligarlo a desafiarle a él en vez de a Paul.

Stilgar hizo frente a Jamis, y Jessica oyó de nuevo el deseo de apaciguar en la resonante voz.

—Jamis, es tan sólo un muchacho. Él…

—Tú le has llamado hombre —dijo Jamis—. Su madre *dice* que ha afrontado el gom jabbar. Su carne es firme y rezuma agua. Aquellos que han llevado su mochila dicen que hay litrojons de agua en ella. ¡Litrojons! Y nosotros continuamos sorbiendo nuestros bolsillos de recuperación al primer indicio de rocío.

Stilgar miró a Jessica.

—¿Es eso cierto? ¿Hay agua en vuestra mochila?

—Sí.

—¿Litrojons?

—Dos litrojons.

—¿Qué pensabais hacer con semejante riqueza?

¿Riqueza? , pensó Jessica. Agitó la cabeza, consciente de la repentina frialdad en la voz del hombre.

—Allí donde nací, el agua cae del cielo y corre sobre la tierra formando largos ríos —dijo—. Los océanos son tan vastos que desde una orilla no se puede ver la otra. No he sido educada en vuestra disciplina del agua. Nunca he tenido que pensar así.

Un suspiro se elevó de la gente reunida a su alrededor:

—El agua cae del cielo y corre *sobre* la tierra…

—¿Sabes que algunos de entre nosotros han perdido el agua de sus bolsillos de recuperación por accidente, y estarán en peligro antes de haber alcanzado Tabr esta noche?

—¿Cómo podía saberlo? —Jessica agitó su cabeza—. Si la necesitan, dales el agua de nuestra mochila.

—¿Esto es lo que pensabais hacer con vuestra riqueza?

—Pensábamos salvar vidas —dijo ella.

—No nos compraréis con vuestra agua —gruñó Jamis—. Y tú tampoco conseguirás que vuelva mi furor hacia ti, Stilgar. Ya veo que quieres que te desafíe a ti antes de haber podido probar mis palabras.

Stilgar hizo frente a Jamis.

—¿Estás decidido a obligar a este muchacho a combatir, Jamis? —su voz era baja, venenosa.

—Ella debe elegir un paladín.

—¿Incluso si tiene mi protección?

—Invoco la regla del amtal —dijo Jamis—. Es mi derecho.

Stilgar asintió.

—En este caso, si el muchacho no te atraviesa, tendrás que enfrentarte con mi cuchillo inmediatamente después. Y esta vez mi hoja no se detendrá.

—No podéis hacer esto —dijo Jessica—. Paul es tan sólo…

—Tú no puedes intervenir, Sayyadina —dijo Stilgar—. Oh, sé que puedes vencerme, y también puedes vencer a cualquiera de nosotros, pero no puedes vencernos a todos juntos. Así debe ser; es la regla del amtal.

Jessica permaneció silenciosa, mirándolo a la verde luz de los globos, descubriendo la rigidez demoníaca que se había apoderado de pronto de sus rasgos. Pasó su atención a Jamis, observó su ceñuda expresión y pensó: *Hubiera debido ver esto antes. Rumía. Es del tipo silencioso, de los que trabajan en lo más profundo de sí mismos. Tendría que haber estado preparada.*

—Si hieres a mi hijo —dijo— tendrás que enfrentarte conmigo. Te desafío. Te despedazaré como a un…

—Madre —Paul avanzó, tocando su brazo—. Quizá si me explico con Jamis, entonces…

—¡Explicarte! —se burló Jamis.

Paul calló, mirando al hombre. No sentía miedo de él. Jamis parecía torpe en sus movimientos, y había caído muy pronto en su encuentro nocturno en la arena. Pero Paul percibía aún el rebullir de los nexos de aquella caverna, recordaba su presciente visión de sí mismo muerto por un cuchillo. Había tan pocos caminos de escape para él en aquella visión…

—Sayyadina —dijo Stilgar—, ahora debes retirarte hacia…

—¡Deja de llamarla Sayyadina! —dijo Jamis—. Eso aún tiene que ser probado. ¡Ella conoce la plegaria! ¿Y qué? Cualquier niño entre nosotros la sabe.

Ha hablado suficiente , pensó Jessica. *Tengo su registro. Podría inmovilizarlo con una sola palabra.* Vaciló. *Pero no puedo inmovilizarlos a todos.*

—Entonces me responderás —dijo Jessica, y su voz era como un lamento, con una llamada en la última palabra.

Jamis la miró, con un visible temor en su rostro.

—Te enseñaré el dolor —dijo ella en el mismo tono—. Recuerda esto mientras combates. Tu agonía será tan grande que comparado con ella el gom jabbar será un recuerdo agradable. Te retorcerás con todo tu…

—¡Intenta embrujarme! —gritó Jamis. Cerró el puño y lo colocó tras su oreja—. ¡Invoco el silencio sobre ella!

—Que así sea, entonces —dijo Stilgar. Lanzó una mirada imperativa a Jessica—. Si sigues hablando, Sayyadina, sabremos que ha sido tu brujería y tendrás que pagar. —Hizo un signo con la cabeza para que retrocediera.

Jessica sintió algunas manos que la empujaban hacia atrás, pero se dio cuenta que lo hacían sin agresividad. Vio a Paul separado de los demás, y el rostro de elfo de Chani inclinándose hacia él y susurrándole algo al oído, mientras hacía una inclinación con la cabeza hacia Jamis.

Se formó un círculo. Fueron colocados más globos y todos ellos regulados al amarillo.

Jamis penetró en el círculo, se quitó sus ropas y las entregó a alguien del grupo. Permaneció inmóvil, enfundado en su destiltraje gris, remendado y manchado. Por un momento, inclinó la cabeza hacia su hombro y bebió del tubo de un bolsillo de recuperación. Luego se irguió y se quitó también el traje, entregándolo cuidadosamente a los demás. Después esperó, vestido tan sólo con un taparrabos y un trozo de paño enrollado a sus pies, y con un crys en su mano derecha.

Jessica observó a la chica Chani ayudando a Paul, vio que le ponía un crys en su palma, vio a él cogerlo, sopesarlo, comprobar su equilibrio. Y Jessica recordó que Paul había sido adiestrado en el prana y bindu, nervio y fibra… que había aprendido a batirse a muerte con hombres como Duncan Idaho y Gurney Halleck, hombres que ya eran leyenda en vida. El muchacho conocía los tortuosos trucos Bene Gesserit, y se le veía confiado y relajado.

Pero sólo tiene quince años , pensó. *Y no tiene escudo. Tengo que detener esto. Debe existir un medio…* Levantó la mirada, y vio que Stilgar la observaba.

—No puedes impedirlo —dijo él—. No debes hablar.

Ella se llevó la mano a la boca, pensando: *He sembrado el miedo en la mente de Jamis. Esto le hará más lento… quizá. Si pudiera rezar… realmente rezar.*

Ahora Paul estaba en el interior del círculo, vestido con sus ropas de combate que había guardado bajo su destiltraje. Sujetaba el crys en su mano derecha; sus pies estaban desnudos sobre la arenosa roca. Idaho le había instruido muchas veces: *«Cuando dudes del terreno, permanece*

descalzo». Y las palabras de Chani estaban aún vivas en su consciencia: *«Jamis se inclina con su cuchillo hacia la derecha después de una parada. Es una costumbre suya que todos conocemos. Y te mirará a los ojos para golpear en el momento en que parpadees. Y combate con las dos manos; vigila en todo momento a qué mano pasa su cuchillo».*

Pero tan intenso había sido en Paul el adiestramiento, que le parecía sentir en todo el cuerpo el mecanismo de las reacciones instintivas que le habían sido inculcadas día a día, hora tras hora.

Las palabras de Gurney Halleck volvieron de nuevo a su mente: *«El buen combatiente debe pensar simultáneamente en la punta y en el filo y en la guarda de su cuchillo. La punta puede también cortar; el filo puede también apuñalar; y la guarda puede también atrapar la hoja del adversario».*

Paul examinó el crys. No tenía guarda; sólo un pequeño anillo en la empuñadura, para proteger la mano. Recordó de pronto que ignoraba la resistencia de la hoja. Ni siquiera sabía si *podía* ser partida.

Jamis comenzó a avanzar a su derecha, a lo largo del círculo, por el lado opuesto al de Paul.

Paul se agazapó, dándose cuenta de que no tenía escudo, mientras que todo su adiestramiento en la lucha se basaba en la presencia de aquella sutil pantalla a su alrededor, que exigía la mayor rapidez en la defensa, pero una lentitud calculada en el ataque para poder penetrar en el escudo del adversario. Pese a las constantes advertencias de sus instructores, se daba cuenta ahora de que el escudo formaba íntimamente parte de sus reacciones.

Jamis lanzó el desafío ritual:

—¡Pueda tu cuchillo astillarse y romperse!

Entonces, el cuchillo puede partirse , pensó Paul.

Se advirtió a sí mismo que Jamis tampoco llevaba escudo, pero que no había sido adiestrado en su uso y que por lo tanto no estaba sujeto a inhibiciones.

Paul miró a Jamis a través del círculo. El cuerpo del hombre parecía hecho de cuero tensado sobre el esqueleto desecado. Su crys lanzaba reflejos lácteos a la amarilla luz de los globos.

Paul sintió un estremecimiento de miedo. De pronto se sintió solo y desnudo en aquella confusa luminosidad amarillenta, en medio de aquel círculo de gente. La presciencia lo había llenado con innumerables experiencias, haciéndole entrever las grandes corrientes del futuro y los

resortes de decisión que las guiaban, pero aquello era el *ahora real* . La muerte estaba presente en un infinito número de posibilidades.

Se dio cuenta de que, en aquel instante, un mínimo gesto podía cambiar el futuro. Algo como un acceso de tos entre los espectadores, un instante de distracción. Una variación en el brillo de un globo, una engañosa sombra.

Tengo miedo , se dijo Paul.

Y avanzó a su vez por el lado opuesto al de Jamis, repitiéndose en silencio la letanía Bene Gesserit contra el miedo: *«El miedo mata la mente…».* Fue como un chorro de agua fresca sobre él. Sintió distenderse sus músculos, calmarse y alertarse.

—Bañaré mi cuchillo en tu sangre —gruñó Jamis. Y en mitad de su última palabra, atacó.

Jessica captó el movimiento y sofocó un grito.

Pero donde había golpeado el hombre ya no había nadie, y Paul estaba ahora detrás de Jamis, con un blanco perfecto en su indefensa espalda.

¡Ahora, Paul! ¡Ahora! , gritó Jessica en su mente.

Paul golpeó, con una calculada lentitud, con un gesto extraordinariamente fluido, pero tan lento que dio a Jamis la posibilidad de esquivarlo, retroceder y saltar hacia la derecha.

Paul se batió en retirada, agazapándose.

—Primero debes hallar mi sangre —dijo.

Jessica reconoció la influencia del escudo en las maniobras de su hijo, y vio el arma de doble filo que representaba. Las reacciones de Paul tenían el ímpetu y la vivacidad de la juventud, y eran el resultado de un adiestramiento desconocido por aquel pueblo. Pero el ataque era resultado también de este adiestramiento, y estaba condicionado por la necesidad de penetrar la barrera de un escudo. Un escudo repelería un ataque demasiado veloz, admitiendo tan sólo los golpes lentos y solapados. Se necesitaba astucia y un perfecto control para penetrar un escudo.

¿Ha visto Paul esto? , se preguntó. *¡Es preciso!*

Jamis atacó de nuevo, sus ojos profundamente oscuros brillando, su cuerpo una confusa mancha amarilla bajo los globos.

Y de nuevo Paul lo esquivó y se situó a su espalda, y atacó demasiado lentamente.

Y otra vez.

Y otra.

En cada ocasión, el contraataque de Paul llegaba un instante demasiado tarde.

Y Jessica vio algo que esperó que Jamis no captara. Las reacciones defensivas de Paul eran de una rapidez fulmínea, pero cada vez se movía en el ángulo exactamente correcto que le permitiría desviar en parte el golpe de Jamis con su escudo.

—¿Está tu hijo jugando con ese pobre idiota? —preguntó Stilgar. Pidió su silencio antes de que ella pudiera responder—. Perdón; no debes hablar.

Ahora, las dos figuras giraban en círculo uno en torno del otro sobre el suelo de roca; Jamis con el brazo extendido hacia adelante y el cuchillo apuntado; Paul replegado sobre sí mismo, con el cuchillo bajo.

Jamis atacó una vez más, y esta vez giró hacia la derecha, donde Paul esquivaba el golpe.

En lugar de retroceder, Paul detuvo el ataque con su propia hoja, golpeando la mano de Jamis que empuñaba el cuchillo. Un segundo después el muchacho estaba ya fuera de alcance, pirueteando hacia la izquierda y dándole mentalmente las gracias a Chani por su advertencia.

Jamis retrocedió hasta el centro del círculo, frotándose su mano que empuñaba el cuchillo. Por un instante brotó sangre de la herida, luego se detuvo. Sus ojos se abrieron enormemente por la sorpresa, dos pozos de profunda y azulada oscuridad, y estudiaron a Paul bajo la luz de los globos con una nueva confianza.

—Ah, le ha hecho daño —murmuró Stilgar.

Paul tensó los músculos preparado para saltar y, después de ver la primera sangre, interpeló:

—¿Abandonas?

—¡Ahhh! —gritó Jamis.

Un murmullo colérico surgió de la concurrencia.

—¡Calma! —exclamó Stilgar—. El muchacho ignora nuestras reglas. —Se dirigió a Paul—: Nadie puede abandonar el tahaddi. La muerte es la única salida.

Jessica vio a Paul tragar saliva trabajosamente. Y pensó: *Nunca ha matado así a un hombre… en un combate a cuchillo hasta la última sangre. ¿Podrá hacerlo?*

Paul avanzó lentamente siguiendo el círculo hacia su derecha, forzado por el movimiento de Jamis. El conocimiento presciente de las variantes en aquella caverna que había entrevisto en el rebullir del tiempo volvía a perseguirlo. Su nueva percepción le decía que eran demasiadas decisiones en aquel combate para que uno de entre los innumerables caminos posibles se distinguiera claramente de los demás.

Las variantes se amontonaban sobre las variantes… era por esto que la caverna parecía un confuso nexo en las corrientes del tiempo. Era como una gigantesca roca en medio de un río, creando torbellinos y corrientes a su alrededor.

—Termina ya, muchacho —murmuró Stilgar—. No juegues con él.

Paul avanzó al interior del círculo, confiando en su rapidez.

Jamis retrocedió, dándose repentinamente cuenta de que ante él no tenía, en el círculo del tahaddi, a un vulnerable extranjero, fácil presa para un crys Fremen.

Jessica vio la sombra de la desesperación en el rostro del hombre. *Es ahora cuando es más peligroso* , pensó. *Ahora está desesperado y puede hacer cualquier cosa. Ha descubierto que Paul no es un niño como los de su raza, sino una máquina de combatir adiestrada desde su infancia. Ahora el miedo que he instilado en él se ha desbocado.*

Y en el fondo de sí misma experimentó un sentimiento de piedad por Jamis… una emoción dominada por la consciencia del peligro que corría su hijo.

Jamis puede hacer cualquier cosa… lo más impredecible , se dijo. Se preguntó si Paul había entrevisto este futuro, si estaba reviviendo esta experiencia. Pero observó sus movimientos, el sudor que resbalaba por su rostro y hombros; la profunda concentración que revelaba la tensión de sus músculos. Y por primera vez captó, sin comprenderlo realmente, el factor de incertidumbre que existía en el poder de Paul.

Paul buscaba ahora el combate, moviéndose en círculo pero sin atacar. Había visto el miedo en su oponente. El recuerdo de la voz de Duncan Idaho surgió en su memoria: *«Cuando tu adversario tenga miedo de ti, entonces es el momento de dejar sueltas las riendas de su miedo, dándole tiempo suficiente para que actúe sobre él. Deja que se convierta en terror. El hombre aterrorizado lucha contra sí mismo. Llega un momento en que su ataque es fruto de la desesperación. Es el momento más peligroso, pero el hombre aterrorizado suele cometer normalmente*

un error fatal. Tú has sido adiestrado para detectar este error y aprovecharlo».

El rumor en la caverna empezó a aumentar de intensidad.

Creen que Paul juega con Jamis , pensó Jessica. *Creen que Paul es inútilmente cruel.*

Pero percibió también la corriente subterránea de la excitación, como si disfrutaran del espectáculo. Y la presión que aumentaba en Jamis. Captó el momento en que aquella tensión se hizo imposible de contener… como lo captó el propio Jamis… o Paul.

Jamis saltó, fintó y golpeó con la derecha, pero su mano estaba vacía. El crys había saltado a su izquierda.

Jessica jadeó.

Pero Paul había sido advertido por Chani: *«Jamis combate con las dos manos».* Y su adiestramiento había asimilado ya aquel truco. *«Piensa en el cuchillo y no en la mano que lo empuña»* , le había repetido siempre Gurney Halleck. *«El cuchillo es más peligroso que la mano, y tan pronto puede encontrarse en la derecha como en la izquierda».*

Y Paul captó el error de Jamis: un instante de vacilación tras aquel salto dirigido a desorientarle, mientras pasaba el cuchillo de una a otra mano.

Excepto por las luces amarillas de los globos y los sombríos ojos de la concurrencia, todo parecía una sesión más en la sala de adiestramiento. Los escudos no contaban cuando el propio movimiento del adversario podía ser usado contra él. Paul, con la misma rapidez, pasó su cuchillo de una a otra mano, saltó a un lado, y golpeó de abajo a arriba el pecho de Jamis que avanzaba hacia él… luego se apartó a un lado y vio al hombre derrumbarse.

Jamis cayó como un fláccido andrajo, el rostro contra el suelo, emitió un gemido y volvió la cabeza hacia Paul, yaciendo inmóvil sobre el suelo de roca. Sus ojos muertos lo miraban como dos esferas de oscuro cristal.

«Matar con la punta no es artístico» , le había dicho Idaho a Paul en una ocasión, *«pero esta consideración no debe frenar tu mano cuando se presenta el momento».*

Los espectadores se precipitaron hacia adelante, rompiendo el círculo, empujando a Paul. Rodearon el cuerpo de Jamis en una frenética actividad. Después, un grupo de ellos se apresuró hacia las profundidades de la caverna, transportando un bulto envuelto en ropas.

Y en el suelo rocoso ya no había ningún cuerpo.

Jessica se abrió paso hacia su hijo. En el mar de hediondas espaldas envueltas en ropas, le pareció captar un extraño silencio.

Este es el momento terrible , se dijo. *Ha matado a un hombre gracias a la evidente superioridad de sus músculos y de su mente. No debo permitirle que se alegre por esta victoria.*

Se forzó un camino entre los últimos hombres, y se encontró en un pequeño espacio donde dos barbudos Fremen ayudaban a Paul a colocarse el destiltraje.

Jessica miró a su hijo. Los ojos de Paul brillaban. Parecía ausente, aceptando con indiferencia la ayuda de los Fremen.

—Se ha batido con Jamis y no tiene ni una marca —murmuró uno de los hombres.

Chani se mantenía de pie a un lado, con los ojos fijos en Paul. Jessica vio la excitación de la muchacha, la admiración reflejada en su rostro de elfo.

Tengo que actuar rápidamente , pensó Jessica.

Se obligó a poner el máximo desprecio en su voz y en su actitud cuando dijo:

—Bien... ¿cómo se siente uno sabiéndose un asesino?

Paul se envaró como si acabasen de golpearlo. Afrontó los gélidos ojos de su madre, y la sangre afluyó a su rostro. Involuntariamente, lanzó una ojeada al punto donde había caído Jamis.

Stilgar se abrió camino hasta el lado de Jessica, volviendo de las profundidades de la caverna donde había sido llevado el cuerpo de Jamis. Habló a Paul en tono amargo y controlado.

—Cuando llegue el momento de desafiarme para arrebatarme mi burda, no pienses que vas a poder jugar conmigo como has hecho con Jamis.

Jessica notó que las palabras de Stilgar, tras las suyas, se imprimían profundamente en Paul, completando su obra. El error cometido por aquella gente... era útil ahora. Observó los rostros a su alrededor, tal como había hecho Paul, viendo lo que él veía. Admiración, sí, y miedo... y odio en algunos. Miró a Stilgar, vio su fatalismo, y comprendió sus razones, el modo como él había visto la lucha.

Paul miró a su madre.

—Tú sabes cómo ha ocurrido todo —dijo.

Ella percibió en su voz el retorno a la razón, los remordimientos. Paseó una mirada por la gente a su alrededor y dijo:

—Paul nunca había matado a un hombre con un arma blanca.

Stilgar se enfrentó a ella, con la incredulidad en su rostro.

—No estaba jugando con él —dijo Paul. Se situó frente a su madre, ajustándose sus ropas, y miró la oscura mancha de la sangre de Jamis en el suelo de la caverna—. No quería matarlo.

Jessica vio como, lentamente, Stilgar aceptaba la verdad, observó el modo como, con un gesto de alivio, llevaba a su barba una mano de venas prominentes. Se oyeron murmullos de comprensión entre la gente.

—Es por eso que lo invitaste a abandonar —dijo Stilgar—. Ya veo. Nuestras costumbres son distintas, pero comprenderás sus razones. Temía haber aceptado un escorpión entre nosotros. —Vaciló, y luego—: Y no te llamaré más muchacho.

—Necesita un nombre, Stil —dijo alguien entre la gente.

Stilgar asintió, tirando de su barba.

—Veo la fuerza en ti… como la fuerza que hay en la base de un pilar. —Hizo de nuevo una pausa antes de proseguir—. Todos nosotros lo conoceremos con el nombre de Usul, la base del pilar. Ese será tu nombre secreto, tu nombre de soldado. Sólo los del Sietch Tabr podremos usarlo… Usul.

Un nuevo murmullo surgió de los reunidos:

—Buena elección… fuerza… nos traerá suerte —y Jessica sintió que lo aceptaban, y que con su hijo, su paladín, la aceptaban también a ella. Era realmente la Sayyadina.

—Ahora, ¿qué nombre de adulto escoges *tú* para que puedas ser llamado delante de todos? —preguntó Stilgar.

Paul miró a su madre, y de nuevo a Stilgar. Fragmentos de aquel instante correspondían a su *memoria* presciente, pero percibió diferencias que eran casi físicas, una presión que lo forzaba a franquear la estrecha puerta del presente.

—¿Cómo llamáis a aquel pequeño ratón, el ratón que salta? —preguntó Paul, recordando el *hey-hop* en la Depresión de Tuono. Imitó el movimiento con una mano.

Se elevaron risas entre los reunidos.

—Lo llamamos un muad'dib —dijo Stilgar.

Jessica contuvo el aliento. Era el nombre que le había dicho Paul, afirmando que los Fremen lo aceptarían y lo llamarían así. De pronto, tuvo miedo *de* él y *por* él.

Paul tragó saliva. Estaba representando en aquel momento una parte que ya había representado innumerables veces en su mente… y sin embargo… había diferencias. Se vio a sí mismo aislado en una vacilante cima, rico en experiencia y poseedor de un profundo almacenamiento de conocimientos, pero a su alrededor solamente había abismos.

Y recordó una vez más la visión de fanáticas legiones siguiendo el estandarte verde y negro de los Atreides, saqueando y quemando a través del universo en nombre de su profeta Muad'Dib.

Esto no debe ocurrir , se dijo.

—¿Ese es el nombre que deseas, Muad'Dib? —preguntó Stilgar.

—Soy un Atreides —susurró Paul, y luego, en voz más alta—: No es justo que renuncie totalmente al nombre que mi padre me dio. ¿Puedo ser conocido entre vosotros con el nombre de Paul-Muad'Dib?

—Eres Paul-Muad'Dib —dijo Stilgar.

Y Paul pensó: *No estaba en ninguna de mis visiones. He hecho algo distinto.*

Pero a su alrededor seguían abriéndose los abismos.

De nuevo se alzaron murmullos entre los presentes, como respuesta:

—La sabiduría y la fuerza… No se puede pedir más… Es realmente la leyenda… Lisan al-Gaib… Lisan al-Gaib…

—Voy a decirte algo respecto a tu nuevo nombre —dijo Stilgar—. La elección nos gusta, Muad'Dib es sabio a la manera del desierto. Muad'Dib crea su propia agua. Muad'Dib se esconde del sol y viaja en el frescor de la noche. Muad'Dib es prolífico y se multiplica sobre la tierra. Llamamos a Muad'Dib «maestro de niños». Esta es la poderosa base sobre la que edificarás tu vida, Paul-Muad'Dib, Usul entre nosotros. Eres bienvenido.

Stilgar tocó la frente de Paul con la palma de la mano, lo abrazó y murmuró:

—Usul.

Cuando Stilgar lo soltó, otro Fremen del grupo abrazó a Paul, repitiendo su nombre de soldado. Y Paul pasó de abrazo en abrazo a través de todos ellos, oyendo todas las voces, los cambios de tono: «Usul… Usul… Usul». Paul consiguió situar algunos por sus propios nombres. Y luego fue el turno de Chani, que apretó su mejilla contra la de él y pronunció su nombre.

Después, Paul estuvo de nuevo frente a Stilgar.

—Ahora perteneces al Ichwan Bedwain, nuestro hermano —dijo éste. Su rostro se endureció y su voz se hizo imperativa—. Y ahora, Paul-Muad’Dib, cierra tu destiltraje. —Dirigió a Chani una mirada de reproche—. ¡Chani! ¡Paul-Muad’Dib tiene sus filtros nasales colocados del peor modo posible! ¡Creo haberte ordenado que velaras sobre él!

—No tengo tampones, Stil —dijo ella—. Hay los de Jamis, por supuesto, pero…

—¡Basta con esto!

—Le daré uno de los míos —dijo ella—. Podré arreglármelas con uno solo hasta…

—No —dijo Stilgar—. Sé que tenemos piezas de recambio entre nosotros. ¿Dónde están? ¿Esto es una tropa organizada o una banda de salvajes?

Algunas manos surgieron del grupo ofreciendo objetos duros y fibrosos. Stilgar escogió cuatro de ellos y se los tendió a Chani.

—Ocúpate de Usul y de la Sayyadina.

—¿Y el agua, Stil? —dijo una voz al fondo del grupo—. ¿Los litrojons de su mochila?

—Conozco tus necesidades, Farok —dijo Stilgar. Miró a Jessica. Esta asintió.

—Toma uno de ellos para quienes lo necesiten —dijo Stilgar—. Maestro de agua… ¿dónde está el maestro de agua? Ah, Shimoom, mide la cantidad necesaria. La necesaria y no más. Este agua es propiedad de la Sayyadina, y le será reembolsada en el sietch a la tarifa del desierto, deducidos los gastos de almacenamiento.

—¿Qué es la tarifa del desierto? —preguntó Jessica.

—Diez por uno —dijo Stilgar.

—Pero…

—Es una regla sabia, como ya verás —dijo Stilgar.

Un rozar de ropas marcó el movimiento de los hombres que acudían a tomar el agua.

Stilgar levantó una mano, y el silencio se restableció.

—En cuanto a Jamis —dijo—, ordeno la ceremonia completa. Jamis era nuestro compañero y hermano del Ichwan Bedwine. No nos iremos de aquí sin el respeto debido a quien ha puesto a prueba nuestra fortuna con su desafío tahiddi. Invoco el rito… al crepúsculo, cuando las sombras lo cubran.

Paul, oyendo aquellas palabras, se sintió hundirse de nuevo en el abismo… en el tiempo ciego. En su mente no había ningún pasado para este futuro… excepto… excepto… sí, podía distinguir aún el estandarte verde y negro de los Atreides ondeando… en algún punto delante de él… podía distinguir aún las espaldas sangrantes de jihad y las fanáticas legiones.

Esto no ocurrirá , se dijo. *No puedo permitirlo.*

34

Dios creó Arrakis para probar a los fieles.

De *La Sabiduría de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

En la oscuridad de la caverna, Jessica oyó el chirriar de la arena sobre la roca mientras la gente se movía, la distante llamada de pájaros que Stilgar había dicho eran las señales de sus centinelas.

Los grandes sellos de plástico fueron retirados de las aberturas de la caverna. Jessica vio las sombras del atardecer avanzando por las rocas y después por la depresión abierta bajo ellas. Sintió la retirada del día, la sintió en el seco calor y en las sombras. Sabía que muy pronto su adiestrada consciencia le proporcionaría lo que los Fremen obviamente ya tenían… la habilidad de captar hasta el menor cambio en la humedad del aire.

¡Cómo se habían apresurado a ajustar sus destiltrajes cuando la caverna fue abierta!

En las profundidades de la caverna, alguien empezó a cantar:

¡Ima trava okolo!

¡I korenja okolo!

Jessica tradujo silenciosamente: *¡Esas son las cenizas! ¡Y esas son las raíces!*

La ceremonia funeral por Jamis había comenzado.

Miró hacia el ocaso arrakeno, hacia las franjas de color que se desplegaban en el cielo. La noche empezaba a arrojar sus primeras sombras sobre las lejanas rocas y las dunas.

Pero el calor persistía.

El calor la forzó a pensar en el agua, en todo aquel pueblo entrenado a tener sed tan sólo en los momentos precisos.

Sed.

Recordó las olas al claro de luna en Caladan, y la espuma sobre las rocas como tela bordada… y el viento saturado de humedad. Ahora la brisa que agitaba sus ropas secaba las partes de su piel expuestas de sus mejillas y su mentón. Los nuevos filtros nasales la irritaban, y

descubrió que el conocimiento de aquel tubo que iba desde su rostro hasta las profundidades del traje, recuperando la humedad de su respiración, la fastidiaba.

El propio traje era como un baño turco.

«Tu traje te parecerá más confortable cuando tu cuerpo contenga menos agua» , le había dicho Stilgar.

Sabía que tenía razón, pero este conocimiento no la hacía sentirse más cómoda en aquel momento. La inconsciente preocupación por el agua era un peso en su mente. *No* , se corrigió: *es la humedad lo que me preocupa.*

Y este era un problema más sutil y profundo.

Oyó pasos acercándose, se volvió y vio a Paul salir de las profundidades de la caverna, seguido por Chani y su rostro de elfo.

Hay otra cosa , pensó Jessica. *Paul debe ser advertido acerca de sus mujeres. Una de esas mujeres del desierto no será nunca una esposa digna de un Duque. Una concubina, sí, pero nunca una esposa.*

Después se dijo, maravillándose: *¿Acaso me ha convencido con sus proyectos?* Y ella sabía lo bien condicionada que había sido. *Puedo pensar en las necesidades matrimoniales de la nobleza sin siquiera recordar mi propio concubinato. Sin embargo… yo era algo más que una concubina.*

—Madre.

Paul se detuvo ante ella. Chani se detuvo a su lado.

—Madre, ¿sabes lo que están haciendo allí al fondo?

Jessica observó la sombría mirada de sus ojos bajo la capucha.

—Creo que sí.

—Chani me lo ha mostrado… porque se supone que debo verlo y dar mi… consentimiento acerca de la medida del agua.

Jessica miró a Chani.

—Están recuperando el agua de Jamis —dijo Chani, y su voz tenía un acento nasal a causa de los filtros—. Es la norma. La carne pertenece a la persona, pero el agua pertenece a la tribu… excepto en el combate.

—Dicen que el agua es mía —dijo Paul.

Jessica se preguntó por qué todo aquello despertaba de pronto su desconfianza.

—El agua del combate pertenece al vencedor —dijo Chani—. Es debido a que uno tiene que combatir sin destiltraje. El vencedor tiene derecho a recuperar el agua que ha perdido en la lucha.

—No quiero esa agua —murmuró Paul. Sentía como si formara parte de muchas imágenes distintas que se agitaban simultáneamente de un modo fragmentario que desconcertaba su visión interior. No estaba seguro de lo que haría, pero estaba convencido de algo: no quería el agua destilada de la carne de Jamis.

—Es… agua —dijo Chani.

Jessica se maravilló del modo cómo lo decía. *«Agua».* Algo más significativo que un simple sonido. Un axioma Bene Gesserit acudió a su mente: *«La supervivencia es la habilidad de nadar en aguas extrañas».* Y Jessica pensó: *Paul y yo tenemos que encontrar las corrientes favorables en estas aguas extrañas… si queremos sobrevivir.*

—Aceptarás esta agua —dijo Jessica.

Reconoció el tono de su propia voz. Había usado el mismo tono con Leto, cuando le había dicho al desaparecido Duque que aceptara una gruesa suma ofrecida a cambio de su participación en una arriesgada empresa… simplemente porque el dinero contribuía a la potencia de los Atreides.

En Arrakis, el agua era dinero. Lo había visto con claridad.

Paul permaneció silencioso, sabiendo que haría lo que ella le había ordenado… no porque fuera una orden, sino porque el tono de voz empleado por ella lo obligó a reconsiderar las cosas. Rehusar el agua significaría romper con las prácticas Fremen que habían aceptado.

Entonces, Paul recordó las palabras del Kalima 467 de la Biblia Católica Naranja de Yueh.

—El agua es el inicio de toda vida —dijo.

Jessica lo miró. *¿Dónde ha aprendido esa cita?* , se preguntó. *Jamás ha estudiado los misterios* .

—Así está dicho —dijo Chani—. Giudichar mantiene: está escrito en el Shah-Nama que el agua ha sido el origen de toda cosa creada.

Sin ninguna razón que pudiera explicar (y *esto* la asustó mucho más que la propia sensación), Jessica se estremeció repentinamente. Se volvió para disimular su turbación, y en aquel mismo momento el sol se puso.

Un violento estallido de colores llenó el cielo mientras el sol desaparecía tras el horizonte.

—¡Es el momento!

La voz de Stilgar resonó por toda la caverna:

—El alma de Jamis ha sido muerta, Jamis ha sido llamado por Él, por Shai-Hulud, el cual ha ordenado las fases de las lunas que se desvanecen cada día un poco más, hasta que sean al final tan sólo ramitas desecadas —la voz de Stilgar bajó de tono—. Así ha ocurrido con Jamis.

El silencio cayó como un palpable velo en la caverna.

Jessica vio la sombra gris de los movimientos de Stilgar como la silueta de un fantasma en las tenebrosas vísceras de la caverna. Miró de nuevo a la depresión, sintiendo el frescor de la noche.

—Que los amigos de Jamis se acerquen —dijo Stilgar.

Algunos hombres se movieron tras Jessica, colocando una cortina en la abertura. Un solo globo fue iluminado muy arriba, al fondo de la caverna. Su amarillo resplandor reveló figuras humanas en movimiento. Jessica escuchó el lento roce de ropas.

Chani avanzó un paso, como atraída por la luz.

Jessica se acercó al oído de Paul, diciéndole en el código familiar:

—Síguelos, muchacho; haz lo que ellos hagan. Será una simple ceremonia para aplacar el alma de Jamis.

Será mucho más que esto , pensó Paul. Experimentó una sensación lacerante en lo profundo de su conciencia, como si intentara inmovilizar algo que estaba en perenne movimiento.

Chani se deslizó al lado de Jessica y tomó su mano.

—Ven, Sayyadina. Nosotras debemos permanecer a un lado.

Paul las observó mientras se apartaban entre las sombras, dejándolo solo. Se sintió abandonado.

Los hombres que habían colocado la cortina se le acercaron.

—Ven, Usul.

Dejó que lo guiaran, que lo empujaran hasta el interior de un círculo de gente que se había formado alrededor de Stilgar, el cual permanecía de

pie bajo el globo y al lado de un objeto informe y anguloso sobre el suelo de roca, cubierto con unas ropas.

Los asistentes se acuclillaron en el suelo a un gesto de Stilgar, con sus ropas siseando por el movimiento. Paul siguió su ejemplo, observando fijamente a Stilgar, notando que bajo el globo sus ojos parecían dos profundos pozos, mientras la tela verde brillaba en torno a su cuello. Después, Paul dirigió su atención hacia lo que tenía Stilgar a sus pies, cubierto por unas ropas, y reconoció el mango de un baliset surgiendo por un lado de la ropa.

—El espíritu deja el agua del cuerpo cuando se levanta la primera luna —entonó Stilgar—. Así está dicho. Cuando se levante la primera luna, esta noche, ¿a quién llamará?

—Jamis —dijeron los demás a coro.

Stilgar giró sobre uno de sus talones, paseando su mirada por el círculo de rostros.

—Yo era amigo de Jamis —dijo—. Cuando el halcón mecánico planeó sobre nosotros en el Agujero-en-la-Roca, fue Jamis quien me puso al abrigo.

Se inclinó, tomó las ropas que cubrían el bulto.

—Como amigo de Jamis tomo estas ropas… es el derecho del jefe —se echó las ropas al hombro y se irguió.

Entonces, Paul vio el contenido de lo que tapaban las ropas: el gris relucir de un destiltraje, un litrojon abollado, un pañuelo con un pequeño libro en su centro, el mango sin hoja de un crys, una funda vacía, un fragmento de tejido doblado, un paracompás, un distrans, un martilleador, un montón grande como un puño de garfios metálicos, un surtido de pequeñas rocas envueltas en un trozo de tela, un montón de plumas atadas juntas… y el baliset puesto a un lado.

Así que Jamis tocaba el baliset , pensó Paul. El instrumento le recordó a Gurney Halleck y todo aquello que había perdido. Paul sabía, gracias a su memoria del futuro, que algunas líneas de probabilidad podían conducir a un encuentro con Halleck, pero las intersecciones eran pocas y confusas. Esto lo inquietó. El factor de incertidumbre lo dejaba perplejo. *Esto quiere decir que tal vez yo haré algo… que podré hacerlo, que destruirá a Gurney… o le devolverá a la vida… o…*

Paul tragó saliva, agitando su cabeza.

Stilgar se inclinó de nuevo sobre el montón.

—Para la mujer de Jamis y para los guardias —dijo. Las pequeñas rocas y el libro desaparecieron entre los pliegues de las ropas.

—El derecho del jefe —entonaron los demás.

—El marcador del servicio de café de Jamis —dijo Stilgar, y tomó un disco plano de metal verde—. Será ofrecido a Usul en la ceremonia que seguirá a nuestra vuelta al sietch.

—El derecho del jefe —entonaron los demás.

Finalmente, tomó el mango del crys y se irguió con él en la mano.

—Para la llanura funeral —dijo.

—Para la llanura funeral —respondieron los demás.

En su lugar en el círculo, frente a Paul, Jessica asintió con la cabeza, reconociendo las antiguas fuentes del rito, y pensó: *El encuentro entre ignorancia y conocimiento, entre brutalidad y cultura... todo comienza con la dignidad con la cual tratamos a nuestros muertos.* Miró a Paul, preguntándose: *¿Habrá captado esto? ¿Sabrá lo que debe hacer?*

—Nosotros somos los amigos de Jamis —dijo Stilgar—. No lloramos a nuestros muertos como una bandada de garvarg.

Un hombre de barba gris a la izquierda de Paul se puso en pie.

—Yo era un amigo de Jamis —dijo. Avanzó hacia el montón, tomó el distrans—. Cuando me faltó el agua en el asedio de los Dos Pájaros, Jamis compartió conmigo la suya —el hombre regresó a su lugar en el círculo.

¿Se supone que yo también debo decir que era un amigo de Jamis? , se preguntó Paul. *¿Están esperando de mí que tome algo de este montón?* Vio los rostros que se volvían furtivamente hacia él, desviando después la mirada. *¡Lo están esperando!*

Otro hombre en la parte opuesta a Paul se levantó, se acercó al montón y tomó el paracompás.

—Yo era un amigo de Jamis —dijo—. Cuando la patrulla nos sorprendió en el Recodo-del-Risco y fui herido, Jamis atrajo su atención sobre él y consiguió que los demás nos salváramos —volvió a su lugar en el círculo.

Paul vio de nuevo rostros vueltos hacia él, y captó la expectación en ellos. Bajó los ojos. Un codo lo tocó, y una voz susurró:

—¿Traerás la destrucción sobre nosotros?

¿Cómo puedo decir que era su amigo? , se preguntó Paul.

Otra silueta se separó del círculo frente a Paul y, cuando el encapuchado rostro llegó bajo la luz, reconoció a su madre. Tomó un pañuelo del montón.

—Yo era una amiga de Jamis —dijo—. Cuando el espíritu de los espíritus que estaba en él vio lo necesaria que era la verdad, aquel espíritu lo abandonó y perdonó a mi hijo —regresó a su lugar.

Y Paul recordó el desprecio en la voz de su madre cuando, tras el combate, le dijo: *«¿Cómo se siente uno sabiéndose un asesino?».*

Una vez más, los rostros se volvieron hacia él, y sintió la rabia y el miedo en el grupo. Un fragmento de un librofilm que su madre le había proyectado una vez sobre «El Culto a los Muertos», vino a la memoria de Paul. Supo lo que tenía que hacer. Lentamente, Paul se puso en pie.

Un suspiro corrió a lo largo del círculo.

Mientras avanzaba hacia el centro del círculo, Paul notó que su yo disminuía progresivamente. Era como si hubiese perdido un fragmento de sí mismo y supiera que iba a encontrarlo allí. Se inclinó sobre el montón de objetos y tomó el baliset. Una cuerda sonó suavemente al tropezar con algo en la pila.

—Yo era un amigo de Jamis —murmuró Paul en voz muy baja. Notó que los ojos le ardían. Se esforzó en hablar más alto—. Jamis me enseñó que… cuando… cuando uno mata… tiene que pagar por ello. Me hubiera gustado poder conocer mejor a Jamis.

Sin ver nada, regresó a su lugar en el círculo y se dejó caer en el suelo de roca.

Una voz siseó:

—¡Ha derramado lágrimas!

Hubo un murmullo a lo largo del círculo:

—¡Usul ha dado humedad al muerto!

Unos dedos rozaron sus mejillas, oyó exclamaciones ahogadas. Jessica, oyendo las voces, percibió el profundo origen de aquellas reacciones, se dio cuenta de las terribles inhibiciones ligadas a las lágrimas vertidas. Se concentró en las palabras: *«Ha dado humedad al muerto».* Era un presente al mundo de las sombras… lágrimas. Serían sagradas más allá de toda duda. Nada en aquel planeta le había dado hasta tal punto el sentido del valor supremo del agua. Ni los vendedores de agua, ni las desecadas pieles de los nativos, ni los destiltrajes o las férreas leyes de

la disciplina del agua. Allí era una sustancia mucho más preciosa que todas las demás… era la vida misma, entremezclada con simbolismos y ritos.

Agua.

—He tocado su mejilla —susurró alguien—. He sentido el presente.

En el primer momento, aquellos dedos explorando su rostro habían alarmado a Paul. Apretó con fuerza el frío mango del baliset, hasta tal punto que las cuerdas se clavaron en sus palmas. Después vio los rostros tras aquellas manos extendidas… ojos muy abiertos y maravillados.

Después, las manos se retiraron. La ceremonia fúnebre prosiguió. Pero ahora había un sutil vacío alrededor de Paul, un retirarse de los demás, honrándole con un respetuoso aislamiento.

La ceremonia terminó con un profundo canto:

La luna llena te llama…

Verás a Shai-Hulud:

Roja la noche, oscuro el cielo,

Sangrienta la muerte que tú has tenido.

Rogamos a la luna: su faz es redonda…

Nos traerá suerte y abundancia,

Y aquello que siempre hemos buscado

En el país de la sólida tierra.

A los pies de Stilgar sólo quedaba un ventrudo saco. Se acuclilló, apoyó sus manos sobre él. Alguien acudió a su lado y se acuclilló junto a él, y Paul reconoció el rostro de Chani bajo las sombras de su capucha.

—Jamis llevaba treinta y tres litros y siete dracmas y un tercio del agua de la tribu —dijo Chani—. Yo la bendigo ahora en presencia de una Sayyadina. ¡*Ekkeri-akairi* , esta es el agua, *fillissin-follasy* de Paul-Muad'Dib! *Kivi a-kavi* , nunca más, *nakalas* ! *¡Nakalas!* Lo que debe ser metido y contado, *¡ukair-an!* por los latidos del corazón *jan-jan-jan* de nuestro amigo… Jamis.

En un brusco y profundo silencio, Chani se volvió y miró a Paul. Luego dijo:

—Donde yo soy llama, sé tú carbón. Donde yo soy rocío, sé tú agua.

—*Bi-lal kaifa* —entonaron los demás.

—A Muad’Dib va esta porción —dijo Chani—. Que él pueda conservarla para la tribu y preservarla de cualquier pérdida. Que él sea generoso en los momentos de necesidad. Que él pueda transmitirla, cuando llegue su tiempo, por el bien de la tribu.

—*Bi-lal kaifa* —entonaron los demás.

Debo aceptar esta agua , pensó Paul. Se alzó lentamente, situándose al lado de Chani. Stilgar se echó un poco hacia atrás para dejarle sitio, y tomó cuidadosamente el baliset de su mano.

—Arrodíllate —dijo Chani.

Paul se arrodilló.

Ella guio sus manos sobre el saco de agua, manteniéndoselas apoyadas en su elástica superficie.

—Por esta agua, la tribu te acepta —dijo—. Jamis la ha dejado. Tómala en paz. —Se levantó, empujando a Paul para que hiciera lo mismo.

Stilgar le devolvió el baliset, extendiendo en su palma un montoncito de anillos metálicos. Paul los miró, observando que eran de diferentes tamaños y que brillaban bajo la luz del globo.

Chani tomó el más grande y lo sostuvo con un dedo.

—Treinta litros —dijo. Uno a uno fue tomando los otros, mostrándolos a Paul y contándolos—. Dos litros; un litro; siete medidas de agua de una dracma cada una; una medida de agua de un tercio de dracma.

Los mantuvo en alto, colocados en su dedo, para que Paul pudiera verlos.

—¿Los aceptas? —dijo Stilgar.

Paul tragó saliva, asintió.

—Sí.

—Después —dijo Chani— te enseñaré cómo sujetarlos con un pañuelo para que no tintineen y traicionen tu presencia cuando necesites silencio —tendió su mano.

—¿Puedes… guardarlos por mí? —preguntó Paul.

Chani miró desconcertada a Stilgar.

El hombre sonrió.

—Paul-Muad’Dib, que es Usul, no conoce aún nuestras costumbres, Chani —dijo—. Guarda sus medidas de agua sin compromiso por tu parte hasta que llegue el momento en que puedas mostrarle la forma de llevarlas él.

Ella asintió, tomó un pedazo de tela de debajo de su ropa y lo pasó por los anillos, atándolo por debajo y por encima en un complicado nudo, vaciló, y luego lo metió en su cintura.

Hay algo que se me ha escapado , pensó Paul. Notaba una irónica alegría a su alrededor, un cierto aire de burla, y su mente la relacionó con un recuerdo de su memoria presciente: *medidas de agua ofrecidas a una mujer… un ritual de noviazgo.*

—¡Maestros de agua! —llamó Stilgar.

Los demás se alzaron con un siseo de ropas. Dos hombres se destacaron del grupo y tomaron el saco de agua. Stilgar bajó el globo y lo tomó para guiar el camino a través de las profundidades de la caverna.

Paul se apresuró tras Chani, notando los reflejos del globo en las pétreas paredes, las sombras danzantes, y el hecho de que todos estaban tensos, como si estuvieran esperando algo.

Jessica, empujada entre los cuerpos que se apresuraban, arrastrada por manos firmes, dominó un instante de pánico. Había reconocido fragmentos del ritual, identificado los rastros de chakobsa y de bhotani-jib en las palabras pronunciadas, y sabía la salvaje violencia que podía desencadenarse de pronto en aquellos momentos aparentemente tranquilos.

Jan-jan-jan , pensó. *Adelante-adelante-adelante.*

Era como un juego de niños, liberado de toda inhibición, en manos de adultos.

Stilgar se detuvo frente a una pared de roca amarilla. Presionó la mano sobre una protuberancia y, silenciosamente, la pared se hundió ante ellos, revelando una abertura irregular. Pasó el primero, guiando al grupo a través de un panel oscuro con alvéolos hexagonales. Cuando Paul pasó por él, sintió un soplo de aire fresco.

Se volvió hacia Chani, preguntándole con la mirada, rozando su brazo.

—Este aire es húmedo —dijo.

—Chisssst —susurró ella.

Pero un hombre tras ellos dijo:

—Hay mucha humedad en la trampa esta noche. Jamis nos hace saber así que está satisfecho.

Jessica pasó a través de la puerta secreta, oyéndola cerrarse a sus espaldas. Observó la forma como los Fremen retenían la marcha cuando pasaban ante los alvéolos hexagonales, y sintió a su vez la corriente de aire húmedo.

¡Una trampa de viento! , pensó. *Han escondido una trampa de viento en algún lugar de la superficie, de modo que el aire llega hasta estas regiones más frías donde se precipita la humedad que hay en él.* Pasaron a través de otra puerta rocosa con un emparrillado hexagonal sobre ella, y la puerta se cerró a sus espaldas. La sensación de humedad en el aire era ahora claramente perceptible para Jessica y Paul.

A la cabeza del grupo, el globo en las manos de Stilgar descendió y desapareció bajo el nivel de las cabezas frente a Paul. Luego notó peldaños bajo sus pies, que se curvaban hacia la izquierda. La luz se reflejaba en las encapuchadas cabezas y en los movimientos en espiral de la gente descendiendo las escaleras.

Jessica captó el aumento de la tensión a su alrededor, la presión del silencio que agarrotaba sus nervios con su urgencia.

Los peldaños terminaron y el grupo pasó a través de otra puerta. La luz del globo se dispersó en un enorme espacio abierto con un altísimo techo en cúpula.

Paul sintió el contacto de la mano de Chani en su brazo, oyó el ruido de gotas cayendo en el frío aire, la inmovilidad absoluta que se apoderó de los Fremen en aquella atmósfera de catedral creada por la presencia del agua.

He visto este lugar en un sueño , pensó.

Era al mismo tiempo tranquilizador y frustrante. En alguna parte en su futuro estaban siempre las hordas fanáticas arrasándolo todo en su nombre a través del universo. El estandarte verde y negro de los Atreides flotaba como un símbolo de terror. Legiones salvajes cargaban en las batallas lanzando su grito de guerra: «¡Muad’Dib!».

Esto no ocurrirá , pensó. *No puedo permitir que ocurra.*

Pero sintió al mismo tiempo dentro de sí la desesperada conciencia racial, su propia terrible finalidad, y supo que sería casi imposible desviar al terrible destructor. Estaba tomando fuerza y empuje. Si él

moría en aquel instante, todo continuaría a través de su madre y de su hermana aún no nacida. Nada lo detendría salvo la muerte de todo aquel grupo allí y entonces… incluidos su madre y él.

Paul miró a su alrededor, vio el grupo desplegado en una larga hilera. Lo estaban empujando hacia una barrera baja tallada en la misma roca. Más allá de la barrera, a la luz del globo de Stilgar, Paul vio una extensión de agua que se perdía en las sombras. La pared opuesta era apenas visible en la vacía oscuridad, quizá a cien metros de distancia.

Jessica sintió que su reseca piel se distendía en sus mejillas y su frente bajo la humedad del aire. El estanque de agua era profundo; percibió su profundidad, y resistió el deseo de hundir sus manos en ella.

Se oyó un chapoteo a su izquierda. Miró más allá de la sombría línea de Fremen y vio a Stilgar, con Paul a su lado y los maestros de agua que vertían su saco al estanque a través de un medidor de flujo. El medidor era un redondo ojo gris a orillas del estanque. Vio su registro luminoso moverse mientras el agua fluía a través de él, lo vio detenerse en los treinta y tres litros, siete dracmas y un tercio.

Una magnífica precisión en la medida del agua , pensó Jessica. Y notó que las paredes del medidor no retenían el menor rastro de humedad tras el paso del agua. La tensión superficial del líquido era anulada. Aquel simple hecho era un indicio elocuente de la tecnología Fremen: eran perfeccionistas.

Jessica se abrió camino a través de la barrera hacia Stilgar. Su camino fue presidido por una casual amabilidad. Notó la mirada ausente de los ojos de Paul, pero el misterio de aquel gran estanque de agua dominaba sus pensamientos.

Stilgar la miró.

—Algunos de los nuestros tienen urgente necesidad de agua —dijo—, y sin embargo pueden venir hasta aquí y no tocarla. ¿Comprendes esto?

—Lo creo —dijo ella. Él miró hacia el estanque.

—Tenemos aquí más de treinta y ocho millones de decalitros —dijo—. Ocultos y bien protegidos de los pequeños hacedores, a buen recaudo.

—Un tesoro —dijo ella.

Stilgar elevó el globo y la miró directamente a los ojos.

—Es mucho más que un tesoro. Tenemos millares de escondrijos como éste. Sólo muy pocos de entre nosotros los conocen todos. —Inclinó la cabeza hacia un lado. El globo acentuó las amarillas sombras en su rostro y barba—. ¿Oyes esto?

Escucharon.

El gotear del agua precipitada por la trampa de viento llenaba la vasta sala con su presencia. Jessica vio reflejado el éxtasis en los rostros del inmóvil y fascinado grupo. Sólo Paul parecía estar distante de aquella sensación de maravilla.

Para Paul, el sonido de cada gota era un momento que moría. Sentía el tiempo fluir a su través, en instantes que no podían ser recapturados. Sintió la necesidad de una decisión, pero no tenía la fuerza necesaria para moverse.

—Nuestras necesidades han sido calculadas con precisión —dijo Stilgar —. Cuando hayamos alcanzado la cantidad requerida, podremos cambiar el rostro de Arrakis.

Un murmullo de respuesta surgió de todo el grupo:

—*Bi-lal kaifa.*

—Atraparemos a las dunas bajo plantaciones de hierba —dijo Stilgar, y su voz sonó más fuerte—. Mantendremos el agua en el suelo con árboles y raíces.

—*Bi-lal kaifa* —entonaron los demás.

—Cada año, los hielos polares se retraen —dijo Stilgar.

—*Bi-lal kaifa* —cantaron.

—Convertiremos Arrakis en un hogar… con lentes derretidoras en los polos, con lagos en las zonas templadas, y solamente el alto desierto para el hacedor y su especia.

—*Bi-lal kaifa.*

—Y ningún hombre tendrá en el futuro necesidad de agua. Podrá tomarla de los pozos, de los lagos y de los canales. Correrá libremente a lo largo de los qanats para alimentar nuestras plantas. Estará allí para que cualquiera pueda tomarla. Será de todo el mundo, bastará que uno tan sólo ponga su mano.

—*Bi-lal kaifa.*

Jessica captó el ritual religioso en aquellas palabras, notó su propia instintiva respuesta reverencial. *Han hecho una alianza con el futuro* , pensó. *Tienen su montaña que escalar. Es el sueño científico… y ese pueblo sencillo, esos campesinos, se han embebido de él.*

Sus pensamientos se dirigieron hacia Liet-Kynes, el ecólogo planetario del Emperador, el hombre que se había transformado en un nativo… y sintió maravilla por él. Era un sueño capaz de capturar el alma de aquellos hombres, y sintió la mano del ecólogo en él. Era un sueño por el cual los hombres estarían dispuestos a morir. Aquel era otro de los ingredientes esenciales que necesitaría su hijo: un pueblo con una finalidad. Sería tan fácil suscitar fervor y fanatismo en tal pueblo. Podría empuñarlo como una espada para reconquistar su lugar.

—Ahora debemos partir —dijo Stilgar— y esperar a que se levante la primera luna. Cuando Jamis esté en el buen camino, podremos volver a casa.

Murmurando su reluctancia, el grupo lo siguió hacia la escalera tallada en la roca, dando su espalda al agua.

Y Paul, caminando tras Chani, sintió que un momento vital acababa de escapársele de las manos, que había dejado pasar una decisión esencial y que ahora ya era prisionero de su propio mito. Sabía que había visto aquel lugar antes, en un fragmento de un sueño presciente en el lejano Caladan, pero había detalles de aquel lugar que nunca antes había visto. Una vez más, los límites de su poder lo turbaron. Era como si cabalgase en una ola del tiempo, a veces en su seno, a veces en su cima… y a todo su alrededor otras olas alzándose y cayendo, revelando y luego escondiendo aquello que transportaban en su superficie.

Y por encima de todo ello, la salvaje jihad aparecía siempre ante él, con la violencia y la matanza. Era como un escollo dominando las olas.

El grupo enfiló a través de la última puerta y penetró en la caverna principal. La puerta fue sellada. Las luces fueron apagadas, los orificios de la caverna abiertos de nuevo, revelando la noche y las estrellas brillando sobre el desierto.

Jessica avanzó hacia el reseco borde, más allá del umbral de la caverna, y miró hacia arriba, hacia las estrellas. Eran brillantes y nítidas. Había gente moviéndose a su alrededor, oyó el sonido de un baliset que era afinado a sus espaldas, y la voz de Paul ajustando el tono con la boca cerrada. Había una melancolía en aquella voz que no le gustó.

La voz de Chani resonó en lo hondo de la oscuridad de la caverna.

—Háblame de las aguas de tu mundo natal, Paul-Muad'Dib.

Y Paul:

—En otro momento, Chani. Te lo prometo.

Tanta tristeza.

—Es un buen baliset —dijo Chani.

—Muy bueno —dijo Paul—. ¿Crees que Jamis me odiará si lo uso?

Habla de los muertos en presente , pensó Jessica. Las implicaciones de aquello la turbaron.

—A Jamis le gustaba tocar algo a esta hora —intervino una voz de hombre.

—Entonces, cántame una de tus canciones —pidió Chani.

Hay tanta feminidad en la voz de esa chica , pensó Jessica. *Tengo que prevenir a Paul acerca de sus mujeres… y pronto.*

—Es una canción que cantaba un amigo mío —dijo Paul—. Creo que ya está muerto ahora… Gurney. La llamaba su canción del anochecer.

Los hombres callaron, mientras la suave voz de tenor de Paul se alzaba a los acordes del baliset:

En este cielo de cenizas ardientes…

Un sol dorado se pierde en el crepúsculo.

Qué sentidos locos, perfume de desesperación

Son los consortes de nuestros recuerdos.

Jessica sintió en su pecho la música de las palabras… pagana y cargada de sonidos que de pronto la hicieron sentir intensamente consciente de sí misma, de su cuerpo y de sus necesidades, escuchó en el tenso silencio:

Perlas de incienso en el réquiem de la noche…

¡Son para nosotros!

Qué alegría, entonces, resplandece…

Luminosa en tus ojos…

Qué amores sembrados de flores

Atraen nuestros corazones…

Qué amores sembrados de flores

Aplacan nuestros deseos.

Y Jessica oyó el prolongado silencio que siguió a la última sostenida nota que quedó vibrando en el aire. *¿Por qué mi hijo le ha cantado una canción de amor a esa chica?* , se preguntó. Sintió un miedo repentino. Notaba la vida deslizarse a su alrededor, y no podía aferrarla. *¿Por qué ha elegido esa canción?* , pensó. *Los instintos son a veces veraces. ¿Por qué lo ha hecho?*

Paul permaneció silencioso en la oscuridad, con un único pensamiento dominando su consciencia: *Mi madre es mi enemiga. Ella no lo sabe, pero lo es. Es ella quien lleva la jihad en su sangre. Me ha hecho nacer; me ha adiestrado. Es mi enemiga.*

35

El concepto de progreso actúa como un mecanismo de protección destinado a defendernos de los terrores del futuro.

De *Frases escogidas de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

En su decimoséptimo aniversario, Feyd-Rautha Harkonnen mató a su centésimo esclavo-gladiador en los juegos familiares. Los visitantes observadores de la Corte Imperial —el Conde y Dama Fenring— se encontraban en el mundo natal de los Harkonnen, Giedi Prime, para el acontecimiento, y fueron invitados a sentarse aquella tarde con la familia inmediata en el palco dorado encima de la arena triangular.

En honor del aniversario del na-Barón, y a fin de recordar a todos los Harkonnen y a sus súbditos que Feyd-Rautha era el heredero designado, aquel día fue declarado festivo en Giedi Prime. El viejo Barón decretó que todo trabajo fuera interrumpido de uno a otro meridiano, y en la ciudad familiar de Harko no se regateó ningún esfuerzo para crear una ilusión de alegría: estandartes ondeando en todos los edificios, una nueva capa de pintura en las paredes a lo largo de toda la Gran Avenida.

Pero, entre una casa y la otra, el Conde Fenring y su Dama vieron montones de inmundicias, y las paredes destilando suciedad que se reflejaban en los charcos de agua sucia entre los cuales la gente andaba furtivamente.

Tras los azules muros de la morada del Barón reinaba una perfección inspirada en el terror, pero el Conde y su Dama vieron el precio pagado: guardias por todos lados, y armas con aquel brillo particular que a un ojo entrenado indicaba un frecuente uso. Había puestos de control en casi todas las calles, incluso en el interior del castillo. Los sirvientes revelaban su adiestramiento militar en su forma de andar, en sus hombros rígidos… en la forma en que sus atentos ojos lo observaban todo, vigilando y vigilando.

—La presión aumenta —murmuró el Conde a su Dama en su lengua secreta—. El Barón apenas empieza a ver el precio que realmente está pagando por desembarazarse del Duque Leto.

—Un día te contaré la leyenda del fénix —dijo ella.

Se encontraban en la sala de recepción del castillo, en espera de acudir a los juegos familiares. No era una sala amplia —quizá cuarenta metros de largo por la mitad de ancho— pero falsos pilares a lo largo de las

paredes uniéndose en ángulo agudo con un techo ligeramente arqueado daban la ilusión de un espacio mucho más amplio.

—Ahhh, aquí está el Barón —dijo el Conde.

El Barón avanzaba a lo largo de la sala con aquel peculiar andar flotante motivado por la necesidad de guiar constantemente los suspensores que soportaban su enorme cuerpo. Sus mejillas temblequeaban, y los suspensores se movían cadenciosamente bajo sus ropas color naranja. Los anillos brillaban en sus dedos, y los opafuegos llenaban de iridiscencias su atuendo.

A su lado avanzaba Feyd-Rautha. Sus oscuros cabellos estaban peinados en apretados bucles que parecían incongruentemente alegres en contraste con sus tristes ojos. Llevaba una entallada túnica negra y pantalones ajustados ligeramente abiertos al final. Blandas pantuflas calzaban sus pequeños pies.

Dama Fenring, notando el porte del joven y la firmeza de los músculos bajo su túnica, pensó: *He aquí alguien que no se dejará engordar.*

El Barón se detuvo frente a ellos, sujetó a Feyd-Rautha con un gesto posesivo y dijo:

—Mi sobrino, el na-Barón, Feyd-Rautha Harkonnen —y, volviendo su rostro de bebé gordo hacia Feyd-Rautha—: El Conde y Dama Fenring, de los que ya te he hablado.

Feyd-Rautha inclinó su cabeza con la requerida cortesía. Miró a Dama Fenring. Su exquisita figura estaba enfundada en un sencillo vestido ondeante de lino, sin ningún adorno. Sus cabellos eran sedosos y dorados. Sus ojos gris verde le devolvieron la mirada. Tenía la serena calma de las Bene Gesserit, y esto turbó profundamente al joven.

—Hummm… ahmmm… —dijo el Conde. Estudió a Feyd-Rautha—. ¿El, hummm, *meticuloso* joven, ha, hummm… querida? —el Conde miró al Barón—. Mi querido Barón, ¿decís que habéis hablado de nosotros a ese *meticuloso* joven? ¿Qué le habéis dicho?

—He hablado a mi sobrino de la gran estima en que os tiene el Emperador, Conde Fenring —dijo el Barón. Y pensó: *¡Obsérvalo bien, Feyd! Es un asesino con los modales de un conejo… el tipo más peligroso de hombre.*

—¡Por supuesto! —dijo el Conde, y sonrió a su Dama.

Feyd-Rautha consideró casi insultantes las acciones y las palabras de aquel hombre. Se detenían justo en el umbral de la afrenta directa. El joven concentró su atención en el Conde: un hombre delgado, de aspecto frágil. Tenía rostro de comadreja, con ojos oscuros demasiado grandes.

Sus sienes eran grises. Y sus movimientos… movía una mano o volvía la cabeza hacia un lado y hablaba hacia el otro. Era difícil seguirlo.

—Hummm… ahmmm… raramente se encuentra… uhhh… una tan precisa cualidad —dijo el Conde, dirigiéndose al hombro del Barón—. Yo… ah… os felicito por la… hummm… perfección de vuestro… ahhh… heredero. Lleva en sí… hummm… la experiencia de sus mayores, por decirlo de algún modo.

—Sois demasiado gentil —dijo el Barón. Se inclinó, pero Feyd-Rautha notó que no había la menor cortesía en los ojos de su tío.

—Cuando vos sois… hummm… irónico, esto… ahhh… sugiere que estáis… hummm… meditando algo —dijo el Conde.

Está empezando de nuevo , pensó Feyd-Rautha. *Se expresa en forma insultante, pero no hay nada en sus palabras que nos permita exigirle satisfacciones.*

Escuchar a aquel hombre le daba a Feyd-Rautha la sensación de que le metían la cabeza en una olla hirviendo… *¡hummm… ahhh…!* Feyd-Rautha volvió su atención hacia Dama Fenring.

—Estamos… ahhh… robando demasiado tiempo a este joven —dijo ella —. Tengo entendido que debe aparecer en la arena hoy.

Por las huríes del harén Imperial, ¡es condenadamente adorable! , pensó Feyd-Rautha.

—Hoy mataré a alguien por vos, mi Dama —dijo—. Con vuestro permiso, proclamaré mi dedicatoria en la arena.

Ella lo miró serenamente, pero su voz fue como un latigazo cuando dijo:

—Vos no tenéis mi permiso.

—¡Feyd! —dijo el Barón. Y pensó: *¡Ese mocoso! ¿Acaso quiere hacerse desafiar por ese asesino de Conde?*

Pero el Conde se limitó a sonreír, y dijo:

—Hummm… mmm…

—Debes prepararte para la arena, Feyd —dijo el Barón—. Debes estar bien descansado y no correr riesgos estúpidos.

Feyd-Rautha se inclinó, con el resentimiento oscureciendo sus facciones.

—Estoy seguro de que todo será según tus deseos, tío. —Hizo una inclinación de cabeza hacia el Conde Fenring—: Señor —a la Dama—, mi Dama —y se volvió, saliendo a largos pasos del salón, sin dignarse

echar una mirada a los miembros de las Familias Menores reunidos cerca de las dobles puertas.

—Es tan joven —suspiró el Barón.

—Hummm… oh, sí… hummm… —dijo el Conde.

Y Dama Fenring pensó: *¿Es ese el joven al cual se refería la Reverenda Madre? ¿Es esa la línea genética que debemos preservar?*

—Tenemos aún más de una hora antes de acudir a la arena —dijo el Barón—. Quizá pudiéramos sostener ahora esa pequeña charla, Conde Fenring —inclinó su enorme cabeza hacia la derecha—. Quedan aún muchos puntos por discutir.

Y el Barón pensó: *Veamos cómo se las arreglará este lacayo del Emperador para transmitirme el mensaje que trae para mí sin llevar su grosería hasta el punto de decírmelo en voz alta.*

El Conde se volvió hacia su Dama.

—Hummm… ahh… ¿nos… hummm… excusarás… ahhh… querida?

—Cada día, y a veces cada hora, lleva sus cambios —dijo ella—. Hummm… —y sonrió al Barón antes de alejarse. Su amplia falda siseó mientras avanzaba, con un paso mesurado y noble, hacia las dobles puertas del fondo del salón.

El Barón observó que las conversaciones entre las Casas Menores cesaban al acercarse ella, que todos los ojos la seguían *¡Bene Gesserit!* , pensó el Barón. *¡El universo haría mejor desembarazándose de ellas!*

—Hay un cono de silencio entre los dos pilares ahí, a nuestra izquierda —dijo el Barón—. Podremos hablar sin temor a ser escuchados. —Abrió camino con su andar ondulante hasta la zona acústica aislante, notando cómo los ruidos del salón se volvían confusos y distantes.

El Conde avanzó a su lado, y ambos se volvieron hacia la pared para impedir que alguien pudiera leer en sus labios.

—No nos ha satisfecho el modo como habéis echado a los Sardaukar de Arrakis —dijo el Conde.

¡Habla claro! , pensó el Barón.

—Los Sardaukar no podían quedarse allí más tiempo sin correr el riesgo de que *otros* descubrieran cómo el Emperador me había ayudado —dijo el Barón.

—Pero vuestro sobrino Rabban no parece en absoluto preocupado por resolver el problema de los Fremen.

—¿Qué es lo que quiere el Emperador? —preguntó el Barón—. No queda más que un puñado de Fremen en Arrakis. El desierto meridional es inhabitable. El desierto septentrional es batido regularmente por mis patrullas.

—¿Quién dice que el desierto meridional es inhabitable?

—Vuestro propio planetólogo lo ha dicho, mi querido Conde.

—Pero el doctor Kynes está muerto.

—Ah, sí… desgraciadamente.

—Hemos sobrevolado los territorios meridionales —dijo el Conde—. Hay evidencias de vida vegetal.

—¿Entonces la Cofradía ha aceptado explorar Arrakis desde el espacio?

—Vos conocéis bien el asunto, Barón. Sabéis que el Emperador no puede legalmente hacer vigilar Arrakis.

—Y yo tampoco —dijo el Barón—. ¿Quién ha efectuado este vuelo?

—Un… contrabandista.

—Alguien os ha mentido, Conde —dijo el Barón—. Los contrabandistas no pueden volar sobre los territorios meridionales mejor que los hombres de Rabban. Tormentas, torbellinos de arena y todo esto, ya sabéis. Los marcadores de navegación son abatidos antes incluso de que sean instalados.

—Discutiremos los diversos tipos de tormentas en otra ocasión —dijo el Conde.

Ahhh , pensó el Barón.

—¿Acaso he cometido algún error al redactar mis informes? —preguntó.

—Si imagináis ya errores, luego no podréis defenderos —dijo el Conde.

Está intentando deliberadamente hacerme enfurecer , pensó el Barón. Respiró a fondo dos veces para calmarse. Sintió el acre olor de su propia transpiración, y de pronto las correas de sujeción de los suspensores, bajo sus ropas, empezaron a causarle una irritante comezón.

—El Emperador no puede disgustarse por la muerte de la concubina y del muchacho —dijo el Barón—. Huyeron al desierto. Había una tormenta.

—Sí, siempre hay algún accidente oportuno —aceptó el Conde.

—No me gusta vuestro tono, Conde —dijo el Barón.

—La cólera es una cosa, la violencia otra —dijo el Conde—. Permitidme haceros una advertencia: si me ocurriera algún infortunado accidente mientras estoy aquí, todas las Grandes Casas sabrían inmediatamente lo que vos habéis hecho en Arrakis. Hace mucho tiempo que sospechan la forma en que conducís vuestros asuntos.

—El único asunto reciente que puedo recordar —dijo el Barón— es el transporte hasta Arrakis de algunas legiones de Sardaukar.

—¿Creéis realmente que podéis amenazar al Emperador con esto?

—¡Ni siquiera se me ha ocurrido!

El Conde sonrió.

—Siempre encontraríamos algunos oficiales Sardaukar dispuestos a confesar haber actuado por cuenta propia porque deseaban aplastar a vuestra escoria Fremen.

—Muchos dudarían de tal confesión —dijo el Barón, pero aquella amenaza lo había alterado. *¿Son realmente tan disciplinados los Sardaukar?* , pensó.

—El Emperador quiere inspeccionar vuestros libros —dijo el Conde.

—En cualquier momento.

—Vos… esto… ¿no ponéis objeción?

—Ninguna. Mi directorio en la Compañía CHOAM puede afrontar el más profundo examen. —Y pensó: *Dejemos que me acuse falsamente, que se exponga en público. Y podré decir a todos, como Prometeo: «Miradme, soy víctima de una injusticia». Entonces, que lance cualquier otra acusación contra mí, aunque sea verdadera. Las Grandes Casas no creerán en un segundo ataque después de haber quedado demostrado que la primera acusación era falsa.*

—No hay ninguna duda de que vuestros libros resistirán el más atento escrutinio —murmuró el Conde.

—¿Por qué el Emperador está tan interesado en exterminar a los Fremen? —preguntó el Barón.

—Queréis cambiar el tema de la conversación, ¿eh? —el Conde se alzó de hombros—. Son los Sardaukar quienes lo desean, no el Emperador. Les gusta matar… y odian dejar un trabajo a medio hacer.

¿Intenta asustarme recordándome que tiene a su lado a esos asesinos sedientos de sangre? , se preguntó el Barón.

—Un cierto número de muertos es algo inevitable en todos los asuntos —dijo el Barón—, pero hay que fijar un límite en algún lado. Alguien debe sobrevivir para ocuparse de la especia.

El Conde emitió una corta y seca risa.

—¿Acaso pensáis domesticar a los Fremen?

—Nunca han sido tan numerosos como para esto —dijo el Barón—. Pero la matanza ha creado mucha inquietud en el resto de la población. Nos hallamos en un punto, mi querido Fenring, en el que estoy pensando en otra solución para el problema de Arrakis. Y debo confesar que ha sido el propio Emperador quien me ha inspirado.

—¿Ahhh?

—Ved, Conde, ahí está el planeta-prisión del Emperador, Salusa Secundus, para inspirarme.

El Conde lo miró con una brillante intensidad.

—¿Qué relación puede existir entre Salusa Secundus y Arrakis?

El Barón percibió la alarma en los ojos de Fenring.

—Ninguna, todavía —dijo.

—¿Todavía?

—Espero que admitiréis conmigo que el hecho de utilizar Arrakis como planeta-prisión permitiría desarrollar de un modo notable el trabajo.

—¿Anticipáis un aumento en el número de prisioneros?

—Ha habido desórdenes —admitió el Barón—. He debido tomar medidas severas, Fenring. Después de todo, vos sabéis el precio que he tenido que pagar a esa condenada Cofradía por el transporte de nuestras mutuas fuerzas hasta Arrakis. Debo recuperar esta suma *de alguna manera* .

—Os aconsejo que no uséis Arrakis como planeta-prisión sin el permiso del Emperador, Barón.

—Por supuesto que no —dijo el Barón, y se preguntó por qué se había producido aquella repentina frialdad en la voz de Fenring.

—Otra cosa —dijo el Conde—. Hemos sabido que el Mentat del Duque Leto, Thufir Hawat, no está muerto sino que trabaja para vos.

—No me sentía con ánimos de desperdiciarlo así —dijo el Barón.

—Entonces le mentisteis a nuestro comandante Sardaukar cuando le dijisteis que Hawat había muerto.

—Una mentira de circunstancias, mi querido Conde. No tenía estómago para discutir con aquel hombre.

—¿Era Hawat el verdadero traidor?

—¡Oh, Dios, no! Era el falso doctor. —El Barón se secó la transpiración de su cuello—. Debéis comprenderlo, Fenring. Yo no tenía Mentat. Sabéis esto. Nunca había estado sin Mentat. Me hallaba desorientado.

—¿Cómo conseguisteis que Hawat cambiara de alianza?

—Su Duque estaba muerto —el Barón forzó una sonrisa—. No hay que temer nada de Hawat, mi querido Conde. La carne del Mentat ha sido impregnada con un veneno residual. Le administramos constantemente un antídoto en su alimentación. Sin antídoto, el veneno actuará… y morirá en pocos días.

—Retiradle el antídoto —dijo el Conde.

—¡Pero me es útil!

—Sabe demasiadas cosas que ningún hombre vivo debería saber.

—Habéis dicho que el Emperador no temía ninguna declaración.

—¡No juguéis conmigo, Barón!

—Cuando vea esa orden con el sello Imperial, obedeceré —dijo el Barón—. Pero no pienso someterme a vuestro capricho.

—¿Pensáis que esto es un capricho?

—¿Qué otra cosa puede ser? Incluso el Emperador tiene obligaciones para conmigo, Fenring. Lo he librado de ese molesto Duque.

—Con la ayuda de algunos Sardaukar.

—¿Qué otra Casa hubiera encontrado el Emperador para que le proporcionara los uniformes necesarios para ocultar su participación en este asunto?

—Él se ha planteado la misma pregunta, Barón, pero de un modo ligeramente distinto.

El Barón estudió a Fenring, notando la tensión de los músculos de su mandíbula, el perfecto control.

—Ahhh, ya —dijo el Barón—. Espero que el Emperador no creerá poder atacarme a *mí* conservando el secreto absoluto de ello.

—Espera que no sea necesario.

—¡El Emperador no puede creer que le estoy amenazando! —El Barón se permitió que la cólera y la amargura asomaran a su voz, pensando: *¡Dejemos que se equivoque en esto! ¡Podría subir yo mismo al trono sin dejar ni un solo instante de protestar de mi inocencia!*

—El Emperador cree lo que le dictan sus sentidos —la voz del Conde le llegó seca y remota.

—¿Se atrevería el Emperador a acusarme de traición ante todo el Consejo del Landsraad? —y el Barón contuvo el aliento, esperando que fuera así.

—El Emperador no necesita *atreverse* a nada.

El Barón se volvió bruscamente, flotando en sus suspensores, para esconder su expresión. *¡Podría ocurrir mientras yo aún viva!* , pensó. *¡Emperador! ¡Dejemos que me acuse entonces! Luego… bastará un poco de coerción, de corrupción entre las Grandes Casas: se unirán bajo mi estandarte como una multitud de campesinos en busca de un refugio. Lo que más temen sobre todas las cosas es a los Sardaukar del Emperador atacándolas Casa tras Casa.*

—El Emperador espera sinceramente no tener que acusaros nunca de traición —dijo el Conde.

Al Barón le resultó difícil eliminar toda ironía de su voz y permitirse tan sólo una expresión doliente, pero lo consiguió:

—Siempre he sido un súbdito fiel. Estas palabras me hieren más profundamente de lo que puedo expresar.

—Hummm… ahhh… —dijo el Conde.

El Barón dio la espalda al Conde, inclinando ligeramente la cabeza. Luego dijo:

—Es hora de dirigirse a la arena.

—Es cierto —dijo el Conde.

Abandonaron el cono de silencio y, lado a lado, avanzaron hacia el grupo de las Casas Menores al final de la sala. En algún lugar del castillo una campana dejó oír un lento repique… faltaban veinte minutos para el inicio de los juegos.

—Las Casas Menores esperan que las guieis —dijo el Conde, señalando con la cabeza la gente a la que se aproximaban.

Doble sentido… doble sentido , pensó el Barón.

Alzó la vista hacia los nuevos talismanes que flanqueaban la salida de aquella sala… la cabeza de toro montada sobre la placa de madera y el retrato al óleo del Viejo Duque Atreides, el padre del difunto Duque Leto. La vista de aquello llenó al Barón de una extraña premonición, y se preguntó qué pensamientos debían haber inspirado al Duque Leto cuando estaban colgados en las salas de Caladan y luego en las de Arrakis… la arrogante valentía del padre y la cabeza del toro que lo había matado.

—La humanidad… ahhh… tiene solamente una… hummm… ciencia —dijo el Conde mientras abandonaban el salón, precediendo al grupo que se arremolinaba a su alrededor, y emergían a la sala de espera, un lugar estrecho con altas ventanas y un suelo recubierto de baldosas blancas y púrpuras.

—¿Qué ciencia? —preguntó el Barón.

—Es… hummm… ahhh… la ciencia del… ahhh… descontento —dijo el Conde.

Tras ellos, las Casas Menores, rostros dóciles como corderos, rieron como convenía, pero el sonido de los motores de las puertas exteriores al ser puestos en marcha por los pajes ahogó el chirrido de las risas. Al otro lado de la puerta los vehículos aguardaban, con sus estandartes agitándose en la brisa.

El Barón elevó la voz para dominar el repentino ruido.

—Espero que la actuación de mi sobrino no os decepcionará en absoluto, Conde Fenring —dijo.

—Yo… ahhh… he de reconocer que me siento… hummm… lleno… ahhh… de un sentido de anticipación, sí —dijo el Conde—. En un… ahhh… proceso verbal, uno… hummm… ahhh… debe siempre tener en cuenta… ahhh… el papel de los orígenes.

El Barón tropezó en el primer peldaño, consiguiendo disimular a duras penas la sorpresa. *¡Proceso verbal! ¡El informe de un crimen contra el Imperio!*

Pero el Conde se echó a reír, como si se tratara de una broma, palmeando el brazo del Barón.

A lo largo del camino hacia la arena, sin embargo, el Barón permaneció hundido en los blandos cojines de su vehículo blindado, sin dejar de mirar furtivamente al Conde sentado a su lado, preguntándose por qué aquel *recadero* del Emperador había creído necesario hacer aquel chiste en particular delante de las Casas Menores. Era obvio que Fenring raramente hacía algo inútil, como tampoco empleaba nunca dos palabras cuando con una era suficiente, ni se contentaba con dar un solo sentido a cada frase.

Tuvo la respuesta sólo cuando hubieron ocupado sus lugares en el palco dorado sobre la triangular arena, entre los estandartes y las tribunas y las gradas llenas de gente.

—Mi querido Barón —dijo el Conde, inclinándose hacia él para hablarle al oído—, sabréis ya que el Emperador aún no ha sancionado oficialmente la elección de vuestro heredero.

El Barón tuvo la impresión de que se hundía bruscamente en un cono de silencio producido por el shock. Miró a Fenring, apenas viendo a su Dama que se acercaba atravesando el cordón de guardias para ocupar su lugar en el palco dorado.

—Esta es la verdadera razón por la que estoy aquí —dijo el Conde—. El Emperador quiere que lo informe acerca de si habéis escogido a un sucesor válido. Y no hay nada como la arena para exponer a la verdadera persona que hay tras la máscara, ¿no?

—¡El Emperador me prometió libertad absoluta para elegir mi heredero! —gruñó el Barón.

—Veremos —dijo Fenring, y se volvió para recibir a su Dama. Ella se sentó, sonrió al Barón, y luego dirigió su atención a la arena, donde Feyd-Rautha acababa de aparecer, con malla adherente y protector, un guante negro y un cuchillo largo en su mano derecha, un guante blanco y un cuchillo corto en la izquierda.

—Blanco para el veneno, negro para la pureza —dijo Dama Fenring—. Una curiosa costumbre, ¿no es así, mi amor?

—Hummm… —dijo el Conde.

Se alzaron aclamaciones de las tribunas familiares, y Feyd-Rautha se detuvo para responder, alzando los ojos y escrutando aquellos rostros:

primos y coprimos, hermanastros, concubinas y parientes no-freyn. Eran una confusión de bocas rosáceas que vociferaban en un múltiple estremecimiento de colores de vestidos y estandartes.

Feyd-Rautha se dio cuenta de que aquellos rostros manifestarían la misma avidez tanto ante su sangre como ante la del esclavo-gladiador. Naturalmente, no había la menor duda acerca del resultado del combate. Era sólo la apariencia del peligro y no su sustancia. Sin embargo…

Feyd-Rautha alzó el cuchillo hacia el sol, saludando a los tres lados de la arena a la antigua manera. El cuchillo corto en la mano con el guante blanco (blanco, el signo del veneno) fue el primero que volvió a su funda. Después fue la hoja larga en la mano con el guante negro… la hoja pura que ahora era impura, su arma secreta para transformar aquel día en una victoria personal: el veneno en la hoja negra.

Necesitó tan sólo un instante para regular su escudo corporal e hizo una breve pausa para sentir la tensión en la piel de su frente que le garantizaba una perfecta defensa.

Era su espectáculo, y Feyd-Rautha comenzó a orquestarlo con mano de maestro de ceremonias, haciendo un signo con la cabeza a sus manipuladores y distractores, verificando con una ojeada su equipo… los hierros de aceradas y brillantes puntas, los garfios y las picas adornadas con banderolas azules.

Feyd-Rautha hizo una seña a los músicos.

La lenta marcha, antigua y solemne, se elevó en la arena, y Feyd-Rautha, a la cabeza de su cuadrilla, avanzó hasta detenerse a los pies del palco de su tío para rendir su homenaje. Tomó la llave ceremonial que le fue lanzada.

La música se interrumpió.

En el repentino silencio, Feyd-Rautha dio dos pasos atrás, alzó la llave y gritó:

—Dedico esta verdad a… —hizo una pausa, sabiendo que su tío estaba pensando: *¡Este joven imbécil va a dedicarla a Dama Fenring y va a provocar un escándalo!* —… a mi tío y patrón, el Barón Vladimir Harkonnen —terminó.

Y sonrió, oyendo el suspiro de alivio de su tío.

Los músicos iniciaron una marcha rápida; y Feyd-Rautha condujo nuevamente a sus hombres a través de la arena hacia la puerta de prudencia, a través de la cual solamente pasaban aquellos que mostraban la banda especial de identificación. Feyd-Rautha se felicitó a sí mismo por no haber tenido que utilizar nunca esa puerta, así como no

haber necesitado nunca a los distractores. Pero era bueno saber que aquel día los tenía allí a su disposición… a veces los planes especiales comportan también riesgos especiales.

El silencio cayó de nuevo sobre la arena.

Feyd-Rautha se volvió, haciendo frente a la gran puerta roja por la cual tenía que surgir el gladiador.

El gladiador especial.

El plan escogido por Thufir Hawat era admirable: simple y directo, pensó Feyd-Rautha. El esclavo no estaría drogado… y este era el peligro. Pero una palabra clave había sido impresa en el inconsciente del hombre, para bloquearlo en el instante crucial. Feyd-Rautha repitió varias veces la palabra vital en su mente, murmurándola en silencio: «¡Canalla!». A los ojos de los espectadores, todo ocurriría como si alguien hubiera conseguido introducir en la arena un esclavo no drogado para matar al na-Barón. Y las pruebas cuidadosamente preparadas señalarían como único culpable al maestro de esclavos.

Un sordo ronroneo se elevó de los servomotores de la gran puerta roja, que comenzó a abrirse.

Feyd-Rautha concentró toda su atención en la puerta. El primer momento era el más crítico. En el preciso instante en que aparecía el gladiador, un ojo adiestrado podía captar todo lo que necesitaba saber. Se suponía que todos los gladiadores se hallaban bajo la influencia de la elacca, prestos para morir en el combate… pero había que observar la forma en que blandían el cuchillo y montaban su guardia para saber si eran conscientes o no de la multitud. Una simple inclinación de su cabeza podía proporcionar un importante indicio para una finta o un contraataque.

La puerta roja se abrió sonoramente.

Un hombre surgió de ella a paso de carga, alto y musculoso, con el cráneo afeitado y los ojos parecidos a oscuros pozos. Su piel era del color rojo zanahoria que confería la elacca, pero Feyd-Rautha sabía que estaba pintada. El esclavo llevaba unas mallas verdes y el cinturón rojo de un semiescudo: la flecha del cinturón estaba inclinada hacia la izquierda, indicando que sólo el lado izquierdo del esclavo estaba protegido por el escudo. Empuñaba su cuchillo como si fuera una espada, ligeramente apuntado hacia adelante, como un combatiente experimentado. Avanzó lentamente por la arena, presentando su lado protegido por el escudo a Feyd-Rautha y al grupo reunido junto a la puerta de prudencia.

—No me gusta su aspecto —dijo uno de los picadores de Feyd-Rautha—. ¿Estáis seguro de que está drogado, mi Señor?

—Tiene el color —dijo Feyd-Rautha.

—Pero está en posición de combate —dijo otro ayudante.

Feyd-Rautha avanzó un par de pasos en la arena, estudiando a su esclavo.

—¿Qué se ha hecho en el brazo? —dijo uno de los distractores. Feyd-Rautha miró atentamente la sangrienta marca en el antebrazo izquierdo del hombre y luego siguió la dirección de la mano que le señalaba un dibujo que el hombre se había trazado con sangre en el lado izquierdo de sus mallas verdes: el perfil estilizado, todavía húmedo, de un halcón.

¡Un halcón!

Feyd-Rautha miró directamente a sus tenebrosos ojos, captando un brillo de excitación.

¡Es uno de los soldados del Duque Leto que capturamos en Arrakis! , pensó. *¡No es un simple gladiador!* Se estremeció de pies a cabeza, preguntándose angustiado si Hawat no tendría en realidad otro plan para la arena… un truco dentro de otro truco. ¡Y aunque fuera así, sólo el maestro de esclavos aparecería como único culpable!

El jefe de manipuladores de Feyd-Rautha se inclinó a su oído.

—No me gusta el aspecto de ese hombre, mi Señor —dijo—. Dejad que le plante una o dos picas en el brazo que sostiene el cuchillo para asegurarnos.

—Plantaré yo mismo las picas —dijo Feyd-Rautha. Tomó un par de largas astas rematadas en garfios y las levantó, sopesándolas, comprobando su equilibrio. Aquellas picas estaban supuestamente drogadas… pero no en aquella ocasión, y aquello podía costar la vida al jefe de manipuladores. Pero todo formaba parte del plan.

«Saldréis de este duelo como un héroe» , le había dicho Hawat. *«Habréis muerto a vuestro gladiador en un combate de hombre a hombre, a pesar de la traición. El maestro de esclavos será ejecutado, y vuestro hombre tomará su lugar».*

Feyd-Rautha avanzó otros cinco pasos en la arena, representando el momento, estudiando al esclavo. Sabía que los expertos en las tribunas sobre la arena habían visto ya que algo no iba bien. El gladiador tenía la piel del color correcto para un drogado, pero permanecía inmóvil y no temblaba. Los aficionados habrían susurrado ya entre ellos «¿Veis cómo está en guardia? Tendría que agitarse… atacar o huir. ¿Veis cómo conserva sus fuerzas, cómo espera? No debería esperar».

Feyd-Rautha sintió crecer su propia excitación. *Puede que haya traición en la mente de Hawat* , pensó. *Pero pese a todo puedo vencer a este esclavo. Y es en mi cuchillo largo donde se encuentra el veneno en esta ocasión, no en el corto. Ni siquiera Hawat sabe esto.*

—¡Hai, Harkonnen! —gritó el esclavo—. ¿Estás preparado para morir?

Un silencio mortal se apoderó de la arena. *¡Los esclavos nunca lanzan su desafío!*

Ahora, Feyd-Rautha podía ver claramente los ojos del gladiador, la fría ferocidad de la desesperación que se albergaba en ellos.

Notó el modo como el hombre permanecía de pie, relajado y atento, con los músculos preparados para la victoria. El correo secreto de los esclavos había pasado el mensaje de Hawat de uno en uno hasta alcanzar su destino: *«Tendrás una auténtica posibilidad de matar al na-Barón».* Hasta ahora, el plan funcionaba a la perfección.

Una furtiva sonrisa cruzó la boca de Feyd-Rautha. Alzó las picas, viendo el éxito de sus planes en la forma en que el gladiador permanecía de pie.

—¡Hai! ¡Hai! —desafió el esclavo, y dio dos pasos hacia adelante.

Ahora ya nadie del público puede equivocarse , pensó Feyd-Rautha.

Su esclavo tenía que haber estado casi paralizado por el terror inducido por la droga. Cada uno de sus movimientos tenía que haber revelado su convicción de que no había ninguna vía de salvación para él… que de ninguna manera podía vencer. Su cerebro tenía que haberse contorsionado por el recuerdo de las historias acerca de los venenos que el na-Barón escogía para el puñal del guante blanco. El na-Barón no concedía nunca una muerte rápida; se deleitaba exhibiendo extraños venenos, podía permanecer en la arena explicando los más interesantes efectos colaterales sobre las víctimas que se contorsionaban a su lado. Había miedo en el esclavo, sí… pero no terror.

Feyd-Rautha levantó muy alto las picas e inclinó la cabeza, casi como en una invitación.

El gladiador atacó.

Sus fintas y sus paradas eran las mejores que Feyd-Rautha había visto en su vida. Un golpe lateral estuvo a punto, por fracciones de segundo, de cortar los tendones de la pierna izquierda del na-Barón.

Feyd-Rautha saltó hacia atrás, dejando una pica clavada en el brazo derecho del esclavo, con los garfios completamente hundidos en la carne, de modo que el hombre no podía arrancarlos sin seccionarse los tendones.

Un concierto de sofocados gritos se alzó de los graderíos.

Feyd-Rautha se sintió invadido por la exaltación.

Sabía lo que estaba experimentando su tío en aquel instante, sentado allí con los Fenring, los observadores de la Corte Imperial, a su lado. No podía haber ninguna interferencia en aquel combate. Las formas debían ser conservadas ante tales testigos. Y el Barón sólo podía interpretar de un modo los acontecimientos de la arena: una amenaza contra su persona.

El esclavo retrocedió, manteniendo el cuchillo entre sus dientes y sujetándose la pica a lo largo de su brazo con ayuda de la banderola.

—¡No siento tu aguja! —gritó. Empuñó de nuevo el cuchillo y avanzó, el arma levantada, ofreciendo su lado izquierdo, el cuerpo doblado hacia atrás para aprovechar al máximo la protección del semiescudo.

Esta acción tampoco escapó a las gradas. Se alzaron agudos gritos de las tribunas familiares. Los manipuladores de Feyd-Rautha lo llamaron preguntándole si necesitaba su ayuda.

Los intimó bruscamente a que retrocedieran hacia la puerta de prudencia.

Voy a darles un espectáculo que nunca antes habrán visto , pensó Feyd-Rautha. *Nada de una matanza bien organizada cuyo estilo puedan admirar sentados tranquilamente en sus sillones. Será algo que va a agarrar sus tripas y retorcérselas. Cuando sea Barón todos recordarán este día, y a causa de él tendrán miedo de mí.*

Feyd-Rautha retrocedió lentamente, mientras el gladiador avanzaba agazapado como un cangrejo. La arena rechinaba bajo sus pies. Oyó la respiración del esclavo, el acre olor de su propia transpiración, y un vago perfume de sangre en el aire.

Continuó retrocediendo, mientras se desviaba hacia la derecha y preparaba su segunda pica. El esclavo se preparó para saltar. Feyd-Rautha pareció tropezar, se oyó un griterío en las gradas.

Una vez más, el esclavo atacó.

¡Dios, qué adversario! , pensó Feyd-Rautha, esquivando el fulmíneo ataque. Tan sólo la rapidez de su juventud lo había salvado, pero había dejado la segunda pica plantada en el músculo deltoide derecho del esclavo.

Frenéticos aplausos llovieron de las gradas.

Ahora me aclaman , pensó Feyd-Rautha. Oyó el salvajismo en sus gritos, tal como Hawat había dicho que ocurriría. Nunca habían aplaudido así a un campeón familiar. Recordó con una pizca de orgullo lo que le había dicho Hawat: *«Luego les resultará más fácil ser aterrorizados por un enemigo al que admiran».*

Rápidamente, Feyd-Rautha se batió en retirada hacia el centro de la arena, donde todos le podrían ver claramente. Desenvainó el arma larga, se replegó sobre sí mismo y esperó el avance del esclavo.

El hombre se detuvo tan sólo el tiempo de liar su segunda pica al brazo, y cargó.

Que la familia me vea bien , pensó Feyd-Rautha. *Yo soy su enemigo: que piensen siempre en mí tal como me ven ahora.*

Desenvainó su arma corta.

—No te temo, cerdo Harkonnen —dijo el gladiador—. Tus torturas no pueden alcanzar a un muerto. Puedo matarme con mi propia hoja antes de que tus manipuladores consigan siquiera rozar mi piel. ¡Y tú estarás muerto a mi lado!

Feyd-Rautha sonrió, apuntando con su arma larga, la que tenía el veneno.

—Prueba esto —dijo, y fintó con el arma corta en su otra mano.

El esclavo hizo saltar su cuchillo de mano, se volvió, parando y fintando para apoderarse del arma corta del na-Barón… la del guante blanco que, según la tradición, llevaba el veneno.

—Te mataré, Harkonnen —gruñó el gladiador.

Se precipitaron el uno contra el otro a través de la arena. Cuando el escudo de Feyd-Rautha entró en contacto con el semiescudo del esclavo, un crepitar azul señaló el punto de fricción. El aire a su alrededor se impregnó del ozono de los escudos.

—¡Muere por tu propio veneno! —rugió el esclavo.

Aferró la muñeca enguantada de blanco, girándola violentamente hacia dentro.

¡Que todos vean esto! , pensó Feyd-Rautha. Golpeó hacia abajo con la hoja larga, que se clavó vanamente contra la pica sujeta al brazo del esclavo.

Feyd-Rautha sintió un instante de desesperación. Nunca había pensado que sus picas pudieran representar una defensa para el esclavo. Pero en

realidad eran como otro escudo para el hombre. ¡Y aquel gladiador era fuerte! La hoja corta se acercaba inexorablemente, y Feyd-Rautha se dio cuenta de pronto de que un hombre podía morir también a causa de una hoja no envenenada.

—¡Canalla! —jadeó Feyd-Rautha.

A la palabra clave, los músculos del gladiador se relajaron por un breve instante. Fue suficiente para Feyd-Rautha. Abrió entre ellos el espacio suficiente para el arma larga. Su punta envenenada trazó un surco rojo en el pecho del esclavo. La agonía del veneno fue instantánea. El hombre se apartó de él y retrocedió, vacilante.

Ahora, que mi querida familia observe , pensó Feyd-Rautha. *Que todos crean que este esclavo ha estado a punto de volver contra mí el arma envenenada. Que se pregunten cómo un gladiador ha podido entrar en la arena preparado y dispuesto para tal tentativa. Y que nunca sepan con certeza cuál de mis manos lleva el veneno.*

Feyd-Rautha se inmovilizó en silencio, observando los torpes movimientos del esclavo. El hombre avanzaba con una consciente vacilación. Todos podían leer claramente en su rostro. La muerte estaba escrita en él. El esclavo sabía lo que le había ocurrido y cómo le había ocurrido. El arma larga era la que llevaba el veneno.

—¡Tú! —gimió el hombre.

Feyd-Rautha retrocedió para dejar espacio a la muerte. La droga paralizante del veneno aún no había hecho todo su efecto, pero los movimientos cada vez más lentos del hombre indicaban su progresión.

El esclavo titubeó hacia adelante, como tirado por un invisible hilo… un trabajoso paso, luego otro. Cada paso era el único paso en su universo particular. No había soltado su cuchillo, pero su punta temblaba.

—Un día… uno de… nosotros… te… despedazará —balbuceó.

Una pequeña mueca triste contorsionó su boca. Cayó sentado al suelo, se derrumbó completamente, se envaró y rodó lejos de Feyd-Rautha, con el rostro contra el suelo.

Feyd-Rautha avanzó en la silenciosa arena, puso un pie bajo el gladiador y lo giró boca arriba para que todos, desde las gradas, pudieran ver las convulsiones de su rostro mientras el veneno iba actuando. Pero el cuchillo del gladiador estaba profundamente enterrado en su pecho.

A despecho de la frustración, Feyd-Rautha tuvo que admirar el esfuerzo que había tenido que hacer el esclavo para vencer su parálisis y hundirse el cuchillo en su propio cuerpo. Y al mismo tiempo comprendió que aquello era *verdaderamente* lo que tenía que temer.

Es terrible lo que hace de un hombre un superhombre.

Mientras se concentraba en este pensamiento, Feyd-Rautha tomó consciencia del clamor que había estallado en las gradas y en los palcos a su alrededor. Todos aplaudían y gritaban frenéticamente.

Feyd-Rautha se volvió y levantó la vista hacia la concurrencia. Todos lo aclamaban, excepto el Barón, que permanecía hundido en su asiento contemplándolo pensativamente… y el Conde y su Dama, que lo miraban con sus rostros convertidos en unas máscaras de gélida sonrisa.

El Conde Fenring se volvió hacia su Dama y dijo:

—Ahhh… hummm… un joven lleno de… hummm… recursos. ¿Eh… hummm… querida?

—Sus… ahhh… respuestas sinápticas son muy rápidas —dijo ella.

El Barón los miró, primero a ella, luego al Conde, y volvió de nuevo su atención a la arena, pensando: *¡Han conseguido llegar tan cerca de uno de los nuestros!* La rabia estaba ocupando el lugar del miedo. *Haré morir a fuego lento al maestro de esclavos esta noche… y si el Conde y su Dama tienen algo que ver con esto…*

La conversación en el palco del Barón era algo remota, con las voces desapareciendo bajo el rítmico batir de innumerables pies en las gradas y el coro de gritos a su alrededor:

—¡La cabeza! ¡La cabeza! ¡La cabeza! ¡La cabeza!

El Barón frunció el ceño, viendo el modo como Feyd-Rautha lo miraba. Lentamente, controlando con dificultad su rabia, el Barón hizo un gesto con la mano, indicando al joven que estaba inmóvil en la arena el cuerpo tendido del esclavo. *Dad al muchacho la cabeza. Se la ha ganado denunciando al maestro de esclavos.*

Feyd-Rautha vio la señal de asentimiento y pensó: *Cree hacerme un honor con ello. ¡Que vea lo que pienso al respecto!*

Vio a sus manipuladores acercarse, con el cuchillo-sierra para los honores; los detuvo con un gesto imperativo, repitiendo el gesto al ver que dudaban. *¡Crees honrarme con una cabeza!* , pensó.

Se inclinó y cruzó las manos del gladiador en torno a la empuñadura del cuchillo que surgía de su pecho, luego extrajo el cuchillo y lo situó entre las inertes manos.

Le bastó un momento. Entonces se irguió; haciendo un signo a sus manipuladores.

—Sepultad a este esclavo intacto, con su cuchillo entre las manos —dijo —. El hombre se lo ha merecido.

En el palco dorado, el Conde Fenring se inclinó hacia el Barón.

—Un gran gesto —dijo—. De auténtico valor. Vuestro sobrino no sólo es valiente, sino que también tiene estilo.

—Insulta a la gente rehusando la cabeza —murmuró el Barón.

—En absoluto —dijo Dama Fenring. Se volvió, mirando las gradas a su alrededor.

Y el Barón observó la línea de su cuello… un adorable juego de músculos… como un adolescente.

—Aprecian lo que ha hecho vuestro sobrino —dijo ella.

El Barón miró, y vio que, en efecto, los espectadores habían interpretado correctamente el gesto de Feyd-Rautha, y contemplaban fascinados cómo el cuerpo intacto del gladiador era transportado fuera de la arena. La gente se excitaba, gritando, pateando y dándose golpes unos a otros en los hombros.

El Barón dijo en tono desolado:

—Tendré que ordenar una fiesta. Uno no puede enviar a la gente a sus casas así, sin que hayan gastado todas sus energías. Es necesario que vean que yo también participo en su excitación. —Hizo un gesto a su guardia, y un servidor extendió sobre ellos el estandarte naranja de los Harkonnen, agitándolo por encima del palco: una, dos, tres veces… la señal de la fiesta.

Feyd-Rautha atravesó la arena y se detuvo bajo el palco dorado, con sus armas de nuevo en sus fundas, los brazos colgando a sus costados.

—¿Una fiesta, tío? —preguntó por encima del rumor de la gente.

El ruido de innumerables voces descendió a medida que los demás veían la conversación y escuchaban lo que se decía.

—¡En tu honor, Feyd! —gritó el Barón muy alto. Hizo bajar otra vez el estandarte, en otra señal.

Al otro lado de la arena, las barreras de prudencia habían sido bajadas, y numerosos jóvenes estaban saltando a la arena, en dirección a Feyd-Rautha.

—¿Habéis ordenado bajar los escudos de prudencia, Barón? —preguntó el Conde.

—Nadie hará ningún daño al muchacho —dijo el Barón—. Es un héroe.

Los primeros jóvenes alcanzaron a Feyd-Rautha, lo levantaron sobre sus hombros y lo llevaron en triunfo alrededor de la arena.

—Esta noche podría pasear desarmado y sin escudo a través de los barrios más pobres de Harko —dijo el Barón—. Le ofrecerían hasta el último pedazo de su comida y el último sorbo de su vino por el honor de su compañía.

El Barón se levantó trabajosamente de su silla, y ancló su peso en los suspensores.

—Confío en que me disculparéis. Hay algunos asuntos que requieren mi inmediata atención. Los guardias os escoltarán hasta el castillo.

El Conde se levantó a su vez e hizo una inclinación.

—Ciertamente, Barón. Participaremos de buen grado en la fiesta. Nunca… ahhh… hummm… hemos visto una fiesta Harkonnen.

—Sí —dijo el Barón—. La fiesta —se volvió, y salió del palco rodeado por sus guardias.

Un capitán de la guardia se inclinó ante el Conde Fenring.

—¿Vuestras órdenes, mi Señor?

—Esperaremos… hummm… a que la gente se haya… ahhh… dispersado —dijo el Conde.

—Sí, mi Señor —el hombre hizo una inclinación y retrocedió tres pasos.

El Conde Fenring se volvió hacia su Dama, hablando en su lenguaje personal codificado en susurros.

—También lo has visto, por supuesto.

—El muchacho sabía que el gladiador no estaba drogado —dijo ella en la misma lengua susurrante—. Ha tenido un momento de miedo, sí, pero no de sorpresa.

—Estaba planeado —dijo él—. Todo el espectáculo.

—Sin la menor duda.

—Esto huele a Hawat.

—Completamente —dijo ella.

—Le he pedido al Barón que elimine a Hawat.

—Ha sido un error, querido.

—Ahora me doy cuenta.

—Los Harkonnen podrían tener un nuevo Barón dentro de muy poco.

—Si ese es el plan de Hawat.

—Esto requiere un atento examen, es cierto —dijo ella.

—El joven será más fácil de controlar.

—Para nosotros… después de esta noche —dijo ella.

—¿No anticipas ninguna dificultad en seducirlo, mi pequeña clueca?

—No, mi amor. ¿Has visto cómo me ha mirado?

—Sí, y ahora comprendo por qué nos es indispensable esa línea genética.

—Exactamente. Y es obvio que necesitamos ejercitar sobre él un control completo. Implantaré en lo más profundo suyo las frases prana-bindu que lo doblegarán a nuestra voluntad.

—Nos iremos lo más pronto posible… apenas estés segura —dijo él.

Ella se estremeció.

—Realmente. No quiero dar a luz a un hijo en este horrible lugar.

—Piensa que todo lo hacemos en nombre de la humanidad —dijo él.

—La tuya es la parte más fácil.

—Pero *hay* algunos antiguos prejuicios que he tenido que vencer —dijo él—. Son cosas primordiales, ya sabes.

—Mi pobre querido —dijo ella, y palmeó su mejilla—. Sabes que es el único modo seguro de salvar esa línea genética.

—Comprendo perfectamente lo que estamos haciendo —dijo él con voz seca.

—No fracasaremos —dijo ella.

—El sentimiento de culpabilidad empieza con el miedo a fracasar —recordó él.

—No habrá ningún sentimiento de culpa —dijo ella—. Una hipno-ligazón en la psique de Feyd-Rautha y su hijo en mi seno… y podremos irnos.

—Su tío —dijo él—. ¿Has visto alguna vez a alguien tan retorcido?

—Es terriblemente feroz —dijo ella—, pero el sobrino podría ser peor aún.

—Gracias a su tío. Cuando pienso en ese muchacho y en lo que podría haber sido con otra educación… la de los Atreides, por ejemplo.

—Es triste —dijo ella.

—Hubiéramos podido salvarlos a los dos, al Atreides y a éste. Por lo que he oído decir, el joven Paul era un muchacho admirable, una combinación perfecta de herencia genética y educación. —Agitó la cabeza—. Pero es inútil derramar lágrimas por la aristocracia en desventura.

—Hay una máxima Bene Gesserit al respecto —dijo ella.

—¡Tenéis máximas para cualquier cosa! —protestó él.

—Esta te gustará —interrumpió ella—. Dice: «No consideres muerto a un ser humano hasta que hayas visto su cadáver. Y, aún entonces, piensa que podrías equivocarte».

36

En un «Tiempo de Reflexión», Muad'Dib nos dice que su verdadera educación se inició con sus primeros tropiezos con las necesidades arrakenas. Aprendió entonces a empalar la arena para conocer el tiempo, aprendió el lenguaje del viento que clavaba mil afiladas agujas en su piel, aprendió que la nariz podía escocer con la picazón de la arena, y cómo mejorar la recolección y conservación de la humedad de su cuerpo. Así, mientras sus ojos asumían el azul del Ibad, aprendió la enseñanza chakobsa.

Prefacio de Stilgar a *Muad'Dib, el hombre* , por la PRINCESA IRULAN

El grupo de Stilgar regresó al sietch con sus dos escapados del desierto, abandonando la depresión bajo la pálida claridad de la primera luna. Las embozadas figuras se apresuraron, con el olor del hogar en sus pituitarias. La línea gris del alba, a sus espaldas, era más brillante, lo cual en su calendario del horizonte significaba que estaban a mediados de otoño, el mes de Caprock.

Al pie de la muralla rocosa, las hojas amontonadas por los niños del sietch revoloteaban en el viento, pero los sonidos del paso del grupo (excepto alguna ocasional distracción de Paul o de su madre) no se distinguían de los rumores casuales de la noche.

Paul se pasó la mano por la fina película de sudor y polvo que se había encostrado en su frente, sintió un contacto en su brazo y oyó la voz silbante de Chani:

—Haz como te he dicho: cálate la capucha hasta tu frente. Deja expuestos tan sólo tus ojos. Estás desperdiciando humedad.

Una orden susurrada pidió silencio a sus espaldas:

—¡El desierto os oye!

Un pájaro gorjeó entre las rocas, muy arriba frente a ellos.

El grupo se detuvo, y Paul notó una repentina tensión.

Hubo un sordo golpe entre las rocas, un sonido no más intenso del que hubiera producido un ratón saltando en la arena.

El pájaro gorjeó de nuevo.

Un estremecimiento recorrió las filas del grupo. El ratón-canguro saltó de nuevo en la arena.

El pájaro gorjeó por tercera vez.

El grupo reanudó su ascensión por el interior de la hendidura entre las rocas, pero había ahora un silencio extraño en el modo de respirar de los Fremen que puso a Paul en estado de alerta, y notó que las numerosas miradas directas que dirigía a Chani no recibían respuesta, como si ella se aislara, se cerrara en sí misma.

Ahora había roca bajo sus pies, un rumor débil de roce de ropas grises a su alrededor, y Paul sintió una relajación de la disciplina, pero Chani y los demás seguían extrañamente aislados, remotos. Siguió a una sombra imprecisa de perfil humano: peldaños, un giro, más peldaños, un túnel, a través de dos puertas selladoras de humedad, y por fin un estrecho pasadizo iluminado por un globo, entre dos paredes y un techo de roca amarillenta.

A su alrededor, Paul vio a los Fremen echar hacia atrás sus capuchas, quitarse los tampones y respirar profundamente. Alguien suspiró. Paul buscó a Chani, pero descubrió que ya no estaba a su lado. Estaba circundado por numerosos cuerpos aún embozados que lo empujaban para uno y otro lado. Alguien lo golpeó accidentalmente con un codo.

—Perdona, Usul —le dijo—. ¡Vaya carrera! Siempre es así.

A su izquierda, el rostro delgado y barbudo del hombre llamado Farok estaba vuelto hacia él. Sus órbitas manchadas y sus ojos azules parecían aún más tenebrosos a la luz amarilla de los globos.

—Quítate la capucha, Usul —le dijo Farok—. Estás en casa —y ayudó a Paul, soltándole la capucha mientras con los hombros le hacía un poco de sitio a su alrededor.

Paul se quitó los tampones de la nariz, liberando después su boca. El acre olor del lugar lo asaltó: cuerpos no lavados, exhalaciones destiladas de residuos reciclados, por todas partes los efluvios de una humanidad, con la turbulencia de la especia y sus armónicos dominándolo todo.

—¿Qué es lo que estamos esperando, Farok? —preguntó Paul.

—A la Reverenda Madre, creo. ¿No has oído el mensaje?… Pobre Chani.

¿Pobre Chani? , se preguntó Paul. Miró a su alrededor, preguntándose dónde estaría, y dónde estaría su madre en aquella multitud.

Farok inspiró profundamente.

—El aroma del hogar —dijo.

Paul observó que el hombre gozaba realmente de la fetidez del aire, no había ironía en su voz. Oyó toser a su madre, y luego le llegó su voz a través de los cuerpos apelotonados:

—Qué intensos son los olores de tu sietch, Stilgar. Veo que hacéis muchas cosas con la especia… papel… plásticos… ¿y eso no son explosivos químicos?

—¿Sabes reconocer todo esto por el olor? —era otra voz de hombre.

Y Paul comprendió que su madre estaba hablando para él, intentaba conseguir que aceptara rápidamente aquella avalancha en su pituitaria.

Hubo un rumor de actividad a la cabeza del grupo, una inspiración profunda y prolongada que pareció recorrer a los Fremen, y luego Paul oyó voces sofocadas a lo largo de la hilera.

—Entonces, es cierto… Liet ha muerto.

Liet , pensó Paul. Y luego: *Chani, hija de Liet.* Las piezas parecieron encajar en su mente. Liet era el nombre Fremen del planetólogo.

Paul miró a Farok.

—¿Es este el Liet que nosotros conocemos como Kynes? —preguntó.

—Sólo hay un Liet —dijo Farok.

Paul se volvió, y su mirada recorrió a los Fremen junto a él. *Entonces, Liet-Kynes ha muerto* , pensó.

—Ha sido la traición de los Harkonnen —exclamó alguien—. Lo han hecho de modo que pareciera un accidente… perdido en el desierto… un tóptero estrellado…

Paul se sintió invadido por una oleada de rabia. El hombre que les había ofrecido su amistad, que los había salvado de la caza de los Harkonnen, el hombre que había enviado a las cohortes Fremen a buscar a dos criaturas perdidas en el desierto… otra víctima de los Harkonnen.

—¿Usul siente ya sed de venganza? —preguntó Farok.

Antes de que Paul pudiera responder, fue dada una orden en voz baja, y todo el grupo avanzó, penetrando en una caverna más amplia y arrastrando a Paul con ellos. En el repentino espacio abierto, se halló frente a Stilgar y a una mujer desconocida envuelta en un vestido flotante de brillantes colores naranja y verde. Sus brazos estaban desnudos hasta los hombros, y vio que no llevaba destiltraje. Su piel era

de un color oliva pálido. Sus oscuros cabellos estaban peinados hacia atrás en su frente, haciendo resaltar sus pómulos y su aquilina nariz entre la densa oscuridad de sus ojos.

Se volvió hacia él, y Paul vio que de sus orejas colgaban anillos dorados entremezclados con medidas de agua.

—¿*Este* es el que ha vencido a mi Jamis? —preguntó.

—Cállate, Harah —dijo Stilgar—. Fue Jamis quien le desafió… fue él quien invocó el tahaddi al-burhan.

—¡Pero es un muchacho! —dijo ella. Agitó bruscamente la cabeza, haciendo tintinear las medidas de agua—. ¿Mis hijos son huérfanos por culpa de otro niño? ¡Seguro, ha sido un accidente!

—Usul, ¿cuántos años tienes? —preguntó Stilgar.

—Quince años estándar —dijo Paul.

La mirada de Stilgar recorrió el grupo reunido ante ellos.

—¿Hay alguno entre vosotros que quiera desafiarle?

Silencio.

Stilgar miró a la mujer.

—Y yo, hasta que no haya aprendido su extraño arte de combatir, no le desafiaré.

Ella le devolvió la mirada.

—Pero…

—¿Has visto a la extraña mujer que ha ido con Chani a ver a la Reverenda Madre? —preguntó Stilgar—. Es nuestra no-freyn Sayyadina, la Madre de este muchacho. Madre e hijo son maestros en ese extraño arte de batirse.

—Lisan al-Gaib —susurró la mujer. Sus ojos estaban llenos de estupor cuando miraron otra vez a Paul.

De nuevo la leyenda , pensó Paul.

—Quizá —dijo Stilgar—. Pero aún no ha sido probado. —Su atención regresó a Paul—. Usul, nuestra costumbre es que ahora seas responsable de la mujer de Jamis y de sus dos hijos. Su yali… sus apartamentos, son tuyos. Su servicio de café es tuyo… y esta es tu mujer.

Paul estudió a la mujer, preguntándose: *¿Por qué no llora a su hombre? ¿Por qué no muestra ningún odio hacia mí?* Bruscamente, se dio cuenta de que los Fremen lo estaban mirando, a la espera.

Alguien murmuró:

—Hay trabajo que hacer. Di de qué modo la aceptas.

—¿Aceptas a Harah como mujer o como sirviente? —dijo Stilgar.

Harah alzó los brazos, girando lentamente sobre sí misma.

—Aún soy joven, Usul. Se dice que parezco tan joven como era cuando estaba con Geoff… antes de que Jamis lo venciera.

Jamis mató a otro para tenerla , pensó Paul.

—Si la acepto como sirviente, ¿podré cambiar mi decisión más tarde? —preguntó.

—Tienes un año de tiempo para cambiar tu decisión —dijo Stilgar—. Una vez transcurrido éste, ella será una mujer libre que podrá elegir según sus deseos… a menos que tú la dejes libre antes, en cualquier momento. Pero por un año está bajo tu responsabilidad, ocurra lo que ocurra… y serás siempre responsable en parte de los hijos de Jamis.

—La acepto como sirviente —dijo Paul.

Harah dio una patada en el suelo y alzó enfurecida los hombros.

—¡Pero yo soy joven!

Stilgar miró a Paul.

—La prudencia es una cualidad en un hombre que dirige —dijo.

—¡Pero yo soy joven! —repitió Harah.

—Cállate —ordenó Stilgar—. Si una cosa tiene mérito, lo tendrá. Conduce a Usul a sus apartamentos y cuida de que tenga ropas frescas y un sitio para descansar.

—¡Ohhh! —se lamentó la mujer.

Paul la había registrado lo suficiente como para juzgarla en una primera aproximación. Captó la impaciencia de la gente, la urgencia de muchas cosas que se estaban retrasando. Se preguntó si debía atreverse a inquirir la situación de su madre y de Chani, pero Stilgar estaba nervioso y vio que sería un error.

Se volvió hacia Harah, y acentuó su miedo y su estupor dando a su voz un ligero trémolo.

—¡Muéstrame mis apartamentos, Harah! —dijo—. Discutiremos tu juventud en otra ocasión.

Ella retrocedió dos pasos, dirigiendo una aterrada mirada a Stilgar.

—Tiene la voz extraña —balbuceó.

—Stilgar —dijo Paul—, el padre de Chani puso pesadas obligaciones sobre mí. Si hay algo…

—Será decidido en consejo —dijo Stilgar—. Podrás hablar entonces. —Inclinó la cabeza, despidiéndolo, y se volvió, alejándose con el resto de su gente.

Paul tocó el brazo de Harah, sintiendo que su piel era fría, notando como temblaba.

—No te haré ningún daño, Harah —dijo—. Muéstrame nuestros apartamentos —y suavizó su voz con una nota relajante.

—¿No me rechazarás cuando haya transcurrido el año? —dijo ella—. Sé que no soy tan joven como era antes.

—Mientras yo viva, tendrás un lugar conmigo —dijo él. Soltó su brazo—. Ahora, vamos, ¿dónde están nuestros apartamentos?

Ella se volvió, conduciéndolo a lo largo de un corredor, girando a la derecha en un amplio túnel iluminado a intervalos regulares por globos que ponían reflejos amarillos a las rocas. El suelo de piedra era liso, sin el menor rastro de arena.

Paul se adelantó hasta colocarse a su lado, estudiando el aquilino perfil a medida que andaban.

—¿No me odias, Harah?

—¿Por qué tendría que odiarte?

Saludó con una inclinación de cabeza a un grupo de niños que los observaban desde un corredor lateral. Paul entrevió algunos adultos tras los niños, semiocultos por cortinajes de tela poco tupida.

—Yo… vencí a Jamis.

—Stilgar ha dicho que la ceremonia tuvo lugar y que tú eras un amigo de Jamis. —Le dirigió una breve ojeada—. Stilgar ha dicho que le diste humedad al muerto. ¿Es cierto?

—Sí.

—Es más de lo que yo haría… de lo que podría hacer.

—¿No lloras?

—Cuando sea el tiempo de llorar, lloraré.

Pasaron una arcada. Paul vio, en una amplia cámara vivamente iluminada, a hombres y mujeres afanándose alrededor de algunas máquinas montadas sobre plataformas. Había un ritmo febril en ellos.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Paul.

Ella miró hacia allí mientras pasaban debajo de la arcada.

—Se apresuran a terminar su cuota de plásticos antes de que huyamos. Necesitaremos un gran número de colectores de rocío para los cultivos.

—*¿Huir?*

—Hasta que los carniceros dejen de darnos caza o sean arrojados de nuestras tierras.

Por un momento, a Paul le pareció que el tiempo se detenía, y volvía a él un fragmento, una proyección visual de su presciencia… pero estaba desplazada, como un montaje mal secuenciado. Los fragmentos de su memoria presciente no estaban dispuestos exactamente como los recordaba.

—Los Sardaukar nos dan caza —dijo él.

—No encontrarán mucho, excepto uno o dos sietch vacíos —dijo ella—. Y encontrarán su propia ración de muerte en la arena.

—¿Encontrarán también este lugar?

—Probablemente.

—¿Y mientras estamos perdiendo el tiempo en… —señaló con la cabeza la arcada, ahora ya lejos a sus espaldas—… en fabricar estos… colectores de rocío?

—Las plantaciones continúan.

—¿Qué son los colectores de rocío? —preguntó él.

Ella le miró con una intensa sorpresa en sus ojos.

—¿No te han enseñado nada en el… allí en el lugar de donde vengas?

—Nada sobre los colectores de rocío.

—*¡Hai!* —dijo ella, y en aquella exclamación había todo un discurso.

—Bien, ¿qué es lo que son?

—Cada matojo, cada hierba que ves allí afuera en el erg —dijo ella—, ¿cómo crees que viven una vez los hemos plantado? Cada uno de ellos es tiernamente plantado en su pequeño pozo. Los pozos son llenados con unos diminutos óvalos de cromoplástico. La luz los hace virar al blanco. Si los miras desde una altura, puedes verlos brillar al alba. Un reflejo blanco. Pero cuando el Viejo Padre Sol parte, el cromoplástico se vuelve transparente en la oscuridad. Se enfría con extrema rapidez. La superficie condensa la humedad del aire. Esta humedad queda retenida y nuestras plantas viven.

—Colectores de rocío —murmuró él, maravillado ante la sencilla belleza de aquel procedimiento.

—Lloraré a Jamis cuando sea el tiempo de hacerlo —dijo ella, como si su mente no hubiera dejado de pensar ni un momento en su otra pregunta—. Jamis era un buen hombre, pero rápido en su cólera. Un buen proveedor de alimentos, y una maravilla con los niños. No hizo ninguna distinción entre el niño de Geoff, el mayor, y su propio hijo. Eran iguales a sus ojos. —Miró interrogadoramente a Paul—. ¿Será igual contigo, Usul?

—Nosotros no tenemos este problema.

—Pero, si…

—¡Harah!

Se calló ante el tono duro de su voz.

Pasaron ante otra estancia brillantemente iluminada, visible tras un arco a su izquierda.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó él.

—Reparan las máquinas de tejer —dijo ella—. Pero esta noche todo debe ser desmantelado —señaló el túnel que se bifurcaba a su izquierda—. Más allá, en esa dirección, se procesa la comida y se reparan los destiltrajes —miró a Paul—. Tu traje parece nuevo, pero necesita

algunas reparaciones. Soy buena con los trajes. Trabajo en la fábrica durante la estación.

Ahora encontraban cada vez más a menudo grupos de gente, y a ambos lados de la galería las ramificaciones se multiplicaban. Una hilera de hombres y mujeres pasó junto a ellos acarreando sacos gorgoteantes que emanaban un intenso olor a especia.

—No tendrán nuestra agua —dijo Harah—. Ni nuestra especia. Puedes estar seguro de ello.

Paul miraba a través de las aberturas en las paredes del túnel, muchas de ellas cubiertas por pesadas cortinas de tela fijadas a salientes de la roca, entreviendo amplias estancias con muros revestidos de tapices de colores vivos y con almohadones apilados. La gente en las aberturas callaba cuando se aproximaban ellos, siguiendo a Paul con indomables miradas.

—La gente encuentra extraño que hayas vencido a Jamis —dijo Harah—. Probablemente tendrás que dar alguna otra prueba cuando estemos instalados en un nuevo sietch.

—No me gusta matar —dijo él.

—Eso es lo que nos ha dicho Stilgar —dijo ella, pero su voz traicionaba su incredulidad.

Unos cantos estridentes se alzaron ante ellos. Llegaron a una abertura lateral más amplia que todas las demás que Paul había visto. Retuvo su paso y miró a una estancia llena de niños sentados con las piernas cruzadas en el suelo recubierto de una alfombra marrón.

Una mujer envuelta en una túnica amarilla estaba al lado de una pizarra, en un ángulo, con un stiloproyector en una mano. El tablero estaba lleno de dibujos: círculos, ángulos y curvas, cuadrados, líneas onduladas y arcos cortados por líneas paralelas. La mujer señalaba los dibujos, uno tras otro, tan rápido como podía mover el stilo, y los niños cantaban al ritmo del movimiento de su mano.

Alejándose, Paul escuchó las voces que sonaban a sus espaldas mientras avanzaba con Harah a través del sietch.

—Árbol —cantaban los niños—. Árbol, hierba, duna, viento, montaña, colina, fuego, relámpago, roca, rocas, polvo, arena, calor, refugio, calor, lleno, invierno, frío, vacío, erosión, verano, caverna, día, tensión, luna, noche, marea de arena, pendiente, plantación, gavilla.

—¿Seguís las clases en un momento así? —preguntó Paul. El rostro de Harah se ensombreció, y el dolor asomó a su voz.

—Esto es lo que Liet nos ha enseñado, no podemos detenernos ni un solo instante. Liet está muerto, pero no puede ser olvidado. Así lo quiere el chakobsa.

Cruzó el túnel hacia la izquierda, subió a una cornisa en la roca, levantó una cortina naranja y se echó a un lado.

—Tu yali está listo para ti, Usul.

Paul vaciló antes de reunirse con ella en la cornisa. Sintió una repentina reluctancia a encontrarse a solas con aquella mujer. Se daba cuenta de que estaba rodeado por una forma de vivir que sólo podría comprender después de haber asimilado todo un sistema ecológico de ideas y significados. Sentía que aquel mundo Fremen intentaba envolverle, tallarlo de acuerdo con sus esquemas. Y sabía lo que prometía aquella trampa a cambio… la salvaje jihad, la guerra religiosa que debía evitar a toda costa.

—Este es tu yali —dijo Harah—. ¿Por qué dudas?

Paul asintió, se reunió con ella en la cornisa. Alzó aún más la cortina, notando fibras metálicas en el tejido, y la siguió a una pequeña entrada y después a una estancia más amplia, un cuadrado de unos seis metros de lado… gruesas alfombras azules en el suelo, tapices azules y verdes ocultando las paredes de piedra, globos de luz amarilla flotando bajo un techo cubierto por telas amarillas.

El efecto era el de una antigua tienda.

Harah se inmovilizó ante él, su mano izquierda en la cadera, sus ojos estudiando el rostro de Paul.

—Los niños están con un amigo —dijo—. Se presentarán a ti más tarde.

Paul disimuló su desazón examinando rápidamente la estancia. A la izquierda, vio algunos cortinajes que ocultaban parcialmente una amplia habitación con almohadones apilados junto a las paredes. Sintió una suave brisa proveniente de un conducto de aire, hábilmente disimulado en el dibujo de los tapices, justo frente a él.

—¿Quieres que te ayude a quitarte el destiltraje? —preguntó Harah.

—No… gracias.

—¿Te traigo algo de comer?

—Sí.

—Hay una estancia de reposo tras la otra habitación —señaló—. Para tu comodidad y conveniencia, cuando estés fuera del destiltraje.

—Has dicho que teníamos que abandonar este sietch —dijo Paul—. ¿No tendríamos que comenzar a recoger las cosas o algo así?

—Eso se hará a su tiempo —dijo ella—. Los carniceros aún no han penetrado en nuestro territorio.

Dudó otra vez, mirándolo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Tú no tienes los ojos de Ibad —dijo ella—. Es extraño, pero no del todo desprovisto de atractivo.

—Ve a buscar la comida —dijo él—. Tengo hambre.

Ella le sonrió… una sonrisa de mujer maliciosa, que lo inquietó.

—Soy tu sirvienta —dijo, y con un suave movimiento se volvió, alejándose con paso ágil e inclinando la cabeza para pasar bajo un pesado cortinaje en la pared, que reveló un estrecho corredor antes de volver a caer a su lugar.

Sintiéndose irritado consigo mismo, Paul apartó el fino cortinaje a su derecha y entró en la estancia más grande. Permaneció un momento inmóvil, indeciso. Y se preguntó dónde estaría Chani… Chani, que acababa de perder a su padre.

En esto somos iguales , pensó.

Un grito ululante resonó fuera, en los corredores, sofocado por los cortinajes. Se repitió, más lejos, y luego otra vez. Paul se dio cuenta de que alguien estaba anunciando la hora. Recordó no haber visto relojes.

El débil olor de un fuego de creosota llegó a su olfato, mezclándose con el omnipresente hedor del sietch. Paul se dio cuenta de que ya había suprimido aquel asalto olfativo de sus sentidos.

Y se preguntó de nuevo acerca de su madre, cuál sería su papel en aquel montaje del futuro que apenas había entrevisto… y el de la hija que llevaba en su seno. El mutable tiempo-consciencia parecía danzar a su alrededor. Agitó violentamente su cabeza, concentrando su atención en las evidencias que le hablaban de la amplitud y profundidad de aquella cultura Fremen que él apenas había empezado a absorber.

Con todas sus sutiles diferencias.

En todas las cavernas, y en aquella habitación, había observado algo que, por sí solo, sugería unas diferencias mucho mayores que todas las que había visto hasta entonces.

No había allí ninguna señal de detectores de veneno, ninguna indicación de su uso en aquel hormiguero subterráneo. Y sin embargo, en el omnipresente hedor del sietch, podía sentir los venenos… violentos unos, comunes otros.

Oyó un ruido de cortinajes, pensó que sería Harah de vuelta con la comida, y se volvió. En su lugar, bajo una cortina apartada, vio a dos niños, quizá de nueve y diez años, de pie y mirándolo con ojos ávidos. Cada uno de ellos tenía un pequeño crys parecido a un kindjal, y permanecían con la mano apoyada en la empuñadura.

Y Paul recordó aquellas historias relativas a los Fremen… acerca de que sus niños combatían con la misma ferocidad que los adultos.

37

Las manos se mueven, los labios se mueven…

Las ideas brotan de sus palabras, ¡y sus ojos devoran!

Es una isla de autodominio.

Descripción del *Manual de Muad’Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Los tubos a fósforo en las paredes más lejanas de la caverna iluminaban la multitud reunida en la gran cavidad… enorme, pensó Jessica, mayor que la Sala de Asambleas de su escuela Bene Gesserit. Estimó que habría al menos cinco mil personas allí dentro, reunidas bajo la plataforma rocosa donde estaba ella con Stilgar.

E iban llegando más.

El aire estaba lleno del murmullo de la gente.

—Tu hijo ha sido despertado y convocado, Sayyadina —dijo Stilgar—. ¿Quieres que sea partícipe de tu decisión?

—¿Puede él cambiar mi decisión?

—Ciertamente, el aire con el que hablas viene de tus pulmones, pero…

—La decisión permanece —dijo ella.

Pero se sentía indecisa, y se preguntó si hubiera podido usar a Paul como pretexto para echarse atrás en su peligroso camino. Había aún una hija nonata en quien pensar. Lo que ponía en peligro la carne de la madre ponía en peligro la carne de la hija.

Se acercaron hombres trayendo alfombras enrolladas, vacilando bajo su enorme peso, y las depositaron bajo la plataforma levantando una nube de polvo.

Stilgar la tomó por el brazo y la condujo hacia la cavidad acústica formada por la pared del lado posterior a la plataforma. Le indicó un asiento de roca tallado en la misma cavidad.

—La Reverenda Madre se sentará aquí, pero tú puedes sentarte y descansar hasta que ella llegue.

—Prefiero estar de pie —dijo Jessica.

Miró a los hombres desenrollando las alfombras, cubriendo con ellas el suelo de la plataforma, y luego a la multitud cada vez más numerosa. Ahora habría al menos diez mil personas en la caverna.

Y seguían llegando más.

Fuera en el desierto, lo sabía, el rojo anochecer estaba llegando, pero allí en la caverna reinaba un perpetuo crepúsculo, una gris inmensidad donde la gente se había reunido para verla arriesgar su vida.

A su derecha se abrió un camino entre la multitud, y vio a Paul acercándose en compañía de dos niños de aspecto serio y altanero. Sus manos estaban apoyadas en la empuñadura de sus cuchillos, y miraban ceñudos a la gente de ambos lados.

—Los hijos de Jamis que son ahora los hijos de Paul —dijo Stilgar—. Le escoltan con mucha convicción —aventuró una sonrisa hacia Jessica.

Jessica reconoció el esfuerzo de Stilgar para tranquilizarla y se lo agradeció, pero no consiguió apartar su mente del peligro que estaba a punto de afrontar.

No tenía otra elección , pensó. *Debemos actuar rápidamente para garantizarnos nuestro lugar entre esos Fremen.*

Paul subió a la plataforma, dejando a los niños abajo. Se detuvo frente a su madre, miró brevemente a Stilgar, luego volvió su atención a Jessica.

—¿Qué ocurre? Creía que había sido convocado por el consejo.

Stilgar alzó una mano pidiendo silencio, e hizo un gesto hacia su izquierda, donde se había abierto otro camino en la muchedumbre. Chani se estaba acercando, con su rostro de elfo mostrando su dolor. Se había quitado el destiltraje y llevaba una graciosa túnica azul que dejaba sus brazos al descubierto. Un pañuelo verde estaba anudado a su brazo izquierdo, cerca del hombro.

Verde, el color del luto , pensó Paul.

Era una de las costumbres que los dos hijos de Jamis le habían explicado indirectamente, cuando le dijeron que no se ponían nada verde porque lo habían aceptado a él como padre custodio.

—¿Eres tú el Lisan al-Gaib? —le habían preguntado. Y Paul había captado la jihad en sus palabras y desviado la pregunta por el método de hacer otra a su vez… aprendiendo así que Kaleff, el mayor de los dos, tenía diez años y era el hijo natural de Geoff. Orlop, la pequeña, tenía ocho años y era la hija natural de Jamis.

Había pasado un extraño día con aquellos dos niños, a los que había pedido que montaran guardia para alejar a los curiosos, gracias a lo cual había tenido tiempo suficiente para reflexionar con calma y poner un poco de orden en sus recuerdos prescientes, a fin de estudiar un modo de prevenir la jihad.

Ahora, de pie al lado de su madre en la plataforma rocosa de la caverna y mirando a la multitud, se preguntó si habría alguna forma de impedir el salvaje desencadenamiento de las legiones fanáticas.

Chani se acercó a la plataforma, seguida a corta distancia por cuatro mujeres que transportaban a otra mujer en una litera.

Jessica ignoró a Chani, concentrando toda su atención en la mujer de la litera: una vieja, una marchita y arrugada cosa antigua vestida con un traje negro cuya capucha, echada hacia atrás, revelaba una mata de cabellos grises atados apretadamente en un moño, y un cuello descarnado.

Las portadoras depositaron delicadamente su carga en el suelo de la plataforma, y Chani ayudó a la anciana a levantarse.

Así, esta es su Reverenda Madre , pensó Jessica.

La anciana se apoyó pesadamente en Chani y avanzó vacilante hacia Jessica, evocando un montón de bastones envuelto en ropas negras. Se detuvo frente a Jessica, la escrutó de arriba a abajo por un largo momento, y luego habló en un murmullo estridente:

—Así que tú eres ella —la vieja cabeza osciló precariamente sobre el delgado cuello—. La Shadout Mapes tuvo razón al sentir piedad por ti.

—No necesito la piedad de nadie —respondió Jessica, rápidamente, desdeñosamente.

—Esto queda por ver —resopló la anciana. Se volvió con una sorprendente rapidez para hacer frente a la multitud—. Díselo, Stilgar.

—¿Es preciso? —preguntó él.

—Somos el pueblo de Misr —dijo la anciana con voz rasposa—. Desde que nuestros antepasados huyeron de Nilotic al-Ourouba, hemos conocido la huida y la muerte. Los jóvenes viven para que nuestro pueblo no muera.

Stilgar inspiró profundamente y dio dos pasos hacia adelante.

Jessica notó el atento silencio que descendía sobre la enorme caverna… unas veinte mil personas ahora, de pie, silenciosas, sin el menor movimiento. De pronto se sintió pequeña y vulnerable.

—Esta noche deberemos abandonar este sietch que nos ha dado abrigo durante tanto tiempo y andar hacia el sur en el desierto —dijo Stilgar. Su voz resonó sobre la marea de rostros levantados, creando ecos en la cavidad acústica a sus espaldas.

La multitud mantuvo un absoluto silencio.

—La Reverenda Madre me ha dicho que no podrá sobrevivir a otro hajra —dijo Stilgar—. Hemos vivido ya antes sin Reverenda Madre, pero no es bueno para un pueblo en busca de un nuevo hogar en estas condiciones.

Ahora la multitud comenzó a agitarse, estremeciéndose con murmullos y oleadas de inquietud.

—Para que esto no ocurra —dijo Stilgar—, nuestra nueva Sayyadina, Jessica del Extraño Arte, ha consentido someterse a los ritos ahora. Intentará alcanzar el paso interior a fin de que no perdamos la fuerza de nuestra Reverenda Madre.

Jessica del Extraño Arte , pensó Jessica. Vio la mirada de Paul clavada en ella, sus ojos llenos de preguntas, pero su boca permanecía silenciosa a causa de toda la extrañeza que había a su alrededor.

Si muero en la tentativa, ¿qué le ocurrirá a él? , se preguntó Jessica. De nuevo su mente estuvo llena de dudas.

Chani condujo a la Reverenda Madre hasta el sillón en la roca, al fondo de la cavidad acústica, y regresó al lado de Stilgar.

—A fin de que no lo perdamos todo si Jessica del Extraño Arte falla en su prueba —dijo Stilgar—, Chani, hija de Liet, será consagrada Sayyadina en este momento —dio un paso hacia un lado.

Del fondo de la cavidad acústica, la voz de la anciana resonó como un susurro amplificado, áspero y penetrante:

—Chani ha vuelto de su hajra… Chani ha visto las aguas.

Una respuesta susurrante llegó de la multitud:

—Ha visto las aguas.

—Consagro a la hija de Liet como Sayyadina —sibiló la anciana.

—Es aceptada —respondió la multitud.

Paul apenas escuchaba la ceremonia, su atención estaba centrada en lo que había oído decir acerca de su madre.

¿Si fallaba en su prueba?

Se volvió y miró a la que todos llamaban Reverenda Madre, estudiando los enjutos rasgos de la anciana, la fantomática fijeza de sus ojos totalmente azules. Parecía como si la más leve brisa pudiera arrastrarla consigo, pero algo en ella sugería que podía resistir el paso de una tormenta de coriolis. De ella emanaba la misma aura de poder que recordaba de la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam cuando lo había sometido a la atroz agonía de la prueba del gom jabbar.

—Yo, la Reverenda Madre Ramallo, cuya voz habla como una multitud, os digo esto —murmuró la anciana—: Es justo que Chani sea aceptada como Sayyadina.

—Es justo —respondió la multitud.

La anciana asintió.

—Yo te doy los cielos plateados, el desierto dorado y sus brillantes rocas, los campos verdes que veremos en ellos —dijo—. Yo doy todo esto a la Sayyadina Chani. Y para evitar que olvide que está al servicio de todos nosotros, serán suyas las tareas domésticas en esta Ceremonia de la Semilla. Que todo sea según la voluntad del Shai-Hulud —alzó un brazo oscuro y reseco como un bastón, y lo dejó caer de nuevo.

Jessica tuvo de pronto la impresión de que la ceremonia se había cerrado a su alrededor como una corriente impetuosa, arrastrándola con rapidez sin ninguna posibilidad de retorno, y lanzó una última ojeada al rostro perplejo de Paul, preparándose para afrontar la prueba.

—Que se acerquen los maestros de agua —dijo Chani, con una excitación apenas perceptible en su voz de joven-niña.

En aquel momento sintió Jessica que el peligro se condensaba a su alrededor, notando su presencia en el repentino silencio de la multitud, en sus miradas.

El grupo de hombres se abrió camino sinuosamente a través de la gente, avanzando en parejas. Cada pareja llevaba un pequeño saco de piel, cuyo tamaño era tal vez el doble del de una cabeza humana. Los sacos oscilaban pesadamente.

Los dos primeros hombres depositaron su carga a los pies de Chani, en la plataforma, y retrocedieron.

Jessica miró al saco, luego a los hombres. Llevaban sus capuchas echadas hacia atrás, revelando unos largos cabellos anudados en la base del cuello. Los oscuros pozos de sus ojos afrontaron impasibles su mirada.

Un denso aroma a canela se alzó del saco, flotando hasta Jessica. *¿Especia?* , pensó.

—¿Hay agua? —preguntó Chani.

El maestro de agua a su izquierda, un hombre con una cicatriz púrpura atravesando el puente de su nariz, asintió con la cabeza.

—Hay agua, Sayyadina —dijo—, pero no podemos beber de ella.

—¿Hay semillas? —preguntó Chani.

—Hay semillas —dijo el hombre.

Entonces Chani se arrodilló y apoyó sus manos en el chapoteante saco.

—Benditos sean el agua y su semilla.

Había algo familiar en el rito, y Jessica miró nuevamente a la Reverenda Madre Ramallo. La anciana había cerrado los ojos y se había acurrucado en su asiento, como si durmiera.

—Sayyadina Jessica —dijo Chani.

Jessica se volvió para ver que la muchacha la estaba mirando directamente.

—¿Has bebido del agua bendita? —preguntó Chani. Antes de que Jessica pudiera responder, continuó—: No es posible que hayas bebido del agua bendita. Tú vienes de otro mundo y no gozas del privilegio.

Un suspiro recorrió la multitud, un susurro de ropas que hicieron erizarse el cabello en la nuca de Jessica.

—La recolección ha sido abundante y el hacedor ha sido destruido —dijo Chani. Comenzó a desligar un tubo que estaba fijado al extremo del saco.

Ahora, Jessica sentía el peligro bullendo a su alrededor. Miró a Paul, pero vio que estaba fascinado por el ritual y sus ojos no se apartaban de Chani.

¿Ha visto ya este momento en el tiempo? , se preguntó. Llevó una mano a su vientre, pensando en su hija aún no nacida que llevaba allí, preguntándose: *¿Tengo derecho a poner en peligro la vida de ambas?*

Chani tendió el extremo del tubo a Jessica y dijo:

—He aquí el Agua de Vida, el agua que es más grande que el agua… Kan, el agua que libera el alma. Si tú eres una Reverenda Madre, te abrirá el universo. Que Shai-Hulud juzgue ahora.

Jessica se sintió desgarrada entre su deber hacia su hija aún no nacida y su deber hacia Paul. Por Paul, lo sabía, tenía que tomar aquel tubo y beber el líquido contenido en el saco, pero en el mismo instante en que se inclinaba para aceptarlo sus sentidos la advirtieron del peligro.

El contenido del saco exhalaba un olor amargo, sutilmente parecido al de muchos venenos conocidos por ella, pero pese a todo distinto.

—Ahora debes beber —dijo Chani.

No hay salida posible , pensó Jessica. Nada, en todo su adiestramiento Bene Gesserit, le proporcionaba una ayuda en aquel difícil momento.

¿Qué es? , se preguntó. *¿Un licor? ¿Una droga?*

Se inclinó aún más sobre el extremo del tubo, percibió olores etéreos distintos al de la canela, y recordó la embriaguez de Duncan Idaho. *¿Un licor de especia?* , se preguntó a sí misma. Metió el extremo del tubo en su boca y sorbió una muy pequeña cantidad. Notó el gusto de la especia, con algo acre, en la lengua.

Chani se apoyó entonces en el saco. Un violento chorro de líquido penetró en la boca de Jessica, y no tuvo más remedio que tragarlo, esforzándose en conservar toda su calma y dignidad.

—Aceptar una pequeña muerte es a veces peor que la gran muerte —dijo Chani. Miró fijamente a Jessica, aguardando.

Y Jessica le devolvió su mirada, siempre con el tubo en la boca. El sabor del líquido estaba en su paladar, en su nariz, en sus mejillas, en sus ojos… un sabor dulzón ahora.

Fresco.

Chani oprimió de nuevo el líquido hacia la boca de Jessica.

Delicado.

Jessica estudió el rostro de Chani, sus rasgos de elfo, encontrando las similitudes con el rostro de Liet-Kynes, un rostro que aún no había sido fijado por el tiempo.

Me han dado una droga , se dijo Jessica.

Pero era distinta a cualquier otra droga conocida por ella, y el adiestramiento Bene Gesserit incluía el ensayo de innumerables drogas.

Los rasgos de Chani eran cada vez más claros, como si se destacaran silueteados sobre una violeta luz.

Una droga.

El silencio torbellineaba en torno a Jessica. Cada fibra de su cuerpo había aceptado el hecho de que algo muy profundo estaba ocurriendo en ella. Tenía la impresión de ser tan sólo un ínfimo grano de polvo consciente, más pequeño que cualquier partícula subatómica, y todavía capaz de moverse y de percibir el mundo a su alrededor. Como en una brusca revelación, como si se descorriera un velo, se vio a sí misma bajo la forma de una gran extensión psicoquinésica. Era un átomo, pero no era un átomo.

La caverna existía aún a su alrededor… y la gente. Los sentía: Paul, Chani, Stilgar, la Reverenda Madre Ramallo.

¡La Reverenda Madre!

En la escuela corrían rumores de que a veces no se sobrevivía a la prueba de la Reverenda Madre, que la droga la mataba a una.

Jessica concentró su atención en la Reverenda Madre Ramallo, dándose repentinamente cuenta de que todo aquello estaba ocurriendo en un breve instante… en un tiempo que estaba en suspenso sólo para ella.

¿Por qué se ha detenido el tiempo? , se preguntó. Contempló todas aquellas expresiones petrificadas a su alrededor, viendo un grano de polvo suspendido sobre la cabeza de Chani, inmóvil.

Esperando.

La respuesta llegó en aquel instante como una explosión en su consciencia: su tiempo personal estaba suspendido para salvarle la vida.

Se concentró en aquella extensión psicoquinésica de sí misma, mirando en su propio interior, e inmediatamente fue confrontada a un núcleo celular, un pozo de tinieblas que la rechazó.

En el lugar al que no podemos mirar , pensó. *Es el lugar que las Reverendas Madres mencionan reluctantemente… el lugar que sólo un Kwisatz Haderach puede ver.*

Aquella comprensión le devolvió un poco de su confianza, e intentó de nuevo concentrarse en aquella extensión psicoquinésica, transformándose en un grano de polvo dispuesto a explorarse a sí mismo en busca del peligro.

Lo encontró en la droga que había ingerido.

Era como un torbellino de partículas danzantes en su interior, tan rápido que ni siquiera la detención del tiempo conseguía pararlo. Partículas danzantes. Empezó a reconocer estructuras familiares, cadenas atómicas: un átomo de carbono aquí, una formación helicoidal… una molécula de glucosa. Toda una cadena de moléculas frente a ella, en la que reconoció una proteína… una configuración metil-proteína.

¡Ahhh!

Fue como un suspiro mental desprovisto de sonido, surgiendo de lo más profundo de sí misma junto con la identificación de la naturaleza del veneno.

Penetró dentro de sí misma con su onda psicoquinésica, separó un átomo de oxígeno, ligó uno de carbono a la cadena, restableció la unión del oxígeno… hidrógeno.

La modificación se desarrolló… más y más aprisa a medida que la reacción catalítica ampliaba su superficie de contacto.

La suspensión del tiempo la abandonó. Percibió movimientos. El extremo del tubo se agitó en su boca… suavemente, recogiendo un poco de su saliva.

Chani está tomando el catalizador de mi cuerpo para transformar el veneno de ese saco , pensó Jessica. *¿Por qué?*

Alguien la hizo sentarse. Vio que la Reverenda Madre era transportada hasta su lado, en el extremo de la alfombrada plataforma. Una reseca mano tocó su cuello.

¡Y otra partícula psicoquinésica penetró en su consciencia! Jessica intentó rechazarla, pero la partícula se acercaba cada vez más… cada vez más.

¡Se tocaron!

Fue como una íntima unión, la más completa y definitiva, y fue dos personas al mismo tiempo: no telepatía, sino consciencia recíproca.

¡Con la vieja Reverenda Madre!

Pero Jessica vio que la Reverenda Madre no pensaba en sí misma como en una vieja. Una imagen se desplegó en las dos mentes fusionadas: una mujer joven de espíritu alegre y tierno humor.

Dentro de su mutua consciencia, la joven dijo:

—Sí, así es como soy.

Jessica sólo pudo aceptar aquellas palabras, no responder a ellas.

—Muy pronto lo tendrás todo, Jessica —dijo la imagen interior.

Es una alucinación , se dijo Jessica.

—Tú sabes bien que no —dijo la imagen interior—. Debemos apresurarnos ahora, no luches conmigo. No hay mucho tiempo. Nosotras… —Una larga pausa, y luego—: ¿Por qué no nos has dicho que estabas encinta?

Jessica encontró al fin la voz que podía hablar en el seno de su mutua consciencia.

—¿Por qué?

—¡¡Esto nos cambia a ambas!! Santa Madre, ¿qué es lo que hemos hecho?

Jessica percibió un cambio en la mutua consciencia, y una nueva partícula-presencia apareció ante su ojo interior. Se movía rápida e incontroladamente, aquí, allí, trazando círculos. Irradiaba puro terror.

—Tendrás que ser fuerte —dijo la imagen-presencia de la Reverenda Madre—. Eres afortunada de llevar una hija. Un feto masculino hubiera sido muerto. Ahora… suavemente, lentamente… toca a tu hija-presencia. Sé tu hija-presencia. Absorbe su miedo… cálmala… usa tu valor y tu fuerza… suavemente ahora… suavemente.

La partícula torbellineante se acercó, y Jessica se obligó a tocarla.

El terror amenazó con arrollarla.

Lo combatió con el único medio a su alcance que conocía: *«No conoceré el miedo. El miedo mata la mente…».*

La letanía le devolvió algo de calma. La otra partícula se inmovilizó a su lado.

Las palabras no servirán , se dijo Jessica.

Descendió hasta el nivel de las reacciones emocionales básicas, irradió amor, confort, una cálida protección.

El terror retrocedió.

De nuevo se impuso la presencia de la Reverenda Madre, pero ahora la percepción era triplemente mutua… dos de ellas activas y la tercera absorbiendo inmóvil.

—El tiempo me empuja —dijo la Reverenda Madre con su consciencia—. Tengo mucho que darte. E ignoro si tu hija podrá aceptarlo todo y conservar su salud mental. Pero así debe ser: las necesidades de la tribu están por encima de todo lo demás.

—¿Qué…?

—¡Guarda silencio y acepta!

Ante Jessica empezaron a desfilar experiencias. Eran como la banda de lectura de un proyector de adiestramiento subliminal en la escuela Bene Gesserit… pero mucho más rápido… terriblemente mucho más rápido.

Y pese a todo… claro.

Reconocía cada experiencia en el mismo momento en que se manifestaba: había un amante, viril, barbudo, con los ojos oscuros de los Fremen, y Jessica sintió su fuerza y su ternura, y toda su vida en un instante, a través de los recuerdos de la Reverenda Madre.

No era el tiempo de pensar en el efecto que tendría esto en el feto de su hija, era tan sólo el tiempo de aceptar y registrar. Las experiencias se derramaron sobre Jessica: nacimiento, vida, muerte… cosas importantes e intrascendentes, toda una existencia en un simple relámpago de tiempo.

¿Por qué esta catarata de arena cayendo desde lo alto de un farallón ha permanecido incrustada de esta manera en el recuerdo? , se preguntó.

Más tarde Jessica comprendió lo que estaba ocurriendo: la anciana estaba muriendo y, al morir, vertía todas sus experiencias en la consciencia de Jessica, como el agua se vierte en una taza. La otra partícula se desvaneció lentamente en su propia consciencia prenatal, bajo la mirada interior de su madre. Y, mientras, la vieja Reverenda Madre dejaba su vida en la memoria de Jessica con un último gemido confuso de palabras.

—Te he esperado tanto tiempo —dijo—. Aquí está mi vida.

Y allí estaba realmente, almacenada en su interior, toda ella.

Hasta el instante de su muerte.

Ahora soy una Reverenda Madre , se dio cuenta Jessica.

Y necesitó tan sólo un instante para comprender lo que era ahora, supo realmente lo que significaba ser una Reverenda Madre Bene Gesserit. La droga venenosa la había transformado.

No ocurría exactamente así en la escuela Bene Gesserit , pensó. Ahora lo sabía, aunque nadie la había introducido en aquellos misterios.

Pero el resultado era el mismo.

Jessica sintió la partícula infinitesimal de su hija rozando su consciencia interior, la tocó, peró no obtuvo respuesta.

Un terrible sentimiento de soledad invadió a Jessica junto con la comprensión de lo que le había ocurrido. Vio su propia vida retardarse al tiempo que todas las demás vidas a su alrededor seguían avanzando cada vez a mayor velocidad, hasta que el complejo diseño de las influencias recíprocas se hacía claramente visible.

Su percepción interior se hacía menos intensa a medida que disminuían los efectos de la droga, pero sentía aún la presencia de la otra partícula, y la tocó suavemente, con un sentimiento de culpabilidad por haber permitido que le ocurriese aquello.

Lo he permitido, mi pobre, aún no formada y pequeña querida hija. Te he llevado a este universo y te he expuesto sin la menor defensa a la infinita variedad de sus conocimientos.

Un infinitesimal flujo de amor-confort, como un reflejo del que ella había vertido antes, le llegó de la otra partícula.

Antes de que Jessica pudiera responder, sintió la presencia del adab, el recuerdo que exige. Era algo que tenía que hacer. Intentó liberarse, dándose cuenta de que estaba aún aturdida por las últimas huellas de la droga que impregnaba sus sentidos.

Puedo cambiar esto , pensó. *Puedo cambiar la acción de la droga y hacerla inofensiva.* Pero comprendió que sería un error. *Estoy participando en una unión ritual.*

Supo entonces lo que tenía que hacer.

Jessica abrió los ojos, e hizo un gesto en dirección al saco que Chani mantenía por encima de ella.

—Ha sido bendecido —dijo Jessica—. Mezclad las aguas, dejad que el cambio alcance a todos, que el pueblo pueda participar y contribuir en la bendición.

Dejad que el catalizador haga su trabajo , pensó. *Dejad que el pueblo beba de él y cada uno tenga, por un momento, su más intensa percepción de los demás. La droga ya no es peligrosa… ahora que una Reverenda Madre la ha transformado.*

Pero el exigente recuerdo seguía presionando en su interior. Se dio cuenta de que había otra cosa que debía hacer, pero la droga le impedía concentrarse.

Ahhh… la vieja Reverenda Madre.

—He encontrado a la Reverenda Madre Ramallo —dijo Jessica—. Ella se ha ido, pero permanece entre nosotros. Que su memoria sea honrada según el ritual.

¿Dónde he encontrado estas palabras? , se preguntó Jessica.

Y comprendió de pronto que venían de otra memoria, la vida que le había sido dada y que ahora formaba parte de sí misma. Pero pese a todo aún seguía faltando algo.

«Deja que ellos tengan su orgía» , dijo la otra memoria dentro de ella. *«Hay tan pocos placeres en la vida. Además, tú y yo necesitamos otro breve instante para conocernos, antes de que yo me disuelva completamente en tus recuerdos. Me siento ya obligada a muchos de ellos. Ahhh… tu mente está llena de cosas interesantes. Muchas más cosas de las que nunca hubieras imaginado».*

Y la memoria encapsulada en su mente se abrió para Jessica, permitiéndole ver, como a lo largo de un inmenso corredor, a otras Reverendas Madres tras otras Reverendas Madres tras otras Reverendas Madres, en una sucesión que parecía no tener fin.

Jessica retrocedió, aterrada ante la idea de sumergirse en aquel océano sin límites. Pero el corredor no desapareció, revelando a Jessica que la cultura Fremen era más increíblemente antigua de lo que nunca hubiera podido suponer.

Vio que había habido Fremen en Poritrin, todo un pueblo que se había reblandecido con el contacto de aquel planeta demasiado fácil, una presa sencilla para las incursiones de los reclutadores imperiales en busca de elementos para las colonias de Bela Tegueuse y Salusa Secundus.

Oh, el lamento que Jessica percibió en *aquella* separación.

En las lejanas profundidades del corredor, una imagen-voz exclamó:

—¡Nos han negado el Hajj!

Jessica vio en aquel corredor interior los barracones de esclavos en Bela Tegueuse. Vio cómo habían sido eliminados y seleccionados los hombres para poblar Rossak y Harmonthep. Escenas de brutal ferocidad se abrieron ante ella como los pétalos de una terrible flor. Y vio el hilo del pasado, transmitido de Sayyadina en Sayyadina, primero a viva voz,

oculto entre los cantos de la arena, después por las Reverendas Madres, gracias al descubrimiento de la droga en Rossak… y el hilo era ahora más sólido que nunca, en Arrakis, con el descubrimiento del Agua de Vida.

Muy lejos, en lo más profundo del corredor, otra voz gritó:

—¡Nunca perdonar! ¡Nunca olvidar!

Pero la atención de Jessica estaba concentrada en la revelación del Agua de Vida, en sus fuentes: la exhalación líquida del gusano de arena moribundo, de un hacedor. Y cuando vio la forma en que era muerto en su nueva memoria, estuvo a punto de gritar.

¡La criatura era ahogada!

—Madre, ¿te encuentras bien?

La voz de Paul penetró en ella, y Jessica luchó por abstraerse de su visión interior, consciente de sus deberes para con su hijo pero irritada por su intromisión.

Soy como una persona cuyas manos han permanecido paralizadas, insensibles, durante toda su vida… hasta que un día vuelve a ellas su habilidad de moverse y percibir sensaciones.

El pensamiento permaneció suspendido en su mente, una consciencia envolvente.

Y yo digo: «¡Mira! ¡Tienes manos!». Pero la gente a mi alrededor me pregunta: «¿Qué son las manos?».

—¿Te encuentras bien? —repitió Paul.

—Sí.

—¿Es correcto que beba? —señaló el saco en las manos de Chani—. Ellos quieren que beba.

Jessica percibió el oculto significado en sus palabras, y comprendió que él había detectado el veneno en la sustancia original, antes de ser transformada, y que estaba preocupado por ella. Entonces empezó a preguntarse cuáles eran los límites de la presciencia de Paul. Aquella pregunta le revelaba muchas cosas.

—Puedes beber —dijo—. Ha sido transformada —y miró a Stilgar, inmóvil tras su hijo, que la estudiaba con sombríos ojos.

—Ahora sabemos que no habéis mentido —dijo el Fremen. Ella captó también un significado oculto en aquella frase, pero el efecto de la

droga oscurecía aún sus sentidos. Era tan cálida y tan relajante. Los Fremen habían sido tan buenos con ella proporcionándole tal unión.

Paul se dio cuenta de que la droga se estaba adueñando de su madre.

Buscó entonces en su memoria… el pasado inmutable, las líneas de flujo de los posibles futuros. Con su ojo interior, le parecía estar explorando una sucesión de instantes inmóviles y desconcertantes. Los fragmentos eran difíciles de comprender cuando eran arrancados del flujo.

Aquella droga… podía acumular un gran número de datos sobre ella, comprender lo que le estaba haciendo a su madre, pero era un conocimiento desprovisto de su ritmo natural, de un sistema de reflexión recíproca.

De pronto se dio cuenta de que una cosa era la visión del pasado en el presente, pero que la auténtica prueba de la presciencia era ver el pasado en el futuro.

Las cosas persistían en ser distintas de lo que parecían ser.

—Bebe —dijo Chani. Movió el extremo del tubo bajo su nariz.

Paul se envaró, mirando a Chani. Sintió en el aire la excitación de la fiesta. Sabía lo que ocurriría si bebía aquella especia que era la quintaesencia de la sustancia que había producido el cambio en él. Volvería a aquella visión de tiempo puro, un tiempo convertido en espacio. La droga lo llevaría a aquella cima vacilante, desafiándolo a comprender.

—Bebe, muchacho —dijo Stilgar, tras Chani—. Estás retrasando el ritual.

Prestó oído a la multitud, y percibió una nota salvaje en innumerables voces.

—Lisan al-Gaib —decían—. ¡Muad'Dib!

Miró a su madre. Parecía dormir pacíficamente en su posición sentada, respirando profunda y regularmente. Una frase surgida de aquel futuro que era su solitario pasado llegó a su mente: *«Está durmiendo en el Agua de Vida».*

Chani tiró de su manga.

Paul introdujo el tubo en su boca, oyendo a la gente gritar. Sintió el líquido gorgotear por su garganta cuando Chani presionó el saco, sintió el aturdimiento subsiguiente. Chani retiró el tubo, pasando el saco a las innumerables manos que lo reclamaban desde el suelo de la caverna.

Los ojos de Paul se centraron en su brazo, en la verde banda de luto atada allí.

Mientras se levantaban, Chani vio la dirección de su mirada.

—Puedo llorarlo en la felicidad de las aguas —dijo—. Esto es algo que nos ha dejado. —Puso sus manos en las de él y lo arrastró a lo largo de la plataforma rocosa—. Somos iguales en una cosa, Usul. Ambos hemos perdido un padre a manos de los Harkonnen.

Paul la siguió. Le parecía que su cabeza había sido separada de su cuerpo y luego vuelta a colocar con extrañas conexiones. Sentía sus piernas como lejanas y reblandecidas.

Entraron en un estrecho corredor lateral, cuyas paredes estaban débilmente iluminadas por globos espaciados. Paul sentía que la droga empezaba a producir un único efecto en él, abriendo el tiempo como si fuera una flor. Tuvo que apoyarse en Chani para no caer, cuando ella giró hacia otro túnel oscuro. El contacto de su carne tierna y firme bajo sus ropas excitó su sangre. La sensación se mezcló con el efecto de la droga, replegando el futuro y el pasado dentro del presente, en una triple y casi instantánea focalización.

—Te conozco, Chani —susurró—. Estábamos sentados en una cornisa sobre la arena y yo calmé tu miedo. Nos acariciamos en la oscuridad del sietch. Nosotros... —todo se desenfocó ante sus ojos, agitó la cabeza, vaciló.

Chani lo sostuvo, lo condujo a través de los pesados cortinajes amarillos hasta el calor de un apartamento privado… mesas bajas, almohadones, un colchón bajo un cobertor naranja.

Paul captó vagamente que se habían detenido, que Chani estaba de pie frente a él, mirándolo, y que sus ojos traicionaban un tranquilo terror.

—Debes decírmelo —susurró ella.

—Tú eres Sihaya —dijo Paul—, la primavera del desierto.

—Cuando la tribu comparte el Agua —dijo ella—, somos uno… todos nosotros. Nos… compartimos. Puedo… sentir a los demás conmigo. Pero tengo miedo de compartir contigo.

—¿Por qué?

Intentó concentrarse en ella, pero el pasado y el futuro se confundían con el presente, ofuscando su imagen. La vio en un número incontable de lugares y de situaciones.

—Hay algo aterrador en ti —dijo ella—. Cuando te he apartado de los demás… lo he hecho porque esto era lo que querían. Tú… empujas a la gente. Tú… ¡haces *ver* cosas!

Paul se obligó a sí mismo a hablar distintamente:

—¿Y qué es lo que ves?

Ella bajó los ojos para mirar sus manos.

—Veo a un niño… en mis brazos. Es nuestro hijo, tuyo y mio —llevó una mano a su boca—. ¿Cómo puedo conocerlo todo de ti?

Tienen algo de talento , le dijo su mente a Paul. *Pero lo rechazan porque les aterroriza.*

En un momento de lucidez, vio que Chani estaba temblando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Usul —susurró ella, y seguía temblando.

—No puedes volver al futuro —dijo él.

Lo invadió una profunda compasión hacia ella. La apretó contra sí, acariciando su cabeza.

—Chani, Chani, no tengas miedo.

—Usul, ayúdame —imploró ella.

Mientras ella hablaba, Paul sintió que la droga completaba su trabajo en su interior, rasgando los velos del tiempo para revelar el lejano torbellino gris de su futuro.

—Estás tan tranquilo —dijo Chani.

Él se inmovilizó en su consciencia, viendo al tiempo dilatarse en su extraña dimensión, delicadamente estable pero aún tumultuoso, estrecho y a la vez proyectado para recoger mundos y energías innumerables, una cuerda tensa y oscilante sobre la que debía pasar manteniendo el equilibrio.

Por un lado veía el Imperio, a un Harkonnen llamado Feyd-Rautha que lo amenazaba como una mortal hoja, los Sardaukar que se lanzaban fuera de su planeta para reemprender el pogrom sobre Arrakis, la Cofradía que complotaba y aprobaba tácitamente, las Bene Gesserit con su esquema de selección genética. Todos se amasaban en el horizonte, retenidos tan sólo por los Fremen y su Muad’Dib, el gigante Fremen aún

dormido que sólo esperaba el despertar de la salvaje cruzada que devastaría el universo.

Paul se vio a sí mismo como el centro, el pivote alrededor del cual giraba toda aquella inmensa estructura, cruzando aquella finísima cuerda, el imperceptible segmento de paz y felicidad, con Chani a su lado. Ante él, un breve paréntesis relativamente tranquilo en un oculto sietch, un instante de paz entre períodos de violencia.

—No hay otro lugar para la paz —dijo.

—Usul, estás llorando —murmuró Chani—. Usul, mi fuerza, ¿estás dando humedad a los muertos? ¿A qué muertos?

—A los que todavía no están muertos —dijo él.

—Entonces deja que vivan el tiempo de sus vidas.

A través de la niebla de la droga, Paul supo que tenía razón, y la apretó aún más fuerte contra él, salvajemente.

—¡Sihaya! —gritó.

Ella apoyó la palma de su mano en su mejilla.

—Ya no tengo miedo, Usul. Mírame. Cuando me abrazas así, también yo veo lo que tú ves.

—¿Qué es lo que ves? —preguntó él.

—A nosotros dos dándonos mutuamente amor en un momento de calma entre tormentas. Eso es lo que debemos hacer.

La droga se apoderó nuevamente de él, y pensó: *En tantas ocasiones me has dado tranquilidad y el olvido.* De nuevo lo aferró la hiperiluminación, con sus detalladas imágenes del tiempo, y sintió su futuro transformarse en recuerdos: las tiernas agresiones del amor físico, la comunión de identidades, la participación, la dulzura y la violencia.

—Tú eres fuerte, Chani —murmuró—. Quédate conmigo.

—Siempre —dijo ella, y lo besó en la mejilla.

LIBRO TERCEROEL PROFETA

38

Ninguna mujer, ningún hombre, ningún niño consiguió jamás penetrar en la intimidad de mi padre. Si alguien tuvo alguna vez una relación parecida a lo que podría ser una camaradería con el Emperador Padishah, este fue el Conde Hasimir Fenring, un compañero suyo de infancia. La medida de la amistad del Conde Fenring puede ser evaluada por un hecho positivo: él fue quien calmó las sospechas del Landsraad, tras el Asunto Arrakis. Costó más de un billón de solaris en especia, eso al menos es lo que dice mi madre, y también muchas otras concesiones: esclavas, honores reales y títulos nobiliarios. Pero la segunda y más importante evidencia de la amistad del Conde fue negativa. Se negó a matar a un hombre, pese a que entraba dentro de sus capacidades y mi padre se lo había ordenado. Narraré esto más adelante.

El Conde Fenring: un bosquejo , por la PRINCESA IRULAN

El Barón Vladimir Harkonnen, lleno de rabia, avanzó por el corredor que conducía a sus apartamentos privados, cruzando rápidamente las manchas de luz que el atardecer hacía derramarse a través de las ventanas. Flotaba y se contorsionaba en sus suspensores con violentos movimientos.

Atravesó como un huracán la cocina privada, pasó la biblioteca, cruzó la pequeña sala de recepción y la antecámara de la servidumbre, donde ya era la hora de la siesta.

El capitán de los guardias, Iakin Nefud, estaba echado en un diván al otro lado de la estancia, con el estupor de la semuta reflejándose en su plano rostro, el lamentoso maullido de la música de semuta flotando a su alrededor. Junto a él estaba su corte personal, presta a servirlo.

—¡Nefud! —rugió el Barón.

Los hombres se apartaron estremecidos.

Nefud se puso en pie, el rostro repentinamente blanco por el miedo pese al narcótico. La música de semuta se interrumpió.

—Mi Señor Barón —dijo Nefud. Sólo la droga impedía que su voz temblara.

El Barón examinó los rostros que lo rodeaban, viendo las miradas desprovistas de emoción de todos ellos. Volvió su atención a Nefud, hablando en tono melifluo:

—¿Cuánto tiempo hace que eres capitán de mis guardias, Nefud?

Nefud deglutió.

—Desde Arrakis, mi Señor. Casi dos años.

—¿Y siempre has anticipado los peligros que podían amenazar mi persona?

—Ha sido siempre mi único deseo, mi Señor.

—Entonces, ¿dónde está Feyd-Rautha? —retumbó el Barón.

Nefud retrocedió.

—¿Mi Señor?

—¿Acaso no consideras a Feyd-Rautha como un peligro para mi persona? —su voz era de nuevo meliflua.

Nefud se humedeció los labios con la lengua. Los efectos de la semuta se iban diluyendo en sus ojos.

—Feyd-Rautha está en las dependencias de los esclavos, mi Señor.

—De nuevo con mujeres, ¿eh? —el Barón tembló en el esfuerzo por contener su ira.

—Señor, puede que…

—¡Silencio!

El Barón avanzó otro paso en la antecámara, notando cómo los hombres retrocedían, dejando un sutil vacío alrededor de Nefud, distanciándose un poco del objeto de su furor.

—¿Acaso no te he ordenado que sepas en cada instante dónde se encuentra el na-Barón? —preguntó el Barón. Dio otro paso adelante—. ¿Acaso no te he ordenado que sepas *exactamente* todo lo que dice, y a quién? —otro paso—. ¿Acaso no te he dicho que me mantengas informado de cada una de sus visitas a las dependencias de los esclavos?

Nefud tragó saliva. Gotas de transpiración perlaban su frente.

—¿Acaso no te he dicho todo eso? —concluyó el Barón, con una voz llana y desprovista de énfasis.

Nefud asintió.

—¿Y acaso no te he dicho también que examines a todos los muchachos esclavos que me sean enviados, y que tienes que hacerlo… *personalmente* ?

Nefud asintió de nuevo.

—Entonces, ¿es que no has visto la mancha en el muslo del que me has enviado esta tarde? —preguntó el Barón—. ¿Es posible que tú…?

—Tío.

El Barón se volvió bruscamente, fulminando con la mirada a Feyd-Rautha, inmóvil en el umbral. La presencia de su sobrino allí, en aquel preciso momento —la ansiosa mirada que el muchacho no podía disimular—, todo aquello revelaba muchas cosas. Feyd-Rautha tenía su propio servicio de espionaje centrado en el Barón.

—Hay un cadáver en mis habitaciones que deseo sea retirado —dijo el Barón, y rozó con su mano el arma de proyectiles oculta bajo sus ropas, felicitándose de que su escudo fuera el mejor.

Feyd-Rautha dirigió una mirada a los dos guardias inmóviles junto a la pared de la derecha, y asintió. Los dos se apresuraron hacia la puerta y a lo largo del corredor que llevaba a los apartamentos del Barón.

Esos dos, ¿eh? , pensó el Barón. *¡Ah, ese joven monstruo tiene aún mucho que aprender acerca de conspiraciones!*

—Presumo que todo estaba tranquilo en las dependencias de los esclavos cuando las has abandonado, Feyd —dijo el Barón.

—Estaba jugando al cheops con el maestro de esclavos —dijo Feyd-Rautha, y pensó: *¿Qué es lo que ha fallado? El muchacho que le hemos mandado está obviamente muerto. Pero era perfecto para su trabajo. Ni el propio Hawat hubiera podido escogerlo mejor. ¡El muchacho era perfecto!*

—Así que jugabas al ajedrez pirámide —dijo el Barón—. Qué encantador. ¿Quién ha ganado?

—Esto… eh… yo, tío —y Feyd-Rautha se esforzó en contener su inquietud.

El Barón hizo chasquear sus dedos.

—Nefud, ¿quieres estar de nuevo en gracia conmigo?

—Señor, ¿qué es lo que he hecho? —balbuceó Nefud.

—Ya no tiene importancia ahora —dijo el Barón—. Feyd ha ganado al maestro de esclavos al cheops. ¿Lo has oído?

—Sí… Señor.

—Quiero que tomes tres hombres y vayas a ver al maestro de esclavos —dijo el Barón—. Estrangula al maestro de esclavos. Luego tráeme su cuerpo para que pueda ver si el trabajo ha sido hecho como correspondía. No podemos tener a nuestro servicio a un jugador de ajedrez tan inepto.

Feyd-Rautha palideció y avanzó un paso.

—Pero tío, yo…

—Más tarde, Feyd —dijo el Barón, agitando una mano—. Más tarde.

Los dos guardias que habían sido enviados a los apartamentos del Barón para retirar el cuerpo del joven esclavo pasaron apresuradamente por la antecámara con su oscilante carga, cuyos brazos se arrastraban por el pavimento. El Barón los siguió con la mirada hasta que hubieron desaparecido.

Nefud se cuadró junto al Barón.

—¿Deseáis que mate ahora mismo al maestro de esclavos, mi Señor?

—Ahora mismo —dijo el Barón—. Y cuando hayas terminado con él, añade a esos dos que acaban de pasar. No me gusta la forma como transportaban el cuerpo. Esas cosas han de hacerse con cuidado. Quiero ver también sus cadáveres.

—Mi Señor, si hay algo que yo… —dijo Nefud.

—Haz lo que tu dueño te ha ordenado —dijo Feyd-Rautha. Y pensó: *Todo lo que puedo esperar ahora es salvar mi piel.*

¡Bien! , pensó el Barón. *Ahora sabe al menos cómo limitar sus pérdidas.* Sonrió para sí mismo. *También sabe cómo complacerme y evitar que mi ira caiga sobre él. Sabe que debo preservarlo. ¿A qué otro podría pasar las riendas que un día tendré que abandonar? Ningún otro es tan capaz. ¡Pero tiene aún tanto que aprender! Y debo preservarme a mí mismo mientras él aprende.*

Nefud designó a los hombres que debían acompañarle y salió de la estancia.

—¿Quieres acompañarme a mis habitaciones, Feyd? —preguntó el Barón.

—Estoy a tu disposición —dijo Feyd-Rautha. Se inclinó, pensando: *Me ha cogido.*

—Después de ti —dijo el Barón, y señaló la puerta.

Feyd-Rautha traicionó su miedo con un instante de vacilación. *¿He fracasado totalmente?* , se dijo. *¿Va a clavarme una hoja envenenada en la espalda… lentamente, a través del escudo? ¿Ha encontrado acaso algún otro sucesor?*

Dejémosle saborear este momento de terror , pensó el Barón, avanzando tras su sobrino. *Será mi sucesor, pero yo escogeré el momento. ¡No le permitiré destruir todo lo que yo he edificado!*

Feyd-Rautha intentaba no avanzar demasiado aprisa. Sintió la piel de su espalda erizarse, como si su propio cuerpo se preguntase cuándo llegaría el golpe. Sus músculos se tensaban y se relajaban alternativamente.

—¿Has oído las últimas noticias de Arrakis? —preguntó el Barón.

—No, tío.

Feyd-Rautha se obligó a no volverse. Penetró en otro corredor, fuera del área de servicio.

—Hay un nuevo profeta o jefe religioso de algún tipo entre los Fremen —dijo el Barón—. Lo llaman Muad'Dib. Realmente divertido. Quiere decir «el Ratón». He dicho a Rabban que les deje que tengan su propia religión. Eso los mantendrá ocupados.

—Muy interesante, tío —dijo Feyd-Rautha. Penetró en el corredor privado de las habitaciones de su tío, pensando: *¿Por qué me habla de la religión? ¿Hay en ello alguna sutil alusión que me concierne?*

—Sí, ¿verdad? —dijo el Barón.

Entraron en los apartamentos del Barón, atravesando el salón de recepciones hacia el dormitorio. Había allí sutiles signos de lucha: una lámpara a suspensor desplazada, un almohadón en el suelo, una bobina hipnótica completamente abierta en el cabezal.

—Era un plan muy hábil —dijo el Barón. Mantuvo su escudo corporal al máximo, se detuvo e hizo frente a su sobrino—. Pero no lo suficiente. Dime, Feyd, ¿por qué nunca me has golpeado tú mismo? Has tenido suficientes ocasiones.

Feyd-Rautha tomó una silla a suspensor, hizo un esfuerzo mental y se sentó, sin haber sido invitado a ello.

Ahora debo ser audaz , pensó.

—Eres tú quien me ha enseñado a mantener mis manos limpias —dijo.

—Ah, sí —dijo el Barón—. Cuando te halles ante el Emperador, debes poder decirle con toda sinceridad que no has sido tú quien ha cometido el delito. La bruja que vela tras el Emperador escuchará tus palabras y sabrá inmediatamente si son verdaderas o falsas. Sí. Te he advertido acerca de esto.

—¿Por qué tú nunca has comprado una Bene Gesserit, tío? —preguntó Feyd-Rautha—. Con una Decidora de Verdad a tu lado…

—¡Conoces mis gustos! —cortó secamente el Barón.

Feyd-Rautha estudió a su tío.

—Sin embargo —dijo—, una de ellas te permitiría…

—¡No me fío de ellas! —gruñó el Barón—. ¡Y deja de intentar cambiar de tema!

—Como quieras, tío —dijo Feyd-Rautha en tono humilde.

—Recuerdo una ocasión, en la arena, hace algunos años —dijo el Barón —. Aquel día pareció que un esclavo había sido preparado para matarte. ¿Era cierto eso?

—Hace ya mucho tiempo, tío. Después de todo, yo…

—No eludas la pregunta, por favor —dijo el Barón, y su tensa voz dejaba ver que estaba dominando su ira.

Feyd-Rautha miró a su tío, pensando: *Lo sabe, de otro modo, no me lo hubiera preguntado.*

—Fue una estratagema, tío. Lo preparé para desacreditar a tu maestro de esclavos.

—Muy astuto —dijo el Barón—. Y también valiente. Aquel esclavo gladiador estuvo a punto de matarte, ¿eh?

—Sí.

—Si además de este valor tuvieras algo más de finura y sutileza, serías realmente formidable —el Barón agitó su cabeza de uno a otro lado. Y, como había hecho muchas veces desde aquel terrible día en Arrakis, lamentó la pérdida de Piter, el Mentat. Había sido un hombre de una delicada y diabólica astucia. Aunque esto no había bastado para

salvarlo. El Barón agitó su cabeza una vez más. El destino, a veces, era inescrutable.

Feyd-Rautha paseó su mirada por el dormitorio, estudiando las señales de la lucha, preguntándose cómo su tío había conseguido vencer a aquel esclavo que tan cuidadosamente habían preparado.

—¿Cómo he conseguido vencerlo? —dijo el Barón—. Ahhh, Feyd… déjame al menos algunas armas para defender mi vejez. Es mejor que aprovechemos esta ocasión para concluir un pacto.

Feyd-Rautha lo miró. *¡Un pacto! Entonces sigue pensando en mí como su heredero. De otro modo, ¿por qué un pacto? ¡Sólo se concluye un pacto con iguales o casi iguales!*

—¿Qué pacto, tío? —y Feyd-Rautha experimentó un cierto orgullo al oír su propia voz, tranquila y razonable, que no traicionaba su exultación interna.

También el Barón notó su control. Asintió.

—Tú eres una buena materia prima, Feyd. Yo nunca malgasto buena materia prima. Sin embargo, insistes en no querer reconocer el verdadero valor que represento para ti. Eres obstinado. No quieres comprender por qué conviene preservar a alguien de tanto valor para ti. Esto… —hizo un gesto hacia las evidencias de lucha en el dormitorio—. Esto fue una estupidez. Yo no recompenso las estupideces.

¡Ve al grano, viejo idiota! , pensó Feyd-Rautha.

—Tú piensas que soy un viejo idiota —dijo el Barón—. Tengo que disuadirte de eso.

—Has hablado de un pacto.

—Ah, la impaciencia de la juventud —dijo el Barón—. Bien, en sustancia es éste: Tú cesarás en esos estúpidos atentados contra mi vida, y yo, cuando estés preparado, abdicaré a tu favor. Me retiraré a una posición de simple consejero, y te dejaré el poder.

—¿Retirarte, tío?

—Siempre piensas en mí como en un idiota —dijo el Barón—, y esto te lo confirma, ¿eh? ¡Crees que te estoy implorando! Pisa cautelosamente, Feyd. Este viejo idiota ha visto la aguja protegida por un escudo que habías implantado en el muslo del muchacho esclavo. Exactamente en el lugar donde yo pondría mi mano, ¿eh? La menor presión y… ¡clac! ¡Una aguja envenenada en la palma del viejo idiota! Ahhh, Feyd…

El Barón agitó su cabeza, pensando: *Y hubiera funcionado, si Hawat no me hubiera advertido. Bien, dejemos al muchacho que crea que he*

descubierto el complot por mis propios medios. En cierto sentido, es verdad. Fui yo quien salvó a Hawat de las ruinas de Arrakis. Y este muchacho tiene que tener un poco más de respeto hacia mí.

Feyd-Rautha permaneció silencioso, luchando consigo mismo. *¿Ha dicho la verdad? ¿Piensa realmente retirarse? ¿Por qué no? Estoy seguro de poder sucederle un día si me muevo con cautela. No puede vivir siempre. Quizá ha sido una estupidez por mi parte intentar acelerar el proceso.*

—Has hablado de un pacto —dijo Feyd-Rautha—. ¿Con qué garantías?

—Cómo podemos confiar el uno en el otro, ¿eh? —dijo el Barón—. Bien, Feyd, en lo que a ti respecta: encargaré a Thufir Hawat que te vigile. Tengo plena confianza en los poderes de Mentat de Hawat para eso, ¿comprendes? En cuanto a mí, tendrás que aceptar mi palabra. Yo no puedo vivir eternamente, ¿no crees, Feyd? Y quizá tú empieces a sospechar ahora que hay cosas que yo conozco y que tú también *deberías conocer* .

—Si yo te doy mi palabra, ¿qué me ofreces a cambio? —preguntó Feyd-Rautha.

—Te ofrezco continuar viviendo —dijo el Barón.

Feyd-Rautha estudió nuevamente a su tío. *¡Me hará vigilar por Hawat! ¿Qué diría si le revelara que fue Hawat en persona quien ideó el truco con el gladiador que le costó su maestro de esclavos? Probablemente diría que es una mentira para desacreditar a Hawat. No, el buen Thufir es un Mentat, y ha previsto este momento.*

—Bien, ¿qué dices al respecto? —preguntó el Barón.

—¿Qué quieres que diga? Acepto, por supuesto.

Y Feyd-Rautha pensó: *¡Hawat! Juega con los dos extremos desde el centro… ¿es realmente así? ¿Se ha pasado al campo de mi tío porque yo no le he pedido su consejo acerca del joven esclavo?*

—No has dicho nada respecto a mi encargo de que Hawat te vigile —dijo el Barón.

Feyd-Rautha traicionó su ira a través de la dilatación de las aletas de su nariz. El nombre de Hawat había sido durante muchos años una señal de peligro para la familia de los Harkonnen… y ahora tenía otro significado, pero siempre mortal.

—Hawat es un juguete peligroso —dijo Feyd-Rautha.

—¡Juguete! No seas estúpido. Sé lo que hay en Hawat y cómo controlarlo. Hawat está sujeto a profundas emociones, Feyd. Es al

hombre sin emociones al que debemos temer. Pero las emociones… ah, aquél que tiene emociones estará siempre doblado bajo nuestros deseos.

—Tío, no te comprendo.

—Sí, esto es evidente.

Sólo un parpadeo traicionó la oleada de resentimiento que pasó a través de Feyd-Rautha.

—Y tú no comprendes a Hawat —dijo el Barón.

¡Y tú tampoco! , pensó Feyd-Rautha.

—¿Contra quién dirige Hawat su odio por sus presentes circunstancias? —preguntó el Barón—. ¿Contra mí? Por supuesto. Pero era un instrumento de los Atreides y me ha tenido frente a él durante muchos años, hasta que el Imperio se ha puesto a mi lado. Es así como él ve las cosas. Su odio por mí es ahora algo casual. Cree poder vencerme en cualquier momento. Y creyendo esto, el vencido es él. Porque ahora dirige su atención hacia donde yo quiero… hacia el Imperio.

La repentina comprensión formó finas arrugas en la frente de Feyd-Rautha. Frunció los labios.

—¿Contra el Emperador?

Dejemos que mi querido sobrino saboree esto , pensó el Barón. *Dejemos que se diga a sí mismo: «¡El Emperador Feyd-Rautha Harkonnen!». Dejemos que se pregunte cuánto puede valer todo esto… ¡Seguramente pensará que la vida de un viejo tío capaz de realizar tal sueño!*

Lentamente, Feyd-Rautha se pasó la lengua por los labios.

¿Era posible que aquel viejo idiota dijera la verdad? Había allí mucho más de lo que parecía a simple vista.

—¿Y cuál es la parte de Hawat en todo esto? —preguntó Feyd-Rautha.

—Cree utilizarnos como instrumentos de su venganza contra el Emperador.

—¿Y cuándo la llevará a cabo?

—Su pensamiento no llega hasta allí. Hawat es uno de esos hombres que deben servir a los otros, aunque él mismo no lo sepa.

—Yo he aprendido mucho de Hawat —admitió Feyd-Rautha, y sintió que sus palabras decían verdad—. Pero cuanto más aprendo de él, más convencido estoy de que deberíamos eliminarlo… y pronto.

—¿No te gusta la idea de que te vigile?

—Hawat vigila a todo el mundo.

—Y podría ponerte en el trono. Hawat es astuto. También es peligroso, tortuoso. Pero aún no voy a privarlo del antídoto. Una espada es siempre peligrosa, Feyd, de acuerdo. Pero tenemos una funda especial para esta espada en particular. El veneno que hay en él. Bastará suprimirle el antídoto y la muerte le engullirá.

—En cierto sentido, es como en la arena —dijo Feyd-Rautha—. Fintas en las fintas de las fintas. Uno tiene que observar hacia qué lado se inclina el gladiador, en qué dirección mira, cómo empuña su cuchillo.

Asintió para sí mismo, viendo que aquellas palabras complacían a su tío pero pensando: *¡Sí! ¡Como en la arena! ¡Pero aquí es la mente la que hiere!*

—Ahora puedes ver cómo me necesitas —dijo el Barón—. Todavía soy útil, Feyd.

Como una espada que se empuña hasta que está completamente mellada , pensó Feyd-Rautha.

—Sí, tío —dijo.

—Y ahora —dijo el Barón—, vamos a ir a las dependencias de los esclavos, los dos. Y yo te observaré mientras tú, con tus propias manos, matas a todas las mujeres en el ala del placer.

—¡Tío!

—Traeremos otras mujeres, Feyd. Pero ya te he dicho que no quiero que cometas ningún error conmigo sin tener que pagarlo.

El rostro de Feyd-Rautha se ensombreció.

—Pero tío, tú…

—Aceptarás tu castigo, y aprenderás algo de él —dijo el Barón.

Feyd-Rautha captó la maligna mirada de los ojos de su tío. *Y yo recordaré esta noche* , pensó. *Y, junto con ella, muchas otras noches.*

—No vas a negarte —dijo el Barón.

¿Y qué harías tú si yo me negara, viejo? , se preguntó Feyd-Rautha.

Pero sabía que habría otros castigos, mucho más sutiles que éste, mucho más dolorosos, para doblegarlo a su voluntad.

—Te conozco, Feyd —dijo el Barón—. No vas a negarte.

De acuerdo , pensó Feyd-Rautha. *De momento, te necesito. Lo he comprendido. El pacto está hecho. Pero no siempre voy a tener necesidad de ti. Y… algún día…*

39

En las profundidades de nuestro inconsciente hay una obsesiva necesidad de un universo lógico y coherente. Pero el universo real se halla siempre un paso más allá de la lógica.

De *Los proverbios de Muad’Dib* , por la PRINCESA IRULAN

He estado sentado frente a muchos jefes de Grandes Casas, pero nunca he visto a un cerdo tan enorme y peligroso como este , se dijo Thufir Hawat.

—Puedes hablar francamente conmigo, Hawat —retumbó el Barón. Se dejó caer en su silla a suspensor, con sus ojos hundidos bajo pliegues de grasa mirando fijamente a Hawat.

El viejo Mentat echó una ojeada a la mesa entre el Barón Vladimir Harkonnen y él, notando la calidad de la madera. Incluso éste era un factor a considerar cuando se enjuiciaba al Barón, así como las paredes rojas del estudio privado y el suave olor dulzón de la hierba flotando en el aire, ocultando el intenso olor del musgo.

—No ha sido por un simple capricho que me has hecho enviar aquella advertencia a Rabban —dijo el Barón.

El apergaminado rostro de Hawat permaneció impasible, sin traicionar en absoluto su disgusto.

—Sospecho muchas cosas, mi Señor —dijo.

—Sí. Bien, quiero saber qué relación existe entre Arrakis y tus sospechas sobre Salusa Secundus. No es suficiente que me hayas dicho que el Emperador se muestra agitado a causa de una cierta relación entre Arrakis y su misterioso planeta prisión. Me he apresurado a enviar esa advertencia a Rabban tan sólo porque el correo partía con esa astronave. Me habías dicho que era algo urgente. Muy bien. Pero ahora quiero una explicación.

Habla demasiado , pensó Hawat. *El Duque Leto podía decirme algo con sólo un gesto de la mano, con un alzar de cejas. Y el Viejo Duque expresaba toda una frase con acentuar una sola palabra. ¡Este hombre es un patán! Destruyéndolo, prestaré un servicio a la humanidad.*

—No te irás de aquí hasta que me hayas dado una explicación completa —dijo el Barón.

—Habláis demasiado a la ligera de Salusa Secundus —dijo Hawat.

—Es una colonia penal —dijo el Barón—. Las peores heces de la galaxia son enviadas a Salusa Secundus. ¿Qué más necesito saber?

—Las condiciones que reinan en el planeta prisión son más opresivas que en cualquier otro lugar —dijo Hawat—. Vos sabéis que la tasa de mortalidad entre los nuevos prisioneros es superior al sesenta por ciento. Habéis oído que el Emperador practica allí todas las formas de opresión. Y vos, que sabéis todo esto, ¿no os habéis hecho alguna vez ninguna pregunta?

—El Emperador no permite a las Grandes Casas inspeccionar esa prisión —gruñó el Barón—. Por otra parte, él nunca ha inspeccionado tampoco mis calabozos.

—Y cualquier curiosidad acerca de Salusa Secundus es… ah… —Hawat se llevó un huesudo índice a sus labios—… desanimada.

—¡Porque el Emperador no está orgulloso de algunas de las cosas que se ha visto obligado a hacer allí!

Hawat permitió que la sombra de una sonrisa rozara sus manchados labios. Sus ojos brillaron a la luz de los tubos luminosos mientras miraba al Barón.

—¿Y nunca os habéis preguntado dónde encuentra el Emperador sus Sardaukar?

El Barón apretó sus gruesos labios. Su rostro adoptó la expresión de un bebé haciendo muecas. Su voz tenía un tono petulante cuando respondió:

—Bueno… él recluta… quiero decir que el servicio de enrolamiento…

—¡Ufff! —cortó Hawat—. Las historias que circulan acerca de los Sardaukar son simples rumores, ¿no? Son relatos de primera mano hechos por los pocos sobrevivientes que los han afrontado, ¿no es así?

—Los Sardaukar son excelentes guerreros, no hay duda de ello —dijo el Barón—. Pero pienso que mis propias legiones…

—¡Un montón de alegres excursionistas en comparación! —restalló Hawat—. ¿Creéis que no sé por qué motivos el Emperador se ha vuelto contra la Casa de los Atreides?

—¡Este no es un argumento abierto para tus especulaciones! —exclamó el Barón.

¿Es posible que ni siquiera él conozca las verdaderas motivaciones del Emperador? , se preguntó Hawat.

—Cualquier argumento está abierto a mis especulaciones si tiene alguna relación, aunque sea mínima, con el encargo que me habéis hecho —dijo Hawat—. Soy un Mentat. No se oculta ninguna información o dato a un Mentat.

Por un largo minuto, el Barón lo miró fijamente.

—Di lo que tengas que decir, Mentat —dijo luego.

—El Emperador Padishah se volvió contra la Casa de los Atreides porque los Maestros de Armas del Duque, Gurney Halleck y Duncan Idaho, habían adiestrado una unidad de combate… una pequeña unidad de combate… que parecía tan buena como los Sardaukar. Algunos de sus hombres eran incluso mejores. Y el Duque estaba en situación de aumentar aquella unidad, haciéndola tan potente como las fuerzas del Emperador.

El Barón sopesó la revelación.

—¿Cuál es el papel de Arrakis en todo esto? —preguntó luego.

—El planeta es una fuente de reclutas condicionados y adiestrados para sobrevivir en las más difíciles condiciones.

El Barón agitó su cabeza.

—¿Te estás refiriendo acaso a los Fremen?

—Me estoy refiriendo a los Fremen.

—¡Ah! Entonces, ¿por qué advertir a Rabban? No puede quedar más que un puñado de Fremen tras el pogrom de los Sardaukar y la represión de Rabban.

Hawat siguió mirándolo en silencio.

—¡No más que un puñado! —repitió el Barón—. ¡Rabban mató a seis mil de ellos tan sólo en el último año!

Hawat continuó mirándolo.

—Y el otro año fueron nueve mil. Y los Sardaukar, antes de irse, debieron matar al menos veinte mil.

—¿Cuáles han sido las pérdidas entre los hombres de Rabban en los últimos años? —preguntó Hawat.

El Barón se rascó las mejillas.

—Bueno, tiene la mano más bien pesada en el reclutar, a decir verdad. Sus agentes hacen promesas extravagantes y…

—¿Digamos treinta mil en números redondos? —preguntó Hawat.

—Me parece una estimación algo excesiva —dijo el Barón.

—Más bien al contrario —dijo Hawat—. Puedo leer entre líneas tan bien como vos en los informes de Rabban. Y vos habéis comprendido ciertamente lo mismo que han visto mis agentes.

—Arrakis es un planeta duro —dijo el Barón—. Sólo las pérdidas debidas a las tormentas…

—Ambos sabemos cuáles son las pérdidas debidas a las tormentas —dijo Hawat.

—¿Y qué ocurriría si realmente hubiera perdido treinta mil hombres? —preguntó el Barón, mientras la sangre subía a su rostro.

—Según vuestra propia estimación —dijo Hawat—, Rabban ha matado a quince mil Fremen en dos años, perdiendo el doble de sus hombres. Habéis dicho que los Sardaukar mataron a otros veinte mil, probablemente algunos más. He visto las listas de embarque de las astronaves que los han traído de vuelta de Arrakis. Si realmente han matado a veinte mil, sus pérdidas han sido como mínimo de cinco por uno. ¿Por qué no aceptáis esas cifras, Barón, e intentáis comprender lo que significan?

—Este es tu trabajo, Mentat —respondió el Barón en un tono fríamente medido—. ¿Qué significan?

—Os he referido la estimación hecha por Duncan Idaho acerca del número de habitantes del sietch que había visitado —dijo Hawat—. Todo concuerda. Si hubiera doscientos cincuenta sietch del mismo tamaño que aquél, su población alcanzaría la cifra aproximada de cinco millones. Pero mi propia estimación es de que existe al menos un número doble de estas comunidades. La población está muy dispersa en un planeta de esas características.

—¿Diez millones? —las mejillas del Barón se estremecieron por el estupor.

—Como mínimo.

El Barón se mordió sus carnosos labios. Sus pequeños ojos estaban fijos en Hawat. *¿Es realmente un cálculo de Mentat?* , se preguntó. *¿Es posible que nadie haya sospechado alguna vez nada?*

—No hemos alterado en ningún momento su tasa de nacimientos —dijo Hawat—. Como máximo hemos eliminado los especímenes más débiles, dejando que los fuertes se hicieran aún más fuertes, exactamente como en Salusa Secundus.

—¡Salusa Secundus! —ladró el Barón—. ¿Qué relación hay con el planeta prisión del Emperador?

—Un hombre que sobrevive en Salusa Secundus es sin lugar a dudas más resistente que los demás —dijo Hawat—. Y cuando se añade además un buen adiestramiento militar…

—¡Absurdo! Según tu argumento, *yo* podría reclutar a los Fremen después del modo cómo mi sobrino los ha oprimido.

—¿Acaso vos no oprimís alguna vez a vuestras tropas? —dijo Hawat en voz muy baja.

—Bien… yo…

—La opresión es algo relativo —dijo Hawat—. Vuestros soldados están mucho mejor que la gente que los rodea. Tienen ante sus ojos otras alternativas mucho menos placenteras para quienes no son soldados del Barón, ¿verdad?

El Barón reflexionó en silencio, con la mirada perdida. Las posibilidades… ¿era posible que Rabban, sin quererlo, hubiera proporcionado a la Casa de los Harkonnen su arma definitiva?

—¿Cómo podría estar seguro de la lealtad de tal recluta? —dijo luego.

—Yo los dividiría en pequeños grupos, no más grandes que un pelotón de combate —dijo Hawat—. Los sacaría de su opresiva situación y los aislaría junto con un grupo de instructores que comprendieran su ambiente, preferiblemente gente como ellos que recién acabaran de salir del mismo tipo de opresión. Luego los impregnaría de un misticismo según el cual su planeta no es más que el campo secreto de preparación destinado a producir los seres superiores en que se han convertido ellos. Y les mostraría todo aquello que un ser superior tiene derecho a poseer: riquezas, hermosas mujeres, suntuosas moradas… cualquier cosa que deseen.

El Barón empezó a asentir.

—Todo lo que tienen los Sardaukar.

—Con el tiempo, los reclutas se convencerán de que un planeta como Salusa Secundus está perfectamente justificado, puesto que los ha creado a ellos… la élite. Bajo muchos aspectos, incluso el más común de

los soldados Sardaukar tiene una existencia tan exultante como la de un miembro de las Grandes Casas.

—¡Qué idea! —murmuró el Barón.

—Vos empezáis a compartir mis sospechas —dijo Hawat.

—¿Cómo ha podido iniciarse una cosa así? —preguntó el Barón.

—Ah, sí: ¿cómo se inició la Casa de los Corrino? ¿Había alguien en Salusa Secundus antes de que el Emperador enviase su primer contingente de prisioneros? Incluso el Duque Leto, un sobrino de la rama femenina, no llegó a saberlo nunca con certeza. Estas preguntas nunca son bien recibidas.

Los ojos del Barón centellearon mientras reflexionaba.

—Sí, un secreto muy bien guardado. Han usado todos los medios para…

—Además, ¿qué hay allí que deba ser escondido? —preguntó Hawat—. ¿Que el Emperador Padishah posee un planeta prisión? Todo el mundo lo sabe. Que hay…

—¡El Conde Fenring! —eructó el Barón.

Hawat se interrumpió, estudiando al Barón con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre con el Conde Fenring?

—Para el cumpleaños de mi sobrino, hace algunos años —dijo el Barón —, ese lacayo del Emperador, el Conde Fenring, vino como observador oficial y para… esto, para concluir un acuerdo entre el Emperador y yo.

—¿Y?

—Yo… Sí, durante una de nuestras conversaciones, creo haber dicho algo acerca de la posibilidad de transformar Arrakis en un planeta prisión. Fenring…

—¿Qué es lo que le dijisteis exactamente? —preguntó Hawat.

—¿Exactamente? Hace ya tanto tiempo de ello, y…

—Mi Señor Barón, si deseáis serviros de mí del mejor modo posible, debéis proporcionarme informes precisos. ¿La conversación no fue registrada?

El rostro del Barón se ensombreció, irritado.

—¡Eres tan pérfido como Piter! No me gustan esos…

—Piter ya no está a vuestro lado, mi Señor —dijo Hawat—. A propósito, ¿qué es lo que le *ocurrió* a Piter?

—Se volvió demasiado familiar, demasiado exigente para conmigo —dijo el Barón.

—Me habéis asegurado que nunca suprimíais a alguien que os fuera útil —dijo Hawat—. ¿Queréis desperdiciarme con amenazas y engaños? Estábamos hablando de lo que le dijisteis al Conde Fenring.

Lentamente, el Barón recuperó su compostura. *Cuando llegue el momento* , se dijo, *recordaré esos modales para conmigo. Sí, los recordaré.*

—Un momento —dijo el Barón, y pensó de nuevo en el encuentro en la gran sala. Intentó visualizar el cono de silencio en el cual se habían hallado—. Dije aproximadamente esto: «El Emperador sabe que en todos los asuntos siempre hay cierto número de muertos». Me refería a las pérdidas entre nuestras fuerzas. Después dije algo acerca de considerar otra solución al problema de Arrakis, y dije que el planeta prisión del Emperador me había inspirado a emularlo.

—¡Sangre de bruja! —maldijo Hawat—. ¿Qué dijo Fenring?

—En aquel momento empezó a preguntarme acerca de ti.

Hawat se hundió en su silla y cerró los ojos.

—Así que es por eso por lo que han comenzado a interesarse en Arrakis —dijo—. Bien, la cosa ya está hecha. —Abrió los ojos—. A estas alturas debe haber espías por todo Arrakis. ¡Dos años!

—Pero seguro que no ha sido mi inocente sugerencia la que…

—¡Nada es inocente a los ojos del Emperador! ¿Qué instrucciones habéis enviado a Rabban?

—Simplemente, que debía enseñar a Arrakis a temernos.

Hawat agitó la cabeza.

—Ahora tenéis dos alternativas, Barón. Podéis exterminar a los nativos, barrerlos por completo, o…

—¿Eliminar toda la mano de obra?

—¿Preferís que el Emperador y las Grandes Casas de cuyo apoyo goza todavía desembarquen aquí para una limpieza general y devasten Giedi Prime hasta convertirla en una calabaza vacía?

El Barón estudió a su Mentat.

—¡No se atrevería! —dijo.

—¿Lo creéis así?

Los labios del Barón temblaron.

—¿Cuál es la otra alternativa?

—Abandonad a vuestro querido sobrino, Rabban.

—Aband… —el Barón se interrumpió, mirando a Hawat.

—No le mandéis más tropas ni otra ayuda de ningún género. No respondáis a sus mensajes más que para decirle que han llegado a vuestros oídos noticias de la horrible forma en que había tratado los asuntos en Arrakis y que tenéis intención de tomar medidas correctivas lo más pronto posible. Yo haré que algunos de estos mensajes sean interceptados por los espías Imperiales.

—Pero la especia, los beneficios, el…

—Reclamad los beneficios de vuestra Baronía, pero cuidad el modo como formuláis vuestras demandas. Exigidle sumas fijas a Rabban. No podemos…

El Barón levantó sus manos, con las palmas hacia arriba.

—¿Pero cómo puedo estar seguro de que aquella comadreja de mi sobrino no…?

—Tenemos aún a nuestros espías en Arrakis. Decidle a Rabban que debe respetar su cuota de especia, o que será reemplazado.

—Conozco a mi sobrino —dijo el Barón—. Esto sólo conducirá a que oprima a la población un poco más.

—¡Por supuesto que lo hará! —restalló Hawat—. ¡No podéis dejar que se detenga ahora! Vos queréis tan sólo una cosa: las manos limpias. Dejad que sea Rabban quien construya por vos vuestro Salusa Secundus. Ni siquiera es necesario mandarle prisioneros. Tiene a su disposición toda la población que necesita. Si Rabban exprime a su gente para mantener la cuota de especia, el Emperador no tendrá razón alguna para sospechar otros motivos. Esta razón es suficiente para poner el planeta en el potro. Y en cuanto a vos, Barón, ni una palabra, ni una acción que pueda desmentir esta evidencia.

El Barón no consiguió borrar totalmente una nota de admiración en su voz:

—Ah, Hawat, eres realmente tortuoso. ¿Pero cómo podremos penetrar en Arrakis y usar lo que Rabban nos está preparando?

—Es lo más simple de todo, Barón. Si vos aumentáis cada año la cuota con respecto al precedente, las cosas alcanzarán muy pronto su límite. La producción se precipitará en picado. Podréis entonces desautorizar a Rabban y ocupar vos mismo su puesto… para remediar el desastre.

—Parece realizable —dijo el Barón—. Pero estoy cansado de todo esto. Estoy preparando a otro que se ocupará de Arrakis en mi lugar.

Hawat estudió el grasiento rostro redondo que tenía ante él. Suavemente, el viejo soldado espía empezó a asentir con la cabeza.

—Feyd-Rautha —dijo—. Así que este es ahora el verdadero motivo de la opresión. Vos también sois tortuoso, Barón. Quizá podamos mezclar los dos planes. Sí. Vuestro Feyd-Rautha puede presentarse como el salvador de Arrakis. Puede ganarse a la población. Sí.

El Barón sonrió. Y tras su sonrisa, se preguntó: *¿Y hasta qué punto esto coincide con el plan personal de Hawat?*

Y Hawat, viendo que la entrevista había terminado, se levantó y abandonó la estancia de paredes rojas. Mientras se alejaba, no conseguía olvidar las inquietantes incógnitas que parecían surgir de todas partes en todas sus especulaciones sobre Arrakis. Su nuevo jefe religioso, que Gurney Halleck había detectado desde su escondrijo entre los contrabandistas, aquel Muad'Dib.

Quizá no tenía que haberle dicho al Barón que dejara florecer esta religión entre las gentes de los pan y de los graben , se dijo. *Pero es bien sabido que la represión favorece el florecimiento de las religiones.*

Y pensó en los informes de Halleck acerca de las tácticas de combate Fremen. Tácticas que llevaban la marca del propio Halleck… e Idaho… e incluso de Hawat.

¿Habrá sobrevivido Idaho? , se preguntó.

Pero era una pregunta fútil. Ni siquiera se había preguntado si era posible que Paul hubiera sobrevivido. Sabía que el Barón estaba convencido de que todos los Atreides habían muerto. La bruja Bene Gesserit había sido su arma, el Barón lo había admitido. Y esto tan sólo podía significar que todos estaban muertos… incluido el hijo de aquella mujer.

Qué venenoso odio debía sentir hacia los Atreides , pensó. *Parecido al odio que yo siento por este Barón. ¿Conseguiré que mi golpe final sea tan definitivo como el suyo?*

40

Hay en todas las cosas un ritmo que es parte de nuestro universo. Hay simetría, elegancia y gracia… esas cualidades a las que se acoge el verdadero artista. Uno puede encontrar este ritmo en la sucesión de las estaciones, en la forma en que la arena modela una cresta, en las ramas de un arbusto creosota o en el diseño de sus hojas. Intentamos copiar este ritmo en nuestras vidas y en nuestra sociedad, buscando la medida y la cadencia que reconfortan. Y sin embargo, es posible ver un peligro en el descubrimiento de la perfección última. Está claro que el último esquema contiene en sí mismo su propia fijeza. En esta perfección, todo conduce hacia la muerte.

De *Frases escogidas de Muad'Dib* , por la PRINCESA IRULAN

Paul-Muad'Dib recordó una comida cargada con esencia de especia. Se aferró a aquel recuerdo, ya que era su único punto de anclaje seguro, y a partir de ello podía decir que su inmediata experiencia había sido un sueño.

Soy un teatro de los acontecimientos , se dijo. *Soy víctima de una visión imperfecta, de la consciencia racial y de su terrible finalidad.*

Y sin embargo, no podía huir del temor de haber sido superado de algún modo, de haber perdido su posición en el tiempo, pasado, futuro y presente mezclados de forma indistinta. Era una especie de fatiga visual y era debida, lo sabía, a la constante necesidad de mantener su presciencia del futuro como una especie de recuerdo, algo intrínsecamente ligado al pasado.

Chani me ha preparado la comida , se dijo.

Sin embargo, Chani estaba lejos en el sur, en el frío país donde el sol era caliente, oculta en uno de los nuevos sietch fortaleza, a salvo con su hijo, Leto II.

¿O acaso era algo que aún no había ocurrido?

No, se tranquilizó, puesto que Alia-la-Extraña, su hermana, también estaba allí, con su madre y con Chani… un viaje de veinte martilleadores hacia el sur, en un palanquín de la Reverenda Madre fijado al dorso de un hacedor salvaje.

Rechazó el pensamiento de cabalgar los gusanos gigantes y se preguntó: *¿O tal vez Alia aún no ha nacido?*

Yo estaba en una razzia , recordó Paul. *Habíamos ido a recuperar el agua de nuestros muertos en Arrakeen. Y yo descubrí los restos de mi padre en la pira funeraria. Cobijé el cráneo de mi padre en un túmulo de rocas Fremen que domina el Paso Harg.*

¿O acaso aún no había ocurrido?

Mis heridas son reales , se dijo Paul. *Mis cicatrices son reales. El túmulo con el cráneo de mi padre es real.*

Aún en un sueño, Paul recordó que Harah, la mujer de Jamis, había acudido a decirle que había habido una lucha en el corredor del sietch. Esto había ocurrido en el primer sietch, antes de que las mujeres y los niños fueran enviados al profundo sur. Harah había aparecido en el umbral de la estancia interior, con las alas negras de sus cabellos recogidas hacia atrás y sujetas por una cadena de anillos de agua. Había apartado violentamente los cortinajes de la entrada para decirle que Chani acababa de matar a alguien.

Esto ha ocurrido , se dijo Paul. *Esto fue real, no fruto del tiempo y sujeto a cambio.*

Paul recordó haberse precipitado fuera y haber encontrado a Chani bajo los amarillos globos del corredor, envuelta en una brillante túnica azul con la capucha echada hacia atrás, su rostro de elfo rojo por el esfuerzo. Estaba metiendo el crys en su funda. Un grupo de hombres se alejaba apresuradamente, arrastrando un bulto por el corredor.

Y Paul recordó haberse dicho: *Uno siempre se da cuenta de cuando transportan un cuerpo humano.*

Los anillos de agua de Chani, que llevaba sueltos alrededor del cuello dentro del sietch, tintinearon cuando volvió el rostro hacia él.

—¿Qué ha ocurrido, Chani? —preguntó él.

—He despachado a uno que venía a desafiarte a un combate singular, Usul.

—¿*Tú* lo has matado a él?

—Sí. Pero quizá hubiera tenido que dejárselo a Harah.

(Y Paul recordó cómo la gente que se había reunido a su alrededor mostraban su conformidad a estas palabras. Luego Harah se había echado a reír).

—¡Pero había venido a desafiarme a *mí* !

—Tú me has adiestrado en tu extraño arte, Usul.

—¡Ciertamente! Pero tú no deberías…

—He nacido en el desierto, Usul. Sé usar un crys.

Paul dominó su ira, intentando hablar razonablemente.

—Todo esto es cierto, Chani, pero…

—Ya no soy una niña que persigue los escorpiones en el sietch, a la luz de un globo portátil, Usul. Ya no juego.

Paul la miró, impresionado por la extraña ferocidad que se adivinaba bajo su actitud casual.

—No merecía desafiarte, Usul —dijo Chani—. No iba a interrumpir tu meditación por tonterías como esta. —Se le acercó, mirándolo con el rabillo del ojo, y su voz se hizo un murmullo—: Además, amor mío, cuando se sepa que alguien que quería desafiarte se ha encontrado frente a mí y ha hallado la muerte en manos de la mujer de Muad'Dib, serán muy pocos los que se atreverán a desafiarte.

Sí , pensó Paul, *esto ha ocurrido realmente. Es el pasado auténtico. Y el número de aquellos que querían desafiar la nueva hoja de Muad'Dib disminuyó drásticamente.*

En alguna parte, en un mundo que no pertenecía al sueño, hubo un movimiento, el grito de un pájaro nocturno.

Estoy soñando , se dijo Paul. *Es la comida de especia.*

Sin embargo, experimentaba una sensación de abandono. Se preguntó si no era posible que su espíritu-ruh hubiera resbalado de alguna manera hacia aquel mundo donde, según los Fremen, tenía su verdadera existencia… el alam al-mithal, el mundo de las similitudes, aquel lugar metafísico donde todas las limitaciones físicas habían sido anuladas. Y sintió miedo ante la evocación de aquel mundo, porque la ausencia de toda limitación significaba la desaparición de todos los puntos de referencia: «Estoy aquí porque estoy aquí».

Su madre le había dicho una vez:

—La gente está dividida, algunos de ellos no saben qué pensar de ti.

Debo estar a punto de despertarme , se dijo Paul. Porque aquello había ocurrido: aquellas eran las palabras de su madre, la antigua Dama Jessica que era ahora la Reverenda Madre de los Fremen; aquellas palabras pertenecían a la realidad.

Jessica temía los lazos religiosos que se habían establecido entre él y los Fremen, Paul lo sabía. No le gustaba el hecho de que la gente de aquel

sietch y la del graben se refirieran a Muad'Dib como a *Él* . Y no dejaba de interrogar a las tribus, diseminando sus espías sayyadinas, recogiendo sus respuestas y meditando melancólicamente sobre ellas.

Le había hecho notar un proverbio Bene Gesserit: «Cuando religión y política viajan en el mismo carro, los viajeros piensan que nada podrá detenerlos en su camino. Su movimiento es acelerado… rápido y más rápido y más rápido. Dejan a un lado todos los obstáculos, y no piensan que un precipicio se descubre siempre demasiado tarde».

Paul recordó haber estado sentado en los apartamentos de su madre, en la estancia más interior, tapizada con pesadas telas recamadas con dibujos inspirados en la mitología Fremen. Había estado sentado allí, escuchándola, observando cómo ella lo miraba sin cesar, incluso cuando bajaba los ojos. Su rostro ovalado tenía nuevos pliegues en las comisuras de la boca, pero sus cabellos resplandecían aún como el bronce pulido. Sus grandes ojos verdes, sin embargo, estaban velados por la bruma azul de la especia.

—Los Fremen tienen una religión simple y práctica —había dicho él.

—Ninguna religión es simple —había replicado ella.

Pero Paul, viendo el futuro repleto de tempestuosas nubes sobre sus cabezas, se había sentido presa de la ira. Sólo había acertado a decir:

—La religión unifica nuestras fuerzas. Es nuestra mística.

—Tú cultivas deliberadamente esta atmósfera, esta osadía —había cargado ella—. No dejas de adoctrinarlos.

—Esto es lo que me han enseñado —había dicho él.

Pero aquel día ella estaba llena de reproches y de argumentos.

Era el día de la ceremonia de la circuncisión para el pequeño Leto. Paul había comprendido algunas de las razones por las que ella estaba alterada. Nunca había aceptado su unión —aquel «matrimonio de juventud»— con Chani. Pero Chani había engendrado un hijo Atreides, y Jessica no había podido renegar del hijo y de la madre.

Bajo su mirada, Jessica había finalmente reaccionado.

—Piensas que soy una madre desnaturalizada —había dicho.

—Por supuesto que no.

—Veo cómo me miras cuando estoy con tu hermana. No comprendes nada acerca de tu hermana.

—Sé por qué Alia es distinta —había dicho él—. Aún no había nacido, pero formaba parte de ti cuando cambiaste el Agua de Vida. Ella…

—¡Tú no sabes nada de todo esto!

Y Paul, repentinamente incapaz de expresar el conocimiento que había extraído del tiempo, no había podido decir más que:

—No eres una madre desnaturalizada.

Jessica había captado entonces su angustia.

—Tengo que decirte algo, hijo —había murmurado.

—¿Sí?

—Quiero a tu Chani. La acepto.

Aquello había sido real, se dijo Paul. No era una visión imperfecta que pudiera cambiar en los dolores de su parto del tiempo.

Aquella seguridad le dio una sólida base para agarrarse a su mundo. Fragmentos de realidad aparecieron en su sueño. Supo bruscamente que se encontraba en un hiereg, un campamento en el desierto. Chani había plantado su destiltienda en la harinosa arena a causa de su blandura. Esto tan sólo podía significar que Chani estaba cerca de allí… Chani su alma, Chani su sihaya, dulce como la primavera del desierto. Chani entre los palmerales del profundo sur.

Ahora recordó una canción de la arena que había elegido para la hora del sueño.

Oh, mi alma,

No quieras el Paraíso esta noche,

Y te juro por Shai-Hulud

Que allí irás igualmente,

Obediente a mi amor.

Y después había entonado el canto de marcha que, en la arena, unía a los enamorados, un ritmo parecido al chirriar de las dunas bajo sus pies:

Háblame de tus ojos,

Y te hablaré de tu corazón.

Háblame de tus pies,

Y te hablaré de tus manos.

Háblame de tu sueño,

Y te hablaré de tu despertar.

Háblame de tus deseos,

Y te hablaré de tu sed.

En otra tienda, alguien, había pulsado un baliset. Y entonces había pensado en Gurney Halleck. Recordando aquel instrumento familiar, había pensado en Gurney, cuyo rostro había entrevisto una vez en un grupo de contrabandistas, pero sin que el rostro lo hubiera visto a él, o no hubiera querido verlo, temeroso de que se iniciara nuevamente la caza por parte de los Harkonnen del hijo del Duque al que habían matado.

Pero el estilo del que tocaba en mitad de la noche, el delicado pulsar de aquellos dedos en las cuerdas del baliset, despertaron el nombre del músico en la memoria de Paul. Era Chatt el Saltador, capitán de los Fedaykin, jefe de los comandos suicidas que velaban por Muad'Dib.

Estamos en el desierto , recordó Paul. *Estamos en el erg central, más allá de las patrullas Harkonnen. Estoy aquí para caminar por la arena, atraer al hacedor y cabalgarlo gracias a mi astucia, probando así que soy enteramente un Fremen.*

Sintió la pistola maula y el crys en su cintura. Percibió el silencio a su alrededor.

Era aquel silencio particular que precede a la mañana, cuando los pájaros nocturnos ya se han retirado y las criaturas diurnas no han anunciado aún su despertar a su enemigo, el sol.

—Debes cabalgar por la arena a la luz del día, para que Shai-Hulud vea y sepa que no tienes miedo —le había dicho Stilgar—. Así que daremos la vuelta a nuestro tiempo y dormiremos esta noche.

Lentamente, Paul se sentó, notando su destiltraje lacio alrededor de su cuerpo, la tienda como una sombra. Se movió silenciosamente, pero Chani lo oyó.

Habló desde la oscuridad de la tienda, otra sombra entre las sombras.

—Aún no es totalmente de día, amor mío.

—Sihaya —dijo él, hablando con una sonrisa en su voz.

—Me llamas tu primavera del desierto —dijo ella—, pero hoy seré tu aguijón. Soy la sayyadina, que vela porque los ritos sean cumplidos.

Paul comenzó a ajustarse su destiltraje.

—Una vez me dijiste las palabras del Kitab al-Ibar —dijo—. Me dijiste: «La mujer es tu campo, así que ve a tu campo y cultívalo».

—Soy la madre de tu primogénito —dijo ella.

La vio en la penumbra gris, imitando sus movimientos, ajustando su destiltraje para el desierto.

—Tendrías que descansar todo lo que pudieras —dijo ella.

Sintió el amor en sus palabras y la regañó bromeando:

—La Sayyadina que vela no tendría que poner en guardia al candidato.

Ella se acercó hasta su lado y apoyó su palma en la mejilla de él.

—Hoy soy la que vela, pero también soy tu mujer.

—Tendrías que haber dejado esta tarea a otra —dijo Paul.

—La espera es demasiado terrible —dijo ella—. Prefiero estar a tu lado.

Paul besó su palma antes de ajustarse la máscara facial de su traje, y luego se volvió y soltó el sello de la tienda. El aire que penetró era frío y ligeramente húmedo, con rastros del rocío precipitado por el alba en el desierto. Tenía el perfume de la masa de preespecia, la masa que habían descubierto un poco más lejos, hacia el nordeste, y que había revelado la presencia de un hacedor cerca de allí.

Paul salió por la abertura a esfínter, se detuvo ante la tienda y arrojó los últimos restos de sueño de sus músculos. Una leve luminiscencia verde pálida se diseñaba en el horizonte, hacia el este. En la penumbra, las tiendas de su gente eran como otras tantas pequeñas falsas dunas a su alrededor. Percibió un movimiento a su izquierda, el centinela, y supo que lo habían visto.

Sabían el peligro que iba a afrontar aquel día. Cada Fremen lo había afrontado. Le concedían aún unos pocos instantes de soledad para que pudiera prepararse mejor.

Debe ser hecho hoy , se dijo.

Pensó en el poder que blandía frente al pogrom… los viejos que ahora le enviaban a sus propios hijos para que les adiestrara en su extraño arte de combatir, los viejos que le escuchaban en consejo y seguían sus

planes, los hombres que luego volvían para presentarle el máximo elogio que se podía hacer a un Fremen:

—Tu plan ha resultado, Muad'Dib.

Sin embargo, el más pequeño y mediocre guerrero Fremen era capaz de hacer algo que él nunca había hecho. Y Paul sabía que su autoridad se resentía por el omnipresente conocimiento de aquella distinción entre ellos.

Nunca había cabalgado un hacedor.

Oh, era cierto, había montado en su grupa con los demás en viajes de adiestramiento e incursiones… pero nunca había viajado solo. Hasta que no lo hubiera hecho, su universo se vería limitado por la habilidad de los demás. Esto era algo que ningún verdadero Fremen soportaría. Hasta que lo hiciera, los vastos territorios del sur —un área a unos veinte martilleadores más allá del erg— le estarían vedados a menos que ordenara un palanquín, aceptando viajar como una Reverenda Madre o como un enfermo.

El recuerdo de la larga lucha sostenida con su consciencia interior durante la noche volvió a él. Vio allí un extraño paralelismo: si dominaba al hacedor, poseería un medio de control sobre sí mismo. Pero más allá de aquello había una zona neblinosa, la gran turbulencia que parecía adueñarse de todo el universo.

Las diferentes formas en que percibía el universo lo obsesionaban… confuso y nítido al mismo tiempo. Lo vio *in situ* . Y sin embargo, cuando había nacido, cuando las presiones de la realidad comenzaban a actuar sobre el tiempo, él *ahora* tenía una vida propia y crecía con sus sutiles diferencias. La terrible finalidad permanecía. La consciencia de la raza permanecía. Y por encima de todo ello la jihad, sangrienta y salvaje.

Chani se le unió fuera de la tienda, con los brazos cruzados sobre su pecho, mirándolo de reojo como hacía siempre para adivinar su estado de ánimo.

—Háblame de nuevo de las aguas de tu mundo natal, Usul —le dijo.

Paul comprendió que intentaba distraerlo, liberar su mente de toda tensión antes de la prueba mortal. El cielo era cada vez más claro, y algunos de sus Fedaykin estaban recogiendo ya sus tiendas.

—Preferiría que tú me hablaras del sietch y de nuestro hijo —dijo Paul—. ¿Nuestro Leto sigue tiranizando a mi madre?

—Y también a Alia —dijo ella—. Y crece muy aprisa. Pronto será un hombrecito.

—¿Cómo es el sur? —preguntó él.

—Cuando hayas cabalgado al hacedor lo verás por ti mismo —dijo ella.

—Pero antes quisiera verlo a través de tus ojos.

—Es terriblemente solitario —dijo ella.

Paul tocó el pañuelo nezhoni que ella llevaba en la frente, bajo el capuchón del destiltraje.

—¿Por qué no quieres hablarme del sietch?

—Ya te he hablado de él. El sietch es un lugar terriblemente solitario sin nuestros hombres. Es un lugar de trabajo. Nos pasamos las horas en las factorías y en los talleres. Hay que fabricar armas, empalar la arena para la previsión del tiempo, recolectar la especia para los tributos. Debemos sembrar las dunas para que la vegetación crezca en ellas y las ancle. Debemos fabricar tejidos y tapices, cargar las células de combustible. Y luego hay que adiestrar a los niños, para que la fuerza de la tribu no decrezca.

—¿No hay nada agradable allí en el sietch? —preguntó él.

—Los niños son agradables. Observamos los ritos. Tenemos suficiente comida. A veces, una de nosotras regresa al norte a dormir con su hombre. La vida debe continuar.

—Mi hermana, Alia… ¿ha sido aceptada por la gente?

Chani se volvió a mirarlo a la creciente luz del alba. Sus ojos parecieron taladrarlo.

—Discutiremos esto en otra ocasión, amor mío.

—Discutámoslo ahora.

—Tienes que conservar tus energías para la prueba.

Paul se dio cuenta de que había tocado un punto sensible. Había algo ausente, lejano, en su voz.

—Lo desconocido trae sus propios conocimientos —dijo.

Ella asintió con la cabeza. Tras una pausa, dijo:

—Subsiste aún… una cierta incomprensión a causa de lo extraño que hay en Alia. Las mujeres le tienen miedo porque una niña, casi un bebé,

habla… de cosas que sólo un adulto tendría que conocer. No comprenden el… cambio en el seno que ha hecho a Alia… diferente.

—¿Hay problemas? —preguntó él. Y pensó: *He tenido visiones de problemas cerniéndose sobre Alia.*

Chani miró a la resplandeciente línea del amanecer.

—Algunas de las mujeres se han reunido para apelar a la Reverenda Madre. Le piden que exorcice al demonio que hay en su hija. Han citado la escritura: «No se tolerará una bruja entre nosotros».

—¿Y qué ha dicho mi madre al respecto?

—Ha recitado la ley y ha despedido a las mujeres, confusas. Ha dicho: «Si Alia es fuente de problemas, eso es culpa de la autoridad que no ha sabido prever e impedir estos problemas». Y ha intentado explicarles cómo el cambio había actuado sobre Alia, en su seno. Pero las mujeres estaban furiosas porque se sentían confusas, y se han ido murmurando.

Tendremos problemas por causa de Alia , pensó Paul.

Un soplo cristalino de arena le rozó el rostro, trayéndole el olor de la masa de preespecia.

—El-Sayal —dijo—, la lluvia de arena que trae el amanecer. —Su mirada recorrió la gris luminosidad del desierto, aquel paisaje que superaba toda desolación, aquella arena que era la eterna imagen de una forma recreada en sí misma. Secos relámpagos surgieron de una zona oscura, hacia el sur… la señal de que una tormenta había alcanzado el límite de su carga estática. El prolongado retumbar del trueno llegó como una secuela poco después.

—La voz que beatifica la tierra —dijo Paul.

Otros de sus hombres estaban saliendo de las tiendas. Los centinelas regresaban de los extremos del campamento. Todos a su alrededor se movían lentamente, siguiendo una antigua rutina que no necesitaba ninguna orden.

—Da el menor número de órdenes posible —le había dicho su padre hacía tiempo… mucho tiempo—. Una vez hayas dado una orden con respecto a algo determinado, siempre tendrás que seguir dando órdenes sobre lo mismo.

Los Fremen conocían esta regla instintivamente.

El maestro de agua del grupo entonó el canto de la mañana, añadiendo las palabras rituales para la iniciación de un nuevo caballero de la arena.

—El mundo es un cadáver —salmodió, y su voz resonó entre las dunas—. ¿Quién puede hacer retroceder el Ángel de la Muerte? Lo que Shai-Hulud ha decidido, así será.

Paul escuchó, reconociendo las mismas palabras con las que se iniciaba el canto de la muerte de sus Fedaykin, las palabras que entonaban cuando se lanzaban al combate.

¿Habrá aquí un nuevo túmulo de rocas, hoy, para celebrar la partida de otra alma? , se preguntó. *¿Acaso los Fremen se detendrán aquí en el futuro, añadiendo otra piedra y pensando en Muad'Dib, que murió en este lugar?*

Sabía que esta era una de las alternativas posibles, un *hecho* a lo largo de las líneas que irradiaban hacia el futuro a partir de aquella posición en el espacio-tiempo. La imperfecta visión lo atormentaba. Cuanto más se oponía a su terrible finalidad y luchaba contra el advenimiento de la jihad, más se aceleraba el torbellino en un río precipitándose en un abismo… un vórtice de violencia donde todo era niebla y nubes.

—Stilgar se acerca —dijo Chani—. Debo separarme de ti, amor mío. Ahora debo ser la Sayyadina y observar el rito para que sea transcrito con toda su verdad en las Crónicas. —Lo miró y, por un momento, se sintió débil, antes de obligarse a recuperar su control—. Cuando todo esto haya terminado, te prepararé tu comida con mis propias manos —dijo. Se alejó.

Stilgar avanzó a través de la pulverulenta arena, levantando nubecillas a cada paso. Sus oscuros ojos estaban fijos en Paul, con una indomable mirada. La barba negra que afloraba bajo la máscara de su destiltraje, las rugosas mejillas, todo parecía esculpido en alguna clase de roca por el viento.

Llevaba, sujetándolo por el asta, el estandarte de Paul, el estandarte verde y negro con un tubo de agua en el asta… algo que ya era legendario en el lugar. Paul pensó: *No puedo hacer la más simple de las cosas sin que se convierta en una leyenda. Ya habrán notado la forma como he despedido a Chani, como he acogido a Stilgar… cada movimiento que haga en el día de hoy. Tanto si muero como si vivo, será una leyenda. No debo morir. Porque entonces sólo quedaría la leyenda, y nada podría detener la jihad.*

Stilgar clavó el asta del estandarte en la arena, al lado de Paul, y dejó caer sus manos a sus costados. Sus ojos totalmente azules siguieron mirándolo sin parpadear. Y Paul pensó que también sus propios ojos estaban empezando a asumir aquella máscara de color de la especia.

—Nos han negado el Hajj —dijo Stilgar, con la solemnidad ritual.

Y Paul respondió, tal como le había enseñado Chani:

—¿Quién puede negar a un Fremen el derecho a caminar o cabalgar donde él quiera?

—Yo soy un Naib —dijo Stilgar—, nadie podrá tomarme vivo. Soy un pie del trípode de la muerte que destruirá a nuestros enemigos.

El silencio cayó sobre ellos.

Paul echó una ojeada a los otros Fremen, inmóviles sobre la arena, más allá de Stilgar, inmersos en su personal plegaria. Y pensó que los Fremen eran un pueblo cuya vida consistía en matar, todo un pueblo que había vivido siempre en la rabia y en el dolor, sin pensar nunca que pudiera existir otra cosa… excepto el sueño que les había dado Liet-Kynes antes de morir.

—¿Dónde está el Señor que nos ha conducido a través de los desiertos y de los abismos? —preguntó Stilgar.

—Está siempre con nosotros —entonaron los Fremen.

Stilgar se irguió, avanzó hacia Paul y bajó su voz.

—Ahora, recuerda todo lo que te he dicho. Debes actuar simple y directamente… sin ninguna fantasía. Toda nuestra gente cabalga a los hacedores a la edad de doce años. Tú tienes seis años más, y no has nacido para esta vida. No tienes que impresionar a nadie con tu valor. Sabemos que eres valeroso. Tan sólo debes llamar al hacedor y cabalgarlo.

—Lo recordaré —dijo Paul.

—Cuento con ello. No deseo que la vergüenza caiga sobre tu maestro.

Stilgar extrajo una varilla de plástico de aproximadamente un metro de largo de entre sus ropas. Estaba aguzada por un extremo, y el otro tenía un mecanismo a resorte.

—He preparado yo mismo este martilleador. Es bueno. Tómalo.

Paul sintió en su mano la superficie lisa y elástica del plástico y aceptó el martilleador.

—Shishakli tiene tus garfios de doma —dijo Stilgar—. Te los dará apenas estés en aquella duna, allí —señaló a su derecha—. Llama a un hacedor grande, Usul. Muéstranos el camino.

Paul notó el tono de la voz de Stilgar… ritual y a medias preocupada por la suerte de un amigo.

En aquel instante, el sol pareció saltar sobre el horizonte. El cielo adquirió el tinte gris plateado que anunciaba un día de extremado calor y sequedad incluso para Arrakis.

—He aquí el día ardiente —dijo Stilgar, y ahora su voz era enteramente ritual—. Ve, Usul, y cabalga al hacedor, cruza la arena como un conductor de hombres.

Paul saludó a su estandarte, observando cómo la tela verde y negra colgaba inerte al cesar el viento del alba. Se volvió hacia la duna que había señalado Stilgar… un montículo de arena cuya cresta formaba una S. La mayor parte de los Fremen se alejaban ya en dirección opuesta, cruzando la otra duna que había albergado su campamento.

Una figura embozada permanecía en el sendero de Paul: Shishakli, un jefe de grupo de los Fedaykin, con sólo sus ojos visibles entre la capucha del destiltraje y la máscara.

Al acercarse Paul, le presentó dos delgadas varillas, parecidas a látigos. Tenían casi un metro y medio de largo, y en un extremo iban provistas de relucientes garfios de plastiacero, mientras que el otro presentaba un mango profundamente raspado para facilitar la presa.

Paul las aceptó con la mano izquierda, como requería el ritual.

—Estos son mis garfios —dijo Shishakli con voz ronca—. Nunca han fallado.

Paul asintió, manteniendo el requerido silencio, rebasó al hombre y ascendió la vertiente de la duna. En la cresta, miró hacia atrás y vio al grupo dispersándose como un enjambre de insectos, con sus ropas flotando. Ahora estaba solo en la cima de la duna, con únicamente el horizonte ante él. Era una buena duna la que había elegido Stilgar, lo suficientemente alta como para permitirle dominar a todas sus compañeras.

Deteniéndose, Paul plantó profundamente el martilleador en la cara de la duna vuelta hacia el viento, donde la arena era más compacta y permitía la máxima transmisión del sonido. Después dudó, repasando mentalmente las lecciones y los imperativos de vida y muerte que debía afrontar.

Apenas presionara el pestillo, el martilleador comenzaría a batir su reclamo.

En las profundidades de la arena, un gigantesco gusano —un hacedor— lo oiría y acudiría a la llamada del sonido. Paul sabía que con las varillas con garfios en su extremo podría saltar al curvado lomo del gran hacedor. Mientras mantuviera el borde de un anillo del gusano abierto con los garfios, exponiendo a la abrasión de la arena los

sensibles estratos internos, el hacedor no se hundiría de nuevo en el desierto. De hecho, antes al contrario levantaría su gigantesco cuerpo lo más alto posible, arqueándolo en su intento de alejar al máximo de la superficie del desierto el segmento abierto.

Soy un caballero de la arena , se dijo Paul.

Miró los garfios de doma en su mano izquierda, pensando en que sólo tendría que irlos cambiando a lo largo de la curva del inmenso costado del hacedor para que la criatura contrajese el cuerpo y se curvara hacia el lado requerido, guiándolo así hacia donde quisiera. Había visto ya hacerlo. Había realizado cortos trayectos de entrenamiento a lomos de un gusano. El gusano capturado podía ser cabalgado hasta que se detenía exhausto entre las dunas, y entonces era preciso llamar a un nuevo hacedor.

Una vez hubiera superado aquella prueba, Paul sabía que estaría cualificado para realizar el viaje de veinte martilleadores hasta las tierras del sur… para permanecer un tiempo y descansar entre los palmerales y los nuevos sietch donde habían sido conducidos las mujeres y los niños escapando del pogrom.

Levantó la cabeza y miró al sur, recordando que el hacedor que iba a surgir era un factor desconocido, y que igualmente el que lo llamaba era nuevo en aquella prueba.

—Debes calcular con cuidado su aproximación —le había explicado Stilgar—. Debe estar lo suficientemente cerca como para poder saltar a su lomo cuando pase a tu lado, y lo suficientemente lejos como para evitar que te engulla.

Con una brusca decisión, Paul soltó el pestillo del martilleador. El péndulo empezó a girar y a golpear la arena con su reclamo: *«Bum… bum… bum…».*

Se irguió, escrutando el horizonte, recordando las palabras de Stilgar:

—Examina atentamente su línea de aproximación. Recuérdalo, un gusano muy raramente se acerca a un martilleador sin hacerse ver. De todos modos, escucha. Quizá puedas oírlo antes incluso que verlo.

Y las palabras de Chani, susurradas en el corazón de la noche, recomendándole prudencia en mitad de su miedo, volvieron a su mente:

—Cuando te halles en el sendero de un hacedor, debes permanecer inmóvil y silencioso. Debes ser y pensar como un puñado de arena. Ocúltate en tus ropas y conviértete en una pequeña duna en lo más profundo de ti mismo.

Lentamente, Paul exploró el horizonte, escuchando, buscando los signos que le habían sido indicados.

Surgió del sudeste: un silbido lejano, un susurro de la arena. Luego distinguió el perfil de la criatura que avanzaba contra la luz del alba, y se dio cuenta de que nunca había visto un gusano tan grande, nunca había oído hablar de uno de este tamaño. Tendría casi tres kilómetros de largo, y la ola de arena que levantaba su cabeza parecía como el acercarse de una montaña.

Esto es algo que nunca he visto, ni en mis visiones ni en mi vida , se dijo Paul. Se apresuró hacia adelante, hacia el camino de la cosa que se acercaba, enteramente absorbido por los imperativos de aquel momento.

41

«Controlad la moneda y las alianzas… dejad que la chusma se quede con el resto». Esto es lo que os dice el Emperador Padishah. Y añade: «Si queréis beneficios, tenéis que dominar». Hay verdad en estas palabras, pero yo me pregunto: «¿Dónde está la chusma, y dónde están los dominados?».

Mensaje Secreto de Muad'Dib al Landsraad, de *El despertar de Arrakis* , por la PRINCESA IRULAN

Un pensamiento no solicitado llegó a la mente de Jessica: *Paul va a ser sometido a la prueba del caballero de la arena en cualquier momento. Han intentado ocultarme este hecho, pero es evidente.*

Y Chani ha partido hacia algún misterioso destino.

Jessica estaba sentada en su sala de reposo, aprovechando un momento de descanso entre las clases nocturnas. Era una estancia agradable, no tan amplia como la que la había acogido en el Sietch Tabr antes de su huida del pogrom. Sin embargo, las alfombras eran mullidas, los almohadones blandos, había una mesita baja de café al alcance de la mano, multicolores tapices en las paredes, y suaves globos de luz amarilla. La estancia estaba impregnada del acre y característico antiguo olor de los sietch Fremen, que había terminado por asociar a un sentimiento de seguridad.

Sin embargo, sabía que nunca conseguiría superar la sensación de encontrarse en un lugar extranjero. Era una diferencia que ninguna alfombra, ningún tapiz conseguirían eliminar.

Un débil tintineo-tamborileo-palmeo penetró en la sala de reposo. Jessica reconoció la celebración de un nacimiento, probablemente Subiay. Ya había cumplido. Y Jessica sabía que muy pronto le traerían al bebé, un querubín de ojos azules, para que la Reverenda Madre lo bendijera. Sabía también que su hija Alia participaría en la celebración y la informaría de todos los detalles.

Aún no era el momento de la plegaria nocturna de la separación. No habrían iniciado la celebración de un nacimiento a tan poca distancia de la ceremonia en la que se lloraban las incursiones en busca de esclavos de Poritrin, Bela Tegeuse, Rossak y Harmonthep.

Jessica suspiró. Sabía que intentaba no pensar en su hijo y en los peligros que debía afrontar… los pozos trampa con sus púas emponzoñadas, las incursiones de los Harkonnen (aunque éstas se habían vuelto más raras gracias a las nuevas armas que Paul había

procurado a los Fremen para abatir vehículos aéreos e incursiones), y los peligros naturales del desierto… los hacedores y la sed y los abismos de polvo.

Pensó llamar para el café y al mismo tiempo reflexionó acerca de la paradoja que representaba el modo de vivir de los Fremen: la comodidad de aquellos sietch y cavernas, en comparación con los pyons de los graben; y sin embargo, cómo resistían mucho mejor un harj a través del desierto de lo que resistiría cualquier mercenario Harkonnen.

Una oscura mano apareció entre los cortinajes, a su lado, depositó una taza sobre la mesilla y se retiró. De la taza se elevó el aroma del café de especia.

Una ofrenda por la celebración del nacimiento , pensó Jessica.

Tomó el café y bebió un sorbo, sonriéndose a sí misma. *¿En qué otra sociedad de nuestro universo, se dijo, una persona en mi posición aceptaría una bebida anónima y la bebería sin miedo? Ahora puedo alterar cualquier veneno antes de que empiece a hacerme efecto, pero el donante no lo sabe.*

Bebió la taza, saboreando la energía y el vigor de su contenido, caliente y delicioso.

Y se preguntó qué otra sociedad mostraría aquel respeto natural por su intimidad y confort, hasta el punto de que el donante se introducía en su estancia tan sólo el tiempo suficiente para depositar su presente, sin siquiera presentarse a ella. Había respeto y amor en aquel obsequio… con tan sólo una ligerísima huella de miedo.

Otro elemento del incidente la forzó luego a reflexionar: había pensado en café, y este había aparecido. No había nada de telepatía allí, lo sabía. Era el tau, la unidad en la comunidad del sietch, una compensación al sutil veneno de la especia que todos asimilaban. La gran masa de la gente no podía esperar alcanzar nunca la iluminación que le había conferido la semilla de especia; no habían sido entrenados ni preparados para ello. Sus mentes rechazaban aquello que no podían comprender o aceptar. Pero a veces percibían y reaccionaban como un único organismo.

¿Ha superado Paul su prueba en la arena? , se preguntó Jessica. *Es capaz de ello, pero incluso los más capaces pueden sufrir un accidente.*

La espera.

Es la monotonía , pensó. No se puede esperar así tanto tiempo. *La monotonía de la espera te invade.*

La espera impregnaba de muchas maneras su vida.

Estamos aquí desde hace más de dos años , pensó, *y tendrá que pasar como mínimo el doble de tiempo para que podamos atrevernos no ya a arrancar Arrakis de las manos del gobernador Harkonnen, el Mudir Nahya, la Bestia Rabban, sino tan sólo a pensar en ello* .

—¿Reverenda Madre?

La voz al otro lado de los cortinajes era la de Harah, la otra mujer en la casa de Paul.

—Sí, Harah.

Los cortinajes se abrieron y Harah pareció deslizarse a través de ellos. Llevaba sandalias de sietch y una túnica roja y amarilla que dejaba al descubierto sus brazos hasta casi los hombros. Sus cabellos negros estaban peinados hacia atrás, con la raya en medio, y parecían los élitros de un insecto, planos y brillantes contra su cabeza. Sus rasgos de ave de presa parecían ceñudos.

Tras Harah entró Alia, una niña de unos dos años.

Viendo a su hija, Jessica se sintió impresionada una vez más por la semejanza de la niña con Paul, a su misma edad… la misma solemnidad en la interrogadora mirada de sus grandes ojos, los negros cabellos y la firmeza del trazo de su boca. Pero había sutiles diferencias, y era a causa de ellas que la mayor parte de los adultos encontraban a Alia inquietante. La niña —un poco más que una lactante— se comportaba con una calma y una seguridad insólitas para su edad. Los adultos se sentían impresionados cuando se echaba a reír ante un sutil juego de palabras acerca del sexo. O cuando, prestando oído a su voz infantil, indistinta aún a causa del paladar blando todavía no formado, descubrían en sus palabras observaciones que testimoniaban una experiencia imposible en un bebé de dos años.

Harah se hundió en un montón de almohadones con un exasperado suspiro, y frunció el ceño hacia Alia.

—Alia —Jessica invitó a su hija a que se acercara.

La niña se acercó a su madre, dejándose caer a su vez en un almohadón y aferrándole una mano. El contacto de la carne reactivó aquella mutua consciencia que habían compartido antes del nacimiento de Alia. No era una participación de pensamientos… aunque había algo de ello cuando Jessica transformaba el veneno de la especia durante una ceremonia. Era algo más amplio, una consciencia inmediata de otro destello de vida, una resonancia nerviosa que emocionalmente las convertía en una sola persona.

Con la formalidad requerida para un miembro de la casa de su hijo, Jessica dijo:

—*Subakh ul kuhar, Harah.* ¿Te hallas en buena salud?

—*Subakh un nar* —respondió Harah con la misma tradicional formalidad—. Estoy bien.

Las palabras estaban desprovistas de tono. Suspiró de nuevo.

Jessica notó que Alia estaba divertida.

—La ghanima de mi hermano está disgustada conmigo —dijo Alia con su ligero balbuceo.

Jessica observó el término que había usado Alia para referirse a Harah… ghanima. La sutileza del lenguaje Fremen daba a esta palabra el sentido de «algo conquistado en combate», y el modo en que era pronunciada implicaba que este «algo» no era usado para su función original. Un ornamento, como una punta de lanza usada de contrapeso para una cortina.

Harah miró ceñudamente a Alia.

—No intentes insultarme, niña. Conozco cual es mi lugar.

—¿Qué es lo que has hecho esta vez, Alia? —preguntó Jessica.

—No sólo se ha negado a jugar con los otros niños —respondió Harah —, sino que se ha entrometido en…

—Me he escondido entre los cortinajes y he visto al hijo de Subiay que nacía —dijo Alia—. Es un niño. Lloraba y lloraba. ¡Qué pulmones! Cuando ha llorado bastante…

—Ha salido y lo ha tocado —dijo Harah—, y el niño ha dejado de llorar. Todos saben que un niño Fremen debe llorar cuando nace, en el sietch, porque luego ya no podrá volver a llorar en el curso de un hajr.

—Ya había llorado bastante —dijo Alia—. Sólo quería sentir su destello, su vida. Eso es todo. Y cuando me ha oído, ya no ha vuelto a llorar.

—Todo esto ha provocado nuevos comentarios entre la gente —dijo Harah.

—¿Es sano el chico de Subiay? —preguntó Jessica. Veía que había algo que preocupaba a Harah, y se preguntaba qué sería.

—Tan sano como una madre puede desear —dijo Harah—. Saben que Alia no le ha hecho ningún daño. No les importa que lo haya tocado. Se ha calmado en seguida y estaba contento. Pero… —se alzó de hombros.

—Lo extraño que hay en mi hija, ¿no es eso? —preguntó Jessica—. La forma en que habla de cosas que no deberían preocuparla hasta dentro de muchos años, de cosas que debería ignorar… de cosas del pasado.

—¿Cómo puede saber cuál era el aspecto de un niño en Bela Tegeuse? —preguntó Harah.

—¡Pero es así! —dijo Alia—. El hijo de Subiay era idéntico al hijo de Mitha, que nació antes de la partida.

—¡Alia! —dijo Jessica—. Te lo he advertido.

—Pero madre, lo he visto y era verdad y…

Jessica agitó la cabeza, viendo la inquietud en el rostro de Harah. *¿Qué es lo que he engendrado?* , se preguntó. *Mi hija, al nacer, sabía ya todo lo que yo sé… y más aún: todo lo que fue revelado en los corredores del pasado por la Reverenda Madre, dentro de mí.*

—No son tan sólo las cosas que dice —exclamó Harah—. También son los ejercicios. La forma en que se sienta y mira a una roca, moviendo tan sólo un músculo al lado de su nariz, o un músculo al extremo de un dedo, o…

—Esto forma parte del adiestramiento Bene Gesserit —dijo Jessica—. Tú sabes esto, Harah. ¿Quieres negar a mi hija su herencia?

—Reverenda Madre, tú sabes que estas cosas no tienen importancia para mí. Pero se trata de la gente y de cómo murmura. Presiento el peligro. Dicen que tu hija es un demonio, que los otros niños no quieren jugar con ella, que tu hija es…

—Tiene tan poco en común con los otros niños —dijo Jessica—. No es un demonio, es tan sólo…

—¡Por supuesto que no lo es!

Jessica se sintió sorprendida por la vehemencia del tono de Harah, y miró a Alia. La niña parecía perdida en sus pensamientos, irradiando una impresión de… espera. Jessica volvió de nuevo su vista a Harah.

—Respeto el hecho de que eres un miembro de la casa de mi hijo —dijo Jessica. Alia se agitó contra su mano—. Puedes hablarme abiertamente de todo lo que te atormenta.

—Muy pronto ya no formaré parte de la casa de tu hijo —dijo Harah—. Si he esperado tanto tiempo ha sido tan sólo por el bien de mis hijos, por la educación especial que *ellos* han recibido en tanto que hijos de Usul. Es lo menos que les podía dar, ya que es bien sabido que no comparto el lecho de tu hijo.

Alia se agitó de nuevo al lado de su madre, medio adormilada.

—Sin embargo, tú has sido una buena compañera para mi hijo —dijo Jessica. Y añadió para sí misma, porque estos pensamientos no la abandonaban nunca: *Compañera… no esposa.* Luego sus pensamientos se centraron en el tema común de conversación del sietch, la unión de Paul con Chani, que se había transformado en algo permanente, en matrimonio.

Quiero a Chani , pensó Jessica, pero se recordó a sí misma que el amor tendría que haberse anulado ante las necesidades de su condición. En los matrimonios de la nobleza había siempre otras razones distintas a la del amor.

—¿Crees que ignoro lo que planeas para tu hijo? —preguntó Harah.

—¿Qué es lo que quieres decir? —murmuró Jessica.

—Tu plan es unir a las tribus bajo *Él* —dijo Harah.

—¿Y esto es malo?

—Veo un peligro para él… y Alia es parte de este peligro.

Alia se apretó contra su madre, abrió sus ojos y estudió a Harah.

—Os he observado cuando estáis juntas —dijo Harah—, la forma en que os tocáis. Alia es como parte de mi propia carne porque es la hermana de un hombre que es como un hermano para mí. La he velado y custodiado desde que era una recién nacida, desde los días de la razzia, cuando vinimos huyendo hasta aquí. Sé muchas cosas acerca de ella.

Jessica asintió, notando que la agitación de Alia crecía a su lado.

—Sabes lo que quiero decir —dijo Harah—. La forma en que siempre ha sabido lo que íbamos a decir. ¿Se ha visto alguna vez un niño que lo supiera ya todo acerca de la disciplina del agua? ¿Qué otro niño hubiera dicho como primeras palabras: Te quiero, Harah? —Miró a Alia—. ¿Por qué crees que he aceptado sus insultos? Sé que no hay malicia en ellos.

Alia alzó la mirada hacia su madre.

—Sí, tengo poderosas razones, Reverenda Madre —dijo Harah—. Hubiera podido ser una sayyadina. He visto lo que he visto.

—Harah… —Jessica alzó los hombros—. No sé qué decirte —y se sintió sorprendida, porque aquello era literalmente cierto. Alia se levantó, cuadrando sus hombros. Jessica notó que había desaparecido el sentimiento de espera, y que ahora flotaba en ella una emoción hecha de decisión y tristeza.

—Nos hemos equivocado —dijo Alia—. Ahora necesitamos a Harah.

—Fue durante la ceremonia de la semilla —dijo Harah—, cuando tú cambiaste el Agua de Vida, Reverenda Madre, cuando Alia, aún no nacida, estaba dentro de ti.

¿Necesitamos a Harah? , se preguntó Jessica.

—¿Quién más puede hablarle a la gente y hacer que empiecen a comprenderme? —dijo Alia.

—¿Qué es lo que quieres que haga? —preguntó Jessica.

—Ella ya lo sabe —dijo Alia.

—Les diré la verdad —dijo Harah. Su rostro pareció repentinamente viejo y triste, con su piel olivácea surcada de arrugas, su perfil parecido al de una bruja—. Les diré a todos que Alia fingía ser una niña, que nunca ha sido niña.

Alia agitó la cabeza. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y Jessica captó la oleada de tristeza que emanaba de su hija con una fuerza extraordinaria.

—Sé que soy un monstruo —susurró Alia. Esta afirmación de adulto surgiendo de la boca de un niño fue como una amarga confirmación.

—¡Tú no eres un monstruo! —cortó secamente Harah—. ¿Quién ha dicho que eres un monstruo?

Jessica se sintió nuevamente maravillada por la nota de salvaje protección en la voz de Harah. Se dio cuenta de que el juicio de su hija era cierto: necesitaban a Harah. La tribu comprendería a Harah, tanto sus palabras como sus emociones, porque era evidente que quería a Alia como si fuera su propia hija.

—¿Quién lo ha dicho? —repitió Harah.

—Nadie.

Alia usó una esquina del aba de Jessica para secar las lágrimas de su rostro. Luego alisó la ropa que había mojado y arrugado.

—Entonces, no lo digas —ordenó Harah.

—Sí, Harah.

—Ahora —dijo Harah—, cuéntame qué pasó para que pueda describírselo a los demás. Dime qué es lo que te ocurrió.

Alia tragó saliva y miró a su madre.

Jessica asintió.

—Un día desperté —dijo Alia—. Tenía la impresión de haber dormido, pero no recordaba nada. Estaba en un lugar cálido y oscuro. Y tenía miedo.

Escuchando la voz balbuceante de su hija, Jessica recordó aquel día en la gran caverna.

—Como tenía miedo —dijo Alia—, quise escapar, pero no había ninguna salida. Entonces vi un destello… pero no lo vi exactamente. El destello estaba allí conmigo, y percibía sus emociones… me confortaba, me calmaba, me decía que todo iría bien. Era mi madre.

Harah se frotó los ojos y sonrió a Alia tranquilizadoramente. Había aún una luz salvaje en los ojos de la Fremen, como si estos escucharan también intensamente las palabras de Alia.

Y Jessica pensó: *¿Cómo podemos saber realmente el pensamiento de los demás… sus experiencias y adiestramiento y antepasados irrepetibles?*

—Entonces, cuando me sentí finalmente segura y tranquila —dijo Alia—, hubo otro destello con nosotras… y todo ocurrió en un solo instante. El tercer destello era la vieja Reverenda Madre. Estaba… cambiando su vida con mi madre… completamente… y yo estaba con ellas, viéndolo todo… absolutamente todo. Y después todo terminó, y yo fui ellas y todas las demás y yo misma… pero necesité mucho tiempo para encontrarme a mí misma y ser de nuevo yo entre todas las demás. Había tantas.

—Fue algo cruel —dijo Jessica—. Nadie debería despertar a la consciencia de este modo. Es sorprendente que tú consiguieras aceptar todo lo que te sucedió.

—¡No podía hacer otra cosa! —dijo Alia—. No sabía cómo rechazar todo aquello o esconder mi consciencia… o aislarme… y todo ocurrió así… todo…

—Nosotros no lo sabíamos —murmuró Harah—. Cuando dimos a tu madre el Agua para que la transformase, no sabíamos que tú existieras dentro de ella.

—No te entristezcas por esto, Harah —dijo Alia—. Yo tampoco me entristezco por mí misma. Después de todo, hay razones para sentirme feliz por ello: soy una Reverenda Madre. La tribu tiene dos Rev…

Se interrumpió, inclinando la cabeza para escuchar.

Harah miró sorprendida a Alia, y luego volvió su atención al rostro de Jessica.

—¿No lo habías sospechado? —preguntó Jessica.

—Chissst —dijo Alia.

Un distante canto rítmico llegó hasta ellas a través de los cortinajes que las separaban de los corredores del sietch. Creció de volumen, haciéndose más distinto ahora:

—¡Ya! ¡Ya! ¡Yawm! ¡Ya! ¡Ya! ¡Yawm! ¡Muzein, wallah! ¡Ya! ¡Ya! ¡Yawm! ¡Mu zein, wallah!

Los que cantaban pasaron frente a su entrada, y sus voces resonaron en sus apartamentos. Lentamente, el canto se alejó.

Cuando el sonido decreció lo suficiente, Jessica inició el ritual, con la tristeza resonando en su voz.

—Era Ramadhan y abril en Bela Tegeuse.

—Mi familia estaba sentada en el patio —dijo Harah—, en el aire impregnado por la humedad del surtidor de la fuente. Había un árbol de portyguls, redondo y tupido, allí cerca. Había un frutero con mish mish y baklawa, y copas de liban… todo ello cosas deliciosas. Y la paz reinaba en nuestros jardines y en nuestros animales… paz en toda la tierra.

—La vida estaba llena de alegría hasta que llegaron los incursores —dijo Alia.

—Nuestra sangre se heló ante los gritos de nuestros amigos —dijo Jessica. Y sintió afluir los recuerdos de todos los pasados que había en ella.

—La, la, la, gritaban las mujeres —dijo Harah.

—Los incursores surgieron del mushtamal, blandiendo contra nosotras sus cuchillos rojos por la sangre de nuestros hombres —dijo Jessica.

El silencio cayó sobre ellas y sobre todo el sietch, mientras en todos los apartamentos las mujeres recordaban y renovaban su dolor.

Luego, Harah pronunció las últimas palabras del ritual, con una dureza que Jessica nunca había oído en ella.

—¡Nunca perdonar! ¡Nunca olvidar! —dijo Harah.

En el penoso silencio que siguió a estas palabras, oyeron el rumor de gente y el roce de numerosas ropas. Jessica notó la presencia de alguien tras los cortinajes que cerraba la entrada de su estancia.

—¿Reverenda Madre?

Era una voz de mujer, y Jessica la reconoció: la voz de Tharthar, una de las mujeres de Stilgar.

—¿Qué ocurre, Tharthar?

—Problemas, Reverenda Madre.

Jessica sintió que algo le aferraba el corazón, un repentino miedo por Paul.

—Paul… —jadeó.

Tharthar apartó los cortinajes y penetró en la estancia. Jessica entrevió gente apiñándose en la estancia exterior antes de que las cortinas se cerraran. Miró a Tharthar… una mujer pequeña y de piel oscura envuelta en ropas negras bordadas en rojo, sus ojos enteramente azules fijos en Jessica, las aletas de su nariz dilatadas por el constante uso de los tampones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jessica.

—Han llegado noticias de la arena —dijo Tharthar—. Usul afrontará al hacedor para su prueba… hoy. Los jóvenes dicen que no puede fallar, que al caer la noche será caballero de la arena. Los jóvenes se están agrupando para una razzia. Quieren hacer su incursión al norte, y allí encontrarse con Usul. Dicen que entonces lanzarán el grito. Dicen que obligarán a Usul a que desafíe a Stilgar y asuma el mando de la tribu.

Recoger el agua, sembrar las dunas, transformar el planeta lenta pero seguramente… ya no es suficiente , pensó Jessica. *Las pequeñas incursiones, las incursiones seguras… ya no son suficientes ahora que Paul y yo los hemos adiestrado. Sienten su fuerza. Quieren combatir.*

Tharthar se apoyaba ahora en un pie, ahora en el otro, carraspeando.

Sabemos que hay que esperar prudentemente , pensó Jessica, *pero hay en nosotros ese núcleo de frustración. Sabemos el daño que puede derivarse de una espera demasiado prolongada. Si esperamos demasiado, corremos el riesgo de olvidar nuestra meta.*

—Nuestros jóvenes dicen que si Usul no desafía a Stilgar, es que tiene miedo —dijo Tharthar.

Bajó la mirada.

—Entonces, es así —murmuró Jessica. Y pensó: Lo vi venir. *También Stilgar.*

Tharthar se aclaró una vez más la garganta.

—Incluso mi hermano, Shoab, dice esto —murmuró—. No dejarán a Usul ninguna elección.

Entonces ha llegado el momento , pensó Jessica. *Y Paul deberá arreglárselas por sí mismo. La Reverenda Madre no puede verse envuelta en la sucesión.*

Alia retiró sus manos de las de su madre y dijo:

—Yo iré con Tharthar y escucharé lo que dicen los jóvenes. Quizá haya un medio.

Los ojos de Jessica se encontraron con los de Tharthar.

—Ve entonces —le dijo a Alia—. E infórmate de todo apenas puedas.

—No quiero que ocurra esto, Reverenda Madre —dijo Tharthar.

—Yo tampoco lo quiero —admitió Jessica—. La tribu necesita *todas* sus fuerzas —observó a Harah—. ¿Irás con ellos?

Fue Harah quien respondió a la informulada pregunta:

—Tharthar no hará nada contra Alia. Sabe que muy pronto seremos esposas las dos, ella y yo, compartiendo al mismo hombre. Hemos hablado, Tharthar y yo. —Harah miró primero a Tharthar, luego a Jessica—. Hay un acuerdo entre nosotras.

Tharthar tendió una mano a Alia.

—Debemos apresurarnos —dijo—. Los jóvenes están partiendo.

Salieron apresuradamente a través de los cortinajes, la mano de la niña apretada en la pequeña mano de la mujer, pero parecía ser la niña la que guiaba la marcha.

—Si Paul-Muad'Dib vence a Stilgar, esto no ayudará a la tribu —dijo Harah—. Este era el método por el que se sucedían los jefes antes, pero los tiempos han cambiado.

—Los tiempos han cambiado también para ti —dijo Jessica.

—No puedes creer que yo dude acerca del resultado de este combate —dijo Harah—. Usul sólo puede vencer.

—Eso es lo que quería decir —dijo Jessica.

—Y crees que mis sentimientos personales entran en mi juicio —dijo Harah. Agitó la cabeza, haciendo tintinear los anillos de agua en torno a su cuello—. Cómo te equivocas. ¿Acaso piensas que me siento ofendida por no haber sido la escogida de Usul, que estoy celosa de Chani?

—Cada cual hace su propia elección —dijo Jessica.

—Siento piedad por Chani —dijo Harah.

Jessica se envaró.

—¿Qué quieres decir?

—Sé lo que piensas de Chani —dijo Harah—. Piensas que no es la mujer adecuada para tu hijo.

Jessica se relajó, recostándose en los almohadones.

—Quizá.

—Podrías tener razón —dijo Harah—. Y si esto fuera cierto, podrías encontrar un sorprendente aliado… la propia Chani. Ella sólo desea lo mejor para *Él* .

Jessica sintió un repentino nudo en la garganta.

—Chani me es muy querida —dijo—. No podría…

—Tus alfombras están muy sucias —dijo Harah. Paseó su mirada por el suelo, evitando los ojos de Jessica—. Hay tanta gente que viene aquí. Deberías hacerlas limpiar más a menudo.

42

No se puede evitar la influencia de la política en el seno de una religión ortodoxa. Esta lucha por el poder impregna el adiestramiento, la educación y la disciplina de una comunidad ortodoxa. A causa de esta presión, los jefes de tal comunidad deben afrontar inevitablemente este último dilema interior: sucumbir al más completo oportunismo como precio para mantener su poder, o arriesgarse al sacrificio de sí mismos en nombre de la ética ortodoxa.

De *Muad'Dib: Las consecuencias religiosas* , por la PRINCESA IRULAN

Inmóvil en la arena, Paul observaba la línea de aproximación del gigantesco hacedor. *No debo esperar como un contrabandista… impaciente y tembloroso* , se dijo. *Debo formar parte del desierto.*

El ser estaba ahora a pocos minutos de distancia, llenando la mañana con el ruidoso crepitar de su avance. Sus enormes dientes, en la redonda caverna que era su boca, se destacaban como grandes flores. El olor a especia que emanaba de su cuerpo dominaba el aire.

El destiltraje de Paul se adhería perfectamente a su cuerpo, y apenas era consciente de sus tampones nasales y la máscara para la respiración. Las enseñanzas de Stilgar, las laboriosas horas en la arena, le hacían olvidar cualquier otra cosa.

—¿A qué distancia debes mantenerte del radio de acción del hacedor en la arena gruesa? —le había preguntado Stilgar. Y él había respondido correctamente:

—A medio metro por cada metro de diámetro del hacedor.

—¿Por qué?

—Para evitar el vórtice de su paso, para tener tiempo de correr y saltar a su lomo.

—Tú ya has cabalgado a los más pequeños, los criados para la semilla y el Agua de Vida —había dicho Stilgar—. Pero el que llames para tu prueba será un hacedor salvaje, un viejo del desierto. Debes mostrarle el respeto que se merece.

Ahora, el profundo ruido del martilleador se mezclaba con el chirrido de la aproximación del gusano. Paul inspiró profundamente, oliendo la amarga acidez mineral de la arena incluso a través de sus filtros. El hacedor salvaje, el viejo del desierto, estaba casi encima de él. Sus

segmentos frontales, encrestados, levantaban una ola de arena capaz de sepultarle.

Ven aquí adorable monstruo , pensó. *Aquí. Escucha mi llamada. Ven aquí. Ven aquí.*

La ola levantó la duna bajo sus pies. Un torbellino de polvo lo envolvió. Reafirmó su posición, mientras todo su mundo era dominado por el paso de aquella inmensa pared curva ofuscada por la arena, una roca viviente segmentada.

Paul levantó los garfios, tomó puntería, se inclinó hacia adelante, se lanzó. Los sintió morder y tirar violentamente. Saltó hacia arriba, plantando sus pies en la curvada pared, tirando hacia afuera para que los garfios se clavaran mejor. Aquel era el momento culminante de la prueba: si había plantado correctamente los garfios, en el extremo anterior del segmento anillado, abriendo así el segmento, el gusano no rodaría sobre sí mismo para aplastarlo.

El gusano frenó su marcha. Llegó al martilleador, y lo silenció. Lentamente, su cuerpo se curvó hacia arriba… arriba… levantando aquellos irritantes garfios lo más alto posible, lejos de la arena que amenazaba la tierna membrana interior del segmento.

Y Paul se encontró cabalgando erecto a lomos del gusano. Se sintió exultante, como un emperador ante sus dominios. Venció su impulso de dar cabriolas, de hacer girar el gusano a uno u otro lado, de demostrar su pericia y su dominio absoluto sobre la criatura.

Repentinamente comprendió por qué Stilgar le había puesto en guardia, hablándole de aquellos jóvenes locos que bailaban y jugaban con sus monstruos, arrancando sus dos garfios a la vez para clavarlos de nuevo antes de que el gusano pudiera arrojarlos de su lomo.

Arrancando un garfio de su lugar, Paul tiró del otro y clavó de nuevo el primero un poco más abajo en el flanco. Aseguró su presa, y cuando lo tuvo bien seguro repitió la operación con el otro, descendiendo así un poco en su flanco. El hacedor giró un poco sobre sí mismo y, con este movimiento, se desvió hacia la zona de arena fina donde aguardaban los demás.

Paul los vio acercarse, utilizando sus garfios para montar, pero evitando los sensibles bordes de los anillos hasta que no estuvieron todos arriba. Finalmente cabalgaron en una triple hilera tras él, sólidamente sujetos con sus garfios.

Stilgar avanzó entre las hileras, comprobó la posición de los garfios de Paul, y miró al sonriente rostro del muchacho.

—Lo has logrado, ¿eh? —dijo, alzando su voz por encima del crepitar de la arena—. Al menos eso es lo que crees, ¿no? —Se irguió—. Ahora

permíteme que te diga que ha sido un pésimo trabajo. Un chico de doce años lo hubiera hecho mejor. Había un tambor de arena a la izquierda del punto donde aguardabas. Si el gusano llega a precipitarse contra ti, no hubieras encontrado lugar para huir por aquel lado.

La sonrisa desapareció del rostro de Paul.

—Había visto el tambor de arena.

—Entonces, ¿por qué no le pediste a alguno de nosotros que se situara en posición secundaria tras de ti? Es algo permitido incluso en la prueba.

Paul tragó saliva, haciendo frente al viento provocado por su marcha.

—Piensas que no está bien que ahora te diga esto —elevó la voz Stilgar —. Pero es mi deber. Pienso en lo valioso que eres para nosotros. Si hubieras caído en el tambor de arena, el hacedor se hubiera precipitado contra ti.

Pese a su repentina rabia, Paul sabía que Stilgar estaba diciendo la verdad. Necesitó un largo minuto y todo el esfuerzo del adiestramiento que había recibido de su madre para recuperar la calma.

—Lo siento —dijo—. No volverá a ocurrir.

—En una posición difícil, hazte siempre ayudar por un secundario, alguien que pueda saltar sobre el hacedor si tú no puedes —dijo Stilgar —. Recuerda que nosotros trabajamos siempre en conjunto. Sólo así estamos seguros. Siempre en conjunto, ¿eh?

Palmeó a Paul en el hombro.

—Siempre en conjunto —aceptó Paul.

—Ahora —dijo Stilgar, y su voz era dura—, muéstrame que sabes cómo maniobrar un hacedor. ¿En qué lado estamos ahora?

Paul miró a la escamosa superficie del anillo, notó la forma y el tamaño de las escamas, el modo como se alargaban a su derecha y se hacían más cortas a su izquierda. Cada gusano, sabía, se movía de una manera característica, ofreciendo casi siempre el mismo lado hacia arriba. Cuando el gusano envejecía, esta forma de moverse se convertía en algo constante. Las escamas inferiores se volvían más densas, largas y lisas. En un gusano grande, bastaba una ojeada a las escamas para identificar el arriba y el abajo.

Desplazando sus garfios, Paul se movió hacia la izquierda. Hizo un gesto a dos hombres a su flanco, que se situaron sobre el segmento abierto para mantener al gusano en línea recta mientras giraba sobre si mismo.

Cuando hubo adoptado la posición requerida, invitó a dos timoneros a salir de la línea y situarse delante.

—*¡Ach, haiiii-yoh!* —exclamó, en el grito tradicional. El timonero de su izquierda abrió allí el borde de un segmento.

En un majestuoso círculo, el hacedor se curvó para proteger su segmento abierto. Dio un amplio giro sobre sí mismo y, cuando estuvo orientado de nuevo al sur, Paul gritó:

—¡Geyrat!

El timonero soltó sus garfios. El hacedor prosiguió avanzando en línea recta.

—Muy bien, Paul-Muad'Dib —dijo Stilgar—. Con la práctica, podrás llegar a ser un caballero de la arena.

Paul frunció el ceño, pensando: *¿Acaso no he sido el primero en montarlo?*

Tras él se alzaron risas. El grupo empezó a cantar, lanzando su nombre al cielo:

—¡Muad'Dib! ¡Muad'Dib! ¡Muad'Dib!

Y muy atrás en la superficie del gusano, Paul oyó el golpeteo de los aguijoneadores en los segmentos de cola. El gusano empezó a adquirir velocidad. Sus ropas ondearon al viento. El abrasivo sonido de su paso se incrementó.

Paul miró a sus espaldas a través del grupo, y vio el rostro de Chani muy cerca de él. La miró mientras preguntaba a Stilgar:

—Entonces, ¿soy un caballero de la arena, Stil?

—*¡Mal yawm!* Eres un caballero de la arena desde hoy.

—Entonces, ¿puedo escoger nuestro destino?

—Esa es la costumbre.

—Y yo soy un Fremen que he nacido aquí, hoy, en el erg Habbanya. Nunca he vivido hasta hoy. Era un niño hasta este día.

—No exactamente un niño —dijo Stilgar. Se apretó una esquina de su capucha que chasqueaba al viento.

—Pero había un corcho bloqueando la salida de mi mundo, y este corcho ha sido quitado.

—Ya no hay ningún corcho.

—Quiero ir al sur, Stilgar… veinte martilleadores. Así veré el país que estamos creando, la tierra que sólo he visto con los ojos de los demás.

Y veré a mi hijo y a mi familia , pensó. *Necesito ahora tiempo para examinar este futuro que es un pasado en mi mente. El torbellino se acerca y, si no consigo detenerlo, nos arrastrará con su salvaje violencia.*

Stilgar lo miró, pensativo. Paul siguió dedicando su atención a Chani, leyendo en su rostro el reflejo de la excitación que sus palabras habían despertado en el grupo.

—Los hombres están impacientes por efectuar una incursión contigo a los sink de los Harkonnen —dijo Stilgar—. Los sink se encuentran tan sólo a un martilleador de aquí.

—Los Fedaykin ya han hecho incursiones conmigo —dijo Paul—. Y seguirán haciéndolas hasta que no queden Harkonnen respirando el aire de Arrakis.

Stilgar lo miró largamente, y Paul comprendió que estaba pensando en cómo había asumido el mando del Sietch Tabr y del Consejo de Jefes, tras la muerte de Liet-Kynes.

Ha oído hablar de la agitación que reina entre los jóvenes Fremen , pensó Paul.

—¿Deseas una Asamblea de los jefes? —preguntó Stilgar. Los ojos de los jóvenes relampaguearon tras él, mientras seguían cabalgando al gusano en su loca carrera. Y Paul vio la inquietud en la mirada de Chani, la forma como sus ojos iban desde Stilgar, que era su tío, hasta Paul-Muad'Dib, que era su compañero.

—No puedo saber lo que quiero —dijo Paul.

Y pensó: *No puedo retroceder en mi camino. Debo mantener mi control sobre esta gente.*

—Tú eres el mudir de la arena hoy —dijo Stilgar. Su voz era sumamente formal—. ¿Cómo vas a usar este poder?

Necesitamos tiempo para relajarnos, tiempo para reflexionar friamente , pensó Paul.

—Iremos al sur —dijo.

—¿Incluso si yo digo que tendremos que volver hacia el norte apenas haya terminado esta jornada?

—Iremos al sur —repitió Paul.

Un sentido de inevitable dignidad circundó a Stilgar mientras ajustaba estrechamente sus ropas.

—Tendremos Asamblea —dijo—. Enviaré los mensajes.

Piensa que voy a desafiarlo , pensó Paul. *Y sabe que no puede vencerme.*

Hizo frente al sur, sintiendo el viento azotar sus expuestas mejillas, pensando en todas las necesidades que iban a condicionar sus decisiones.

Ignoran cuál es la realidad , pensó.

Sabía que no debía dejarse desviar por ninguna consideración. Debía mantenerse a cualquier precio en el camino de aquel huracán del tiempo que había podido ver en el futuro. En un momento determinado podría dominarlo, pero sólo si podía penetrar hasta el mismo corazón.

No lo desafiaré si puedo evitarlo , pensó. *Si hay otra manera de impedir la jihad…*

—Para la comida de la tarde y la plegaria nos detendremos en la Caverna de los Pájaros, al otro lado de la Cresta Habbanya —dijo Stilgar. Clavó él mismo unos garfios para equilibrar la marcha del hacedor, y señaló una lejana barrera rocosa que surgía en el desierto.

Paul estudió la cordillera, las grandes vetas rocosas que se alzaban como gigantescas olas. Ningún rastro de verdor, ninguna flor ablandaba la rigidez de aquel horizonte. Más allá de las montañas se abría la vía del sur, diez días y diez noches como mínimo, a la máxima velocidad posible de un hacedor.

Veinte martilleadores.

El camino les llevaría mucho más lejos de las patrullas Harkonnen. Sabía cómo era: sus sueños se lo habían mostrado. Un día, mientras seguían avanzando hacia el sur, habría un leve cambio en el color del horizonte… algo casi imperceptible, casi una ilusión debida a la esperanza… y entonces llegarían al nuevo sietch.

—¿Muad’Dib está de acuerdo con mi decisión? —preguntó Stilgar. Había un levísimo toque de sarcasmo en su voz, pero los oídos Fremen a su alrededor, alertas a la menor variación en el grito de un pájaro o al mensaje desgranado por un ciélago, captaron el sarcasmo y miraron a Paul, esperando su reacción.

—Stilgar oyó mi juramento de lealtad cuando consagramos a los Fedaykin —dijo Paul—. Mis comandos de la muerte saben que hablo con honor. ¿Acaso Stilgar duda de ello?

Había un sincero dolor en la voz de Paul. Stilgar lo captó y bajó los ojos.

—Nunca dudaré de Usul, el compañero de mi sietch —dijo—. Pero tú eres Paul-Muad’Dib, el Duque Atreides, y tú eres el Lisan al-Gaib, la Voz del Otro Mundo. A esos hombres no los conozco.

Paul volvió la mirada para fijarla en la Cresta Habbanya, surgiendo del desierto frente a ellos. Bajo sus pies, el hacedor estaba aún lleno de fuerza y voluntad. Podría transportarlos a una distancia de casi el doble que cualquier otro gusano. Lo sabía. Ninguno, ni siquiera en las fábulas que se contaban a los niños, podía ser parangonado con aquel viejo del desierto. Paul comprendió que aquel sería el inicio de una nueva leyenda.

Una mano le aferró el hombro.

Paul la miró, siguió el brazo hasta alcanzar el rostro que se hallaba al otro extremo… los oscuros ojos de Stilgar brillando entre la máscara del filtro y la capucha del destiltraje.

—El hombre que guio el Sietch Tabr antes de mí —dijo Stilgar— era mi amigo. Compartimos los mismos peligros. Más de una vez me debió su vida… como yo le debía la mía.

—Yo soy tu amigo, Stilgar —dijo Paul.

—Nadie puede dudarlo —dijo Stilgar. Apartó su mano y se alzó de hombros—. Así tendrá que ser.

Paul comprendió que Stilgar estaba demasiado inmerso en las costumbres Fremen como para considerar siquiera la existencia de alguna otra posibilidad. Allí un jefe tenía que morir para abandonar las riendas del poder a otro. Y Stilgar era un naib a este respecto.

—Debemos dejar este hacedor en arenas profundas —dijo Paul.

—Sí —admitió Stilgar—. Andaremos desde aquí hasta la caverna.

—Lo hemos cabalgado mucho tiempo —dijo Paul—. Ahora va a enterrarse en la arena y dormir durante uno o dos días.

—Tú eres el mudir de la arena —dijo Stilgar—. Di cuando… —se interrumpió, mirando al cielo hacia el este.

Paul siguió su mirada. El azul de la especia en sus ojos hacía el cielo más oscuro, de un intenso azul, en el cual se destacaba en un violento contraste un lejano y rítmico parpadeo.

¡Un ornitóptero!

—Un pequeño tóptero —dijo Stilgar.

—Tal vez un explorador —dijo Paul—. ¿Crees que nos haya visto?

—A esta distancia tan sólo somos un gusano en la superficie —dijo Stilgar. Hizo un rápido gesto con su mano izquierda—. Abajo. Dispersaos por la arena.

Los Fremen se dejaron deslizar por los flancos del gusano, saltando a la arena y confundiéndose con ella bajo sus capas. Paul registró el lugar donde había caído Chani. Poco después, sólo quedaban él y Stilgar a lomos del animal.

—Primero en subir, último en bajar —dijo Paul.

Stilgar asintió, deslizándose con ayuda de sus garfios y saltando a la arena. Paul esperó hasta que el hacedor estuvo a una prudente distancia, y entonces soltó sus garfios. Aquel era el momento más delicado, con un gusano que aún no estaba completamente exhausto.

Liberado de los aguijones y de los garfios, el enorme gusano se hundió en la arena. Paul corrió con paso ligero a lo largo del gigantesco lomo, eligió con precisión el momento y saltó. Cayó sobre la arena y siguió corriendo, precipitándose hacia el lado liso de una duna como le habían enseñado, y escondiéndose bajo una cascada de arena que cubrió sus ropas.

Ahora, esperar…

Paul se volvió cuidadosamente, hasta distinguir una franja de cielo entre los bordes de sus ropas. Imaginó a los demás haciendo exactamente lo mismo a lo largo del camino seguido por el gusano.

Oyó el batir de las alas del tóptero antes incluso de verlo. Luego hubo un silbido de los chorros, y el aparato pasó sobre el sendero trazado en el desierto, giró en un amplio arco y se dirigió hacia las rocas.

Un tóptero sin identificaciones, observó Paul.

Desapareció de su vista, tras la Cresta Habbanya.

El grito de un pájaro resonó sobre el desierto. Luego otro.

Paul se liberó de la arena y escaló hasta el borde de su duna. Otras figuras se levantaron a lo largo de una línea sobre los bordes de las dunas. Reconoció a Chani y a Stilgar entre ellas.

Stilgar señaló hacia la cresta montañosa.

Se reunieron y se pusieron en marcha sobre la arena, con el ritmo desacompasado que no atraía a los hacedores. Stilgar se reunió con Paul en la cresta de una duna endurecida por el viento.

—Era un aparato contrabandista —dijo Stilgar.

—Así parecía —dijo Paul—. Pero estamos demasiado lejos en el desierto para los contrabandistas.

—También ellos tienen sus problemas con las patrullas —dijo Stilgar.

—Si llegan tan lejos en el desierto —dijo Paul—, eso quiere decir que pueden ir más lejos todavía.

—Exacto.

—No sería bueno que pudieran ver lo que estamos haciendo más al sur. Los contrabandistas también venden información.

—¿No crees que estaban cazando especia? —preguntó Stilgar.

—En este caso, tendría que haber un ala de acarreo y un tractor en algún lugar cercano —dijo Paul—. Nosotros tenemos especia. Tendamos una trampa en la arena y capturemos algunos contrabandistas. Deben aprender que esta es nuestra tierra, y nuestros hombres necesitan hacer prácticas con sus nuevas armas.

—Ahora es Usul quien está hablando —dijo Stilgar—. Usul piensa como un Fremen.

Pero Usul debe tomar decisiones que llevan hasta una terrible finalidad , pensó Paul.

Y la tormenta se condensó.

43

Cuando la ley y el deber son una sola cosa, unida a la religión, uno pierde algo de su consciencia. Entonces, uno es algo menos que un individuo completo.

De *Muad'Dib: Las noventa y nueve maravillas del universo* , por la PRINCESA IRULAN

La factoría de especia de los contrabandistas, con su ala de acarreo y su anillo de zumbantes ornitópteros, avanzaba sobre las dunas como si fuera una reina rodeada por su cohorte de insectos. Algunas crestas rocosas de escasa altura aparecieron en su camino, parecidas a una imitación en miniatura de la Muralla Escudo. La última tormenta había barrido completamente la arena de las rocas.

En la burbuja de mandos de la factoría, Gurney Halleck se inclinó hacia adelante, ajustó las lentes de aceite de sus binoculares y exploró el paisaje. Más allá de la cresta vio una mancha oscura que podía ser una explosión de especia, e hizo una señal al ornitóptero más cercano para que fuera a investigar.

El tóptero osciló sobre sus alas, indicando que había recibido el mensaje. Se apartó del enjambre, picando hacia la zona más oscura de arena, y dio una vuelta sobre el área lanzando los dardos de sus detectores hacia la superficie.

Casi inmediatamente replegó sus alas y se lanzó en picado, girando en círculo y confirmando así a la factoría que aguardaba, que aquel era un depósito de especia.

Gurney bajó sus binoculares, observando que los demás también habían visto la señal. Le gustaba aquel lugar. La cresta rocosa ofrecía una cierta protección. Estaban en la profundidad del desierto, era un lugar poco adecuado para una emboscada… sin embargo… Gurney indicó a un aparato que sobrevolara las rocas y envió a otros a tomar posiciones en distintos puntos rodeando la zona… no a mucha altitud para evitar ser descubiertos por los detectores Harkonnen de largo alcance.

Pero dudaba que las patrullas Harkonnen se aventurasen tan lejos hacia el sur. Aquel era un territorio Fremen.

Gurney revisó sus armas, maldiciendo el hecho que hacía los escudos inutilizables allí. Cualquier cosa que pudiera atraer a un gusano debía ser evitada a toda costa. Se frotó su cicatriz de estigma a lo largo de su mejilla, estudiando el lugar, y decidió que sería más seguro descender con un grupo de hombres a pie, entre las rocas. La inspección a pie

seguía siendo aún la más segura. Uno no era nunca demasiado prudente cuando los Fremen y los Harkonnen se cortaban mutuamente el cuello.

Eran los Fremen sin embargo los que le preocupaban ahora. La especia les importaba poco, pero se mostraban como unos verdaderos demonios si alguien metía un pie en un territorio que consideraban prohibido. Y, desde hacía una temporada, eran diabólicamente astutos.

Gurney consideraba insoportable la astucia y el valor en combate de aquellos nativos. Desplegaban un sofisticado conocimiento del arte de la guerra como nunca había encontrado, él que había sido adiestrado por los mejores combatientes del universo antes de participar en batallas donde tan sólo sobrevivían los más fuertes.

Examinó nuevamente el desierto, preguntándose de dónde provenía su creciente inquietud. Quizá el gusano que habían visto… pero estaba lejos, al otro lado de la cresta.

Una cabeza apareció al lado de Gurney… el comandante de la factoría, un viejo pirata barbudo y tuerto, con un ojo azul y unos dientes de color lechoso a causa de su dieta de especia.

—Parece un yacimiento rico, señor —dijo el comandante de la factoría —. ¿Vamos allí?

—Sitúate en el borde de aquella cresta —ordenó Gurney—. Déjame desembarcar con mis hombres. Podrás avanzar hasta la especia desde ahí. Yo y mis hombres echaremos un vistazo desde esas rocas.

—De acuerdo.

—En caso de problemas —dijo Gurney—, salva la factoría. Nosotros escaparemos en los tópteros.

El comandante de la factoría saludó.

—De acuerdo, señor —desapareció a través de la abertura.

Gurney escrutó de nuevo el horizonte. No podía desechar la posibilidad de que allí hubiera Fremen: estaban cruzando su territorio. Los Fremen lo preocupaban, con su imprevisibilidad y dureza. Y había otras cosas que lo contrariaban en aquel trabajo, pero los beneficios eran grandes. El hecho de que fuera imposible enviar a los exploradores a mayor altura, por ejemplo. La necesidad de guardar silencio a través de la radio era otra cosa que aumentaba su inquietud.

La factoría giró, iniciando el descenso. Se deslizó suavemente en dirección a la árida playa al pie de las rocas. Sus cadenas tocaron la arena.

Gurney abrió la burbuja y se soltó el cinturón de seguridad. En el instante en que la factoría se detenía estaba ya en pie, saliendo fuera mientras el domo se cerraba a sus espaldas, deslizándose a lo largo de la cadena ayudándose con manos y pies y saltando a la arena más allá de la red de emergencia. Los cinco hombres de su guardia personal salieron con él, emergiendo por la escotilla delantera. Otros soltaron la factoría del ala de acarreo. Esta alzó el vuelo, empezando a trazar círculos sobre la factoría. Inmediatamente las cadenas de la factoría se pusieron en movimiento, apartándola de la cresta rocosa en dirección a la oscura mancha de especia en medio de la arena.

Un tóptero se lanzó en picado y tomó tierra en sus inmediaciones. Otro lo siguió, y luego otro. Vomitaron los pelotones de Gurney, y volvieron a alzar el vuelo.

Gurney probó sus músculos en el destiltraje, tensándolos. Se quitó la máscara y el filtro de la cara, perdiendo humedad para cumplir una necesidad más imperiosa: obtener toda la potencia de su voz para gritar sus órdenes. Empezó a escalar las rocas, tanteando el terreno: guijarros y arena gruesa bajo sus pies, y el característico olor de la especia.

Un buen emplazamiento para una base de emergencia , pensó. *Sería provechoso enterrar algunos pertrechos aquí.*

Se volvió hacia sus hombres, que lo seguían en formación dispersa. Buenos elementos, incluso los nuevos a los que no había tenido tiempo de someter a prueba. Buenos elementos. No necesitaba tener que repetirles constantemente lo que tenían que hacer. No se apreciaba el destello de ningún escudo entre ellos. No había cobardes en su grupo llevando consigo algún escudo que pudiera atraer a un gusano y arruinar todo el trabajo de recogida de la especia.

Desde el lugar donde se encontraba, en una elevación entre las rocas, Gurney veía claramente la oscura mancha de la especia, a medio kilómetro de distancia aproximadamente, y el tractor acercándose a su centro. Alzó la vista hacia la protección aérea, calculando su cota… no demasiado alta. Asintió para sí mismo y reemprendió la ascensión.

En aquel instante, la cresta estalló.

Doce cegadores chorros de llamas rugieron hacia arriba, en dirección a los tópteros y al ala de acarreo. Al mismo tiempo, un horrísono fragor metálico le llegó desde el tractor, y las rocas en torno a Gurney empezaron a vomitar hombres encapuchados.

Gurney tuvo tiempo de pensar: *¡Por los cuernos de la Gran Madre! ¡Cohetes! ¡Están utilizando cohetes!*

Luego se encontró frente a frente con una figura encapuchada agazapada sobre sí misma, con un crys en la mano apuntándole. Otros dos hombres saltaron de las rocas, a su izquierda y a su derecha. Sólo

los ojos del guerrero frente a él eran visibles para Gurney, entre la capucha y el velo del albornoz color arena, pero su actitud y la tensión en que se mantenía encogido, preparado para saltar, le advirtieron que se trataba de un combatiente hábil y entrenado. Sus ojos tenían el azul de los Fremen del desierto profundo.

Gurney movió una mano hacia el cuchillo, manteniendo los ojos fijos en el crys del otro. Si se atrevían a usar cohetes, esto quería decir que disponían de otras armas a proyectiles. Aquel momento requería una extrema cautela. Por el ruido sabía que la mayor parte de su cobertura aérea había sido abatida. A sus espaldas se oían gruñidos, imprecaciones, un rumor de lucha.

Los ojos de su adversario habían seguido el movimiento de la mano de Gurney hacia su cuchillo, para fijarse luego en sus propios ojos.

—Deja el cuchillo en su funda, Gurney Halleck —dijo el hombre.

Gurney vaciló. Aquella voz tenía un sonido extrañamente familiar, pese a la distorsión producida por el filtro del destiltraje.

—¿Conoces mi nombre? —dijo.

—No necesitas el cuchillo conmigo, Gurney —dijo el hombre. Se irguió, introdujo su crys en la funda bajo sus ropas—. Di a tus hombres que cesen en su inútil resistencia.

El hombre echó hacia atrás la capucha y retiró su filtro.

El shock producido por lo que vio tensó los músculos de Gurney. Por un momento creyó hallarse contemplando el fantasma del Duque Leto Atreides. Luego, la comprensión fue llegando lentamente.

—Paul —jadeó. Y más fuerte—: Paul, ¿eres realmente tú?

—¿No crees en tus propios ojos? —preguntó Paul.

—Se decía que estabas muerto —dijo Gurney con voz ronca. Dio medio paso hacia adelante.

—Di a tus hombres que se rindan —ordenó Paul. Señaló hacia abajo, a las estibaciones inferiores de la cresta.

Gurney se volvió, reluctante, sin acabar de decidirse a apartar sus ojos de Paul. Vio tan sólo algunos combatientes aislados. Los encapuchados hombres del desierto parecían estar en todas partes. El tractor estaba inmóvil y silencioso, con un grupo de Fremen encima de él. No se oía a ningún aparato sobre sus cabezas.

—¡Alto la lucha! —gritó Gurney. Inspiró profundamente, hizo bocina con las manos y repitió—: ¡Aquí Gurney Halleck! ¡Alto la lucha!

Lentamente, las figuras que luchaban se separaron. Ojos interrogantes se volvieron hacia él.

—¡Son amigos! —gritó Gurney.

—¡Vaya amigos! —respondió una voz—. ¡La mitad de nuestra gente ha muerto!

—Ha sido un error —dijo Gurney—. No lo empeoréis.

Se volvió de nuevo hacia Paul, mirando fijamente a sus azules ojos enteramente Fremen.

Una sonrisa afloró a la boca de Paul, pero había una dureza en aquella expresión que a Gurney le recordó al Viejo Duque, el abuelo de Paul. Vio entonces una serie de detalles en Paul que nunca había visto antes en los Atreides: un cuerpo delgado y nervioso, una piel coriácea, una mirada atenta y calculadora.

—Se decía que estabas muerto —repitió Gurney.

—Y me ha parecido que la mejor protección es que sigan creyéndolo —dijo Paul.

Gurney se dio cuenta de que aquella sería la única disculpa que oiría nunca por haber sido abandonado a sus propios recursos, dejándole creer que el joven Duque… su amigo, había muerto. Se preguntó entonces si quedaba aún en él algo del muchacho que había conocido y al que había adiestrado en el arte de la lucha.

Paul avanzó un paso hacia Gurney, sintiendo que algo le escocía en los ojos.

—Gurney…

Pareció que todo ocurriera sin el concurso de sus voluntades: se encontraron el uno en brazos del otro, palmeándose las espaldas, comprobando el reconfortante contacto de la sólida carne.

—¡Condenado muchacho! ¡Condenado muchacho! —repetía una y otra vez Gurney.

Y Paul:

—¡Gurney! ¡Viejo Gurney!

Luego se separaron, mirándose el uno al otro. Gurney inspiró profundamente.

—Así que es gracias a ti que los Fremen son tan hábiles en las tácticas de batalla. Tendría que haberlo comprendido. Hacen cosas que sólo yo podría hacer. Si tan sólo hubiera comprendido… —agitó la cabeza—. Si tan sólo hubieras enviado un mensaje, muchacho. Nada hubiera podido detenerme. Hubiera venido corriendo y…

Una expresión en los ojos de Paul le interrumpió… una expresión dura, calculadora.

Gurney suspiró.

—Y alguien, seguro, se hubiera preguntado por qué Gurney Halleck se había ido tan precipitadamente, y alguien hubiera hecho algo más que formularse simples preguntas. Hubieran iniciado una caza para buscar las respuestas.

Paul asintió, observando a los Fremen que estaban esperando a su alrededor… las curiosas miradas valorativas en los rostros de los Fedaykin. Apartó la vista de sus comandos de la muerte y la volvió a posar en Gurney. El haber encontrado a su viejo maestro de armas lo llenaba de alegría. Era como un feliz presagio, la señal de que el curso del futuro le sería propicio.

Con Gurney a mi lado…

Miró más allá de la cresta y de los Fedaykin, estudiando a los contrabandistas que habían venido con Gurney.

—¿De qué lado están tus hombres, Gurney? —preguntó.

—Todos son contrabandistas —dijo Gurney—. Están del lado donde hay beneficios.

—Nuestra aventura promete muy pocos beneficios —dijo Paul, y captó el imperceptible gesto que le había hecho Gurney con su mano derecha… el viejo código manual de otros tiempos. Le estaba diciendo que entre los contrabandistas había hombres en los que uno no podía confiar.

Llevó una mano a sus labios para indicar que había comprendido, y alzó la mirada hacia los hombres que permanecían de guardia entre las rocas. Vio allí a Stilgar. El recuerdo de su problema aún no solucionado con Stilgar enfrió en parte su alegría.

—Stilgar —dijo—, este es Gurney Halleck, del que me has oído hablar. El maestro de armas de mi padre, uno de los que me enseñaron a combatir, un viejo amigo. Puede confiarse en él para cualquier aventura.

—Entiendo —dijo Stilgar—. Tú eres su Duque.

Paul observó el oscuro rostro encima de él, preguntándose qué razones habían impelido a Stilgar a decir precisamente aquello. *Su Duque.* Había habido una extraña, sutil entonación en la voz de Stilgar, como si quisiera decir alguna otra cosa. Y esto no era propio de Stilgar, que era un jefe Fremen, un hombre que decía lo que pensaba.

¡Mi Duque! , pensó Gurney. Miró a Paul como si lo viera por primera vez. *Sí, con Leto muerto, el título recae sobre los hombros de Paul.*

El esquema de la guerra de los Fremen en Arrakis adquirió una nueva fisonomía en la mente de Gurney. *¡Mi Duque!* Algo que ya estaba muerto en las profundidades de su consciencia empezó de nuevo a vivir. Sólo en parte oyó a Paul ordenando que los contrabandistas fueran desarmados hasta el momento de ser interrogados.

La mente de Gurney volvió a la realidad cuando oyó protestar a algunos de sus hombres. Agitó la cabeza y se volvió.

—¿Estáis sordos? —gritó—. Este es el legítimo Duque de Arrakis. Haced lo que os ordena.

Gruñendo, los contrabandistas se resignaron.

Paul se acercó a Gurney, hablando en voz baja.

—Nunca hubiera esperado que cayeras en esa trampa, Gurney.

—He sido bien castigado —dijo Gurney—. Estoy por apostar que aquella mancha de especia no tiene más espesor que un grano de arena, un cebo para atraernos.

—Ganarías tu apuesta —dijo Paul. Miró a los hombres que iban siendo desarmados—. ¿Hay algunos otros hombres de mi padre entre tu equipo?

—Ninguno. Están todos dispersos. Algunos están entre los comerciantes libres. Muchos han gastado todas sus ganancias en irse de este lugar.

—Pero tú te quedaste.

—Yo me quedé.

—Porque Rabban está aquí —dijo Paul.

—Pensé que no me quedaba nada excepto la venganza —dijo Gurney.

Un grito extrañamente sincopado resonó en la cima de la cresta. Gurney miró hacia arriba y vio a un Fremen agitando un pañuelo.

—Se acerca un hacedor —dijo Paul. Avanzó hacia un espolón rocoso, seguido por Gurney, y miró hacia el sudoeste. La ola de arena levantada por el gusano era visible a mitad de camino entre las rocas y el horizonte, un rastro coronado de polvo que cortaba directamente el desierto en dirección a ellos.

—Es un ejemplar grande —dijo Paul.

Un estrépito metálico procedente de la factoría sonó a sus espaldas. La gran masa estaba girando sobre sí misma como un gigantesco insecto, moviéndose pesadamente hacia las rocas.

—Lástima que no hayamos podido salvar el ala de acarreo —dijo Paul.

Gurney lo miró, observando después las manchas de humeantes restos en el desierto, donde el ala y los ornitópteros habían sido abatidos por los cohetes Fremen. Sintió un repentino dolor por los hombres perdidos allí… sus hombres.

—Tu padre hubiera llorado más bien por los hombres que no había podido salvar —dijo.

Paul le dirigió una dura mirada, luego bajó los ojos.

—Eran tus amigos, Gurney —dijo—. Te comprendo. Para nosotros, sin embargo, eran unos intrusos. Podían ver cosas prohibidas. Tú también tendrías que comprenderlo.

—Comprendo perfectamente —dijo Gurney—. Ahora, me siento curioso por ver lo que no tenía que ver.

Paul alzó los ojos y reconoció aquella sonrisa de viejo lobo que tan bien conocía, el surco de la cicatriz de estigma a lo largo de la mejilla del hombre.

Gurney señaló con la cabeza al desierto bajo ellos. Los Fremen continuaban con sus tareas. No parecían estar en absoluto preocupados por la rápida aproximación del gusano.

Les llegó un martilleo sordo procedente de las dunas abiertas más allá de la falsa mancha de especia… un sordo pulsar que hacía vibrar la roca bajo sus pies. Gurney vio a los Fremen dispersarse por la arena, a lo largo del camino del gusano.

Y el gusano estaba ahora ya muy cerca, como un gigantesco pez de arena, abriendo la superficie con su cresta, sus anillos reluciendo y retorciéndose. Desde su privilegiada posición sobre el desierto, Gurney

pudo seguir la captura del gusano… el atrevido salto del primer hombre con los garfios, el giro de la criatura, y después todo el grupo de hombres escalando la moviente colina del flanco del gusano.

—Eso es algo de lo que no tendrías que haber visto —dijo Paul.

—Circulan muchas historias y rumores —dijo Gurney—. Pero no es una cosa que se pueda creer sin haberla visto. —Agitó la cabeza—. La criatura que todos los hombres de Arrakis temen, y vosotros la usáis como un animal de monta.

—Oíste a mi padre hablar del poder del desierto —dijo Paul—. Ahí está. La superficie de este planeta es nuestra. No hay tormenta ni criaturas que puedan detenernos.

Nosotros , pensó Gurney. *Se refiere a los Fremen. Está hablando de sí mismo como de uno de ellos.* Miró nuevamente al azul de especia de los ojos de Paul. Sabía que también sus propios ojos tenían un toque de este color, pero los contrabandistas podían obtener alimentos de otros planetas, y había una sutil implicación de castas entre ellos según el tono y la intensidad de los ojos. Cuando un hombre se convertía en demasiado parecido a los indígenas se decía de él que había tomado «un toque de especia». Y había siempre un cierto desprecio en esta expresión.

—Durante un tiempo no cabalgamos al hacedor a la claridad del día por estas latitudes —dijo Paul—. Pero Rabban ya no dispone de un número suficiente de aparatos para cubrir incluso la más pequeña extensión de arena. —Miró a Gurney—. Tus vehículos nos han pillado por sorpresa.

Nos… nos… Gurney agitó la cabeza para apartar aquellos pensamientos.

—No os hemos sorprendido más de lo que vosotros nos habéis sorprendido a nosotros —dijo.

—¿Qué es lo que se dice de Rabban en los sink y en los poblados? —preguntó Paul.

—Se habla de que han fortificado los poblados del graben hasta tal punto que no conseguiréis nada contra ellos. Dicen que sólo necesitan sentarse tranquilamente tras sus defensas y dejar que vosotros os agotéis en fútiles ataques.

—En otras palabras —dijo Paul—, se han inmovilizado.

—Mientras que vosotros podéis ir a donde os plazca —dijo Gurney.

—Es una táctica que he aprendido de ti —dijo Paul—. Han perdido la iniciativa, y esto quiere decir que han perdido la guerra.

Gurney sonrió con una sonrisa de complicidad.

—Nuestro enemigo se encuentra exactamente donde yo quiero que esté —dijo Paul. Miró a Gurney—. Bien, Gurney, ¿quieres enrolarte conmigo para el final de esta campaña?

—¿Enrolarme? —Gurney lo miró sorprendido—. Mi Señor, nunca he dejado tu servicio. Eres todo lo que me queda… y pensar que te consideraba muerto. Estaba solo, y he sobrevivido como he podido únicamente esperando inmolar mi vida por la única causa válida que me quedaba… la muerte de Rabban.

Un embarazoso silencio flotó sobre Paul.

Una mujer apareció entre las rocas, por encima de ellos, con sus ojos, entre la capucha del destiltraje y la máscara, mirando alternativamente a Paul y a su compañero. Se detuvo frente a Paul. Gurney notó su aire posesivo, la forma en que miraba a Paul.

—Chani —dijo Paul—, este es Gurney Halleck. Me has oído hablar de él.

—Te he oído hablar.

—¿Dónde han ido los hombres con el hacedor? —preguntó Paul.

—Lo han cabalgado para distraerlo y darles tiempo a salvar la máquina.

—Bien, entonces… —Paul se interrumpió y husmeó el aire.

—El viento se acerca —dijo Chani.

—¡Hey, aquí…! —llamó una voz en la cresta por encima de ellos—. ¡El viento!

Gurney vio que los Fremen se apresuraban ahora… como dominados por un repentino sentido de urgencia. La llegada del viento creaba en ellos un temor que ni siquiera un gusano provocaba. La factoría alcanzó pesadamente las primeras estribaciones rocosas, le fue abierto un camino entre las rocas… y estas mismas rocas fueron colocadas nuevamente luego hasta que toda huella del paso del tractor quedó borrada a sus ojos.

—¿Tenéis muchos escondrijos de este tipo? —preguntó Gurney.

—Muchísimos —dijo Paul. Se volvió hacia Chani—. Búscame a Korba. Dile que Gurney me ha advertido que entre esos contrabandistas hay algunos elementos que no son de fiar.

Ella miró de nuevo a Gurney, luego a Paul, asintió, y se alejó entre las rocas, con la agilidad de una gacela.

—Es tu mujer —dijo Gurney.

—La madre de mi primogénito —dijo Paul—. Hay otro Leto entre los Atreides.

Gurney aceptó aquello con sólo un alzamiento de cejas.

Paul observó con ojo crítico la actividad de sus hombres. Un color ocre dominaba ahora el cielo por el sur, y las primeras ráfagas de viento le embistieron con un torbellino de polvo.

—Ajusta tu traje —dijo Paul. Y se colocó la máscara y la capucha sobre su cabeza.

Gurney obedeció, agradeciendo los filtros.

—¿Quiénes son los hombres en los que no confías, Gurney? —habló Paul, con su voz ahogada por el filtro.

—Hay algunos nuevos reclutas —dijo Gurney—. Extranjeros… —vaciló, sorprendido. *Extranjeros.* La palabra había acudido tan fácilmente a su boca…

—¿Sí? —dijo Paul.

—No son como los acostumbrados cazadores de fortuna que se unen a nosotros —dijo Gurney—. Son más duros.

—¿Espías Harkonnen? —preguntó Paul.

—Creo, mi Señor, que no tienen relación con los Harkonnen. Sospecho que son hombres del servicio Imperial. Hay en ellos la impronta de Salusa Secundus.

Paul le dirigió una cortante mirada.

—¿Sardaukar?

Gurney alzó los hombros.

—Es posible, pero en este caso saben ocultarlo muy bien.

Paul asintió, pensando en cuán fácilmente había reasumido Gurney sus hábitos de leal defensor de los Atreides… pero con sutiles reservas… diferencias. Arrakis también lo había cambiado a él.

Dos encapuchados Fremen emergieron de una abertura entre las rocas bajo ellos, escalando los riscos. Uno de ellos acarreaba un grueso bulto sobre el hombro.

—¿Dónde están ahora mis hombres? —preguntó Gurney.

—Seguros entre las rocas, debajo de nosotros —dijo Paul—. Tenemos una caverna aquí… la Caverna de los Pájaros. Decidiremos qué hacemos con ellos después de la tormenta.

—¡Muad'Dib! —llamó una voz desde abajo.

Paul se volvió al grito, viendo a un guardia Fremen haciéndole señales desde la embocadura de la caverna. Respondió a su gesto.

Gurney lo observó con una nueva expresión.

—¿Tú eres Muad'Dib? —preguntó—. ¿Tú eres el azote de la arena?

—Es mi nombre Fremen —dijo Paul.

Gurney desvió su mirada, invadido por un opresivo presentimiento. La mitad de sus hombres yacían muertos en la arena, los otros estaban cautivos. No le importaban los nuevos reclutas, pero entre los otros había hombres de valía, amigos, gente de la que era responsable. *«Decidiremos qué hacemos con ellos después de la tormenta».* Esto era lo que había dicho Paul, lo que había dicho Muad'Dib. Y Gurney recordó las historias que se contaban acerca de Muad'Dib, el Lisan al-Gaib… cómo había despellejado a un oficial Harkonnen para hacer el cuero de sus tambores, cómo se había rodeado de los comandos de la muerte, de los Fedaykin que se precipitaban a la lucha con himnos de muerte en sus labios.

Él.

Los dos hombres que escalaban los riscos saltaron silenciosamente a un saliente rocoso y se inmovilizaron frente a Paul.

—Todo a resguardo, Muad'Dib —dijo uno de ellos, de rostro oscuro—. Será mejor ir abajo.

—De acuerdo.

Gurney notó el tono de voz del hombre… mitad orden, mitad súplica. Era el hombre llamado Stilgar, otra figura en las nuevas leyendas Fremen.

Paul observó el bulto que llevaba el otro hombre.

—Korba, ¿qué es eso? —preguntó.

—Estaba en el tractor —respondió Stilgar—. Lleva las iniciales de este amigo tuyo y contiene un baliset. Te he oído hablar tantas veces de lo bien que toca Gurney Halleck el baliset…

Gurney estudió al Fremen, viendo la punta de su negra barba surgiendo del borde de la máscara, la mirada de halcón, la afilada nariz.

—Tienes un compañero que piensa, mi Señor —dijo Gurney—. Gracias, Stilgar.

Stilgar indicó a su compañero que pasara el bulto a Gurney.

—Da las gracias a tu Señor Duque —dijo—. Su favor te ha ganado la admisión entre nosotros.

Gurney aceptó el bulto, perplejo por el tono duro de aquellas palabras. Había un aire de desafío en el hombre, y Gurney se preguntó si no estaría celoso. Él era alguien llamado Gurney Halleck que conocía a Paul desde hacía mucho tiempo, antes de Arrakis, un hombre que compartía una camaradería de la que Stilgar estaría siempre excluido.

—Me gustaría que ambos fuerais amigos —dijo Paul.

—Stilgar el Fremen es un nombre famoso —dijo Gurney—. Me sentiré honrado de contar entre mis amigos a un matador de Harkonnen.

—¿Tocarás las manos con mi amigo Gurney Halleck, Stilgar? —preguntó Paul.

Lentamente, Stilgar extendió su mano, tocando la mano callosa a causa de la espada que le tendía Gurney.

—Pocos son los que no han oído el nombre Gurney Halleck —dijo, y abandonó el contacto. Se volvió hacia Paul—. La tormenta avanza rápida.

—Vamos —dijo Paul.

Stilgar se volvió, guiándolos entre las rocas a lo largo de un serpenteante sendero que los condujo a una estrecha y tenebrosa hendidura y a través de ella a la entrada de una caverna. Un grupo de hombres se apresuró a sellarla apenas hubieron entrado. Los globos revelaron una amplia cavidad excavada en la roca, con un techo en forma de cúpula, una plataforma alta a un lado y la entrada de un corredor abriéndose en ella.

Paul saltó a la plataforma, con Gurney a sus talones, y le abrió camino por el corredor. Los otros se dirigieron hacia otro pasadizo situado frente a la entrada. Paul condujo a Halleck a través de la antecámara hasta una estancia con oscuros tapices color vino en las paredes.

—Aquí podremos estar tranquilos por un momento —dijo Paul—. Los demás respetarán mi…

El gong de una alarma resonó en la otra caverna, seguido por gritos y el restallar de armas. Paul se volvió bruscamente, precipitándose a través de la antecámara y la plataforma hacia la caverna de entrada. Gurney corrió tras él, desenvainando la espada.

Bajo ellos, un grupo tumultuoso de figuras luchaban sobre el suelo de la caverna. Paul analizó brevemente la escena, distinguiendo las ropas y los bourkas Fremen de los atuendos de sus oponentes. Sus sentidos, adiestrados por su madre para captar los más sutiles detalles, detectaron un hecho significativo: los Fremen luchaban contra un grupo de hombres con atuendo de contrabandistas, pero los contrabandistas estaban agrupados de tres en tres, formando un triángulo cuando el enemigo los presionaba.

Esta forma de combate cerrado era la marca de los Sardaukar Imperiales.

Un Fedaykin en el tumulto vio a Paul, y su grito de batalla creó ecos en toda la caverna.

—¡Muad’Dib! ¡Muad’Dib! ¡Muad’Dib!

Otros ojos habían visto también a Paul. Un cuchillo negro silbó hacia él. Paul lo esquivó, y oyó la hoja chasquear contra la piedra tras él, viendo como Gurney se inclinaba para recogerlo.

Los triángulos de los atacantes estaban siendo rechazados ahora.

Gurney alzó el cuchillo frente a los ojos de Paul, señalando la espiral amarilla Imperial, el crestado león dorado de multifacetados ojos en la empuñadura.

Sardaukar, sin la menor duda.

Paul avanzó sobre la plataforma. Sólo tres de los Sardaukar seguían en pie. Cuerpos sangrantes yacían por toda la caverna.

—¡Quietos! —gritó Paul—. ¡El Duque Paul Atreides os ordena que os detengáis!

Los combatientes oscilaron, vacilaron.

—¡Vosotros, Sardaukar! —llamó Paul al grupo que quedaba—. ¿Bajo qué órdenes amenazáis la vida de un Duque reinante? —y rápidamente, mientras sus hombres seguían acosando a los Sardaukar—: ¡Quietos he dicho!

Uno de los componentes del acorralado trío se irguió.

—¿Quién dice que somos Sardaukar? —preguntó.

Paul tomó el cuchillo de manos de Gurney y lo levantó.

—Esto dice que sois Sardaukar.

—Entonces, ¿quién dice que tú eres un Duque reinante? —preguntó el hombre.

Paul hizo un gesto hacia sus Fedaykin.

—Estos hombres dicen que yo soy un Duque reinante. Vuestro propio Emperador entregó Arrakis a la Casa de los Atreides. Yo soy la Casa de los Atreides.

El Sardaukar permaneció en silencio, inquieto.

Paul estudió al hombre: alto, de rasgos poco acusados, con una pálida cicatriz cruzándole su mejilla izquierda. Había rabia y confusión en sus ademanes, pero persistía en él aquel orgullo sin el cual un Sardaukar estaba como desnudo… y con el cual llevaba un muy identificable uniforme.

Paul lanzó una mirada a uno de sus lugartenientes Fedaykin.

—Korba, ¿cómo han conseguido sus armas? —dijo.

—Llevaban cuchillos en fundas astutamente disimuladas en sus destiltrajes —dijo el lugarteniente.

Paul examinó los muertos y los heridos en la caverna, dedicando luego su atención al lugarteniente. No había necesidad de palabras. El lugarteniente inclinó la mirada.

—¿Dónde está Chani? —preguntó Paul, y contuvo el aliento en espera de la respuesta.

—Stilgar la ha sacado de aquí —señaló con la cabeza hacia el otro pasadizo, mirando a los muertos y heridos—. Me considero responsable por este error, Muad’Dib.

—¿Cuántos de esos Sardaukar había aquí, Gurney? —preguntó Paul.

—Diez.

Paul saltó al suelo de la caverna, avanzando hasta detenerse a un metro del Sardaukar que había hablado.

Notó que los Fedaykin se tensaban. No les gustaba verle exponerse a un peligro. Esto era lo primero que debían impedir, ya que ningún Fremen quería perder la sabiduría de Muad’Dib.

—¿A cuánto ascienden nuestras pérdidas? —preguntó Paul al lugarteniente, sin volverse.

—Cuatro heridos y dos muertos, Muad'Dib.

Paul captó un movimiento tras los Sardaukar. Chani y Stilgar aparecieron por el otro corredor. Volvió su atención al Sardaukar, observando el blanco de otro mundo en los ojos del hombre que había hablado.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

El hombre se envaró, mirando a derecha e izquierda.

—No lo intentes —dijo Paul—. Es obvio que os han ordenado buscar y destruir a Muad'Dib. Estoy seguro de que habéis sido vosotros quienes habéis sugerido que se buscase la especia en el desierto profundo.

Una sofocada exclamación de Gurney, a sus espaldas, provocó una leve sonrisa en los labios de Paul.

La sangre afluyó al rostro del Sardaukar.

—Ese que ves ante ti es más que Muad'Dib —dijo Paul—. Siete de los vuestros muertos contra dos de los nuestros. Tres por uno.

—No está mal contra los Sardaukar, ¿eh?

El hombre se alzó sobre la punta de los pies, dejándose caer de nuevo cuando los Fedaykin avanzaron hacia él.

—He preguntado tu nombre —dijo Paul, utilizando la Voz—. ¡Dime tu nombre!

—¡Capitán Aramsham, Sardaukar Imperial! —restalló el hombre. Los músculos de sus mejillas se relajaron. Miró a Paul, confuso. Hasta aquel momento había considerado aquella caverna como una madriguera de bárbaros, pero sus ideas estaban cambiando.

—Bien, capitán Aramsham —dijo Paul—, los Harkonnen pagarían una buena cantidad para saber lo que tú sabes ahora. Y el Emperador… ¿qué estaría dispuesto a pagar por saber que hay un Atreides que aún sigue vivo pese a su traición?

El capitán miró a derecha e izquierda, hacia los dos hombres que le quedaban. Paul casi podía ver los pensamientos que giraban por la mente del hombre. Los Sardaukar no se rendían nunca, pero el Emperador *debía* conocer aquella amenaza.

—Ríndete, capitán —dijo Paul, usando de nuevo la Voz.

El hombre a la izquierda del capitán saltó de pronto hacia Paul, para tropezar con el relampagueante impacto del cuchillo de su propio capitán contra su pecho. El atacante cayó al suelo, con el cuchillo hundido en su cuerpo.

El capitán hizo frente al único compañero que le quedaba.

—Yo soy quien decide cuál es el mejor modo de servir a Su Majestad —dijo—. ¿Comprendido?

El Otro Sardaukar relajó los hombros.

—Suelta tu arma —dijo el capitán.

El Sardaukar obedeció.

El capitán volvió de nuevo su atención hacia Paul.

—He matado a un amigo por vos —dijo—. Recordémoslo siempre.

—Sois mis prisioneros —dijo Paul—. Os rendís a mí. Que viváis o muráis no tiene ninguna importancia —hizo un gesto a los guardias para que se llevaran a los dos Sardaukar.

Cuando los Sardaukar hubieron desaparecido, Paul se volvió hacia su lugarteniente.

—Muad'Dib —dijo el hombre—. Te he fallado en…

—El fallo ha sido mío, Korba —dijo Paul—. Tenía que haberte advertido. En el futuro, cuando registres a un Sardaukar, recuerda esto. Y recuerda también que todos ellos llevan una o dos uñas de sus pies falsas, que pueden ser combinadas con otros elementos ocultos en su cuerpo para montar un efectivo radiotransmisor. Tienen uno o varios dientes falsos. Llevan espiras de hilo shiga ocultas entre sus cabellos… tan fino que es casi invisible, pero lo bastante fuerte como para estrangular a un hombre e incluso cortarle la cabeza en el proceso. Con los Sardaukar, hay que examinarlos centímetro a centímetro, sondearlos con rayos X, cortarles todo el pelo y el vello de su cuerpo. Y cuando hayas terminado, puedes estar seguro de que aún no habrás descubierto todo lo que llevan.

Alzó los ojos hacia Gurney, que se les había acercado.

—Entonces, es mucho mejor matarlos —dijo el lugarteniente. Paul agitó la cabeza, sin dejar de mirar a Gurney.

—No. Quiero que consigan escapar.

Gurney desorbitó los ojos.

—Señor… —jadeó.

—¿Sí?

—Tu hombre tiene razón. Hay que matar a esos prisioneros inmediatamente. Destruir todas las evidencias de ellos. ¡Has humillado a los Sardaukar Imperiales! Cuando el Emperador sepa esto, no se detendrá hasta que no te vea asándote a fuego lento.

—Es difícil que el Emperador tenga alguna vez ocasión de hacerlo —dijo Paul. Hablaba lentamente, fríamente. Algo había ocurrido en su interior mientras hacía frente al Sardaukar. Una suma de decisiones se había acumulado en su consciencia—. Gurney —dijo—, ¿hay muchos hombres de la Cofradía en torno a Rabban?

Gurney se envaró, achicando los ojos.

—Tu pregunta no tiene…

—¿Hay muchos? —cortó bruscamente Paul.

—Arrakis hormiguea de agentes de la Cofradía. Están comprando especia como si fuera lo más precioso del universo. ¿Por qué crees que nos hemos aventurado tan lejos en el…?

—Realmente es lo más precioso del universo —dijo Paul—. Para ellos —miró hacia Stilgar y Chani, que se estaban acercando a través de la caverna—. Y nosotros la controlamos, Gurney.

—¡Los Harkonnen la controlan! —protestó Gurney.

—La gente que puede destruir algo es quien realmente lo controla —dijo Paul. Hizo un gesto con la mano para que Gurney guardara silencio, saludando con la cabeza a Stilgar, que se detuvo frente a él, con Chani a su lado.

Paul tomó el cuchillo del Sardaukar en su mano izquierda, tendiéndoselo a Stilgar.

—Tú vives para el bien de la tribu —dijo Paul—. ¿Derramarías mi sangre con este cuchillo?

—Por el bien de la tribu —gruñó Stilgar.

—Entonces usa este cuchillo —dijo Paul.

—¿Me estás desafiando? —preguntó Stilgar.

—Si lo hiciera —dijo Paul—, te desafiaría sin armas y dejaría que me golpearas.

La respiración de Stilgar se hizo entrecortada.

—¡Usul! —dijo Chani, mirando primero a Gurney, luego de nuevo a Paul.

—Tú eres Stilgar, un guerrero —dijo Paul, mientras Stilgar reflexionaba sobre el significado de sus anteriores palabras—. Cuando los Sardaukar iniciaron aquí la lucha, tú no estabas al frente del combate. Tu primer pensamiento fue el de proteger a Chani.

—Es mi sobrina —dijo Stilgar—. Si tus Fedaykin no hubieran conseguido dominar a esos…

—¿Por qué tu primer pensamiento fue para Chani? —preguntó Paul.

—¡Eso no es cierto!

—¿Oh?

—Pensé en ti —admitió Stilgar.

—¿Y sigues creyendo que puedes alzar tu mano contra mí? —preguntó Paul.

Stilgar empezó a temblar.

—Es la costumbre —murmuró.

—También es la costumbre matar a los extranjeros de otro mundo hallados en el desierto y tomar su agua como un regalo de Shai-Hulud —dijo Paul—. Sin embargo, tú concediste la vida a dos extranjeros una noche, a mi madre y a mí mismo.

Viendo que Stilgar permanecía silencioso, mirándolo fijamente, Paul añadió:

—Las costumbres cambian, Stil. Tú mismo las cambiaste.

Stilgar bajó sus ojos hacia el emblema amarillo del cuchillo que sujetaba.

—Cuando yo sea Duque en Arrakeen con Chani a mi lado, ¿crees que tendré tiempo de preocuparme de todos los detalles de gobierno del Sietch Tabr? —preguntó Paul—. ¿De todos los problemas particulares de cada familia?

Stilgar siguió mirando el cuchillo.

—¿Crees realmente que deseo cortar mi brazo derecho? —preguntó Paul.

Lentamente, Stilgar alzó los ojos hacia él.

—¡Tú! —dijo Paul—. ¿Crees que quiero privar a la tribu y a mí mismo de tu fuerza y de tu sabiduría?

En voz muy baja, Stilgar dijo:

—A ese joven de mi tribu, cuyo nombre ya conoces, a ese joven podría matarlo, respondiendo a su desafío y según la voluntad de Shai-Hulud. Pero al Lisan al-Gaib no podría tocarlo. Tú lo sabías cuando me has dado el cuchillo.

—Lo sabía —admitió Paul.

Stilgar abrió su mano. El cuchillo golpeó contra las piedras del suelo.

—Las costumbres cambian —dijo.

—Chani —dijo Paul—, ve con mi madre, dile que se reúna conmigo para que pueda aconsejarme si…

—¡Pero me dijiste que iríamos al sur! —protestó Chani.

—Estaba equivocado —dijo él—. Los Harkonnen no están allí. La guerra no está allí.

Ella respiró profundamente, aceptando aquello como las mujeres del desierto aceptan las obligaciones de aquella vida tan íntimamente ligada con la muerte.

—Llevarás a mi madre un mensaje que sólo sus oídos deberán oír —dijo Paul—. Le dirás que Stilgar me reconoce como Duque de Arrakis, y que hay que hallar un medio de que los jóvenes lo acepten sin combate.

Chani miró a Stilgar.

—Haz como dice —gruñó Stilgar—. Ambos sabemos que podría vencerme… y que yo no podría alzar mi mano contra él… por el bien de la tribu.

—Volveré con tu madre —dijo Chani.

—Dile que venga sola —dijo Paul—. El instinto de Stilgar no se equivoca. Soy más fuerte cuando tú estás segura. Tú te quedarás en el sietch.

Ella fue a protestar, pero calló.

—Sihaya —dijo Paul, utilizando su nombre íntimo. Después se volvió hacia la derecha, encontrándose con los brillantes ojos de Gurney.

Todo lo que había dicho Paul desde el instante en que mencionó a su madre pasó como en una nube a través de los oídos de Gurney.

—Tu madre —murmuró Gurney.

—Idaho nos salvó la noche de la incursión —dijo Paul, con la mente puesta aún en Chani—. Ahora…

—¿Y Duncan Idaho, mi Señor? —preguntó Gurney.

—Murió… dándonos tiempo para escapar.

¡La bruja está viva! , pensó Gurney. ¡*Está viva, aquella sobre la que juré vengarme! Y es obvio que el Duque Paul ignora qué clase de criatura le ha dado a luz. ¡La diablesa! ¡Entregando a su padre a los Harkonnen!*

Paul pasó por su lado y subió de nuevo a la plataforma. Miró a su alrededor, viendo que los heridos y los muertos habían sido retirados, y pensando amargamente que aquel iba a ser otro capítulo en la leyenda de Muad’Dib. *Ni siquiera he empuñado mi cuchillo, pero se dirá que hoy he matado a veinte Sardaukar con mis propias manos.*

Gurney siguió a Stilgar, insensible al suelo de roca, a los globos, invadido por la rabia. *La bruja aún está viva, mientras aquellos a los que traicionó son tan sólo huesos en una tumba solitaria. Paul debe saber la verdad sobre ella, antes de que yo la mate.*

44

¡Cuántas veces el hombre encolerizado niega rabiosamente aquello que le dice su conciencia!

Frases escogidas de Muad'Dib , por la PRINCESA IRULAN

La muchedumbre reunida en la caverna de asambleas irradiaba aquella atmósfera tensa y excitada que Jessica había notado el día que Paul había matado a Jamis. Había un nervioso murmullo en las voces. Se iban formando pequeños grupos.

Jessica guardó un cilindro de mensajes bajo sus ropas mientras salía a la plataforma después de dejar los apartamentos privados de Paul. Se sentía descansada tras el largo viaje desde el sur, pero estaba irritada con Paul porque aún no había permitido el uso de los ornitópteros capturados.

—Todavía no poseemos el completo control del aire —había dicho Paul —. Y no debemos depender de un carburante que no podemos conseguir en este mundo. El carburante y los vehículos deben ser reservados para el día de la gran ofensiva.

Paul estaba en pie, cerca de la plataforma, con un grupo de jóvenes. La pálida luz de los globos daba a la escena un toque de irrealidad. Era como una pintura, pero con una dimensión añadida de los olores de la caverna, los murmullos, el rumor de pasos.

Jessica estudió a su hijo, preguntándose por qué aún no le había revelado su sorpresa… Gurney Halleck. Pensar en Gurney la turbaba, recordándole un pasado más feliz… días de amor y belleza con el padre de Paul.

Stilgar esperaba con un pequeño grupo de los suyos al otro lado de la plataforma. Permanecía silencioso, lleno de una ineluctable dignidad.

No debemos perder a este hombre , pensó Jessica. *El plan de Paul debe funcionar. Cualquier otra solución sería una terrible tragedia.*

Avanzó por la plataforma, pasando junto a Stilgar pero sin mirarlo, y penetrando en la multitud. Un camino se abrió ante ella hasta Paul. Lo recorrió entre un repentino silencio.

Sabía el significado de aquel silencio… las inexpresadas preguntas de aquella gente, la emoción hacia la Reverenda Madre.

Los jóvenes se apartaron de Paul mientras ella avanzaba, y por un instante esta deferencia con que la trataban la irritó. *«Todos aquellos que están por debajo de ti codician tu posición»* , decía un axioma Bene Gesserit. Pero no leyó codicia en ninguno de aquellos rostros. Lo que la separaba de ellos era más bien aquel fermento religioso que se había ido formando alrededor de la jefatura de Paul. Recordó otra frase Bene Gesserit: *«Los profetas suelen morir de muerte violenta».*

Paul la miró.

—Ya es hora —dijo ella, y le tendió el cilindro de mensajes.

Uno de los compañeros de Paul, más atrevido que los demás, miró a Stilgar.

—¿Vas a desafiarlo, Muad'Dib? —dijo—. Ahora es el momento, no hay la menor duda. Te juzgarán un cobarde si…

—¿Quién se atreve a llamarme cobarde? —preguntó Paul. Su mano descendió hasta la empuñadura de su crys.

Un pesado silencio cayó sobre el grupo, transmitiéndose a toda la muchedumbre.

—Hay trabajo que hacer —dijo Paul, mientras el hombre retrocedía unos pasos. Se volvió, abriéndose paso entre la gente hacia la plataforma, saltó a ella e hizo frente a la multitud.

—¡Hazlo! —gritó una voz.

Murmullos y susurros siguieron al grito.

Paul aguardó a que volviera el silencio. Hubo aún algunos golpes de tos y movimientos inquietos. Cuando renació la calma en la caverna, Paul alzó la cabeza, y su voz llegó a todos los rincones de la amplia bóveda.

—Estáis cansados de esperar —dijo.

Dejó que nuevamente se calmaran los gritos que llegaron como respuesta.

Están realmente cansados de esperar , pensó Paul. Blandió el cilindro, pensando en el mensaje que contenía. Su madre se lo había mostrado, explicándole que había sido tomado a un correo de los Harkonnen.

El mensaje era explícito: ¡Rabban había sido abandonado a sus propios recursos en Arrakis! ¡No iba a recibir más ayuda ni refuerzos!

Paul habló de nuevo con voz fuerte.

—¡Creéis que ya es tiempo para que desafíe a Stilgar y cambie la jefatura de todos vosotros! —Antes de que nadie pudiera responder, gritó furiosamente—: ¿Creéis acaso que el Lisan al-Gaib es tan estúpido como eso?

Hubo un atónito silencio.

Está aceptando su título religioso , pensó Jessica. *¡No debe hacerlo!*

—¡Es la costumbre! —gritó alguien.

Paul habló secamente, tanteando las reacciones emotivas.

—Las costumbres cambian —dijo.

—¡Somos nosotros quienes decimos qué es lo que hay que cambiar! —se alzó una voz colérica en un rincón de la caverna.

Hubo aquí y allá algunos gritos de aprobación.

—Como queráis —dijo Paul.

Y Jessica captó las sutiles entonaciones que le indicaban que Paul estaba usando la Voz tal como ella le había enseñado.

—Sois vosotros quienes tenéis que decidir —admitió Paul—. Pero antes quiero que me escuchéis.

Stilgar avanzó a lo largo de la plataforma, con el rostro impasible.

—Esta es también la costumbre —dijo—. Cualquier Fremen tiene derecho a exigir que su voz sea escuchada en Consejo. Paul-Muad'Dib es un Fremen.

—El bien de la tribu es lo más importante, ¿no? —preguntó Paul.

—Todas nuestras decisiones van encaminadas a tal fin —respondió Stilgar, conservando en su voz su tranquila dignidad.

—Correcto —dijo Paul—. Entonces, ¿quién gobierna a estos hombres de nuestra tribu… y quién gobierna a todos los hombres y todas las tribus a través de los instructores que hemos adiestrado en el extraño arte del combate?

Paul aguardó, mirando por encima de las innumerables cabezas. No hubo respuesta.

—¿Es acaso Stilgar quien gobierna todo esto? Él mismo lo niega. ¿Soy yo, entonces? Incluso Stilgar actúa a veces de acuerdo con mi voluntad,

y los sabios, los más sabios entre los sabios, me escuchan y me honran en el Consejo.

Había un tenso silencio en toda la multitud.

—¿O es acaso mi madre? —Paul señaló a Jessica, envuelta en las negras ropas ceremoniales, a su lado—. Stilgar y los otros jefes le piden consejo en cualquier decisión importante. Vosotros lo sabéis. ¿Pero acaso una Reverenda Madre dirige marchas a través del desierto o guía las incursiones contra los Harkonnen?

Paul pudo ver los ceños fruncidos y las expresiones pensativas, pero oyó también algunos coléricos murmullos.

Es una forma peligrosa de afrontar la situación , pensó Jessica, pero recordó el cilindro y lo que implicaba el mensaje que había en él. Y vio lo que pretendía Paul: llegar hasta el fondo de su incertidumbre, erradicarla, y dejar que todo lo demás viniera por sí mismo.

—Ningún hombre reconoce a un jefe sin un desafío y un combate, ¿no? —preguntó Paul.

—¡Es la costumbre! —gritó alguien.

—¿Cuál es nuestro objetivo? —preguntó Paul—. Abatir a Rabban, la bestia Harkonnen, y hacer de este planeta un mundo en el cual podamos vivir nosotros y nuestras familias en la felicidad y en la abundancia del agua. ¿Es este nuestro objetivo?

—Las tareas difíciles exigen métodos difíciles —dijo alguien.

—¿Acaso arrojáis vuestros cuchillos antes de la batalla? —preguntó Paul—. Os digo esto como un hecho, no como una bravata o un desafío: no hay ningún hombre aquí, incluido Stilgar, que pueda vencerme en combate singular. El propio Stilgar admite esto. Él lo sabe, y todos vosotros también.

De nuevo se alzaron encolerizados murmullos entre la multitud.

—Muchos de vosotros os habéis batido conmigo en el terreno de prácticas —dijo Paul—. Sabéis que no es ninguna estúpida bravuconería. Digo esto porque es un hecho conocido por todos nosotros, y sería una estupidez si no lo reconociera yo mismo. Comencé a adiestrarme en estas artes mucho antes que vosotros, y aquellos que me enseñaron eran mucho más duros que cualquiera que vosotros hayáis afrontado nunca. ¿Cómo creéis sino que yo haya podido vencer a Jamis a una edad en la cual vuestros hijos aún juegan?

Está usando bien la Voz , pensó Jessica, *pero con esta gente no es suficiente. Está bastante bien aislada de todo control verbal. Debe agredirlos también con la lógica.*

—Así pues —dijo Paul—, volvamos a esto —tomó el cilindro de mensajes, extrajo éste y lo mostró—. Esto fue tomado a un correo Harkonnen. Su autenticidad está fuera de toda duda. Está dirigido a Rabban. Dice que cualquier petición que haga de nuevas tropas será rechazada, que su producción de especia es inferior a la cuota, que debe extraer mucha más especia de Arrakis con la gente que posee.

Stilgar avanzó hasta situarse al lado de Paul.

—¿Cuántos de vosotros habéis comprendido lo que significa esto? —preguntó Paul—. Stilgar lo ha visto inmediatamente.

Paul devolvió el mensaje y el cilindro a su cintura. Tomó de su cuello una cinta de hilo shiga trenzado, sacó un anillo y lo mostró a la multitud.

—Este era el sello ducal de mi padre —dijo—. He jurado no llevarlo nunca hasta el día en que pueda conducir a mis tropas sobre todo Arrakis y reclamar el planeta como mi legítimo feudo —se puso el anillo en un dedo, y cerró el puño.

El silencio en la caverna se hizo aún más profundo.

—¿Quién gobierna aquí? —preguntó Paul. Alzó su puño—. ¡Yo gobierno aquí! ¡Yo gobierno sobre cada centímetro cuadrado de Arrakis! ¡Este es mi feudo ducal, lo quiera o no el Emperador! ¡Él se lo concedió a mi padre, y me corresponde a través de mi padre!

Paul se alzó sobre la punta de sus pies y observó la multitud, intentando captar sus emociones.

Casi , pensó.

—Aquí hay hombres que ocuparán posiciones importantes en Arrakis cuando reclame los derechos Imperiales que me pertenecen —dijo Paul—. Stilgar es uno de esos hombres. ¡No porque quiera corromperlo! Tampoco por gratitud, aunque yo sea uno de entre los muchos que hay aquí que le debemos la vida. ¡No! Sino porque es sabio y fuerte. Porque gobierna a su gente con su inteligencia y no sólo con las reglas. ¿Me creéis estúpido? ¿Pensáis que estoy dispuesto a cortarme el brazo derecho y dejarlo sangrando en el suelo de esta caverna sólo para proporcionaros un espectáculo?

Fulminó a la multitud con la mirada.

—¿Hay alguien aquí que se atreva a decir que no soy el legítimo gobernante de Arrakis? —preguntó—. ¿Acaso tengo que probarlo privando a todas las tribus del erg de su jefe?

Junto a Paul, Stilgar le dirigió una interrogadora mirada.

—¿Cómo podría privarme de una parte de nuestra fuerza en el momento en que estamos más necesitados de ella? —preguntó Paul—. Yo soy vuestro jefe, y os digo que debemos dejar de dedicarnos a matar a nuestros mejores hombres. ¡Por el contrario, debemos matar a nuestros verdaderos enemigos, a los Harkonnen!

En un gesto fulminante, Stilgar blandió su crys y lo apuntó hacia la multitud.

—¡Larga vida al Duque Paul-Muad'Dib! —exclamó.

Un rugido ensordecedor invadió la caverna, resonando en las paredes de roca:

—*¡Ya hya chouhada! ¡Muad'Dib! ¡Muad'Dib! ¡Muad'Dib! ¡Ya hya chouhada!*

¡Larga vida a los guerreros de Muad'Dib! , tradujo Jessica para sí misma. La escena que ella, Paul y Stilgar habían preparado había funcionado correctamente.

El tumulto murió lentamente. Cuando se restableció el silencio, Paul hizo frente a Stilgar.

—Arrodíllate, Stilgar —dijo.

Stilgar dobló su rodilla sobre la plataforma.

—Dame tu crys —dijo Paul.

Stilgar obedeció.

Esto no lo habíamos planeado , pensó Jessica.

—Repite conmigo, Stilgar —dijo Paul, y recitó de memoria las palabras de la investidura tal como las había oído a su padre—: Yo, Stilgar, tomo este cuchillo de manos de mi Duque.

—Yo, Stilgar, tomo este cuchillo de manos de mi Duque —dijo Stilgar, y aceptó la lechosa hoja que le tendía Paul.

—Clavaré esta hoja donde mi Duque me ordene —dijo Paul.

Stilgar repitió las palabras, con voz lenta y solemne.

Recordando las fuentes del ritual, Jessica sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Agitó la cabeza. *Conozco las razones de esto* , pensó. *No tendría que conmoverme así.*

—Dedico esta hoja a la causa de mi Duque y a la muerte de sus enemigos por tanto tiempo como la sangre corra por mis venas —dijo Paul.

Stilgar repitió tras él las palabras.

—Besa la hoja —ordenó Paul.

Stilgar obedeció y luego, a la manera Fremen, besó el brazo de Paul que en combate empuñaba el cuchillo. A una seña de Paul, guardó el cuchillo y se puso en pie.

Un susurro de sorpresa recorrió la multitud, y Jessica oyó las palabras:

—La profecía… Una Bene Gesserit nos mostrará el camino y una Reverenda Madre lo verá. —Y luego, más lejos—: ¡Nos lo ha mostrado a través de su hijo!

—Stilgar es el jefe de esta tribu —dijo Paul—. Que nadie se engañe en esto. Stilgar gobierna con mi voz. Aquello que Stilgar os diga, es como si os lo hubiera dicho yo mismo.

Hábil , pensó Jessica. *El jefe de la tribu no puede perder prestigio ante aquellos que deberán obedecerlo.*

Paul bajó la voz para decir:

—Stilgar, quiero mensajeros en el desierto esta noche, y ciélagos que convoquen una Reunión del Consejo. Cuando hayas hecho esto, toma a Chatt, Korba, Otheym y otros dos lugartenientes elegidos por ti. Tráelos a mis apartamentos para preparar los planes de batalla. Tenemos que poder mostrarle una victoria al Consejo de Jefes cuando lleguen.

Paul hizo una seña a su madre para que lo acompañara, abandonando la plataforma y abriéndose camino entre la multitud, dirigiéndose hacia el corredor central y a los apartamentos que le habían sido preparados. Mientras Paul avanzaba entre la multitud, muchas manos tocaron sus ropas y algunas voces le invocaron.

—¡Mi cuchillo obedecerá las órdenes de Stilgar, Paul-Muad'Dib! ¡Haznos combatir, Paul-Muad'Dib! ¡Haz que la sangre de los Harkonnen bañe nuestro mundo!

Sintiendo las emociones a su alrededor, Jessica captó los frenéticos deseos de luchar de aquella gente. Nunca habían estado más dispuestos. *Les estamos arrastrando hasta las cimas más altas* , pensó.

En la estancia interior, Paul indicó una silla a su madre.

—Espera aquí —dijo. Y atravesó las cortinas en dirección al corredor.

Jessica permaneció sola en la silenciosa estancia después de que Paul se hubo ido, sin más sonidos que el débil zumbido de las bombas de viento que hacían circular el aire por el sietch.

Ha ido a buscar a Gurney Halleck para traerlo aquí , pensó. Y se maravilló por la extraña mezcla de emociones que la inundaba. Gurney y su música le evocaban tantos momentos felices en Caladan, antes de su partida hacia Arrakis. Pero parecía como si hubiera sido otra persona la que hubiera estado en Caladan. Habían transcurrido tres años desde entonces, pero realmente se había convertido en otra persona. El enfrentarse nuevamente a Gurney la forzaba a reflexionar en todos aquellos cambios que se habían producido en ella.

El servicio de café de Paul, de plata y jasmium, heredado de Jamis, se hallaba sobre una mesa baja a su derecha. Lo miró, pensando en cuántas manos habían tocado aquel metal. La propia Chani había servido a Paul aquél último mes.

¿Qué otra cosa puede hacer esa mujer del desierto por un Duque excepto servirle el café? , se dijo. *No le aporta ningún poder, ninguna familia. Paul tan sólo tiene una gran posibilidad… aliarse con una Gran Casa poderosa, quizá incluso con la familia Imperial. Hay princesas en edad de matrimonio, después de todo, y cada una de ellas es una Bene Gesserit.*

Jessica se imaginó a sí misma abandonando los rigores de Arrakis por la seguridad y el poder que le esperaban como madre de un consorte real. Miró los pesados tapices que cubrían las paredes rocosas de aquella celda, pensando en cómo había llegado hasta allí… cabalgando a lomos de gusanos, en los palanquines y en las plataformas cargadas de útiles y víveres necesarios para la inminente campaña.

Mientras Chani viva, Paul no verá cuál es su deber , pensó Jessica. *Ella le ha dado un hijo, y esto es suficiente.*

Sintió el repentino deseo de ver a su nieto, aquel niño que tanto se parecía a su abuelo, su querido Leto. Jessica apoyó las palmas de sus manos contra sus mejillas y dio a su respiración el ritmo ritual que calmaba las emociones y aclaraba la mente, luego se inclinó hacia adelante para los ejercicios religiosos que preparaban el cuerpo para las exigencias de la mente.

La elección de Paul de aquella Caverna de los Pájaros como su puesto de mando no planteaba objeciones. Era ideal. Al norte estaba el Paso del Viento, que se abría a un poblado bien defendido en un sink rodeado de crestas rocosas. Era un poblado importante, hogar de artesanos y técnicos, un centro de mantenimiento para todo un sector defensivo Harkonnen.

Una tos resonó al otro lado de los cortinajes. Jessica se irguió, inspiró profundamente, expulsó el aire con suavidad.

—Entra —dijo.

Los cortinajes se apartaron violentamente, y Gurney Halleck saltó dentro de la estancia. Jessica apenas vio su rostro contorsionado en una extraña mueca; luego el hombre estuvo tras ella y la sujetó brutalmente, pasando un brazo por su cuello y obligándola a ponerse en pie.

—Gurney, especie de loco, ¿qué estás haciendo? —exclamó.

Entonces sintió el toque del cuchillo contra su espalda. Un estremecimiento de clarividencia se propagó desde la punta del cuchillo. Supo en aquel instante que Gurney quería matarla. *¿Por qué?* No consiguió imaginar ninguna razón, porque aquel hombre no era capaz de una traición. Pero no había ninguna duda acerca de sus intenciones. Su mente se agitó ante esta certeza. Gurney no era un hombre que se pudiera anular fácilmente. Estaba preparado en la lucha contra la Voz, conocía todas las estratagemas, sus reacciones eran instantáneas ante cualquier amenaza de violencia o muerte. Era un magnífico instrumento de muerte, que ella misma había contribuido a adiestrar con sus consejos y sus sutiles sugerencias.

—Creías haber conseguido escapar, ¿eh, bruja? —gruñó Gurney.

Antes de que aquellas palabras fueran captadas por su mente y pudiera formular una respuesta, los cortinajes se apartaron y Paul entró.

—Aquí está mad… —Paul se interrumpió bruscamente, captando la tensión de la escena.

—Quédate donde estás, mi Señor —dijo Gurney.

—Pero… —Paul agitó su cabeza.

Jessica intentó hablar, pero el brazo apretó la presa en torno a su cuello.

—Hablarás cuando yo lo permita, bruja —dijo Gurney—. Sólo quiero que tu hijo sepa una cosa de ti, y estoy preparado para hundirte este cuchillo en el corazón al mínimo gesto o intento contra mí. Tu voz debe ser átona. No te muevas, no tenses los músculos. Actuarás con la

máxima prudencia si quieres ganarte estos pocos instantes de vida. Te aseguro que es todo lo que te queda.

Paul dio un paso hacia adelante.

—Gurney, amigo, ¿qué…?

—¡Quédate donde estás! —gritó Gurney—. Un paso más y ella muere.

La mano de Paul se deslizó hacia la empuñadura de su cuchillo. Habló con una calma mortal.

—Harás bien en explicarte, Gurney.

—He jurado matar a la mujer que traicionó a tu padre —dijo Gurney—. ¿Crees que puedo olvidar al hombre que me salvó del pozo de esclavos de los Harkonnen, el hombre que me concedió la libertad, la vida, el honor… que me ofreció su amistad, algo que valoro por encima de cualquier otra cosa? Tengo a quien le traicionó bajo mi cuchillo. Nadie podrá impedir que…

—No podrías cometer mayor error, Gurney —dijo Paul.

Y Jessica pensó: *¡Así que es eso! ¡Qué ironía!*

—¿Un error? —dijo Gurney—. Escuchemos entonces qué puede decirnos esta mujer. Y recuerda que he corrompido, espiado y engañado para confirmar esta acusación. He ofrecido incluso semuta a un capitán de la guardia de los Harkonnen para escuchar toda la historia.

Jessica sintió que el brazo que apretaba su garganta relajaba ligeramente su presa, pero antes de que pudiera hablar fue Paul quien dijo:

—El traidor fue Yueh. Eso es lo que te digo, Gurney. Las pruebas son completas, irrefutables. Fue Yueh. No me interesa saber cómo llegaste a tus sospechas, pero si le haces algún daño a mi madre… —blandió su crys, apuntando su hoja hacia él—… tendré tu sangre.

—Yueh era un médico condicionado para servir a las casas reales —gruñó Gurney—. No podía volverse un traidor.

—Conozco un medio para anular este condicionamiento —dijo Paul.

—Las pruebas —insistió Gurney.

—Las pruebas no están aquí —dijo Paul—. Están en el Sietch Tabr, lejos de aquí, pero si…

—Es un truco —gruñó Gurney, y su brazo se apretó en torno al cuello de Jessica.

—No es ningún truco, Gurney —dijo Paul, y había una profunda nota de tristeza en su voz que llegó hasta lo más hondo del corazón de Jessica.

—Vi el mensaje capturado al agente Harkonnen —dijo Gurney—. La nota señalaba directamente a…

—Yo también lo vi —dijo Paul—. Mi padre me lo mostró aquella misma noche, diciéndome que era un truco de los Harkonnen para hacerle sospechar de la mujer a la que amaba.

—¡Ayah! —dijo Gurney—. Tú no…

—Cállate —dijo Paul, y la tranquila firmeza de sus palabras era más imperativa que todas las órdenes que Jessica había oído en cualquier otra voz.

Tiene el Gran Control , pensó.

El brazo de Gurney tembló alrededor de su cuello. La punta del cuchillo se apartó, insegura.

—Lo que tú no has oído —dijo Paul— son los sollozos de mi madre la noche que perdió a su Duque. Lo que tú no has visto es el llamear de sus ojos cuando habla de matar a los Harkonnen.

Así que ha escuchado , pensó ella. Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Lo que has olvidado —prosiguió Paul—, son las lecciones que aprendiste en los pozos de esclavos. ¡Hablas con orgullo de la amistad de mi padre! ¿Y eres incapaz de distinguir entre los Harkonnen y los Atreides hasta el punto de no reconocer un engaño Harkonnen por el hedor que emana? ¿Acaso no sabes que la lealtad a los Atreides se gana con el amor, mientras que la moneda de cambio de los Harkonnen es el odio? ¿Realmente no has reconocido la verdadera naturaleza de esta traición?

—¿Pero, Yueh? —murmuró Gurney.

—La prueba que tenemos es un mensaje de propia mano de Yueh en el que confiesa su traición —dijo Paul—. Te lo juro por el cariño que te profeso, un cariño que conservaré aún después de que te mate en esta misma estancia.

Escuchando a su hijo, Jessica se maravilló de su comprensión, de la penetración de su inteligencia.

—Mi padre tenía un instinto para sus amigos —dijo Paul—. No concedía fácilmente su cariño, pero jamás se equivocó. Su única debilidad fue su incomprensión hacia el odio. Pensaba que cualquiera que odiara a los Harkonnen no podría traicionarlo. —Miró a su madre—. Ella lo sabe. Le he transmitido el mensaje de mi padre diciéndole que nunca había dudado de ella.

Jessica sintió que su control se disolvía. Se mordió el labio inferior. Viendo la rígida formalidad de Paul, se dio cuenta de lo que le debían estar costando aquellas palabras. Hubiera querido correr hacia él, estrechar su cabeza contra su pecho como nunca había hecho. Pero el brazo había dejado de temblar contra su garganta, la punta del cuchillo volvía a hacer presión contra su espalda, aguzada e inmóvil.

—Uno de los momentos más terribles en la vida de un muchacho —dijo Paul— es cuando descubre que su padre y su madre son seres humanos que comparten un amor en el cual nunca podrá participar. Es una pérdida, pero también un despertar, la constatación de que el mundo está *aquí* y *allí* y que uno ya no está solo. Ese momento lleva consigo su propia verdad, y uno no puede evadirse de ella. He *oído* a mi padre cuando hablaba de mi madre. Ella no nos traicionó, Gurney.

Jessica encontró finalmente su voz.

—Gurney, suéltame —dijo. No había ningún tono de mando en sus palabras, ningún truco para jugar con su debilidad, pero el brazo de Gurney la soltó y cayó. Avanzó hacia Paul, deteniéndose frente a él, sin tocarle.

—Paul —dijo—, hay otros despertares en este universo. De pronto me he dado cuenta de hasta qué punto te he manipulado, transformado para hacerte seguir el camino que yo había elegido para ti… que yo debía elegir, si esto sirve como justificación, a causa de mi educación. —Tragó saliva, intentando deshacer el nudo que se había formado en su garganta, y miró fijamente a los ojos de su hijo—. Paul… quiero que hagas algo por mí: elige el camino de tu felicidad. Cásate con tu mujer del desierto si este es tu deseo. Desafía a quien sea para ello, no te importe lo que hagas. Pero elige tu propio camino. Yo…

Se interrumpió al oír el débil sonido de un murmullo a sus espaldas.

¡Gurney!

Vio los ojos de Paul mirando directamente tras ella. Se volvió. Gurney permanecía en la misma posición, pero había enfundado su cuchillo y había abierto sus ropas, mostrando su pecho enfundado en el gris destiltraje de reglamento, el tipo que fabricaban los contrabandistas para circular por las madrigueras de sus sietch.

—Clava tu cuchillo aquí en mi pecho —murmuró Gurney—. Mátame, y terminemos así con esto. He mancillado mi nombre. ¡He traicionado a mi propio Duque! El mejor…

—¡Ya basta! —dijo Paul.

Gurney lo miró fijamente.

—Cierra esas ropas y deja de actuar como un idiota —dijo Paul—. Ya he oído bastantes estupideces para un solo día.

—¡Mátame te digo! —rugió Gurney.

—Me conoces ya lo suficiente —dijo Paul—. ¿Por qué clase de imbécil me tomas? ¿Deben comportarse así todos los hombres a los que necesito?

Gurney miró a Jessica, y habló con una voz lejana, con un tono de súplica desconocido en él.

—Entonces vos, mi Dama, por favor… matadme vos.

Jessica se le acercó, colocando las manos en sus hombros.

—Gurney, ¿por qué insistes en que los Atreides matemos a aquellos que nos son queridos? —Suavemente, le quitó de las manos los cierres de su ropa y se la cerró sobre su pecho.

—Pero… yo… —Gurney habló sollozante.

—Estabas convencido de que actuabas por Leto —dijo ella—, y te doy las gracias por ello.

—Mi Dama —dijo Gurney. Inclinó la cabeza y cerró sus párpados para retener las lágrimas.

—Consideremos todo esto como un malentendido entre viejos amigos —dijo ella, y Paul oyó los suaves tonos tranquilizadores de su voz—. Ya ha terminado, y demos gracias de que nunca más habrá malentendidos entre nosotros.

Gurney abrió sus ojos, húmedos, y la miró.

—El Gurney Halleck que conocía era un hombre tan hábil al arma blanca como al baliset —dijo Jessica—. Era el hombre cuyo baliset yo admiraba más. ¿Tal vez este Gurney Halleck recuerda aún cómo me gustaba escucharlo cuando tocaba para mí? ¿Tienes aún un baliset, Gurney?

—Tengo uno nuevo —dijo Gurney—. Traído de Chusuk, un instrumento muy suave. Suena casi como un Varota genuino aunque no está firmado.

Creo que debió ser fabricado por un alumno de Varota que… —se interrumpió—. ¿Pero qué estoy diciendo, mi Dama? Estamos aquí perdiendo el tiempo charlando de…

—No perdemos el tiempo, Gurney —dijo Paul. Avanzó hasta colocarse al lado de su madre, frente a Halleck—. No perdemos el tiempo charlando, sino que estamos hablando de algo que trae la felicidad a un grupo de amigos. Quisiera que tocaras algo para ella, ahora. Los planes de batalla pueden aguardar un poco. En cualquier caso, no vamos a combatir antes de mañana.

—Yo… voy a buscar mi baliset —dijo Gurney—. Está en el corredor —pasó junto a ellos y desapareció tras los cortinajes.

Paul apoyó una mano en el brazo de su madre, y notó que temblaba.

—Ya ha terminado todo, madre —dijo.

Sin volver la cabeza, ella lo miró con el rabillo del ojo.

—¿Terminado?

—Por supuesto. Gurney…

—¿Gurney? Oh… sí —bajó los ojos.

Gurney apareció entre un roce de cortinajes con su baliset. Empezó a afinarlo, evitando sus miradas. Los tapices en las paredes y los cortinajes ahogaban los ecos, haciendo que el baliset sonara más suave e íntimo.

Paul condujo a su madre hasta un almohadón, haciéndola sentarse con la espalda vuelta a los tapices de la pared.

Se sintió repentinamente impresionado por la edad que se leía en su rostro, donde el desierto había surcado ya sus primeras resecas arrugas, las primeras líneas en los bordes de los ojos velados de azul.

Está agotada , pensó. *Hemos de encontrar algún modo de librarla de parte de sus cargas.*

Gurney hizo sonar un acorde.

Paul alzó los ojos hacia él.

—Hay… algunas cosas que reclaman mi atención —dijo—. Espérame aquí.

Gurney asintió. Su mente estaba lejos de allí, quizá en Caladan, bajo los cielos abiertos de un horizonte nuboso que anunciaba próximas lluvias.

Paul se obligó a sí mismo a salir, empujándose hacia el corredor a través de los pesados cortinajes. Oyó a Gurney arrancar un nuevo acorde al baliset, y se detuvo un instante fuera de la estancia para escuchar el ahogado eco de la música.

Viñas y frutales,

Y huríes de generosos senos,

y una copa rebosante ante mí.

¿Por qué he de pensar en batallas

y en montañas a polvo reducidas?

¿Por qué ha de haber lágrimas en mis ojos?

Cielos abiertos sobre mí

derraman todas sus riquezas;

mis manos se hunden en tanta abundancia.

¿Por qué he de pensar en una emboscada

y en veneno escondido en mi copa?

¿Por qué pesan tanto sobre mí los años?

Amorosos brazos me reclaman,

hacia sus desnudas caricias,

prometiéndome los éxtasis del Edén.

¿Por qué entonces recordar las cicatrices,

sueño de antiguas transgresiones…

Y no puedo dormir sin pesadillas?

Un embozado correo Fedaykin apareció por un ángulo del corredor, frente a Paul. El hombre había echado su capucha sobre los hombros, y los cierres de su destiltraje colgaban sueltos en torno a su cuello, revelando que acababa de llegar del desierto.

Paul le hizo una seña para que se detuviera, soltó los cortinajes de la puerta, y avanzó por el corredor hacia el correo.

El hombre se inclinó, las manos juntas frente a él, en la forma en que habría saludado a una Reverenda Madre o a una sayyadina de los ritos.

—Muad’Dib —dijo—, los jefes están empezando a llegar para el Consejo.

—¿Tan pronto?

—Son aquellos a los que convocó Stilgar primero, cuando se creía que… —se alzó de hombros.

—Entiendo —Paul dirigió una última mirada hacia el lugar de donde se filtraban los acordes del baliset, pensando en aquella antigua canción favorita de su madre, una extraña mezcla de alegre música y tristes palabras—. Stilgar llegará dentro de poco con los demás. Guíalos hasta mi madre.

—Aguardaré aquí, Muad’Dib —dijo el correo.

—Sí… sí, de acuerdo.

Paul pasó a su lado, dirigiéndose hacia las profundidades de la caverna, hacia aquel lugar que estaba presente en todas las cavernas… un lugar cercano al estanque de agua. Allí había un pequeño Shai-Hulud, una criatura de no más de nueve metros de largo, atrapado e imposibilitado de crecer por los conductos de agua que lo rodeaban por todas partes. El hacedor, después de haber emergido de su vector de pequeño hacedor, evitaba el agua como si se tratara de un veneno. Y el proceso de ahogar a un hacedor era el mayor secreto de los Fremen, puesto que la unión del agua y del hacedor producía el Agua de Vida, aquel veneno que tan sólo una Reverenda Madre podía transformar.

Paul había tomado la decisión en el instante en que había hecho frente a la tensión del peligro por el que había pasado su madre. Ninguna línea de los futuros que había visto nunca señalaba aquel momento de peligro proveniente de Gurney Halleck. El futuro, aquel futuro cargado de nubes, en el cual todo el universo se precipitaba en aquel bullente nexo, era como un mundo fantasmagórico a su alrededor.

Debo verlo , pensó.

Su organismo había adquirido lentamente una cierta tolerancia a la especia que había hecho sus visiones prescientes cada vez más raras… cada vez más confusas. La solución aparecía obvia ante él.

Ahogaré al hacedor. Así veremos si soy el Kwisatz Haderach que puede sobrevivir a la prueba de la que sobreviven las Reverendas Madres.

45

Y vino a ocurrir en el tercer año de la Guerra del Desierto que Paul se encontró en la Caverna de los Pájaros, bajo los tapices kiswa de un apartamento interior. Y yacía como muerto, absorto en las revelaciones del Agua de Vida, con su ser transportado más allá de las fronteras del tiempo por el veneno que da la vida. Así se hizo realidad la profecía según la cual el Lisan al-Gaib estaría a la vez muerto y vivo.

Leyendas escogidas de Arrakis , por la PRINCESA IRULAN

Chani abandonó el erg Habbanya en la penumbra que precede al alba, escuchando el rumor del tóptero que la había transportado desde el sur y que ahora se alejaba en dirección a su escondite en la inmensidad del desierto. A su alrededor, la escolta se mantenía a distancia, dispersándose entre las rocas en busca de posibles peligros… y obedeciendo también a la petición de la compañera de Muad'Dib, la madre de su primogénito, que había pedido estar sola por un momento.

¿Por qué me ha llamado? , se preguntó. *Me había dicho tantas veces que debía permanecer en el sur, con el pequeño Leto y Alia.*

Se envolvió más en sus ropas, dio un salto por encima de una barrera rocosa y comenzó a ascender por un sendero que tan sólo alguien entrenado en el desierto podía reconocer en las sombras.

Algunos guijarros rodaron bajo sus pies, pero los evitó sin apenas darse cuenta.

La ascensión era reconfortante, librándola de los temores nacidos del silencio de su escolta y del hecho de que hubiera sido enviado uno de los preciosos tópteros en su busca. Sentía ahora aquella excitación que tan bien conocía, al pensar que muy pronto se reuniría con Paul-Muad'Dib, su Usul. Su nombre se había convertido en un grito de batalla que atravesaba el desierto: *«¡Muad'Dib! ¡Muad'Dib! ¡Muad'Dib!».* Pero para ella era otro hombre con un nombre distinto… el padre de su hijo, el tierno amante.

Una figura alta se dibujó entre las rocas por encima de ella, haciéndole señas de que se apresurara. Avanzó más aprisa. Los pájaros del alba empezaban a alzarse en el cielo lanzando sus reclamos. Una pálida claridad empezaba a diseñarse en el horizonte, por el este.

La figura sobre ella no era uno de los hombres de su escolta. *¿Otheym?* , se preguntó, observando la familiaridad de sus movimientos y ademanes. Se reunió con él, reconociendo a la luz del alba las alargadas y planas facciones del lugarteniente Fedaykin, su capucha abierta y el

filtro bucal precariamente asegurado, como se hacia cuando se salía al exterior tan sólo un instante.

—Aprisa —susurró, precediéndola a lo largo de la escarpadura hacia la oculta caverna—. Dentro de poco será de día. —Mantuvo abierto para ella el sello de la puerta—. Los Harkonnen están desesperados y han enviado gran número de patrullas a esta región. No podemos arriesgarnos a ser descubiertos ahora.

Emergieron en el estrecho corredor a lo largo del cual se entraba en la Caverna de los Pájaros. Algunos globos se iluminaron. Otheym apresuró su paso.

—Sígueme. Rápido.

Avanzaron aprisa a lo largo del corredor, traspasaron otra puerta de válvula, después otro corredor, y finalmente cruzaron unos cortinajes para penetrar en la que había sido la alcoba de la Sayyadina en los días en que aquella había sido tan sólo una caverna de etapa. Ahora, alfombras y almohadones cubrían el suelo. Tapices con el emblema del halcón rojo revestían las rocosas paredes. Un escritorio bajo, a un lado, estaba lleno de papeles cuyo olor a especia revelaba su procedencia.

La Reverenda Madre estaba sentada, sola, en la parte directamente opuesta a la entrada. Levantó la mirada, con aquella expresión introspectiva que hacía temblar a los no iniciados.

Otheym juntó las palmas y dijo:

—He traído a Chani. —Se inclinó, desapareciendo a través de los cortinajes.

Y Jessica pensó: *¿Cómo puedo decírselo a Chani?*

—¿Cómo está mi nieto? —preguntó Jessica.

Esta es la acogida ritual , pensó Chani, y sus temores regresaron. *¿Dónde está Muad'Dib? ¿Porqué no está aquí para recibirme?*

—Está bien y es feliz, madre —dijo Chani—. Lo he dejado al cuidado de Harah, con Alia.

Madre , pensó Jessica. *Sí, tiene derecho a llamarme así en la acogida ritual. Me ha dado un nieto.*

—He oído que el Sietch Coanua ha ofrecido tejido —dijo Jessica.

—Un tejido maravilloso —dijo Chani.

—¿Te ha dado Alia algún mensaje?

—Ningún mensaje. Pero el sietch está más calmado ahora que la gente ha empezado a aceptar el milagro de su condición.

¿Por qué continúa ganando tiempo? , se preguntó Chani. *Se trata de algo tan urgente como para enviar un tóptero a buscarme. Entonces, ¿por qué todas estas formalidades?*

—Debemos usar algo de este tejido para hacerle algunos vestidos al pequeño Leto —dijo Jessica.

—Como quieras, madre —dijo Chani. Bajó los ojos—. ¿Hay noticias de las batallas? —Mantuvo su rostro desprovisto de expresión para que Jessica no comprendiera sus auténticas razones… el hecho de que había formulado aquella pregunta únicamente para saber algo de Muad'Dib.

—Nuevas victorias —dijo Jessica—. Rabban ha hecho algunas cautelosas tentativas acerca de la posibilidad de una tregua. Sus mensajeros le han sido devueltos sin su agua. Rabban ha disminuido incluso las cargas en algunos de los poblados del sink. Pero ya es demasiado tarde. La gente sabe que lo hace porque nos tiene miedo.

—Entonces todo se desarrolla como había previsto Muad'Dib —dijo Chani. Miró fijamente a Jessica, intentando guardar su temor para ella misma. *He pronunciado su nombre, pero ella no ha respondido. No puede leerse ninguna emoción en esa piedra helada que ella llama su rostro… pero está demasiado fría. ¿Por qué permanece tan inmóvil? ¿Qué le ha ocurrido a mi Usul?*

—Me gustaría que estuviéramos en el sur —dijo Jessica—. Los oasis estaban tan maravillosos cuando nos fuimos. ¿No estás impaciente por ver el día en que todo el paisaje esté lleno de flores?

—El paisaje es hermoso, cierto —dijo Chani—. Pero también está lleno de tristeza.

—La tristeza es el precio de la victoria —dijo Jessica.

¿Me está preparando para la tristeza? , se preguntó Chani.

—Hay tantas mujeres sin hombre —dijo—. Hubo muchos celos cuando fui llamada al norte.

—Yo te he llamado —dijo Jessica.

Chani sintió que el corazón le martilleaba locamente. Hubiera deseado llevarse las manos a los oídos para no oír aquello que Jessica iba a decir. Sin embargo, consiguió decir con voz tranquila:

—El mensaje estaba firmado por Muad'Dib.

—Lo firmé en presencia de sus lugartenientes —dijo Jessica—. Era un subterfugio necesario. —Y Jessica pensó: *Es una mujer valiente la de mi Paul. Consigue mantener su compostura incluso cuando el terror la está invadiendo. Sí. Ella es la que necesitamos en estos momentos.*

Hubo una imperceptible nota de resignación en la voz de Chani cuando dijo:

—Ahora puedes decirme lo que tiene que ser dicho.

—Tu presencia aquí era necesaria para ayudarme a revivir a Paul —dijo Jessica. Y pensó: *¡Ya está dicho! En la forma exactamente correcta. Revivir. Ella sabe así que Paul está vivo, pero al mismo tiempo sabe que hay peligro.*

Chani necesitó tan sólo un instante para recuperar su calma.

—¿Qué es lo que debo hacer? —preguntó. Hubiera querido saltar hacia Jessica, sacudirla y gritar: *¡Llévame hasta él!* Pero se mantuvo silenciosa, esperando la respuesta.

—Sospecho —dijo Jessica— que los Harkonnen han conseguido infiltrar un agente entre nosotros para envenenar a Paul. Es la única explicación posible. Es un veneno no usual. He examinado su sangre con los medios más sutiles sin conseguir detectarlo.

Chani se arrojó de rodillas.

—¿Veneno? ¿Acaso está sufriendo? Quizá yo…

—Está inconsciente —dijo Jessica—. Sus procesos vitales son tan lentos que solamente pueden ser detectados con las técnicas más refinadas. Tiemblo al pensar en lo que hubiera ocurrido si yo no hubiera estado aquí para descubrirlo. Para alguien no adiestrado parece muerto.

—Hay otras razones aparte de mi condición para que me hicieras llamar —dijo Chani—. Te conozco, Reverenda Madre. ¿Qué es lo que crees que yo puedo hacer y tú no?

Es valiente, encantadora y, ahhh, tan perspicaz , pensó Jessica. *Hubiera podido ser una excelente Bene Gesserit.*

—Chani —dijo Jessica—, te parecerá difícil de creer, pero no sé exactamente los motivos por los que te he llamado. Ha sido un instinto… una intuición. El pensamiento me ha venido en una forma clara: «Llama a Chani».

Por primera vez, Chani vio tristeza en la expresión de Jessica, un dolor no velado modificando aquella mirada introvertida.

—He hecho todo lo que podía, todo lo que sabía —dijo Jessica—. *Todo…* y ni siquiera puedes imaginar lo lejos que está este todo de lo que significa usualmente esta palabra. Sin embargo… he fracasado.

—Halleck, el viejo amigo —preguntó Chani—, ¿es posible que sea el traidor?

—Gurney no —dijo Jessica.

Aquellas dos palabras eran como toda una conversación, y Chani percibió como el eco de largas búsquedas; de pruebas… el recuerdo de antiguos fracasos que se ocultaban tras aquella concisa negación.

Chani se levantó, alisando las arrugas de sus ropas manchadas por el desierto.

—Llévame hasta él —dijo.

Jessica se alzó a su vez, dirigiéndose hacia los cortinajes que ocultaban la pared izquierda.

Chani la siguió, penetrando en algo que debía haber sido antes un almacén, cuyas paredes rocosas estaban cubiertas ahora por pesados tapices. Paul yacía sobre un lecho de campaña, junto a la pared opuesta. Un único globo suspendido sobre él iluminaba su rostro. Una manta negra lo cubría hasta el pecho, dejando al descubierto sus brazos apoyados a lo largo de su cuerpo. Debajo parecía estar desnudo. La piel descubierta era como cera, rígida. No se apreciaba en él el menor movimiento.

Chani controló su deseo de precipitarse hacia él, de abrazar convulsivamente aquel cuerpo. Sus pensamientos, en cambio, corrieron hacia su hijo… Leto. Y en aquel instante se dio cuenta de que Jessica había vivido ya en otra ocasión una prueba como aquella… con su compañero amenazado de muerte y forzando a su mente a no pensar más que en la salvación de su joven hijo. Aquella revelación creó un fuerte lazo de unión entre ella y la madre de Paul, y Chani tendió su mano y tomó la de Jessica. El apretón fue casi doloroso en su intensidad.

—Está vivo —dijo Jessica—. Te aseguro que está vivo. Pero el hilo de su vida es tan delgado que es muy fácil que escape a cualquier detección. Algunos de los jefes murmuran ya que es la madre quien habla y no la Reverenda Madre, que mi hijo está realmente muerto y que me niego a entregar su agua a la tribu.

—¿Cuánto tiempo hace que está así? —preguntó Chani. Liberó su mano de la de Jessica y avanzó en la estancia.

—Tres semanas —dijo Jessica—. He pasado cerca de una semana intentando revivirlo. Ha habido reuniones, discusiones… investigaciones.

Después te he llamado. Los Fedaykin obedecen mis órdenes, de otro modo no hubiera conseguido retrasar el… —se humedeció los labios y calló, observando a Chani mientras ésta se acercaba a Paul.

Chani se detuvo al lado de Paul, contemplando su rostro, la naciente barba, los párpados cerrados, las altas cejas, la afilada nariz… aquellos rasgos tan tranquilos en su rígido reposo.

—¿Cómo se nutre? —preguntó Chani.

—Las necesidades de su carne son tan reducidas que aún no ha necesitado alimentos —dijo Jessica.

—¿Cuánta gente sabe lo que ha ocurrido? —preguntó Chani.

—Sólo los consejeros personales, algunos jefes, los Fedaykin y, por supuesto, aquél que le haya administrado el veneno.

—¿Hay algún indicio de quién ha sido?

—No, y no es porque no lo hayamos investigado —dijo Jessica.

—¿Qué es lo que dicen los Fedaykin? —preguntó Chani.

—Creen que Paul está sumido en un trance sagrado, reuniendo sus santos poderes para las batallas finales. Es algo que yo misma he cultivado.

Chani se arrodilló al lado del lecho, hasta casi rozar el rostro de Paul. Captó inmediatamente una diferencia en el aire alrededor de su rostro… pero sólo había el olor de la especia, la omnipresente especia cuyo perfume envolvía toda la vida de los Fremen. Sin embargo…

—Vosotros no habéis nacido entre la especia, como nosotros —dijo Chani—. ¿Has pensado que su cuerpo puede haberse rebelado contra una excesiva cantidad de especia en su dieta?

—Todas las reacciones alérgicas son negativas —dijo Jessica. Cerró los ojos, tanto para borrar aquella escena de su vista como porque, de pronto, se dio cuenta de lo agotada que estaba. *¿Cuánto tiempo hace que no duermo?* , se preguntó. *Demasiado.*

—Cuando transformas el Agua de Vida —dijo Chani—, lo haces en tu interior, gracias a tu percepción interior. ¿Has usado esa percepción para analizar su sangre?

—Es sangre Fremen normal —dijo Jessica—. Completamente adaptada a la dieta y a la vida de este lugar.

Chani se sentó sobre sus talones, ahogando su miedo en sus pensamientos mientras examinaba el rostro de Paul. Era una técnica

que había aprendido observando a las Reverendas Madres. El tiempo podía servir a la mente. Toda la atención podía ser concentrada en un único pensamiento.

—¿Hay un hacedor aquí? —preguntó de pronto.

—Hay varios —dijo Jessica, con un toque de cansancio—. Procuramos que nunca nos falten en esos días. Cada victoria requiere una bendición. Cada ceremonia antes de una incursión…

—Pero Paul-Muad'Dib se ha mantenido siempre alejado de estas ceremonias —dijo Chani.

Jessica asintió para sí misma, recordando los ambivalentes sentimientos de su hijo en sus enfrentamientos con la droga de especia, y la consciencia presciente que esta suscitaba en él.

—¿Cómo sabes tú esto? —preguntó Jessica.

—Es lo que se dice.

—Se dicen demasiadas cosas —dijo Jessica amargamente.

—Tráeme Agua del hacedor sin transformar —dijo Chani.

Jessica se envaró ante el tono imperioso de la voz de Chani; luego, observando la intensa concentración de la joven, se relajó y dijo:

—Ahora mismo —y salió a través de los cortinajes en busca de un maestro de agua.

Chani permanecía sin apartar sus ojos de Paul. *Si ha intentado hacer esto* , pensó, *y es el tipo de cosa que podría intentar…*

Jessica regresó junto a Chani, arrodillándose a su lado y entregándole un bocal. El intenso olor del veneno azotó el olfato de Chani. Metió un dedo en el líquido y lo colocó muy cerca de la nariz de Paul.

La piel a lo largo del puente de la nariz se estremeció. Lentamente, sus aletas se dilataron.

Jessica jadeó.

Chani tocó con su dedo húmedo el labio superior de Paul.

Paul inspiró profunda, penosamente.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Jessica.

—Calma —dijo Chani—. Tienes que convertir un poco de agua sagrada. ¡Aprisa!

Sin hacer ninguna pregunta, porque por el tono de voz de Chani había comprendido que ésta sabía ya lo que ocurría, Jessica tomó el bocal y bebió una pequeña cantidad de líquido.

Los ojos de Paul se abrieron. Miró a Chani.

—No es necesario que transforme el Agua —dijo. Su voz era débil pero firme.

Jessica, al mismo tiempo que notaba el contacto del líquido en su lengua, sintió que su cuerpo reaccionaba, convirtiendo el veneno casi automáticamente. Con la sensibilidad acrecentada que suscitaba la ceremonia, percibió el flujo vital que emanaba de Paul… una radiación que registraron todos sus sentidos.

En aquel instante, supo.

—¡Has bebido el agua sagrada! —balbuceó.

—Una gota —dijo Paul—. Muy poco… una gota.

—¿Cómo has podido cometer una locura así? —preguntó ella.

—Es tu hijo —dijo Chani.

Jessica la fulminó con la mirada.

Una extraña sonrisa, mezcla de ternura y comprensión, apareció en los labios de Paul.

—Escucha a mi amada —dijo—. Escúchala, madre. Ella sabe.

—Aquello que los otros pueden hacer, ha de hacerlo también él —dijo Chani.

—Cuando he tenido esta gota en mi boca —dijo Paul—, cuando la he sentido y gustado, cuando he sabido el efecto que causaba en mí, entonces he comprendido que hubiera podido hacer aquello mismo que tú has hecho, madre. Vuestros instructores Bene Gesserit hablan del Kwisatz Haderach, pero ni siquiera pueden imaginar en cuántos lugares he estado. En los pocos minutos que… —se interrumpió, mirando a Chani con un perplejo fruncimiento de cejas—. ¿Chani? ¿Cómo estás aquí? Se supone que tendrías que estar… ¿Por qué estás aquí?

Intentó levantarse sobre sus codos. Chani le empujó suavemente para que se volviera a tender.

—Por favor, Usul —dijo.

—Me siento tan débil —dijo él. Su mirada recorrió la estancia—. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Has permanecido durante tres semanas en un coma tan profundo que la chispa de la vida parecía haberse extinguido en ti —dijo Jessica.

—Pero era… La tomé hace apenas un instante y…

—Un instante para ti, tres semanas de angustia para mí —dijo Jessica.

—Era tan sólo una gota, pero la transformé —dijo Paul—. Transformé el Agua de Vida —y antes de que Chani o Jessica pudieran detenerle, hundió una mano en el bocal que había dejado en el suelo a su lado, y se la llevó chorreante a la boca, bebiendo el líquido recogido en su palma formando cuenco.

—¡Paul! —gritó Jessica.

Él le aferró una mano, volvió hacia ella un rostro deformado por un rictus mortal, y la embistió con toda su percepción.

La interpenetración no fue tan tierna, tan completa, tan absoluta como lo había sido con Alia y con la Vieja Reverenda Madre de la caverna… pero fue una interpenetración: un compartir absoluto de todo el ser. Jessica se sintió sacudida, debilitada, y se replegó sobre sí misma en su mente, temerosa de su hijo.

—¿Has hablado de un lugar donde no puedes entrar? —dijo él en voz alta—. Quiero ver este lugar que la Reverenda Madre no puede afrontar.

Ella agitó la cabeza, aterrorizada por el empuje de los pensamientos que la asaltaban.

—¡Muéstramelo!

—¡No!

Pero no podía escapar. Subyugada por su terrible fuerza, cerró los ojos y se concentró en sí misma en la dirección-donde-todo-es-tinieblas.

La consciencia de Paul la envolvió, penetró con ella en la profunda oscuridad. Jessica entrevió vagamente el lugar, antes de que su mente huyera vencida por el terror. Sin saber por qué, todo su cuerpo temblaba por aquello que apenas había entrevisto… una región azotada por el viento, donde danzaban chispas incandescentes, donde pulsaban anillos de luz y largas hileras de tumescentes formas blancas fluían en torno a las luces, empujadas por las tinieblas y por el viento que venía de ninguna parte.

Abrió los ojos, viendo que Paul continuaba mirándola. Seguía estrechando aún su mano, pero la terrible unión había cesado. Dominó su temblor. Paul soltó su mano. Fue como si se hubieran roto los hilos que la sustentaban. Caviló, y hubiera caído si Chani no hubiera corrido a sostenerla.

—¡Reverenda Madre! —dijo Chani—. ¿Qué ocurre?

—Cansada —murmuró Jessica—. Muy… cansada.

—Aquí —dijo Chani—. Siéntate aquí. —Ayudó a Jessica hasta un almohadón junto a la pared.

El contacto de aquellos jóvenes y fuertes brazos hicieron bien a Jessica. Se aferró a Chani.

—¿Ha visto realmente con el Agua de Vida? —preguntó Chani. Se soltó de las manos de Jessica.

—Ha visto —susurró Jessica. Su mente estaba aún alterada por el contacto. Era como si acabara de alcanzar nuevamente la tierra firme después de pasar semanas en un mar tempestuoso. Sintió a la vieja Reverenda Madre dentro de ella… y a todas las demás, que se habían despertado y preguntaban: *¿Qué ha sido? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estaba ese lugar?*

Pero sobre todos los demás la dominaba el pensamiento de que su hijo era el Kwisatz Haderach, aquel que podía estar en muchos lugares al mismo tiempo. Era el sueño Bene Gesserit convertido en realidad. Y aquella realidad no le proporcionaba ninguna paz.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Chani.

Jessica agitó la cabeza.

—Hay en cada uno de nosotros —dijo Paul— una antigua fuerza que toma, y una antigua fuerza que da. Ya le es muy difícil a un hombre afrontar aquel lugar dentro de sí mismo donde reina la fuerza que toma, pero le es casi imposible contemplar la fuerza que da sin transformarse en algo distinto a un hombre. Para una mujer, la situación es exactamente a la inversa.

Jessica alzó los ojos, viendo a Chani que la observaba a ella mientras escuchaba a Paul.

—¿Me comprendes, madre? —preguntó Paul.

Ella pudo tan sólo asentir con la cabeza.

—Estas cosas dentro de nosotros son tan antiguas —dijo Paul— que están difundidas por todas las células de nuestros cuerpos. Somos modelados por estas fuerzas. Uno puede decirse a sí mismo:

«Sí, comprendo como puede ser esta cosa». Pero cuando uno mira dentro de sí mismo y debe afrontar las fuerzas primordiales de nuestra existencia, entonces es cuando ve el peligro. El mayor peligro del que da, es la fuerza del que toma. El mayor peligro del que toma, es la fuerza del que da. Es tan fácil ser arrollado por la fuerza que da, como por la que toma.

—Y tú, hijo mío —preguntó Jessica—, ¿eres uno de los que da o uno de los que toma?

—Soy exactamente el fulcro. No puedo dar sin tomar y no puedo tomar sin… —se interrumpió, mirando hacia la pared a su derecha.

Chani sintió un soplo de aire rozarle su mejilla, y se volvió para ver cerrarse los cortinajes.

—Era Otehym —dijo Paul—. Estaba escuchando.

Aceptando aquellas palabras, Chani se sintió tocada por algo de la presciencia que había en Paul, y supo algo que aún no había ocurrido como si fuera un acontecimiento del pasado. Otheym hablaría de cuanto había visto y oído. Otros difundirían la historia, hasta que se esparciría como una mar de llamas por todo el planeta. Paul-Muad’Dib no es como los demás hombres, dirían. Ya no hay la menor duda. Es un hombre, y sin embargo puede ver a través del Agua de vida como una Reverenda Madre. Es realmente el Lisan al-Gaib.

—Tú has visto el futuro, Paul —dijo Jessica—. ¿Puedes decirnos lo que has visto?

—No el futuro —dijo él—. He visto el Ahora. —Se obligó a sentarse, rechazando la ayuda de Chani que avanzaba hacia él—. El espacio por encima de Arrakis está repleto de naves de la Cofradía.

Jessica tembló ante la firmeza de su voz.

—Incluso el propio Emperador Padishah está aquí —dijo Paul. Miró el techo rocoso de la celda—. Con su Decidora de Verdad favorita y cinco legiones de Sardaukar. El viejo Barón Vladimir Harkonnen está aquí con Thufir Hawat a su lado y siete naves repletas con todos los hombres que ha podido reclutar. Cada Gran Casa tiene sus tropas encima de nosotros… esperando.

Chani agitó la cabeza, incapaz de apartar su mirada de Paul. El extraño halo que emanaba de él, la atonía de su voz, la forma en que la miraba, como si lo hiciera a través de ella, la fascinaban.

Jessica intentó tragar saliva, pero su garganta estaba seca.

—¿Qué es lo que están esperando? —dijo.

Paul volvió su mirada hacia ella.

—El permiso de la Cofradía para aterrizar. La Cofradía abandonará en Arrakis a cualquier fuerza que aterrice sin su permiso.

—¿La Cofradía está protegiéndonos? —preguntó Jessica.

—¡Protegiéndonos! Ha sido la Cofradía quien ha creado esta situación, divulgando lo que estamos haciendo en Arrakis y bajando las tarifas del transporte de tropas hasta el punto que incluso las Casas más pobres están ahí arriba, a la espera de poder saquear algo.

Jessica notó la ausencia de amargura en lo que decía, y se preguntó la razón. No había duda en sus palabras… había hablado con la misma fuerza que la noche que le había revelado la vía del futuro que los llevaría hasta los Fremen.

Paul inspiró profundamente.

—Madre, debes cambiar una cantidad del Agua para nosotros. Necesitamos el catalizador. Chani, quiero que se envíe una patrulla de exploradores al desierto… que encuentren una masa de preespecia. Si echamos una cantidad del Agua de Vida sobre una masa de preespecia, ¿sabes lo que ocurrirá?

Jessica sopesó un instante sus palabras, luego comprendió bruscamente.

—¡Paul! —exclamó.

—El Agua de Muerte —dijo él—. Será una reacción en cadena —apuntó un dedo hacia el suelo—. Esparcerá la muerte entre los pequeños hacedores, destruyendo un vector del ciclo vital que comprende la especia y los hacedores. Arrakis se convertirá en una desolación… sin especia ni hacedores.

Chani se llevó una mano a la boca, aterrada e incapaz de hablar ante la blasfemia surgida de labios de Paul.

—Quién puede destruir algo es quien lo controla —dijo Paul—. Nosotros podemos destruir la especia.

—¿Qué es lo que detiene la mano de la Cofradía? —susurró Jessica.

—Están buscándome —dijo Paul—. ¡Piensa en ello! Los mejores navegantes de la Cofradía, hombres que pueden explorar a través del tiempo en busca de las rutas más seguras para los más veloces

Cruceros, todos están buscándome… y son incapaces de encontrarme. ¡Cómo tiemblan! ¡Saben que aquí tengo su secreto! —Paul levantó sus manos, formando una copa—. ¡Sin la especia están ciegos!

Chani encontró su voz.

—¡Has dicho que veías el *ahora* !

Paul se tendió de nuevo, escrutando las dimensiones del *presente* , cuyos límites se extendían hacia el futuro y el pasado, luchando para conservar la presciencia mientras comenzaba a desvanecerse en su interior el efecto de la especia.

—Ve y haz lo que te he ordenado —dijo—. El futuro es tan confuso para mí como lo es para la Cofradía. Las líneas de visión se restringen. Todas se concentran aquí donde está la especia… pero ellos nunca se habían atrevido a intervenir antes… por miedo a que su interferencia les hiciera perder aquello que necesitaban absolutamente. Pero ahora están desesperados. Todos los caminos se hunden en las tinieblas.

46

Y llegó el día en el cual Arrakis se encontró en el centro del universo, con todo lo demás girando a su alrededor.

De *El despertar de Arrakis* , por la PRINCESA IRULAN

—¡Mira esto! —susurró Stilgar.

Paul estaba tendido a su lado, en una hendidura que se abría en la pared superior de la Muralla Escudo, con los ojos pegados al ocular de un telescopio Fremen. Las lentes de aceite estaban enfocadas sobre un transporte ligero que se destacaba contra las luces del alba, en la depresión bajo ellos. La cara de la espacionave que daba al este brillaba ya a los resplandores de la luz del sol, mientras la otra estaba aún inmersa en las sombras, ofreciendo las hileras de sus lucernas a través de las cuales resplandecía la amarilla luz de los globos encendidos durante la noche. Más allá de la nave, la ciudad de Arrakeen yacía inmóvil, gélida y brillante a la luz del naciente sol.

No era el transporte lo que había excitado a Stilgar, se dijo Paul, sino la construcción de la cual la nave era tan sólo el pilar central. Una única y gigantesca estructura metálica de varios pisos que se extendía alrededor de la nave en un radio de al menos mil metros, una enorme tienda compuesta de planchas metálicas ensambladas… la residencia temporal de cinco legiones de Sardaukar y de su Majestad Imperial, el Emperador Padishah Shaddam IV.

Desde su posición agachada, al lado de Paul, Gurney Halleck dijo:

—He contado nueve pisos. Debe haber un buen número de Sardaukar ahí dentro.

—Cinco legiones —dijo Paul.

—Se está haciendo de día —siseó Stilgar—. No nos gusta que te expongas personalmente, Muad’Dib. Volvamos entre las rocas.

—Estoy completamente seguro aquí —dijo Paul.

—Esta nave está equipada con armas a proyectiles —dijo Gurney.

—Creen que estamos protegidos con escudos —dijo Paul—. Además, aunque nos vieran, no malgastarían sus municiones en un trío no identificado.

Paul alzó el telescopio para examinar la pared opuesta de la depresión, viendo las carcomidas rocas y los desprendimientos que señalaban la tumba de tantos hombres de su padre. Y tuvo la momentánea impresión de que las sombras de aquellos hombres lo estaban mirando en aquel instante. Las fortificaciones Harkonnen y las ciudades a todo lo largo de la amurallada zona habían caído en manos de los Fremen o estaban aisladas como ramas cortadas de una planta. Sólo aquella depresión y aquella ciudad seguían en manos del enemigo.

—Podrían intentar una salida con tóptero, si nos vieran —dijo Stilgar.

—Deja que lo hagan —dijo Paul—. Tenemos un montón de tópteros a nuestra disposición, hoy… y sabemos que se está acercando una tormenta.

Apuntó el telescopio hacia el lado opuesto del campo de aterrizaje de Arrakeen, donde estaban alineadas las fragatas de los Harkonnen, con una bandera de la Compañía CHOAM flotando lentamente bajo ella, empujada por una suave brisa. Y pensó que únicamente la desesperación había obligado a la Cofradía a permitir que aquellos dos grupos aterrizaran, mientras los demás eran mantenidos en reserva. La Cofradía se comportaba como un hombre tanteando la arena con la punta de su pie para verificar su temperatura antes de plantar una tienda.

—¿Hay alguna otra cosa que ver? —preguntó Gurney—. Tendríamos que ponernos a cubierto. La tormenta *está* llegando.

Paul observó de nuevo la gigantesca estructura.

—Han traído incluso a sus mujeres —dijo—. Y lacayos y servidores. Ahhh, mi querido Emperador, qué confiado eres.

—Hay hombres acercándose por el pasaje secreto —dijo Stilgar—. Deben ser Otheym y Korba que regresan.

—De acuerdo, Stil —dijo Paul—. Volvamos.

Pero lanzó una última ojeada a través del telescopio a la enorme planicie con todas sus naves, la gigantesca estructura metálica, la silenciosa ciudad, las fragatas de los mercenarios Harkonnen. Luego retrocedió por la escarpadura rocosa. Un Fedaykin lo sustituyó al telescopio.

Paul fue a salir a una pequeña depresión en la superficie de la Muralla Escudo. Era un lugar de unos treinta metros de diámetro y unos tres metros de profundidad, una formación natural de la roca que los Fremen habían disimulado bajo una cobertura de camuflaje translúcida. El equipo de comunicaciones estaba agrupado alrededor de una cavidad

en la pared de la derecha. Los Fedaykin, esparcidos por los alrededores, aguardaban la orden de ataque de Muad'Dib.

Dos hombres emergieron de la cavidad junto al equipo de comunicaciones y hablaron con los guardias que estaban allí.

Paul miró a Stilgar y señaló con la cabeza en dirección a los dos hombres.

—Trae su informe, Stil.

Stilgar obedeció.

Paul se acurrucó, la espalda contra la roca, tensando sus músculos, y volvió a levantarse. Vio a Stilgar que despedía a los dos hombres, que desaparecieron en la negra cavidad en la roca, para descender a lo largo del estrecho túnel excavado por manos humanas hasta abajo, hasta el suelo de la depresión.

Stilgar se acercó a Paul.

—¿Qué era tan importante que no han podido enviar un cielago con el mensaje? —preguntó Paul.

—Guardan sus pájaros para la batalla —dijo Stilgar. Lanzó una ojeada al equipo de comunicaciones, luego volvió a mirar a Paul—. Aún usando una banda de frecuencia muy reducida, no tendríamos que utilizar esto, Muad'Dib. Podrían localizarnos rastreando el origen de nuestras emisiones.

—Dentro de poco estarán demasiado ocupados como para buscarnos —dijo Paul—. ¿Qué dice el informe de esos hombres?

—Nuestros bienamados Sardaukar han sido soltados cerca de la Vieja Hendidura y están regresando hacia su amo. Los lanzacohetes y las demás armas a proyectiles están emplazadas. Nuestra gente se ha desplegado según tus órdenes. Todo simple rutina.

Paul paseó su mirada por los hombres que aguardaban a su alrededor, estudiando sus rostros a la luz que atravesaba la cubierta de camuflaje. El tiempo era como un insecto abriéndose camino a través de la roca.

—Imagino que nuestros dos Sardaukar necesitarán hacer un buen trecho de camino a pie antes de poder enviar una señal a un transporte de tropas —dijo Paul—. ¿Son vigilados?

—Son vigilados —dijo Stilgar.

Junto a Paul, Gurney Halleck carraspeó.

—¿No sería mejor que buscáramos un lugar un poco más seguro? —dijo.

—No hay ningún lugar seguro —dijo Paul—. ¿Los informes sobre el tiempo siguen siendo favorables?

—La tormenta que está llegando es una bisabuela de todas las tormentas —dijo Stilgar—. ¿No la notas llegar, Muad'Dib?

—El aire me dice que se acerca algo distinto —admitió Paul—. Pero considero que el empalar la arena es un método más seguro de predicción.

—La tormenta estará aquí dentro de una hora —dijo Stilgar. Señaló con la cabeza la hendidura que se abría a la estructura del Emperador y las fragatas de los Harkonnen—. Incluso ellos lo saben. No hay ni un tóptero en el cielo. Todo ha sido cubierto y asegurado. Han recibido un informe acerca de las condiciones del tiempo de sus amigos del espacio.

—¿No ha habido más salidas? —preguntó Paul.

—Ninguna desde que aterrizaron la pasada noche —dijo Stilgar—. Saben que estamos aquí. Creo que están esperando elegir su momento.

—Somos nosotros quienes elegiremos el momento —dijo Paul.

Gurney miró hacia el cielo.

—Si *ellos* nos lo permiten —gruñó.

—Esa flota permanecerá en el espacio —dijo Paul.

Gurney agitó la cabeza.

—No tienen otra elección —dijo Paul—. Nosotros podemos destruir la especia. La Cofradía no correrá ese riesgo.

—La gente desesperada es la más peligrosa —dijo Gurney.

—¿No estamos nosotros desesperados? —preguntó Stilgar.

Gurney lo miró, ceñudo.

—Tú no has vivido el sueño de los Fremen —advirtió Paul—. Stilgar piensa en toda el agua que hemos malgastado en corrupción, en todos estos años de espera antes de que Arrakis pueda florecer. No es…

—Arrrgh —gruñó Gurney.

—¿Por qué está tan pesimista? —preguntó Stilgar.

—Siempre está pesimista antes de una batalla —dijo Paul—. Es la única forma de humorismo que se permite Gurney.

Lentamente, una sonrisa lobuna se dibujó en el rostro de Gurney, y sus dientes brillaron por encima de la mentonera de su destiltraje.

—Me deprime el pensamiento de tantas pobres almas Harkonnen que vamos a enviar al más allá sin que tengan oportunidad de arrepentirse —dijo.

Stilgar lanzó una risita.

—Habla como un Fedaykin —dijo.

—Gurney nació para ser un comando de la muerte —dijo Paul. Y pensó: *Sí, que ocupen sus mentes charlando así antes del momento de lanzarnos al ataque contra esa fuerza reunida ahí en la planicie.* Lanzó otra ojeada hacia la hendidura en la pared de roca y luego volvió a mirar a Gurney, observando que el trovador-guerrero había reasumido su expresión ceñuda.

—Las preocupaciones minan las fuerzas —murmuró Paul—. Tú mismo me lo dijiste una vez, Gurney.

—Mi Duque —dijo Gurney—, mi mayor preocupación son las atómicas. Si las utilizas para abrir una brecha en la Muralla Escudo…

—Esa gente no utilizará las atómicas contra nosotros —dijo Paul—. No se atreverán… por el mismo motivo que les impide correr el riesgo de que destruyamos la fuente de la especia.

—Pero la prohibición…

—¡La prohibición! —exclamó Paul—. Es el miedo y no la prohibición lo que impide que las Grandes Casas se ataquen mutuamente a golpes de atómicas. El lenguaje de la Gran Convención es lo suficientemente claro: «El uso de atómicas contra seres humanos será penado con la destrucción planetaria». Nosotros vamos a emplearlas contra la Muralla Escudo, no contra seres humanos.

—La diferencia es sutil —dijo Gurney.

—Los leguleyos de ahí abajo se sentirán felices de admitirla —dijo Paul —. No hablemos más de ello.

Se volvió, deseando sentir en su interior la seguridad y la confianza de que había hecho ostentación.

—¿Las gentes de la ciudad? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Están también en posición?

—Sí —murmuró Stilgar.

Paul lo miró.

—¿Qué es lo que te está comiendo?

—Nunca he confiado completamente en los hombres de la ciudad —dijo Stilgar.

—Yo también fui en mi tiempo un hombre de la ciudad —dijo Paul.

Stilgar se envaró. La sangre fluyó a su rostro.

—Muad'Dib sabe que yo no quería decir…

—Sé lo que querías decir, Stil. Pero aquí no se trata de lo que tú crees acerca de un hombre, sino de lo que hace realmente este hombre. Esa gente de la ciudad tiene sangre Fremen. Sólo que aún no ha aprendido a romper sus cadenas. Somos nosotros quienes tenemos que enseñárselo.

Stilgar asintió.

—Nuestra vida nos ha acostumbrado a pensar así, Muad'Dib —dijo con voz grave—. En la Llanura Funeral es donde hemos aprendido a despreciar a los hombres de las comunidades.

Paul miró a Gurney, y observó que éste estaba estudiando a Stilgar.

—Gurney, explícale por qué la gente de la ciudad ha sido arrojada de sus casas por los Sardaukar.

—Un viejo truco, mi Duque. Han pensado que llenarnos de refugiados nos acarrearía problemas.

—Las últimas guerrillas están tan lejos en el tiempo que los poderosos han olvidado por completo cómo combatirlas —dijo Paul—. Los Sardaukar han seguido nuestro juego. Han tomado algunas mujeres de la ciudad para divertirse con ellas, y han decorado sus estandartes de batalla con las cabezas de los hombres que se han opuesto. Así han desencadenado un odio febril en gente que de otro modo hubiera considerado la inminente batalla tan sólo como un gran inconveniente… y la posibilidad de cambiar un dueño por otro. Los Sardaukar han reclutado para nosotros, Stil.

—La gente de la ciudad parece ansiosa por combatir —dijo Stilgar.

—Y su odio es fresco y limpio —dijo Paul—. Es por eso que la usaremos como tropas de asalto.

—Sus pérdidas serán tremendas —dijo Gurney.

Stilgar asintió con la cabeza.

—Conocen los riesgos —dijo Paul—. Saben que cada Sardaukar que maten será uno menos para nosotros. ¿Comprendéis? Ahora tienen una razón por la cual morir. Han descubierto que forman un pueblo. Están despertando.

Una sofocada exclamación llegó procedente del hombre que estaba al telescopio. Paul avanzó hacia la escarpadura.

—¿Qué es lo que ocurre ahí fuera? —preguntó.

—Una gran conmoción, Muad'Dib —dijo el observador—. En esa monstruosa tienda de metal. Un vehículo de superficie acaba de llegar del Borde Oeste de la Muralla, y parecía un halcón picando sobre un nido de perdices.

—Nuestros cautivos Sardaukar han llegado —dijo Paul.

—Han emplazado un escudo rodeando el terreno —dijo el observador—. Puedo ver el aire danzando hasta los límites de los almacenes de especia.

—Ahora saben contra quién van a combatir —dijo Gurney—. ¡Ahora las bestias Harkonnen deben estar inquietas y temblando ante el pensamiento de que aún hay un Atreides con vida!

Paul se dirigió al Fedaykin que estaba al telescopio.

—Vigila bien la bandera en el mástil de la nave del Emperador. Si mi estandarte es izado allí…

—No lo será —dijo Gurney.

Paul observó el fruncido ceño de Stilgar.

—Si el Emperador acepta mis reivindicaciones, lo señalará izando el estandarte de los Atreides sobre Arrakis. Entonces usaremos el segundo plan, atacando tan sólo a los Harkonnen. Los Sardaukar permanecerán aparte, dejando que terminemos de arreglar el asunto entre nosotros.

—No tengo experiencia en esas cosas de otros planetas —dijo Stilgar—. He oído hablar de ello, pero me parece improbable que…

—No se necesita experiencia para saber lo que harán —dijo Gurney.

—Están izando una nueva bandera en la nave principal —dijo el observador—. La bandera es amarilla… con un círculo negro y rojo en el centro.

—Una maniobra muy sutil —dijo Paul—. La bandera de la Compañía CHOAM.

—Es la misma bandera de las otras naves —dijo el guardia Fedaykin.

—No comprendo —dijo Stilgar.

—Una maniobra muy sutil, sí —dijo Gurney—. Si hubiesen izado la bandera de los Atreides, hubieran tenido que reconocer más tarde todo lo que esto implicaba. Hay demasiados observadores alrededor. Hubieran podido responder también con los colores de los Harkonnen… lo cual hubiera sido una abierta declaración de que estaban de su parte. Pero no… han izado los colores de la CHOAM. Así les dicen a la gente de ahí… —Gurney apuntó hacia el espacio—… dónde están los beneficios. Les dicen que les importa poco que sea un Atreides o cualquier otro el que esté aquí.

—¿Cuánto falta aún para que la tormenta alcance la Muralla Escudo? —preguntó Paul.

Stilgar se volvió y consultó a uno de los Fedaykin en la hondonada.

—Muy poco, Muad’Dib —dijo luego—. Llegará mucho antes de lo esperado. Es la tatarabuela de una tormenta… quizá mayor de lo que desearíamos.

—Es mi tormenta —dijo Paul, y vio la silenciosa expresión de respetuoso temor en los rostros de los Fedaykin—. Aunque sacudiera todo el planeta, no sería demasiado para mí. ¿Golpeará la Muralla Escudo?

—Lo suficiente como para que no se note la menor diferencia —dijo Stilgar.

Un correo apareció por la cavidad que conducía al pie de la depresión.

—Los Sardaukar y las patrullas Harkonnen se están retirando, Muad’Dib —dijo.

—Suponen que la tormenta arrojará demasiada arena en la depresión como para mantener la visibilidad —dijo Stilgar—. Creen que incluso nosotros nos vamos a ver paralizados.

—Di a nuestros artilleros que tomen bien la puntería antes de que desaparezca la visibilidad —dijo Paul—. Deben partirles la nariz a cada una de aquellas naves apenas la tormenta haya destruido los escudos. —Se acercó a la pared rocosa, alzó una esquina de la cobertura de

camuflaje y observó el cielo. Ya se veían las ondeantes colas de caballo de la arena arrastrada por el viento en la creciente oscuridad atmosférica. Paul volvió a colocar la cobertura—. Que nuestros hombres empiecen a descender, Stil —dijo.

—¿Tú no vienes con nosotros? —preguntó Stilgar.

—Me quedaré aún un poco con los Fedaykin —dijo Paul.

Stilgar alzó los hombros, en un gesto de entendimiento hacia Gurney, y avanzó hacia la cavidad, desapareciendo en la negrura.

—Dejo en tus manos el disparador que hará saltar la Muralla Escudo, Gurney —dijo Paul—. ¿Cuento contigo?

—Cuentas conmigo.

Paul hizo una seña a un lugarteniente Fedaykin.

—Otheym, retira las patrullas de control del área de explosión. Deben alejarse antes de que la tormenta llegue allí.

El hombre hizo una inclinación y siguió a Stilgar.

Gurney avanzó hacia la hendidura y se dirigió al hombre del telescopio.

—Vigila atentamente la pared sur. Estará completamente indefensa hasta que la hagamos saltar.

—Envía un ciélago con una señal de tiempo —ordenó Paul.

—Algunos vehículos de superficie se dirigen hacia la pared sur —dijo el hombre del telescopio—. Algunos están usando armas a proyectiles como prueba. Nuestra gente está utilizando escudos corporales como ordenaste. Los vehículos se han detenido.

En el repentino silencio, Paul oyó los demonios del viento aullando en el cielo… el frente de la tormenta. La arena comenzaba a infiltrarse en la cavidad a través de los orificios de la cubierta de camuflaje. Después, un golpe de viento arrancó la cubierta y se la llevó con él.

Paul hizo una seña a sus Fedaykin para que se pusieran a cubierto y se acercó a los hombres del equipo de comunicaciones cerca de la boca del túnel. Gurney lo siguió. Paul se inclinó sobre los operadores.

—Una re-tatarabuela de una tormenta, Muad’Dib —dijo uno de ellos.

Paul observó el cielo cada vez más oscurecido.

—Gurney, haz que los observadores de la pared sur se retiren —dijo. Tuvo que repetir su orden para ser oído por encima del creciente ruido de la tormenta.

Gurney se alejó para transmitir su orden.

Paul ajustó el filtro sobre su rostro, asegurando la capucha de su destiltraje.

Gurney regresó.

Paul tocó su hombro y señaló hacia el disparador, a la entrada del túnel, tras el operador. Gurney entró en la cavidad y se detuvo allí, con una mano en el disparador y la mirada fija en Paul.

—Ningún mensaje —dijo el operador junto a Paul—. Mucha estática.

Paul asintió, con sus ojos fijos en el cuadrante graduado en tiempo estándar frente al operador. Luego miró a Gurney, alzó una mano, volvió su atención al cuadrante. La aguja inició su último giro.

—¡Ahora! —gritó Paul, y bajó su mano.

Gurney pulsó el disparador.

Pareció pasar todo un segundo antes de que el suelo bajo ellos comenzara a sacudirse y a temblar. El retumbante sonido se añadió al rugido de la tormenta.

El observador Fedaykin del telescopio apareció junto a Paul, con el telescopio firmemente sujeto bajo el brazo.

—¡La brecha en la Muralla Escudo está abierta, Muad’Dib! —gritó—. ¡La tormenta está sobre ellos y nuestros artilleros han abierto ya el fuego!

Paul tuvo la visión de la tormenta barriendo la depresión, mientras la carga estática de la muralla de arena destruía todos los escudos del campo enemigo a su paso.

—¡La tormenta! —gritó alguien—. ¡Debemos ponernos a cubierto, Muad’Dib!

Paul se arrancó de sus pensamientos, sintiendo los innumerables aguijones de la arena clavándose en la parte al descubierto de sus mejillas. *Ya está hecho* , pensó. Puso un brazo en el hombro del operador.

—¡Deja el equipo! —dijo—. Tenemos más en el túnel. —Se sintió empujado por los Fedaykin, que le rodeaban para protegerlo,

haciéndolo entrar por la boca del túnel, hundiéndolo en un brusco silencio, girando un ángulo para penetrar en una pequeña cámara iluminada por globos, con un nuevo túnel abriéndose al otro lado.

Otro operador estaba sentado ante su equipo.

—Mucha estática —dijo el hombre.

Vórtices de arena llenaban el aire a su alrededor.

—¡Sellad ese túnel! —gritó Paul. Un súbito silencio se adueñó del lugar cuando su orden fue obedecida—. ¿El camino hacia la depresión sigue abierto? —preguntó Paul.

Uno de los Fedaykin se alejó unos segundos, y regresó.

—La explosión ha causado un pequeño desprendimiento, pero los ingenieros dicen que el camino sigue abierto. Están quitando los estorbos con los láser.

—¡Diles que usen sus manos! —gritó Paul—. ¡Hay escudos en acción ahí!

—Van con cuidado, Muad'Dib —dijo el hombre, pero se volvió para obedecer.

El operador de afuera apareció con otros hombres, acarreando su equipo.

—¡Les dije a esos hombres que abandonaran su equipo! —dijo Paul.

—A los Fremen no les gusta abandonar material, Muad'Dib —dijo uno de los Fedaykin.

—Los hombres son ahora más importantes que el material —dijo Paul—. Dentro de poco tendremos más equipo del que podamos usar nunca, o ya no necesitaremos más equipo.

Gurney Halleck se acercó a él.

—He oído que el camino está abierto —dijo—. Estamos muy cerca de la superficie, mi Señor, si los Harkonnen responden a nuestro ataque.

—No están en situación de responder —dijo Paul—. En este momento están dándose cuenta de que ya no tienen escudos y que no pueden abandonar Arrakis.

—El nuevo puesto de mando está preparado de todos modos, mi Señor —dijo Gurney.

—Aún no me necesitan en el puesto de mando —dijo Paul—. El plan se desarrolla a la perfección incluso sin mí. Debemos esperar a que…

—Estoy recibiendo un mensaje, Muad'Dib —dijo el operador en el equipo de comunicaciones. El hombre agitó la cabeza, apretando el auricular contra su oído—. ¡Mucha estática! —Empezó a escribir rápidamente en un bloc ante él, agitando la cabeza, aguardando, escribiendo… aguardando.

Paul avanzó hasta situarse al lado del operador. Los Fedaykin se apartaron para dejarle paso. Miró por encima del hombro del operador lo que este había escrito. Leyó:

Incursión… en el Sietch Tabr… cautivos… Alia (espacio en blanco) familias de (espacio en blanco) están muertos… ellos (espacio en blanco) hijo de Muad'Dib.

El operador agitó de nuevo la cabeza.

Paul alzó los ojos, para tropezar con la mirada de Gurney.

—El mensaje está incompleto —dijo Gurney—. La estática. No puedes saber lo que…

—Mi hijo está muerto —dijo Paul, y supo en aquel mismo instante que lo que decía era verdad—. Mi hijo está muerto… y Alia está prisionera… como rehén. —Se sintió vacío, una cáscara sin emociones. Todo aquello que tocaba era muerte y dolor. Era como una enfermedad que podía difundirse por todo el universo.

Experimentaba la sabiduría de un viejo, la acumulación de innumerables experiencias en un número incontable de vidas. Alguien dentro de él pareció lanzar una risita y frotarse las manos.

Y Paul pensó: *¡El universo sabe tan poco acerca de la naturaleza de la verdadera crueldad!*

47

Y Muad'Dib se enfrentó a él y le dijo: «Aunque creamos que la prisionera está muerta, aún vive. Porque su semilla es mi semilla, y su voz es mi voz. Y ella ve más allá de las más lejanas fronteras de lo posible. Sí, ella ve hasta los más lejanos valles del ignoto debido a mí».

De *El despertar de Arrakis* , por la PRINCESA IRULAN

El Barón Vladimir Harkonnen esperaba de pie, con los ojos bajos, en la sala Imperial de audiencias, la ovalada selamlik del Emperador Padishah en el interior de la gran estructura. Con miradas furtivas, el Barón había estudiado la estancia de paredes metálicas y sus ocupantes… los noukkers, los pajes, los guardias, las tropas Sardaukar de la Casa alineadas a lo largo de las paredes cuya única decoración eran los estandartes desgarrados y sucios de sangre capturados en batalla.

Luego sonaron voces a la derecha de la estancia, haciendo ecos en un alto pasillo:

—¡Abrid paso! ¡Abrid paso a la Real Persona!

El Emperador Padishah Shaddam IV hizo su entrada en la sala de audiencias a la cabeza de su séquito. Permaneció de pie a la entrada, esperando a que el trono fuera instalado, ignorando al Barón, ignorando a todo el mundo en la estancia.

El Barón, por su parte, descubrió que no podía ignorar a la Real Persona, y estudió al Emperador buscando una señal, un mínimo indicio que le permitiera adivinar el porqué de aquella audiencia. El Emperador estaba inmóvil, impasible, esperando… una figura delgada y elegante en el gris uniforme Sardaukar con franjas de oro y plata. Su rostro delgado y sus gélidos ojos le recordaron al Barón el difunto Duque Leto. Tenía la misma mirada de ave de presa. Pero los cabellos del Emperador eran rojos, no negros, y la mayor parte de ellos estaban ocultos por un yelmo de Burseg negro como el ébano, con la cimera Imperial de oro sobre la corona.

Un grupo de pajes apareció con el trono. Era una maciza silla tallada en un único bloque de cuarzo de Hagal, azul verdoso y translúcido, con vetas de fuego amarillo. Fue situado en el estrado, y el Emperador subió a él y se sentó.

Una anciana envuelta en un aba negro con la capucha echada sobre la frente se destacó entonces del cortejo del Emperador y fue a situarse tras el trono, apoyando una descarnada mano en el respaldo de cuarzo.

Su rostro, a la sombra de la capucha, era la caricatura del de una bruja: ojos y mejillas hundidos, una protuberante nariz, una piel arrugada y surcada de abultadas venas.

El Barón detuvo su temblor al verla. La presencia allí de la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam, la Decidora de Verdad del Emperador, revelaba la importancia de aquella audiencia. El Barón apartó la mirada de ella y estudió el cortejo, buscando otros indicios. Había dos agentes de la Cofradía, uno alto y grueso, el otro pequeño y aún más grueso, ambos con lánguidos ojos grises. Tras los lacayos estaba una de las hijas del Emperador, la Princesa Irulan, una mujer de la que se decía había sido adiestrada en la más absoluta Manera Bene Gesserit, destinada a ser una Reverenda Madre. Era alta, rubia, con el rostro de una frágil belleza y unos ojos verdes que miraban traspasándolo a uno de parte a parte.

—Mi querido Barón.

El Emperador se había dignado notar su presencia. Su voz era de barítono y exquisitamente controlada. Parecía como si lo despidiera al mismo tiempo que lo saludaba.

El Barón se inclinó profundamente y avanzó hasta la posición requerida, a diez pasos del estrado.

—He venido a vuestro requerimiento, Majestad.

—¡Requerimiento! —graznó la vieja bruja.

—Vamos, Reverenda Madre —la regañó el Emperador, pero observó con aire divertido la turbación del Barón—. Ante todo, decidme dónde habéis enviado a vuestro favorito, Thufir Hawat.

El Barón lanzó ojeadas a diestro y siniestro, irritándose consigo mismo por no haber traído a sus propios guardias, aunque no le hubieran servido de gran cosa contra los Sardaukar. De todos modos…

—¿Bien? —dijo el Emperador.

—Ha desaparecido desde hace cinco días, Majestad —el Barón dirigió una ojeada a los agentes de la Cofradía, y luego volvió a mirar al Emperador—. Debía tomar tierra en una base de contrabandistas para intentar infiltrar algunos de sus hombres en el campo de ese fanático Fremen, ese Muad'Dib.

—¡Increíble! —dijo el Emperador.

Una de las sarmentosas manos de la bruja palmeó el hombro del Emperador. La mujer se inclinó hacia él y susurró algo a su oído.

El Emperador asintió.

—Cinco días, Barón —dijo—. Explicadme, ¿por qué no os habéis preocupado por su ausencia?

—¡Pero si me *he* preocupado, Majestad!

El Emperador continuó mirándolo, esperando. La Reverenda Madre emitió una cacareante risa.

—Lo que quiero decir, Majestad —dijo el Barón— es que ese Hawat morirá de todos modos dentro de muy pocas horas —y explicó lo del veneno residual y la constante necesidad de un antídoto.

—Muy ingenioso por vuestra parte, Barón —dijo el Emperador—. ¿Y dónde están vuestros sobrinos, Rabban y el joven Feyd-Rautha?

—La tormenta está llegando, Majestad. Los he enviado a inspeccionar nuestro perímetro, previniendo la posibilidad de un ataque Fremen amparado por la arena.

—Perímetro —dijo el Emperador. La palabra surgió como si su boca la hubiera escupido—. La tormenta no alcanzará esta depresión, y esa escoria Fremen no se atreverá a atacar mientras esté yo aquí con cinco legiones de Sardaukar.

—Por supuesto que no, Majestad —dijo el Barón—. Pero un exceso de preocupaciones nunca puede ser censurado.

—Ahhh —dijo el Emperador—. Censurar. Entonces, ¿no debo hablar de todo el tiempo que esta farsa de Arrakis me ha costado? ¿Ni de los beneficios de la Compañía CHOAM engullidos en este nido de ratas? ¿Ni de las ceremonias de la corte y todos los asuntos de estado que he tenido que aplazar, e incluso cancelar, a causa de este estúpido asunto?

El Barón bajó los ojos, aterrado por la cólera Imperial. Lo delicado de su posición allí, solo y dependiendo de la Convención y del dictum familia de las Grandes Casas, lo inquietaba. *¿Acaso quiere matarme?* , se preguntó el Barón. *¡No puede! No con todas las Grandes Casas esperando ahí arriba para aprovechar cualquier pretexto y arrancar un bocado de beneficios de esta crisis.*

—¿Habéis capturado algún rehén? —preguntó el Emperador.

—Es inútil, Majestad —dijo el Barón—. Esos locos Fremen celebran una ceremonia fúnebre por cada prisionero, y actúan como si ya estuviera muerto.

—¿De veras? —dijo el Emperador.

Y el Barón aguardó, lanzando ojeadas a diestra y siniestra a las metálicas paredes del selamlik, pensando en la monstruosa tienda metálica que se erguía a su alrededor. La ilimitada riqueza que aquello representaba provocó el respeto del Barón. *Lleva consigo pajes* , pensó el Barón, *e inútiles lacayos de corte, esas mujeres y sus compañeros… peluqueros, dibujantes, de todo… todos ellos parásitos de la Corte. Todos están aquí… adulándolo, conspirando, «pasando apuros» con el Emperador… todos aquí para poner término a este asunto, para escribir epigramas acerca de las batallas e idolatrar a los heridos.*

—Quizá no hayáis pensado en ningún momento en los rehenes adecuados —dijo el Emperador.

Sabe algo , pensó el Barón. El miedo pesaba como una piedra en su estómago, densa y fría. Era como el hambre, y durante un tiempo tembló bajo sus suspensores, sintiendo el deseo de pedir que le trajeran comida. Pero allí no había nadie que obedeciera sus órdenes.

—¿Tenéis alguna idea de quién pueda ser ese Muad'Dib? —preguntó el Emperador.

—Seguramente un Umma —dijo el Barón—. Un fanático Fremen, un aventurero religioso. Aparecen regularmente en los bordes de la civilización. Vuestra Majestad lo sabe.

El Emperador miró a su Decidora de Verdad, luego volvió ceñudamente su mirada al Barón.

—¿Y no sabéis nada más acerca de ese Muad'Dib?

—Un loco —dijo el Barón—. Pero todos los Fremen están un poco locos.

—¿Locos?

—Esa gente grita su nombre cuando van al combate. Las mujeres lanzan sus niños y se empalan ellas mismas en nuestros cuchillos para abrir una brecha a sus hombres cuando nos atacan. ¡No tienen… decencia!

—Eso es grave —murmuró el Emperador, y su tono de burla no escapó al Barón—. Contadme, ¿habéis explorado alguna vez las regiones polares al sur de Arrakis?

El Barón miró fijamente al Emperador, sorprendido por aquel brusco cambio de tema.

—Pero… Bien, Vuestra Majestad ya sabe que toda esa región es inhabitable, abierta a los vientos y a los gusanos. No hay la menor especia en aquellas latitudes.

—¿No habéis recibido ningún informe de los cargueros de especia acerca de las manchas verdes que han aparecido allí?

—Siempre ha habido tales informes. Algunos han dado lugar a investigaciones… hace mucho tiempo. Han sido vistas algunas plantas. Muchos tópteros se han perdido. Esto cuesta demasiado caro, Vuestra Majestad. Es un lugar donde uno no puede sobrevivir por mucho tiempo.

—Ciertamente —dijo el Emperador. Hizo chasquear sus dedos, y una puerta se abrió a su izquierda, detrás del trono. Dos Sardaukar aparecieron por la puerta, llevando a una niña que no parecía tener más de cuatro años. Llevaba un aba negro, y la capucha echada hacia atrás revelaba los cierres de un destiltraje que colgaban sueltos en su cuello. Sus ojos tenían el azul de los Fremen, y observaban a su alrededor desde un rostro suave y redondo. No parecía en absoluto asustada, y había algo en su mirada que turbó al Barón sin que pudiera explicar exactamente el por qué.

Incluso la vieja Decidora de Verdad Bene Gesserit dio un paso atrás cuando la niña pasó por su lado, e hizo un gesto en su dirección como para protegerse. La vieja bruja estaba obviamente turbada por la presencia de la niña.

El Emperador carraspeó, pero fue la niña quien habló primero… una voz balbuceante aún por su paladar blando, pero pese a todo clarísima.

—Así que este es —dijo. Avanzó hasta el borde de la plataforma—. No tiene muy buena apariencia, ¿eh?… un viejo gordo y asustado, demasiado blando para soportar su propia grasa sin ayuda de suspensores.

Era una declaración tan inesperada en boca de una niña que el Barón, pese a su rabia, la miró con la boca abierta sin proferir una palabra. *¿Acaso es una enana?* , se preguntó.

—Mi querido Barón —dijo el Emperador—, os presento a la hermana de Muad’Dib.

—La her… —el Barón centró su atención en el Emperador—. No comprendo.

—También yo, a veces, soy en exceso prudente —dijo el Emperador—. Se me informó de que en vuestras *deshabitadas* regiones meridionales se apreciaban huellas de actividad humana.

—¡Pero no es posible! —protestó el Barón—. Los gusanos… No hay más que arena hasta…

—Esa gente parece perfectamente capaz de evitar los gusanos —dijo el Emperador.

La niña se sentó en el estrado al lado del trono, haciendo bascular sus pequeños pies. Había un indudable aire de seguridad en la forma en que observaba la escena.

El Barón observó aquellos pequeños pies oscilantes, las sandalias moviéndose bajo las ropas.

—Desafortunadamente —dijo el Emperador—, tan sólo envié cinco transportes con una reducida fuerza de ataque para capturar prisioneros e interrogarlos. Apenas consiguieron escapar con tan sólo tres prisioneros y un solo transporte. Comprendedlo bien, Barón: mis Sardaukar fueron casi aniquilados por una fuerza defensiva compuesta en gran parte por mujeres, niños y viejos. Esta niña estaba al mando de uno de los grupos que nos atacaron.

—¡Ved, Vuestra Majestad! —dijo el Barón—. ¡Ved como son!

—Yo misma me dejé capturar —dijo la niña—. No quería enfrentarme con mi hermano y tener que decirle que su hijo había sido asesinado.

—Sólo un puñado de hombres consiguió escapar —dijo el Emperador—. ¡Escapar! ¿Lo oís bien?

—Los hubiéramos aniquilado también, de no haber sido por las llamas —dijo la niña.

—Mis Sardaukar se sirvieron de los chorros de sus transportes como lanzallamas —dijo el Emperador—. Un movimiento desesperado, y lo único que les permitió escapar con tres prisioneros. Observad bien esto, mi querido Barón: ¡Sardaukar obligados a huir confusamente ante mujeres y niños y viejos!

—Debemos atacarlos en masa —chirrió el Barón—. Debemos destruirlos hasta el último vestigio de…

—¡Silencio! —rugió el Emperador. Se levantó del trono—. ¡No abuséis por más tiempo de mi indulgencia! Permanecéis aquí, ante mí, con vuestra estúpida inocencia y…

—Majestad —dijo la vieja Decidora de Verdad.

El Emperador la hizo callar imperativamente.

—¡Me decís que no sabéis nada de lo que hemos descubierto, nada de las cualidades guerreras de este soberbio pueblo! —Se dejó caer de nuevo en su trono—. ¿Por quién me estáis tomando, Barón?

El Barón retrocedió dos pasos, pensando: *Ha sido Rabban. Me ha hecho esto a mí. Rabban me ha…*

—Y esa falsa disputa con el Duque Leto —gruñó el Emperador, hundiéndose en su trono—. Qué maravillosamente la maniobrasteis.

—Majestad —imploró el Barón—. ¿Qué es lo que…?

—¡Silencio!

La vieja Bene Gesserit puso una mano en el hombro del Emperador, inclinándose a susurrar algo a su oído.

La niña sentada en el estrado dejó de balancear sus pies.

—Aterrorízalo un poco más, Shaddam —dijo—. No debería alegrarme por ello, pero siento un placer imposible de dominar.

—Cállate, niña —dijo el Emperador. Se inclinó hacia adelante y le puso una mano en la cabeza, mirando al Barón—. ¿Es posible, Barón? ¿Es posible que seáis tan simple de espíritu como me sugiere mi Decidora de Verdad? ¿No reconocéis a esta niña, la hija de vuestro aliado, el Duque Leto?

—Mi padre nunca fue su aliado —dijo la niña—. Mi padre está muerto, y esa vieja bestia Harkonnen no me ha visto nunca antes.

El Barón estaba paralizado por la estupefacción. Cuando recobró su voz sólo pudo jadear:

—¿Quién?

—Soy Alia, hija del Duque Leto y de Dama Jessica, hermana del Duque Paul-Muad’Dib —dijo la niña. Se subió al estrado—. Mi hermano ha prometido empalar tu cabeza en la punta de su estandarte, y creo que lo hará.

—Ya basta, niña —dijo el Emperador, y se recostó en el trono, con la mano en la mejilla, estudiando al Barón.

—Yo no recibo órdenes del Emperador —dijo Alia. Se volvió y miró a la Reverenda Madre—. Ella lo sabe.

El Emperador alzó los ojos hacia su Decidora de Verdad.

—¿Qué quiere decir?

—¡Esta niña es una abominación! —dijo la anciana—. Su madre merece un castigo como nunca se haya impuesto a nadie en la historia. ¡Muerte! ¡Ninguna muerte será bastante rápida para esta niña y para aquella que la ha engendrado! —Apuntó un dedo sarmentoso hacia Alia—. ¡Sal de mi mente!

—¿T-P? —susurró el Emperador. Dirigió su atención a la niña—. ¡Por la Gran Madre!

—No comprendéis, Majestad —dijo la anciana—. No es telepatía. Está en mi mente. Está como todas las demás antes de mí, todas aquellas otras que me han dejado sus recuerdos. ¡Está en mi mente! ¡Sé que es imposible, pero está en ella!

—¿Qué otras? —preguntó el Emperador—. ¿Qué es este desatino?

La anciana se irguió y dejó caer su brazo.

—He hablado demasiado, pero sigue en pie el hecho de que *esta* niña que no es una niña debe ser destruida. Desde hace mucho tiempo sabemos cómo hay que prevenir tal nacimiento, pero una de nosotras nos ha traicionado.

—Chocheas, vieja mujer —dijo Alia—. No sabes cómo ocurrió, y sin embargo sigues diciendo tonterías. —Alia cerró los ojos, inspiró profundamente y contuvo la respiración.

La Vieja Reverenda Madre, gimió y se tambaleó.

Alia abrió los ojos.

—Así es cómo pasó —dijo—. Un accidente cósmico… y tú representaste tu papel en él.

La Reverenda Madre alzó ambas manos, con las palmas empujando el aire hacia Alia.

—¿Qué es lo que ocurre aquí? —preguntó el Emperador—. Niña, ¿puedes realmente proyectar tus pensamientos dentro de la mente de otro?

—No es en absoluto así —dijo ella—. Si yo no he nacido como tú, no puedo pensar como tú.

—Matadla —murmuró la vieja mujer, y se aferró al respaldo del trono para sostenerse—. ¡Matadla! —sus viejos ojos profundamente hundidos se clavaron en Alia.

—Silencio —dijo el Emperador, y estudió a Alia—. Niña ¿puedes comunicarte con tu hermano?

—Mi hermano sabe que estoy aquí —dijo Alia.

—¿Puedes decirle que se rinda como precio por tu vida? —Alia le sonrió con una limpia inocencia.

—No lo hará —dijo.

El Barón avanzó vacilante hasta el estrado, por el lado de Alia.

—Majestad —suplicó—, yo no sabía nada de…

—Interrumpidme otra vez, Barón —dijo el Emperador—, y os cortaré la posibilidad de volver a interrumpirme… para siempre. —Su atención seguía centrada en Alia, estudiándola a través de sus párpados entrecerrados—. No quieres, ¿eh? ¿Puedes leer en mi mente lo que pienso hacer contigo si no me obedeces?

—Ya te he dicho que no puedo leer en las mentes —dijo ella—, pero uno no necesita telepatía para leer tus intenciones.

El Emperador frunció el ceño.

—Niña, tu causa es desesperada. Basta con que reúna mis fuerzas y reduzca este planeta a…

—No
es tan sencillo —dijo Alia. Señaló a los dos hombres de la Cofradía—. Pregúntaselo a ellos.

—No es juicioso oponerse a mis deseos —dijo el Emperador—. Tú no puedes negarme nada.

—Mi hermano está llegando —dijo Alia—. Incluso un Emperador debe temblar ante Muad’Dib, porque su fuerza es la de la rectitud y el cielo sonríe sobre él.

El Emperador saltó en pie.

—Este juego ya ha durado demasiado. Tomaré a tu hermano y a todo este planeta y los reduciré a…

La estancia retumbó y se estremeció a su alrededor. Una repentina cascada de arena cayó tras el trono, en el punto donde la estructura estaba acoplada a la nave del Emperador. La presión del aire aumentó bruscamente y la piel de los presentes se estremeció cuando un escudo de enormes dimensiones fue activado.

—Te lo dije —observó ella—. Mi hermano está llegando.

El Emperador estaba inmóvil frente a su trono, con la mano derecha apretada contra su oído, escuchando su servorreceptor que le transmitía el informe de la situación. El Barón avanzó dos pasos tras Alia. Los Sardaukar tomaron posiciones en las puertas.

—Regresaremos rápidamente al espacio para reorganizarnos —dijo el Emperador—. Barón, mis excusas. Esos locos *están* atacando protegidos por la tormenta. Van a saber ahora lo que es la cólera del Emperador. —Señaló a Alia—. Arrojad su cuerpo a la tormenta.

A esas palabras, Alia retrocedió fingiendo terror.

—¡Deja que la tormenta tome lo que pueda! —exclamó. Y se arrojó en brazos del Barón.

—¡La tengo, Majestad! —gritó el Barón—. ¡Voy a arrojarla a… aaaaaahhhhhhhh! —la tiró al suelo, apretándose el brazo derecho.

—Lo siento, abuelo —dijo Alia—. Acabas de conocer el gom jabbar de los Atreides. —Se puso de pie, abrió la mano y dejó caer una aguja goteante.

El Barón se derrumbó. Sus ojos se desorbitaron mientras miraba la mancha roja que había aparecido en su palma izquierda.

—Tú… tú… —rodó hacia un lado entre sus suspensores, y no fue más que una enorme masa de fláccida carne suspendida a pocos centímetros del suelo, con la cabeza colgando y la boca muy abierta.

—Esa gente está loca —gruñó el Emperador—. ¡Rápido! A la nave. Vamos a purificar este planeta de todos…

Algo destelló a su izquierda. Un fulgurante relámpago surgió de la pared y crepitó en el suelo metálico. Un acre olor a aislante quemado se extendió por el selamlik.

—¡El escudo! —gritó uno de los oficiales Sardaukar—. ¡El escudo exterior ha sido abatido! Ellos…

Sus palabras fueron ahogadas por un rugido metálico, mientras el casco de la nave, tras el Emperador, vacilaba y se estremecía.

—¡Han hecho saltar la proa de nuestra nave! —gritó alguien. Una nube de polvo penetró en la estancia. Bajo esta cobertura, Alia echó a correr hacia la puerta de entrada.

El Emperador se volvió bruscamente y ordenó a su gente que se dirigiera hacia la salida de emergencia que acababa de abrirse en aquel momento en la pared de la nave, tras el trono. Hizo una rápida señal con la mano a un oficial Sardaukar, a través del polvo que lo invadía todo.

—¡Resistiremos aquí! —ordenó el Emperador.

Otra conmoción sacudió la estructura. Las dobles paredes saltaron violentamente al otro lado de la estancia, dejando entrar un torrente de arena y el sonido de gritos. Una pequeña figura envuelta en ropas negras se destacó momentáneamente contra la luz: Alia, que buscaba un cuchillo para rematar, como requería el adiestramiento Fremen, a todos los Harkonnen y Sardaukar heridos. Los Sardaukar de la Casa se desplegaron en la grisácea bruma, formando un arco para proteger la retirada del Emperador.

—¡Salvaos, Majestad! —gritó un oficial Sardaukar—. ¡En la nave!

Pero el Emperador permanecía inmóvil, de pie junto al trono, solo, señalando con su mano la puerta del selamlik. Una sección de unos cuarenta metros de pared se había abatido, y las puertas del selamlik se abrían sobre la arena agitada por la tormenta. Hasta una distancia infinita, una nube de polvo crepitaba desde las nubes, y los destellos de los escudos cortocircuitados surgían por todas partes. La llanura hervía con figuras luchando… Sardaukar y hombres embozados que continuaban surgiendo de los torbellinos de la tormenta.

Todo esto no era más que el coro a lo que el Emperador señalaba con su mano tendida.

De las nubes de arena estaba surgiendo una compacta hilera de formas resplandecientes… grandes curvas ondulantes con destellos cristalinos que se convirtieron en abiertas bocas de gusanos de arena, una masiva pared de ellos, cada uno con un pelotón de Fremen cabalgando al ataque sobre sus lomos. Llovieron sobre ellos con un silbido y un roce de ropas contra ropas, y hendieron, apartaron, aplastaron el confuso tumulto que reinaba en la planicie.

Avanzaban directamente hacia la estructura del Emperador, mientras los Sardaukar de la Casa, por primera vez en su historia, contemplaban petrificados una carga que sus mentes no conseguían aceptar.

Pero las figuras cabalgando a lomos de los gusanos eran hombres, y el relucir de las hojas que blandían en sus manos a la siniestra luz amarillenta de la tormenta era algo que los Sardaukar habían sido adiestrados a afrontar. Se arrojaron a la lucha. Y en la llanura de Arrakeen se desarrolló un gigantesco combate cuerpo a cuerpo, mientras un escogido grupo de guardias personales Sardaukar empujaban al Emperador al interior de la nave, sellaban la puerta a sus espaldas y se disponían a morir allí.

En el shock del comparativo silencio en el interior de la nave, el Emperador miró a los desorbitados rostros de su séquito, viendo a su hija mayor con las mejillas empurpuradas, la vieja Decidora de Verdad inmóvil como una sombra negra, con la capucha echada sobre su rostro, y finalmente los dos rostros que buscaba… los dos hombres de la Cofradía. Sus uniformes grises, sin ornamentos, concordaban perfectamente con la ostentosa calma que mantenían a pesar de las

grandes emociones que los rodeaban. El más alto de los dos, sin embargo, mantenía una mano sobre su ojo izquierdo. Mientras el Emperador lo miraba, alguien golpeó inadvertidamente el brazo del hombre de la Cofradía, la mano se movió, y el ojo quedó expuesto. El hombre había perdido una de las lentes de contacto, de enmascaramiento, y el ojo que miraba era totalmente azul, de un azul tan profundo que parecía negro.

El más bajo de los dos avanzó un par de pasos hacia el Emperador.

—No sabemos cómo terminará todo esto —dijo. Y su compañero más alto, nuevamente con una mano sobre el ojo, añadió con voz gélida:

—Pero ni siquiera Muad'Dib lo sabe.

Aquellas palabras arrancaron al Emperador de su estupor. Se contuvo a duras penas para no expresar su desprecio, porque no necesitaba en absoluto de la visión interior de los navegantes de la Cofradía para adivinar el inmediato futuro. ¿Acaso aquellos dos hombres dependían hasta tal punto de su *facultad* que habían llegado a perder completamente el uso de sus ojos y de su razón?, se preguntó.

—Reverenda Madre —dijo—, tenemos que trazar un plan.

La anciana echó su capucha hacia atrás y afrontó su mirada con ojos fijos. Una total comprensión se cruzó entre ellos. Ambos sabían que únicamente les quedaba un arma: la traición.

—Decid al Conde Fenring que venga aquí —dijo la Reverenda Madre.

El Emperador Padishah asintió, haciendo una seña a uno de sus ayudantes para que obedeciera aquella orden.

48

Era guerrero y místico, feroz y santo, retorcido e inocente, caballeroso, despiadado, menos que un dios, más que un hombre. No se puede medir a Muad'Dib con los estándares ordinarios. En el momento de su triunfo, adivinó la muerte que le había sido preparada, y no obstante aceptó la traición. ¿Puede uno decir que lo hizo por un sentido de justicia? ¿Cuál justicia, entonces? Porque hay que recordar que ahora estamos hablando del Muad'Dib que ordenó que sus tambores de batalla fueran hechos con las pieles de sus enemigos, el Muad'Dib que negó todas las convenciones de su pasado ducal con un simple gesto de la mano, diciendo sencillamente: «Yo soy el Kwisatz Haderach. Esta es una razón suficiente».

De *El despertar de Arrakis* , por la PRINCESA IRULAN

La noche de la victoria, Paul-Muad'Dib fue escoltado hacia la Residencia del Gobernador, la antigua morada que habían ocupado los Atreides cuando llegaron a Dune. El edificio estaba tal cual Rabban lo había restaurado, virtualmente intacto de la batalla pero saqueado por la población de la ciudad. Algunos de los muebles del salón principal habían sido volcados y rotos.

Paul franqueó a grandes pasos la entrada principal, seguido por Gurney Halleck y Stilgar. Su escolta se diseminó por el Gran Salón, escrutando el lugar y despejando un área para Muad'Dib.

Un grupo comenzó a controlar que no hubiera sido instalada ninguna trampa.

—Recuerdo el día que vinimos aquí por primera vez con tu padre —dijo Gurney Halleck. Alzó los ojos hacia las columnas y las altas ventanas acristaladas—. Entonces no me gustó el lugar, y ahora aún me gusta menos. Una de nuestras cavernas es mucho más segura.

—Hablas como un verdadero Fremen —dijo Stilgar, y vio la fría sonrisa que estas palabras hicieron aparecer en los labios de Muad'Dib—. ¿No querrías reconsiderar esto, Muad'Dib?

—Este lugar es un símbolo —dijo Paul—. Rabban vivía aquí. Ocupando este lugar, sello mi victoria a los ojos de todos. Manda a tus hombres por todo el edificio. Que no toquen nada. Que se aseguren tan sólo de que no ha quedado ningún Harkonnen o alguno de sus juguetes.

—Como ordenes —dijo Stilgar, y se alejó reluctante para obedecer.

Los hombres de comunicaciones aparecieron en la estancia con su equipo, empezando a montarlo junto a la enorme chimenea. Los Fremen que se habían unido a los Fedaykin supervivientes tomaron posiciones en torno a la estancia. Hubo murmullos entre ellos, entrecruzar de supersticiosas miradas. El enemigo había vivido demasiado tiempo allí como para que se sintieran a gusto en aquel lugar.

—Gurney, envía una escolta a buscar a mi madre y a Chani —dijo Paul —. ¿Sabe ya Chani lo de nuestro hijo?

—El mensaje ha sido enviado, mi Señor.

—¿Los hacedores han sido retirados de la depresión?

—Sí, mi Señor. La tormenta ya casi ha pasado.

—¿Cuál ha sido la extensión de los daños? —preguntó Paul.

—En su camino directo: en el campo de aterrizaje y entre los almacenes de especia de la llanura, los daños han sido considerables —dijo Gurney —. Tanto por la batalla como por la tormenta.

—Nada que el dinero no pueda reparar, supongo —dijo Paul.

—Exceptuando las vidas, mi Señor —dijo Gurney, y hubo un tono de reproche en su voz, como si hubiera dicho: *¿Cuándo un Atreides se ha preocupado primero de las cosas cuando ha habido gente de por medio?*

Pero Paul sólo podía concentrar su atención en su ojo interior, y en las brechas aún visibles para él en la pared del tiempo. A través de cada una de aquellas brechas, la Jihad recorría furiosamente los corredores del futuro.

Suspiró, cruzó el salón, viendo una silla junto a la pared. Era una de las que en otro tiempo había estado en el comedor, y quizá fuera la silla de su propio padre. En aquel momento, sin embargo, era tan sólo un objeto sobre el que descargar su cansancio para ocultarlo a los ojos de los hombres. Se sentó, enrollando sus ropas alrededor de sus piernas y soltándose los cierres del cuello de su destiltraje.

—El Emperador sigue aún refugiado entre los restos de su nave —dijo Gurney.

—Que siga allí por ahora —dijo Paul—. ¿Han sido encontrados ya los Harkonnen?

—Están examinando a los muertos.

—¿Cuál es la respuesta de las naves de ahí arriba? —alzó el mentón hacia el techo.

—Ninguna respuesta aún, mi Señor.

Paul suspiró, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Tráeme a uno de los prisioneros Sardaukar —dijo al cabo de un momento—. Debemos enviar un mensaje a nuestro Emperador. Es tiempo de discutir condiciones.

—Sí, mi Señor.

Gurney se volvió e hizo un gesto con la mano a uno de los Fedaykin, que se cuadró frente a Paul.

—Gurney —murmuró Paul—. Desde que volvimos a encontrarnos no te he oído pronunciar ninguna cita apropiada a los acontecimientos. —Se volvió, vio que Gurney tragaba saliva, vio el repentino endurecimiento de la mejilla del hombre.

—Como quieras, mi Señor —dijo Gurney. Se aclaró la garganta y dijo con voz rasposa—: «Y la victoria de aquel día se transformó en luto para todo el pueblo, pues todo el pueblo sabía que aquel día el rey lloraba por su hijo».

Paul cerró los ojos, obligándose a rechazar el dolor de su mente, a aguardar a que llegara el tiempo de llorar, como otra vez había aguardado a que llegara el tiempo de llorar por su padre. Ahora dedicó sus pensamientos a los descubrimientos que se habían ido acumulando en aquel día: los futuros entremezclados, y la oculta presencia de Alia dentro de su consciencia.

De todas las particularidades de la visión temporal, esta era la más extraña. «He manipulado el futuro para colocar mis palabras donde sólo tú pudieras oírlas», le había dicho Alia. «Ni siquiera tú puedes hacer esto, hermano. Es un juego interesante. Y… oh, sí: he matado a nuestro abuelo, ese viejo Barón demente. No ha experimentado mucho dolor».

Silencio. Su percepción temporal le decía que ella se había retirado.

—Muad’Dib.

Paul abrió los ojos, para ver el rostro barbudo de Stilgar ante él, con sus oscuros ojos reluciendo aún con la luz de la batalla.

—Habéis encontrado el cuerpo del viejo Barón —dijo Paul.

Alrededor de Stilgar se hizo el silencio.

—¿Cómo puedes saberlo? —murmuró éste—. Apenas hemos descubierto su cadáver en ese inmenso montón de metal construido por el Emperador.

Paul ignoró la pregunta, observando a Gurney que regresaba con dos Fremen arrastrando a un prisionero Sardaukar.

—Aquí hay uno de ellos, mi Señor —dijo Gurney. Indicó a los guardias que mantuvieran al prisionero a cinco pasos frente a Paul.

Los ojos del Sardaukar, notó Paul, tenían una expresión alucinada. Una azulada contusión atravesaba su rostro desde la base de su nariz hasta un ángulo de su boca. Era rubio y de rasgos delicados, lo cual era una característica que indicaba un alto rango entre los Sardaukar, pero no llevaba ninguna insignia en su destrozado uniforme, excepto los botones dorados con el escudo Imperial y los rotos galones de sus pantalones.

—Creo que es un oficial, mi Señor —dijo Gurney.

Paul asintió.

—Soy el Duque Paul Atreides —dijo—. ¿Lo entiendes, hombre?

El Sardaukar lo miró sin moverse.

—Habla —dijo Paul—, o tu Emperador puede morir.

El hombre parpadeó y tragó saliva.

—¿Quién soy yo? —preguntó Paul.

—Sois el Duque Paul Atreides —dijo el hombre con voz ronca. Paul tuvo la impresión de que se sometía con excesiva facilidad, pero por otra parte los Sardaukar nunca se habían preparado para afrontar una jornada como aquella. Hasta ahora sólo habían conocido victorias, y esto, se dijo Paul, podía ser una forma de debilidad. Apartó aquel pensamiento, prometiéndose tomarlo en consideración más tarde.

—Tengo un mensaje para que lo entregues al Emperador —dijo Paul. Y pronunció sus palabras en la antigua fórmula—: Yo, Duque de una Gran Casa, consanguíneo del Emperador, hago juramento solemne bajo la Convención. Si el Emperador y su gente deponen las armas y vienen a mí, garantizaré sus vidas con la mía propia. —Alzó la mano izquierda para que el Sardaukar pudiera ver el sello ducal—. Lo juro por esto.

El Sardaukar se humedeció los labios con la lengua y miró a Gurney.

—Sí —dijo Paul—. ¿Quién, si no un Atreides, podría asegurarse la fidelidad de Gurney Halleck?

—Llevaré el mensaje —dijo el Sardaukar.

—Acompáñalo hasta nuestro puesto más avanzado y déjalo ir —dijo Paul.

—Sí, mi Señor. —Gurney hizo un gesto a los guardias para que obedecieran, y salió.

Paul se volvió hacia Stilgar.

—Chani y tu madre han llegado —dijo Stilgar—. Chani ha pedido estar un tiempo sola con su dolor. La Reverenda Madre ha permanecido un instante en la cámara extraña. No sé por qué.

—Mi madre siente nostalgia de ese planeta que sabe no volverá a ver nunca más —dijo Paul—. Donde el agua cae del cielo y las plantas crecen tan densas que es imposible caminar entre ellas.

—Agua del cielo —susurró Stilgar.

En aquel instante, Paul vio en lo que Stilgar se había transformado, de un naib Fremen en una *criatura* del Lisan al-Gaib, un receptáculo de estupor y obediencia. Era un hombre disminuido, y Paul vio en él el primer soplo del fantasmal viento del Jihad.

He visto a un amigo convertirse en un adorador , pensó.

Sintiendo una repentina impresión de profunda soledad, Paul paseó su mirada por la estancia, notando cómo los guardias se habían ajustado sus ropas y dispuesto como para revista en su presencia, en una especie de competición entre ellos… con la esperanza de atraer la atención de Muad'Dib.

Muad'Dib, del que nace toda bendición , pensó, y aquel fue el pensamiento más amargo de su vida. *Están convencidos de que me apoderaré del trono* , pensó. *Pero no saben que lo hago únicamente para evitar la jihad.*

Stilgar carraspeó.

—Rabban también está muerto —dijo.

Paul asintió.

Los guardias de su derecha se pusieron repentinamente firmes, dejando paso a Jessica. Iba vestida con un aba negro, y parecía que anduviera aún sobre la arena, pero Paul notó cómo aquella casa le había devuelto un algo de cuando había vivido allí… la concubina de un Duque reinante. Su presencia tenía algo de su antigua energía.

Jessica se detuvo frente a Paul y lo miró. Vio fatiga y cómo la ocultaba, pero no sentía ninguna compasión hacia él. Era como incapaz de experimentar ninguna emoción hacia su hijo.

Jessica había entrado en el Gran Salón preguntándose cómo aquel lugar se negaba a encajar en sus recuerdos. Era una estancia extraña, como si nunca hubiera penetrado en ella, como si nunca la hubiera atravesado del brazo de su bienamado Leto, como si nunca hubiera confrontado allí a Duncan Idaho… nunca, nunca, nunca…

Debería existir una palabra-tensión directamente opuesta al adab, la memoria que pide , pensó. *Debería existir una palabra para los recuerdos que se rechazan.*

—¿Dónde está Alia? —preguntó.

—Afuera, haciendo lo que hace todo buen niño Fremen en tales circunstancias —dijo Paul—. Remata a los enemigos heridos y marca sus cuerpos para el equipo de recuperación de agua.

—¡Paul!

—Has de comprender que hace esto por bondad —dijo él—. ¿No es extraño que no podamos comprender la oculta unidad entre bondad y crueldad?

Jessica miró fijamente a su hijo, asustada por el profundo cambio operado en él. *¿Esto es lo que le ha hecho la muerte de su hijo?* , se preguntó.

—Los hombres cuentan extrañas historias de ti, Paul —dijo—. Dicen que tienes todos los poderes de la leyenda… que nada puede serte ocultado, que ves lo que nadie más puede ver.

—¿Una Bene Gesserit haciéndome preguntas acerca de una leyenda? —preguntó Paul.

—Tengo mi parte de responsabilidad en lo que eres —admitió ella—. Pero no esperes que yo…

—¿Te gustaría vivir miles y miles de millones de vidas? —preguntó Paul—. ¡Qué reserva de leyendas para ti! Piensa en todas esas experiencias, en toda la sabiduría que se puede derivar de ellas. Pero la sabiduría atenúa el amor, ¿no es cierto? Y da una nueva dimensión al odio. ¿Cómo puede uno saber lo que es despiadado si uno no ha hurgado antes en los profundos depósitos de la crueldad y de la bondad? Tendrías que tener miedo de mí, madre. Soy el Kwisatz Haderach.

Jessica intentó tragar saliva en su reseca garganta.

—Una vez negaste serlo —dijo.

Paul agitó la cabeza.

—Ahora ya no puedo negarlo. —Miró directamente a sus ojos—. El Emperador y su gente están llegando. Van a ser anunciados en cualquier momento. Quédate a mi lado. Quiero verlos con extrema claridad. Mi futura esposa está entre ellos.

—¡Paul! —restalló Jessica—. ¡No cometas el mismo error que tu padre!

—Es una princesa —dijo Paul—. Me abrirá el camino al trono, y eso es todo lo que hará. ¿Error? ¿Crees que, porque soy tal como tú me has hecho, no puedo sentir el deseo de venganza?

—¿Incluso sobre los inocentes? —preguntó ella, y pensó: *No debe cometer mis mismos errores.*

—Ya no hay inocentes —dijo Paul.

—Díselo a Chani —respondió Jessica, y señaló el corredor que se abría a la parte trasera de la Residencia.

Chani entró en el Gran Salón, pasando por entre los guardias Fremen como si no los viera. Se había quitado la capucha del destiltraje y soltado la máscara. Avanzó con una frágil inseguridad, atravesó la estancia y se detuvo al lado de Jessica.

Paul vio las huellas de lágrimas en sus mejillas… *Da agua a los muertos.* Sintió una punzada de dolor, como si la presencia de Chani lo hubiera despertado de nuevo.

—Está muerto, mi amor —dijo Chani—. Nuestro hijo está muerto.

Manteniendo un absoluto control sobre sí mismo, Paul se puso en pie. Tendió una mano, tocó la mejilla de Chani, acariciando la humedad en su piel.

—Nada podrá reemplazarlo —dijo Paul—, pero habrá otros hijos. Es Usul quien te lo promete. —Se apartó suavemente, haciendo una seña a Stilgar.

—Muad'Dib —dijo Stilgar.

—El Emperador y su gente están llegando de la nave —dijo Paul—. Permaneceré aquí. Reúne a todos los prisioneros en el centro de la estancia. Quiero que permanezcan a una distancia de diez metros de mí, a menos que yo ordene otra cosa.

—A tus órdenes, Muad'Dib.

Al tiempo que Stilgar se volvía para obedecer, Paul oyó los murmullos de los guardias Fremen:

—¿Habéis oído? ¡Lo sabe! ¡Nadie se lo ha dicho, pero lo sabe! —Y ahora se oía aproximarse la escolta del Emperador, sus Sardaukar entonando una de sus canciones de marcha para mantener altos sus espíritus. Después hubo un murmullo de voces en la entrada, y Gurney Halleck pasó por entre los guardias, se detuvo a decirle algo a Stilgar, luego avanzó hasta el lado de Paul, con una extraña mirada en los ojos.

¿Voy a perder también a Gurney? , se preguntó Paul. *¿Lo perderé como he perdido a Stilgar… perderé un amigo para ganar un adorador?*

—No llevan armas lanzadoras —dijo Gurney—. Me he asegurado personalmente. —Miró a su alrededor en la estancia, viendo los preparativos de Paul—. Feyd-Rautha Harkonnen está con ellos. ¿Debo aislarlo?

—Déjalo.

—Hay también alguna gente de la Cofradía, pidiendo privilegios especiales, amenazando desencadenar un embargo contra Arrakis. Les he dicho que te transmitiría su mensaje.

—Déjales que sigan amenazando.

—¡Paul! —exclamó Jessica tras él—. ¡Estás hablando de la Cofradía!

—Voy a arrancarles los colmillos dentro de poco —dijo Paul. Y pensó entonces en la Cofradía… aquella potencia que se había especializado desde hacía tanto tiempo que se había convertido en un parásito, incapaz de existir independientemente de aquella vida de la cual se nutría. Nunca se había atrevido a empuñar la espada… y ahora ya no podía empuñarla. Hubiera debido apoderarse de Arrakis cuando se dio cuenta del error que había supuesto el que sus navegantes dependieran exclusivamente de los poderes narcóticos de consciencia de la melange. Hubieran podido hacerlo, vivir sus días de gloria y morir. En cambio, habían preferido vivir al día, esperando que el océano en que se movían les proporcionara un nuevo anfitrión cuando el viejo hubiera muerto.

Los navegantes de la Cofradía, con su limitada presciencia, habían tomado una fatal decisión: habían elegido el camino más fácil, seguro y cómodo, aquel que conduce siempre al estancamiento.

Que miren atentamente a su nuevo anfitrión , pensó Paul.

—Hay también una Reverenda Madre Bene Gesserit que dice es amiga de tu madre —dijo Gurney.

—Mi madre no tiene amigas Bene Gesserit.

Gurney miró de nuevo hacia el Gran Salón, y luego se inclinó al oído de Paul.

—Thufir Hawat está con ellos, mi Señor. No he tenido posibilidad de verlo a solas, pero ha usado nuestros viejos signos con las manos para decirme que ha fingido trabajar para los Harkonnen y que te creía muerto. Dice que debe quedarse con ellos.

—¿Has dejado a Thufir con esos…?

—Es él quien lo ha querido… y creo que es lo mejor. Sí… si algo no funcionara, siempre podríamos controlarlo. Si no, siempre es mejor tener un oído al otro lado.

Paul recordó entonces la posibilidad de aquel momento en algunos breves relámpagos de consciencia… y una línea de tiempo en la cual Thufir llevaba una aguja envenenada que el Emperador le había ordenado usara contra «aquel Duque rebelde».

Los guardias de la entrada principal se apartaron, formando un breve pasillo de lanzas. Hubo un confuso susurro de telas, la arena traída por el viento al interior de la residencia chirrió bajo numerosos pies.

El Emperador Padishah Shaddam IV apareció en la sala a la cabeza de su gente. No llevaba el yelmo de Burseg, y sus cabellos rojos estaban alborotados. La manga izquierda de su uniforme mostraba una rasgadura a todo lo largo de su costura interna. Iba sin cinturón y sin armas, pero con su sola presencia parecía crear un escudo a su alrededor.

Una lanza Fremen le cortó el paso, deteniéndole a la distancia ordenada por Paul. Los otros se agolparon a sus espaldas, una mezcolanza de ropas multicolores y rostros confundidos.

Paul alzó los ojos hacia el grupo, viendo a mujeres que intentaban disimular sus lágrimas, viendo a los lacayos que habían venido a Arrakis para asistir en primera fila a una nueva victoria de los Sardaukar y a los que la derrota había vuelto mudos. Paul vio los brillantes ojos de pájaro de la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam que lo contemplaban con odio bajo la capucha negra, y al lado de ella la furtiva silueta de Feyd-Rautha Harkonnen.

Ese es un rostro que el tiempo me ha revelado , pensó Paul. Luego su mirada fue atraída por un movimiento tras Feyd-Rautha, y vio un rostro delgado, de comadreja, que nunca antes había visto… ni en el tiempo ni fuera de él. Sin embargo, sintió que tendría que haberlo conocido, y aquella sensación lo hizo estremecerse con un repentino miedo.

¿Por qué tendría que temer a ese hombre? , se preguntó.

Se inclinó hacia su madre.

—Ese hombre a la izquierda de la Reverenda Madre, ese de la mirada diabólica… ¿quién es? —susurró.

Jessica miró, y recordó haber visto aquel rostro en los archivos de su Duque.

—El Conde Fenring —dijo—. El que ocupó esta Residencia inmediatamente antes que nosotros. Un eunuco genético… y un asesino.

El recadero del Emperador , pensó Paul. Y experimentó como un shock en lo más profundo de su consciencia, porque había visto al Emperador en incontables asociaciones de sus futuros posibles… pero el Conde Fenring nunca había aparecido en ninguna de sus visiones prescientes.

Paul recordó entonces haber visto su propio cadáver en incontables puntos de la trama del tiempo, pero nunca había asistido al momento de su muerte.

¿La visión de este hombre me ha sido siempre denegada porque es precisamente quien va a matarme? , se preguntó.

El pensamiento le trajo una punzada de aprensión. Apartó su atención de Fenring, observando a los hombres y oficiales Sardaukar, la amargura de sus rostros y su desesperación. Algunos de entre ellos, aquí y allá, observó Paul, estudiaban atentamente lo que les rodeaba: oficiales Sardaukar midiendo las defensas de la estancia, planeando la posibilidad de una desesperada tentativa que transformara su fracaso en victoria.

Finalmente, la atención de Paul fue atraída hacia una mujer alta y rubia, de ojos verdes, un rostro de noble belleza, clásico en su altivez, intocado por las lágrimas, completamente invicto. Paul la reconoció inmediatamente: la Princesa Real Bene Gesserit, un rostro que se le había aparecido en innumerables visiones y en muchos aspectos: Irulan.

Esa es mi llave , pensó.

Luego captó otro movimiento entre la gente allí delante, y emergieron un rostro y una figura: Thufir Hawat, el mismo antiguo aspecto de siempre, con sus oscuros labios manchados, los hombros hundidos, su apariencia de frágil edad.

—He aquí a Thufir Hawat —dijo Paul—. Déjalo venir libremente, Gurney.

—Mi Señor —dijo Gurney.

—Déjalo venir libremente —repitió Paul.

Gurney asintió.

Hawat avanzó vacilante, mientras una lanza Fremen se alzaba ante él y volvía a descender inmediatamente a sus espaldas. Sus acuosos ojos escrutaron a Paul, midiendo, buscando.

Paul dio un paso adelante, notando el tenso, expectante movimiento del Emperador y su gente.

La mirada de Hawat pasó más allá de Paul, y el anciano dijo:

—Dama Jessica, hasta hoy no he sabido lo equivocado que estaba en mis pensamientos. No merezco el perdón.

Paul aguardó, pero su madre permaneció silenciosa.

—Thufir, viejo amigo —dijo Paul—; como puedes ver, mi espalda no está vuelta a ninguna puerta.

—El universo está lleno de puertas —dijo Hawat.

—¿Soy el hijo de mi padre? —preguntó Paul.

—Te pareces más a tu abuelo —dijo Hawat con voz rasposa—. Tienes sus mismos ademanes, e idéntica mirada en tus ojos.

—Sin embargo, soy el hijo de mi padre —dijo Paul—. Por eso te digo, Thufir, que en pago por todos tus años de servicio a mi familia, puedes pedirme ahora cualquier cosa que desees de mí. Cualquier cosa. ¿Es mi vida lo que quieres, Thufir? Es tuya. —Paul dio otro paso hacia adelante, con las manos a los costados, viendo la mirada de comprensión en los ojos de Hawat.

Sabe que conozco la traición , pensó Paul.

Reduciendo su voz a un susurro que tan solo Hawat podía oír, dijo:

—Hablo sinceramente, Thufir. Si has de golpearme, hazlo ahora.

—Tan sólo quería hallarme una vez más ante ti, mi Duque —dijo Hawat. Y Paul vio por primera vez el esfuerzo que hacía el viejo por no caer. Avanzó y sujetó a Hawat por los hombros, sintiendo el temblor de los músculos bajo sus manos.

—¿Es eso dolor, viejo amigo? —preguntó Paul.

—Es dolor, mi Duque —asintió Hawat—, pero el placer es mucho mayor. —Se volvió a medias entre los brazos de Paul y extendió su mano izquierda, la palma abierta hacia el Emperador, mostrando la pequeña aguja clavada entre sus dedos—. ¿Veis, Majestad? —indicó—. ¿Veis la

aguja de vuestro traidor? ¿Creíais acaso que yo, que he dedicado toda mi vida al servicio de los Atreides, podía ofrecerles hoy menos que esto?

Paul trastabilló cuando el anciano se derrumbó entre sus brazos, y reconoció la flaccidez de la muerte. Con suavidad, depositó a Hawat en el suelo, se irguió e hizo un gesto a sus guardias para que se llevaran el cuerpo.

El silencio más absoluto reinó en la estancia hasta que su orden fue cumplida.

El rostro del Emperador estaba pálido como el de un muerto. Sus ojos, que nunca habían admitido el miedo, lo estaban mostrando ahora por primera vez.

—Majestad —dijo Paul, y captó el gesto de sorpresa en la Princesa Real. Había pronunciado aquella palabra con la controlada entonación Bene Gesserit, cargándola con todo el desprecio que Paul pudo poner en ella.

Es realmente una Bene Gesserit , pensó Paul.

El Emperador carraspeó.

—Quizá mi respetado consanguíneo crea que todo va a ir ahora según sus deseos —dijo—. Nada más lejos que eso. Ha violado la Convención, ha usado atómicas contra…

—He usado atómicas contra un obstáculo natural del desierto —dijo Paul—. Estaba en mi camino, y tenía prisa por llegar hasta vos, Majestad, para pediros algunas explicaciones acerca de vuestras extrañas actividades.

—Todos los ejércitos de las Grandes Casas están en el espacio ahora, orbitando Arrakis —dijo el Emperador—. Esperan tan sólo una palabra mía y…

—Oh, sí —dijo Paul—. Casi los había olvidado. —Buscó entre el séquito del Emperador hasta ver los rostros de los dos elementos de la Cofradía, y miró a Gurney—: ¿Están aquí aquellos dos agentes de la Cofradía, aquellos dos hombres gordos vestidos de gris?

—Sí, mi Señor.

—Vosotros dos —dijo Paul, señalándoles—, salid inmediatamente y enviad mensajes para que la flota vuelva ahora mismo a casa. Después de esto, aguardad mi autorización antes de…

—¡La Cofradía no acepta tus órdenes! —gritó el más alto de los dos. Él y su compañero avanzaron hacia la barrera de lanzas, que fue alzada a un gesto de Paul. Los dos hombres se le acercaron, y el más alto levantó

un brazo hacia él—. Más bien vas a conocer lo que es un embargo por tu…

—Si oigo alguna otra estupidez de este tipo por parte de vosotros dos —dijo Paul—, daré orden de que sea destruida toda la producción de especia de Arrakis… para siempre.

—¿Estás loco? —exclamó el más alto de los hombres de la Cofradía. Dio medio paso hacia atrás.

—Entonces, admites que puedo hacerlo, ¿no? —preguntó Paul.

El hombre de la Cofradía pareció boquear por un momento, buscando aire a su alrededor.

—Sí —admitió—, puedes hacerlo, pero no debes.

—Ahhh —dijo Paul, inclinando la cabeza en una afirmación para sí mismo—. Así que vosotros sois dos navegantes, ¿eh?

—¡Sí!

—Tú mismo te quedarías ciego —dijo el más bajo de los dos—, y te condenarías a una muerte lenta. ¿Sabes lo que representa verse privado del licor de especia cuando uno es adicto a él?

—El ojo que busca ante él el camino más seguro queda cerrado para siempre —dijo Paul—. La Cofradía mutilada. Los seres humanos convertidos en pequeños grupos aislados en sus aislados planetas. ¿Sabéis? Podría hacerlo por puro despecho… o por simple aburrimiento.

—Hablemos de ello en privado —dijo el más alto de los hombres de la Cofradía—. Estoy seguro de que podemos llegar a algún compromiso que…

—Enviad ese mensaje a vuestra gente que está sobre Arrakis —dijo Paul—. Estoy cansado de esta discusión. Si esa flota no se retira inmediatamente, ya no tendremos ninguna necesidad de hablar. —Señaló a sus hombres de comunicaciones a un lado del vestíbulo—. Podéis usar mi equipo.

—Antes debemos discutir esto —dijo el hombre más alto—. No podemos simplemente…

—¡Mandadlo! —rugió Paul—. Quien tiene el poder de destruir algo es quien posee su absoluto control. Vosotros mismos habéis admitido que tengo este poder. No estamos aquí para discutir o negociar o buscar compromisos. ¡Obedeceréis mis órdenes, o sufriréis *inmediatamente* las consecuencias!

—Lo hará —dijo el más bajo de los hombres de la Cofradía. Y Paul vio que el miedo lo atenazaba.

Lentamente, ambos avanzaron hacia el equipo de comunicaciones de los Fremen.

—¿Obedecerán? —preguntó Gurney.

—Su visión del tiempo restringe —dijo Paul—. Ven ante sí una pared desnuda donde se inscriben las consecuencias de su desobediencia. Cada navegante de la Cofradía, en cada nave, ve ante sí esa misma pared. Obedecerán.

Paul se volvió y miró al Emperador.

—Cuando os permitieron acceder al trono de vuestro padre —dijo—, fue únicamente con la garantía de que los envíos de especia seguirían llegando a ellos. Les habéis fallado, Majestad. ¿Sabéis cuáles son las consecuencias?

—Nadie ha *permitido* …

—Dejad de hacer el estúpido —gruñó Paul—. La Cofradía es como un pueblo a la orilla de un río. Necesita el agua, pero no puede tomar más que la necesaria. No puede construir un dique para controlar el río, porque esto atraería la atención sobre sus extracciones, y podría conducir a una destrucción final. Este río es la especia, y yo he construido un dique sobre este río. Pero mi dique está construido de tal modo que no se puede destruir sin destruir también el río.

El Emperador se pasó una mano por sus rojos cabellos, mirando las espaldas de los dos hombres de la Cofradía.

—Incluso vuestra Decidora de Verdad Bene Gesserit está temblando —dijo Paul—. Hay otros venenos que la Reverenda Madre puede usar para sus trucos, pero después de haberse servido del licor de especia, los otros venenos quedan sin efecto.

La anciana estrujó sus negras ropas a su alrededor, y avanzó hasta detenerse tras la barrera de lanzas.

—Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam —dijo Paul—. Ha pasado mucho tiempo desde Caladan, ¿no es cierto?

Ella fulguró con una mirada a su madre.

—Bien, Jessica —dijo—, veo que tu hijo es aquel a quien buscábamos. Sólo por esto puede serte perdonada esa abominación que es tu hija.

Paul dominó su fría y cortante cólera.

—¡No tienes ningún derecho ni razón para perdonarle nada a mi madre! —dijo.

La anciana cruzó sus ojos con los de él.

—Prueba tus trucos conmigo, vieja bruja —dijo Paul—. ¿Dónde está tu gom jabbar? ¡Intenta mirar a ese lugar donde no te atreves a poner tus ojos! ¡Allí te estaré esperando!

La anciana bajó su mirada.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó Paul.

—Te di la bienvenida entre los seres humanos —murmuró ella—. No mancilles esto.

Paul alzó la voz:

—¡Observadla, camaradas! Esa es una Reverenda Madre Bene Gesserit, el más paciente de los seres al servicio de la más paciente de las causas. Ha estado aguardando con sus hermanas por más de noventa generaciones a que se produjera la exacta combinación de genes y medio ambiente necesaria para producir la persona que sus planes exigían. ¡Observadla! Ahora sabe que las noventa generaciones han producido esa persona. Aquí estoy… ¡pero… nunca… obedeceré… sus… órdenes!

—¡Jessica! —aulló la Reverenda Madre—. ¡Hazlo callar!

—Hacedlo callar vos misma —dijo Jessica.

Paul miró a la anciana.

—Por la parte que has tenido en todo esto, te haría estrangular con gusto —dijo—. ¡Y no podrías impedírmelo! —restalló, mientras ella se erguía furiosa—. Pero pienso que el mejor castigo es dejarte vivir hasta el fin de tus días sin que nunca puedas tocarme o doblegarme a uno solo de tus deseos.

—Jessica, ¿qué has hecho? —exigió la anciana.

—Tan sólo te concederé una cosa —dijo Paul—. Has visto parte de lo que necesita la raza, pero cuán pobre es tu visión. ¡Creéis controlar la evolución humana con algunos pocos acoplamientos dirigidos según vuestros planes! Qué poco comprendéis que…

—¡No debes hablar de esas cosas! —sibiló la anciana.

—¡Silencio! —gruñó Paul. Y la palabra pareció adquirir consistencia mientras se contorsionaba en el aire bajo el control de Paul.

La anciana retrocedió, tambaleándose hasta caer en brazos de los que tenía a sus espaldas, mortalmente pálida ante aquel poder que había golpeado su mente.

—Jessica —susurró—. Jessica.

—Te recuerdo tu gom jabbar —dijo Paul—. Tú recuerda el mío. ¡Puedo matarte con una sola palabra!

Los Fremen alrededor de la estancia se intercambiaron miradas. ¿Acaso la leyenda no decía: *«Y sus palabras acarrearán la muerte eterna a quienes se opongan a su justicia»* ?

Paul dirigió su atención hacia la Princesa Real, inmóvil junto a su padre el Emperador. Dijo, con sus ojos fijos en ella:

—Majestad, ambos conocemos la única salida a nuestras dificultades.

El Emperador miró a su hija, luego a Paul.

—¿Cómo te atreves? ¡Tú! Un aventurero sin familia, un don nadie de…

—Vos mismo habéis admitido quién soy —dijo Paul—. Consanguíneo real, habéis dicho. Terminad con esa comedia.

—Yo soy tu rey —dijo el Emperador.

Paul observó a los hombres de la Cofradía, inmóviles ahora junto al equipo de comunicaciones, mirándolo. Uno de ellos asintió.

—Podría obligaros —dijo Paul.

—¡No te atreverías! —rechinó el Emperador.

Paul se limitó a observarlo.

La Princesa Real puso una mano en el brazo de su padre.

—Padre —dijo, y su voz era suave y tranquilizadora.

—No emplees tus trucos conmigo —dijo el Emperador. La miró—. No necesitas hacerlo, hija. Tenemos otros recursos que…

—Pero este hombre es digno de ser tu hijo —dijo ella. La vieja Reverenda Madre, recuperaba su compostura, avanzó hacia el Emperador y le susurró algo al oído.

—Está defendiendo tu causa —dijo Jessica.

Paul seguía mirando a la rubia Princesa. Inclinándose hacia su madre, dijo en voz baja:

—Esa es Irulan, la mayor, ¿no?

—Sí.

Chani se situó al otro lado de Paul.

—¿Quiere que me retire, Muad'Dib? —dijo. Él la miró.

—¿Retirarte? Tú nunca te apartarás de mi lado.

—No existe nada entre nosotros que nos ate —dijo Chani. Paul la siguió mirando en silencio por un momento.

—Usa tan sólo el lenguaje de la verdad conmigo, mi Sihaya —dijo luego. Chani fue a responder, pero Paul apoyó un dedo en sus labios—. El lazo que nos une nunca podrá ser desatado. Ahora, observa atentamente lo que ocurra aquí, porque luego quiero volver a ver esta sala a los ojos de tu sabiduría.

El Emperador y su Decidora de Verdad estaban discutiendo en voz baja, enérgicamente.

Paul se volvió hacia su madre.

—Ella le está recordando que su parte del acuerdo es situar a una Bene Gesserit en el trono, y que Irulan es la que está preparada para ello.

—¿Ese era su plan? —dijo Jessica.

—¿Acaso no es obvio? —preguntó Paul.

—¡Sé ver los signos! —exclamó Jessica—. Mi pregunta tan sólo quería recordarte que no intentes enseñarme lo que te he inculcado yo misma.

Paul la miró, captando una gélida sonrisa en sus labios.

Gurney Halleck se inclinó entre ellos.

—Te recuerdo, mi Señor —dijo—, que hay un Harkonnen entre ese montón de bastardos —señaló con la cabeza a Feyd-Rautha, apoyado en la barrera de lanzas a su izquierda—. Ese de ojos esquivos, a la izquierda. Tiene el rostro más diabólico que haya visto en mi vida. Me prometiste una vez que…

—Gracias, Gurney —dijo Paul.

—Es el na-Barón… el Barón, ahora que el viejo ha muerto —dijo Gurney —. Irá muy bien para lo que yo in…

—¿Puedes vencerlo, Gurney?

—¡Mi Señor bromea!

—Esa discusión entre el Emperador y su bruja ya ha durado demasiado, ¿no crees, madre?

Jessica asintió.

—Realmente.

Paul alzó su voz, dirigiéndose al Emperador.

—Majestad, ¿hay algún Harkonnen con vos?

El modo como el Emperador se volvió a mirar a Paul revelaba un real desdén.

—Creía que mi séquito estaba bajo la protección de tu palabra ducal —dijo.

—Mi pregunta era tan sólo a título informativo —dijo Paul—. Tan sólo quería saber si algún Harkonnen forma parte oficialmente de vuestro séquito, o se ha escondido en él por pura cobardía.

El Emperador sonrió calculadoramente.

—Quien quiera que haya sido aceptado entre quienes me rodean forma parte de mi séquito.

—Vos tenéis la palabra de un Duque —dijo Paul—, pero Muad'Dib es otra cosa. Puede que *él* no reconozca vuestra definición de lo que constituye un séquito. Mi amigo Gurney Halleck siente deseos de matar a un Harkonnen. Si él…

—¡Kanly! —gritó Feyd-Rautha. Intentó apartar la barrera de lanzas—. Tu padre invocó esta venganza, Atreides. ¡Me llamas cobarde mientras te escondes entre tus mujeres y envías a un lacayo contra mí!

La vieja Decidora de Verdad susurró algo al oído del Emperador, pero este la rechazó.

—Kanly, ¿no? —dijo—. Hay unas reglas muy estrictas para el kanly.

—Paul, pon fin a todo esto —dijo Jessica.

—Mi señor —dijo Gurney—, me prometiste que tendría mi ocasión frente a los Harkonnen.

—Has tenido ya una buena ocasión todo el día de hoy —dijo Paul, y sintió que las emociones fluían de él, dejándole vacío como un muñeco. Se quitó su ropa y su capucha y se los tendió a su madre, junto con su cinturón y su crys, antes de desprenderse de su destiltraje. Sentía ahora que todo el universo estaba concentrado en aquel momento.

—Eso no es necesario —dijo Jessica—. Hay otros caminos más fáciles, Paul.

Paul se quitó el destiltraje y sacó el crys de la funda que tenía su madre entre las manos.

—Lo sé —dijo—. Veneno, un asesino, todos los caminos familiares.

—¡Me prometiste un Harkonnen! —siseó Gurney, y Paul vio la rabia en el rostro del hombre, la cicatriz de estigma oscureciéndose en su rostro—. ¡Me lo debes, mi Señor!

—¿Acaso has sufrido más de su parte de lo que he sufrido yo? —preguntó Paul.

—Mi hermana —dijo Gurney con voz ronca—. Mis años en los pozos de esclavos…

—Mi padre —dijo Paul—. Mis buenos amigos y compañeros, Thufir Hawat y Duncan Idaho, mis años como fugitivo, sin rango ni seguidores… y una cosa más: el kanly, y tú sabes mejor que nadie cuáles son las reglas que hay que respetar.

Los hombros de Halleck se relajaron.

—Mi Señor, si ese cerdo… no es más que una bestia asquerosa que puedes aplastar con tu pie y arrojar luego la bota porque estará contaminada. Llama a un verdugo si lo crees necesario, o déjamelo a mí, pero no te ofrezcas tú mismo para…

—Muad'Dib no necesita hacer esto —dijo Chani. Paul la miró, y leyó el miedo en sus ojos.

—Pero el Duque Paul sí debe —dijo.

—¡Es tan sólo una bestia Harkonnen! —jadeó Gurney.

Paul vaciló, a punto de revelar su propia descendencia Harkonnen, pero fue detenido por una cortante mirada de su madre.

—Pero esa cosa tiene forma humana, Gurney —se limitó a decir—, y debe beneficiarse de la duda humana.

—Si tan sólo… —insistió Gurney.

—Te lo ruego, mantente aparte —dijo Paul. Sopesó el crys, y apartó suavemente a Gurney a un lado.

—¡Gurney! —dijo Jessica. Tocó el brazo del hombre—. Es como su abuelo. No lo distraigas. Es lo único que puedes hacer por él ahora —y pensó: *¡Gran Madre, qué ironía!*

El Emperador estudió a Feyd-Rautha, vio sus abultados hombros, sus gruesos músculos. Se volvió a observar a Paul: un joven delgado como la trenza de un látigo, no tan enjuto como los nativos de Arrakis, pero se podían contar sus costillas, y los huesos de sus costados revelaban claramente el tensarse y contraerse de sus músculos bajo su tirante piel.

Jessica se inclinó hacia Paul y murmuró a su oído, únicamente para él:

—Tan sólo una cosa, hijo. A veces, la gente peligrosa está preparada por las Bene Gesserit, con una palabra implantada en lo más profundo de su mente, según la antigua técnica del placer-dolor. La palabra más frecuentemente usada es Uroshnor. Si ese hombre ha sido preparado, y estoy convencida de que lo ha sido, esa palabra susurrada a su oído aflojará sus músculos y…

—No necesito ninguna ventaja especial —dijo Paul—. Hazte a un lado, por favor.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Gurney a Jessica—. ¿Quiere hacerse matar y convertirse en un mártir? ¿Todas esas cháchararas religiosas de los Fremen han nublado su razón?

Jessica hundió el rostro entre sus manos, dándose cuenta de que no sabía por qué Paul actuaba así. Podía advertir la presencia de la muerte en la estancia, y sabía que este Paul, tan cambiado y distinto, era capaz de lo que había sugerido Gurney. Concentró todos sus talentos hacia el deseo que experimentaba de defender a su hijo, pero no había nada que pudiera hacer.

—¿Son esas cháchararas religiosas? —insistió Gurney.

—¡Calla! —dijo Jessica—. Y reza.

El rostro del Emperador se iluminó con una repentina sonrisa.

—Si Feyd-Rautha Harkonnen… de mi séquito… así lo desea —dijo—, yo le libero de cualquier lazo para que pueda actuar según su deseo. —El Emperador levantó una mano hacia los guardias Fedaykin de Paul—.

Uno de los de vuestra escoria tiene mi cinturón y mi puñal. Si Feyd-Rautha los desea, puede enfrentarse contigo con mi propia hoja.

—Lo deseo —dijo Feyd-Rautha, y Paul leyó la excitación en el rostro del hombre.

Es demasiado confiado , pensó Paul. *Es una ventaja natural que puedo aceptar.*

—Traed la hoja del Emperador —dijo Paul, y esperó a que su orden fuera obedecida—. Dejadla en el suelo, aquí —señaló el lugar con su pie —. Que la escoria Imperial se retire hacia el muro y deje al Harkonnen solo.

Un rumor de ropas, pies arrastrándose, órdenes dichas en voz baja y protestas acompañando la obediencia a las órdenes de Paul. Los hombres de la Cofradía permanecieron inmóviles junto al equipo de comunicaciones. Observaban a Paul con una obvia indecisión.

Están habituados a ver el futuro , pensó Paul. *Pero en este lugar y tiempo están ciegos… tan ciegos como yo.* E intentó sondear los vientos del tiempo, sintiendo los torbellinos, los nexos de la tormenta concentrados en aquel lugar, en aquel preciso momento. Pero incluso las más sutiles espirales le estaban vedadas ahora. Allí estaba, la aún no nacida jihad, lo sabía. Allí estaba la consciencia racial que había ya experimentado, con su terrible finalidad. Era una razón suficiente para un Kwisatz Haderach o un Lisan al-Gaib, incluso para los titubeantes planes Bene Gesserit. La raza humana había tomado consciencia de su estancamiento, y de su malsano replegarse en sí misma, y había visto la única salida en aquel torbellino que mezclaría los genes y del cual sobrevivirían únicamente las combinaciones más fuertes. En aquel instante, todos los seres humanos formaban un único organismo inconsciente que experimentaba un tipo de necesidad sexual capaz de derribar cualquier barrera.

Y Paul comprendió la futilidad de sus esfuerzos por modificar siquiera el más pequeño fragmento de todo aquello. Había pensado poder oponerse él solo a la jihad, pero la jihad seguiría existiendo. Incluso sin él, sus legiones se esparcirían furiosamente fuera de Arrakis. Necesitaban sólo una leyenda, y él se la había dado. Había mostrado el camino, les había permitido dominar incluso a la Cofradía gracias a su necesidad de especia para sobrevivir.

Un sentimiento de fracaso le invadió, y entonces vio que Feyd-Rautha se había despojado de su destrozado uniforme para aparecer vestido tan sólo con una simple malla metálica de combate.

Este es el clímax , pensó Paul. *Desde aquí, el futuro se abrirá, las nubes se abrirán para dejar paso a una luz gloriosa. Y si yo muero aquí, dirán que me he sacrificado para que mi espíritu los guíe. Y si vivo, dirán que nada puede oponerse a Muad'Dib.*

—¿Está preparado el Atreides? —dijo Feyd-Rautha, utilizando las palabras del antiguo ritual kanly.

Paul eligió responderle según la costumbre Fremen:

—¡Pueda tu cuchillo astillarse y romperse! —señaló la hoja del Emperador en el suelo, indicando que Feyd-Rautha podía avanzar y tomarlo.

Sin apartar su atención de Paul, Feyd-Rautha se inclinó sobre el cuchillo, balanceándolo un momento en su mano para tomar su tacto. La excitación aumentaba en él. Este era el combate que siempre había soñado, de hombre a hombre, habilidad contra habilidad, sin ningún escudo interviniendo. Aquel combate le abriría el camino del poder, puesto que el Emperador premiaría sin la menor duda a quien eliminara a aquel fastidioso Duque. Incluso tal vez concediera como premio a su altanera hija y una parte del trono. Y aquel Duque bandido, aquel aventurero, no podía ser un adversario serio para un Harkonnen adiestrado en todas las astucias y todas las traiciones de mil combates en la arena. Y aquel patán ignoraba que iba a enfrentarse con muchas más armas que un simple cuchillo.

¡Veremos si resistirás al veneno! , pensó Feyd-Rautha. Saludó a Paul con la hoja del Emperador, y dijo:

—Prepárate a morir, loco.

—¿Así que vamos a combatir, primo? —preguntó Paul. Avanzó con paso felino, los ojos fijos en la hoja ante él, su cuerpo encorvado, el lechoso crys apuntando hacia delante como una extensión de su brazo.

Giraron uno en torno del otro, sus pies desnudos haciendo crujir el suelo, esperando la más pequeña abertura.

—Qué bien danzas —dijo Feyd-Rautha.

Es un hablador , pensó Paul. *Esa es otra debilidad. El silencio lo inquieta.*

—¿Te has arrepentido de tus faltas? —preguntó Feyd-Rautha.

Paul seguía girando en silencio.

Y la vieja Reverenda Madre, observando el combate desde la primera fila, al lado del Emperador, empezó a temblar. El Atreides había llamado primo al Harkonnen. Esto significaba que conocía su común ascendencia, y esto era fácil de comprender porque era el Kwisatz Haderach. Pero aquellas palabras la obligaron a concentrarse en lo único que le importaba ahora.

Aquello podía ser la peor catástrofe para los planes selectivos de las Bene Gesserit.

Había entrevisto algo de lo que Paul había comprendido allí, que Feyd-Rautha podía matarlo pero sin salir por ello victorioso. Otro pensamiento, sin embargo, abismó casi su mente. Allí, ante ella, los dos productos finales de un largo y costoso programa se enfrentaban en un combate a muerte. Si ambos morían allí, quedaría tan sólo la hija bastarda de Feyd-Rautha, aún una niña, un factor desconocido, y Alia, una abominación.

—Quizá tan sólo tengáis ritos paganos aquí —dijo Feyd-Rautha—. ¿Quieres que la Decidora de Verdad del Emperador prepare tu espíritu para este viaje?

Paul sonrió, girando hacia la derecha, alerta, sus tenebrosos pensamientos anulados por las necesidades de aquel momento.

Feyd-Rautha saltó, fintando con la derecha, pero haciendo saltar el cuchillo a su mano izquierda.

Paul lo esquivó fácilmente, notando en el golpe de Feyd-Rautha la característica vacilación del condicionamiento del escudo. Sin embargo, tan sólo fue una leve vacilación, y Paul se dio cuenta de que Feyd-Rautha había combatido ya otras veces sin escudo, o al menos se había enfrentado con adversarios desprovistos de él.

—¿Acaso un Atreides corre en lugar de combatir? —preguntó Feyd-Rautha.

Paul comenzó a girar silenciosamente. Las palabras de Idaho volvieron a él, las palabras del adiestramiento, hacía tanto tiempo, en el campo de prácticas de Caladan: *«Usa los primeros momentos para estudiar al adversario. Así puedes perder la posibilidad de una victoria rápida, pero estos momentos de estudio son una garantía de éxito. Tómate tu tiempo y actúa sobre seguro».*

—Tal vez piensas que esa danza prolongará tu vida unos pocos instantes —dijo Feyd-Rautha—. Estupendo —dejó de girar, irguiéndose.

Paul había visto lo suficiente para una primera evaluación. Feyd-Rautha avanzaba por el lado izquierdo, presentando a su adversario el flanco derecho, como si la cota de malla pudiera protegerle todo aquel lado. Era el modo de actuar de un hombre adiestrado en el uso del escudo y que tuviera un puñal en cada una de sus manos.

O… Y Paul vaciló… o tal vez la cota de malla era algo más de lo que *parecía* .

El Harkonnen parecía demasiado confiado ante un hombre que aquel mismo día había conducido a sus fuerzas a la victoria contra las legiones Sardaukar.

Feyd-Rautha notó aquella vacilación.

—¿Por qué prolongas lo inevitable? —dijo—. No haces más que impedirme ejercitar mis derechos sobre este mundo de basura.

Quizá sea una aguja , pensó Paul, *muy bien escondida. No hay la menor huella en la malla.*

—¿Por qué no hablas? —preguntó Feyd-Rautha.

Paul reinició sus giros de estudio, permitiéndose que una gélida sonrisa fuera la única respuesta a la inquietud que había captado en la voz de Feyd-Rautha, evidenciando que la presión del silencio estaba haciendo su efecto.

—Sonríes, ¿eh? —dijo Feyd-Rautha. Y saltó a mitad de la frase.

Esperando una ligera vacilación, Paul casi no consiguió evitar el corte de la hoja, sintiendo el roce en su brazo izquierdo. Rechazó de su mente el repentino dolor, y comprendió que la primera vacilación había sido un truco… una contrafinta. Era un adversario muy superior a lo que había esperado. Debía tener fintas en las fintas de sus fintas.

—Tu propio Thufir Hawat me enseñó algunos de mis golpes —dijo Feyd-Rautha—. Me dio mi primera sangre. Tanto peor para él si ese viejo estúpido no ha vivido lo suficiente para ver esto.

Y Paul recordó lo que Idaho le había dicho una vez: *«En combate, espera sólo aquello que ocurre. De este modo nunca serás sorprendido».*

Giraron de nuevo uno en torno al otro, agazapados, acechando. Paul vio la excitación crecer de nuevo en el rostro de su oponente, y se preguntó el porqué. ¿Acaso una aguja significaba tanto para el hombre? ¡A menos que la hoja estuviera envenenada! ¿Pero cómo era posible? Sus propios hombres habían tenido el arma entre sus manos, la habían controlado antes de dársela. Eran demasiado experimentados como para no reparar en algo tan obvio.

—Esa mujer con la que hablabas antes —dijo Feyd-Rautha—. Esa pequeña. ¿Acaso es algo especial para ti? ¿Quizá tu animalito favorito? ¿Debo reservarle una atención especial?

Paul permaneció silencioso, con sus sentidos interiores examinando la sangre que goteaba de la herida, descubriendo rastros de un soporífero de la hoja del Emperador. Modificó su metabolismo para rechazar la

amenaza, alterando las moléculas del soporífero, pero le asaltó una duda. Habían preparado la hoja con un soporífero. Un soporífero. Algo que no descubriría el detector de venenos, pero lo suficientemente fuerte como para paralizar sus músculos si lo alcanzaban. Sus enemigos tenían sus propios planes en los planes, sus propias traiciones y estratagemas.

Feyd-Rautha saltó de nuevo, lanzando un golpe.

Paul, con una sonrisa helada en sus labios, fintó con una calculada lentitud, como si estuviera paralizado por la droga, y en el último instante esquivó, golpeando el brazo que atacaba con la punta de su crys.

Feyd-Rautha esquivó parcialmente el golpe saltando de costado y retrocediendo, pasando su cuchillo a la mano izquierda. Sus mejillas palidecieron cuando notó el dolor del ácido en la herida causada por Paul.

Dejémosle un momento de duda , pensó Paul. *Dejémosle sospechar que es veneno.*

—¡Traición! —gritó Feyd-Rautha—. ¡Me ha envenenado! ¡Noto el veneno en mi brazo!

Paul rompió su silencio por primera vez.

—Sólo un poco de ácido —dijo— para responder al soporífero de la hoja del Emperador.

Feyd-Rautha dirigió a Paul una gélida sonrisa, y levantó la hoja en su mano izquierda en una burla de saludo. Sus ojos brillaban de rabia tras el cuchillo.

Paul pasó también el crys a su mano izquierda, igualándose con su oponente. Inició de nuevo sus giros de estudio.

Feyd-Rautha se le fue acercando lentamente, el cuchillo alto, la rabia leyéndose en sus entrecerrados ojos y en su prominente mandíbula. Fintó hacia la derecha y abajo, y se encontraron uno junto al otro, las hojas entrecruzadas, en un esfuerzo violento.

Paul, desconfiando del lado derecho de Feyd-Rautha, donde sospechaba que estaba la aguja envenenada, obligó a girar hacia la derecha a su adversario. Estuvo a punto de no ver la aguja en el momento en que surgió. Fue avisado por un movimiento de Feyd-Rautha, una distensión repentina de sus músculos, y la aguja falló la carne de Paul por una ínfima fracción de milímetro.

¡En la cadera izquierda!

Traición en la traición de la traición , pensó Paul. Usó el adiestramiento Bene Gesserit de sus músculos para apartarse bruscamente y aprovechar el reflejo instintivo de Feyd-Rautha, pero la necesidad de alejarse de la aguja envenenada en la cadera de su oponente lo hizo trastabillar y caer al suelo, con Feyd-Rautha sobre él.

—¿La ves en mi cadera? —susurró Feyd-Rautha—. Vas a morir, estúpido —y empezó a contorsionarse, haciendo que la aguja se acercara más y más—. Paralizará tus músculos, y mi cuchillo acabará contigo. ¡Y no quedará ningún rastro que pueda ser detectado!

Paul luchó con todos sus músculos, oyendo los gritos silenciosos en su mente, las advertencias de sus antepasados exigiendo que pronunciara la palabra secreta para detener a Feyd-Rautha y salvarse a sí mismo.

—¡No la diré! —jadeó Paul.

Feyd-Rautha lo miró, con una imperceptible vacilación. Sin embargo, fue suficiente para que Paul captara el punto débil en el equilibrio de su adversario, hiciera palanca en él y lo obligara a rodar sobre sí mismo, invirtiendo las posiciones. Ahora Feyd-Rautha estaba bajo él, con su cadera derecha en alto, incapaz de volverse debido a que la aguja, en su cadera izquierda, se había clavado en el suelo bajo él.

Paul liberó su mano izquierda, ayudado por la lubricación de la sangre de su brazo, y golpeó a Feyd-Rautha por debajo de la mandíbula. La punta del crys abrió su camino hasta el cerebro. Feyd-Rautha se estremeció y se combó en el suelo, sujeto parcialmente a él por la aguja clavada en el pavimento.

Inspirando profundamente para recobrar su calma, Paul se impulsó hacia arriba y se puso en pie. Permaneció inmóvil sobre el cuerpo, con el cuchillo en la mano, y alzó los ojos con una deliberada lentitud hacia el Emperador.

—Majestad —dijo—, vuestras fuerzas se han visto reducidas en otra unidad. ¿Vamos a dejar de tergiversar y engañarnos? ¿Vamos a discutir lo que conviene hacer? El matrimonio de vuestra hija conmigo y un camino abierto para que un Atreides se siente en el trono.

El Emperador se volvió y miró al Conde Fenring. El Conde sostuvo su mirada… ojos grises contra ojos verdes. Cualquier palabra era inútil, se conocían desde hacía tanto tiempo que bastaba una simple mirada.

Mata a este advenedizo por mí , estaba diciendo el Emperador. *El Atreides es joven y lleno de recursos, sí… pero también está cansado por el largo esfuerzo y no resistirá una lucha contigo. Desafíale ahora… tú sabes cómo hacerlo. Mátalo.*

Lentamente, Fenring movió su cabeza, un prolongado giro hacia el rostro de Paul.

—¡Adelante! —siseó el Emperador.

El Conde miró fijamente a Paul, tal como Dama Margot le había enseñado, a la manera Bene Gesserit, consciente del misterio y la oculta grandeza que había en aquel joven Atreides.

Podría matarlo , pensó Fenring… y sabía que aquello era cierto.

Algo en sus más secretas profundidades retuvo sin embargo al Conde, y tuvo una visión breve, inadecuada, de su superioridad frente a Paul… el lado secreto de su persona, la furtiva cualidad de sus motivaciones que ningún ojo podía penetrar.

Paul, a través del rebullente nexo del tiempo, consiguió comprender en parte aquello, y se explicó finalmente por qué nunca había visto a Fenring en las tramas de su presciencia. Fenring era uno de aquellos que hubiera-podido-ser, un potencial Kwisatz Haderach, malogrado por una mancha en su esquema genético… un eunuco, cuyo talento estaba concentrado furtivamente, secretamente. Sintió entonces una profunda compasión por el Conde Fenring, el primer sentimiento de fraternidad que hasta entonces experimentara.

Fenring, leyendo la emoción de Paul, dijo:

—Majestad, rehúso.

El furor inundó a Shaddam IV. Dio dos pasos a través de su cortejo y abofeteó a Fenring con todas sus fuerzas.

El rostro del conde se ensombreció. Alzó los ojos, miró fijamente al Emperador y dijo, con un tranquilo y deliberado énfasis:

—Hemos sido amigos, Majestad. Lo que hago ahora lo hago tan sólo por amistad. Olvidaré vuestro gesto.

Paul carraspeó.

—Estábamos hablando del trono, Majestad —dijo.

El Emperador se volvió bruscamente, mirando a Paul con ojos llameantes.

—¡Yo estoy en el trono! —rugió.

—Tendréis otro en Salusa Secundus —dijo Paul.

—¡He depuesto mis armas y he venido aquí confiando en tu palabra! —gritó el Emperador—. Te atreves a amenazarme…

—Vuestra persona está segura en mi presencia —dijo Paul—. Es un Atreides quien os lo ha prometido. Pero Muad'Dib os sentencia a vuestro planeta prisión. Pero no tengáis miedo, Majestad. Usaré todos los poderes de que dispongo para hacer que aquel lugar sea menos rudo. Lo transformaré en un planeta jardín, lleno de cosas encantadoras.

El oculto sentido de las palabras de Paul llegó hasta la mente del Emperador. Miró a Paul a través de la estancia.

—Ahora comprendo tus verdaderos motivos —gruñó.

—Evidentemente —dijo Paul.

—¿Y Arrakis? —preguntó el Emperador—. ¿Otro mundo jardín lleno de cosas encantadoras?

—Los Fremen tienen la palabra de Muad'Dib —dijo Paul—. Habrá agua corriendo libremente bajo el cielo de este mundo, y oasis verdeantes llenos de cosas hermosas. Pero también debemos pensar en la especia. Así, siempre habrá desierto en Arrakis… y terribles vientos, y pruebas para endurecer al hombre. Nosotros los Fremen tenemos un proverbio: «Dios creó Arrakis para templar a los fieles». Uno no puede ir contra la palabra de Dios.

La vieja Decidora de Verdad, la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam, había captado otro oculto significado en las palabras de Paul. Había entrevisto la jihad. Dijo:

—¡No puedes desencadenar a esa gente sobre el universo!

—¡Lamentaréis las gentiles maneras de los Sardaukar! —espetó Paul.

—No puedes —susurró ella.

—Tú eres una Decidora de Verdad —dijo Paul—. Mide tus palabras. —Miró a la Princesa Real, luego al Emperador—. Decidid, Majestad.

El Emperador dirigió a su hija una afligida mirada. Ella tocó su brazo y dijo tranquilizadoramente:

—He sido educada para esto, padre.

Él inspiró profundamente.

—No podéis impedirlo —murmuró la vieja Decidora de Verdad.

El Emperador se irguió, encontrando algo de su perdida dignidad.

—¿Quién negociará por ti, consanguíneo? —preguntó.

Paul se volvió, miró a su madre, con los ojos casi cerrados por el agotamiento, junto a Chani y un grupo de Fedaykin. Se acercó a ellos y se detuvo ante Chani, observándola.

—Sé tus razones —murmuró Chani—. Si ha de ser así… Usul.

Paul, notando las ocultas lágrimas tras su voz, le acarició la mejilla.

—Mi Sihaya no tendrá nunca nada que temer —susurró. Dejó caer el brazo, hizo frente a su madre—. Tú negociarás por mí, madre, con Chani a tu lado. Tiene sabiduría y mirada penetrante. Y se dice con justicia que nadie es más duro en los negocios que un Fremen. Ella verá a través de los ojos de su amor por mí y con el pensamiento de nuestros futuros hijos que no la abandonarán. Escúchala.

Jessica adivinó los fríos cálculos que se escondían tras las palabras de su hijo y se estremeció.

—¿Cuáles son tus instrucciones? —preguntó.

—Exijo como dote la totalidad de los intereses del Emperador en la Compañía CHOAM —dijo.

—¿La totalidad? —Jessica tuvo dificultad en encontrar las palabras.

—Debe ser enteramente despojado. Quiero un condado y un directorio de la CHOAM para Gurney Halleck, así como el feudo de Caladan. Títulos y poderes para todos los supervivientes de entre los Atreides, hasta el más humilde soldado.

—¿Y para los Fremen? —preguntó Jessica.

—Los Fremen son cosa mía —dijo Paul—. Lo que reciban les será dado por Muad'Dib. Y empezaremos con Stilgar como gobernador en Arrakis, pero esto puede esperar.

—¿Y para mí? —preguntó Jessica.

—¿Hay algo que desees especialmente?

—Quizá Caladan —dijo ella, mirando a Gurney—. No estoy segura. Me he vuelto demasiado parecida a los Fremen… y soy una Reverenda Madre. Necesito un tiempo de paz y tranquilidad para reflexionar.

—*Eso* lo tendrás —dijo Paul—, y cualquier otra cosa que Gurney o yo podamos darte.

Jessica asintió, sintiéndose repentinamente vieja y cansada. Miró a Chani.

—¿Y para la concubina real?

—Ningún título para mí —murmuró Chani—. Ninguno. Por favor.

Paul miró profundamente a sus ojos, recordándola de pronto como la había visto en otras ocasiones, con el pequeño Leto en sus brazos, su hijo que había encontrado la muerte en aquella violencia.

—Te juro —murmuró— que no necesitarás ningún título. Aquella mujer será mi esposa y tú tan sólo una concubina porque esto es un asunto político y debemos sellar la paz y aliarnos con las Grandes Casas del Landsraad. Las formalidades serán respetadas. Pero aquella princesa no obtendrá de mí más que el nombre. Ningún hijo, ninguna caricia, ninguna mirada, ningún instante de deseo.

—Dices eso ahora —murmuró Chani. Miró a la rubia princesa a través de la estancia.

—¿Tan poco conoces a mi hijo? —susurró Jessica—. Mira a esa princesa inmóvil, allí, tan orgullosa y segura de sí misma. Dicen que tiene pretensiones literarias. Esperemos que puedan llenar su existencia, porque va a tener muy poca cosa más. —Se le escapó una amarga sonrisa—. Piensa en ello, Chani: esa princesa tendrá el nombre, pero será mucho menos que una concubina… nunca conocerá un momento de ternura por parte del hombre al que estará unida. Mientras que a nosotras, Chani, nosotras que arrastramos el nombre de concubinas… la historia nos llamará esposas.

FIN

APÉNDICES

I

La ecología de Dune

Más allá de un punto crítico, los grados de libertad, en un espacio finito, disminuyen a medida que se incrementa el número. Esto resulta válido tanto para los hombres en el espacio finito de un ecosistema planetario como para las moléculas de gas en una redoma sellada. La cuestión para los seres humanos no es saber cuántos de ellos podrán sobrevivir dentro del sistema, sino qué tipo de existencia será posible para aquellos que sobrevivirán.

PARDOT KYNES, Primer Planetólogo de Arrakis

El efecto que causa Arrakis en la mente del recién llegado es usualmente el de una tierra estéril y absolutamente desolada. El extranjero piensa inmediatamente que allí nada puede crecer o sobrevivir al aire libre, que realmente es una tierra yerma que nunca ha conocido la fertilidad y nunca la conocerá.

Para Pardot Kynes, el planeta no era más que una expresión de la energía, una máquina movida por un sol. Sólo necesitaba ser reestructurada de modo que respondiera a las necesidades de los seres humanos. Su mente fue atraída inmediatamente hacia la población humana que se movía libremente por la superficie del planeta, los Fremen. ¡Qué desafío! ¡Y qué herramienta representaban!

Los Fremen: una fuerza ecológica y geológica de un potencial ilimitado.

Bajo muchos aspectos, Pardot Kynes era un hombre simple y directo. ¿Uno necesita escapar a las restricciones Harkonnen? Excelente. Entonces uno se casa con una mujer Fremen. Y cuando ella le da un hijo, uno empieza con él, con Liet-Kynes, y con los niños, a enseñarles las bases de la ecología, creando un nuevo lenguaje con símbolos que preparen la mente para manipular todo un paisaje, su clima, sus límites estacionales, y superen finalmente todos los conceptos de fuerza para alcanzar una clara consciencia de la idea de *orden* .

—Existe una armonía interior de movimiento y equilibrio en todos los planetas adaptados al hombre —decía Kynes—. Uno puede ver en esta armonía un efecto dinámico estabilizador esencial a todas las formas de vida. Su función es simple: crear y mantener esquemas coordinados más y más diversificados. Es la propia vida la que aumenta la capacidad de un sistema cerrado para sustentar la vida. La vida —toda la vida— se halla al servicio de la vida. Los alimentos necesarios para la vida son creados *por* la vida cada vez en mayor abundancia a medida que se

incrementa la diversificación de esta vida. Todo el paisaje se vuelve vivo, se producen relaciones, y relaciones dentro de estas relaciones.

Así era Pardot Kynes cuando enseñaba en las clases de las cavernas del sietch.

Pero antes de estas lecciones, de todos modos, había tenido que convencer a los Fremen. Para comprender cómo fue posible esto, hay que conocer antes con qué increíble tenacidad e inocencia afrontaba todos los problemas. No era ingenuo: simplemente, apuntaba directamente hacia lo que pretendía conseguir.

Estaba explorando el territorio de Arrakis a bordo de un vehículo monoplaza durante un tórrido atardecer, cuando fue testigo de una escena deplorable. Seis mercenarios Harkonnen, provistos de escudos y completamente armados, habían sorprendido a tres jóvenes Fremen al abierto tras la Muralla Escudo, cerca del poblado del Saco del Viento. Para Kynes, aquello parecía una lucha más bien irreal, sin la menor trascendencia, hasta que se dio cuenta de que los Harkonnen pretendían matar a los Fremen. Uno de los jóvenes había caído ya, con una arteria seccionada, mientras dos de los mercenarios estaban fuera de combate, pero aún había cuatro hombres armados frente a dos jóvenes imberbes.

Kynes no era valeroso; simplemente era resuelto y precavido. Los Harkonnen estaban matando Fremen. ¡Estaban destruyendo las herramientas con las que pretendía remodelar el planeta! Activó su propio escudo, se lanzó a la lucha y derribó a dos Harkonnen antes de que supieran que alguien los estaba atacando por la espalda. Esquivó la espada de uno de los otros y les seccionó la garganta con un limpio *entrisseur* , y dejó al único sicario que quedaba en manos de los jóvenes Fremen, dirigiendo su atención a salvar al que estaba en el suelo. Y consiguió salvarlo… justo en el momento en que era abatido el sexto Harkonnen.

¡Y entonces fue cuando se complicaron las cosas! Los Fremen no sabían qué hacer con Kynes. Por supuesto, sabían quién era. Nadie llegaba a Arrakis sin que un completo dossier relativo a su persona llegara a los baluartes Fremen. Lo conocían: era un servidor Imperial.

¡Pero había matado Harkonnen!

Si hubiesen sido adultos se hubieran limitado a alzarse de hombros mientras enviaban su sombra a reunirse con las de los seis hombres muertos en el terreno. Pero aquellos Fremen eran jóvenes inexpertos y sabían tan sólo que habían contraído una vital obligación con aquel servidor Imperial.

Kynes estaba dos días más tarde en un sietch que se abría dominando el Paso del Viento. Para él, todo aquello era natural. Habló a los Fremen del agua, de dunas ancladas con hierba, de palmeras cargadas de

dátiles, de qanats corriendo al aire libre a través del desierto. Habló y habló y habló.

Y ni siquiera se dio cuenta del debate que se producía a su alrededor. ¿Qué hay que hacer con ese loco? Ahora conoce la situación de un sietch importante. ¿Qué hacer? ¿Y cómo interpretar esas palabras hablando de Arrakis como de un paraíso? Son tan sólo palabras. Y ahora sabe demasiado. ¡Pero ha matado Harkonnen! ¿Y la carga de agua? ¿Desde cuándo le debemos algo al Imperio? Ha matado Harkonnen. Cualquiera puede matar Harkonnen. Incluso yo los he matado.

¿Pero y su hablar de la fertilización de Arrakis?

Muy sencillo: ¿dónde está el agua para ello?

¡Dice que está aquí! Y *ha* salvado a tres de los nuestros.

¡Ha salvado a tres idiotas que se habían cruzado en el camino de los Harkonnen! ¡Y ha visto los crys!

La necesaria decisión fue conocida ya muchas horas antes de que fuera pronunciada. El tau de un sietch dice a sus miembros lo que deben hacer; incluso las más brutales necesidades. Fue enviado un guerrero experto con un cuchillo consagrado para realizar la tarea. Dos maestros de agua lo siguieron para recoger el agua del cuerpo. Una brutal necesidad.

Es dudoso que Kynes se diera cuenta de la existencia de aquel ejecutor. Estaba hablándole a un grupo de gente reunida a su alrededor a prudente distancia. Caminaba mientras hablaba, trazando círculos, gesticulando. Agua al aire libre, decía Kynes. Caminar a cielo abierto sin destiltrajes. ¡Agua para bañarse en estanques al aire libre! ¡Portyguls!

El hombre del cuchillo le hizo frente.

—Apártate —dijo Kynes, y siguió hablando de trampas de viento ocultas. Rozó al hombre al pasar por su lado. La espalda de Kynes se ofreció, inerme, al golpe ritual.

Nunca se sabrá lo que ocurrió entonces en la mente del ejecutor. ¿Quizá terminó por escuchar las palabras de Kynes y creyó en ellas? ¿Quién sabe? Pero todos saben lo que hizo, porque ha quedado dicho. Su nombre era Uliet, el *Viejo* Liet. Uliet avanzó tres pasos y deliberadamente cayó sobre su propio cuchillo, «eliminándose» a sí mismo. ¿Suicidio? Algunos dicen que obró guiado por Shai-Hulud.

¡Hablad de presagios!

Desde aquel instante. Kynes sólo tuvo que mover un dedo y decir:

—Venid aquí.

Tribus enteras de Fremen acudieron. Murieron hombres, murieron mujeres, murieron niños. Pero acudieron.

Kynes volvió a sus trabajos Imperiales, dirigiendo las Estaciones Biológicas Experimentales. Y los Fremen comenzaron a aparecer entre el personal de las Estaciones. Los Fremen miraron a su alrededor. Se dieron cuenta de que se estaban infiltrando en el «sistema», una posibilidad que nunca habían considerado. Algunos instrumentos de las Estaciones empezaron a aparecer en las cavernas de los sietch… especialmente cortadores a rayos, que eran usados para ampliar las depresiones ocultas y cavar trampas de viento.

El agua comenzó a recolectarse en las depresiones.

Y empezó a hacerse evidente a los Fremen que Kynes no era un hombre totalmente loco, tan sólo estaba lo suficientemente loco como para hacer de él un santo. Pertenecía al umma, la hermandad de los profetas. La sombra de Uliet fue elevada a los sadus, la multitud de los jueces divinos.

Kynes —el directo, el obsesionado Kynes— sabía que la investigación altamente organizada no era capaz de producir nada nuevo. Así que creó pequeñas unidades de experimentación con un regular intercambio de datos a fin de alcanzar rápidamente el efecto Tansley, pero con cada grupo siguiendo su propio camino. Así se acumularon millones de pequeños datos. Kynes se limitó a organizar algunos experimentos aislados y escasamente coordinados, a fin de que cada grupo pudiera evaluar el alcance efectivo de sus dificultades.

Muestras de los estratos profundos fueron extraídas por todo el bled. Fueron establecidos mapas detallados de las largas corrientes de tiempo llamadas climas. Se descubrió que en la inmensa franja delimitada entre los 70 grados de latitud norte y sur, las temperaturas a lo largo de millares de años nunca había oscilado más allá de los 154-332 grados (absolutos), y que en esta franja existían largas estaciones de germinación en las que las temperaturas medias se establecían entre los 284 a 302 grados absolutos: un auténtico paraíso para la vida terrestre… una vez resuelto el problema del agua.

¿Y cuándo será resuelto?, preguntaron los Fremen, ¿cuándo veremos a Arrakis transformado en un paraíso?

Del mismo modo que un maestro enseñando a un niño que le ha preguntado cuanto son 2 más 2, Kynes les respondió:

—Dentro de trescientos a quinientos años.

Un pueblo inferior hubiera gritado su desesperación. Pero los Fremen habían aprendido la paciencia a golpes de látigo. Aquel plazo les pareció más largo de lo que habían esperado, pero todos estaban convencidos de que el bendito día iba a llegar. Se apretaron más sus fajas y volvieron al trabajo. De alguna manera, la decepción había hecho mucho más concreto el concepto del paraíso.

El problema de Arrakis no era el agua, sino la humedad. Los animales domésticos eran casi desconocidos, el ganado raro. Algunos contrabandistas usaban un asno del desierto domesticado, el kulon, pero su precio en agua era elevado, incluso si se conseguía hacerle llevar una versión modificada de destiltraje.

Kynes pensó en instalar plantas reductoras que sintetizaran agua del hidrógeno y oxígeno presentes en las rocas nativas, pero el coste de la energía era demasiado alto. Los casquetes polares (que daban a los pyons una falsa impresión de seguridad acerca de su riqueza en agua) contenían demasiada poca para su proyecto… y Kynes sospechaba ya dónde se encontraba realmente el agua. Había aquel sensible aumento de la humedad a altitudes medias, y en ciertos vientos. Había aquel indicio de fundamental importancia que era la composición del aire: un 23 por ciento de oxígeno, un 75,4 por ciento de nitrógeno, y un 0,023 por ciento de anhídrico carbónico… con huellas de otros gases formando el resto.

Había una rara planta nativa que crecía por encima de los 2.500 metros en las zonas templadas del norte. Un tubo de dos metros de largo que contenía medio litro de agua. Y había las plantas del desierto terrestres: las más resistentes mostraban poder prosperar si eran plantadas en depresiones provistas de precipitadores de rocío.

Entonces, Kynes descubrió el pan de sal.

Su tóptero, volando entre dos estaciones alejadas en el bled, fue obligado a salirse de su curso a causa de una tormenta. Cuando la tormenta hubo pasado, allí estaba el pan: una enorme depresión ovalada extendiéndose a lo largo de casi trescientos kilómetros en su eje mayor… una cegadora sorpresa blanca en el ilimitado desierto. Kynes tomó tierra, y probó la lisa superficie limpiada por la tormenta.

Sal.

Ahora estaba seguro de ello.

Había habido agua a cielo abierto en Arrakis… antes. Comenzó a examinar de nuevo la evidencia de los pozos secos, donde aparecía un hililllo de agua para desvanecerse en seguida, y no volver a aparecer ya más.

Kynes puso inmediatamente al trabajo a sus nuevos limnólogos Fremen recién adiestrados: su indicio más importante, una especie de

fragmentos de una materia parecida al cuero que se encontraba a menudo en una masa de especia después de su explosión. En las leyendas Fremen eran atribuidos a una imaginaria «trucha de arena». Los hechos, acumulándose, diseñaban una criatura que podía dar origen a aquellos fragmentos parecidos al cuero… una criatura que nadara en aquella arena aislando el agua en bolsas fértiles en el interior de los estratos porosos más bajos, en los límites inferiores de los 280 grados (absolutos).

Aquellos «ladrones de agua», morían por millones durante una explosión de especia. Una variación de temperatura de más de cinco grados bastaba para matarlos. Los pocos supervivientes entraban entonces en una semidurmiente quiste-hibernación para emerger seis años más tarde como pequeños (alrededor de tres metros de largo) gusanos de arena. Muy pocos de ellos conseguían entonces escapar a sus hermanos mayores y a las bolsas de agua preespecia para alcanzar la madurez como el gigantesco Shai-Hulud (el agua es venenosa para el Shai-Hulud, como saben muy bien los Fremen desde hace tiempo ahogando los raros «gusanos enanos» del Erg Menor para producir el narcótico incrementador de la percepción llamado Agua de Vida. El «gusano enano» es una forma primitiva de Shai-Hulud que alcanza una longitud de unos nueve metros).

Ahora también habían descubierto la relación cíclica: de pequeño hacedor a masa de preespecia; de pequeño hacedor a Shai-Hulud; el Shai-Hulud dispersando la especia de la cual se nutren las pequeñas criaturas conocidas como plancton de arena; el plancton de arena, alimento del Shai-Hulud, creciendo, hundiéndose en las profundidades, convirtiéndose en pequeños hacedores.

Kynes y su gente apartaron entonces su atención de aquellas grandes relaciones y la centraron en la microecología. Primero, el clima: la superficie de la arena alcanzaba a menudo temperaturas de 344 a 350 grados (absolutos). A treinta centímetros de profundidad la temperatura podía ser inferior en 55 grados; a treinta centímetros por encima podía ser inferior en 25 grados. Hojas o una sombra negra podían conseguir un descenso de otros 18 grados. Luego, las sustancias nutritivas: las arenas de Arrakis son principalmente el producto de la digestión de los gusanos; el polvo (el omnipresente problema) es producido por el constante roce de la superficie, por la arena frotándose contra si misma. Los granos más gruesos se hallan en los lados de las dunas no batidos por el viento. Las dunas viejas son amarillas (por la oxidación), mientras que las dunas jóvenes tienen el color de las rocas, generalmente gris.

Los lados no expuestos al viento de las viejas dunas fueron los primeros en ser sembrados. Los Fremen comenzaron con una hierba mutante adaptada a los terrenos áridos y pobres que producía fibras entrelazadas parecidas a turba, con el fin de fijar las dunas y privar al viento de su mejor arma: los granos móviles.

Zonas de adaptación fueron desarrolladas así en el lejano sur, fuera de los observadores Harkonnen. La hierba mutante fue plantada inicialmente en las pendientes no expuestas al viento de las dunas que se hallaban en el camino de los vientos dominantes del oeste. Una vez anclada esta cara, la otra cara de la duna crecía más y más en altura, y la hierba era desplazada hacia esa cara. Sifs gigantes (largas dunas con crestas sinuosas) de más de 1.500 metros de altura fueron producidas de esta forma.

Cuando la barrera de dunas alcanzó una altura suficiente, las caras expuestas al viento fueron plantadas con hierbas largas mucho más resistentes. Cada estructura con una base seis veces más larga que su altura quedaba así anclada, «fijada».

Entonces se pasó a las plantas de raíces más largas: efímeras (quenopodias, hierba para el ganado y amaranta para empezar), luego retama, lupino, eucalipto (el tipo adaptado a los territorios del norte de Caladan), tamarisco enano, pino marítimo, y luego las verdaderas plantas del desierto: cactus candelabro, saguaro, y bisnaga, el cactus barril. Y, donde podían crecer, introdujeron salvia, hierba pluma del Gobi, alfalfa, verbena de arena, prímula, arbustos de incienso, árbol de humo, arbusto creosota.

Después dedicaron su atención a la necesaria vida animal… criaturas excavadoras que horadaban el suelo para airearlo: zorro enano, ratón canguro, liebre del desierto, tortuga de arena… y los predadores para mantener el equilibrio: halcón del desierto, búho enano, águila y lechuza del desierto; e insectos para llenar los nichos que éstos no podían alcanzar: escorpiones, ciempiés, arañas, avispas y moscas… y el murciélago del desierto para vigilarlos a su vez.

Y finalmente la prueba crucial: palmeras datileras, algodón, melones, café, plantas medicinales… más de doscientos tipos de plantas comestibles para ensayar y adaptar.

—Lo que no comprende el no versado en ecología con respecto a un ecosistema —decía Kynes— es que se trata de un sistema. ¡Un sistema! Un sistema mantiene una cierta fluida estabilidad que puede ser destruida como un simple paso en falso en un solo nicho ecológico. Un sistema obedece a un orden, está armonizado de uno a otro extremo. Si algo falla en el flujo todo el orden sufre un colapso. Una persona no adiestrada puede no darse cuenta de este colapso hasta que sea demasiado tarde. Es por eso por lo que la función más importante de la ecología es la comprensión de las consecuencias.

¿Habían conseguido edificar un sistema?

Kynes y su gente esperaron y esperaron. Los Fremen comprendían ahora por qué había previsto quinientos años de paciencia.

Llegó un primer informe de los palmerales:

En el límite del desierto con las plantaciones, el plancton de arena empezó a dar señales de envenenamiento a causa de la interacción con las nuevas formas de vida. La razón: incompatibilidad proteica. Se estaba formando allí agua envenenada que la vida de Arrakis no aceptaba. Una zona desolada rodeaba las plantaciones, un lugar en el que ni siquiera el Shai-Hulud se aventuraba.

Kynes visitó personalmente los palmerales: un viaje de veinte martilleadores (en un palanquín, como un herido o una Reverenda Madre, porque no era un caballero de la arena). Inspeccionó la zona desolada (cuyo hedor ascendía al cielo) y volvió con una prima, un regalo de Arrakis.

La adición de sulfuro y nitrógeno fijado convirtió la zona desolada en un terreno rico para las formas de la vida terrestre. ¡Las plantaciones podían extenderse así a voluntad!

—¿Eso disminuirá la espera? —preguntaron los Fremen.

Kynes volvió a sus fórmulas planetarias. Los resultados de los programas de trampas de viento eran ya bastante seguros. Se habían concedido generosos márgenes de tiempo, sabiendo que era imposible delimitar exactamente los problemas ecológicos. Una cierta cantidad de plantas debía ser reservada al anclaje de las dunas; una cierta cantidad para alimentación (de hombres y animales); una cierta cantidad para apresar la humedad en sus sistemas de raíces y encaminar el agua a las regiones secas de los alrededores. En aquella época, las zonas frías del bled habían sido delimitadas y llevadas a los mapas. También entraban en las fórmulas. Incluso los Shai-Hulud tenían su lugar en los gráficos. No podían ser destruidos nunca, o la especia hubiera terminado junto con ellos. Pero la gigantesca «factoría» que era su aparato digestivo, con sus enormes concentraciones de aldehídos y ácidos, era una gigantesca fuente de oxígeno. Un gusano de tamaño medio (unos 200 metros de largo) descargaba en la atmósfera tanta cantidad de oxígeno como la fotosíntesis de diez kilómetros cuadrados de vegetación.

Había que tener en cuenta también la Cofradía. La tasa de especia que se entregaba a la Cofradía para que ningún satélite meteorológico o cualquier otro tipo de aparato de observación se instalara en el cielo de Arrakis había alcanzado enormes proporciones.

Tampoco se podía ignorar a los Fremen. Especialmente los Fremen, con sus trampas de viento y sus irregulares territorios organizados alrededor de sus abastecimientos de agua; los Fremen con su nueva cultura ecológica y su sueño de transformar cíclicamente vastas áreas de Arrakis, primero en praderas, luego en bosques.

De los gráficos emergió un resultado. Kynes lo informó. El tres por ciento. Si conseguían obtener que el tres por ciento de las plantas verdes

de Arrakis contribuyeran a la formación de compuestos de carbono, alcanzarían un ciclo autosuficiente.

—¿Pero en cuánto tiempo? —preguntaron los Fremen.

—Oh, eso: alrededor de trescientos cincuenta años.

Así, era cierto lo que aquel umma había dicho al principio: la cosa no ocurriría en el tiempo de vida de ninguno de ellos, ni en el tiempo de vida de ninguno de sus descendientes a lo largo de ocho generaciones, pero ocurriría.

El trabajo continuó: edificando, plantando, excavando, adiestrando a los niños.

Kynes-el-Umma murió en el derrumbe de la Depresión de Yeso. Su hijo, Liet-Kynes, tenía entonces diecinueve años, un auténtico Fremen caballero de la arena que había matado a más de cien Harkonnen. El contrato Imperial, que el viejo Kynes había pedido para su hijo, le fue transmitido normalmente de acuerdo con la rígida estructura de clases que funcionaba en Arrakis. El hijo había sido adiestrado en la escuela del padre.

En aquel tiempo el camino estaba trazado, y los ecólogos Fremen tan sólo tenían que seguirlo. Liet-Kynes sólo tenía que observarlos y no perder de vista a los Harkonnen… hasta el día en que el planeta se vio afligido por un Héroe.

II

La religión de Dune

Antes de la llegada de Muad'Dib, los Fremen de Arrakis practicaban una religión cuyas raíces, como puede ver cualquier escolar, se hallaban en el Maometh Saari. Muchos, sin embargo, han hecho notar la variedad de elementos tomados de otras religiones. El ejemplo más citado es el Himno al Agua, una copia directa del Manual Litúrgico Católico Naranja, con su invocación a las nubes traedoras de lluvia, que nunca han sido vistas en Arrakis. Pero existen otros puntos de contacto más profundos entre el Kitab al-Ibar de los Fremen y las enseñanzas de la Biblia, el Ilm i el Fiqh.

Cualquier comparación entre las creencias religiosas dominantes en el Imperio en tiempos de Muad'Dib debe tener presente las grandes fuerzas espirituales que han edificado tales creencias:

Los seguidores de los Catorce Sabios, cuyo Libro era la Biblia Católica Naranja, y cuyas convicciones se hallan expresadas en los Comentarios y en la demás literatura producida por la Comisión de Traductores Ecuménicos (C. T. E.);

La Bene Gesserit, que privadamente negaba ser una orden religiosa pero que operaba dentro de un esquema casi impenetrable de misticismo ritual, y cuyos adiestramiento, simbolismo, organización y métodos de enseñanza internos eran casi completamente religiosos;

La agnóstica clase dominante (incluida la Cofradía), para la cual la religión era tan sólo una forma de espectáculo de marionetas para divertir al pueblo y mantenerlo dócil, y que creía esencialmente que todos los fenómenos —incluidos los fenómenos religiosos— podían ser reducidos a explicaciones mecánicas;

Los autollamados Antiguos Maestros, incluidos aquellos preservados por los Nómadas Zensunni del primer, segundo y tercer movimiento Islámico; El Navacristianismo de Chusuk, la Variante Budislámicas de los tipos dominantes en Lankiveil y Sikum, la Miscelánea del Mahayana Lankavarata, el Zen Hekiganshu de Delta Panovis III, el Tawrah y el Zabur Talmúdico que sobrevivieron en Salusa Secundus, el penetrante Ritual Obeah, el Muad Quran con sus Puros Ilm y Figh preservados por los plantadores de arroz de Caladan, las formas de Hinduismo que se encuentran un poco por todas partes en el universo en pequeñas colectividades de pyon aislados, y finalmente la Jihad Butleriana.

Sin embargo hay una quinta fuerza que ha dado origen a creencias religiosas, pero su efecto es tan universal y profundo que merece ser considerada aisladamente.

Se trata, por supuesto, de los viajes espaciales… y en cualquier análisis de las religiones merecen ser escritos así:

¡VIAJES ESPACIALES!

Los logros de la humanidad a través del espacio han dado un sello inconfundible a las religiones durante los ciento diez siglos que han precedido a la Jihad Butleriana. Aunque ampliamente extendidos, los viajes espaciales, en los primeros tiempos, eran lentos, inseguros e irregulares, y antes del monopolio de la Cofradía, eran realizados confusamente de mil modos distintos. Las primeras experiencias espaciales, sobre las cuales circulaban pocas informaciones, extremadamente distorsionadas, favorecieron las más desenfrenadas tendencias a las especulaciones místicas.

Inmediatamente, el espacio dio otro sentido y un sabor distinto a las ideas de la Creación. Esta diferencia puede ser observada perfectamente en los más importantes movimientos religiosos de este periodo. En todas las religiones, la esencia de lo sagrado fue tocada por la anarquía de las tinieblas del espacio.

Fue como si Júpiter y todas las formas descendientes de él se hubieran retirado al seno de las tinieblas primordiales para ser reemplazadas por una inmanencia femenina llena de ambigüedad y cuyo rostro estaba compuesto por innumerables terrores.

Las antiguas fórmulas se mezclaron, interpenetrándose como si se hubieran adaptado a las necesidades de las nuevas conquistas y a los nuevos símbolos heráldicos. Fue como una continua interacción entre las bestias demoníacas a un lado y las antiguas plegarias e invocaciones al otro.

Nunca hubo una decisión definida.

Durante este período, se dijo que el Génesis fue interpretado de nuevo, permitiendo a Dios decir:

—Creced y multiplicaos, y llenad el *universo* , y sometedlo, y reinad sobre todas las especies de bestias extrañas y de criaturas vivientes en las infinitas tierras y debajo de ellas.

Fue un tiempo de brujas cuyos poderes eran reales. La medida de ello puede observarse en el hecho de que nunca se vanagloriaron de mantener las teas con sus manos desnudas.

Luego vino la Jihad Butleriana… dos generaciones de caos. El dios de la lógica mecánica fue entonces derribado por las masas, y se impuso un nuevo concepto:

«El hombre no puede ser reemplazado».

Esas dos generaciones de violencia constituyeron una pausa talámica para toda la humanidad. Los hombres miraron a sus dioses y sus rituales y vieron que ambos estaban llenos de la más terrible de todas las ecuaciones: miedo más ambición.

Vacilantes, los jefes de las religiones cuyos seguidores habían vertido la sangre de millones de sus semejantes se reunieron para intercambiar sus puntos de vista. Era un movimiento animado por la Cofradía Espacial, que había comenzado a detentar el monopolio sobre los viajes interestelares, y por la Bene Gesserit, que llamaba hacia sí a las brujas.

Estas primeras reuniones ecuménicas iniciaron dos importantes desarrollos:

El reconocimiento de que todas las religiones tienen al menos un mandamiento común: «No desfigurarás el alma».

La Comisión de Traductores Ecuménicos. La C. T. E. se reunió en una isla neutral de la Vieja Tierra, cuna de las religiones madres. Se reunieron «en la común convicción de la existencia de una Esencia Divina en el universo». Cada confesión que poseyera al menos un millón de seguidores estaba representada y, sorprendentemente, llegaron al acuerdo inmediato de una declaración de finalidades comunes: «Estamos aquí para eliminar una de las grandes armas de manos de las religiones en disputa: la pretensión de ser los poseedores de la auténtica, la única revelación».

El júbilo ante este «signo de profundo acuerdo» se reveló prematuro. Durante más de un año estándar, esta declaración fue la única proclamada por la C. T. E. La gente empezó a hablar amargamente del retraso. Los trovadores compusieron canciones mordaces acerca de los ciento veintiún «Viejos Chiflados», como terminaron por ser apodados los delegados de la C. T. E. Una de las canciones, «Brown descansa», se puso de moda en diversas ocasiones y es popular aún hoy en día:

Míralo bien,

Brown descansa… y

la tragedia

lo rodea por todas partes.

¡Chiflado! ¡Todos ellos chiflados!

Están cansados… tan cansados…

Todos los días discutir lo mismo.

Sólo hay tiempo para una cosa,

¡escuchar la hora del Señor Bocadillo!

Ocasionalmente se filtraron rumores de las sesiones de la C. T. E. Se decía que se comparaban textos e, irresponsablemente, disturbios antiecuménicos y, naturalmente, inspiraban nuevas chanzas.

Pasaron dos años… luego tres. Los Comisionados, nueve de los primitivos murieron y fueron reemplazados, interrumpieron sus deliberaciones para permitir que los sustitutos se instalaran oficialmente, y anunciaron que estaban trabajando en la elaboración de un libro del cual estarían extirpados «todos los síntomas patológicos» de las pasadas religiones.

—Estamos produciendo un instrumento de Amor para ser utilizado de todas las maneras —dijeron.

Muchos consideraron extraño que esta declaración provocara las peores explosiones de violencia contra el ecumenismo. Veinte delegados fueron reclamados por sus congregaciones. Uno de los comisionados se suicidó robando una fragata espacial y arrojándose con ella al sol.

Los historiadores estiman que los disturbios costaron ochenta millones de vidas. Esto significa aproximadamente seis mil muertos por cada planeta perteneciente por aquel entonces a la Liga del Landsraad. Considerada la época, esta estimación no es excesiva, aunque cualquier pretensión de proporcionar cifras exactas seguirá siendo siempre tan sólo esto… una pretensión. Las comunidades entre mundos estaban por aquel entonces en su nivel más bajo. Los trovadores, por supuesto, se ensañaron más que nunca.

En una comedia musical que se hizo muy popular en la época, uno de los delegados de la C. T. E. estaba sentado en una playa de blanca arena, bajo una palmera, y cantaba:

¡Por Dios, las mujeres y el esplendor del amor

henos aquí divirtiéndonos sin miedo ni temor!

¡Trovador, trovador, cántame otra melodía,

por Dios, las mujeres y el esplendor del amor!

Revueltas y comedias son síntomas profundamente reveladores de una época. Traducen el clima psicológico, las profundas incertidumbres… y

la esperanza de algo mejor, mezclada con el miedo de que todo se traduzca en nada.

Las más eficaces barreras contra la anarquía, en aquel período, fueron la entonces embrionaria Cofradía, la Bene Gesserit, y el Landsraad, que alcanzaba sus 2.000 años de existencia pese a los graves obstáculos que había tenido que superar. El papel de la Cofradía parecía claro: ofrecía el transporte gratuito para todos los asuntos del Landsraad y de la C. T. E. El papel de la Bene Gesserit es más oscuro. Ciertamente fue en aquella época cuando consolidó su poder sobre las brujas, exploró el campo de los narcóticos más refinados, desarrolló el prana-bindu, adiestró y organizó la Missionaria Protectiva, aquel brazo negro de la superstición. Pero fue también el periodo que vio la composición de la Letanía contra el Miedo y en el que fue compilado el *Libro de Azhar* , aquella maravilla bibliográfica que preserva el gran secreto de las creencias más antiguas.

El comentario de Ingsley es quizá el único posible: «Fueron tiempos de profundas paradojas».

Durante casi siete años, sin embargo, la C. T. E. siguió trabajando. Y al acercarse su séptimo aniversario, preparó al universo humano para un anuncio histórico. En aquel séptimo aniversario, fue desvelada la Biblia Católica Naranja.

—Esta es una obra digna y significativa —dijeron—. He aquí cómo la humanidad puede adquirir la consciencia de sí misma como parte de la total creación de Dios.

Los hombres de la C. T. E. fueron calificados como arqueólogos de las ideas, inspirados por Dios en la grandiosidad de aquel redescubrimiento. Fue dicho que habían puesto a la luz «la vitalidad de los grandes ideales sepultados en el polvo de los siglos», que habían «reforzado los imperativos morales que surgen de la consciencia religiosa».

Con la Biblia Católica Naranja, la C. T. E. presentó el Manual Litúrgico y los Comentarios, un trabajo notable en muchos aspectos, no sólo a causa de su brevedad (menos de la mitad del tamaño de la Biblia Católica Naranja) sino también a causa de su ingenuidad y de su mezcla de autopiedad y autojusticia.

El inicio es una obvia llamada a los dirigentes agnósticos: «Los hombres, no encontrando respuesta a las *sunnan* (las diez mil preguntas religiosas del Shari’ah) se sirven ahora de la propia razón. Todos los hombres desean ser iluminados. La religión es el camino más antiguo y honorable a través del cual los hombres se han esforzado en discernir un sentido al universo creado por Dios. Los científicos buscan las leyes que regulan los acontecimientos. La tarea de la religión es descubrir el lugar del hombre en estas leyes».

En su conclusión, sin embargo, los Comentarios poseen un tono duro que anunciaba ya su destino: «Mucho de aquello que hasta ahora ha sido llamado religión contenía en sí una actitud de inconsciente hostilidad hacia la vida. La verdadera religión debe enseñar que la vida está repleta de alegrías gratas a los ojos de Dios, y que el conocimiento sin la acción está vacío. Todos los hombres deben recordar que la enseñanza de una religión sólo por medio de reglas y ejemplos ajenos es una completa mixtificación. Una enseñanza justa y correcta se reconoce fácilmente. Se intuye de inmediato, porque despierta en uno la sensación de algo que se ha conocido desde siempre».

Hubo una extraña sensación de calma mientras las prensas y las imprentas de hilo shiga trabajaban y la Biblia Católica Naranja se difundía a través de los mundos. Algunos la interpretaron como una señal de Dios, un presagio de unidad.

Pero los propios delegados de la C. T. E. revelaron lo engañoso de esta calma apenas volvieron a sus respectivas congregaciones. Dieciocho de ellos fueron linchados en el término de dos meses. Cincuenta y tres se retractaron en el término de un año.

La Biblia Católica Naranja fue denunciada como un trabajo producido por «la insolencia de la razón». Se dijo que sus páginas vomitaban llamadas a la lógica demasiado engañosas. Comenzaron a aparecer versiones revisadas, adaptadas a la intolerancia popular. Estas revisiones se basaban en simbolismos ya aceptados (Cruces, Medias Lunas, Plumas, los Doce Santos, Buda y cosas así), y muy pronto se hizo evidente que las antiguas supersticiones y creencias *no* habían sido absorbidas por el nuevo ecumenismo.

La etiqueta puesta por Halloway a los siete años de esfuerzos de la C. T. E.: «Determinismo Galactofásico», fue tomada ávidamente por miles de millones de individuos, que interpretaron las iniciales D. G. como «Dios en Galeras».

El presidente de la C. T. E., Toure Bomoko, un Ulema de los Zensunni y uno de los catorce delegados que no se retractaron nunca de la Biblia Católica Naranja («Los Catorce Sabios» de la historia popular) admitió por fin que la C. T. E. había cometido un error.

—No hubiéramos debido intentar nunca crear nuevos símbolos —dijo—. Hubiéramos tenido que darnos cuenta de que no era tarea nuestra introducir incertidumbres en las creencias aceptadas, que no era tarea nuestra suscitar curiosidades acerca de la naturaleza de Dios. Cada día nos vemos enfrentados a la terrible inestabilidad de las cosas humanas, y pese a todo permitimos que nuestras religiones se vuelvan cada vez más rígidas y controladas, cada vez más conformistas y opresivas. ¿Qué es esta sombra que atraviesa el gran camino del Mandamiento Divino? Es una advertencia a la que resisten las instituciones, a la que resisten

los símbolos incluso cuando han errado todo significado y es imposible concentrar en una única suma todo el conocimiento.

El amargo doble significado de esta «admisión» no escapó a los enemigos de Bomoko, el cual, no mucho tiempo después, se vio obligado a huir al exilio, con su vida dependiendo del compromiso de silencio de la Cofradía. Se dice que murió en Tupile, honrado y amado, y que sus últimas palabras fueron:

—La religión debe seguir siendo un medio que permita a la gente decirse a sí misma: «No soy el tipo de persona que querría ser». No dejéis nunca que se corrompa entre gente satisfecha de sí misma.

Es hermoso pensar que Bomoko había captado el valor profético de sus propias palabras: «Las instituciones resisten». Noventa generaciones más tarde, la Biblia Católica Naranja y los Comentarios se habían extendido por todo el universo religioso.

Cuando Paul Muad’Dib se detuvo con su mano derecha apoyada en el túmulo de piedra que albergaba el cráneo de su padre (la mano derecha del bendecido, no la siniestra del condenado), citó palabra por palabra del «Legado de Bomoko»:

—Tú que fracasaste, dite a ti mismo que Babilonia ha caído y que sus obras han sido derribadas. Yo te digo que el juicio del hombre aún no ha terminado, que todos los hombres permanecen aún en el banquillo de los acusados. Cada hombre es una pequeña guerra.

Los Fremen decían de Muad’Dib que era parecido al Abu Zide, cuyas fragatas habían desafiado a la Cofradía y había llegado un día hasta *allí* y regresado. *Allá* , usado en ese contexto y según la mitología Fremen, es el lugar del espíritu ruh, el alam al-mithal, donde todas las limitaciones han desaparecido.

El paralelo entre esto y el Kwisatz Haderach es evidente. El Kwisatz Haderach, que era el fin de la Comunidad Bene Gesserit a través de su programa genético, venía interpretado como «El camino más breve» o «Aquel que puede estar en dos lugares al mismo tiempo».

Pero puede demostrarse que esas dos interpretaciones derivan directamente de los Comentarios: «Cuando la ley y el deber religioso son una misma cosa, el yo encierra en sí mismo el universo».

Muad’Dib decía de sí mismo: «Soy una red en el mar del tiempo, entre el futuro y el pasado. Soy una membrana móvil a la que no puede escapar ninguna posibilidad».

Estos pensamientos son idénticos y recuerdan el Kalima 22 de la Biblia Católica Naranja, que dice: «Un pensamiento, sea o no expresado en palabras, es algo real, y tiene los poderes de la realidad».

Leyendo los comentarios del propio Muad'Dib, «Los Pilares del Universo» tal como son interpretados por sus fieles, los Qizara Tafwid, podemos observar cuáles son las correlaciones entre la C. T. E. y los Fremen-Zensunni.

Muad'Dib: «La ley y el deber son una sola cosa; así sea. Pero recordad esas limitaciones: nunca seréis completamente conscientes de vosotros mismos. Siempre estaréis inmersos en el tau Comunitario. Siempre seréis menos que un individuo».

Biblia Católica Naranja: idénticas palabras (Revelación 6).

Muad'Dib: «La religión participa a menudo del mito del progreso que nos protege de los terrores del incierto futuro».

Comentarios de la C. T. E.: idénticas palabras. (*El libro de Azhar* atribuye esta afirmación a un escritor religioso del siglo primero, Neshou, según una paráfrasis).

Muad'Dib: «Si un niño, una persona no adiestrada, una persona ignorante o una persona alocada causa problemas, es fallo de la autoridad que no ha sabido prever o prevenir estos problemas».

Biblia Católica Naranja: «Todo pecado puede ser adscrito, al menos en parte, a una nociva tendencia natural que es una circunstancia atenuante aceptable por Dios». (El *Libro de Azhar* hace remontar esta sentencia al antiguo Taurah).

Muad'Dib: «Tiende tu mano y toma lo que Dios te da; y cuando te sientas saciado, alaba al Señor».

Biblia Católica Naranja: una paráfrasis con idéntico significado. (El *Libro de Azhar* le da un sentido ligeramente distinto tomado del Primer Islam).

Muad'Dib: «La ternura es el inicio de la crueldad».

Kitab al-Ibar de los Fremen: «El peso de la ternura de un Dios es aterrador. ¿Acaso Dios no nos ha dado un sol que quema (Al-Lat)? ¿Acaso Dios no nos ha dado las Madres de la Humedad (las Reverendas Madres)? ¿Acaso Dios no nos ha dado a Shaitán (Iblis, Satán)? ¿Y acaso no hemos recibido de Shaitán el sufrimiento de la velocidad?».

(Este es el origen del dicho Fremen: «La velocidad viene de Shaitán». Consideremos: por cada centenar de calorías producidas por el ejercicio —la velocidad— el cuerpo evapora alrededor de seis onzas de sudor. La palabra Fremen que significa transpiración es bakka, o sea lágrimas, y en cierto sentido puede traducirse por «La esencia de la vida que Shaitán exprime de vuestras almas»).

La llegada de Muad'Dib fue calificada como de «religiosamente tempestiva» por Honeywell, pero la tempestividad tenía poco que ver con todo esto. Como dijo el propio Muad'Dib: «Estoy aquí; así pues…».

Sin embargo, para comprender el influjo religioso de Muad'Dib, no hay que perder nunca de vista un hecho: los Fremen eran un pueblo del desierto habituado desde hacía generaciones a vivir en un ambiente hostil. No es difícil caer en el Misticismo cuando cada instante de supervivencia debe ser duramente ganado. «Estáis aquí, así pues…».

Con tal tradición, el sufrimiento es aceptado: quizá como un castigo inconsciente, pero aceptado de todos modos. Y hay que hacer notar que los rituales Fremen liberan casi completamente los sentimientos de culpabilidad. Esto no era necesariamente debido a que para ellos ley y religión fueran idénticos, haciendo de la desobediencia un pecado. Sería más exacto decir que los Fremen se libraban fácilmente de cualquier complejo de culpabilidad debido a que su propia supervivencia cotidiana exigía decisiones brutales (a menudo mortales), que en un medio menos hostil hubieran provocado en quienes las aplicaban sentimientos de culpabilidad insoportables.

Esta sin duda fue una de las principales razones de la gran incidencia de las supersticiones entre los Fremen (aún sin tener en cuenta la contribución de la Missionaria Protectiva). ¿Por qué el silbido de la arena es un presagio? ¿Por qué hay que hacer el signo del puño a la salida de la primera luna? La carne de un hombre le pertenece y su agua pertenece a la tribu… y el misterio de la vida no es un problema que hay que resolver, sino una realidad que hay que experimentar. Los presagios sirven para que uno recuerde esto. Y, puesto que uno está *aquí* , puesto que uno tiene la religión, finalmente la victoria no podrá escapársele a uno.

Tal como la Bene Gesserit había enseñado a lo largo de los siglos, antes de entrar en conflicto con los Fremen: «Cuando religión y política viajan en el mismo carro, y el carro es guiado por un hombre santo viviente (baraka), nada puede detenerlo en su camino».

III

Informe sobre los motivos y propósitos de la Bene Gesserit

Lo que sigue es un extracto de la Summa preparada por sus propios agentes, a petición de Dama Jessica, inmediatamente después del Asunto Arrakis. La sinceridad de este informe le confiere un valor auténticamente excepcional.

Debido a que la Bene Gesserit operó durante siglos tras la máscara de una escuela semi-mística, llevando adelante al mismo tiempo su programa de selección genética entre los humanos, tendemos a atribuirle una importancia mayor de la que aparentemente merece. El análisis de su «juicio de los hechos» con respecto al Asunto Arrakis traiciona la profunda ignorancia de la escuela acerca de su propio papel.

Se podría argüir que la Bene Gesserit se hallaba en condiciones de examinar tan sólo los hechos a ella accesibles, y que nunca tuvo acceso directo a la persona del Profeta Muad'Dib. Pero la escuela había superado obstáculos mucho mayores, de modo que su error al respecto es mucho más grave.

El programa Bene Gesserit era el de seleccionar genéticamente a una persona etiquetada como el «Kwisatz Haderach», un término que significaba «aquél que puede estar en muchos lugares al mismo tiempo». En términos más sencillos, lo que intentaba era producir un ser humano cuyos poderes mentales le permitieran comprender y usar las dimensiones de orden superior.

Buscaban producir un super-Mentat, una computadora humana con algunas de las facultades de presciencia que tienen algunos de los navegantes de la Cofradía. Ahora, examinemos atentamente estos hechos:

Muad'Dib, nacido Paul Atreides, era el hijo del Duque Leto, un hombre cuya genealogía había sido cuidadosamente observada durante un millar de años. La madre del Profeta, Dama Jessica, era una hija natural del Barón Vladimir Harkonnen y llevaba consigo caracteres genéticos cuya suprema importancia para el programa de selección era conocida desde hacía casi dos mil años. Era una Bene Gesserit, criada y adiestrada como tal, *y hubiera debido ser un instrumento voluntario del proyecto* .

Dama Jessica había recibido la orden de engendrar una hija Atreides. El plan preveía que esta hija se uniera a Feyd-Rautha Harkonnen, sobrino del Barón Vladimir, con grandes posibilidades de que de esta unión

resultara un Kwisatz Haderach. Sin embargo, por razones que ella misma confiesa no haber comprendido nunca claramente, la concubina Dama Jessica se opuso a las órdenes y engendró un hijo.

Esto hubiera debido alertar a la Bene Gesserit de que una imprevisible variante acababa de introducirse en su esquema. Pero hubo otros indicios mucho más importantes que virtualmente fueron ignorados:

Ya desde niño, Paul Atreides reveló sus habilidades de predecir el futuro. Tuvo visiones prescientes que se revelaron particularmente detalladas, penetrantes, y que desafiaban cualquier explicación cuatridimensional.

La Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam, Censor Bene Gesserit que verificó la humanidad de Paul cuando éste tenía quince años, testimonió que el muchacho había superado en la prueba una agonía mayor que ningún otro ser humano había sufrido nunca. ¡Sin embargo, no hizo constar este hecho en su informe!

Cuando la Familia Atreides se trasladó a Arrakis, la población Fremen acogió al joven Paul como a un profeta, «la voz de otro mundo». La Bene Gesserit sabía perfectamente que un planeta sometido a los máximos rigores como Arrakis, con sus inmensos desiertos, la total ausencia de agua en la superficie, la acentuación de las más primitivas necesidades de supervivencia, termina inevitablemente produciendo un alto porcentaje de sensitivos. Sin embargo, tanto la reacción de los Fremen como el obvio elemento de la dieta arrakena rica en especia fueron ignorados por las observadoras Bene Gesserit.

Cuando los Harkonnen y los soldados fanáticos del Emperador Padishah ocuparon de nuevo Arrakis, matando al padre de Paul y a la mayor parte de las fuerzas Atreides, Paul y su madre desaparecieron. Pero casi inmediatamente surgieron informes acerca de la aparición de un nuevo líder religioso entre los Fremen, un hombre llamado Muad'Dib, que de nuevo fue saludado como «la voz de otro mundo». Los informes precisaban claramente que iba acompañado por una nueva Reverenda Madre y Sayyadina del Rito la cual «era la mujer que le había engendrado». Los datos de que disponía la Bene Gesserit indicaban claramente que las leyendas Fremen señalaban al nuevo Profeta con estas palabras: «Nacerá del vientre de una bruja Bene Gesserit». (Se podría objetar que la Bene Gesserit envió a su Missionaria Protectiva sobre Arrakis muchos siglos antes para implantar la leyenda destinada eventualmente a ayudar a los miembros de la escuela, atrapados en aquel lugar y necesitados de un refugio, y que aquella leyenda de «la voz de otro mundo» fue simplemente ignorada debido a que era el procedimiento usual de los trucos Bene Gesserit. Pero esto resultaría válido tan sólo si la Bene Gesserit hubiera procedido correctamente ignorando todos los demás indicios acerca de Paul-Muad'Dib).

Cuando el Asunto Arrakis estalló, la Cofradía Espacial intentó llegar a un acuerdo con la Bene Gesserit. La Cofradía dejó entrever que sus navegantes, que usaban la especia de Arrakis para conseguir su

limitada presciencia necesaria para dirigir las astronaves en vuelo, estaban «preocupados por el futuro» y que «veían problemas en el horizonte». Esto significaba tan sólo que habían visto un nexo, una coyuntura con múltiples y delicadas decisiones más allá de la cual el sendero del tiempo permanecía oculto a su ojo presciente. ¡Esto era una clara indicación de la presencia de una entidad indeterminada capaz de interferir en las dimensiones de orden superior! (Algunas Bene Gesserit sabían desde hacía tiempo que la Cofradía no podía interferir directamente con la fuente de la vital especia debido a que sus navegantes, a su propia inepta manera, debían afrontar dimensiones de orden superior, hasta tal punto que admitían que cualquier paso en falso en relación con Arrakis podía conducir a resultados catastróficos. Era un hecho bien sabido que los navegantes de la Cofradía no veían el menor medio de conseguir el control de la especia sin producir tal nexo. La conclusión obvia era que alguien con poderes de un orden mayor estaba asumiendo el control de la fuente de la especia. ¡Y pese a todo la Bene Gesserit no se dio por enterada de ello!).

¡Ante estos hechos, es inevitable pensar que la misma ineficacia de la Bene Gesserit en este asunto no fue más que el producto de un plan mucho más vasto que se hallaba completamente fuera de su alcance e incluso de su conocimiento!

IV

El almanaque Al-Ashraf

Extractos seleccionados de las casas nobles

SHADDAM IV (10134-10202)

El Emperador Padishah, 81º de su dinastía (Casa de Corrino) en ocupar el trono del León de Oro, reinó del 10156 (fecha en que su padre, Elrood IX, sucumbió al chaumurky) hasta el 10196, en que fue sustituido por la Regencia, instituida en nombre de su hija primogénita, Irulan. Su reinado es conocido principalmente por la Rebelión de Arrakis, que algunos historiadores explican por el comportamiento superficial, la pompa y el lujo que caracterizaron las ceremonias oficiales de Shaddam IV. Las filas de los Burseg fueron dobladas durante los dos primeros dieciséis años de su reinado. Los créditos para el adiestramiento de los Sardaukar aumentaron regularmente en los treinta años que precedieron a la Rebelión de Arrakis. Tuvo cinco hijas (Irulan, Chalice, Wensicia, Josifa y Rugi) y ningún hijo legítimo. Cuatro de sus hijas le acompañaron cuando se retiró. Su mujer, Anirul, una Bene-Gesserit del Rango Secreto, murió en 10176.

LETO ATREIDES (10140-10191)

Primo materno de los Corrino, llamado a menudo el Duque Rojo. La Casa de los Atreides gobernó Caladan como feudosiridar durante veinte generaciones antes de trasladarse a Arrakis. Es conocido principalmente como padre del Duque Paul-Muad'Dib, el Umma Regente. Los restos del Duque Leto ocupan la «Tumba del Cráneo» en Arrakis. Su muerte es atribuida a la traición de un doctor de la Escuela Suk, y la responsabilidad de este acto se imputa al Siridar-Barón Vladimir Harkonnen.

DAMA JESSICA (Hon. Atreides) (10154-10256)

Hija natural (referencia Bene Gesserit) del Siridar-Barón Vladimir Harkonnen. Madre del Duque Paul-Muad'Dib. Diplomada en la escuela B. G. de Wallach IX.

DAMA ALIA ATREIDES (10191-)

Hija legítima del Duque Leto Atreides y su concubina oficial Dama Jessica. Dama Alia nació en Arrakis unos ocho meses después de la

muerte del Duque Leto. La exposición prenatal a un narcótico capaz de alterar el espectro perceptivo es la razón por la cual en todos los documentos Bene Gesserit se la cita como «La Maldita». Es conocida en la historia popular como Santa Alia o Santa Alia-del-Cuchillo. (Para una historia más detallada ver *Santa Alia* , *Cazadora de Mil Millones de Mundos* , de Pander Oulson).

VLADIMIR HARKONNEN (10110-10193)

Comúnmente conocido como el Barón Harkonnen, su título oficial es Siridar (gobernador planetario) Barón. Vladimir Harkonnen es descendiente directo por línea masculina del Bashar Abulurd Harkonnen, que fue exiliado por cobardía tras la batalla de Corrin. El regreso de la Casa Harkonnen al poder es atribuido generalmente a una manipulación del mercado de las pieles de ballena, consolidada más tarde con los beneficios de la melange de Arrakis. El Siridar-Barón murió en Arrakis durante la Revuelta. El título pasó, por un breve período, al na-Barón, Feyd-Rautha Harkonnen.

CONDE HASIMIR FENRING (10133-10225)

Primo materno de la Casa de Corrino, fue compañero de infancia de Shaddam IV. (La frecuentemente desacreditada *Historia Pirata de Corrino* relata la curiosa historia de que Fenring fue el responsable del chaumurky que terminó con la vida de Elrood IX). Todos los testimonios coinciden en que Fenring fue el mejor amigo de Shaddam IV. Entre las múltiples misiones Imperiales que ostentó el Conde Fenring hay que destacar la de Agente Imperial en Arrakis durante el régimen de los Harkonnen, y más tarde la de Siridar in Absentia de Caladan. Acompañó a Shaddam IV en su exilio en Salusa Secundus.

CONDE GLOSSU RABBAN (10132-10193)

Glossu Rabban, Conde de Lankiveil, fue el sobrino primogénito de Vladimir Harkonnen. Glossu Rabban y Feyd-Rautha (que tomó el nombre de Harkonnen cuando fue elegido para la sucesión de la casa del Siridar-Barón) eran hijos legítimos del hermanastro más joven del Siridar-Barón, Abulurd. Abulurd renunció al nombre de Harkonnen y a todos los derechos derivados del título cuando se le ofreció el puesto de gobernador del subdistrito de Rabban Lankiveil. Rabban era un nombre de su línea materna.

Terminología del Imperio

Estudiando el Imperio, Arrakis, y toda la cultura de la que surgió Muad'Dib, aparecen numerosas palabras poco usuales. En el loable deseo de incrementar la comprensión, se ofrecen a continuación algunas definiciones y aclaraciones.

ABA: túnica amplia y suelta llevada por las mujeres Fremen; generalmente de color negro.

ABISMOS DE POLVO: cualquier profunda hendidura o depresión de Arrakis llena de polvo y no distinta aparentemente del terreno circundante; constituye una trampa mortal donde hombres y animales pueden hundirse y asfixiarse. (*Ver* Depresiones de Marea).

ACH: giro a la izquierda; grito del timonel de un gusano.

ADAB: la memoria que pide y le exige a uno, imponiéndosele.

ADIESTRAMIENTO: aplicado al Bene Gesserit, este término común adquiere un significado particular referido a un condicionamiento especial de los nervios y los músculos (*ver* Bindu y Prana) llevado a los límites extremos permitidos por la fisiología del cuerpo humano.

AGUA DE VIDA: uno de los venenos «iluminadores» (*ver* Reverenda Madre). Específicamente, el líquido segregado por un gusano de arena (*ver* Shai-Hulud) en el momento de su muerte por inmersión en agua, y que es transformado en el cuerpo de una Reverenda Madre en el narcótico usado en la orgía tau en el sietch. Un narcótico de «espectro presciente».

AKARSO: planta nativa de Sikun (70 Ophiuchi A), caracterizada por sus hojas ampliamente lanceoladas. Sus franjas verdes y blancas corresponden a zonas alternas de clorofila activa y latente.

ALA DE ACARREO: un ala volante (llamada comúnmente «ala»), el vehículo de transporte usado comúnmente en Arrakis para trasladar los tractores de arena y los recolectores, así como todo su equipo, hasta el lugar donde se halla la especia.

ALAM AL-MITHAL: el místico mundo de las similitudes donde no existen limitaciones físicas.

AL-LAT: el sol original de la humanidad; por extensión, el sol de cualquier sistema.

ALTO CONSEJO: el círculo interno del Landsraad, con poderes para actuar como tribunal supremo en las disputas entre Casa y Casa.

AMPOLIROS: el legendario «Holandés Errante» del espacio.

AMTAL o REGLA DEL AMTAL: regla común a todos los mundos primitivos, según la cual una cosa debe ser sometida a prueba para determinar sus límites o defectos. Comúnmente: prueba de la destrucción.

AQL: la prueba de la razón. Originalmente, las «Siete Preguntas Místicas» que comienzan por: «¿Quién es aquél que piensa?».

ÁRBITRO DEL CAMBIO: oficial nombrado por el Alto Consejo del Landsraad y el Emperador como interventor en el cambio de feudo, en una disputa kanly, o en una batalla formal en una Guerra de Asesinos. La autoridad del Árbitro sólo puede ser impugnada frente al Alto Consejo en presencia del Emperador.

ARRAKEEN: primer núcleo establecido en Arrakis; durante largo tiempo fue sede del gobierno planetario.

ARRAKIS: el planeta conocido como Dune; tercer planeta de Canopus.

ARROZ PUNDI: arroz mutante cuyos granos, ricos en azúcar natural, alcanzan a veces cuatro centímetros de largo; es el principal producto de exportación de Caladan.

ASAMBLEA: claramente distinguible del Consejo. Es una convocación formal de jefes Fremen para asistir a un combate que determine la jefatura de una tribu. (El Consejo es una asamblea que intenta resolver problemas que conciernen a todas las tribus).

ATURDIDOR: arma a proyectiles lentos, cuyos dardos están impregnados de veneno o droga en su punta. Su efectividad está limitada por las variaciones de intensidad del escudo protector y de la velocidad relativa entre el blanco y el proyectil.

AULIYA: en la religión de los Nómadas Zensunni, la mujer que está a la izquierda de Dios; la doncella servidora de Dios.

AUMAS: veneno que se administra con la comida. (Específicamente: veneno en comida sólida). En algunos dialectos: Chaumas.

AYAT: los signos de vida. (*Ver* Burham).

BAKKA: en la leyenda Fremen, aquel que llora por toda la humanidad.

BAKLAWA: pastel denso hecho con jarabe de dátiles.

BALISET: instrumento musical de nueve cuerdas, descendiente directo de la cítara, acordado según la escala Chusuk y que se toca pulsando las cuerdas. Instrumento favorito de los trovadores Imperiales.

BARAKA: hombre santo con poderes mágicos.

BASHAR: (a menudo Coronel Bashar): oficial Sardaukar, superior al coronel en una fracción de grado en la jerarquía militar standarizada. Rango creado para los gobernadores militares de los subdistritos planetarios. (Bashar de los Cuerpos es un título estrictamente reservado al uso militar).

BEDWINE: *ver* Ichwan Bedwine.

BELA TEGEUSE: quinto planeta de Kuentsing: tercer lugar de permanencia de la forzada migración Zensunni (Fremen).

BENE GESSERIT: antigua escuela de adiestramiento mental y físico establecida primariamente para estudiantes femeninas después de que la Jihad Butleriana destruyera las llamadas «máquinas pensantes» y los robots.

B. G.: siglas de Bene Gesserit, excepto cuando son usadas con una fecha. Con una fecha significan «Before Guild» (antes de la Cofradía) e identifican el calendario Imperial basado en la génesis del monopolio de la Cofradía Espacial.

BHOTANI-JIB: *ver* chakobsa.

BIBLIA CATÓLICA NARANJA: el *Libro de las Acumulaciones* , texto producido por la Comisión de Traductores Ecuménicos. Contiene elementos de muy antiguas religiones, incluidas el Maometh Saari, la Cristiandad Mahayana, el Catolicismo Zensunni y las tradiciones Budislámicas. Su supremo mandamiento es «No desfigurarás el alma».

BI-LAL KAIFA: Amén. (Literalmente: «Nada necesita ser ya explicado»).

BINDU: relativo al sistema nervioso humano, especialmente al adiestramiento nervioso. Citado a menudo como nervadura-Bindu. (*Ver* Prana).

BINDU, SUSPENSIÓN: forma especial de catalepsia, autoinducida.

BLED: desierto llano e ilimitado.

BOLSILLO DE RECUPERACIÓN: cada bolsillo del destiltraje donde es tratada y almacenada el agua filtrada.

BORDE DE LA MURALLA: segundo borde superior de las escarpaduras protectoras de la Muralla Escudo de Arrakis. (*Ver* Muralla Escudo).

BOURKA: manto aislante utilizado por los Fremen en el desierto.

BURHAN: las pruebas de la vida. (Comúnmente: el ayat y el burhan de la vida. *Ver* Ayat).

BURSEG: general comandante de los Sardaukar.

BUTLERIANA, JIHAD: *ver* Jihad Butleriana (*también* Gran Revolución).

CABALLERO DE LA ARENA: Término Fremen para designar a quien es capaz de capturar y cabalgar un gusano de arena.

CAID: rango oficial Sardaukar dado a un oficial militar cuyas tareas consisten principalmente en tratar con los civiles; gobernador militar de todo un distrito planetario; por encima del rango de Bashar, pero inferior a un Burseg.

CALADAN: tercer planeta de Delta Pavonis; mundo natal de Paul Muad'Dib.

CANTO Y RESPONDU: rito invocativo, parte de la panoplia propheticus de la Missionaria Protectiva.

CARGA DE AGUA: Fremen: una vital obligación.

CARGO: término general para cualquier contenedor de carga de tamaño irregular y equipado con propulsores a chorro y sistema de amortiguación a suspensor. Usados para acarrear material desde el espacio hasta la superficie de los planetas.

CASA: idiomático para un Clan Gobernante sobre un planeta o un sistema planetario.

CAZADOR-BUSCADOR: aguja metálica movida a suspensor y guiada como un arma por una consola de control situada en las inmediaciones; instrumento usual de asesinato.

CENSOR SUPERIOR: Reverenda Madre Bene Gesserit que es al mismo tiempo director regional de una escuela B. G. (Comúnmente: Bene Gesserit con la Mirada).

CERRADURA A PALMA: cualquier cerradura de seguridad que sólo puede ser abierta por el contacto con la palma de la mano a la cual ha sido sincronizada.

CHAKOBSA: el llamado «lenguaje magnético», derivado en parte del antiguo Bhotani (bhotani-jib: jib significa dialecto). Una recolección de antiguos dialectos modificados por la necesidad de conservar el secreto, pero principalmente el lenguaje de caza de los Bhotani, los asesinos mercenarios de la primera Guerra de Asesinos.

CHAUMAS: (Aumas en algunos dialectos): veneno para comidas sólidas, que se distingue del veneno administrado de alguna otra forma.

CHAUMURKY: (Musky o Murky en algunos dialectos): veneno administrado en una bebida.

CHEOPS: ajedrez pirámide; juego de ajedrez de nueve niveles, con el doble objetivo de situar la reina en el vértice y dar jaque al rey adversario.

CHEREM: hermandad de odio (usualmente para una venganza).

CHOAM: siglas de Combine Honnete Ober Advancer Mercantiles: la corporación universal para el desarrollo comercial, controlada por el Emperador y las Grandes Casas, con la Cofradía y la Bene Gesserit como socios sin derecho a voto.

CHUSUK: cuarto planeta de Theta Shalish; el llamado «Planeta Musical», notable por la calidad de sus instrumentos musicales. (*Ver* Varota).

CIÉLAGO: cualquier *Chiroptera* mutante de Arrakis adaptado para transmitir mensajes distrans.

COFRADÍA: la Cofradía Espacial, una de las columnas del trípode político sobre la que se mantiene la Gran Convención. La Cofradía fue la segunda escuela de adiestramiento físico-mental (*ver* Bene Gesserit) tras la Jihad Butleriana. El inicio del monopolio de la Cofradía sobre los viajes espaciales, los transportes y todas las operaciones bancarias interplanetarias es tomado como punto de partida del Calendario Imperial.

COLUMNA DE FUEGO: cohete químico sencillo para señales a través del desierto.

COMERCIANTES LIBRES: idiomático para contrabandistas.

CONDENSADORES o PRECIPITADORES DE ROCÍO: no confundir con los recolectores de rocío. Los condensadores o precipitadores son aparatos en forma de huevo de unos cuatro centímetros de largo. Están hechos de cromoplástico, que se vuelve blanco reflectante bajo la acción de la luz, regresando a su condición de transparente en la oscuridad. El condensador forma una superficie notablemente fría, sobre la cual se condensa el rocío. Son usados por los Fremen para llenar las depresiones cultivables, donde proporcionan una pequeña pero segura fuente de agua.

CONDICIONAMIENTO IMPERIAL: uno de los desarrollos de las Escuelas Médicas Suk: el más potente de los condicionamientos destinado a proteger la vida humana. Los iniciados son marcados con

un tatuaje diamantino en la frente y tienen permitido llevar el cabello largo, sujeto por el anillo Suk de plata.

CONDUCTOR DE ESPECIA: cualquier Hombre de las Dunas que controla y dirige maquinaria movible en la superficie del desierto de Arrakis.

CONO DE SILENCIO: campo distorsionador que limita el poder de difusión de la voz o de cualquier otra vibración mecánica, sofocando las ondas con una contravibración desfasada en 180 grados.

COPRIMOS: relaciones de sangre entre primos.

CORIOLIS, TORMENTA DE: cualquier tormenta de considerable magnitud en Arrakis, en la que los vientos a través de los espacios abiertos y llanos son amplificados por la propia revolución planetaria hasta alcanzar velocidades de más de 700 kilómetros por hora.

CORTADOR A RAYOS: versión reducida de una pistola láser, usada principalmente como herramienta de corte y como bisturí.

CORRIN, BATALLA DE: batalla espacial de la cual tomó su nombre la Casa Imperial de los Corrino. La batalla, librada en las inmediaciones de Sigma Draconis en el año 88 B. G., determinó la subida al poder de la Casa reinante en Salusa Secundus.

COSAS OSCURAS: idiomático para las supersticiones contagiosas implantadas por la Missionaria Protectiva en las civilizaciones susceptibles.

CRUCERO: nave espacial militar compuesta por varias secciones más pequeñas unidas y diseñada para caer sobre una posición enemiga y aplastarla. También: sistema de transporte de gran tonelaje, generalmente compuesto por secciones, de la Cofradía Espacial.

CRYS: cuchillo sagrado de los Fremen en Arrakis. Es manufacturado de dos maneras a partir de los dientes extraídos a los gusanos de arena muertos. Las dos maneras son «estable» e «inestable». Un crys inestable debe encontrarse cerca del campo eléctrico de un cuerpo humano para prevenir su desintegración. Un crys estable es tratado para garantizar su conservación. Todos ellos tienen unos 20 centímetros de longitud.

DAR AL-HIKMAN: escuela de traducción o interpretación religiosa.

DECIDORA DE VERDAD: Reverenda Madre cualificada para entrar en trance de verdad y detectar la falsedad o falta de sinceridad.

DEPRESIÓN DE MAREA: cualquiera de las depresiones de la superficie de Arrakis que ha sido rellenada a lo largo de los siglos, y en la cual se

han llegado a detectar y medir verdaderas mareas de polvo (*ver* Mareas de arena).

DERCH: giro a la derecha; grito del timonel de un gusano.

DESTILTIENDA: pequeño refugio hermético de tejido microsandwich diseñado para recuperar en forma de agua potable toda la humedad existente en su interior y producida por la respiración de sus ocupantes.

DESTILTRAJE: traje inventado en Arrakis que cubre todo el cuerpo. Su tejido está compuesto por varias capas microsandwich que disipan el calor del cuerpo y filtran los residuos orgánicos. La humedad recuperada puede sorberse a través de un tubo de los bolsillos de recuperación donde es almacenada.

DETECTOR DE VENENOS: analizador de radiaciones del espectro olfativo, empleado para detectar sustancias tóxicas y venenosas.

DICTUM FAMILIA: regla de la Gran Convención que prohíbe asesinar a la persona real o a un miembro de una Gran Casa con una traición no formal. La regla establece unas formas de línea de conducta y limita los modos de asesinato.

DISCIPLINA DE AGUA: modo de adiestramiento muy severo que habitúa a los habitantes de Arrakis a vivir sin malgastar humedad.

DISTRANS: dispositivo que produce una impresión neural temporal en el sistema nervioso de los *Chiroptera* o pájaros. El grito normal de esas criaturas contiene entonces sobreimpreso el mensaje, que puede ser seleccionado por el receptor con ayuda de otros distrans.

ECAZ: cuarto planeta de Alfa Centauri B, paraíso de los escultores, llamado así porque es el mundo natal de la *madera mimética* , planta que, a medida que crece, puede ir siendo modelada con la simple fuerza del pensamiento humano.

EFECTO HOLTZMAN: efecto negativo de repulsión de un generador de escudo.

EGOSIMIL: retrato de una persona reproducido a través de un proyector a hilo shiga que es capaz de reproducir sutiles movimientos característicos del ego de la persona retratada.

ELACCA, DROGA: narcótico producido quemando los granos sanguinosos de la madera de elacca provinente de Ecaz. Su efecto es el de suprimir casi por completo la voluntad de autoconservación. La piel del drogado adquiere un característico color zanahoria. Usada comúnmente para preparar a los esclavos gladiadores para la arena.

EL-SAYAL: la «lluvia de arena». Una cascada de arena arrastrada hasta una altura media (alrededor de 2.000 metros) por una tormenta de

coriolis. Los el-sayal arrastran frecuentemente consigo la humedad hasta el nivel del suelo.

EMPALAR LA ARENA: arte de emplazar palos de plástico y fibra en la superficie del desierto de Arrakis para leer después en ellos las señales dejadas por las tormentas de arena y deducir previsiones meteorológicas.

EQUIPO DE DESTILTRAJE: equipo que contiene los elementos de reparación y piezas de repuesto esenciales para un destiltraje.

ERG: área extensa de dunas, un mar de arena.

ESCUDO: campo protector producido por un generador Roltzman. Este campo se deriva de la Fase Primaria del efecto suspensor-nulificador. Un escudo permite tan sólo la penetración de objeto moviéndose a poca velocidad (según como haya sido regulado, esta velocidad puede ser de seis a nueve centímetros por segundo) y tan sólo puede ser cortocircuitado por campos eléctricos de enorme extensión. (*Ver* Pistola láser).

ESPECIA: *ver* Melange.

ESPÍRITU RUH: en las creencias Fremen, la parte del individuo que tiene siempre sus raíces (y es capaz de percibirlo) en el mundo metafísico. (*Ver* Alam al-Mithal).

ESTIGMA: planta trepadora nativa de Giedi Prime, usada frecuentemente como látigo en los pozos de esclavos. Sus víctimas quedan marcadas con señales de color violáceo que ocasionan dolores residuales durante muchos años.

EXTRAÑO: idiomático: aquello que comporta en su esencia mística o brujería.

FACTORÍA DE ESPECIA: *Ver* Tractor de arena.

FAI: el tributo del agua, la principal tasa de especia en Arrakis.

FANMETAL: metal formado por la adición de cristales de jasmio al duraluminio; apreciado por su particularmente elevada relación peso-resistencia.

FAUFRELUCHES: rígida regla de distinción de clases hecha respetar por el Imperio. «Un lugar para cada hombre, y cada hombre en su lugar».

FEDAYKIN: comandos de la muerte Fremen; históricamente: un grupo formado por hombres que han hecho voto de ofrendar su propia vida para enderezar un entuerto.

FILM MINIMIC: hilo sigha de un micrón de diámetro, usado a menudo para transmitir mensajes en el espionaje y contraespionaje.

FIQH: conocimiento, ley religiosa; uno de los semilegendarios orígenes de las religiones de los Nómada Zensunni.

FRAGATA: el tipo mayor de nave espacial capaz de aterrizar en un planeta y partir de él en una sola sección.

FREMEN: tribus libres de Arrakis, habitantes del desierto, últimos descendientes de los Nómadas Zensunni. («Piratas de la Arena», de acuerdo con el Diccionario Imperial).

FREMOCHILA: mochila de fabricación Fremen, conteniendo el equipo de supervivencia en el desierto.

GALACH: lengua oficial del Imperio. Angloeslavo híbrido con fuertes huellas de términos culturalmente especializados adoptados en el transcurso de la larga cadena de migraciones humanas.

GAMONT: tercer planeta de Nius he; notable por su cultura hedonista y sus exóticas prácticas sexuales.

GARE: colina aislada.

GARFIOS DE DOMA: garfios usados para capturar, montar y dirigir un gusano de arena de Arrakis.

GEYRAT: siempre de frente; grito del timonel de un gusano.

GHAFLA: acto de deleitarse hostigando a otra persona. Dícese de una persona imprevisible, alguien en quien no puede confiarse.

GHANIMA: algo adquirido en batalla o en combate singular. Comúnmente, recuerdo de un combate conservado únicamente para refrescar la memoria.

GIEDI PRIME: planeta de Ophiuchi B (36), mundo natal de la Casa de los Harkonnen. Un planeta medianamente habitable, con un nivel bajo de actividad de fotosíntesis.

GINAZ, CASA DE: aliados durante un tiempo del Duque Leto Atreides. Fue aniquilada durante la Guerra de Asesinos con Grumman.

GIUDICHAR: una verdad sagrada. (Usado comúnmente en la expresión «Giudichar mantene»: una verdad innata y edificante).

GLOBO: dispositivo de iluminación a suspensor, autoalimentado (generalmente mediante baterías orgánicas).

GOM JABBAR: el enemigo de la mano en alto; específicamente, aguja envenenada como alternativa mortal en la prueba de la consciencia humana.

GRABEN: larga fosa geológica formada por el hundimiento del terreno a causa de los movimientos de los estratos profundos de la costra planetaria.

GRAN CASA: casa titular de un feudo planetario; grandes capitalistas interplanetarios. (*Ver* Casa).

GRAN CONVENCIÓN: tregua universal impuesta por el equilibrio de poderes entre la Cofradía, las Grandes Casas y el Imperio. Su principal regla prohíbe el uso de armas atómicas contra objetivos humanos. Cada regla de la Gran Convención se inicia con: «Serán obedecidas las formas…».

GRAN MADRE: la diosa cornuda, el principio femenino del espacio (comúnmente: Madre Espacio), el rostro femenino de la trinidad macho-hembra-neutro aceptada como ser supremo por muchas religiones del Imperio.

GRAN REVOLUCIÓN: término común para la Jihad Butleriana. (*Ver* Jihad Butleriana).

GRIDEX: separador a carga diferencial usado para separar la arena de la masa de especia; instrumento usado en el segundo estadio del refino de la especia.

GRUMMAN: segundo planeta de Niushe, conocido principalmente por las luchas intestinas de su Casa gobernante (Moritani) con la Casa de los Ginaz.

GUSANO DE ARENA: *Ver* Shai-Hulud.

GUERRA DE ASESINOS: limitada forma de guerra permitida bajo la Gran Convención y la Tregua de la Cofradía. Su finalidad es la de reducir el número de víctimas entre los terceros no directamente involucrados. Las reglas prescriben una declaración oficial de las intenciones de los combatientes, y limitan el número de armas permitidas.

HACEDOR: *ver* Shai-Hulud.

HAGAL: el «Planeta Joya» (II Theta Shaowei), cuyas minas empezaron a explotarse en tiempos de Shaddam I.

¡HAHIH-YOH!: orden de movimiento; grito del timonel de un gusano.

HAJJ: viaje santo.

HAJR: viaje a través del desierto, migración.

HAJRA: viaje de búsqueda.

HAL YAWM: «¡Ahora! ¡Por fin!»; exclamación Fremen.

HARMONTHEP: citado por Ingsley como el sexto planeta de la migración Zensunni. Se supone que se trata del ya desaparecido satélite de Delta Pavonis.

HIEREG: campamento temporal de los Fremen en pleno desierto, sobre la arena.

HOMBRES DE LAS DUNAS: idiomático para los trabajadores de la arena, cazadores de especia y similares en Arrakis. Trabajadores de la arena. Trabajadores de la especia.

IBAD, OJOS DEL: efecto característico de una dieta rica en melange, debido al cual el blanco y las pupilas de los ojos se tiñen de un azul profundo (cuya intensidad indica la progresiva adicción a la melange).

IBN QIRTA IBA: «Así dicen las santas palabras…». Inicio formal de la fórmula mágico-religiosa Fremen (derivada de la panoplia propheticus).

ICHWAN BEDWINE: la fraternidad de todos los Fremen en Arrakis.

IJAZ: profecía que por su propia naturaleza no puede ser negada; profecía inmutable.

¡IKHUT-EIGH!: grito del vendedor de agua en Arrakis (etimología insegura). (*Ver* ¡Suu-Suu Suuk!).

ILM: teología: ciencia de las tradiciones religiosas; uno de los semilegendarios orígenes de la fe de los Nómadas Zensunni.

ISTISLAH: regla establecida para el bienestar general; usualmente, prefacio a una brutal necesidad.

IX: *ver* Richese.

JIHAD: cruzada religiosa; cruzada fanática.

JIHAD BUTLERIANA: (*ver también* Gran Revolución): la cruzada contra los ordenadores, máquinas pensantes y robots conscientes iniciada en el año 201 B. G. y terminada en el 108 B. G. Su principal mandamiento ha quedado registrado en la Biblia Católica Naranja como «No construirás una máquina a semejanza de la mente humana».

JUBBA, CAPA: capa para todos usos (puede ser regulada para reflejar o admitir el calor radiante, convertirse en hamaca o en tienda) usada comúnmente en Arrakis sobre el destiltraje.

KANLY: disputa formal o vendetta dentro de las reglas de la Gran Convención y conducida de acuerdo con sus estrictas limitaciones. (*Ver* Árbitro del Cambio). Originalmente las reglas fueron establecidas para proteger a terceros inocentes.

KARAMA: milagro; una acción iniciada en el mundo del espíritu.

KHALA: invocación tradicional para calmar a los espíritus enojados de un lugar cuyo nombre se ha mencionado.

KINDJAL: espada corta (o cuchillo largo) de doble hoja, con unos 20 centímetros de hoja ligeramente curvada.

KISWA: cualquier figura o dibujo de la mitología Fremen.

KITAB AL-IBAR: manual combinado religioso y de supervivencia, desarrollado por los Fremen en Arrakis.

KRIMSKELL, FIBRA O CUERDA: «fibra garfio» entretejida con filamentos de la planta trepadora *hufuf* de Ecaz. Los nudos hechos con Krimskell se aprietan con fuerza creciente hasta un límite preestablecido cuando se tira de ellos. (Para un estudio más detallado, ver «Las plantas estranguladoras de Ecaz» por Holjance Vohnbrook).

¡KULL WAHAD!: «¡Estoy profundamente conmovido!». Una sincera exclamación de sorpresa común en el Imperio. Su estricta interpretación depende del contexto. (Está dicho que Muad'Dib, en una ocasión, viendo a un halcón del desierto romper la cáscara del huevo, exclamó: «¡Kull wahad!»).

KULON: asno salvaje de las estepas de la Tierra adaptado a Arrakis.

KWISATZ HADERACH: «El camino más corto». Esta es la etiqueta aplicada por la Bene Gesserit a lo *desconocido* que intentó alcanzar a través de la solución genética: un macho Bene Gesserit cuyos poderes orgánicos mentales pudieran hacer de puente en el espacio y el tiempo.

LA, LA, LA: grito Fremen de dolor. (*La* puede traducirse como la negación última, un «no» ante el cual no existe apelación).

LEGIÓN IMPERIAL: diez brigadas (cerca de 30.000 hombres).

LENTES DE ACEITE: aceite de hufuf mantenido bajo tensión estática por un campo de fuerza en el interior de un tubo, como parte de un sistema óptico de aumento o de manipulación de la luz. Debido a que cada elemento lenticular puede ser regulado individualmente con una

precisión del orden de un micrón, las lentes de aceite son consideradas lo más perfecto para la manipulación de la luz visible.

LENGUAJE DE BATALLA: cualquier lenguaje especial de etimología restringida desarrollado para simplificar las comunicaciones en tiempo de guerra.

LIBAN: el liban de los Fremen es una infusión de harina de yucca en agua de especia. Originalmente, una bebida de leche ácida.

LIBROFILM: cualquier registro en hilo shiga usado en enseñanza para transferir un impulso mnemotécnico.

LISAN AL-GAIB: «La Voz del Otro Mundo». En las leyendas mesiánicas Fremen, un profeta de otro mundo. Traducido a veces como «Dador de Agua». (*Ver* Mahdi).

LITROJON: contenedor de un litro de capacidad para transportar agua en Arrakis; hecho con plástico de gran densidad y provisto de un cierre hermético de carga positiva.

MAESTRO DE AGUA: Fremen consagrado a la celebración de los ritos del agua y del Agua de Vida.

MAESTRO DE ARENA: superintendente general de las operaciones relativas a la extracción de especia.

MAHDI: en las leyendas mesiánicas Fremen, «Aquél Que Nos Conducirá Al Paraíso».

MANERA BENE GESSERIT: empleo de la minuciosidad en la observación.

MANTENE: sabiduría fundamental, argumento decisivo, primer principio. (*Ver* Giudichar).

MANUAL DE ASESINOS: compilación de venenos usados comúnmente en una Guerra de Asesinos, redactado en el siglo tercero y ampliado más tarde para incluir todos los artificios mortales permitidos por la Tregua de la Cofradía y la Gran Convención.

MAREA DE ARENA: idiomático para una marea de polvo: las variaciones de nivel entre ciertas depresiones de Arrakis rellenas de polvo debidas a los efectos gravitacionales del sol y los satélites. (*Ver* Depresión de Marea).

MARTILLEADOR: bastón corto provisto de un badajo giratorio a resorte en uno de sus extremos. Su propósito: ser clavado en la arena y golpearla produciendo un ruido sordo para atraer al Shai-Hulud. (*Ver* Garfios de doma).

MAULA: esclavo.

MEDIDAS DE AGUA: anillos metálicos de distinto tamaño, cada uno de los cuales representa una cantidad específica de agua abonable de las reservas Fremen. Estas medidas tienen un profundo significado (que va mucho más allá de la idea de dinero), en particular en los ritos de nacimiento, muerte y noviazgo.

MELANGE: la «especia de especias», cultivo del cual Arrakis es la única fuente. La especia, notable principalmente por sus cualidades geriátricas, es medianamente adictiva tomada en pequeñas dosis, pero provoca una poderosa adicción si es tomada en cantidad superior a dos gramos diarios por cada setenta kilos de peso corporal. (*Ver* Ibad, Agua de Vida y Masa de preespecia). Muad'Dib calificó a la especia como la clave de sus poderes proféticos. Los navegantes de la Cofradía proclaman lo mismo. Su precio en el mercado Imperial llega a alcanzar los 620.000 solaris el decagramo.

MENTAT: clase de ciudadanos Imperiales adiestrados para alcanzar las máximas cotas de la lógica. «Computadores humanos».

METAGLASS: cristal formado por la infusión de gas a altas temperaturas entre hojas de cuarzojasmio. Notable por su resistencia a la tracción (unos 450.000 kilos por centímetro cuadrado y dos centímetros de espesor) y su capacidad como filtro selectivo de radiaciones.

MIHNA: la estación de las pruebas para los jóvenes Fremen que quieren ser admitidos en la categoría de hombres.

MISH-MISH: albaricoque.

MISR: término histórico Zensunni (Fremen) para designarse a sí mismos: «El Pueblo».

MISSIONARIA PROTECTIVA: brazo de la orden Bene Gesserit encargado de contagiar supersticiones en los mundos primitivos, a fin de abrir esas regiones a la explotación de la propia Bene Gesserit. (*Ver* Panoplia propheticus).

MONITOR: vehículo espacial de combate formado por diez secciones, fuertemente blindado y provisto de escudos. Está diseñado de modo que puede separarse en sus diferentes secciones para despegar de los planetas.

MUAD'DIB: ratón canguro adaptado a Arrakis, una criatura asociada en la mitología terrena-espiritual de los Fremen a un dibujo visible en la superficie de la segunda luna del planeta. Esta criatura es admirada por los Fremen por su habilidad para sobrevivir en el desierto.

MUDIR NAHYA: nombre Fremen de la Bestia Rabban (Conde de Lankiveil), el sobrino Harkonnen que fue gobernador siridar en Arrakis durante muchos años. El nombre es traducido a menudo como «Demonio Gobernante».

MURALLA ESCUDO: característica formación geográfica montañosa de los territorios septentrionales de Arrakis, que protege una pequeña área de la tremenda fuerza de las tormentas de coriolis del planeta.

MUSHTAMAL: pequeño jardín anexo o patio ajardinado.

MUSKY: veneno en una bebida. (*Ver* Chaumurky).

¡MU ZEIN WALLAH! : *Mu zein* significa literalmente «nada bueno», y *wallah* es un término de exclamación reflexiva. En el inicio tradicional de una maldición Fremen contra un enemigo, *Wallah* acentúa el énfasis de las palabras *Mu Zein* , significando en su conjunto: «Nada bueno, nunca bueno, para nada bueno».

NA-: prefijo que significa «nominado» o «el siguiente en la dinastía». Así: na-Barón significa el heredero designado de una baronía.

NAIB: aquel que ha jurado no dejarse capturar jamás vivo por el enemigo; juramento tradicional de un jefe Fremen.

NEZHONI, PAÑUELO: pañuelo que se lleva anudado en torno a la frente, bajo la capucha de un destiltraje, por las mujeres Fremen casadas o «asociadas» después de haber tenido un hijo.

NO-FREYN: Galach para «el extranjero más inmediato», es decir: no de la propia comunidad, no de entre los elegidos.

NOUKKERS: oficiales del cuerpo de la guardia Imperial unidos al Emperador por lazos de sangre. Rango tradicional para los hijos de las concubinas reales.

OPAFUEGO: una de las raras joyas opalinas de Ragal.

ORNITÓPTERO: (comúnmente: tóptero): cualquier vehículo aéreo capaz de sustentarse en el aire batiendo las alas a la manera de un pájaro.

PAN: en Arrakis, cualquier región por debajo del nivel normal del suelo o depresión creada por el desplome de su basamento. (En planetas con suficiente agua, un pan indica una región que en un tiempo estuvo recubierta de agua. Se cree que Arrakis poseyó en sus tiempos al menos una de esas áreas, aunque esta afirmación es discutida).

PANOPLIA PROPHETICUS: término que comprende el conjunto de las supersticiones infecciosas usadas por la Bene Gesserit para explotar las regiones primitivas. (*Ver* Missionaria Protectiva).

PARACOMPÁS: cualquier brújula que determina la dirección de las anomalías magnéticas locales; usado donde son disponibles mapas detallados y donde el campo magnético general del planeta es inestable o está sujeto a interferencias a causa de violentas tormentas magnéticas.

PENTAESCUDO: generador de escudo de cinco estratos, adaptable a pequeñas áreas como puertas o corredores (los escudos más potentes se vuelven progresivamente inestables con el aumento de estratos) y virtualmente impenetrable para cualquiera que no lleve consigo un desactivador sincronizado con el código del escudo. (*Ver* Puerta de Prudencia).

PEQUEÑA CASA: clase capitalista de magnitud planetaria (En Galach: «Richese»).

PEQUEÑO HACEDOR: ser mitad planta, mitad animal, que vive en las arenas profundas y cuya forma adulta es el gusano de arena de Arrakis. Los excrementos del pequeño hacedor forman la masa de preespecia.

PIRÉTICA, CONSCIENCIA: autodenominada «consciencia de fuego»; nivel de inhibición alcanzado por el condicionamiento Imperial. (*Ver* Condicionamiento Imperial).

PISTOLA LÁSER: proyector láser de haz continuo. Su empleo como arma está limitado en las culturas que utilizan generadores a escudo debido a las explosiones pirotécnicas (técnicamente: fusión subatómica) creadas cuando su haz intersecta un escudo.

PISTOLA MARCADORA: pistola a carga estática desarrollada en Arrakis para señalar una amplia zona de arena con una gran marca roja.

PISTOLA MAULA: pistola a resorte que lanza dardos venenosos; su radio de acción es de unos cuarenta metros.

PLASTIACERO: acero armado con fibras shiga embutidas en su estructura cristalina.

PLENISCENTA: una exótica floración verde de Ecaz, famosa por su dulce aroma.

PORITRIN: tercer planeta de Epsilon Alangue, considerado por muchos Nómadas Zensunni como su planeta de origen, aunque las evidencias de su lenguaje y mitología hacen pensar en orígenes planetarios mucho más antiguos.

PORTVGULS: naranjas.

PRANA (Musculatura prana): los músculos del cuerpo considerados como una sola unidad para el adiestramiento definitivo. (*Ver* Bindu).

PREESPECIA, MASA DE: estado de desarrollo de la masa fungoide creada por la mezcla de agua con los excrementos de los Pequeños Hacedores. En este estado, la especia de Arrakis produce una característica «explosión» que permite el intercambio de los materiales de las profundidades con los de la superficie que se hallan encima suyo. Esta masa, una vez expuesta al sol y al aire, se transforma en melange. (*Ver también* Melange y Agua de Vida).

PRIMERA LUNA: el satélite mayor de Arrakis, el primero en surgir por la noche; notable por un dibujo claramente identificable como un puño humano en su superficie.

PROCESO VERBAL: informe semioficial denunciando un crimen contra el Imperio. Legalmente: acción que se sitúa entre un simple alegato verbal y una acusación formal de crimen.

PRUEBA MASHAD: cualquier prueba en la que el honor (definido como algo espiritual) se halla en juego.

PUERTA DE PRUDENCIA o BARRERA DE PRUDENCIA: (Idiomáticamente: puerta-pru o barrera-pru): cualquier pentaescudo situado de modo que permita escapar a cualquier persona previamente seleccionada bajo condiciones de persecución. (*Ver* Pentaescudo).

PYON: trabajador o campesino planetarios, una de las clases bajas según el faufreluches. Legalmente: súbdito del planeta.

QANAT: canal al aire libre para transportar el agua de irrigación bajo condiciones controladas a través del desierto.

QIRTAIBA: *ver* Ibn Qirtaiba.

QUIZARA TAFWID: sacerdotes Fremen (después de Muad'Dib).

RACHAG: estimulante del tipo de la cafeína extraído de las bayas amarillas del akarso. (*Ver* Akarso).

RAMADAHN: antiguo período religioso marcado por el ayuno y la plegaria; tradicionalmente, el noveno mes del calendario solar-lunar. Los Fremen señalan su observancia de acuerdo con el ciclo de su primera luna al atravesar el noveno meridiano.

RASTREADORES: equipo de ornitópteros, en un grupo cazador de especia, encargado del control de la vigilancia y protección.

RAZZIA: acción guerrillera de ataque.

RECICLADORES: tubos que unen el sistema de recogida de los deshechos orgánicos a los filtros de un destiltraje para su tratamiento.

RECOLECTOR o FACTORÍA RECOLECTORA: máquina de gran tamaño (cerca de 120 por 140 metros) usada comúnmente para recolectar la especia de las explosiones ricas y no contaminadas. (Llamada a menudo «tractor», debido a que su avance se realiza mediante ruedas oruga independientes fijadas en patas retráctiles).

RECOLECTORES DE ROCÍO: trabajadores que recogen el rocío de las plantas en Arrakis, usando arneses especiales en forma de hoz.

REVERENDA MADRE: originalmente, una censora Bene Gesserit, una mujer que ha transformado un «veneno iluminante» en el interior de su cuerpo, alzándose a sí misma a un nivel más alto de consciencia. Título adoptado por los Fremen para designar a sus jefes religiosos que han alcanzado tal «iluminación». (*Ver también* Bene Gesserit y Agua de Vida).

RICHESE: cuarto planeta de Eridani A, clasificado junto con Ix como el más adelantado en la cultura de las máquinas. Notable por sus avances en miniaturización. (Para un estudio detallado del modo como Richese e Ix escaparon a los más severos efectos de la Jihad Butleriana, ver *La última Jihad* , por Sumer y Kautman).

SADUS: jueces. El título Fremen se refiere a los jueces sagrados, equivalentes a santos.

SAFO: licor altamente energético extraído de las raíces barrera de Ecaz. Usado comúnmente por los Mentat, que afirman que amplifica los poderes mentales. Quienes lo usan muestran manchas de color púrpura en la boca y labios.

SALUSA SECUNDUS: tercer planeta de Gamma Waiping; designado como Planeta Prisión Imperial tras el traslado de la Corte Real a Kaitain. Salusa Secundus es el planeta natal de la Casa de Corrino, y la segunda etapa de las migraciones de los Nómadas Zensunni. La tradición Fremen dice que permanecieron esclavos de S.S. por nueve generaciones.

SARDAUKAR: soldados fanáticos del Emperador Padishah. Eran hombres provenientes de un medio ambiente tan duro que seis de cada trece personas morían antes de la edad de diez años. Su adiestramiento militar enfatizaba la brutalidad y un desprecio casi suicida por la seguridad personal. Desde la infancia se les enseñaba a usar la crueldad como un arma estándar, a fin de debilitar a los oponentes por medio del terror. En la cumbre de su influencia en la política del Universo, su habilidad de espadachines se dice que corría parejas con la del Ginaz de décimo grado, y que su astucia en el combate equivalía a la de una adepta Bene Gesserit. Se rumoreaba que cualquiera de ellos podía enfrentarse con diez mercenarios militares ordinarios del Landsraad.

En tiempos de Shaddam IV, cuando eran aún formidables, su fuerza se vio gradualmente degradada por una excesiva confianza en sí mismos, y el misticismo que sostenía su religión guerrera se vio marcado profundamente por el cinismo.

SARFA: el acto de volverle la espalda a Dios.

SAYYADINA: acólito femenino en la jerarquía religiosa Fremen.

SCHLAG: animal nativo de Tupile perseguido durante mucho tiempo por los cazadores hasta su casi completa extinción a causa de su piel fina y dura.

SEGUNDA LUNA: el más pequeño de los dos satélites de Arrakis, notable por el dibujo de un ratón canguro que forman los accidentes de su superficie.

SELAMLIK: sala Imperial de audiencias.

SELLO DE PUERTA: dispositivo obturador hermético de plástico, portátil, usado por los Fremen para retener la humedad del interior de las cavernas durante el día.

SEMIHERMANOS: hijos de concubinas del mismo harén cuyo padre se ha certificado es el mismo.

SEMUTA: segundo derivado narcótico (por cristalización) de los residuos de la combustión de la madera de elacca. El efecto (descrito como un éxtasis interminable e inmutable) es acrecentado por medio de ciertas vibraciones átonas calificadas como música de semuta.

SERVOK: mecanismo automático utilizado para realizar tareas sencillas; uno de los limitados instrumentos «automáticos» permitidos tras la Jihad Butleriana.

SHADOUT: la que excava pozos; título honorífico Fremen.

SHAH-NAMA: el semilegendario *Primer Libro de los Nómadas Zensunni* .

SHAI-HULUD: gusano de arena de Arrakis, el «Viejo del Desierto», el «Viejo Padre Eternidad» y «Abuelo del Desierto». Significativamente, este nombre, dicho en un cierto tono o escrito con mayúscula, designa la deidad terrestre de las supersticiones familiares Fremen. Los gusanos de arena alcanzan tamaños enormes (han sido registrados en el desierto profundo especímenes de 400 metros de longitud) y viven mucho tiempo, a menos que sean muertos por sus semejantes o terminen ahogados en agua, que es venenosa para ellos. Probablemente la mayor parte de la arena existente en Arrakis ha sido producida por la acción de los gusanos de arena. (Ver Pequeño Hacedor).

SHAITAN: Satán.

SHARI'A: parte de la panoplia propheticus que determina los rituales de las supersticiones. (Ver Missionaria Protectiva).

SHIGA, HILO: extrusión metálica de una liana reptante (*Narvi narviium*) que crece tan sólo en Salusa Secundus y en Delta Kaising III. Notable por su extrema resistencia a la tracción.

SIETCH: Fremen: «Lugar de reunión en tiempo de peligro». Debido a que los Fremen vivieron durante mucho tiempo expuestos a innumerables peligros, el término es usado comúnmente para designar cualquier caverna habitada por alguna de sus comunidades tribales.

SIHAVA: Fremen: la primavera del desierto, con implicaciones religiosas que indican la época de la prosperidad y «el paraíso prometido».

SINK: una depresión habitable de Arrakis, rodeada de tierras altas que la protegen de las constantes tormentas.

SINK, MAPAS: mapas de la superficie de Arrakis donde están referenciadas las rutas más seguras entre los distintos refugios que pueden ser seguidas con ayuda de un paracompás. (Ver Paracompás).

SIRAT: el pasaje de la Biblia Católica Naranja que describe la vida humana como un viaje a través de un estrecho puente (el Sirat) con «el Paraíso a mi derecha, el Infierno a mi izquierda, y el Ángel de la Muerte tras de mí».

SNORK DE ARENA: dispositivo de renovación de aire empleado para bombear aire desde la superficie hasta el interior de una destiltienda cubierta por la arena.

SOLARI: unidad monetaria oficial del Imperio, cuyo poder adquisitivo fue fijado durante las negociaciones cuatricentenarias entre la Cofradía, el Landsraad y el Emperador.

SÓLIDO: imagen tridimensional creada por un proyector sólido que usa señales con referencia de 360 grados impresas en hilo shiga. Los proyectores sólido de Ix son considerados comúnmente como los mejores.

SONDAGI: tulipán helecho de Tupali.

SUBAKH UL KUHAR: «¿Cómo estás?»; fórmula ritual de saludo Fremen.

SUBAKH UN NAR: «Yo estoy bien. ¿Y tú?»; réplica tradicional.

SUSPENSION BINDU: ver Bindu, suspensión.

SUSPENSOR: fase secundaria (de bajo consumo) de un generador de campo Holtzman. Nulifica la gravedad con ciertos límites definidos por las masas relativas y el consumo de energía.

¡SUU-SUU SUUK! : grito de los vendedores de agua de Arrakeen. *Suuk* es el nombre de un mercado local. (Ver *¡Ikhut-eigh!*).

TAHADDI AL-BURHAN: prueba final en la que uno no puede apelar (generalmente debido a que conduce a la muerte o a la destrucción).

TAHHADI, DESAFÍO: desafío Fremen a un combate a muerte, normalmente para dirimir alguna cuestión vital.

TAMBOR DE ARENA: conglomerado de arena compacta cuya estructura origina que cualquier golpe dado en su superficie produzca un sonido percutante, parecido al de un tambor.

TAMPONES: filtros nasales conectados a un destiltraje para recuperar la humedad exhalada con la respiración.

TAQWA: literalmente: «El precio de la libertad». Algo de gran valor. El requerimiento de un dios a un mortal (y el miedo provocado por este requerimiento).

TAU, EL: en terminología Fremen, la *unión* de una comunidad sietch provocada por una dieta a base de especia, y especialmente la orgía tau provocada por el acto de beber el Agua de Vida.

TLEILAX: único planeta de Thalim, notable como Centro de adiestramiento para Mentat renegados; fuente de Mentat «pervertidos».

TÓPTERO: ver Ornitóptero.

T-P: idiomático para telepatía.

TRACTOR DE ARENA: término general para designar la maquinaria diseñada para operar en la superficie de Arrakis en la caza y recolección de melange. (Ver Recolector).

TRAMPA DE VIENTO: aparato emplazado en una línea de vientos dominantes y capaz de precipitar la humedad del aire absorbiéndola en su interior, usualmente por medio de la diferencia de temperatura existente entre el exterior y el interior de la trampa.

TRANCE DE VERDAD: trance semi-hipnótico inducido por algunos narcóticos pertenecientes al «espectro de la consciencia» y en el que las falsedades deliberadas se hacen evidentes al observador en trance de verdad. (Nota: los narcóticos del «espectro de la consciencia» son frecuentemente fatales salvo para los individuos capaces de transformar la estructura del veneno en el interior de sus organismos).

TRANSPORTES DE TROPAS: cualquier nave de la Cofradía diseñada específicamente para transportes de tropas entre los planetas.

TRÍPODE DE LA MUERTE: originalmente, trípode en el que los ajusticiadores del desierto ahorcaban a sus víctimas. Usualmente: los tres miembros de un cherem que han jurado la misma venganza.

TUBO DE AGUA: cualquier tubo en un destiltraje o una destiltienda que acarrea el agua reciclada a un bolsillo de recuperación o de un bolsillo de recuperación a la boca.

TUPILE: el autodenominado «planeta refugio» (probablemente varios planetas) por las Casas derrotadas del Imperio. Su situación (la de él o ellos) sólo es conocida por la Cofradía, y es mantenida inviolable bajo la Tregua de la Cofradía.

ULEMA: doctor en teología Zensunni.

UMMA: miembro de la fraternidad de los profetas. (Término despectivo en el Imperio, indicativo de una persona «extraña» que se dedica a predicciones fanáticas).

UROSHNOR: cualquiera de los varios sonidos desprovistos de significado que son implantados por la Bene Gesserit en la psique de las víctimas seleccionadas con propósitos de control. La persona sensibilizada, al oír el sonido, queda temporalmente inmovilizada.

USUL: Fremen: «la base del pilar».

VAROTA: famoso constructor de balisets, nativo de Chusuk.

VENENO RESIDUAL: una innovación atribuida al Mentat Piter de Vries, por el cual un cuerpo es impregnado con una sustancia que permanece inactiva tanto tiempo como se le vaya suministrando regularmente antídoto. La suspensión de este antídoto provoca la acción del veneno y la muerte.

VERITE: uno de los narcóticos de Ecaz que destruye la voluntad. Vuelve a un individuo incapaz de decir una falsedad.

VOZ: adiestramiento combinado concebido por la Bene Gesserit, que permite a un adepto controlar a otras personas simplemente seleccionando el tono e intensidad de su voz.

WALI: joven Fremen no experimentado en combate.

WALLACHIX: noveno planeta de Laoujin, sede de la Escuela Madre Bene Gesserit.

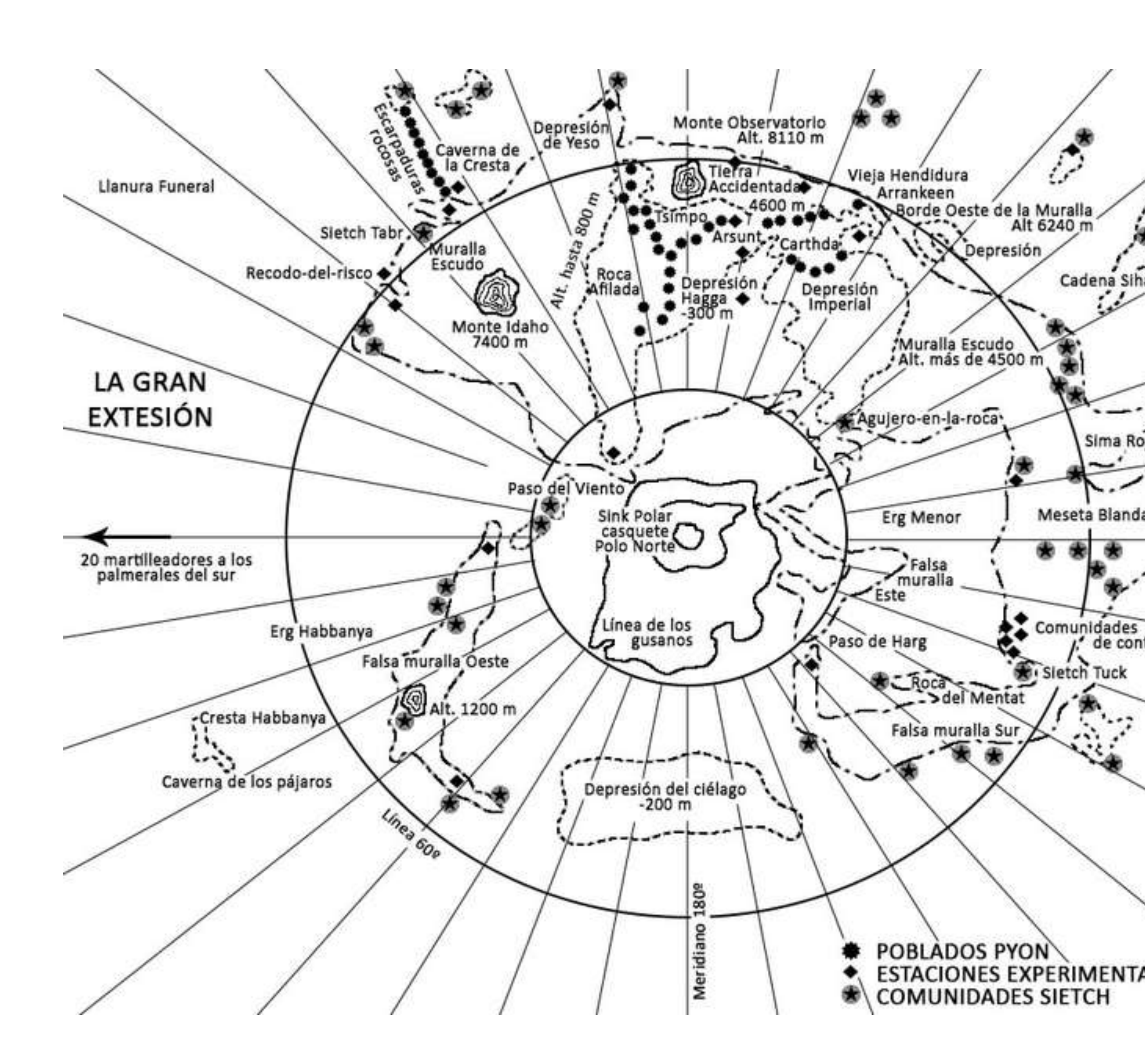
YA HYA CHOUHADA : «¡Larga vida a los guerreros!»; grito de batalla Fremen. *Ya* (ahora) es intensificado en este grito por la forma *hya* (un ahora extendido al infinito). *Chouhada* (guerrero) significa también guerreros *contra* la injusticia. Hay una distinción en esta palabra que especifica que los guerreros no están luchando *por* algo, sino que están consagrados *a* una cosa específica, y sólo a ella.

YALI: apartamentos personales de un Fremen en un sietch.

¡YA! ¡YA! ¡YAWN! : cadencia de canto Fremen, usada en tiempos de significativa ritualidad. *Ya* arrastra aquí consigo el significado de «¡Ahora presta atención!». La forma *yawn* es un término modificado que implica una inmediata urgencia. El canto es traducido usualmente como: «¡Ahora, escucha esto!».

ZENSUNNI: seguidores de una secta cismática que se separó de las enseñanzas de Maometh (el autollamado «Tercer Muhammed») alrededor del 1381 B. G. La religión Zensunni es conocida principalmente por su énfasis en lo místico y por su retorno a «los caminos de los padres». Muchos estudios señalan a Ali Ben Ohashi como jefe del cisma originario, pero hay algunas evidencias de que Ohashi tan sólo fue el portavoz masculino de su segunda mujer, Nisai.

Mapa



Notas cartográficas

Bases para la latitud: el meridiano que atraviesa el Monte Observatorio.

Línea de base para determinar la altitud: el Gran Bled.

Sink Polar: 500 metros por debajo del nivel del Bled.

Carthag: alrededor de 200 kilómetros al nordeste de Arrakeen.

Caverna de los Pájaros: en la Cresta Habbanya.

Llanura Funeral: gran erg.

Grand Bled: un enorme desierto llano, en oposición al área de dunas de Is erg. El desierto se extiende entre los 600 norte y los 700 sur. Está compuesto principalmente por arena y rocas, con alguna ocasional escarpadura del basamento rocoso.

Gran Extensión: una amplia depresión de rocas mezcladas con el erg. Se halla a un nivel de 100 metros por debajo del Bled. En algún lugar en la Extensión se halla el pan de sal descubierto por Pardot Kynes (padre de Liet-Kynes). Hay escarpaduras rocosas de unos 200 metros de altitud al sur del Sietch Tabr y en dirección a las comunidades sietch.

Paso de Harg: El Túmulo del cráneo de Leto domina este paso.

Vieja Hendidura: hendidura en la Muralla Escudo de Arrakeen, que desciende hasta los 2.240 metros; destruida por orden de Paul Muad'Dib.

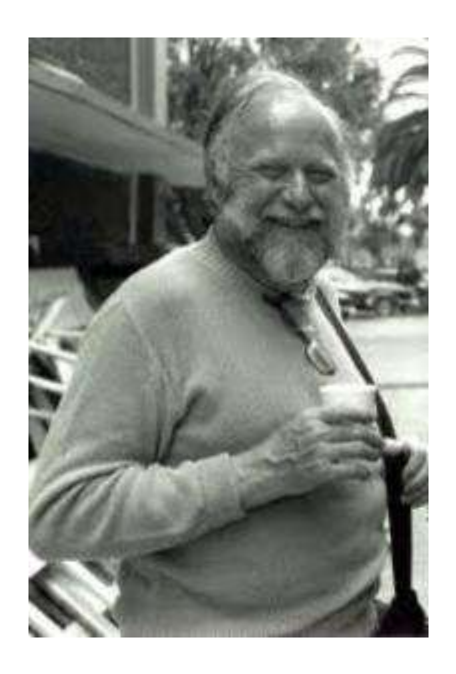
Palmerales del Sur: no aparecen en este mapa. Se hallan cerca de los 40º latitud sur.

Sima Roja: a 1.582 metros bajo el nivel del Bled.

Borde Oeste de la Muralla: una elevada escarpadura (4.600 metros) por encima de la Muralla Escudo de Arrakeen.

Paso del Viento: rodeado por paredes rocosas, se abre sobre los poblados sink.

Línea de los Gusanos: indica los puntos más al norte donde han sido observados gusanos. (La humedad, y no la temperatura, es el factor determinante).



FRANK PATRICK HERBERT fue un escritor estadounidense que nació en Tacoma, Washington, el 8 de octubre de 1920 y que falleció en el 11 de febrero de 1986. Tras estudiar en la Universidad de Washington tuvo varias profesiones, desde fotógrafo a cámara de televisión o pescador de ostras. Comenzó a publicar en los años 50, vendiendo artículos de relatos a revistas, hasta que en 1952 publicó su primer relato de ciencia ficción: *¿Está usted buscando algo?* Cuatro años más tarde salió a la luz su primera novela, *El dragón en el mar* , conocida más tarde como *Bajo presión* . Pero no sería hasta 1965 cuando finalmente le llegó el éxito con la inauguración de la famosa serie Dune, donde presentaba un mundo imaginario con su propia política, ecología y estructura social. La primera obra de la saga, *Dune* , que pronto se vería continuada por otras novelas como *El mesías de Dune* o *Hijos de Dune* , obtuvo los premios Nébula y Hugo, además del Premio Internacional de Fantasía, que compartió con *El señor de las moscas* de William Golding. Herbert se hizo conocido también por su creación de una «granja biológica» donde estuvo conviviendo con su familia en armonía con la naturaleza.